UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

LAS DOS
EMPAREDADAS

V. RIVA
PALACIO

PQ7297
.R46
D65

108719

1020006250

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

108719

# LAS DOS EMPAREDADAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

LAS DOS

# EMPAREDADAS

(Memorias de los tiempos de la Inquisicion)

POR

Vicente Riva Palacio

EDITOR, MANUEL C. DE VILLEGAS

MEXICO
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE TOMAS F. NEVE
Callejon de Santa Clara número 9
1869

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297
R46
D65

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

# LIBRO I.

## AUSTRIACAS Y NITARDINAS.

### I.

Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo al mas desvalido, de la corte de España. en el año de gracia, de 1668.

ANTES de llegar con nuestra historia á México, necesitamos llevar á España á nuestros lectores, á fin de que conozcan mejor á los personajes que deben presentarse despues en la colonia. Suponemos que el viaje no los fatigará porque ya hemos llegado.

En el año de 1665, por el mes de Setiembre, entregó el alma al Criador, el célebre rey Felipe IV de España, llamado por sus contemporáneos *el Grande*, y dejó por heredero de su reino y estensa monarquía, á su hijo, no menos célebre, aunque por diversas causas, el tímido y fánatico

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cárlos II, conocido en la historia con el sobrenombre, de *el Hechizado*.

Pero D. Cárlos el II era un niño, cuando acaeció la muerte de su padre, y este nombró para rejenta del reino, y tutora de su hijo, á la reina Dª María Ana de Austria, su esposa, hija del Emperador de Alemania Fernando III.

Así pues, da principio nuestra historia durante el gobierno de Su Majestad la reina gobernadora Dª María Ana de Austria en el año de 1668.

Era una mañana de invierno, por demás fria y nublada, un vientecillo delgado y molesto recorria las calles de Madrid, sin dignarse siquiera golpear las puertas ó levantar el polvo de las calles, y todos los transeuntes procuraban evitar sus caricias, cubriéndose cuidadosamente el rostro con el embozo de sus capas.

Un jóven esbelto, de grandes y negros ojos, de fino y atusado bigote, pobremente vestido, pero que tenia el garboso continente de un gran señor, caminaba apresuradamente hácia palacio, sin cuidarse del frio ni del viento y no llevando por toda precaucion mas que una capa corta y poco abrigadora.

Cerca ya de la puerta de palacio se encontró con otro jóven que traia la direccion opuesta, y que por lo que descubrirse podia de su traje, formaba parte de la servidumbre de la reina.

—Dios te guarde, Valenzuela—dijo este.

—Buenos dias.—Benavides.—contestó el otro.

—Lijero vas—agregó el primero—¿por ventura no tienes frio?

—Por desventura—contestó Valenzuela—lo que no tengo es capa, que frio me sobra mas de lo que yo deseara.



—Decidor y alegre eres en la desgracia, como en la fortuna.

—Engáñome á mí mismo y á la suerte, que ni yo quiero tenerme por infeliz, ni dar á la fortuna el gusto de que crea que sus golpes turban mi natural jovialidad.

—Al fin poeta.

—O pobre, que allá se va todo.

—¿Y á dónde bueno?

—A palacio.

—¿Y á buscar aventuras? Témome que malas te las encuentres.

—Cánsame ya la vida que llevo y prefiero desvanecer mis ilusiones, para volverme á mi tierra, si pierdo la esperanza.

—Mucho te urje la pobreza.

—Y tanto que ayer no tuve ni un maravedí, y es seguro que hoy tendré lo mismo.

—¿Si quisieras entrar al servicio de S. M?

—¿Y en qué clase?

—Quizá te ofendas, pero solo podria conseguirte un destino de palafrenero.

—Benavides, tú olvidas que tengo la cruz de Santiago; yo seré y quizá muy pronto, caballerizo-mayor.

—¿Es decir, sustituyendo al Marqués-de Castel-Rodrigo?

—Sí-contestó gravemente Valenzuela-eso precisamente.

Benavides, soltó una ruidosa carcajada que no inquietó en lo mas mínino á Valenzuela.

—Vamos—esclamó—Benavides—todos vosotros los poetas sois iguales, soñais en tesoros cuando no poseis ni un cuarto y os fabricais, en vuestras fantasias palacios y reinos, que se deshacen como el humo á la hora en que sentís el hambre ó el frio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Búrlate cuanto quieras, pero lo que te digo sucederá ¿conoces á Hermiges?

—Sí, el astrólogo ejipcio ó judío....

—Ese mismo, anoche me ha dicho mi horóscopo....

—Y bien....

—Seré grande.

—¿Cómo?

—No me esplicó.

—Dios lo haga; que te quiero bien, y ya lo sabes.

—Por ahora, soy el hombre mas desvalido de toda la corte; nadie me conoce, nadie me proteje, nadie me ayuda.

—¿Eso no se entiende conmigo?

—No, Benavides, si tú fueras poderoso, sé que nada me faltaria, pero téngome creido que tu posision no es ni mediana.

—Tú lo has dicho.

—En fin, voime á probar fortuna.

—¿Pero cuál es tu plan?

—Hasta ahora no tengo ninguno, voy á entrarme á palacio, y ahí veremos lo que sucede,—tengo fé.

—Siempre poeta: adios.

—Adios, Benavides.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano; Benavides siguió su camino, y Valenzuela entró resueltamente al palacio.

Aunque el refran dice; que *el hábito no hace al monje*, este refran, en el sentido figurado en que se toma, es una de esas mil mentiras, que á fuerza de ser repetidas, han llegado á contarse entre los evanjelios populares.

Valenzuela, con su cruz de Santiago, y su garboso continente, penetró en el palacio de Su Majestad, como podia



haberlo hecho el mismo marqués de Castel Rodrigo, de quien acababa de hablar.

Multitud de nobles y caballeros, invadian los tránsitos y los salones. Aun conservaba la corte aquel aire de grandeza, que supo imprimirle el jénio de Felipe IV, y no asomaban aun los dias en que Cárlos II debia convertirla en un claustro, ó en que Felipe V tendria que empeñar sus alhajas para comer.

Valenzuela, se escurrió por decirlo así, entre todos aquellos grandes señores, sin que nadie fijara en él su atencion, y llegó hasta donde ya no era lícito seguir mas adelante.

Allí, se conversaba á media voz; pero Valenzuela lo oia todo, y conocia á varios de los interlocutores.

—Eran el conde de Peñaranda, el marqués de Aytona, y el conde de Castrillo.

Los tres parecian haberse detenido allí casualmente porque estaban de pié, en medio del salon, y además, como consejeros de la reina, no era probable que se les hubiera detenido en la antesala. La conversacion que sostenian era muy animada.

—Tales cosas estamos viendo,—decia el de Aytona—que á no verlas, pensara que tales como son no pasaban.

—Y sin embargo, señor marqués—contestó el de Peñaranda,—por mengua nuestra suceden.

—¿Y no seria posible encontrar un remedio?—preguntó el marqués.

—Parece imposible—contestó el conde Castrillo—el padre Nitardo cuenta con la voluntad de la reina, y ya lo habeis visto, á pesar de toda nuestra resistencia, ha obligado S. M. al arzobispo de Toledo, D. Pascual de Aragon, á renunciar el empleo de inquisidor jeneral, y ha llegado el



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caso de dar hasta carta de naturalizacion al padre Nitardo para que no se le pusiesen dificultades.

—Ciertamente de otra manera no hubiera sido justo, el padre Nitardo, ha nacido en Alemania, y solo un español puede ser inquisidor jeneral.

—Pero es lo peor—dijo el de Peñaranda—que conforme á las disposiciones testamentarias de Su Majestad, (que de Dios goce) el rey D. Felipe, la reina no debe hacer nada sin oir nuestros consejos, y sin embargo, ha venido sin consultarnos, á proveer destino de tanta categoría en un extranjero, que mas mérito para ello no tiene que haber sido siempre el confesor de Su Majestad.

—Preciso se hace ya—replicó el de Aytona—tomar para todo sérias providencias, que el reino se pierde, y aun falta tiempo para que el rey cumpla la edad y entre en posesion de la corona.

—El Sr. D. Juan de Austria—dijo el de Castrillo—está por demás indignado, que mal verá la ruina de la monarquía de su augusto padre, quien con tan esclarecidas hazañas ha inmortalizado su nombre en Italia, señalándose como gran general, español ilustre y dignísimo hijo del gran Felipe IV.

—El Sr. D. Juan de Austria—agregó sentenciosamente el de Peñaranda—sabe lo que hace, y no duda que pronto nos dará el remedio.

—Hombre es D. Juan para eso y mucho mas, que tan sabio se ha mostrado en los consejos del señor su padre D. Felipe IV, como esforzado en los campos de batalla.

Valenzuela, de quien aquellos personajes, hacian muy poco aprecio, escuchaba espantado aquella conversacion: nunca hubiera creido que en palacio mismo, y tan cerca de la



reina, se murmurase, con tal descaro, y quién sabe cuántas cosas mas hubiera oido, pero de repente, la puerta que daba entrada á la antecámara real, se abrió y los consejeros enmudecieron, á la vista de un hombre que por allí salia.

El recien llegado era un eclesiástico, vestido con tal severidad, que nada podia tachar de profano en su traje el cristiano mas escrupuloso, su cabello rubio estaba ya casi enteramente cano, habia en su rostro algo de la inmovilidad de un busto de mármol, y su andar, firme y lento, dejaba adivinar al hombre de voluntad enérjica.

—El padre Nitardo—dijo en voz baja el de Peñaranda, y los consejeros, por el disgusto de verlo, ó por el temor de haber sido escuchados, cambiaron de color.

El padre Nitardo, pasó sin detenerse al lado de aquellos nobles, haciéndoles un frio saludo, al que contestaron ellos con una ceremoniosa inclinacion de cabeza.

Valenzuela, lo miró salir y sin vacilar un momento lo siguió.

—Este es mi hombre—dijo entre sí—quizá logre hablarle, aunque me parece difícil, pues habrá cien que lo esperen en su camino para importunarlo. Ya veremos.

Pero contra lo que Valenzuela esperaba, el favorito de Doña María Ana de Austria, siguió su marcha solo, sin que nadie se atreviera á hablarle.

—Oh! aquí hay misterio—pensó Valenzuela—nadie le habla, ó este hombre esta próximo á caer en desgracia, ó es un ogro; pero á mí no me espanta su fiereza, ni temo su caida, que por mal que me vaya siempre saldré ganando.

El padre Nitardo se habia detenido delante de una puer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tecilla que habia en uno de los corredores mas solos del palacio, sacó una llavecita, y la introdujo en la cerradura á tiempo que Valenzuela llegaba, quitándose con desembarazo el sombrero.

El padre al verle se detuvo, y no abrió la puerta; miró con altivez al jóven y le preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—Quisiera hablar á Su Excelencia.

—¿Y no sabeis que ni es este el lugar, ni esta la hora en que recibo á los que algun negocio tienen conmigo que tratar?

—Perdone V. E. pero el negocio es urjente.

El padre Nitardo clavó en Valenzuela una mirada tan profunda, que parecia que le estaba leyendo sus pensamientos.

El jóven sostuvo audazmente aquellas terribles miradas; no inclinó siquiera la cabeza.

—Y bien—hablad—dijo por fin el padre.

—Pues señor, llámome Fernando de Valenzuela, hidalgo natural de Ronda: criado fuí de mi señor el duque del Infantado á quien acompañé hasta Roma; mi señor el duque consiguióme la cruz de Santiago y quizá hubiera hecho mi fortuna si la muerte no me lo hubiera arrebatado; en paz descanse, que él se fué como buen cristiano á gozar de Dios nuestro señor, y yo quedéme en este valle de lágrimas, sin mas proteccion hasta este momento, que la de V. E., que estoy seguro de conseguir.

El padre Nitardo no perdia ni palabra ni movimiento de aquel mancebo, que así se atrevia á hablarle.

El semblante fresco y simpático, y el aire caballeroso y marcial del jóven debieron de impresionar favorablemente al jesuita porque una sonrisa vaga se dibujó en sus labios.



—¿Y por qué no habeis esperado para comunicarme vuestra historia á que llegue la hora en que acostumbro recibir, y venís á interrumpirme en mis distribuciones?

—E. S. *Venter non patitur dilacionen*—dijo sentenciosamente D. Fernando.

Entonces fué ya una verdadera sonrisa la que se pintó en el rostro del padre Nitardo: el jóven conoció que estaba de fortuna, y continuó:

—Soy, señor, el hombre mas desvalido de la corte; V. E. el mas poderoso, despues de Su Majestad, y puede hacerme feliz, á muy poca costa; quizá podré serle muy útil, mas adelante....quién sabe.

El padre cayó y miró atentamente al jóven durante algun tiempo, despues abriendo la puertecita que tenia delante, dijo á D. Fernando:

—Pasad.

El jóven haciendo una reverencia entró por delante: el jesuita le siguió, y cerró la puerta por dentro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

En que el lector sabe quienes eran las austriacas y quienes las *nitardinas*.

La corte de Doña María Ana de Austria, regente del reino de España, estaba profundamente dividida.

Dos personajes, se disputaban el influjo de la reina en la direccion de los negocios públicos. En cuanto al amor de los pueblos, era cosa en que se pensaba entonces muy poco.

Estos dos personajes, enemigos naturalmente irreconciliables uno de otro, eran el padre Juan Everardo Nidhart ó Nitardo, austriaco de nacimiento, jesuita y confesor de la reina desde su niñez, y D. Juan de Austria, hijo natural del difunto rey Felipe IV, gran prior de Castilla, y jeneralísimo que habia sido de los ejércitos durante la vida del rey su padre.

La lucha entre aquellos dos hombres era terrible; pero D. Juan de Austria no habia podido vencer la influencia de su rival y se habia retirado á Consuegra residencia del gran prior de Castilla, acestando desde allí sus tiros al jesuita, y animando á los nobles que por él trabajaban.



Como era natural, la corte se dividió, y unos siguieron el partido de D. Juan y otros el del padre Nitardo.

Las damas tomaron tambien parte, y las que seguian á D. Juan de Austria, llamáronse austriacas, y las otras se apellidaron nitardinas.

En los vestidos, en las alhajas, en los peinados, en todo se estableció aquella division, y cada femenil adorno se convirtió en un distintivo de opinion.

La corte era un revuelto mar de intrigas, en el que no faltaban tenebrosas maquinaciones, ni crímenes, mas ó menos conocidos.

La reina, decidida por su confesor, aborrecia á D. Juan de Austria y detestaba á sus partidarios.

Era uno de los dias de mayor efervescencia.

En un aposento inmediato al que ocupaba la reina, conversaban sabrosamente dos de las damas de palacio.

Era una de ellas alemana; sus cabellos lacios y rubios, y sus ojos con el azul del cielo, daban en su fisonomía un aire encantador de dulzura: aquella mujer jóven y bella era el tipo de la hermosura de la raza sajona.

La otra, tambien jóven, tambien hermosa, con su cabello castaño, y sus ojos pardos y ardientes, revelaba en sus facciones el atrevimiento, la audacia, y era una belleza de la raza latina.

Las dos llevaban adornos verdes, y toguillas y pendientes de esmeraldas, como señal de que pertenecian al partido del confesor de la reina, es decir, que eran *nitardinas*.

—¿Pero es posible, Doña Laura—decia la alemana—que hallais entregado ya vuestro corazon siendo aun tan jóven?

—Doña Eugenia—contestó la otra dama—conozco que voy á comenzar á sufrir pero amo á ese hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y sabeis ya sus cualidades?

—Sí, Dª Eufemia, es caballero aragonés.....

—¿Y se llama?

—Su nombre va quizá á escandalizaros, pero os lo quiero decir á vos sola, sola, y suplicándoos me guardei el mas profundo secreto, nadie sino vos lo sabe en palacio, ¡ah! si llegara á saberse, todos me perseguirian.

—¿Es acaso un malvado? me haceis temblar.

—No, Dª Eujenia, es.... D. José de Mallades.

—¡Dios nos asista! D. José de Mallades, el mas furioso partidario de el de Austria, su ajente, el hombre á quien mas aborrece en Madrid el padre Nitardo....

—¡El mismo, el mismo! ¿Es verdad, Dª Eujenia, que soy digna de compasion?

—¡Oh! mucha compasion mereceis, porque esos amores os van á costar muchas lágrimas, D. José de Mallades trabaja incesantemente á favor de D. Juan de Austria, y si por una desgracia, y vos misma lo habeis oido, llegara á descubrirse algo, S. M. ha jurado que le hará dar garrote.

—Por Dios no digais eso—esclamó espantada Dª Laura tapando con su mano la boca de su amiga—no digais eso, porque la noche que escuché esa sentencia de la boca de S. M. creí morirme.....

—Pero contadme, Dª Laura, ¿dónde habeis visto á ese caballero? cómo os ha hablado?

—Oidme, pero por Dios no me descubrais, por que seria yo perdida:—ya sabeis que quizá por causa de sus mismos proyectos, D. José, no se ha retirado de palacio como casi todos los partidarios del príncipe D. Juan: una tarde estaba yo asomada á una de las ventanas, y ví pasar debajo de ella á un caballero tan galan, tan apuesto, que me sentí,



sin saber por qué atraida por él—alzó el rostro no sé si por casualidad ó porque yo hice ruido, y me miró, y apesar de que tenia yo los adornos y los colores de las nitardinas, y el vestia los del príncipe, su mirada fué tan dulce, que no me atreví á retirarme.

—Ese fué el mal.

—Dª Eujenia, no me culpeis, quizá en mi caso hubiérais hecho lo mismo, él se alejaba volviendo continuamente el rostro, y yo ni me quitaba de la ventana, ni dejaba yo de mirarle.

—Estábais ya perdida.

—Lo comprendí, y sin embargo, al siguiente dia, volví al mismo lugar y á la misma hora para ver si pasaba, y el volvió tambien, sin duda para ver si yo me asomaba, así pasaron varios dias.....

—¿Y luego?

—Luego me envió una esquela.

—¿Una esquela? ¿y qué os decia en ella?—preguntó con alegría Dª Eujenia.

—¡Oh! cosas muy bellas, me llamaba su sol, su aliento, su vida, me juraba amarme eternamente.....

—Debe ser muy dulce ser amada, y recibir una esquela así!

—Es la felicidad, es la vida, ¿nunca habeis amado?

—Nunca; desde niña estoy al lado de S. M. y no he amado nunca.

—Yo no habia amado hasta hoy, y os aseguro que se siente otra vida, una existencia nueva, el corazon se ensancha, y durante el dia, el pensamiento está ocupado en el objeto de nuestro amor, y durante la noche los sueños nos traen su imájen, y su voz, y ya no hay ni un vacio en el co-

razon, ni un momento de fastidio en la existencia: os quiero, Dª Eujenia, como á mi mejor amiga, y por eso os deseo un galan como vos lo mereceis.

—Pero ¿no os entristece pensar en que ese vuestro caballero pertenece á los partidarios del príncipe?

—Sí, esa idea me hace temblar; pero la dulzura de su cariño me hace olvidar todos los peligros que nos amenazan; que me ame, como yo le amo, y aunque me cueste la vida esta pasion.

Dª Eujenia miró dulcemente á su amiga, y sonrió.

—Yo quisiera—continuó Laura—que Mallades, abandonara el partido del príncipe, y deseo tener tal influencia en su corazon, que pudiera decidirlo á ello; pero cuando pienso en esto, me ocurre que quizá lo verian sus amigos y sus adversarios con desprecio, y entonces me parece mejor que sufra la suerte que Dios quiera enviarle.

—¿Y si fuera la muerte?

—Mirad, Dª Eujenia, la muerte de ese hombre seria quizá mi muerte; pero le amo tanto, que preferiria verle morir y perderle para siempre, á tenerle á mi lado sin honra y despojado de esa aureola de gloria que hoy le rodea.

—¿Qué decís?

—Si vos no sabeis lo que es amar, Dª Eujenia, vos no comprendeis aún esa terrible lucha del corazon: D. José de Mallades, sosteniendo en la corte con valor y con osadía la bandera del príncipe, combatido por todas partes, espuesto á todos los peligros; pero firme, sereno y arrogante á presencia de la muerte que le amenaza, es para mí mas grande, mas noble, mas hermoso, que si libre y tranquilo me ofreciera un amor escento de sobresaltos y temores.

—¡Oh! yo no soy de vuestra opinion, Dª Laura, yo moriria de pena, si llegase á amar á un hombre como D. José; porque no viviria tranquila ni un instante, porque creeria que ese hombre me olvidaba en medio de sus aventuradas empresas....



—No, Dª Eujenia, pensaríais que érais vos la que le alentaba, y que en vos ponia su pensamiento en un momento de peligro.

—Dª Laura—mi carácter pacífico—no me hace digna de ser la señora, de los pensamientos de un caballero andante, os lo confieso, soy capaz de amar con dulzura y con tranquilidad.

—Y yo, adoro á D. José de Mallades por su valor y su audacia.

Dª Eujenia miró con admiracion á su amiga; aquel arranque de pasion, le parecia una locura.

—Perdonadme si os dejo—esclamó Dª Laura—pero es la hora en que pasa D. José, y no quisiera por nada dejar de verle.

—Id, Dª Laura, y que seais tan feliz como yo, le pido á Dios.

Las dos jóvenes se estrecharon las manos con efusion; Dª Laura desapareció por una de las puertas.

Casi en el mismo momento en que Dª Laura salia, por el otro lado de la estancia aparecia el padre Nitardo.

Dª Eujenia se levantó, y adelantándose á su encuentro, le besó respetuosamente la mano.

—¿Estás sola? dijo el jesuita en aleman.

—Sí, señor—contestó Dª Eujenia, en el mismo idioma—Dª Laura, acaba de salir en este momento.

—Bien, hija mia; ¿qué hay de nuevo por acá, has hablado con Su Majestad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, señor—en la mañana de hoy he asistido á su tocador, y como las damas que allí estaban eran todas españolas, S. M. me habló en nuestro idioma.

—¿Y qué te dijo, hija mia?

—Lo de siempre: S. M. está triste; comprende la enemistad que os tienen estos nobles, y conoce que están orgullosos, porque cuentan con el príncipe D. Juan de Austria....

—Sí—dijo el jesuita con profundo desden—el hijo de la Calderona.....

—Pero S. M. me dijo—que antes consentiria perder el reino, que en abandonar á su confesor,—á su único y verdadero amigo.

—Oye, hija: esta tarde deberé anunciar á S. M. que los franceses intentan sériamente apoderarse del Bravante, y debo yo proponerle que por la Coruña se envien refuerzos al mando del príncipe D. Juan, porque me importa sacarle de su madriguera de Consuegra y alejarle de Madrid lo mas que se pueda: yo sé que sus partidarios, procuran hacerle creer á la reina, que solo llamando á D. Juan al consejo, podrá disiparse esa tempestad que se agrupa por el lado de los Paises-Bajos: es llegado el momento de luchar: la reina se verá atribulada por sus consejeros, el de Aytona y el de Peñaranda son partidarios del príncipe, el Cardenal de Aragon me aborrece porque S. M. me nombró inquisidor mayor, cuando él debia serlo; tú y yo tenemos necesidad de luchar con ellos, y los venceremos, por que tú, hija mia, y yo tenemos toda la confianza y todo el cariño de S. M.

—Creo que no debemos dudar del éxito: además, contamos con buenos amigos y numerosos partidarios.

—Ayer he hecho una soberbia adquisicion.



—¿Alguno de los duques?

—Mejor que eso: es un jóven hidalgo, pobre, y desconocido, se llama D. Fernando de Valenzuela, pero es el hombre que me conviene: jóven y valiente, lucirá entre toda la nobleza, hermoso como un Adónis, será la ilusion de muchas damas, y sobre todo, dotado de un talento clarísimo va á ser para mí, un secretario particular, que dentro de muy poco tiempo podrán envidiarme todos los grandes ministros de Europa.

—Os doy el parabien, señor; ¿vais á presentarle en la corte?

—No, yo no, en la corte se presentará, pero no seré yo quien le presente; quiero que esto se haga, por conducto de una persona que no inspire desconfianzas á los partidarios de D. Juan; para todos debe ser un secreto el que ese jóven es mi protejido; solo así podrá serme útil.

—Comprendo, señor.

—Va ha presentarse la crísis, y es preciso esperarla bien prevenidos: la suma confianza podria perdernos.

—Es verdad, señor.

—Bien, hija mia; no olvides lo que te he dicho, y esta noche te volveré á ver.

El padre Nitardo tendió su mano á Dª Eujenia que se la besó humildemente, y entró en los aposentos de Su Majestad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III.

En el que se verá que en el siglo diez y siete
habia ya hombres que se burlaban de la astrolojía judiciaria.

LA noche habia cerrado y por una de las mas estravia das callejuelas de Madrid caminaban dos hombres apresuradamente.

No habia mas que la luz de las estrellas, porque en aquella noble y coronada villa no hubo alumbrado en las calles hasta que estinguida la rama de lo monarcas de la casa de Austria con la muerte de Cárlos II, entraron á gobernar los Borbones.

Nuestros dos hombres hablaban en voz alta y por esa conversacion podremos conocerles, y saber el objeto que los llevaba por allí y á tales horas.

—Paréceme, señor de Valenzuela—decia el uno—que no estais enteramente convencido de que los tales astrólogos no son otra cosa que charlatanes y aventureros, que así saben de lo que que pasará en el porvenir, como de lo que acontece en los reinos de la luna.

—No podré negaros, señor D. José de Mallades—contestaba Valenzuela—que son en lo general hombres ignorantes y charlatanes los astrólogos; pero que hay ocultas y misteriosas ciencias, que descubren los arcanos del porvenir es un hecho que la iglesia misma reconoce, y comprobado lo veis en las causas que el Santo Tribunal de la fé forma para el castigo de brujos, adivinos, májicos y hechiceros—¿creis, señor D. José, que si tales no existieran se ocuparia de ellos la Inquisicion perdiendo el tiempo en perseguir quimeras?



—Razon teneis; pero este hombre á quien vamos á ver, peligro corre de morir uno de estos dias en la hoguera.

—No, porque la majia de este ha sido examinada por el Santo Oficio, y licencia tiene para ejercerla, que dado se la ha el señor inquisidor mayor.

—No me parece maravilla que el padre Nitardo, jesuita y todo como es, paréceme mas de la compañía del demonio que de la de Jesus, y solo el favor inmerecido que S. M. le dispensa, pudo haberle llevado á un empleo que de derecho y por méritos competia al señor cardenal de Aragon, arzobispo de Toledo.

—Cosas son esas en que yo no entiendo, porque aunque nuestra amistad es de ayer, dicho os tengo que vine de mi tierra y he vivido aquí sin haber querido presentarme á la corte hasta hoy que tengo un gran empeño.

—Abrazar pretendeis el partido del príncipe ó el del padre Nitardo.

—Ni uno ni otro, que poco dispuesto me encuentro á tomar parte en esas desavenencias; los poetas no tenemos vocacion para esa clase de luchas, y solo deseamos un monarca como S. M. Felipe IV que nos proteja, nos aliente y nos considere.

—Por mi fé, señor Valenzuela, que hareis en ello perfec-

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

tamente, porque un mar de intrigas es la corte en el que zozobra el bajel mas poderoso y bien gobernado.

—Y sin embargo, vos....

—Que quereis, se comienza sin sentir, y se concluye sin querer; es un torbellino que arrastra una vez que se haya tenido la desgracia de entrar en él; pero veamos, si no soy importuno ¿qué os obligua á entrar en palacio?

—Caballero sois y jóven, y puedo abriros mi corazon: una dama me atrae, vos que amais á Dª Laura comprendereis que hay atracciones que son irresistibles.

—Ciertamente, ¿y quién es la musa que vá á inspiraros en la corte?

—Soy tan desgraciado que aun ignoro su nombre y calidad.

—¿Es acaso alguna de las damas de la reina?

—Creo que sí.

D. José reflexionó.

—Es una jóven rubia?

—Sí.

—Alta, esbelta?

—Sí, sí.

—Ah! pero entonces será Dª Eujenia, una dama alemana, de gran estimacian para Su Majestad.

—Es posible!

—Mala fortuna, os aseguro.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque fama tiene esa señora de insensible, y en segundo porque tan adicta es al padre Nitardo que no os daria su amor mientras no fuéseis partidario ciego del confesor de la reina.

—Me haceis perder la esperanza.



—No es para tanto; probad fortuna; quién sabe si para vos estaria reservada esa dicha.

—Dios quiera, porque adoro á esa dama; es mi porvenir, mi ilusion única....

—No podeis negar que sois poeta.

—Señor de Mallades, todos los enamorados lo son.

D. José iba á contestar, pero en este momento llegaron á la puerta de la casa del astrólogo.

—Hemos llegado- -dijo D. José Fernando de Valenzuela,—entrad.

—No, vos que conoceis mejor el camino—contestó Mallades.

Valenzuela empujó la pesada puerta y penetró en un portal lóbrego y apenas alumbrado por un miserable candil.

Se percibia allí un olor de tierra húmeda, y soplaba un viento frio y encallejonado que hacia vacilar constantemente la llama del candil.

—Horroroso es esto—dijo D. José componiéndose instintivamente el talabarte y llevando la mano á la empuñadura de su daga.

—Como casa de brujo—contestó Valenzuela.

Atravesaron un gran patio, en cuyo fondo habia una puerta por donde brillaba una luz al través de una cortina roja.

Los dos jóvenes se dirijieron á esa puerta, y Valenzuela llegando primero, alzó la cortina y penetró seguido de su compañero.

Era una estancia pequeña, pero ricamente adornada: las paredes estaban tapizadas de damasco encarnado, al rededor habia divanes y grandes almohadones forrados de seda del mismo color, y en el centro una gran piedra ca-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prichosamente labrada, sobre la cual habia colocada una gran lámpara de bronce con tres mecheros en los que ardian, tres grandes luces.

Una tupida alfombra persa, ahogaba el ruido de las pisadas.

Sentado en el suelo estaba un esclavo negro que vestia un traje oriental de seda recamado de oro.

Al presentarse allí los dos jóvenes, el esclavo se levantó, cruzó los brazos é hizo una profunda reverencia.

D. Fernando, que debia haber estado allí otra vez, hizo una señal al esclavo, que desapareció por una puertecilla que estaba oculta entre el tapiz.

—Veo que conoceis las costumbres de esta casa—dijo Mallades sentándose.

—Os he dicho que un amigo me trajo como yo os traigo ahora á vos, y él hizo lo que yo ahora hago.

La puertecilla volvió á abrirse, y el negro se presentó haciendo seña de que pasasen los amigos.

—Pasad—dijo Valenzuela—os dejaré solo.....

—No, hacedme la gracia de entrar; no espero que me descubra el sábio, secreto que vos debais ignorar, y advertiros debo que nada creo de todo esto.... vamos.

El negro abrió su puertecilla y los dos amigos se encontraron en el laboratorio del astrólogo.

Aquella era una inmensa confusion de armarios y mesas, en las que habia vasija y redomas, y retortas, y cajas, y libros, y pergaminos.

Instrumentos de metal de formas estrañas, animales disecados y vivos, esqueletos y cráneos y mómias.

Y todo alumbrado por una lámpara de bronce, tambien de tres luces, suspendida del techo por una cadena.



El astrólogo estaba en pié, en el centro de la estancia; vestia una túnica larga de anchos pliegues ceñida á la cintura por una cadenilla de oro, y tenia en la cabeza una especie de tiara como la de los grandes sacerdotes judíos.

Era un hombre alto, y su larga y espesa barba, completamente cana, le llegaba hasta la cintura; tenia en una mano un gran libro, y en la otra una varita de acebo.

—¿Pretendeis saber vuestro destino?—dijo dirijiéndose á D. José que iba por delante.

—Sí—contestó con resolucion el jóven.

—Hay en el porvenir arcanos terribles y misteriosos, que los débiles mortales tiemblan y desfallecen al conocer: puede asegurarse su ventura pero es mas comun la desgracia, ¿os encontrais con valor para ver en lo futuro?

D. José sonrió desdeñosamente.

El astrólogo lo observó.

—Bien—continuó—sois jóven y valiente; vereis en el porvenir, os diré lo que os guarda la fortuna, pero contestadme algunas preguntas, con verdad, para saber vuestro, horóscopo.

D. José comenzaba á sentirse afectado.

—¿Os llamais?

—D. José de Mallades, caballero aragones.

El astrólogo pintó algo en un pergamino que estaba estendido sobre una mesa.

—¿Cuántos años contais?

—Treinta.

—Teneis partido en la corte en las bandas que la dividen?

D. José vaciló

—Aun es tiempo—dijo el astrólogo—si temeis todo se dará por terminado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No temo—dijo D. José—tengo partido; pertenezco al bando del príncipe mi señor, D. Juan de Austria.

—Bien—mostradme vuestras manos, por las palmas.

El astrólogo examinó las manos de D. José; luego escribió, trazó líneas rectas y círculos, signos cabalístidos, siempre pronunciado á media voz palabras estrañas.

—Jóven—esclamó el astrólogo conmovido, ¿tendreis valor para escuchar vuestra sentencia?

—Escusad preguntas importunas y hablad—dijo D. José emocionado á pesar suyo.

—Los astros—continuó el viejo—nada dicen favorable á vuestro porvenir.

—¿Moriré pronto?

—Sí.

—¿Y cómo?

—En el garrote.

D. José se puso densamente pálido.

—Mentís, porque soy noble, y á los nobles no se les puede dar garrote.

—Ante los astros no hay nobleza.

D. José calló y quedó pensativo: el astrólogo lo contemplo un largo rato y luego como conmovido dijo:

—Yo quise evitaros este disgusto, porque saber el mal con anticipacion es sentirlo doble; pero vos lo habeis querido, vuestra suerte me apesa joven, y quiero ver de remediarla.

—¿Cómo? preguntó D. José alzando el rostro y mirando al viejo fijamente.

—¿Quereis un talisman? quizá os valga, aunque no es infalible.

—Dádmele—dijo el jóven.



El viejo abrió un armario, buscó allí largo rato, sacó un objeto y acercándose á D. José le dijo:

—Aquí le teneis: este talisman está formado bajo los auspicios del sol, el mayor de los planetas: es de oro purísimo de hungría, su forma como veis es redonda como la del sol; en un lado tiene un cuadrado compuesto de seis líneas de números, y contando estos números de un ángulo al otro en la forma de la cruz de San Andrés, suman ciento once, que es el número de estrellas que están bajo la dominacion de este planeta y que Dios le ha dado como súbditos: en el otro lado del talisman vereis la figura del sol radiante. Todos estos signos han sido grabados en el momento de la conjuncion de la luna, en el signo de Leon. Este talisman os procurara el favor y el cariño de los reyes y grandes de la tierra, que es de donde miro venir la sombra negra que mancha vuestro horóscopo.

El jóven tomó el talisman que el astrólogo le entregó envuelto en un pedazo de tela de seda verde; lo guardó cuidadosamente y sin hablar una palabra entregó una bolsa al astrólogo y se dispuso á salir.

—Jóven—dijo el astrólogo—en cualquier lance difícil en que os encontreis en la vida, os encargo que vengais á verme; yo os ayudare á conjurar el mal.

D. José, sin replicar, salió de la estancia.

Valenzuela le siguió, tomaron ambos sus sombreros y se encontraron á poco en la calle.

—Mucho os ha preocupado el astrólogo—dijo Valenzuela.

—Por mi fé que sí:—á pesar de que nada les creo á estos hombres.

—Pues entónces.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No sé lo que deciros, pero esto de oir anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, ya reia como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirijióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitacion del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

---

## IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.

VALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechon de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No sé lo que deciros, pero esto de oir anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, ya reia como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirijióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitacion del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

---

## IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.

VALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechon de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ninguna de estas observaciones quiso comunicar á D. José, porque viendo á este tan preocupado, con razon temió que se hubiera ofendido al saber que habia sido víctima de una pueril credulidad.

Una sospecha vino á herir á D. Fernando; le pareció á fuerza de esforzar su memoria que habia recordado á quién pertenecia aquella voz, y con el objeto de salir de aquella duda volvió á la casa del astrólogo.

Penetró en ella con mas confianza; hizo seña al esclavo negro y volvió á encontrarse frente á frente del finjido anciano.

—¿Qué quereis jóven? preguntó el viejo adelantándose á su encuentro majestuosamente.

En este instante Valenzuela sintió la certidumbre de lo que habia sido para él una sospecha y lanzándose sobre el astrólogo de un jalon le arrancó la barba esclamando:

—Eres D. Antonio de Benavides.

Benavides, pues era él, retrocedió, sorprendido al principio, y luego echó mano de una rica daga que llevaba en el cinto y se arrojó sobre D. Fernando.

El jóven esperaba ya el ataque, y á pié firme con el estoque en la mano recibió á su enfurecido adversario.

—Tente, D. Antonio—decia con calma Valenzuela—que no quiera Dios nuestro señor que llegue yo ha herirte por causa que tanto no merece.—Tente, te ruego.

—¿Leve causa te parece?—dijo Benavides, conteniéndose mas que por las razones por el estoque de Valenzuela—¿leve causa te parece cuando has puesto tu mano en mi faz?

—Perdóname, que ignoraba que fuera faz esa finjida barba conque te ocultabas.

—Tanto da.



—Sosiégate y hablemos, que si tu faz he tocado, que lo niego, hazme burlado con el horóscopo, y no solo á mí sino á muchos de los principales de la corte,—y no andarian tarde en vengarse si lo supieran, que secretos debes haber descubierto, mas que un confesor que no estarán seguros mientras tengas la lengua dentro de la boca

—Por lo mismo debes de calcular que de morir tiene aquí uno de nosotros, ó tú para que nadie sepa lo que aquí ha pasado, ó ya para que aun en el caso de sabido, en nada me corra perjuicio.

—Sea como lo deseas—contestó Valenzuela—que mas insistir, prueba fuera de mi debilidad y no de mi prudencia; pero debo advertirte que no gusto llevar ventaja; quitar puedes esa túnica que estorba los libres movimientos, y tomar un estoque que las armas, iguales, parecen argüir nobleza en el combate.

—Es razon—dijo Benavides, y con gran precipitacion se quitó la túnica quedando solo con calzas, gregüesco y una especie de almilla lijera.

Tomó luego una espada que en uno de los ángulos del aposento habia, y desnudándola se adelantó garbosamente contra D. Fernando.

Las dos espadas se tocaron, comenzó el combate.

La luz de la lámpara bañaba á los dos adversarios.

Benavides atacaba con furor, Valenzuela con la mayor sangre fria, estaba solo á la defensiva, sin tirar golpe y sin aprovecharse de los muchos descuidos de su contrario.

Benavides estaba fatigado y comenzaba á padecer, cuando una puerta secreta que habia en el aposento se abrió repentinamente.

Benavides y D. Fernando volvieron el rostro, y la seve-

ra figura del padre Nitardo, destacándose sobre el claro de la puerta, los hizo bajar los estoques y quedar inmóviles.

El padre Nitardo silenciosamente se dirijió á la entrada que comunicaba el aposento; con el que ocupaba el esclavo negro, cerró la puerta, corrió un gran cerrojo y vino á pararse en medio de los dos jóvenes que le miraron con asombro.

—¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita.

D. Fernando y Benavides obedecieron sin replicar.

—Soldados de la misma bandera—continuó el padre—servidores de la misma causa, trabajadores de la misma viña, ¿osais hacer armas el uno contra el otro?

Valenzuela como mas audaz, quiso contestar.

—Señor....

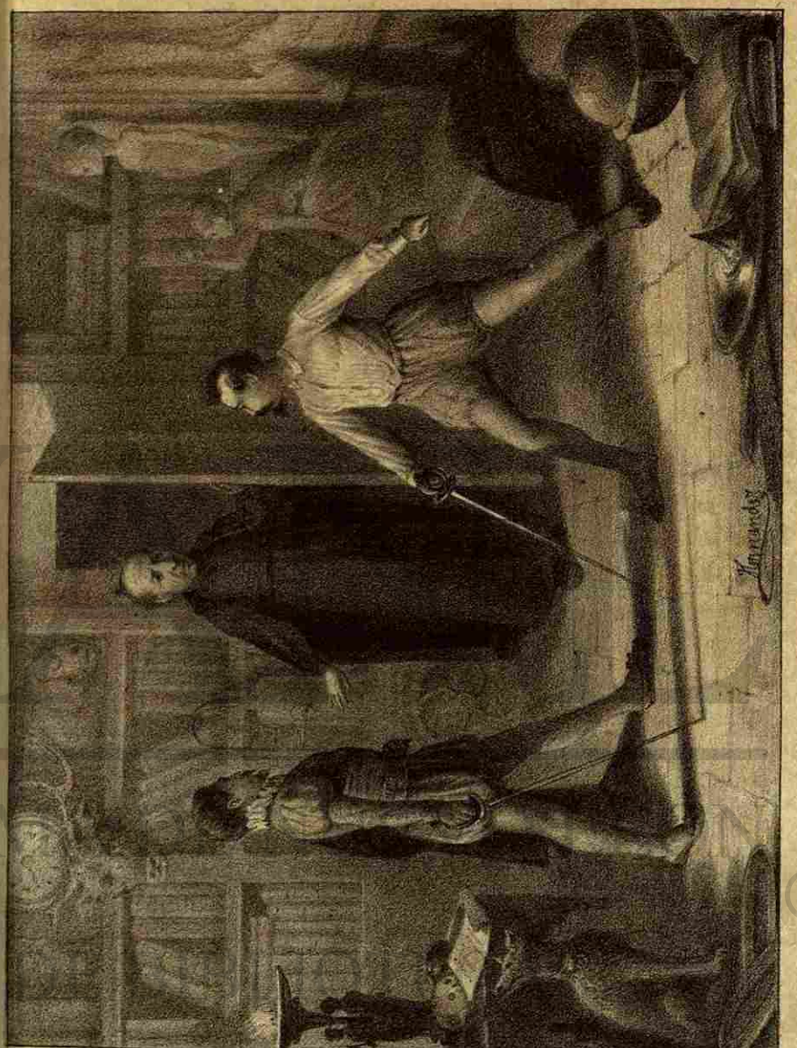
—Callad—dijo el padre—atentais el uno contra la vida del otro y esas vidas pertenecen á Su Majestad, y la muerte de alguno de vosotros seria además de un homicidio un robo hecho á la reina Nuestra señora.... Nada quiero saber de lo que aquí ha pasado; pero os prohibo en lo adelante volver á reñir.

—Sí, señor—murmuraron los dos jóvenes, subyugados por la autoridad de aquel hombre.

—D. Antonio de Benavides—mirad en D. Fernando de Valenzuela, un hombre á quien debeis ayudar en todo. Es ya uno de los brazos mas fuertes de la causa de S. M. y debemos sacrificar en esa causa nuestros afectos y nuestros rencores.

—Ningun rencor guardo á D. Fernando—dijo Benavides.

—Ni yo á D. Antonio—agregó Valenzuela tendiéndole una mano.



¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita Pág. 34.

D. Antonio la estrechó con franqueza.

—Bien, hijos mios—dijo el padre Nitardo—ahora quiero hablar á solas con Valenzuela, esperadme afuera un momento, D. Antonio.

Valenzuela y el padre Nitardo quedaron solos.

—¿Conocíais de antemano á Benavides?—preguntó el jesuita.

—Sí, señor—contestó Valenzuela—conocíle de niño en Ronda y hemos tenido grande amistad.

—Bien—¿qué habeis hecho respecto á mis instrucciones?

—Señor, he logrado estrechar mis relaciones con D. José de Mallades que me presentará mañana mismo en la corte?

—Y es natural que os haya preguntado qué deseais pretender ¿qué le habeis dicho?

—Preguntóme eso precisamente y contestéle que empresa de amores me llevaba, porque prendádome habia una dama de la corte, que en los bandos políticos no queria mezclarme, porque los poetas no somos á propósito para ello, que la mucha imajinacion nos hace caer en peligrosos estremos.

—¿Y no os preguntó (que sí debe haberlo hecho,) quién era esa dama?

—Sí, señor.

—¿Y qué dijísteis?

—Encontréme embarasado para contestarle que apenas conozco á las damas, si no es á Dª Laura, de quien él está apasionado, mas para salir airoso del lance lamenté mi desgracia de no conocer el nombre de la dama á quien yo queria servir, y dile unas señas de ella, que convinieron con las de una señora que él dijo llamarse Dª Eujenia.

—Todo es providencial.—Es preciso llevar adelante ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dicho, Dª Eujenia estará avisada ya desde mañana, podeis galantearla para que toda la corte crea que ese es el objeto que os lleva; ella se mostrará favorable, para que todos se engañen si os miran hablar á solas, con ella podeis enviarme á decir cuanto creais importante, y ella os dirá de mi parte cuanto fuere necesario: Dª Eujenia es dama de mucho valimiento con S. M.; así tenderemos una red en palacio de la que ni una sola de las maquinaciones de nuestros enemigos pueda escapar.—¿Habeis comprendido?

—Sí, señor.

—Procurad que nadie comprenda que habeis hablado conmigo y sobre todo que nadie conozca que os guia á la la corte mas interés que el amor de Dª Eujenia.

—Comprendo, señor.

—D. Antonio de Benavides, es la otra persona con quien debeis estar en contacto: debeis tener necesidad de dinero para sostener vuestra representacion en palacio; pedid á Benavides cuanto necesiteis, además de lo que él os de por órden mia, y si algo urjente quereis comunicarme, en una hora estraordinaria, dirijíos á él.

—Muy bien, señor.

—Ahora, adios.

El padre Nitardo se levantó, y salió por la puertecilla escusada, dejando á Valenzuela hundido en un mar de reflexiones.

Pasó así un largo rato hasta que sintió que le tocaban el hombro.

Alzó el rostro y vió á Benavides.

—¿Y bien?—dijo éste—¿estás triste?

—No—contestó D. Fernando.

—S. E. me ha dicho que te entregue el dinero que pidas



creo pues que estás en carrera y que no te engañé con lo del horóscopo.

—Efectivamente, mi porvenir parece aclarar, pero héme aquí que tengo órden de enamorarme de Dª Eujenia.....

—Real moza, aunque estranjera; te doy el parabien. Que fortunas como esas no se encuentran á cada dia.

—Pero tú comprendes, que eso de enamorar por órden del inquisidor jeneral es una cosa extraña, solo por eso creo que Dª Eujenia me va á parecer detestable.

—O quizá á interesarte deveras.

—Mas me valiera, pero lo dudo: supongo que será una comedia muy larga y muy fastidiosa, y ella y yo desempeñaremos nuestros papeles con tanto fastidio como deseo de que se corra la cortina en el último acto.

—Esa es la corte, todo comedia, en la que cada uno no representa lo que quiere, sino lo que mas conviene á los de arriba: eso te esplica por qué soy astrólogo.

—¿Es verdad?

—Héteme aquí dando talismanes y amuletos, y diciendo el porvenir, en cambio de secretos de amores y de política que algunas veces se aprovechan y otras no, pero que sabe S. E. noche con noche.

—¿Viene él aquí siempre?

—Algunas veces, pero dóile yo cuenta de todo.

—Curiosa historia: sin embargo, debes tú de conocer algunos secretos de la astrolojía judiciaria, pues tan bien haces tu papel, y dices cosas que propias son de májicos y de hechiceros.

—Tiéneme, prestado un libro el reverendo padre Nitardo, en el que leo y aprendo palabras y fórmulas para decir á los incautos, y es todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Admirablemente, los dos entramos viento en popa en el mar de la fortuna: Dios nos ayude.

—Sí, con la diferencia que tú eres piloto, cuando menos, y yo no paso de grumete.

—Hágame Dios siquiera vice-almirante que tú no dejarás entonces de mandar cuando menos una fragata.

—Amen.

—Voime, que la noche corre de prisa—dijo D. Fernando calándose su ancho sombrero, y dirijiéndose á la puerta por donde habia entrado.

—Por aquí mejor—dijo Valenzuela mostrándole la puerta escusada—tú eres de la casa y para tí no hay secretos.

Y diciendo esto guió á Valenzuela al tráves de algunos aposentos, le hizo atravesar otro patio, abrió una puertecilla, y D. Fernando se encontró en la calle que pasaba á la espalda de la casa.

—Dios te guarde—dijo, y embozandose hasta los ojos se alejó precipitadamente.

## V.

De cómo la hija del marqués de Rio-florido, se enamoró de D. Fernando de Valenzuela.

NO se hablaba entre las damas de la corte de otra cosa que de un jóven que habia presentado D. José de Mallades, y que se llamaba D. Fernando de Valenzuela.

Poeta, rico, de una figura arrogante, esta era la descripcion compendiada que de él se daba.

Las nitardinas creian ya contarlo entre los partidarios del valido, porque muy por lo bajo se susurraba que D. Fernando "servia" á Dª Eujenia.

Las austriacas creian fácil su conquista, porque era el amigo de D. José de Mallades, ardiente partidario del príncipe.

Unas y otras lo calculaban hombre de importancia en política y en amores y unas y otras comenzaron á tenderle sus redes.

Habia entre las damas que seguian el partido del príncipe una jóven de estraordinaria hermosura, Dª Inés, hija del marqués de Rio-florido, que era de oríjen mexicano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Admirablemente, los dos entramos viento en popa en el mar de la fortuna: Dios nos ayude.

—Sí, con la diferencia que tú eres piloto, cuando menos, y yo no paso de grumete.

—Hágame Dios siquiera vice-almirante que tú no dejarás entonces de mandar cuando menos una fragata.

—Amen.

—Voime, que la noche corre de prisa—dijo D. Fernando calándose su ancho sombrero, y dirijiéndose á la puerta por donde habia entrado.

—Por aquí mejor—dijo Valenzuela mostrándole la puerta escusada—tú eres de la casa y para tí no hay secretos.

Y diciendo esto guió á Valenzuela al tráves de algunos aposentos, le hizo atravesar otro patio, abrió una puertecilla, y D. Fernando se encontró en la calle que pasaba á la espalda de la casa.

—Dios te guarde—dijo, y embozandose hasta los ojos se alejó precipitadamente.

## V.

De cómo la hija del marqués de Rio-florido, se enamoró de D. Fernando de Valenzuela.

NO se hablaba entre las damas de la corte de otra cosa que de un jóven que habia presentado D. José de Mallades, y que se llamaba D. Fernando de Valenzuela.

Poeta, rico, de una figura arrogante, esta era la descripcion compendiada que de él se daba.

Las nitardinas creian ya contarlo entre los partidarios del valido, porque muy por lo bajo se susurraba que D. Fernando "servia" á Dª Eujenia.

Las austriacas creian fácil su conquista, porque era el amigo de D. José de Mallades, ardiente partidario del príncipe.

Unas y otras lo calculaban hombre de importancia en política y en amores y unas y otras comenzaron á tenderle sus redes.

Habia entre las damas que seguian el partido del príncipe una jóven de estraordinaria hermosura, Dª Inés, hija del marqués de Rio-florido, que era de oríjen mexicano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Inés era mujer de unas pasiones terribles: se referia que de niña habia querido arrojarse en un torrente, porque sus padres no le cumplieron un capricho infantil.

Jóven, habia querido darse la muerte con un puñal, por celos.

Pero en los momentos en que D. Fernando se presentó en la corte, Dª Inés no tenia amante.

Valenzuela se dirijió inmediatamente á Dª Eujenia y procuró que todos conociesen su inclinacion—tales eran las prevenciones del padre Nitardo—y por otra parte Dª. Eujenia era hermosa y gozaba de un valimiento con Su Majertad —así es que poco sacrificio fué para el jóven aparentarle amor; Dª Eujenia por su parte encontró á Valuenzuela muy agradable y no le disgustó el papel que la hacian representar.

Dª Inés al conocer á Valenzuela sintió por él una inmensa simpatía, y dijo resueltamente en su interior.

—Este hombre me ha de amar.

Pero á pesar de esto, los dias pasaban y D. Fernando no se fijaba en ella, y sus amores con Dª Eujenia se iban haciendo cada vez más públicos.

Aquel desden exaltaba el amor de Dª Inés, y aquel amor se convirtió en una pasion terrible.

Buscaba las ocasiones de encontrarse con Valenzuela, de hablarle; pero estos encuentros y estas conversaciones se hacian muy difíciles, y Dª Inés no pudo ya contenerse, y determinó aprovechar la primera ocasion para esplorar el corazon de D. Fernando, y se le presentó.

Los franceses amenazaban al Bravante, y la reina, por consejo del padre Nitardo, quiso enviarle resfuerzos á aquella provincia, encargando de ellos al príncipe D. Juan, que fué llamado á Madrid para recibir instrucciones.



La llegada del príncipe fué un gran acontecimiento para la corte: sus partidarios y sus enemigos procuraron esmerarse en las demostraciones de aprecio, y por tres dias, la ciudad se puso de gala para recibir y cortejar al digno hijo de Felipe IV, al pacificador de Nápoles y de Cataluña, al jeneralísimo de los ejércitos españoles.

El marqués de Rio-florido, obsequió al príncipe con un espléndido sarao: *austriacas y nitardinas* todas concurrieron, y la soberbia morada del rico mejicano era aquella noche el lugar de reunion de lo mas florido de la nobleza de España.

Valenzuela llegó allí con D. Jose de Mallades.

Dª Laura le esperaba, pero Dª Eujenia no se presentó porque habia quedado acompañando á la reina.

Dª Inés esperaba con ansia la llegada de Fernando, parecíale que el tiempo volaba y que él no se presentaria; por fin vióle entrar y su corazon latió con violencia.

Aquella noche debia decidir de su felicidad.

Valenzuela sabia que Dª Eujenia no asistiria, y por conservar su papel de apasionado, procuró no bailar, y se retiró á una de las estancias mas solas de la casa.

Dª Inés advirtió su ausencia del salon, lo buscó con la vista, y se levantó para recorrer los demás aposentos.

D. Fernando estaba pensativo, sentado en un sitial cuando se le presentó Dª Inés.

—Caballero Valenzuela—dijo la jóven procurando, que la voz no vendiera la emocion de su pecho—estais muy triste á lo que parece, y sentiria en el alma que esta fiesta dada por mi padre, pudiera haberos ocasionado algun disgusto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dios no permita, señora—contestó Valenzuela—que vos llegueis á creer semejante cosa: digno de monarcas está el sarao y con razon, que reina sois vos, señora, de la belleza y de la gracia.

—Galante sois, y sin embargo, huís la vista de tantas hermosas como se ostentan en el salon.

—Señora, perdonadme el atrevimiento, pero quizá mas entristece, que alegra el alma, la vista de tantas hermosuras, cuando el corazon nos dice que no hay entre todas ellas, un corazon que responda á los latidos del nuestro: entonces, señora, se siente el tormento del ciego que pasea por medio de un jardin.

—Caballero, sois muy injusto en pensar que todas esas bellezas tienen de mármol el corazon.

—No, señora, de mármol no precisamente, pero para mí, señora, como si le tuvieran que estoy seguro que una sola de ellas no ha pensado nunca en este pobre hidalgo de Ronda.

—Tal vez os engañais, D. Fernando Valenzuela.

—¿Lo creeis así, señora?—dijo con viveza Valenzuela.

—Estoy segura—contestó Inés encendida.

Valenzuela encontró á aquella mujer encantadora, y conoció que aquel momento debia aprovecharse.

—Señora—dijo—si ese corazon que ha latido por mí es el de una mujer por quien en secreto he penado, me consideraré el mas feliz de los nacidos.

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó con cierta frialdad Dª Inés.

—Señora, ni ella lo sabe, solo Dios, y eso yo no se lo he contado, os lo juro.

—Entonces será indiscrecion el insistir.



—Indiscrecion fuera en otra persona, en vos pluguiera al cielo que lo fuese tambien.

—¿Qué quereis decir?

—Señora, que siendo vos la que yo mas temo que descubra mi secreto, es sin duda al mismo tiempo la que mas deseo que me lo arranque ó que me lo adivine.

—Difícil seria adivinar esa pasion, y alcanzar quién sea tan dichosa dama si entre lenguaje de poeta se oculta su nombre y calidad.

—Señora, la lengua, torpe espresaria lo que las miradas descubren, que los ojos, confidentes son que venden los secretos que el corazon esconde.

—¿Amais de veras, señor de Valenzuela?

—Con toda el alma.

—Y os habeis declarado con esa dama....

—Hele ya pintado mi pasion.

—¿Y la ha comprendido?

—No sé....

—Pues quién podrá saberlo?

—Vos, señora, vos.

—Yo?

—Vos, que por estar tan alta, no os habeis dignado, ni pensar en el hombre que os adora. Vos que si la fortuna no fuera tan adversa habríais adivinado....

—¿Es decir....?

—Que esa dama de quien os hablaba sois vos.

—¿D. Fernando, os burlais?

—Ah! señora, valiera mas, que el fuego del amor quema mi pecho, y ni una sola esperanza me alienta: ¿quién soy yo, señora, para poseer á vuestra hermosura? ¿quién soy yo? un hidalgo desconocido, sin valimiento, sin mérito: Dª

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Inés, perdonad mi atrevimiento, porque conozco que os ofendo solo con pensar en vos.

—Valenzuela, no digais eso; digno sois, por vuestro corazon y vuestra inteligencia de fijar las miradas en una reina, pero yo no creeria nunca en ese amor tan vehemente....

—¿Y por qué, señora?

—Antes que todo, porque sois poeta, y perdonadme, pero tengo para mí que todas las pasiones de los poetas pasan como esas nubecillas flotantes de que tan á menudo nos hablan en sus versos.

—Cruel sois por demas, señora.

—Pero prescindiendo de eso, público es en la corte que servís con el alma á la encantadora Dª Eujenia, y que ella corresponde vuestro amor.

—Dª Inés....

—¿Podreis negar que la habeis requerido de amores?

—Señora, es cierto, pero oidme; un hombre habia nacido ciego, ciego; jamás habia visto ni los árboles, ni las flores, ni la luz, ni nada, nada señora; oró á Dios, tuvo fé, y una noche Dios abrió sus ojos y vió; la noche estaba hermosa; sobre un cielo purísimo y tachonado de estrellas cruzaba la luna con todo su esplendor, derramando su luz blanca y encantadora. El hombre vió la tierra, y el cielo y las estrellas, y luego la luna, y esclamó: "esto es lo más hermoso de la creacion," y se quedó contemplando arrobado, el astro de la noche. Pero á poco las estrellas fueron palideciendo. El cielo fué tiñéndose de púrpura, las aves cantaron, murmuraron los vientos entre el follaje, exhalaron las flores sus perfumes, la naturaleza toda entonó un himno de alegría, y el sol radiante se alzó de entre las brumas de la mañana; el hombre entonces cayó de rodillas esclamando: "Perdona, ó sol, tu eres el rey de la creacion, y toda luz, ante tu luz, palidece y se eclipsa; no te conocia y por eso no te adoraba."



—Muy bello es eso, señor de Valenzuela, pero quién me asegura que no seré yo la luna de vuestro corazon?

—¿Quién os lo asegura, Dª Inés? vos misma, mostradme no solo en la corte, sino en toda la España, una mujer que pueda competir con vos en hermosura....

—Eso decís todos los poetas, á todas cuantas mujeres os agradan....

—Dª Inés, decid que no soy digno de vuestro amor, y no me atormenteis de ese modo.

—Si yo estuviera cierta de ese amor, seria capaz de amaros.

—Pues en tal caso, puedo deciros que ya me amais, porque yo os adoro.

—Necesito pruebas....

—¿Cuáles exijís? decidme, señora, decidme, que pronto estoy á dároslas; ¿quereis mi vida? hablad y aquí mismo moriré á vuestras plantas.

—No, D. Fernando, yo os diré lo que deseo, y entonces.....

—Pero puedo alentar esperanzas.

—Oh! sí.

—Gracias, Dª Ines; me dais la vida.

—No exijo por ahora mas que dos cosas.

—Mandad.

—Silencio y discrecion.

—Sereis obedecida.

—Adios, entrad al salon; voy á bailar, y quiero veros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí, pero mirad, los ojos son como me habeis dicho, confidentes que traicionan.

—No temais, seré discreto, ¿pero pensareis en mí, Dª Inés?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Pero.... os lo juro.

Dª Inés tendió su mano á Valenzuela, que la besó con pasion y luego trémula y emocionada salió lijeramente de la estancia.

Su ausencia se habia prolongado y comenzaban á estrañarla, cuando se presentó.

D. Fernando quedó como espantado de aquella escena.

—Vamos—pensaba—esto está mejor de lo que yo me esperaba, apenas llego á la corte, y las mujeres se me rinden á discrecion; la alemana, la mexicana, y sepa Dios lo que se me espera; decididamente la fortuna debe venirme por las mujeres, quizá despues me vendrá la desgracia ¡y qué importa! Y lo cierto es, que esta dama tiene razon, no me siento muy capaz de ser constante.... ya veremos.... y Dª Eujenia que me iba ya interesando de veras.... quizá estará pensando en mí.... vamos al salon.

D. Fernando penetró al salon: Dª Inés bailaba, y los ojos de la dama se fijaron ardientes en los de Valenzuela.

Aquella mirada era la rendicion completa de la plaza.

—Esta dama ya no esperará las pruebas de que me hablaba para caer en mis brazos—pensó D. Fernando.

Y se colocó de manera de no perder de vista á Dª Inés.

---

## VI.

**En donde se vé, que de todo es capaz una mujer enomorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.**

DON José de Mallades habia logrado colocarse cerca de Dª Laura, y hablaba con ella.

—Alma de mi alma—decíala D. José—¿por qué esa nube de tristeza empaña hoy tus miradas?

—Porque mi vida es un tormento—contestó la jóven.

—¿Qué te aflije? no me amas, no conoces cuanto te amo yo? ¿no eres feliz con este amor?

—¡Oh sí! soy feliz, porque me amas y yo te amo, pero no es eso lo que causa mi padecer, no, tú estás comprometido en esa lucha terrible entre el príncipe y el confesor de S. M., y yo tiemblo por tí á cada momento.

—No temas, ánjel mio; estoy seguro, y esa lucha no tendrá esos resultados que te espantan.

—¡Ay, amor mio! ó tú te engañas, ó pretendes engañarme para tranquilizar mi corazon, pero yo oigo las conversaciones de S. M. con el padre Nitardo y con Dª Eujenia y dicen cosas que me hacen estremecer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí, pero mirad, los ojos son como me habeis dicho, confidentes que traicionan.

—No temais, seré discreto, ¿pero pensareis en mí, Dª Inés?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Pero.... os lo juro.

Dª Inés tendió su mano á Valenzuela, que la besó con pasion y luego trémula y emocionada salió lijeramente de la estancia.

Su ausencia se habia prolongado y comenzaban á estrañarla, cuando se presentó.

D. Fernando quedó como espantado de aquella escena.

—Vamos—pensaba—esto está mejor de lo que yo me esperaba, apenas llego á la corte, y las mujeres se me rinden á discrecion; la alemana, la mexicana, y sepa Dios lo que se me espera; decididamente la fortuna debe venirme por las mujeres, quizá despues me vendrá la desgracia ¡y qué importa! Y lo cierto es, que esta dama tiene razon, no me siento muy capaz de ser constante.... ya veremos.... y Dª Eujenia que me iba ya interesando de veras.... quizá estará pensando en mí.... vamos al salon.

D. Fernando penetró al salon: Dª Inés bailaba, y los ojos de la dama se fijaron ardientes en los de Valenzuela.

Aquella mirada era la rendicion completa de la plaza.

—Esta dama ya no esperará las pruebas de que me hablaba para caer en mis brazos—pensó D. Fernando.

Y se colocó de manera de no perder de vista á Dª Inés.

---

## VI.

**En donde se vé, que de todo es capaz una mujer enomorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.**

DON José de Mallades habia logrado colocarse cerca de Dª Laura, y hablaba con ella.

—Alma de mi alma—decíala D. José—¿por qué esa nube de tristeza empaña hoy tus miradas?

—Porque mi vida es un tormento—contestó la jóven.

—¿Qué te aflije? no me amas, no conoces cuanto te amo yo? ¿no eres feliz con este amor?

—¡Oh sí! soy feliz, porque me amas y yo te amo, pero no es eso lo que causa mi padecer, no, tú estás comprometido en esa lucha terrible entre el príncipe y el confesor de S. M., y yo tiemblo por tí á cada momento.

—No temas, ánjel mio; estoy seguro, y esa lucha no tendrá esos resultados que te espantan.

—¡Ay, amor mio! ó tú te engañas, ó pretendes engañarme para tranquilizar mi corazon, pero yo oigo las conversaciones de S. M. con el padre Nitardo y con Dª Eujenia y dicen cosas que me hacen estremecer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Acaso hablan, bien mio, con tanta libertad delante de tí.....

—Sí, porque creen que no comprendo, porque hablan en su idioma.

—¿Y los comprendes?

—Sí.

—¿Sabes el aleman, Laura?

—Por tí le he aprendido.

—Por mí.

—Sí, por tí para escuchar esas conversaciones en que quizá dicen cosas que te interesan y poderlas entender....

—¡Vida mia!

—Sí, Mallades, un dia oí pronunciar tu nombre al padre Nitardo, y repetirlo á S. M. y hablaron de tí, porque tu nombre sonó allí varias veces, la ansiedad me mataba, maldije mi ignorancia, lloré y juré aprender el aleman; habia en mi casa una dueña que habia vivido en Alemania y conocia el idioma, le supliqué que me enseñara, y aprendí lo bastante para comprender lo que se habla en palacio.

—Eres un ánjel, Laura, ¿y has tenido paciencia para eso?

—Cuando me fastidiaba, pensaba en que era por tí aquel trabajo, y lo tomaba con mas vigor; y mira, amor mio, quizá nada me ha parecido en el mundo tan fácil como aprender ese idioma.

—Eres adorable, Laura.

—Y he oido, que hay en la corte terribles prevenciones contra tí: ¡cuídate, bien mio! cuídate, y yo te avisaré cuanto se trame en contra tuya ó del príncipe; mira, por eso quiero tanto á Dª Eujenia, ella sin saber aún que yo te amaba siempre te ha defendido, y ahora que le he confesado mi pasion lo hace con mas empeño; debemos nosotros



de velar por ella, ella me ha dicho que está apasionada de D. Fernando de Valenzuela, tu amigo, ¿querrás tú ser su protector para que ese hombre no la engañe?

—Sí, Laura.

—¿Me lo prometes? mira que Eujenia es como mi hermana.

—Te lo juro; será mi hermana tambien.

—¡Qué bueno eres! yo se lo diré y quedará muy contenta, porque ella ama de veras á D. Fernando.

—Yo te prometo, Laura mia, que yo cuidaré de Dª Eujenia; los hombres tenemos momentos en que el único freno á nuestras pasiones son nuestros amigos.

—Ojalá que encontrara yo un hombre como tú que te hablara siempre de mí.

—¿Dudas acaso de mi amor, Laura?

—Nunca, ¿pero qué quieres que te diga? el amor nos hace siempre celosas á las mujeres.

Entre tanto D. Fernando habia comenzado á bailar con Inés.

Aunque los bailes de aquellos tiempos no tenian el mismo carácter de los de ahora, ni las damas y los galanes se estrechaban como hoy en los vertijinosos jiros de un wals, ni sus rostros estaban tan inmediatos, ni se confundia su aliento ajitado y ardiente; sin embargo, en aquellos frios y ceremoniosos pasos que se usaban en las cortes europeas, en aquellas manos que apenas se tocaban con las puntas de los dedos, se adivinaban, se traducian los amores, y nunca faltaba á los amantes oportunidad de hablarse y de decirse una frase.

Las miradas de los curiosos son como el precio de los quilates en los diamantes, cuatro quilates en cuatro pie-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dras distintas, no valen ni la mitad de lo que valen si están en una sola: cien curiosos y murmuradores, separados en grupos ó aislados, ni observan ni dicen tanto como dicen y observan si se reunen.

Antes de terminar la pieza que bailaban Valenzuela y Dª Inés todos decian ya por lo bajo que el jóven hidalgo de Ronda olvidaba á Dª Eujenia, y tenia relaciones con la hija del marqués de Rio-florido.

Alguno habia oido que Inés decia á D. Fernando.

—Aun no estoy convencida.....

Y esto queria decir, segun todos, que ella amaba, pero, que temia un engaño—así son las interpretaciones del vulgo—casi nunca son lójicas, pero en sí, siempre son verdaderas.

Otro oyó á Valenzuela que decia con acento apasionado:

—¡Hasta la muerte!

—Claro—interpretaron—sí, eso dice: la está engañando.

Tambien era poco lójico, pero muy cierto.

Aquellas voces llegaron, como era natural, muypronto, á los oidos de Laura, porque las mujeres son mas comunicativas, está en su carácter, pero como tambien está en su carácter encelarse en nombre de sus amigas, cosa que muy rara vez hacen los hombres por sus amigos, Laura se enceló de Valenzuela por Dª Eujenia.

D. José miraba á Laura y advirtió que ella le hacia seña de querer hablarle, el jóven procuró acercarse y muy pronto estuvo á su lado.

—Quizá te vas á reir de mí—dijo Laura—pero yo quiero á Dª Eujenia como á mi hermana, y el que la ofende me ofende á mí, porque ella ha sido siempre la que ha tomado tu defensa con S. M. y con el padre Nitardo.



—¿Pues qué pasa, ánjel mio?—contestó D. José.

—Pasa que ese Valenzuela, requiere de amores á la hija del marqués de Rio-florido, y que ella le escucha con gusto; esa mujer es muy peligrosa, yo la conozco bien, puede envolver en sus redes á Valenzuela, jóven é inesperto; la amará, olvidará á Eujenia, y Eujenia será capaz de morir de dolor porque tiene por él una pasion inmensa.

—¿Pero qué vamos á hacer, Laura?

—¿Me amas?

—¿Puedes dudarlo?

—Pues óyeme. Valenzuela es tu amigo, debes tener influencia sobre él, porque me has dicho que sois los amigos el único freno de los amigos; te lo suplico en nombre de nuestro amor, háblale, apártale de esa mujer; tú puedes conseguirlo, y aun es tiempo, quizá mas adelante será ya imposible; Dª Eujenia le ama, es un ánjel, jóven, hermosa; si él llega á ser su esposo, su suerte está asegurada en la corte, porque Dª Eujenia es la mas amada de las damas de Su Majestad.... ¿Le dirás, es verdad?

—Sí, le hablaré, porque tú lo deseas.

—Lo deseo, porque segura estoy de que Dª Eujenia haria por mí otro tanto.

—Que no será nunca necesario.

—Lo creo, porque eres un ánjel para mí.

—No digas eso, Laura; te amo mucho, pero no todo lo que tú mereces ser amada, voy á hablar con Valenzuela.

—Dios te ampare para convencerlo.

D. José se separó y Laura lo siguió con la vista hasta que lo vió llegarse á Valenzuela, y que ambos salian del salon.

Laura estaba tan violentamente escitada, como si se

1020004250

hubiera tratado de una infidelidad de su mismo amante.

—Quizá os parece estraño, Valenzuela—decia D. José á su amigo en uno de los salones mas apartados, adonde le habia llevado—lo que voy á deciros, pero una dama á quien debo servir con alma y cuerpo háme hecho este encargo.

—Hablad, D. José—contestó Valenzuela—que viniendo de vos todo será bien recibido y cumplido debidamente.

—Como comprender debeis, Dª Laura me obliga á dar este paso.

—Noble y digna señora á quien respeto tanto como vos la amais.

—Gracias: Dª Laura cariño casi de hermana profesa á Dª Eujenia, ¿lo sabíais?

—Sí, que Dª Eujenia háme dicho lo propio.

—Me alegro: así comprendereis hasta dónde llega esa amistad.

—Perfectamente.

—Dª Laura está, puede decirse así, terriblemente zelosa por su amiga Dª Eujenia, á quien habeis jurado amor, y que os ama apasionadamente.

—¿Pero qué motivo?....

—D. Fernando, ¿creeis que amor y fuego puedan estar ocultos? la jóven marquesa de Rio-florido os ha hecho olvidar á ese ánjel que se llama sobre la tierra Dª Eujenia, que piensa en este instante en vos, y que moriria de dolor si supiera lo que haceis aquí.

En este momento se ajitó un tapiz cerca de los dos jóvenes, y si ellos hubieran estado menos distraidos hubieran visto la hermosa cabeza de Inés que se asomaba, y que desaparecia despues rápidamente.



—D. José ¿creeis que me ama Dª Eujenia?

—Por lo que Dª Laura me ha dicho, creo que esa mujer os ama, y os ama con tal vehemencia, que merece que la adoreis.

El flotante tapiz se ajitó, era seguro que Dª Inés escuchaba allí oculta, la conversacion de los amigos.

—Si yo estuviera seguro de ese amor—dijo hipócritamente Valenzuela—no pensaria jamás en ninguna otra mujer.

—¿Y qué motivo teneis para ponerlo en duda?

—Ninguno, pero desconfio de la verdad de ese amor.

—D. Fernando, yo como caballero os juro que por medio de una dama que vos conoceis he sabido que Dª Eujenia os ama con pasion, con delirio, que sois su primer amor, y que no mereceríais ser llamado hidalgo si os burláseis de ella.

—¡D. José!

—Mirad lo que os digo, D. Fernando; Dª Eujenia os ama; esa jóven está adornada con brillantes cualidades, la reina nuestra señora la distingue, escuchad lo que os digo, porque es un consejo tan sano y desinteresado como os lo podria dar vuestro mismo padre, uníos con Dª Eujenia, tendreis una esposa envidiable, y hareis una brillante carrera en la corte.

—Pero podríais decirme de dónde inferís que no amo á Dª Eujenia, que la olvido?

—Valenzuela, vuestra conducta en esta noche, vuestros mal disimulados galanteos á la marquesita de Rio-florido, la complacencia de ella; D. Fernando estais en una pendiente muy peligrosa....

—Temeis acaso....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo lo temo por vos y por Dª Eujenia; vos no conoceis aún lo que es la hija del marqués; cien aventuras escandalosas os referirán de ella en la corte; estoy seguro de que llegará á fascinaros, y olvidareis á Dª Eujenia, pero tambien lo estoy de que os olvidará cualquier dia: D. Fernando, ¿podeis poner en paralelo á Dª Inés con Dª Eujenia? ¿merece la que os ha jurado su primero y único amor, y que os ofrece un porvenir brillante, que la olvideis por la que os mira solo como una conquista de capricho?—contestadme.

—Teneis razon—dijo con acento de conviccion Valenzuela.

El tapiz se ajitó con mas violencia.

—Prometedme—continuó Valenzuela—que cortareis ahora que aun es tiempo esos nacientes amores con Dª Inés, prometédmelo, ved que no me impulsa mas interés que el cariño que os profeso y el que Dª Laura tiene por Eujenia.

—Os lo prometo—contestó Valenzuela estrechando la mano de su amigo.

—Estoy seguro que cumplireis.

Dª Inés, que escuchaba oculta detrás del tapiz, llevó las manos á la boca para contener un grito que estaba próximo á escapársele.

Sintió un desvanecimiento terrible, y tuvo que apoyarse en el muro, pero muy pronto se repuso y con sorda voz esclamó:

—¡Me vengaré! ¡me vengaré!

D. José Mallades y Valenzuela, conversando acerca de cosas indiferentes, volvieron al salon.

Poco despues de ellos llegó tambien Dª Inés. Todos notaron que estaba estraordinariamente pálida, y que procuraba demostrar una alegría que no era natural; pero nadie supo á qué atribuir esto.



Durante el resto de la noche, D. José, y Valenzuela se encontraron diversas veces con Inés, y ella les habló con tanta amabilidad como si no hubiera escuchado la conversacion que habian tenido ambos.

Solo al despedirse Mallades, un curioso observador hubiera podido notar un relámpago de furor en las miradas de la bella marquesita de Rio-florido.

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

En donde se vé cómo se venga una mujer ofendida, y otras cosas que sabrá el curioso lector.

La corte de Madrid, estaba conmovida: corrian en ella dos grandes noticias.

La una era la partida de D. Juan de Austria para el Brabante con los refuerzos que iban de España y la otra el casamiento que se habia celebradoya de D. Fernando con Dª Eujenia.

Comentaban este matrimonio de mil maneras: unos decian que el padre Nitardo lo habia arreglado rápidamente, los otros que Dª Eujenia se habia arrojado á los piés de la reina para pedirle que la uniese con D. Fernando, y otros agregaban, aunque en reserva, que Dª Mariana de Austria se habia negado con obstinacion, pero que un dia alcanzó ver al jóven, y mudó repentinamente de opinion, y mandó que la boda se celebrara cuanto antes.

Ya nosotros referiremos mas adelante algunos pormenores cuando vengan á cuento.

Dª Inés de Medina, la hija del marques de Rio-florido, supo como todas que se habia verificado aquel enlace, pero no habló de él como todas, ni se espresó con disgusto ni con satisfaccion de la boda; escuchó la noticia y calló.



Tambien acontecia que Dª Inés hacia ya muchos dias habia cambiado enteramente de carácter.

Una sombría tristeza habia sucedido á la jovial alegría que formaba el fondo de su carácter. Dª Inés se habia negado á asistir á todas las diversiones á que habia sido invitada y apenas se la veia salir de su casa.

D. Manuel de Medina, su padre, apenas habia notado esta variacion. D. Manuel era viudo y estaba de tal manera entregado á las intrigas de la política, y comprometido en la causa del príncipe con el padre Nitardo, que cuanto pasaba en la casa era para él completamente estraño.

Los partidarios de D. Juan de Austria se reunian en la casa del marqués de Rio-florido; allí se discutian los negocios de mas importancia, allí se tramaban mil intrigas; la casa del marqués era el centro de operaciones de todos los descontentos de la corte y el padre Nitardo y los suyos llegaron á tener conocimiento de todo esto.

Dª Inés, ó bien porque fuese verdaderamente adicta á la causa del príncipe, ó bien porque no teniendo otra ocupacion, buscaba en la política un medio de distraerse, lo cierto era que habia seguido el hilo de todas aquellas maquinaciones sin perder absolutamente nada.

El padre Nitardo era astuto y sagaz, sabia que se conspiraba en la casa del marqués, sabia quiénes entraban á esa casa, pero nunca habia logrado alcanzar de qué se trataba allí, cuáles eran sus planes, cuáles sus recursos y sus elementos.

Sentia la tempestad, pero no la veia, y no podia conjurarla; hubiera dado la mitad de los tesoros de la reina, hu-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biera hecho cualquier concesion para tener un hilo en aquel laberinto, pero todos los esfuerzos habian sido inútiles y comenzaba ya á desesperar.

Una noche el padre Nitardo trabajaba en el aposento reservado en que le hemos visto entrar con Valenzuela en el principio de esta historia.

Aquel aposento era un amplio salon: las paredes estaban casi ocultas por una gran estantería de cedro en donde se veian multitud de volúmenes de todos tamaños, desde los *in-folium* en pergamino, hasta los pequeños almanaques y lunarios.

Grandes mesas habia por todo el aposento sobrecargadas de legajos de papeles, y solo dos sillones de madera blanca forrados de baqueta negra y con grandes clavos de bronce.

Podia asegurarse que desde aquel triste y oscuro recinto estaban gobernadas la *España y las Indias*, y el hombre que allí estudiaba, meditaba y resolvia, era el verdadero rey.

Solo dos personas tenian facultad para penetrar en aquella especie de sagrario: D. Fernando de Valenzuela y D. Antonio de Benavides: el primero habia llegado á ser el secretario, el consultor íntimo y secreto del padre Nitardo; el segundo no era más que un criado, un lacayo de honor, pero que tenia toda la confianza del favorito.

El primero, era el alma del jesuita como hombre público, el segundo, lo era como hombre privado.

La noche en que nosotros hemos penetrado al gabinete del padre Nitardo, el confesor de la reina, á la luz de una bujía de cera, leia y escribia sentado delante de una de las grandes mesas, que destinadas parecian á recibir cada una



un ramo distinto de la administracion, ó de la correspondencia del padre Nitardo.

Llamaron suave á la puerta con tres golpes: el padre Nitardo alzó la cabeza, y cubriendo la luz de la bujía con la mano estendida para ver mejor á la persona que entraba, esclamó:

—Adelante.

Se abrió la puerta y penetró en la estancia D. Fernando de Valenzuela.

—Santas noches dé Dios á V. E.—dijo D. Fernando.

—Ah! eres tú, Valenzuela? pasa, hijo mio, que ya hacia largo rato que te aguardaba.

Como se ve, el padre Nitardo habia llegado á tener gran confianza y cariño á D. Fernando.

—Perdóneme V. E., pero en el servicio de Su Majestad me he detenido.

—Qué sucedió?

—Héme empeñado en descubrir cuál sea la trama que urden los partidarios del príncipe, que ajitados y recelosos los miro hace dos ó tres dias, y reciben correos y envian emisarios, pero con sijilo tan grande y tan suma prudencia que no es posible sacar nada en limpio.

—Espero que muy pronto cortaremos todas esas tramas: el príncipe D. Juan, segun estas cartas que acabo de recibir, ha llegado á la Coruña, y supongo fundadamente, segun las órdenes que lleva, que se embarcará dentro de tres ó cuatro dias: entonces, léjos él de la corte y embarazado con las operaciones de la campaña, dispersaremos como una bandada de gorriones á todos esos hombres que se empeñan en elevarlo.

—Témome, señor, que intenten ellos algo antes de que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se verifique el embarque del príncipe D. Juan; porque en esta misma noche he visto en las calles, cerca de la casa del marqués de Rio-florido, á D. Pedro de Pinilla, capitan de los tercios de Flandes, y partidario del príncipe, que se hallaba ausente de Madrid.

—Noticia tenia yo ya de la llegada del capitan Pinilla, y que vino á la corte, sé, con D. Bernardo Patiño, el hermano del secretario de D. Juan: algo preparan; pero estamos prevenidos.

—En la casa del marqués de Rio-florido hay esta noche una reunion.

—Ya se la vijila. ¿Dª Eujenia nada ha observado en la cámara de S. M?

—Nada absolutamente. Su Majestad se ha quejado con ella de la guerra que esos hombres hacen á V. E. y díchola que antes sucumbiria que permitir que falten en nada á su confesor.

—Dios mande el acierto á tan magnánima reina.

Tres golpecitos dados en la puerta interrumpieron aquella conversacion.

—Debe ser Antonio—dijo el padre—D. Fernando, hazme la gracia de mirar.

Valenzuela se levantó, abrió la puerta, y volviendo el rostro hácia donde estaba el padre, le dijo:

—Es Benavides.

—¿Qué quiere?

D. Fernando habló en voz baja á Benavides, y dijo dirijiéndose al padre:

—Dice que le interesa mucho hablar con V. E.

—Déjale que pase.

Valenzuela abrió uno de los batientes, y D. Antonio



de Benavides entró hasta donde estaba el padre Nitardo.

—¿Qué se ofrece?

—Señor, una dama encubierta, me ha hecho llamar, y dice que importa á la salud del reino que hable ella esta misma noche y en este momento mismo con V. E.

—¿Quién es ella?

—Lo ignoro completamente: solo á V. E. quiere confiar su nombre y su condicion; agrega que tiene un secreto de la más alta importancia.

—¿En dónde está?

—En un aposento inmediato téngola oculta.

—Que venga, pues.

Benavides hizo una reverencia y salió.

—Valenzuela—dijo el padre—una dama quiere hablarme en secreto, espérame en tu habitacion, que yo te enviaré á llamar con Benavides.

D. Fernando salió tambien haciendo una profunda reverencia.

Pocos momentos despues, D. Antonio conducia hasta la puerta á una dama que hizo entrar, quedándose él por fuera.

La dama vestia de negro y estaba cubierta con un tupido velo.

—Pase vuestra merced, señora—dijo el padre—y dígame en qué puedo servirla.

—Si me lo permitís, señor, tomaré asiento, que fatigada estoy, más por la violencia que me cuesta el paso que doy, que por el cansancio del camino.

—Puede vuestra merced hacer lo que mejor la plazca.

La dama acercó un sitial á la mesa, se sentó, respiró un poco y despues de tomar asiento, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señor, voy á descubriros un secreto importantísimo para la monarquía y para vos, pero como este secreto tanto vale, el precio de él debe estar asegurado de antemano.

—Dispuesto estoy á dar su precio, si lo que se descubre vale lo que se exije.

—Tanto se descubre, cuanto es poco lo que se pide.

—¿Qué se descubre, pues?

—Primero, lo que se pide, reverendísimo padre: sois el poderoso y á mí me corresponde antes el asegurarme.

—Pues veamos lo que se pide.

—Unicamente un salvo-conducto con la firma del R. Padre confesor de S. M. é inquisidor general de estos reinos, en favor del marqués de Rio-florido.

—Pero el marqués es uno de los principales conspiradores.

—No es, señor, de los principales, y algo debe valer ese salvo-conducto cuando en cambio se dá un tan gran secreto, que si el marqués fuera inocente ni gracia era dar el salvo-conducto, ni la pena valia de pedirse: mucho es pero por mucho se dá.

—Sea como dice vuesa merced, señora; se dará el salvo conducto.

—Es que ha de ser ahora mismo, si no nada diré.

—Exijente viene vuesa merced.

—El tiempo vuela, el negocio urje y el secreto importa.

—Bien.

El padre Nitardo tomó un pergamino, y se puso á escribir en él.

Rechinó la pluma largo rato sobre la tersa superficie de aquella piel: por fin, el padre firmó.

—El sello, señor—dijo la tapada.



—Ningun requisito quiere vuestra merced, señora, que falte.

—Cuando me hayais conocido, vereis cuánta razon tengo para ello.

El padre puso un gran sello en el pergamino.

—Ahora tómele vuesa merced, señora—dijo con gran calma el padre—y léale, á ver si está á su gusto.

La tapada alzóse un poco el velo y leyó detenidamente el pergamino.

El padre Nitardo la dirijia miradas ávidamente curiosas, pero no pudo reconocerla.

—Está á mi gusto: ahora hablaré.

—Ante todo ¿quién es vuestra merced, señora?

—Yo soy—dijo la tapada alzándose completamente el velo y dejando ver un rostro encantador—Dª Inés de Medina, hija del marqués de Rio-florido.

—¡Ave María Santísima!—dijo el padre Nitardo retirándose.

—No os asombreis, señor; oídme, y entonces calificareis mi conducta.

El padre Nitardo, sin volver de su asombro, se dispuso á escuchar, y Dª Inés comenzó de esta manera.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

En que se continúa tratando del mismo asunto que en el anterior.

SEÑOR—dijo Dª Inés—mi padre es uno de los mas ricos y mas celosos partidarios del príncipe D. Juan y por lo mismo mi casa ha sido elejida por los demás para celebrar sus juntas y dictar sus determinaciones. El principal obstáculo que se ha presentado hasta hoy á los partidarios del príncipe, ha sido el gran valimiento que teneis, señor, con S. M., y todos ellos están ciertos de que faltando vos podria venir el príncipe D. Juan y enseñorearse del Consejo y de la monarquía.

—Cuentan demasiado con la condescendencia de S. M. la reina, que en ningun caso llamaria al príncipe.

—Así será quizá; pero todos ellos han jurado la caida del valido, (perdonad, que así le llaman) y hace muchos dias que se proponen medios para conseguirlo.

—¿Y cuáles son ellos?

—Mil á cual mas absurdos y apenas podria recordarlos; pero todos ellos han sido desechados, hasta que en esta noche D. José de Mallades ha presentado uno de cuya ejecucion y eficacia responde, y al escucharlo, oculta tras un tapiz, me he determinado á venir en el momento á daros aviso por si quereis evitarlo.



—¿Y cuál es ese plan?

—Trátase nada menos que de escribir al príncipe que por cualquier motivo evite la salida de los refuerzos que van al Bravante; de escribir luego esta determinacion á la corte de Francia para qne se apoderen las tropas francesas de aquellas provincias. Escitada así la animadversion pública circulando la voz de que todo esto es obra vuestra y que estais vendido á la corte de Luis XIV, promover un tumulto pidiendo á S. M. vuestro destierro por traidor á la España, en bien de la monarquía, y si la ocasion se proporciona haceros morir en medio del tumulto.

—Pero, señora, ¿qué pruebas me dais de que todo eso es cierto, y qué motivo teneis para hacer denuncia que comprometa la vida de vuestro padre, ó al menos su libertad?

—Ni la vida ni la libertad de mi padre corren peligro ninguno, supuesto que antes de declararos mi secreto, me habeis firmado un salvo-conducto, que vale muy bien el servicio que hago á la monarquía: yo quiero que concluyan esas tramas que dia á dia me hacen temblar por la vida de mi padre y por la tranquilidad del reino: este es el motivo de mi denuncia; en cuanto á las pruebas os será muy fácil adquirirlas: esta madrugada á las dos en punto de la mañana saldrá de la misma casa de mi padre el hombre que lleva consigo todas las pruebas; hacedle prender.

—¿Y cómo sabremos que es él entre los que salen de la casa de vuestro padre?.....

—Será el único que se retire á esa hora.

—Bien....

—Señor, solo encargo á vuestra discrecion el secreto;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nadie debe saber que yo he sido la persona que ha hecho esta denuncia, ni la misma reina.

—Os respondo de ello, señora.

—Adios.

La dama volvió á cubrirse cuidadosamente y salió de la estancia.

Benavides la aguardaba.

—Conduce á esa señora hasta donde ella te diga, y vuelve á verme—le dijo el padre.

La puerta se cerró y el reverendo padre Nitardo volvió á quedar solo, y se puso á escribir violentamente.

Despues de una media hora, volvió Benavides.

—Benavides—dijo el valido—llama á D. Fernando de Valenzuela.

Benavides con una actividad asombrosa volvió muy pronto trayendo consigo á D. Fernando.

—D. Fernando—dijo el padre tan luego como le vió—aun no se ha recojido Dª Eujenia?

—No, señor—contestó Valenzuela.

—Hazme la gracia, hijo mio, de preguntarle si le será posible entrar á la estancia de S. M.

—Sí, señor.

—Si así fuere, suplícale en mi nombre, diga á S. M. que tengo necesidad de verla en este momento para un negocio de suma importancia.

—Muy bien.

D. Fernando, sin esperar mas, salió precipitadamente.

—Benavides—dijo el padre.

—Señor.

—Tomarás contigo cuatro hombres de la guardia, los que á tí mejor te parezcan, lo oyes?



—Sí, señor.

—Aquí está la órden para el jefe. Con esos cuatro hombres te irás á apostar al frente de la casa en que vive el señor marqués de Rio-florido.

—Esta bien.

—A las dos de la mañana saldrá de allí un hombre, le aprehendes, y le llevas á las cárceles de la Inquisicion.

—Comprendo.

—He aquí un pliego que harás entregar al alcaide de las cárceles secretas del Santo Oficio: en el va la órden para que se rejistre escrupulosamente á ese hombre, y que te sean entregados cuantos papeles lleve consigo; cuando esos papeles sean en tu poder, inmediatamente cuida de traérmeles, y esté yo aquí, ó en la cámara de Su Majestad, allí me haces llamar y me los entregas en mi mano. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Procura que los hombres que lleves no conozcan á ese hombre que vas á aprehender, y si es posible, procura no conocerle tú mismo; hay secretos que son peligrosos para el que los descubre.

—Cumpliré fielmente.

—Así lo espero: si ese hombre se escapa, mañana mismo te hago dar garrote: anda.

Benavides hizo una reverencia y salió.

El padre Nitardo comenzó á pasearse con muestras de impaciencia.

Por fin, oyó á lo lejos el eco de unos pasos que se acercaban; el padre detuvo su paseo y se puso á escuchar. Llamaron á la puerta.

—Es D. Fernando?—esclamó—adelante.

—Señor—dijo D. Fernando—Su Majestad espera á V. E.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos—esclamó el padre—y tomando un bonete se cubrió la cabeza y salió de su despacho, que cerró dando dos vueltas á la llave.....

.....

.....

Eran cerca de las dos de la mañana; sombría estaba aun la noche, y rumor ninguno venia á interrumpir el triste silencio de aquella hora.

La fachada de la casa del marqués de Rio-florido, daba sin embargo, algun indicio de vida. Se distinguia luz en una de las habitaciones del piso principal. Y si el sol hubiera lucido de repente se habria podido notar en una pequeña ventanilla que caia encima de la puerta principal á una mujer que miraba para la calle, y á los dos lados de aquella puerta dos grupos de hombres que esperaban inmóviles, apoyados en los muros de la casa.

En medio de aquel profundo silencio se oyó el ruido de un cerrojo que se corria en la puerta principal; se abrió un postigo y un hombre embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas salió por allí.

Otro que le acompañaba volvió á cerrar, diciendo:

—Dios os guie.

Entonces hubiera podido verse á la mujer que estaba en la ventanilla estirar el cuello, procurando adivinar la escena que iba á tener lugar entre las sombras.

El embozado tomó á la derecha y comenzaba á caminar cuando de repente tres hombres se lanzaron sobre él y le sujetaron.

Hombre de resolucion y de poderosas fuerzas debia ser aquel, porque comenzó á luchar para desasirse de sus contrarios, y quizá lo hubiera conseguido, cuando á estos llegó refuerzo, y otros dos hombres mas se unieron á los primeros asaltantes.



La operacion fué ya muy sencilla, y el embozado quedó prisionero, atado de piés y manos, y con una mordaza.

—Cubridle el rostro con la capa—dijo uno de los que habian hecho la prision—nadie sea osado verle?.... ahora, cargad con él y seguidme.

La mujer de la ventanilla nada habia podido ver por la oscuridad, pero habia oido el rumor de la escena, y luego escuchó la órden que daba el que debia ser el jefe.

Luego las pisadas de aquellos hombres le indicaron que se alejaban ya con su presa: la mujer iba ya á retirarse, cuando una ronda desembocó precisamente por el mismo rumbo que llevaban.

A luz del farolillo de aquella ronda la mujer descubrió al hombre envuelto en su capa y conducido en hombros de los otros.

—Ténganse! á la justicia — gritó el que llevaba la ronda.

—Orden de Su Majestad—contestó el jefe del grupo mostrando un papel.

La mujer de la ventanilla vió al alcalde tomar el papel, acercarse al farol, quitarse humildemente el sombrero, besar la órden y devolviéndola al que se la habia presentado, tomar otro rumbo sin mas averiguacion.

Algunos minutos despues la calle habia vuelto á quedar oscura y silenciosa.

—Comienzo á vengarme—esclamó la mujer y cerró la ventana.

Cuando la luz del aposento iluminó su rostro, se pudo ver que aquella mujer era Dª Inés de Medina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estaba densamente pálida, pero brillaba en sus ojos una inemnsa alegría.

En el interior de aquella casa velaba al mismo tiempo otra persona: el marqués de Rio-florido.

Cuando Dª Inés cerraba la ventana, despues de haber presenciado la escena de la ronda, el marqués se metia alegremente en el lecho, esclamando:

—Ah! reverendísimo padre Nitardo, en esta vez solo que el demonio mismo te avise podrás escapar: dentro de tres horas, ya todos nuestros trabajos estarán fuera de tu alcance. De vencer tiene el príncipe D. Juan, y yo de ser tengo tambien virey y capitan jeneral de la nueva España.

---

## IX.

En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. Dª María Ana de Austria cuando se trataba de su confesor.

EL padre Nitardo llegó hasta la antecámara de la reina, en donde le esperaba ya Dª Eujenia para introducirle.

—D. Fernando—dijo el padre—será prudente que me aguardes aquí con tu esposa; quizá mientras hablo con S. M. llegue en demanda mia; Benavides, suplica á mi nombre á Dª Eujenia que me entre el aviso aunque hable yo con S. M. en ese momento, que cosa debe ser muy importante al real servicio.

—Cumpliré, señor—dijo Valenzuela.

El padre penetró en la cámara de la reina.

Dª María Ana de Ausrria le esperaba sentada en un sitial cerca de una mesa en la que leia un devocionario á la luz de dos bujías de cera.

La luz de aquellas bujías alumbraba apenas la real cámara y hacia resultar en la oscuridad del tapiz de las paredes y de los muebles los soberbios recamos de oro de las blasonadas colgaduras y sitiales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estaba densamente pálida, pero brillaba en sus ojos una inemnsa alegría.

En el interior de aquella casa velaba al mismo tiempo otra persona: el marqués de Rio-florido.

Cuando Dª Inés cerraba la ventana, despues de haber presenciado la escena de la ronda, el marqués se metia alegremente en el lecho, esclamando:

—Ah! reverendísimo padre Nitardo, en esta vez solo que el demonio mismo te avise podrás escapar: dentro de tres horas, ya todos nuestros trabajos estarán fuera de tu alcance. De vencer tiene el príncipe D. Juan, y yo de ser tengo tambien virey y capitan jeneral de la nueva España.

---

## IX.

En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. Dª María Ana de Austria cuando se trataba de su confesor.

EL padre Nitardo llegó hasta la antecámara de la reina, en donde le esperaba ya Dª Eujenia para introducirle.

—D. Fernando—dijo el padre—será prudente que me aguardes aquí con tu esposa; quizá mientras hablo con S. M. llegue en demanda mia; Benavides, suplica á mi nombre á Dª Eujenia que me entre el aviso aunque hable yo con S. M. en ese momento, que cosa debe ser muy importante al real servicio.

—Cumpliré, señor—dijo Valenzuela.

El padre penetró en la cámara de la reina.

Dª María Ana de Ausrria le esperaba sentada en un sitial cerca de una mesa en la que leia un devocionario á la luz de dos bujías de cera.

La luz de aquellas bujías alumbraba apenas la real cámara y hacia resultar en la oscuridad del tapiz de las paredes y de los muebles los soberbios recamos de oro de las blasonadas colgaduras y sitiales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª María Ana de Austria vestia un severo traje de terciopelo negro; era el luto que siempre conservó por el difunto rey.

La reina aún era jóven, y á pesar de sus negras tocas de viuda era una mujer hermosa.

Felipe IV casó en primeras nupcias con Dª Isabel de Francia, hija de Enrique IV y el primer hijo que tuvo de este matrimonio, y que fué el príncipe D. Cárlos, murió en el año de 1646, cuando se habia casado con Dª María Ana de Austria, y antes de consumarse el matrimonio.

Felipe IV se unió despues con la que debia haber sido mujer de su hijo, y que era naturalmente muy jóven.

Dª María Ana de Austria nació en 1634; de manera que á la muerte del rey tenia apenas treinta años, y treinta y dos en los dias en que pasan los acontecimientos que venimos refiriendo.

La reina vivia como aislada en medio de la corte de España; su cualidad de estranjera no habia podido ser olvidada, y su caprichoso cariño y la proteccion inmoderada que dispensaba al padre Nitardo, la hacian menos amada de sus súbditos y sobre todo de la nobleza española.

La reina cerró su devocionario cuando lo anunciaron al padre Nitardo y se dispuso á recibirle.

—Dios guarde á V. M.—dijo el padre.

—El os proteja—contestó la reina—grave asunto debeis tener que comunicarme cuando os miro á esta hora por mi cámara.

—Tan grave es, señora, que me he atrevido á pedir audiencia á V. M. á hora que no debia ya de ocuparse de negocios.

—La suerte de los reyes—dijo Dª Maria Ana—es envidiada del vulgo, que no conoce que son los reyes los que menos pueden disponer de su voluntad y de su corazon, y que momentos, y no muy raros, tienen de envidiar á su vez la suerte del último de sus vasallos.



Habia en el acento de la reina y en sus palabras tan profunda tristeza que el padre Nitardo se sintió conmovido.

—Sea el gran consuelo de V. M. en estas tribulaciones, —dijo el padre Nitardo—que todo es para mayor honra y gloria de Dios; que lugar preferente guarda entre sus escojidos á todos los que han llorado sobre la tierra.

—Dios me envie resignacion como me envia penas y dolores: ¿qué negocio os hace llegar aquí á esta hora?

—Una nueva conspiracion de los partidarios de D. Juan.

—Siempre D. Juan, siempre D. Juan: ese hombre no podia negar que á la real sangre de los príncipes de la casa de Austria, tiene mezclada la plebeya de la Calderona, de la cómica: ¿y qué hay, pues, de nuevo?

—En esta noche han tomado ya una resolucion: trátase de entregar el Bravante á los franceses, de levantar al pueblo de Madrid, y de hacerme morir en medio del tumulto, para obligar á V. M. á llamar á su consejo al príncipe.

—¡Desleales, jamás lo conseguirán! ¿y qué habeis hecho?

—He mandado aprehender al emisario que debia salir á conferenciar con el príncipe D. Juan, y á él deben encontrársele los papeles que dan mayor luz á este negocio.

—¿Y quién es ese emisario?

—Aun lo ignoro; he prohibido al encargado de prenderle que se le reconozca, con objeto de que en la corte no se divulgue le noticia de su prision si es personaje conocido,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y así no le llegue el aviso al príncipe y se embarque sin dificultad para su destino.

—Ese hombre sea quien fuere debe morir.

—Mi carácter sacerdotal me prohibe aconsejar se ordenen medidas de esa naturaleza, V. M. en sus altos designios podrá disponer, si quiere, que se haga un saludable y ejemplar escarmiento.

—Oh! sí!—esclamó con gran escitacion la reina—que ese hombre muera, que muera sin remision; así comprenderán todos esos conspiradores á cuanto se esponen; basta ya de sufrimiento y de condescendencia; yo soy la reina, y si por serlo sufro y padezco y tengo que contrariar mis inclinaciones y que ocultar mis simpatías, que hacer muchas cosas que no estaria obligada á hacer la viuda de un labriego; que me respeten que me teman, que sepan que soy su reina, su señora; ellos, la nobleza, me tiranizan y me atacan: bien, acepto el reto, María Ana de Austria; es aun la reina: ahora verán como sabe castigar: escribid, señor.

Maria Ana de Austria estaba en un momento de febril exaltacion, sucesos desconocidos y secretos que quizá conocerán mas adelante nuestros lectores, habian llegado á escitar de tal manera su temperamento que no necesitaba mas que un incidente cualquiera para poder estallar.

Aquella reina, mujer, jóven y hermosa, de pasiones ardientes, de imajinacion viva que sentia cruzar á su lado intrigas y lances de amor, y que habia pasado parte de su vida, lo mas florido de su juventud, unida á un hombre que podia ser su padre, viuda primero de un jóven á quien no habia conocido, y despues, de un anciano á quien no habia amado, obligada á vivir en la soledad y el retraimiento, sin porvenir y sin ilusiones, cuando su edad y su corazon



la llamaban aun al mundo y al amor, María Ana de Austria era verdaderamente desgraciada.

Por eso su carácter dulce se iba de dia en dia convirtiendo en una especie de misantropía, por eso habia en sus conversaciones tanta tristeza y tan sombrío fondo, por eso pasaba rápidamente de la calma á la exaltacion. Porque aquella reina, como ella decia, era mas infeliz que la mujer de cualquiera de sus vasallos.

El padre Nitardo habia tomado una pluma de un rico tintero de plata y habíase colocado en la mesa con un papel delante, pronto á escribir lo que la reina le mandara.

—Una órden—esclamó María Ana de Austria con los ojos chispeantes—una órden, para que se le dé garrote vil á ese embajador de los conspiradores.

—¿Y si es un noble señora?

—Si es un noble, morirá en el garrote.

—Pero la nobleza se alarmará viendo atacados sus fueros.

—¿Y el rey no debe alarmarse al ver invadidos sus sagradas atribuciones? ¿de cuándo acá los reyes no son libres para tener cerca de sí, en su consejo, á las personas que quieran?

—Sin embargo, señora, perdóneme V. M., pero la nobleza va á sentirse herida en el corazon al ver uno de los suyos morir en el garrote.

—¿Puedo elevar á un plebello hasta la grandeza de España?

—Sin duda basta para ello la voluntad de V. M.

—Pues entonces.... escribid.

El padre Nitardo comprendió lo que aquello queria decir y escribió la órden.

La reina seguia con los ojos el movimiento de aquella

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pluma, y los caracteres que se iban dibujando en el papel, abriendo el sepulcro de un hombre.

Cuando conoció que el padre habia concluido, estendió la mano para tomar la pluma, y con pulso tranquilo puso la firma.

—¿Estará ya preso ese hombre?—preguntó la reina.

—Sí, señora—dijo el padre Nitardo mirando una muestra—han dado ya las dos.

—¿Y cómo sabremos la realidad?

—Dentro de muy poco tiempo vendrá al palacio la persona encargada de su aprehension, con los papeles que se le hayan encontrado.

—¿Tardará?

—Creo que no: si V. M. me permite, iré á ver....

—No hay necesidad, quedaos.... no quiero estar sola.

La reina calló, y el padre tambien quedó en silencio; se podia oir el ruido de la atmósfera que rozaba contra las paredes, y los lijeros estallidos de las bujías.

Los dos meditaban. Así pasó un largo rato, y la reina no daba la menor muestra de impaciencia.

Llamaron suavemente á la puerta: aquellos golpes eran mas bien para adivinados que para escuchados.

—¿Me permite V. M.?—dijo el padre levantándose y dirijiéndose á la puerta.

La reina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El padre abrió la puerta y se encontró con Dª Eujenia.

—Benavides pregunta por S. E.—dijo la dama.

El padre salió dejando á la reina sola, pero María Ana de Austria estaba tan engolfada en sus meditaciones que nada observó.

—¿Qué hay?—preguntó el padre á Benavides, á quien



encontró en la antecámara hablando con D. Fernando.

—El hombre está preso, y aquí están los papeles que llevaba—contestó Benavides, entregando un grueso cartapacio.

—Bien: toma esa órden, infórmate de ella y que se cumpla.

El padre entregó á Benavides la órden que habia firmado la reina, y tomando los papeles que le presentaba Benavides volvió á entrarse á la cámara real.

Benavides abrió la órden, miró la firma, la besó, y comenzó á leer.

Dª Eujenia y Valenzuela lo observaban.

Repentinamente cambió Benavides de color y esclamó:

—Jesus lo ampare.

—¿Qué sucede?—dijeron á un tiempo D. Fernando y su esposa.

—¡Silencio por Dios!—esclamó trémulo Benavides,—lo que os voy á decir es un secreto terrible, pero necesito contarlo, porque me ahogo.

—¿Qué hay, pues?

—Esta es una órden para que en el término de tres horas se dé garrote á un hombre á quien acabo de aprehender.

—Infeliz—esclamó Dª Eujenia.

—Oh! pero aun no lo sabeis todo—dijo en voz baja Benavides—¿sabeis quién es ese hombre que dentro de tres horas debe morir en el garrote?

—¡Quién! ¡quién!

—Guardad el secreto—continuó Benavides, paseando en derredor sus inquietas miradas—ese hombre.... es.... D. José de Mallades.

—Dios nos asista—esclamó Valenzuela.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Desgraciada Laura—dijo Dª Eujenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima é desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

---

## X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

DON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Desgraciada Laura—dijo Dª Eujenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima é desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

---

## X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

DON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ah! y cómo pensaba reir á costa del padre Nitardo, cuando estuviera libre!

Mallades estaba entregado á estos alegres pensamientos cuando oyó que corrian los fuertes cerrojos de su calabozo.

Se abrió la puerta, y Mallades se sintió conmovido. A la rojiza luz del farol del carcelero, y á la pálida claridad de la mañana que penetraba por una claraboya, le pareció distinguir á un sacerdote.

Quiso calmar su ánimo él mismo, y pensó:

—Será otro preso; tendré compañía al menos.

—D. José de Mallades—dijo el carcelero.

—¿Qué se ofrece?—contestó desdeñosamente D. José.

—Dentro de una hora, se os dará garrote; aquí teneis á este reverendo padre para arreglar vuestros asuntos con Dios.

Un rayo que hubiera caido á los piés de D. José, le habria hecho quizá menos efecto que aquella sentencia de muerte notificada de una manera tan brutal.

D. José era un valiente, y sin embargo, su vista se nubló, sintió que iba caer y se apoyó en el muro.

Pero muy pronto, el valor y la reflexion, dominaron la impresion del momento.

—Quizá—pensó—tratan de acobardarme.....

Y animado con esta idea, esclamó dirijiéndose al carcelero y mostrándole la puerta con ademan resuelto.

—Está bien, sal de aquí.

El carcelero obedeció, y D. José quedó solo con el sacerdote.

Los dos se miraron largo rato, y ninguno se atrevia á romper el silencio hasta que Mallades haciendo un esfuerzo esclamó:



—Padre, ¿creeis que verdaderamente voy á morir?

—Lo creo, contestó el padre, lo creo, y como cristiano os ruego que os dispongais santamente para tan tremendo viaje.

D. José volvió á palidecer; la seguridad con que le hablaba aquel sacerdote, disipaba sus ilusiones: comenzó entonces á creer que realmente iba á morir.

La prediccion del astrólogo resonó en sus oidos de una manera distinta, como si la estuviese escuchando en aquel momento.

Todas sus ideas parecian detenerse ante aquella palabra espantosa que miraba como escrita siempre delante de sus ojos y en todas partes: "Muerte."

El carcelero no estaba ya allí, D. José se encontraba solo con el sacerdote, es decir, solo con su conciencia, solo con su mismo pensamiento, solo con Dios.

El sacerdote comprendió lo que estaba pasando en aquella alma atribulada y habló.

Su voz era dulce, vibrante de cariño, llena de uncion, como la voz de un enviado, de un ministro del señor.

—Tened resignacion—dijo—el trance por el que vais á pasar, es amargo, es cruel; pero meditad que todos los mortales tienen que pasarle; os parecerá muy cercano; ¿qué son dos años, diez, mil, para ese infinito que se llama la eternidad? os parecerá que habeis entrado apenas á ese otro mundo cuando ya nos vereis á vuestro lado, no solo á nosotros, sino á cien jeneraciones que se alzarán y morirán despues que nosotros?

—Pero, padre, padre, morir así tan jóven, y en el garrote.... no.... si no lo puedo creer.... Dios mio ¿pues cómo es posible?..... ¿dentro de dos horas ya no seré



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo....? ya seré un muerto.... ya me verán así como cadáver.... y yo no oiré, no sentiré.... no seré yo.... ¿pues qué seré?.... y luego para siempre.... Padre.... tengo pavor.... tengo miedo de morirme....

—Teneis miedo de morir, porque no pensais mas que en ese monton de cieno y de miseria que se llama la carne, que se llama el cuerpo; teneis miedo á la muerte, porque no comprendeis vuestra alma misma que no muere, que es inmortal, vuestra alma cristiana que rejenerada puede volver al cielo; por eso temeis, por eso el pavor os sobrecoje.... Dejad esas siniestras preocupaciones y vuestro espíritu se ajitará gozoso pronto á romper la cadena que lo liga á este mundo, los ánjeles os tenderán sus brazos, las puertas de la eterna Jerusalem se abrirán para recibiros; purificad en el sacramento vuestro espíritu, aceptad con alegría la palma del martirio, y como la mariposa que rompe su capullo para tender sus alas al sol, vuestra alma saldrá de vuestro cuerpo. Feliz vos, jóven, que vais á morir, la muerte tiene la dulzura del sueño y del eterno descanso: abiertas os serán las puertas del cielo, llegad; Dios os llama y os habla por mi boca, la eterna felicidad os espera, sabed conquistarla.

D. José escuchaba enternecido las palabras de aquel anciano; su corazon sentia el valor, y su cerebro se iluminaba con una luz nueva, hermosa y desconocida; aquellas sencillas palabras, pero que habian sido pronunciadas con tanta fé, habian hecho nacer la fé en aquella alma que pocos momentos antes se extremecia en la duda.

La fé es como la luz, no se esplica, se vé, se siente, se comunica.

El orador mas elocuente, no convence sin fé con todos



sus bellos discursos como una sola de las palabras de un verdadero creyente.

La fé es la elocuencia de las almas que no necesita espresarse con la palabra, irradia del espíritu al tráves del mundo material.

¿Con la fé se puede mudar el asiento de una montaña? esto no es mucho: con la fé se puede llegar hasta el trono de Dios, ó sentir á Dios junto al lecho del mísero y espirante mortal.

Mallades tuvo fé, miró á Dios, y enteramente resignado cayó de rodillas á los piés del sacerdote.....

.....

.....

Cerca de una hora aquellas dos almas estuvieron confundidas en el seno de la relijion.

El hombre depositaba en el corazon del sacerdote el secreto de sus culpas y el dolor de sus estravíos.

El sacerdote, en nombre de Dios, purificaba el corazon del que iba á morir para que llegase limpio á la mansion de los justos.

Las lágrimas del arrepentimiento caian sobre las rodillas del confesor.

El llanto de la caridad sobre la cabeza del penitente.

Se escuchó rumor á la puerta, sonaron las seis de la mañana y D. José de Mallades se estremeció. La puerta se abrió y penetraron por ella carceleros y verdugos llevando la siniestra silla que debia servir para el suplicio.

D. José se levantó horriblemente pálido, pero sereno y se sentó en la silla.

—No olvideis mis encargos—dijo al sacerdote.

—No, morid tranquilo—contestó el padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los verdugos pasaron una cuerda alrededor del cuello de D. José, que al sentirla tembló, esclamando:

—Cuerpo, ¿por qué tiemblas?

Con el silencio mas pavoroso los verdugos hicieron sus preparativos.

El sacerdote entregó á D. José un crucifijo, que el desgraciado jóven llevó á sus labios con devocion.

Derepente se oyó crujir algo, y una espantosa convulsion ajitó á D. José.

—Jesus te acompañe— gritó el sacerdote....

Todo habia terminado, y el gallardo D. José de Mallades, no era ya sino un cadáver.

El sacerdote recojió el crucifijo que aun tenia entre sus manos y le cerró los ojos, y le quitó una cadena con un relicario que tenia en el cuello.....

.....

.....

.....

Aquella noche ni la reina, ni el padre Nitardo, ni D. Fernando de Valenzuela, ni su esposa habian dormido.

D. Fernando y Dª Eujenia habian esperado en la antecámara, sin atreverse siquiera á hablar, tanto terror les habia causado la noticia que les habia comunicado Benavides.

La reina y su confesor habian leido todos los papeles recojidos á D. José de Mallades.

Al separarse el padre Nitardo, S. M. habia dicho:

—No me arrepiento de la órden.

Era la última esperanza desvanecida, en la suerte del infortunado D. José.

D. Fernando y Dª Eujenia se acercaron á un balcon para ver la salida del sol.



La luz de aquella aurora estaba triste como su corazon: Dª Eujenia de cuando en cuando lloraba. Valenzuela respetaba su dolor, y callaba

—No pareceis recien casados—esclamó detras de ellos una voz dulce y sonora.

Dª Eujenia se volvió asombrada, y vió á Dª Laura, que con una fisonomía alegre los contemplaba.

—Infeliz—pensó Dª Eujenia—no sabe cuán grande es su desventura.

—Tan temprano en pié?—dijo D. Fernando á Laura procurando disimular.

—Sí, hoy entro de servicio, pero además de eso, no sé lo que he tenido; apenas he podido dormir, he estado tan inquieta que me ha sido preciso levantarme, no sabia qué hacer, y no ha sido poca mi fortuna en encontraros á los dos: ¿y vosotros qué haceis aquí tan de mañana? estais enferma, Dª Eujenia?

—No, por qué.

—Os veo pálida, y aun llorosa ¿os ha reñido ya D. Fernando? yo se lo contaré hoy á D. José, que os riñe, él que tanto os quiere y os defiende.

D. Fernando iba á contestar, pero sintió que se le anudaba la garganta.

En este momento, sonaron las seis.

—Una.... dijo con espanto Dª Eujenia contando las campanadas.... dos.... tres.....

Dª Laura la miraba sin saber lo que aquello significaba; tenia miedo porque creia que su amiga se volvia loca..

—Cuatro.... continuó Dª Eujenia.... cinco.... ¡seis! ¡ay!

—¿Qué os sucede?—preguntó Dª Laura espantada al oir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su grito y al ver su densa palidez, y el temblor de su cuerpo.

—De rodillas, Dª Laura; de rodillas—gritó Dª Eujenia arrodillándose—Dios descarga en este momento su mano sobre vuestra cabeza.....

—¡Pues qué hay!

—Que en este momento quedais viuda—esclamó Dª Eujenia fuera de sí y sin comprender lo que hacia.

—¡Jesucristo!—gritó Dª Laura, y cayó desmayada.

—¿Qué has hecho?—dijo Valenzuela apresurándose á socorrer á Dª Laura.

Pero Dª Eujenia no le escuchaba porque habia apoyado su frente contra las rejas del balcon, y se habia desvanecido tambien.

En aquellos momentos espiraba D. José de Mallades.

---

## XI.

Como supo el Sr. D. Juan de Austria, la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.

DOÑA Laura fué conducida á su aposento por D. Fernando y Dª Eujenia, la desgraciada jóven estaba en una situacion verdaderamente alarmante.

En los primeros momentos, lloró, gritó y parecia que iba á volverse loca.

En vano fué que Valenzuela y su esposa trataran de calmarla: aquel dolor no tenia consuelo.

Pero poco á poco fué serenándose, su llanto dejó de correr y entró en un silencio sombrío, mas terrible aun que los anteriores estremos.

Se le hizo creer á la reina y á la corte que habia amanecido enferma, y al principio, como aun no se habia esparcido la noticia de la muerte de D. José de Mallades, nadie hizo alto en aquella enfermedad repentina.

Cerca del medio dia, un sacerdote entró en palacio, se dirijió á las habitaciones de las damas, y solicitó ver á Dª Laura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su grito y al ver su densa palidez, y el temblor de su cuerpo.

—De rodillas, Dª Laura; de rodillas—gritó Dª Eujenia arrodillándose—Dios descarga en este momento su mano sobre vuestra cabeza.....

—¡Pues qué hay!

—Que en este momento quedais viuda—esclamó Dª Eujenia fuera de sí y sin comprender lo que hacia.

—¡Jesucristo!—gritó Dª Laura, y cayó desmayada.

—¿Qué has hecho?—dijo Valenzuela apresurándose á socorrer á Dª Laura.

Pero Dª Eujenia no le escuchaba porque habia apoyado su frente contra las rejas del balcon, y se habia desvanecido tambien.

En aquellos momentos espiraba D. José de Mallades.

---

## XI.

Como supo el Sr. D. Juan de Austria, la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.

DOÑA Laura fué conducida á su aposento por D. Fernando y Dª Eujenia, la desgraciada jóven estaba en una situacion verdaderamente alarmante.

En los primeros momentos, lloró, gritó y parecia que iba á volverse loca.

En vano fué que Valenzuela y su esposa trataran de calmarla: aquel dolor no tenia consuelo.

Pero poco á poco fué serenándose, su llanto dejó de correr y entró en un silencio sombrío, mas terrible aun que los anteriores estremos.

Se le hizo creer á la reina y á la corte que habia amanecido enferma, y al principio, como aun no se habia esparcido la noticia de la muerte de D. José de Mallades, nadie hizo alto en aquella enfermedad repentina.

Cerca del medio dia, un sacerdote entró en palacio, se dirijió á las habitaciones de las damas, y solicitó ver á Dª Laura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En vano Dª Eujenia y Valenzuela le hicieron presente que estaba indispuesta, en vano trataron de comprometerlo á retirarse ó á que les dijera al menos el objeto de su visita; el sacerdote insistió de tal manera, que fué preciso avisar á Dª Laura.

—Que pase inmediatamente—dijo la jóven—quizá Dios me envia providencialmente los consuelos de la religion.

El sacerdote penetró al aposento, y Dª Laura apenas pudo levantarse para recibirle.

Valenzuela y Dª Eujenia los dejaron solos.

—Señora—dijo solemnemente el sacerdote—golpes como el que ha sufrido hoy vuestro corazon, solo Dios podria curarlos, pero no lo hará, señora, porque el dolor es el crisol que purifica las almas, es el hilo de oro que enlaza al hombre con el cielo; sentid el peso de vuestra pena; Dios está entonces á vuestro lado, porque Dios está con los que lloran y no con los que gozan; por eso dijo Jesucristo: Bienaventurados los que lloran.

—¿Sabeis, padre, la pena tan grande que me aflije?

—Sí, yo he asistido á D. José en su trance postrimero..

—Vos, señor?.... ah!....decidme, habladme de él..¡alma de mi alma!.... mártir de la tiranía mas horrible....

—Sí, señora, mártir, mártir, porque aquella resignacion era digna de un mártir.....

—Referidme—esclamó Laura llorando otra vez.

—¿Para qué, señora? ni yo tendré resolucion para contar nada, ni vos pora escucharlo.... Tomad.

—¿Qué es esto, señor?....

—Esta cadena con este medallon lo tenia él al cuello; quiso que yo mismo os lo entregara, pero que no se lo quitase hasta despues que hubiera exhalado el último suspiro.



Laura jemia de una manera que las lágrimas brotaron de los ojos del sacerdote.

La jóven cubria de besos aquella cadena.

—Oidme, señora—continuó el padre—D. José me ha dicho solo para vos, "que no me olvide, que rece por mi alma, y que perdone cemo yo perdono á los que me quitan la vida."

—¿Olvidarle? ah! jamás, jamás.... ¡pero perdonar á sus asesinos! nunca podré, nunca, os lo juro.... le vengaré...

—Mirad, señora, que la venganza....

—Nada me digais, padre, porque nada oiré....., nada..... juro vengarle! y le vengaré!....

—No quiero en tales momentos contradeciros, y me retiro.

—¿Cómo os llamais, señor?

—Fray Anjelo, del real convento del Escorial de la órden de nuestro padre San Gerónimo.

—Fray Anjelo, no me olvideis á mí en vuestras oraciones, que á él estoy segura de que no lo olvidareis nunca.

—Nunca, señora. Dios os envie su santa resignacion, que la necesitais.

—Pedídselo al Señor.

—Así lo haré, aunque soy su indigno ministro.

La jóven besó la mano de Fray Anjelo, que salió de la estancia diciendo á media voz:

—¡Pobre humanidad!

—Le vengaré, le vengaré—repetia maquinalmente Dª Laura.....

.....

.....

Nada es mas pronto conocido en política que lo que se



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretende hacer con mas secreto, sobre todo, cuando los gobiernos no cuentan con las simpatías de los pueblos.

Apenas leyendo y estudiando la historia pueden los pueblos ahora comprender cuánto deben á esos apóstoles de la democracia y de la libertad que han venido de jeneracion en jeneracion naciendo y muriendo, para formar naciones de las que habian sido hordas de esclavos; ciudadanos, de los que habian sido párias ó ilotas en su misma patria.

¡Cuántos mártires ha necesitado la humanidad para conquistar los derechos del hombre!

Ahora se reirian los mas retrógrados absolutistas si un rey quisiera disponer en su testamento de una nacion, regalándola á un príncipe estranjero ó dividiéndola entre sus parientes, como divide un padre de familia su heredad entre sus hijos.

Y sin embargo, esta era la cosa más comun en los tiempos de las monarquías absolutas; eso de "integridad de el territorio," casi no tenia entonces significacion.

Se quejan algunos hombres de las revoluciones que cambian los sistemas de gobiernos, cuando esto no es sino la prueba del libre albedrio de las naciones, la prueba de que está en su mano su modo de ser.

En aquellos tiempos habia tambien sus revoluciones y sus intrigas políticas, pero para vergüenza de la humanidad, casi todas se reducian á la caida de un favorito y á la elevacion de otro, es decir, al cambio de un juguete ó de un capricho del soberano, que costaba muy caro á los pobres pueblos.

El rey decia: "Mi Reino," y era suyo, y el pueblo, decia: "Mi rey," y era su rey, no su gobernante, "su amo."

De eso á lo que hoy pasa en el mundo civilizado, cuánta



distancia, pero tambien cuánto trabajo para conquistarlo.

La democracia se ha enseñoreado casi, hasta en las mismas monarquías.

Las constituciones son ya para los monarcas el Buitre de Prometeo que les roe las entrañas.

Las monarquías no tienen ya mas que las caretas de tules: esto es, el nombre y la pompa.

Y aun eso lo sufren los pueblos con disgusto, porque los pueblos no están conformes con ese carnaval.

Pero ese carnaval no puede ser eterno, y poco á poco esas caretas se irán desprendiendo.

Los reyes llegarán á ser para los pueblos que hoy los soportan solo un recuerdo y una leccion de esperiencia, como lo es hoy para nosotros el tribunal de la inquisicion.

Asunto de novelas.

Y habrá aun entonces quien suspire por ellos y los defienda.

¿No hay hombres qué esperan aún la venida de Jesucristo?

La humanidad tiene aberraciones que hacen llorar, y que hacen reir.

Por eso Heráclito, era un loco.

Por eso Demócrito era un demente.

Ninguno de los dos tenia razon en su sistema, la historia rie y llora.

La historia es la verdadera maestra de la filosofía.

---

---

D. Juan de Austria disponia en la Coruña su partida para llevar refuerzos al Bramante.

Sabia que en la corte trabajaban sus partidarios, tenia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confianza en ellos y de un momento á otro esperaba noticias de Madrid.

La tarde iba cayendo, y el príncipe acompañado de Patiño, su secretario, habia salido á visitar los campamentos á caballo.

El príncipe iba meditabundo; el tiempo corria y no llegaba noticia alguna de la corte.

—Paréceme—decia el príncipe—que nuestros amigos duermen ó alguna cosa muy grave debe acontecer en Madrid.

—Razon tiene V. A., para estar impaciente, por la circunstancia de ser tan complicados los negocios del Estado, pero no hace tanto tiempo que faltan las noticias de Madrid.

—¿Cuándo llegó la última carta?

—Mi hermano háme escrito carta que recibí ayer, notificándome para que diera parte á V. A., que debia reunirse una junta con el objeto de tomar una providencia definitiva.

—Quizá no sea culpa de ellos.... pero la impaciencia me devora; casi imposible es ya demorar por mas tiempo nuestra partida.

—Yo espero esta noche algun correo.

—Dios lo permita....

En este momento se alcanzó á ver á lo lejos un jinete que se dirijia á toda rienda al campamento. Seguíale un criado y los dos se acercaban velozmente.

—Si el corazon no me engaña—dijo el príncipe—mensajero es de la corte ese que hácia nosotros se llega.

—Tal me parece.

—Sal á encontrarle, que quizá venga en busca mia.



Patiño picó su caballo y salió al encuentro del que llegaba.

Era este un jóven esbelto y delgado, casi parecia un niño, hasta en la timidez que manifestó al encontrarse con el secretario de D. Juan.

—¿Venís por ventura—le preguntó Patiño—en demanda del príncipe?

—A él precisamente busco, que graves noticias traigo de Madrid....

—Pues aquí teneis á S. A.—dijo Patiño mostrándole al príncipe, que llegaba en aquel momento.

El jovencito se quitó el sombrero, y echó pié á tierra para saludarle y besarle la mano.

—¿De parte de quién venís?—preguntó el príncipe.

—De mi parte—contestó el jóven.

—¿De vuestra parte?

—Sí, señor, para anunciar á V. A. una cosa terrible.

—¿Y qué cosa? hablad.

—Señor, el mejor amigo de V. A., en Madrid, el caballero José de Mallades, ha sido ejecutado....

—¡Ejecutado!—esclamaron el príncipe D. Juan y su secretario.

—Sí, señor, le han dado garrote.

—¡Es posible!

—Por desgracia.

—¿Pero vos quién sois? qué os mueve á traer esta noticia? yo no os conocia en la corte.

—El pajecillo se acercó al príncipe, procuró alzarse sobre la punta de los piés para llegar mas cerca de su oido, y le dijo en voz baja:

—Yo soy Dª Laura de Pacheco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dª Laura!.... esclamó el príncipe....¿Una de las damas de S. M.?

—La misma, señor.

—¿Pero cómo? ¿vos aquí? en ese traje? ¿portadora de tan infausta nueva? yo no comprendo todo esto. ¡Patiño, aquí debe haber alguna cosa estraña: esplícame!—¡Pobre Mallades! infames, infames, sí, señora, vuestros partidarios, los partidarios del jesuita....¿y vos venís á anunciarme ese asesinato, enviado sin duda por el padre Nitardo, para ver si me intimido? Oh! yo los castigaré á todos! lo ois, señora? ¡á todos!—el príncipe estaba furioso y se dirijia á Dª Laura como amenazándola.

—Príncipe—yo vengo á demandar justicia ó venganza.

—¿Justicia? ¿venganza? ¿vos? una dama de la reina, una *Nitardina?*

—La venganza ó justicia, en nombre de ese mártir que murió por V. A., en nombre de D. José de Mallades.

—¿Pero vos, señora? esplicadme....

—Príncipe, D. José de Mallades era mi primero y mi único amor, yo era su esposa ante Dios; V. A. es para mí el representante aquí de Dios, por eso á él ocurro, venganza, venganza ó justicia.

—Patiño ¿qué dices de esto?

—Señor—dijo el secretario quitándose respetuasamente el sombrero delante de Dª Laura—D. José, que en paz descanse, me refirió mil veces sus amores con esta dama últimamente cuando estuvimos en Madrid; tiene esta dama derecho de pedir justicia ó venganza.

Dª Laura miró á Patiño con reconocimiento.

—Seguidme, señora—dijo el príncipe cambiando de tono y bajándose del caballo.



El secretario tomó de las manos del príncipe la brida y la pasó á un escudero.

Y el príncipe y el secretario y Dª Laura se dirijieron al alojamiento de S. A.

Al ver á Dª Laura al lado del príncipe parecia imposible que aquella jóven tan delicada hubiera sufrido en su corazon un golpe tan terrible y hubiera tenido resistencia para hacer un camino tan largo.

Pero la enerjía de aquella alma, estaba retratada en los ojos de la jóven.

Una mujer que se decide, vale mas que un hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XII.

De lo que hizo el Sr. D. Juan de Austria, y de lo que determinó la reina Doña María Ana.

DON Juan de Austria y su secretario comenzaron á informarse detenidamente con Dª Laura acerca de lo ocurrido con Mallades.

—Admírame, señora—decia el príncipe—resolucion tan varonil como la que habeis tomado, cuando otra mujer se hubiera conformado con el llanto, única arma en jeneral que tienen y usan las damas.

—Señor—contestó Dª Laura—al principio lloré, lloré como débil mujer, porque D. José habia sido mi único amor, pero mi corazon agotó sus lágrimas, lo intenso del dolor mató esa sensibilidad, y entonces, señor, un deseo ardiente de venganza me preocupó; para vengarle, señor, volví mis ojos por todas partes y solo en V. A. encontré una esperanza.

—Y por mi fé—dijo sombriamente el príncipe—que no os habeis engañado; le vengaremos, y juro por la sangre de Mallades, no descansar hasta que esté fuera del territorio español ese padre Nitardo.... ¡ah si no fuera sacerdote! os



aseguro que veríais rodar su cabeza bajo el hacha del verdugo.....

—Oh! sí, señor, él, y no mas él es el culpable....

—¿Y en la corte saben vuestro viaje?

—No, señor: como todos conocian mis amores con D. José, todos han creido que me retiré á una soledad á llorar mi quebranto: necesitaba yo ver á V. A. y á nadie comuniqué el secreto de mi viaje: me creen en Madrid.

—¿Y estais dispuesta á favorecer mis proyectos?

—A todo, con tal de castigar á los asesinos....

—En tal caso, es preciso que volvais á la corte y que disimuleis; nadie debe saber que nos hemos visto, nadie en palacio desconfia de vos, y podeis por medio de D. Bernardo de Patiño, hermano de mi secretario, ponerme al tanto de cuanto allí se trame, y recibir mis instrucciones.....

—¿V. A. partirá para Flándes con el ejército?

—Imposible, no saldré de España, necesito que el padre Nitardo deje estos reinos, cuya ruina está causando.

—S. M. no lo consentirá, el favorito tiene sobre S. M. un influjo poderoso y decisivo; sus amigos acusan á V. A. de querer turbar la paz de la monarquía por personales ambiciones.

—No importa, ese hombre pierde el reino y es preciso alejarle, estoy resuelto ¿podreis mañana mismo regresar á Madrid?

—Si así lo dispone V. A. partiré.

—Será mejor, una dama de vuestra calidad no debe andarse esponiendo á los caminos, cuando puede ser tan poderoso auxiliar en la corte misma, y pondré á vuestras órdenes una compañía de jinetes que os escolte.

—Quizá no sea necesaria la escolta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En estos tiempos ninguna precaucion está por demás: antes de partir recibireis unos pliegos que debeis entregar á D. Bernardo de Patiño.

—Muy bien, señor.

El príncipe hizo disponer aposento para Dª Laura, y á la mañana siguiente, la jóven se despidió de él, recibió unos pliegos, y escoltada por cien jinetes, se dirijió para la capital.

.....

.....

La muerte de D. José de Mallades preocupó en la corte terriblemente los ánimos; muchos se ocultaron porque temian verse comprometidos, y todos esperaban consternados la resolucion que tomaria el príncipe al saber aquella noticia funesta.

Los ánimos de los partidarios se exaltaron mas y mas cada dia, y lo que hoy pudiera llamarse el pueblo murmuraba de la reina, que por el ciego capricho de sostener en la privanza al favorito, causase tantos trastornos y tanta ruina.

Valenzuela mismo á pesar de su cariño y de su profunda gratitud para el padre Nitardo, comprendió cuanto mal habia en todo aquello.

Desde la noche del sarao en la casa del marqués de Riofiorido, D. Fernando no habia vuelto á ver sino de lejos á Dª Inés, sostenido en la resolucion de casarse con Dª Eujenia, por Laura y por D José de Mallades; sentia una especie de vergüenza de encontrarse con aquella mujer cuya amorosa correspondencia habia casi conquistado en una sola noche y á la que habia abandonado así, de una manera tan inesplicable para ella.



Díjose en la corte que uno de los altamente comprometidos á los ojos de S. M. era el marqués de Rio-florido: se susurró que habia órden para aprehenderle y mas se confirmó la noticia porque Dª Inés de Medina, vestida con negras tocas se presentó una mañana en palacio y obtuvo por influencia del confesor de S. M. una audiencia secreta con la reina.

Dª María Ana de Austria recibió en su cámara á Dª Inés que entró á ella conducida por el padre.

Dª Inés se arrojó á los piés de la reina.

—Levántate, la dijo Dª María Ana—el servicio que has prestado á la monarquía merece bien ese salvo-conducto que te ha dado el Reverento padre, y que yo confirmo solemnemente.

—Permítame V. M.—contestó Dª Inés—besar esa real mano, que me colma con tantos favores; mi padre será de hoy mas el súbdito mas fiel y mas profundamente agradecido de V. M.

—No es á mí sola á quien debe estar agradecido, es al padre Nitardo.

—V. M. crea que mi padre abriga ese mismo sentimiento de que habla V. M.

—El padre te ha dado por el servicio que has hecho un salvo-conducto para tu padre; á tí yo quiero premiarte, pide una gracia.

—¡Oh, señora, cuán jenerosa es V. M!.... yo temo pedir.... quizá sea mucha ambicion.....

—He empeñado mi real palabra; ¿qué deseas?

—Entrar al servicio de V. M.

—Padre—dijo María Ana—Dª Inés de Medina es ya desde hoy una de mis damas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gracias, señora—dijo arrodillándose Dª Inés—V. M. es muy jenerosa.

La reina hizo un movimiento, presentando su mano á Inés para que la besase. Esto queria decir que la audiencia estaba terminada.

Dª Inés salió radiante de felicidad, murmurando en voz baja estas palabras:

—Ahora sí estaré cerca de él, él me amará ó hare morir cuanto él ama y cuanto le rodea.—¡Ah Valenzuela!....

Al dia siguiente se supo que el viento habia cambiado para la casa del marqués de Rio-florido, y que no solo no entraba él á una prision, sino que su hija Inés era una de las damas de la reina.

Dª Laura aun no se presentaba en la corte, todos y hasta la reina misma la creian ocupada en llorar á su amante, y todos respetaban su dolor.

Entre tanto Dª Laura llegaba á Madrid de vuelta de su conferencia con D. Juan de Austria.

Muy pronto se supo tambien en la corte que el príncipe D. Juan de Austria estaba resuelto á no partir para Flándes, *con el pretesto* este era el termino de que se usaba, de sus enfermedades.

Dª Laura se volvió á presentar por aquellos dias á la corte, y á escepcion de su mortal pálidez, nada se advertia en su persona que indicara el terrible golpe que habia sufrido en su corazon.

Dª María Ana de Austria tratóla con grandísimo cariño, y su desgracia la hizo mas apreciable á los ojos de todo el mundo.

La reina y el padre Nitardo estaban indignados con la conducta del príncipe, y como ambos ignoraban que Laura



conocia el aleman, hablaban delante de ella sin cuidado.

Una mañana la reina se hallaba sola con Dª Laura, cuando llegó el confesor.

—¿Háme enviado á buscar V. M?—dijo en aleman.

—Sí, que deseo comunicaros una grave noticia.

—Escucho á V. M.

—Esta mañana he recibido en audiencia al capitan Pedro de Pinilla, de los tercios de Flándes, y habiéndose arrodillado delante mí me pidió permiso para hablarme de un asunto y refirióme que él estaba en el campamento cuando llegó allí mi órden, para que D. Juan de Austria se retirara á Consuegra, dejando su empleo al condestable de Castilla, que D. Juan profirió grandes imprecaciones, y que á poco tiempo llegó tambien una carta de Bernardo de Patiño, hermano del secretario de D. Juan, en la que le participaba que se habia presentado al Consejo decreto contra el príncipe tratándole de desobediente, y dando por nulo el pretesto de su enfermedad, aconsejábale Patiño al príncipe la rebelion, y hacíale grandes ofertas en nombre de sus partidarios.

—Crea V. M. que el príncipe conspira ya para ser declarado infante, y alzarse poco despues con el reino, y que ya es necesario proceder con enerjía.

—¿Y qué paso os parece prudente?

—Es ante todo necesario, si V. M. no dispone otra cosa, prender á Patiño.....

—Bien me parece.

—Y luego, mandar á Consuegra á aprehender al príncipe.

—¡Ah!—esclamó Dª Laura al escuchar esto y no pudiendo reprimir su asombro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué sucedió?—preguntó Dª María Ana de Austria mirándola con espanto.

—Señora, perdóneme V. M.—contestó Laura—hace algunos dias que siento dolores repentinos en el corazon que me hacen gritar algunas veces.

La reina se tranquilizó y anudó la conversacion.

—Creí que habia comprendido algo—dijo en aleman al padre.

—Es imposible, no comprende el idioma.

—Vale mas, ¿conque decíais?

—Que es preciso que esta misma tarde salga un comisionado á aprehender al príncipe, duro estremo pero necesario por desgracia.

—Necesario.... ¿y quién podrá desempeñar comision tan peligrosa?

—Habia yo pensado proponer á V. M. para ese caso al marqués de Salinas, leal y adicto, enemigo del príncipe y de los suyos.

—¿Con cuánta jente?

—Bastarian cincuenta oficiales.

—¿Y si el príncipe se resistiese?

—Irán de reserva para ese caso cinco ó seis compañías.

—Muy bien.

—¿Me autoriza V. M. para dictar esas medidas?

—Si las creis útiles.

—Sin duda....

—Obrad entonces así, y sepan esos hombres que la magnanimidad que he usado con ellos no es cobardía.

El padre hizo una profunda reverencia y salió.

Dª Laura no sabia que hacer, no podia retirarse de la cámara de S. M. y el tiempo pasaba.



Era seguro que el padre Nitardo tenia ya preparadas todas las cosas para aprehender al príncipe esperando no mas la oportunidad para arrancar á la reina el consentimiento.

Era urjente avisar al príncipe, porque si él no estaba prevenido podrian sorprenderle y aprisionarle, y entonces su vida corria grandes peligros.

Una hora perdida era quizá la muerte para el príncipe: el recuerdo de D. José de Mallades vino á herir de nuevo á Laura, y en aquella congoja, y pensando pretestar una enfermedad para salir de la cámara de S. M., se afectó tanto que realmente se enfermó y perdió el sentido.

Aquella naturaleza gastada rápidamente por el dolor, y consumida por ese combate cruel de la voluntad con el corazon, que se llama disimulo, no podia resistir mucho, y cada impresion fuerte la hacia vacilar.

Cuando volvió en sí, dos lacayos la conducian en un gran sitial á su aposento, y Dª Eujenia la acompañaba mirándola con tierno interés.

Dª Laura abrió los ojos y su primer pensamiento fué incorporarse y hacer que la dejasen ir por sí misma, pero instantáneamente reflexionó que debia prolongar su enfermedad para tener tiempo de enviar aviso al príncipe y si posible era á D. Bernardo Patiño.

Una vez en su aposento, los lacayos se retiraron y Laura quedó á solas con Dª Eujenia.

Abrió entonces los ojos y miró á su amiga.

—¿Qué ha sido?—dijo ésta.

—Nada, un desmayo, debilidad.

—¿Quereis que llame á un médico?

—Oh! no, no es para tanto, creo que descansando un poco estaré bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En tal caso me retiro.

—Y yo con vuestro permiso me recuesto....

Dª Laura se acostó en su lecho, Dª Eujenia cerró los batientes de los balcones para disminuir la luz, y luego salió cerrando tras sí la puerta.

Dª Laura permaneció un rato inmóvil, y cuando creyó que su amiga iba lejos, se levantó precipitadamente y cerró la puerta por dentro.

## XIII.

De como supo el príncipe D. Juan de Austria que le mandaba prender la reina, y lo que hizo.

A COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuvuera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escojido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partia para Flándes.

Desde allí seguia dirijiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirijió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejó el caballo en la puerta, el cual de cansado no se movia, y sin sacudirse siquiera el hombre entró á la casa en el momento en que Patiño, el secretario del príncipe salia.

—Perdóneme vuestra merced—dijo el recien venido.

—Qué se ofrece?—contestó Patiño.

—No es estraño que vuesa merced no me conozca, que tal me ha puesto el camino, pero soy Carranza.

Aquel nombre debia ser muy familiar al secretario; porque inmediatamente cambió de aspecto, y se dirijió al recien venido con muestras de un vivo cariño.

—¡Carranza! en efecto no te habia conocido, ¿qué traes por aquí?

—Señor, grandes novedades que debo comunicar á vuesa merced ahora mismo, pero que sea donde estemos solos

—Sígueme—dijo Patiño, y volviendo á entrarse á la casa, condujo al hombre á un aposento que estaba enteramente solo.

—Dime—esclamó Patiño luego que cerró tras sí la puerta.

—Pues, señor, no se espante vuesa merced, pero al señor D. Bernardo le han preso.

—¿A mi hermano?—dijo poniéndose pálido el secretario.

—Sí, señor, y lo mas que hay, es que tan luego como se lo llevaron se presentó en la casa una dama y me dijo, "¿tú eres Carranza?" "sí," le contesté. "Pues toma esta carta, monta el mejor caballo, y sin perder tiempo, hasta Consuegra, al príncipe." Quise replicar, pero ella me dijo: "yo velaré por D. Bernardo, pero tu márchate, van á prender al príncipe."

—¡Al príncipe!—esclamó con espanto Patiño.



—Eso me dijo, y aquí está la carta.

—¡Pero es posible!

—Puede serlo, y vea vuesa merced, que como á cosa de cuatro horas de camino, he dejado unos hombres, como ochenta, que Dios me lo perdone, pero vienen para acá, y les adivino mala intencion.

—Entonces no hay que perder tiempo.

—A la media noche estarán aquí.

—Dame la carta.

El hombre que era una especie de soldado viejo, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, con grandes bigotes canos, y largas cejas grises, sacó una esquela y la entregó á Patiño.

El sobre decia:

"Para S. A. el príncipe."

—Espérame—dijo Patiño y salió precipitadamente.

—Bueno—gruñó Carranza—pero yo me duermo, Dios sabe lo que será de mi caballo.

Se acomodó bien en un sitial, y casi en el instante comenzó á roncar.

El príncipe se paseaba solo en su estancia, con los brazos cruzados y meditabundo, cuando oyó que alguien abria la puerta.

Volvió el rostro y vió á su secretario.

—Ah! eres tú, Patiño?—dijo con neglijencia.

—Señor, traigo una noticia gravísima.

—¿Ha partido ya de Madrid el padre Nitardo?

—Oh! no, señor, vea V. A.

El príncipe tomó la carta que le presentaba Patiño; se acercó á la luz, rompió el sobre y leyó en voz alta:

—"Señor:

"En este momento, de órden de S. M. aprehenden á D.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bernardo de Patiño, y sale con órdenes para aprehender á V. A., el marqués de Salinas, con sesenta jinetes.

"Sálvese V. A.

"Es inútil pensar en la resistencia porque el caso se ha previsto por el padre Nitardo, y están tomadas las providencias.

B. LL. MM. de V. A.

LAURA."

Cuando el príncipe acabó de leer, alzó el rostro y se quedó mirando á Patiño.

—Y bien, ¿qué dices?—le preguntó.

—Señor, que debe ponerse en salvo V. A.

—Creo que ese paso no se atreverán á darlo, y que esa dama se ha espantado mas de lo que debiera: no vendrán.

—Señor, vendrán se lo aseguro á V. A., están ya resueltos á todo.

—No lo creo; seria un escándalo.

—El hombre que ha traido esta carta es Carranza, el mas antiguo y mas leal de los servidores de nuestra casa.

—¿Y él que dice?

—Que mi hermano ha sido preso, y que en camino y muy cerca viene ya una partida de hombres á caballo que calcula que son los encargados de ejecutar las órdenes.

—Meditemos un poco—dijo el príncipe dejando sobre la mesa la carta que acababa de recibir, y volviendo á pasearse de arriba á abajo en el aposento.

Dió dos vueltas y se detuvo repentinamente, diciendo á Patiño.

—¿Todos nuestros papeles?

—Depositados están en parte segura.

—Entonces manda que ensillen inmediatamente nuestros caballos, que alisten diez hombres, y saldremos por la puerta falsa, pero todo con el mas profundo silencio.



—Voy al momento.

D. Juan de Austria se entró por un lado y Patiño salió por el otro.

Un cuarto de hora despues, el príncipe volvió á salir; se habia puesto una lijera cota, y se habia ceñido á la cintura su espada y su daga; llevaba una larga capa y un ancho sombrero que colocó sobre la mesa.

Pero al colocar allí el sombrero, el aire ajitado hizo volar la carta de Dª Laura que se habia quedado allí y que fué á parar debajo de uno de los sitiales

Poco despues entró Patiño, tambien en traje de camino, y dijo al príncipe.

—Todo está listo.

—Vamos—contestó D. Juan tomando su sombrero.

Y los dos por una escalerilla secreta bajaron hasta las caballerizas.

Diez hombres estaban allí inmóviles sobre sus caballos y perfectamente armados, y dos palafreneros tenian de la brida dos arrogantes corceles.

Al presentarse D. Juan le acercaron uno de aquellos caballos, un palafrenero le tubo el estrivo, y el príncipe montó.

Patiño hizo lo mismo.

Se abrió delante de ellos una puerta, y poco despues seguidos de los diez soldados y de cuatro escuderos, caminaron fuera de la villa.

—¿Adónde quiere V. A. dirijirse?—preguntó Patiño.

—A Barcelona—contestó el príncipe.

Entretanto Carranza seguia roncando muy á su sabor.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Serian las doce de la noche, cuando se oyó en las silenciosas calles de Consuegra un gran tropel de hombres á caballo que se dirijian á la casa del príncipe.

El que hacia de jefe llamó.

—Quién va? preguntaron de adentro.

—Abrid, en nombre de S. M.

Los que llegaban temian que hubiera resistencia porque todos tenian las armas listas, pero contra lo que esperaban, las puertas se abrieron y aquellos hombres entraron rejistrando por todas partes.

Al amanecer volvia aquella tropa á ponerse en marcha sin haber encontrado mas que dos cosas notables en la casa.

A Carranza durmiendo en un sitial.

La carta de Dª Laura debajo de otro sitial.

A Carranza lo dejaron libre, porque nadie le conoció.

La carta fué llevada á la corte, como la disculpa del mal éxito de aquella empresa.

---

## XIV.

En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos *con bien vengas mal si vienes solo.*

ASI en el mismo momento en el que marqués de Salinas volvia á dar cuenta de su desgraciada comision, llegaba á poder de Dª María Ana de Austria una carta del príncipe D. Juan, fechada aún en Consuegra, y que sin duda dejó escrita antes de su partida con encargo de remitirse á la corte.

D. Juan de Austria decia á la reina, que él habria partido para Flandes á no haber acaecido la muerte de D. José de Mallades, que la suplicaba que apartase de España al padre Nitardo, y que él estaba resuelto á no descansar hasta conseguirlo.

La reina al ver esta carta se indignó sobre manera, y dió rienda suelta á su cólera.

—Sebeis padre—dijo á su confesor—que es un verdadedero cartel de desafío.

—Tal me parece, y he meditado por el bien de la monarquía y por la tranquilidad del ánimo de V. M. que debiera tomarse ya una medida estrema.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Serian las doce de la noche, cuando se oyó en las silenciosas calles de Consuegra un gran tropel de hombres á caballo que se dirijian á la casa del príncipe.

El que hacia de jefe llamó.

—Quién va? preguntaron de adentro.

—Abrid, en nombre de S. M.

Los que llegaban temian que hubiera resistencia porque todos tenian las armas listas, pero contra lo que esperaban, las puertas se abrieron y aquellos hombres entraron rejistrando por todas partes.

Al amanecer volvia aquella tropa á ponerse en marcha sin haber encontrado mas que dos cosas notables en la casa.

A Carranza durmiendo en un sitial.

La carta de Dª Laura debajo de otro sitial.

A Carranza lo dejaron libre, porque nadie le conoció.

La carta fué llevada á la corte, como la disculpa del mal éxito de aquella empresa.

---

## XIV.

En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos *con bien vengas mal si vienes solo.*

ASI en el mismo momento en el que marqués de Salinas volvia á dar cuenta de su desgraciada comision, llegaba á poder de Dª María Ana de Austria una carta del príncipe D. Juan, fechada aún en Consuegra, y que sin duda dejó escrita antes de su partida con encargo de remitirse á la corte.

D. Juan de Austria decia á la reina, que él habria partido para Flandes á no haber acaecido la muerte de D. José de Mallades, que la suplicaba que apartase de España al padre Nitardo, y que él estaba resuelto á no descansar hasta conseguirlo.

La reina al ver esta carta se indignó sobre manera, y dió rienda suelta á su cólera.

—Sebeis padre—dijo á su confesor—que es un verdadedero cartel de desafío.

—Tal me parece, y he meditado por el bien de la monarquía y por la tranquilidad del ánimo de V. M. que debiera tomarse ya una medida estrema.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y cuál creeis que debe ser ella?

—Si V. M. me permite indicarla.

—Hablad.

—Señora, que V. M. me conceda retirarme.

—Retiraros, ¿y por qué?

—Señora, el reino está conturbado, V. M. tiene á cada dia mas sérios disgustos, yo vivo siempre bajo la asechanza del puñal ó del veneno, y la calumnia y la difamacion se ensañan contra mí; ¿cree V. M. que tal situacion puede por mas tiempo prolongarse?

—Esa es una tempestad que combatiremos, y pronto se disipará.

—Señora, permítame V. M. que le diga que esta tempestad es cada dia mas terrible y mas cercana, y que no tenemos ya medios para combatirla.

—Aun nos quedan muchos amigos.....

—Señora, que nos venderán en cuanto puedan, crealo V M.

—Es decir que no confiais de nadie.

—De muy pocos, señora.

—¿Pero qué pruebas teneis de ello? ¿por qué os miro tan desalentado cuando ayer mismo estábais dispuesto á luchar?

—Señora, porque ayer no sabia lo que hoy he sabido.

—¿Qué cosa?

—Que mis enemigos cuentan con aliados en todas partes; en el clero, en la nobleza, en el pueblo, y lo que es mas, señora, en la cámara misma de V. M. y á su lado.

—¡Imposible!

—Desgraciadamente esto es cierto, y podré probárselo ahora mismo á V. M.

—¿Pues por qué tardais en hacerlo?



—Por temor de causar á V. M. un disgusto.

—Ah! ¿qué mayor disgusto puede haber que esta situacion? dadme esas pruebas; nada es capaz ya de aumentar ese disgusto que va acabando con mi vida.

—¿Y me concederá mi retiro S. M.?

—Veremos: dadme esas pruebas.

El padre Nitardo con mucha calma sacó un papel que entregó á la reina.

—He ahí, señora—la dijo—esplicada la causa porque ni la prision del príncipe ni ninguna otra determinacion ha podido dictarse sin que al punto no llegue á noticia de nuestros enemigos.

—¡Laura!—esclamó la reina acabando de leer la carta y estrujándola con violencia. ¡Laura! esto es infame esa mujer le escribia al príncipe noticiándole cuanto pasaba en palacio: ¿pero por qué? ¿por qué?

—Eso es muy fácil de esplicar. Dª Laura era la prometida de D. José de Mallades.

—En efecto, teneis razon, es preciso castigar esa deslealtad.

—Antes creo que V. M. deberia esperar, á fin de hacer otro descubrimiento.

—Cuál?

—Recuerde V. M. que solo en idioma aleman hablamos de estas materias delante de Dª Laura, ella no comprende ese idioma, aquí hay pues otra persona comprometida que traduce á Laura estas conversaciones.

—¿Será Dª Eujenia?

—Imposible, le respondo á V. M. de la discrecion de esa dama.

—¿En tal caso?....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Está segura V. M. de que Dª Laura no comprende el aleman?

—Casi me haceis dudar con vuestra sospecha; ¿pero cómo averiguarlo?

—De seguro que ella nada dirá si se le pregunta, pero me ocurre un medio si V. M. consiente en él.

—Decid.

—Cuando ella esté aquí hablaré de manera que pueda V. M. conocer si ella comprende, aunque por esto me tomaré la licencia de referir á V. M. una noticia falsa; ¿me lo permitirá V. M?

—Sí, que de esta manera se sabrá la verdad.

—Entonces dispondré la cosa de modo que la prueba sea completa, ¿y en caso de que la cosa sea tal como yo me la supongo, qué dispone V. M?

—En ese caso hareis aprehender inmediatamente á Dª Laura; en estos dias debe partir una flota para la Nueva-España y esa dama la enviareis al virey para que sea recojida perpetuamente en uno de los conventos de relijiosas de México, si no para profesar si así le conviniere.

—Se hará como V. M. lo ordena.

Aquella tarde Dª Laura estaba en la cámara de S. M. cuando el padre Nitardo se presentó.

Dª Laura estaba triste, pero satisfecha del éxito que habia alcanzado tratando de impedir que D. Juan de Austria fuese preso.

—Señora—dijo en aleman el padre Nitardo á la reina—se han ejecutado ya las órdenes de V. M.

—¿Qué órdenes?—preguntó la reina olvidando lo convenido con el padre.

—Las órdenes respecto de D. José de Mallades.



—Ah!—dijo la reina recordando de lo que se trataba y mirando con disimulo á Dª Laura.

La jóven se habia estremecido.

—¿Y bien?—continuó la reina.

—Hele dicho á D. José—continuó el padre—que V. M. se apiada de él, que todo el reino le cree muerto en el garrote, y que si está dispuesto á partir para la Nueva-España y pasar de allí para Manila ocultando su nombre, V. M. está dispuesta á concederle esta gracia.

Dª Laura creia estar soñando, le parecia que se iba á volver loca y se habia puesto estraordinamente pálida, la reina y el padre la observaban.

—¿Y qué dijo Mallades?—preguntó la reina.

—Acepta lleno de reconocimiento, y esta noche misma debe salir.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana acompañado solo de dos hombres de confianza.

—Me parece bien.

—Pues voy, con permiso de V. M. á ordenar el viaje á la Nueva-España porque mis sospechas eran ciertas.

—Como está ordenado—contestó la reina haciendo una señal afirmativa con la cabeza.

El padre Nitardo salió de la cámaia de S. M, y Dª Laura quedó llena de ilusiones y de felicidad.

—D. José de Mallades vivia—pensaba ella—su muerte no habia sido sino una ficcion inventada para hacerle desaparecer.

Vivia D. José de Mallades y Dª Laura tenia esperanzas ya de volverle á ver, le iban á desterrar lejos, muy lejos, á las Filipinas, pero ella le seguiria, tenia él que ocultar su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre, ella le ocultaria tambien, pasaria la vida á su lado consolándolo, animándolo y quién sabe, quizá algun dia caeria el valido ó cumpliria la edad el príncipe Cárlos y entonces volverian á la corte: serian felices....

En todo caso, cualquiera cosa era de preferirse á la muerte de D. José.

La pobre jóven sentia que la felicidad turbaba su pensamiento.

Si la reina y el padre confesor hubieran comprendido la sangrienta burla que hacian á la desgraciada jóven, quizá la hubieran perdonado.

Era aquel caso una especie de sueño de ventura; envuelto en la realidad debia ser espantoso.

Solo una cosa inquietaba á Dª Laura, cómo saber por dónde salia D. José? ¿cómo encontrarle? ¿cómo verle?

Fija en este pensamiento pasó el resto del dia, en el que sin embargo, todos conocieron que alguna cosa muy favorable debia haberle ocurrido, porque estaba alegre como en mucho tiempo no la habian visto.

Llegó la noche, y por los alrededores de palacio, se vieron cruzar misteriosamente algunos hombres embozados, que se detenian con curiosidad, procurando reconocer á cuantos encontraban y sobre todo si eran mujeres.

Acababan de sonar las doce, cuando uno de esos hombres pasó al lado de una dama, que cubierta con un velo caminaba seguida de dos escuderos ó lacayos.

La dama se recató un poco, y el hombre pasó adelante; sin embargo, á cierta distancia se detuvo, y comenzó á seguir á la dama.

Otro hombre primero, y despues otros varios, hasta llegar á seis, se incorporaron á él y le hablaron en voz baja.



Entonces salió de una bocacalle otro mas, que preguntó:

—¿Ha pasado?

—Sí, señor—le contestaron—allí va adelante.

—Pues ejecutad lo dispuesto.

Los hombres comenzaron á caminar precipitadamente hasta alcanzar á la dama y á los lacayos, y los rodearon.

—Ténganse á la justicia—dijo uno—¿quién es la dama?

La dama no contestó.

El jefe sacó de debajo de la capa un farolillo que llevaba oculto y apartó violentamente el velo de la tapada.

—¡Dª Laura!—esclamó.

La dama no contestó tampoco, ni pudo conocer al que la hablaba porque tenia el rostro cubierto con un antifaz negro.

—Prendedla!—dijo el hombre.

Los lacayos huyeron sin que nadie pensara en ocuparse de ellos, y Dª Laura fué sujetada por aquellos hombres.

Cerca de allí estaba una carroza, los hombres hicieron entrar á Dª Laura, y la carroza bien custodiada, partió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

De como al fin el padre Nitardo no pudo á pesar de su ciencia conjurar la tempestad que se formaba contra él por el rumbo de Barcelona.

TAL era la ajitacion que reinaba en la corte con motivo de los disturbios entre el confesor de la reina y el príncipe, que muy pocos advirtieron la desaparicion de Dª. Laura.

D. Fernando de Valenzuela y Dª. Eujenia, con quienes estaba íntimamente ligada la jóven, hicieron mil conjeturas, pero no se atrevieron á practicar averiguacion ninguna.

La reina habia dicho á Dª. Eujenia hablando de Dª. Laura:

—Ya está castigada su deslealtad.

El padre Nitardo habia dicho á Valenzuela:

—Pobre jóven, ella se buscó su ruina, así convenia á los intereses de S. M. y del reino.

Y nada mas, en la corte y sobre todo, en aquellos críticos momentos, la discrecion no solo era una virtud, era una necesidad: una imprudencia podia pagarse con la vida.

Los meses pasaban de esta manera, y la reina y su ministro no sabian qué partido tomar con el príncipe.



D. Juan de Austria seguia refugiado en Barcelona, y desde allí seguia escribiendo á la reina, urjiéndole para que desterrara al padre Nitardo.

Los ministros todos recibieron cartas del príncipe, comprometiéndolos á secundar sus designios para con Dª. Maria Ana de Austria, pero esto, con tanto valor, con tanta vehemencia y con resolucion tan firme, que en la corte se comenzaron á tener sérios temores.

Los amigos del padre Nitardo, tímidos como son en jeneral los aduladores de los poderosos, creyeron era segura su caida y comenzaron á abandonarle.

Solo D. Fernando de Valenzuela redobló con él sus atenciones y sus respetos.

El padre Nitardo, triste y aflijido, no cesaba de suplicar á la reina le concediera su separacion.

—Señora—decia—es imposible por mas tiempo sostener esta situacion, V. M. comprende que todo el mundo me vuelve ya la espalda, el príncipe D. Juan está cada dia mas atrevido, y capaz será si no se media aquí con la prudencia, de osar algo contra la tranquilidad de los reinos; permítame V. M. que retirándome á mi colejio, pueda devolver la paz á la monarquía.

—¡Imposible!—contestó la reina—si por un acto de debilidad consintiese en separaros de mi lado, la osadía del príncipe y de sus partidarios no tendria entonces límites y querrian imponerme su voluntad como ley.

—Con que V. M. no les hiciera aprecio bastaria, que en tal caso, ellos mostraran su depravada intencion, y V. M. su grandeza.

—Todavía hay un medio que probar.

—No le veo, señora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, el de la dulzura, yo escribiré al príncipe invitándolo á volver á Consuegra garantizándole su seguridad y creo que todo se allanará.

—Dios lo quiera, señora, pero me temo que V. M. confia demasiado en los buenos sentimientos del príncipe.

—Con intentar este medio, nada se pierde.

—Es verdad.

—Pues probemos, y si no surte el efecto que yo pienso, ya se verá en lo de adelante.

—Sea, pues, como V. M. lo quiere.

Al dia siguiente partia un correo llevando al príncipe D. Juan de Austria una carta de la reina en que le invitaba á que volviese á Consuegra, y le garantizaba su libertad y seguridad.

El príncipe se encontraba en Barcelona, y allí estaba tambien el duque de Ossuna, y con él conferenció acerca del mensaje que acababa de recibir.

D. Juan de Austria opinaba por no acudir al llamado de la reina, pero el duque le hizo presente cuanto importaba aquel acto de desobediencia y lo comprometió á ponerse en camino, dándole para su seguridad tres compañías de jinetes que formaron entre todos trescientos hombres, y al frente de tan reducida tropa salió de Barcelona, si no en tren de guerra sí con esperanza de triunfar el que habia sido jeneralísimo de los ejércitos de su padre el rey D. Felipe IV.

.....

.....

El padre Nitardo se paseaba triste en su despacho, y D. Fernando de Valenzuela, de pié cerca de una de las mesas le escuchaba, contestándole á veces.

No brillaba ya en los ojos del confesor de la reina, la se



guridad y la calma que en otros dias; una sombra parecia haberse estendido sobre su semblante.

Las noticias que habian llegado del príncipe eran suficientes para alarmarle.

—Sabes—decia á Valenzuela—que el camino que hace el príncipe D. Juan es mas bien el de un triunfador que viene á recojer el premio de sus victorias que el de un vasallo perdonado por su rey.

—He oido decir, señor—contestó D. Fernando.

—Los pueblos le reciben por todas partes con arcos y músicas, los nobles salen á su encuentro, las ciudades se engalanan; fiestas, saraos, cuanto puede halagarle y enorgullecerle, todo lo encuentra, y todo se le prepara como haciendo con esto un reproche á S. M. que le habia desterrado.....

—Quizá eso no tenga mas consecuencias.

—Te engañas, sin eso el príncipe se hubiera contentado con retirarse á su antigua residencia, pero despues de esas fiestas el príncipe estará mas audaz y sus partidarios mas osados, las intrigas se multiplicarán y quién sabe si la reina misma no podrá resistir; hay en la corte un nuevo elemento que está cerca de S. M. y que yo no sé por qué cada dia se hace mas poderoso....

—¿Y qué elemento es ese, señor?

—Dª Inés de Medina, esa nueva dama de la reina.

—Creia yo que habia entrado á palacio bajo la proteccion de V. E.

—Así fué en efecto, pero otra era entonces, ó esa mujer ha variado de plan en su conducta: oye, Valenzuela, tu lealtad para conmigo es completa y por eso para tí no tengo secretos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Señor!

—Esa dama no podrá nada contra mí ost ensiblemente, téngola ligada por un secreto terrible, que voy á confiarte en dos palabras, para que sea mas adelante una a rma en tus manos, porque yo estoy seguro de que no puedo conjurar esa tormenta que me amenaza.

—¡Tal vez sí, señor!

—No lo creas; en política todo el mundo maldice al que está en el ocaso, y solo Dios puede salvarme, pero tú tienes aun delante un gran porvenir, y Dª Inés puede ser algun dia tu enemiga: oye lo que solo la reina, ella y yo sabemos hasta ahora: Dª Inés denunció á D. José de Mallades y á todos los partidarios de D. Juan; ella es la causa de la muerte de aquel hombre.....

—¿Es posible, señor?

—Es la verdad, ahora guarda este secreto, porque en la corte es preciso para dominar, tener de cada uno un secreto que le haga ser sumiso cuando sea necesario; no olvides esta regla y serás poderoso cuanto puede serlo un hombre sobre la tierra.

—Es cierto, señor.

—Ahora, Valenzuela, voy á encargarte quizá el último servicio.

—Mándeme S. E.

—Conozco que esa tempestad no se disipa, pero necesito saber lo que traman para la hora de mi caida mis enemigos; si tengo que descender, escoja yo al menos el modo y el dia.

—¿Pero qué quiere V. E. que yo haga?

—Yo creo que Dª Inés es la avanzada que tienen ya los partidarios de D. Juan dentro de palacio mismo, y al lado



de la reina: tú eres hábil, nadie sabe, ó al menos lo saben solo nuestros amigos, que tú eres mi partidario; todos te creen el amigo íntimo de D. José de Mallades, todos suponen que tú no no te hiciste presentar á la corte, mas que por tu amor á Dª Eujenia, y que lo que has ambicionado en ese matrimonio es la proteccion de S. M.; pues bien, si tú procuras la intimidad con Dª Inés, ella se debe figurar que buscas en ella el apoyo para con los partidarios del príncipe; tendrá confianza de tí, te contará entre los *austriacos* y podrá ponerte al tanto de lo que ellos intentan; las mujeres en jeneral son poco discretas y creo que tú conseguirás lo que yo deseo.

—Obedeceré á V. E.... pero.....

—¿Qué?

—Pérdoneme V. E. que le haga una confesion, que si bien es impropia del respeto que le debo, es necesaria en estos momentos para que V. E. vea si esto podrá hacer que fracasen mis esfuerzos.

—Dime.

—Señor, en un tiempo fuí el galan de Dª Inés de Medina; logré casi su correspondencia, pero la abandoné, señor, para casarme con la que ahora es mi esposa, y me temo que Dª Inés esté profundameute ofendida.

—No lo estará, te aseguro; conozco el corazon humano, el resentimiento de esa mujer, si te quiso, habrá sido muy pasajero, y si te amó será entonces solo el orgullo herido lo que la apartará de tí, pero deseará en el fondo de su alma que le concedas tu amistad; Valenzuela, cuida de no resucitar ese amor porque será tu perdicion en este mundo y en el otro, pero procura volver á la amistad de Dª Inés, que nos es necesaria en estos momentos en que los parti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darios del príncipe no desconfian de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que deseas; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecian ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imajinacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

---

## XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

DON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á Dª Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la ajitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crísis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á Dª Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darios del príncipe no desconfian de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que deseas; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecian ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imajinacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

---

## XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

DON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á Dª Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la ajitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crísis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á Dª Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dª Inés, os juro que no os engañaba.

—Lo creo, D. Fernando, en aquel momento no me engañábais, os engañábais á vos mismo, os parecí hermosa, y tomásteis por amor lo que solo era una ilusion, y.... me hicísteis muy desgraciada.

—¡Es imposible!

—Sí, os amaba, y no sé si deciros que aún os amo; vos desde aquel momento, pudísteis haberme amado, quizá hubiera yo sido vuestra esposa.... sí lo creo.... y cuando recuerdo eso siento aún el odio mas profundo por la persona que os arrebató á mi cariño.

—Pensad, señora, que es mi esposa.

—No, contra ella no, pobre Dª Eujenia, tan bondadosa, sino fuera vuestra mujer la amaria yo, pero no, no contra ella, ella ignora aún que yo os amo y que vos me hablásteis de amor; no, D. Fernando, el que ha causado mi desgracia, es otro, otro que ya no existe, otro que como mi ángel malo, se interpuso entre nosotros dos, y se empeñó en separarnos, y lo consiguió....

—¿Pero quién fué ese....?

—D. José de Mallades—dijo con reconcentrado furor Dª Inés.

—¡D. José de Mallades!

Un velo se descorrió en aquel momento ante los ojos de Valenzuela, creyó adivinar la causa de la denuncia de D. José, creyó comprender toda aquella sombría historia.

El era, aunque inocente, el verdadero matador de su amigo.

—Pero eso que habeis hecho es horrible.... dijo á Inés sin reflexionar que nada le habia hablado ella de su venganza.



—¿Qué es lo que he hecho?—preguntó con estrañeza la jóven.

D. Fernando conoció que habia cometido una imprudencia y quiso remediarla.

—Eso, señora.... haberos apasionado de un hombre como yo que no merecia vuestro amor, que era indigno de vos....

Dª Inés, como dudando de la ingenuidad de aquella respuesta, fijó en Valenzuela una mirada profundamente indagadora.

D. Fernando estaba ya prevenido, y sostuvo aquella mirada, con toda la tranquilidad de la inocencia.

—¿Y quién os ha dicho—contestó Dª Inés—que el corazon puede elejir el objeto de su amor? ¿quién os ha dicho que vos sois indigno del mio? Os amé sin saber por qué, os amo aún á pesar de todo, y cuanto mayores son los obstáculos que nos separan, mayor es mi pasion; por eso no puedo conservar un rencor, por eso no puedo ni aún ocultaros este amor que me martiriza, ¡ah vos no podeis ni siquiera comprender todo lo que he hecho ya por esta pasion! por vos estoy en la corte, por vos he llegado á colocarme al lado de la reina, por vos me siento capaz de ser muy buena ó muy criminal.

—¡Dª Inés!—esclamó Valenzuela admirado de la escitacion de la jóven y comprendiendo cuanto habia de verdad en lo que ella decia.

—Sí, pero oidme, oidme todo lo que tengo que deciros: este amor podeis comprender cuanto me hace sufrir, si pensais nada mas en que me atrevo á hablaros así; el último sacrificio de una mujer es el de su decoro y de su orgullo, pues bien, cuando yo hablo así á un hombre que me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha despreciado, que me ha burlado sin ser provocada para hacerle esta confesion, es, no lo dudeis, porque este amor me enloquece, porque estoy decidida á todo, D. Fernando, ¿no me habeis amado nunca? ¿no os creeis capaz de amarme? habladme la verdad, la verdad, ¡si me engañáseis de nuevo....os aborreceria quizá....

—Pero, Dª Inés, tengo sobre la tierra sagrados compromisos.

—Y yo tambien, es cierto que no soy casada, pero ¿os parece poco el honor de una dama? ¿el nombre de mi padre y de mi familia? Si me amais, D. Fernando, huiremos de aquí muy lejos; mirad, yo no exijo de vos ningun sacrificio, no, yo sola me sacrificaré, no os pido mas si no que partais sin llevar á Dª Eujenia. S. M. la reina me distingue sobre manera, fácil me seria, os lo aseguro, conseguiros un gran empleo en México, en el Perú, en Filipinas, y yo me iria á seguiros, y seria vuestra; os sacrifico mi honor..... todo, pero amadme y no lleveis á Dª Eujenia.....¿os parece bien?

Dª Inés era hermosa y en aquel rapto de pasion estaba encantadora.

Valenzuela era jóven y era poeta; además, un amor como el de Dª Inés, por fuerza tenia que ser peligroso.

—Dª Inés—dijo D. Fernando—¿tanto así me amais?

—No necesitais que ya os lo diga, bien lo comprendereis: decidme, decidme, ¿quereis que pida un empleo para vos á S. M.? ¿quereis partir conmigo lejos de España?

—Señora—contestó Valenzuela pudiendo apenas resistir á la fascinacion que le causaba aquella mujer, y deseando aún luchar—me liga á la corte otro vínculo aún mas noble.



—Cuál?

—La gratitud.

—¡La gratitud! ¿y para quién? ¿quién será capaz de haber hecho por vos lo que he hecho yo?

—Señora, se trata de un hombre, de un hombre que me ha querido como á su hijo, de un hombre que está próximo á sentir sobre su cabeza la desgracia mas espantosa.

—¿Y quién es ese hombre?

—El padre Nitardo—contestó Valenzuela creyendo que esta respuesta haria cambiar el jiro de la conversacion.

—¿El padre Nitardo?—repitió Dª Inés—bien, pero el padre Nitardo está ya al borde de un abismo y no tardará en hundirse para siempre.

—Por lo mismo, Dª Inés, vos que tan altos sentimientos poseeis, ¿me aconsejaríais abandonarle en estos momentos?

—No, pero es que la caida del padre no está muy remota.

—S. M. no le abandonará.

—Aun cuando eso sea, oidme; el príncipe avanza rápidamente sobre Madrid.

—Es cierto, pero no trae consigo mas que trescientos jinetes.

—¿Y quién quereis que apoye al padre Nitardo? el pueblo y la nobleza están por el príncipe, el consejo de S. M. le apoyará tambien, el clero, aconsejado por el cardenal Borromeo, nuncio de Su Santidad, y que aborrece al favorito, se aparta de su causa, y la misma compañía de Jesus le niega su apoyo, porque el padre Nitardo, perteneciendo á esa compañía, no ha obsequiado muchas veces las órdenes de sus superiores.

—Y bien, señora?

—El príncipe avanza sobre Madrid, y todo el mundo sin



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

distincion acudirá á la reina pidiéndole el destierro de su confesor; S. M. sin tener á donde volver los ojos aceptará, y en tal caso ya nada os ligará en la corte, por el contrario, porque entonces ya nada os valdrá vuestra esposa. D. Fernando, os ofrezco una felicidad y un amor sin límites, ¿creeis que alguna mujer pueda amaros como os amo yo? ¿creeis que alguna mujer pueda haceros gozar como yo?

—Señora—esclamó Valenzuela—¡por piedad! casi me es imposible resistir.

—Y no resistirás—esclamó Dª Inés arrojándose á su cuello, y separándose violentamente luego—D. Fernando, preparaos para ser muy feliz en la nueva España.

Valenzuela quiso contestar pero Dª Inés habia ya desaparecido.

—El caso es de los mas comprometidos—pensó Valenzuela—esta mujer será capaz de hacerme sucumbir, porque hay desgraciadamente la circunstancia de que es una dama de todo mi gusto..... en fin, ya veremos, por ahora se ha obtenido la ventaja de saber cuanto se prepara contra el padre Nitardo; creo que ha dicho bien S. E.: esta tempestad no la conjura.

Y D. Fernando se encaminó en busca del Reverendísimo padre para darle cuenta de sus descubrimientos, decidido por supuesto á ocultarle el resto de su conversacion con Dª Inés.

---

## XVII.

De como salió desterrado de España el E. S. Juan Everardo de Nitardo, de la compañía de Jesus, Inquisidor general de los reinos y señoríos de S. M., Consejero de Estado de la junta de gobierno, confesor de la Reina Doña María Ana de Austria, &c., &c.

EL príncipe D. Juan seguia avanzando con sus tres compañías y como si viniese al frente de un poderoso ejército, la consternacion se habia apoderado de todos los ánimos en Madrid.

Los partidarios de D. Juan cobraban nuevos brios, á medida que decaia mas el ánimo de los del confesor de la reina; los indiferentes se hacian en aquellos momentos defensores del príncipe, y la reina no sabia en tales circunstancias mas que lamentar la suerte que aguardaba al padre Nitardo.

Por aquella época, el cardenal Borromeo era en España el nuncio de S. S., y en aquel trance la reina y su confesor pensaron ocurrir á su intercesion para con el príncipe, y encargarle llevase á éste una carta del Papa en que le recomendaba que tuviese toda clase de obediencia y miramientos para con la reina.

Dª Inés se apercibió de esto, y mandó en el momento llamar á su padre el marqués de Rio-florido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

distincion acudirá á la reina pidiéndole el destierro de su confesor; S. M. sin tener á donde volver los ojos aceptará, y en tal caso ya nada os ligará en la corte, por el contrario, porque entonces ya nada os valdrá vuestra esposa. D. Fernando, os ofrezco una felicidad y un amor sin límites, ¿creeis que alguna mujer pueda amaros como os amo yo? ¿creeis que alguna mujer pueda haceros gozar como yo?

—Señora—esclamó Valenzuela—¡por piedad! casi me es imposible resistir.

—Y no resistirás—esclamó Dª Inés arrojándose á su cuello, y separándose violentamente luego—D. Fernando, preparaos para ser muy feliz en la nueva España.

Valenzuela quiso contestar pero Dª Inés habia ya desaparecido.

—El caso es de los mas comprometidos—pensó Valenzuela—esta mujer será capaz de hacerme sucumbir, porque hay desgraciadamente la circunstancia de que es una dama de todo mi gusto..... en fin, ya veremos, por ahora se ha obtenido la ventaja de saber cuanto se prepara contra el padre Nitardo; creo que ha dicho bien S. E.: esta tempestad no la conjura.

Y D. Fernando se encaminó en busca del Reverendísimo padre para darle cuenta de sus descubrimientos, decidido por supuesto á ocultarle el resto de su conversacion con Dª Inés.

---

## XVII.

De como salió desterrado de España el E. S. Juan Everardo de Nitardo, de la compañía de Jesus, Inquisidor general de los reinos y señoríos de S. M., Consejero de Estado de la junta de gobierno, confesor de la Reina Doña María Ana de Austria, &c., &c.

EL príncipe D. Juan seguia avanzando con sus tres compañías y como si viniese al frente de un poderoso ejército, la consternacion se habia apoderado de todos los ánimos en Madrid.

Los partidarios de D. Juan cobraban nuevos brios, á medida que decaia mas el ánimo de los del confesor de la reina; los indiferentes se hacian en aquellos momentos defensores del príncipe, y la reina no sabia en tales circunstancias mas que lamentar la suerte que aguardaba al padre Nitardo.

Por aquella época, el cardenal Borromeo era en España el nuncio de S. S., y en aquel trance la reina y su confesor pensaron ocurrir á su intercesion para con el príncipe, y encargarle llevase á éste una carta del Papa en que le recomendaba que tuviese toda clase de obediencia y miramientos para con la reina.

Dª Inés se apercibió de esto, y mandó en el momento llamar á su padre el marqués de Rio-florido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Acabo de descubrir—le dijo—que se trata de enviar al nuncio de Su Santidad, para calmar al príncipe y comprometerlo á que se retire á Guadalajara dando un plazo á S. M. para pensar detenidamente acerca de la separacion del padre confesor: lleva una carta de Su Santidad, si se pierden estos momentos, despues será ya imposible conseguir nada.

—Pero eso casi no tiene remedio—dijo el marqués.

—Lo tiene; el nuncio no profesa gran cariño al padre Nitardo; si él en vez de traer noticias favorables, las trae adversas, el padre se retirará; yo misma le he visto á los piés de S. M. pidiéndole con lágrimas que le permita separarse, que no lo esponga á la cólera del príncipe: no hay, pues, mas dificultad que inclinar el ánimo de S. M.: un impulso mas y el favorito rodará.

—Tienes razon, voy en este momento á procurar que se incline el ánimo del cardenal, supuesto que de él depende todo.

—No perdais un momento, señor, porque pronto debe salir.

El marqués fué en busca de sus amigos, y Dª Inés volvió á observar lo que pasaba por las habitaciones de S. M.

Dª Eujenia no se apartaba del lado de la reina, y D. Fernando esperaba en la antesala al padre Nitardo: allí le encontró Dª Inés.

—Valenzuela—le dijo al pasar—pronto estareis libre de un compromiso, pensad en el otro que habeis contraido conmigo.

D. Fernando no encontró ni qué contestar; aquella mujer habia acabado por fascinarlo, como una serpiente á un colibrí.



El cardenal partió llevando la carta del Papa, y la corte quedó en la mayor ansiedad.

La noche se acercaba, pero el campo del príncipe no estaba mas que á cuatro leguas de Madrid, y el nuncio debia volver en la misma noche.

D. Juan de Austria tenia ya una verdadera corte; los amigos mas íntimos desertaban del lado de la reina y del favorito, y se acercaban á recibir la luz del astro nuevo.

Para la nobleza, D. Juan iba á ser muy pronto el verdadero rejente del reino.

De él esperaban ya sacar mas ventajas y comenzaban á adularlo.

Para el pueblo no era aquello mas que el cambio de una decoracion en un teatro: iban á cambiar de amo.

Estaban gobernados por la estola y el bonete.

El nuevo dueño tenia broquel y espada.

Era el paso de la sacristía al vivac, de la teocracia al cesarismo.

Pero para los primeros todo era igual; cuando mas cambiarian las costumbres de palacio, y esto era simplemente una novedad y una diversion.

Las guerras entre los favoritos son como los eclipses de sol para los pueblos oprimidos.

Un momento de penumbra·

Sueñan en un nuevo sol, y sigue el mismo; un instante despues como si nada hubiera pasado.

Entonces era la lucha de dos personas, en que no se interesaba ningun principio.

Hoy los principios luchan, y las personas no pesan en esa balanza sino como los porta-estandartes, y el dia que arrojan su bandera pesan menos que el viento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Juan de Austria estaba rodeado de nobles y caballeros: el camino de Madrid presentaba una verdadera leccion.

Casi todos caminaban para el campamento del príncipe. Nadie volvia á la corte sino enviado por él.

En medio de aquel concurso se presentó repentinamente el cardenal Borromeo; todo el mundo comprendió que llevaba alguna importante mision de la reina, y el príncipe y su secretario se apartaron con él y se encerraron en una estancia.

Las horas pasaban; en la corte nadie se habia acostado; con febril impaciencia se aguardaba la vuelta del cardenal, y la reina, rodeada de algunas de sus damas, estaba silenciosa y sombría.

El padre Nitardo se paseaba en una estancia inmediata, sin mas compañía que D. Fernando de Valenzuela que lo contemplaba melancólicamente.

Parecia que la corte entera estaba velando la última noche á la cabecera de un moribundo.

Se sentia ya el estertor de la muerte; se espiaba, por decirlo así el último suspiro de un hombre.

Y aquel hombre que iba casi á morir, era el padre Nitardo; la monarquía española estaba como pendiente del agonizante poder de un valido.

Porque aquello era un capricho Real en lucha con la voluntad de una nacion, ó mejor dicho, de un príncipe poderoso y de una nobleza.

La España de hoy, en aquellas circunstancias, hubiera hecho con Dª María Ana de Austria y con el padre Nitardo lo que hoy hizo con Isabel II y con Marfori.

Porque ya los pueblos conocen su poder, y saben que son pueblos· Entonces, y la culpa no era suya, la teoría del



*derecho divino* cubria no solo los caprichos, sino hasta los crímenes.

Los pueblos eran rebaños que Dios habia dado á los reyes para esquilmarlos y sacrificarlos.

Ya comenzaba á amanecer cuando el cardenal Borromeo se presentó en Madrid de vuelta de su comision, y se encerró con S. M. y con el padre Nitardo.

La respuesta que él estaba dando á la reina y al confesor, secretamente y en nombre del príncipe, volaba ya de boca en boca, y se trasmitia de palacio á la ciudad.

Alguno habria podido notar que el cardenal hablaba en voz baja al subir las escaleras con el marqués de Rio-florido.

Y luego las primeras personas que supieron lo que D. Juan de Austria decia, lo oyeron de la boca de Dª Inés de Medina.

El príncipe no se habia querido docilitar ni con la carta del papa, ni con los razonamientos del nuncio; su respuesta era ya una amenaza:—"Decid á la reina," habia dicho, "que si el padre Nitardo no sale por la puerta inmediatamente, mañana iré yo mismo á arrojarle por la ventana."

Esto era lo que el cardenal habia repetido á la reina. El padre Nitardo se retiró á su aposento, en el colejio de los jesuitas, y la reina quedó entregada verdaderamente á la desesperacion.

Entre tanto, Dª Ines habia puesto al tanto de lo que pasaba en palacio, á todos los partidarios del príncipe, y una inmensa multitud se apiñaba en la plaza y penetraba aun á los patios y corredores, pidiendo á gritos la destitucion del favorito.

El Consejo se habia reunido; los ministros estaban verda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deramente alarmados, y por fin, tomaron una resolucion estrema.

D. Blasco de Loyola, pálido y conmovido, atravesó por en medio de aquella multitud llevando un papel en la mano, y se entró en la cámara de la reina.

Todos entraron entonces; aquel hombre parecia llevar en su mano el término de aquella situacion: á nadie habia dicho una palabra, pero todos lo adivinaban.

La reina estaba sombría, y recibió á D. Blasco casi sin contestar á su saludo.

—¿Qué quieres? preguntó.

—Señora—dijo vacilando D. Blasco—un decreto del Consejo para la firma de V. M.

—¿De qué trata?

—Es señora.... una órden....—D. Blasco apenas se se atrevia á hablar—para que salga de Madrid dentro de tres horas el confesor de V. M.

—Dámela.

La reina tomó el decreto, leyóle con gran serenidad y firmó.

—Ahora escribe—dijo á D. Blasco presentándole un papel.

Loyola se dispuso á escribir y la reina dictó:

"El padre Juan E. Nitardo de la compañía de Jesus, mi confesor, Ministro de Estado é Inquisidor jeneral, me ha suplicado le permita retirarse de estos reinos, y aunque esté yo tan satisfecha, cual no puedo estar mas, no solo de su virtud y demas prendas en él muy apreciables, sino del celo y aplicacion, con que ha trabajado en servicio de esta corona; no obstante, habiendo considerado y atendido á sus instancias y ruegos, y por otras justas razones, he venido en concederle la licencia que pide, para que se vaya donde gustare y fuere servido. Y como es mi ánimo se ejecute esto en el modo que piden su dignidad y méritos, he discurrido ser muy del caso elija la calidad de embajador estraordinario en Alemania ó en Roma, reteniendo todos sus empleos con los honores á ellos afectos.



Dada en Madrid á 25 de Febrero de 1669."

Dª María Ana de Austria tomo una pluma y puso al calce, *Yo la reina*, y luego señaló á D. Blasco la puerta.

D. Blasco salió inclinándose humildemente y se dirijió al consejo á dar parte de su comision.

Apenas Loyola habia desaparecido, la reina no pudo contenerse ya mas, y en medio de sollozos, provenidos mas bien de su orgullo herido y de la gran contradiccion que esperimentaba, esclamó:

—¡Ay! ¡ay! ¿de qué me sirve ser reina y ser rejenta?

———



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVIII.

En el que termina la materia de que se trata en el anterior.

OMISIONO el Consejo al cardenal de Aragon, y al conde de Peñaranda para comunicar al padre Nitardo la órden de destierro.

Dirijiéronse ambos para el colejio de los jesuitas y llamaron á la celda del padre.

Abrióse esta y los dos consejeros se encontraron frente á frente con el que habia sido su enemigo y á quien miraban en aquellos momentos sumido en el mayor infortunio.

Pero aquellos eran tres corazones grandes, y ni los unos sintieron el menor movimiento de alegría, ni el otro el mas lijero soplo de rencor.

A la vista de aquel aposento desnudo y pobre, que revelaba la probidad del gran valido, contemplando aquella frente serena en donde casi se veian cruzar los pensamientos, el cardenal de Aragon y el marqués de Peñaranda sintieron un involuntario respeto.

Como la reina no le habia despojado de sus honores, le dieron aún el tratamiento.

—Sentimos demasiado—dijo el de Peñaranda—ser portadores de tan funestas nuevas para V. E.



—¿Qué hay, pues?

—Lea V. E. este decreto.

El padre tomó el papel y leyó la órden de su destierro con tanta serenidad que ni una sola línea se contrajo en su rostro.

—Su Majestad—agregó el cardenal—no hace esto sino con muy gran sentimiento, y obligada por la necesidad, y para evitar que el pueblo irritado cometa un crímen con V. E.

—Hágase la voluntad de Dios y la de S. M.—contestó el padre—los bienes de la vida caducos son y perecederos, y solo el impío puede apegarse á ellos; pronto estoy á partir.

—Si V. E. no lo toma á mal—dijo el cardenal de Aragon—y mas bien como prueba de mi cariño y respeto, me atrevo á ofrecer á V. E. mil doblones para gastos de su viaje.

—Y yo con la misma salvedad—agregó el de Peñaranda—una letra de cambio de 30,000 escudos.

Al escuchar aquellos jenerosos ofrecimientos, los ojos del padre se llenaron de lágrimas, y tendiendo sus manos á los que habiendo sido sus enemigos le trataban como un hermano en aquellas terribles circunstancias, esclamó:

—Oh! gracias, gracias; jamás olvidaré que España es la patria de corazones tan grandes: pobre relijioso he venido á Madrid, y pobre relijioso quiero salir: esta noche partiré.

—Estaremos aquí para acompañar á V. E.—dijo el de Peñaranda.

Y los dos, conmovidos profundamente, salieron de la estancia.

Aquella noche el cardenal volvió en su carroza al colejio acompañado del marqués.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El padre Nitardo les esperaba ya.

—Vamos—dijo alegremente al verles.

—¿Y los equipajes de V. E.? preguntó el de Peñaranda.

—Mi breviario y mi manteo—contestó sonriéndose el ministro—*omnia mean mecoun porto.*

Todas las calles estaban llenas de gente que esperaba la salida del confesor.

Apenas lograron alcanzarle á ver, cuando comenzaron á lanzar contra él terribles imprecaciones acompañadas de una verdadera lluvia de piedras.

Entonces los ministros de la Inquisicion se agregaron á la comitiva y procuraron, en union del marqués y el cardenal, defender al confesor de la reina.

Aquel hombre, que apenas hacia tres dias era el árbitro de la monarquía; que veia á todos saludarle humildemente y temblar en su presencia, se miraba insultado y despreciado por los mas viles de sus aduladores, y no tenia ya segura ni la existencia misma.

Los gritos y las piedras seguian, y el padre con una sonrisa triste esclamaba:

—Ya me voy; ya me voy: adios, hijos mios.

Así atravesaron las calles, y así salieron de Madrid y se dirijieron á Fuencarral.

---

La reina escuchaba desde su cámara los gritos y las injurias que le decian en la plaza.

Lloraba algunas veces, y otras se mostraba serena.

Dª Eujenia y Dª Inés la acompañaban en aquellas horas de tribulacion.

D. Fernando de Valenzuela mudo y sombrío, esperaba lo en una de las antecámaras de la reina.



Palacio y la corte parecian vestir de luto por la partida del favorito.

De repente Valenzuela, que estaba profundamente distraido, oyó que le llamaban.

Alzó el rostro y se encontró con Dª Inés.

—¡Dª Inés!—esclamó.

—Sí, D. Fernando; yo misma que no olvido vuestras promesas; el padre Nitardo ha salido de la corte; nada os liga ya á Madrid, yo conseguiré para vos el empleo que os he prometido y partiremos los dos, pero solos, ¿lo ois?

—¡Señora!

—Acordaos de que así me lo habeis ofrecido.

—¿Y Dª Eujenia, mi esposa?

—Valenzuela, no digais eso delante de mí; sé que no podeis amarla: vuestro carácter impetuoso, vuestra imajinacion viva, vuestro corazon ardiente no pueden de ninguna manera encenderse en una pasion por una mujer tan fria, con un corazon y un temperamento de hielo; vos necesitais amar á una mujer entusiasta, fogosa, y la mujer que necesita vuestro amor soy yo, yo que os adoro con delirio: ¿es cierto, D. Fernando?

—Sí, Dª Inés—contestó Valenzuela sin poder resistir á la fascinacion que aquella mujer ejercia sobre él.

—Bien, llegó el tiempo: yo conseguiré de la reina el empleo para vos, y la aconsejaré que no permita que Dª Eujenia se separe de ella, y lo alcanzaré.

—Haced lo que querais, Dª Inés, y no dudo que lo conseguireis, como habeis conseguido que yo tenga por vos una pasion terrible que me abrasa, que me devora.

—¡Ah! ¡ah! así os quiero ver; qué hermoso estais así.

—Y vos, ¡qué encantadora!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

Dª Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore.... aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible....¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO II.

## EL DUENDE DE PALACIO.

### I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.

ALEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á Dª María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

Dª Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore.... aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible....¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO II.

## EL DUENDE DE PALACIO.

### I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.

ALEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á Dª María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salia de su cámara, desconfiaba de todo el mundo, y apenas la asistian Dª Eujenia y Dª Inés de Medina.

Valenzuela quedó repentinamente solo, el confesor de la reina era en la corte su único apoyo, y éste le faltaba.

Entonces sucedió lo que era natural en aquel aislamiento, y como Dª Eujenia se separaba tan pocas veces del lado de la reina, D. Fernando se entregó completamente á los amores de Dª Inés.

La jóven procuraba encontrarle, las citas eran ya tan fáciles como frecuentes, y la hija del marqués de Rio-florido no esperaba sino una oportunidad para pedir á Dª María Ana el empleo en México ó Filipinas de que habia hablado á Valenzuela.

La ocasion no tardó en presentarse.

Una mañana la reina habia quedado sola con Dª Inés; Dª María Ana estaba de mejor humor que otras veces y dirijió la palabra á la dama.

—Dúeleme—la dijo—esa vida tan triste que pasais á mi lado las dos.

—Señora—contestó Inés—al lado de V. M. no es posible sentir la tristeza, sino el placer de acompañar á V. M.

—¡Oh! no pretendas engañarme, ¿qué puede lisonjear á un corazon jóven una vida de soledad y retraimiento?

—Lisonjea la honra de estar al lado de V. M. y juro á V. M. que me encuentro feliz en esa vida.

—Yo te lo agradezco: tu lealtad te hace hablar así; yo conozco cuán pesada debe ser para tí esta vida siendo como eres jóven, noble y hermosa, y por eso mayor es mi cariño: dime, tú nunca me has pedido nada ¿no deseas nada?

—¡Señora!

—Dime, ¿algo deseas? ¿para tí, para tus parientes?



—Si yo me atreviera, pediria un favor á V. M.

—Pues atrévete, te lo permito; ¿de quién se trata?

—Del marido de una amiga mia.

—¿Y qué deseas para él?

—Un empleo en México ó en el Perú ó en Filipinas.

—¿Pero empleo en qué categoría? ¿es noble? ¿tiene colocacion en la corte?

—No, señora, no tiene ahora empleo, es noble.

—¿Y quién es él? sepamos.

—Fernando de Valenzuela—dijo Dª Inés poniéndose encendida.

Pero la reina no lo advirtió, porque tambien ella se habia ruborizado.

—¡Cómo!—esclamó—¿Valenzuela? ¿acaso quiere irse? ¿llevarse á Eujenia?

—Señora, no tiene empleo en la corte: como amigo del Reverendísimo padre Nitardo teme á los partidarios del príncipe, y creo que dejaria á Eujenia si así lo deseara V. M.

—Pero Eujenia nada me ha dicho.

—Señora, nada sabe de esto, que á mí me lo ha confiado Valenzuela.

La reina lanzó á Dª Inés una mirada de desconfianza; adivinó con la penetracion de una mujer una historia en lo que la decia Dª Inés.

—Bien, puedes contestar á Valenzuela que no tiene por qué temer á los partidarios del conde.

—¿Y el empleo?

—Yo te diré cuando he de hablar de eso; entre tanto á nadie, ni á él mismo, ni á mí digas una palabra; ¿entiendes?

—Sí, señora.

La reina entró en una profunda meditacion, y Dª Inés,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en silencio, comenzó á reflexionar qué habria motivado el cambio repentino de S. M.

Dª Eujenia entró á poco, y Dª Inés quizo aprovechar la ocasion de hablar con Valenzuela.

Cuando la reina se vió sola con D. Eujenia, la dijo:

—Triste es el aislamiento en que me miro; no tengo confianza mas que en tí; los ministros y los consejeros me inspiran terror; creo que todos me engañan; no sé ni lo que en la corte pasa; no sé á quién confiar mis órdenes y mis secretos; no encuentro á quién consultar un solo negocio; estoy sola, sola en el mundo, sola siendo la reina.

—V. M. no tiene en mí toda la lealtad y todo el amor reunidos de todos sus vasallos?—contestó Dª Eujenia.

—¿Qué puedes tú, pobre jóven? hay cosas que las mujeres somos débiles para cumplir: ¿podrás decirme tú lo que pasa en la corte? ¿entre la nobleza?

—¡Sí, señora!

—Sí, ¿y cómo, hija mia?

—Fácilmente; yo haré que mi marido me lo refiera.

—¿Tu marido?—dijo—tienes confianza completa en su lealtad y en su intelijencia?

—Ah! sí, señora: si V. M. le conociese, la tendria tambien; es un jóven con un corazon tan noble como el de un príncipe, con un talento clarísimo, al decir del padre Nitardo; valiente, y que ama á V. M. como yo puedo amarla.

—¿Me ama?—dijo la reina con la voz un poco alterada.

—Oh! sí, señora! con qué entusiasmo me ha dicho mil veces, que seria feliz en dar la vida por V. M.

—¿Esto te ha dicho?

—Sí, señora, y cada momento.

—Quiero conocerle, tráemele.



—Ahora mismo, si me lo permite V. M.

—No, ahora mismo no, porque le verian entrar y desconfiarian de él; es preciso que sea á una hora en que nadie os vea, en que nadie sepa que venís á verme.

—En tal caso, si V. M. quiere, esta noche.

—Sí, es mejor esta noche, cuando esté todo en silencio, por el pasillo secreto.

—Está bien, señora.

—Procura que él nada sepa hasta el momento en que me vea.

—¿Desconfia V. M. de su discrecion?

—No, pero es mejor que se haga todo como yo te digo.

Dª Inés volvió entonces á aparecer y la reina calló.

Dª Inés habia tenido ya una conversacion con Valenzuela.

D. Fernando oyó la relacion que le hizo la jóven de su conferencia con la reina.

Cuando terminó aquella relacion, Valenzuela preguntó á Dª Ines:

—¿Y vos qué pensais de tan repentino cambio de S. M?

—Témome que alguien haya dicho algo mal á S. M. contra vos.

—En todo caso, mi posicion es malísima en este momento en la corte.

—Quizá no tanto como creemos, pero siempre es preciso estar prevenidos para cualquiera evento.

—¿Y qué medios hay para ello?

—Mirad, yo observaré, y si algo llego á descubrir, y si llego á comprender la causa del disgusto de Su Majestad, os lo diré al punto; fiad en mí; sabeis que os amo, que me sacrificaria yo contenta por vuestra felicidad, y que todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi anhelo es vivir á vuestro lado; nada temais, fiad en mí y amadme como yo os amo.

—Ya sabeis Dª Inés que os adoro.

—Ese pensamiento me anima, yo velaré por vuestra suerte; adios.

—¿Os vais?

—Vuelvo á la cámara de S. M.; quizá estrañe mi ausencia.

---

Los salones de palacio habian ya quedado desiertos, los patios estaban sombríos y no se escuchaba mas que el lejano alerta de los centinelas.

Era ya la media noche.

En uno de los aposentos de palacio D. Fernando de Valenzuela y su esposa conversaban sentados al lado de una mesa.

Dª Eujenia estaba serena, pero alegre; pensaba en que la fortuna parecia decidirse en favor de Valenzuela, y que aquel llamamiento de la reina era el principio de su valimiento.

D. Fernando, por el contrario, se creia al borde de un abismo. La conversacion que habia tenido con Dª Inés, le preocupaba; mil sombrías ideas se agrupaban en su cerebro; pensaba en la persecucion, en el destierro, en la pobreza.

Sonaron las doce.

—La media noche—dijo Valenzuela—quiero que me espliques tu empeño en que permanezca yo en vela.

—Vas á saberlo en este momento, Valenzuela; sígueme.

—¿A dónde vamos?

—Te suplico que no me preguntes, porque no podria contestarte.



—¿Pero á dónde me llevas?

—Es órden de S. M.; sígueme.

D. Fernando se sintió turbado, la conversacion que habia tenido con Dª Inés; la conducta misteriosa de Dª Eujenia, todo le hacia presentir alguna desgracia.

Pero Valenzuela hubiera preferido morir antes que dar una lijera muestra de cobardía; tomó un sombrero y una capa y siguió á Dª Eujenia.

El silencio que reinaba en palacio no se interrumpia, sino por el eco de las pisadas del jóven.

Dª Eujenia parecia deslizarse como una sombra.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

Refiérese lo que pasó en la cámara de Su Majestad á D. Fernando de Valenzuela, y cómo este tuvo miedo de comprender lo que nadie le dijo.

DOÑA Eujenia caminaba delante abriendo y volviendo á cerrar las puertas.

Valenzuela no conocia el camino: además, en algunas partes la oscuridad era perfecta, y él se perdia en un sinnúmero de conjeturas.

De repente Dª Inés se detuvo.

—Aguárdame aquí, D. Fernando; no te muevas—le dijo —y sobre todo, procura estar en el mayor silencio.

Valenzuela obedeció instintivamente y sintió que Dª Eujenia se alejaba.

—Indudablemente—pensó—esto quiere decir que algo se trama contra mí, y que mi Eujenia lo ha sabido y procura salvarme, porque no parece sino que me está facilitando la fuga.... pero siquiera que me dijese algo.

Dª Eujenia tardó poco en volver, y acercándose á D. Fernando y tomándole de la mano, le dijo:

—Ven, aquí hay una persona que desea hablarte.



Se abrió la puerta y penetraron en un aposento iluminado.

Valenzuela avanzó algunos pasos y cayó de rodillas.

Estaba delante de la reina.

Dª María Ana de Austria vestia para aquella conferencia un trage que sin dejar de ser rico, indicaba mas bien la coquetería de una mujer que trata de seducir á un amante, que la grandeza de una reina que pretende imponer y deslumbrar á uno de sus vasallos.

Si Dª Eujenia no hubiera estado tan preocupada, si su corazon inocente no hubiera estado tan escento de malicia, habria advertido que Dª María Ana de Austria se humanizaba mucho para recibir á D. Fernando de Valenzuela.

Dª Inés de Medina habria leido un poema entero en el trage no mas, que la reina se habia puesto aquella noche.

Casi desaparecia la magestad y quedaba solo la mujer.

D. Fernando vestia una media-armadura; tenia sus largos y negros cabellos atados con una cinta ó liston azul, y podia decirse que en aquella noche tenia el aspecto mas bizarro de la corte.

La reina lo miró postrado, y durante algun tiempo ni le habló ni le ordenó que se levantara.

Aquella mujer, acostumbrada á ver de rodillas delante de su trono á los hombres mas poderosos de Europa, parecia como que se lisonjeaba de ver en aquella actitud al oscuro hidalgo de Ronda, al ignorado poeta, al huérfano del padre Nitardo.

—Levántate, Valenzuela—dijo por fin Dª María Ana de Austria—levántate y acércate, que quiero hablarte.

D. Fernando se levantó y se acercó á la reina.

Dª María Ana de Austria estaba hermosa en aquella no-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

che; sus pálidas mejillas se habian coloreado; brillaban sus ojos, y su boca dejaba adivinar una sonrisa de benevolencia.

—Estoy dispuesto á servir á V. M.—dijo Valenzuela con voz conmovida.

—Valenzuela, creo que puedo contar con tu lealtad, y por eso te he hecho venir.

—Señora, no tiene V. M. mas que decir una sola palabra y sacrificaré gustoso mi vida.

—Te creo, Valenzuela, y por eso quiero confiar en tí: aunque soy la reina, estoy sola, aislada, me rodean hombres de cuya lealtad no estoy segura: por todas partes asechanzas, intrigas, ambiciones; ni un corazon limpio, ni una palabra verdadera; soy la reina, y mi poder se desvanece al atravesar los umbrales de esta cámara.

—Señora—esclamó Valenzuela olvidando que conforme al ceremonial no le era lícito hablar sin ser interrogado—soy un hombre oscuro, sin talento, casi sin amigos; pero me siento fuerte, vigoroso, grande si se trata de servir á V. M.: me parece, señora, que mi corazon crece, que mi brazo se pone mas robusto, que mi intelijencia se purifica y se aclara cuando considero que mi brazo tiene que combatir por V. M., que mi corazon tiene que alentar en su servicio, que mi cerebro va á pensar por V. M. No veo obstáculos, no comprendo peligros, no concibo ni imposibles si se trata de evitar á mi soberana un disgusto, una sola lágrima: señora, si mi existencia entera puede dar un solo instante de tranquilidad á V. M., mi existencia estoy pronto á sacrificar.

La reina escuchaba como arrobada aquel rasgo de entusiasmo caballeresco, en que D. Fernando arrastrado por su



imajinacion ardiente hablaba á la mujer bella: Valenzuela hablaba mas como hombre enamorado que como súbdito leal, y Dª María Ana de Austria oia todo aquello como una declaracion de amor, mas que como una protesta de lealtad.

—Por ahora—dijo con amabilidad—aún no es llegado el tiempo de obrar, sino de observar; esta debe ser nuestra táctica; procura saber lo que hacen, lo que traman y hasta lo que piensan, si te es posible averiguarlo, y avísame; no quiero convertirte en un espía; quiero, Valenzuela, saber por tí, que no me has de engañar, lo que pasa en la corte; y aquí yo y tú pensaremos el rumbo que debe darse á los negocios.

—Señora, tanta bondad....

—Tú mereces todo, Valenzuela, porque eres noble, leal, generoso, valiente: todas las noches por ese mismo camino que te ha mostrado Eujenia, y á la misma hora, ven á darme cuenta de tus trabajos del dia; pero cuida de que nadie penetre este secreto, que solo sabremos tres personas en el mundo: yo, Eujenia y tú.

—Antes me arrancaria, señora, la lengua, que dejar escapar una sala palabra de esto.

—Fio en tu lealtad y en el amor que me profesas, Valenzuela.

Dª María Ana de Austria, al pronunciar esta frase tan comun en boca de todos los reyes, sintió palpitar su corazon y encenderse su rostro.

Era que aquella frase, dirijida á D. Fernando, salida, por decirlo así, de su corazon, significaba otra cosa que cuando se dirijia á cualquier vasallo.

—¡Señora!—esclamó Valenzuela con los ojos chispean-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes de entusiasmo; la vida, la salvacion de mi alma por mi reina.

Dª María Ana de Austria se sonrió melancólicamente, y clavó sus ojos en los de Valenzuela, que la miraba con pasion.

No la reina y el vasallo, sino el hombre y la mujer se habian comprendido, y aquella conversacion habia esplicado lo que no habian dicho las palabras.

Valenzuela sintió entonces un poco de miedo; conoció que Dª María Ana de Austria podia ser para él otra cosa mas que su reina; conoció que él debia apasionarse locamente de ella, y tanta felicidad y fortuna tan inesperada, le hicieron temblar.

El, amado por una reina tan bella, tan poderosa; él, un hombre tan desconocido y sin valimiento.

Nada le habia dicho Dª María Ana de Austria que le diese derecho á interpretar aquello, pero él lo sentia en su alma, en su sér.

Aquellas miradas, aquellos repentinos momentos de silencio, todo, todo lo traducia Valenzuela, y todo era esperanza y amor.

Y sin embargo, sintió así algo como el frio del miedo.

El que se haya encontrado repentinamente con una felicidad inesperada, y que haya sentido tambien un gran miedo en alguna ocasion, comprenderá cuánto hay de semejante entre estas dos sensaciones.

Y es que los nervios tienen pocos medios para interpretar esa infinidad de afectos que hacen estremecer al alma.

Cuando terminó aquella breve conferencia, y la reina tendió á Valenzuela la mano para que la besara, la reina sintió que la mano del jóven temblaba.



D. Fernando advirtió que la real mano se estremecia.

Aquella noche nacia un amor, se formaba un vínculo que debia influir mucho sobre los destinos de la España.

Dª Eujenia habia presenciado aquella entrevista sin advertir nada de estraño.

Aquel corazon amoroso, pero inocente; aquella alma formada para la virtud, pero no para comprender las tormentas de la vida, no podia suponer en el mundo almas ó corazones que no fueran semejantes al suyo.

Valenzuela, siguiendo á Dª Eujenia, salió de la cámara de la reina como un loco: su cerebro ardia y se creia el juguete de un sueño.

Al llegar á su aposento creyó que tenia fiebre, y no pensó siquiera en dormir.

Dª María Ana de Austria veló toda la noche: aquella mujer á quien envidiaban de seguro todas las mujeres de sus estensos dominios, amaba por la primera vez en su vida.

Amaba por la primera vez, y tenia que ocultar aquel amor á los ojos de todos, aún á los de su misma conciencia.

En aquel momento Dª María Ana de Austria comenzó á comprender la felicidad: aún luchaba contra aquel amor, y ya se sentia feliz con él.

Habia vivido siempre sola con su corazon y sus ilusiones; no habia sido nunca mas que esposa de un rey, primero, y reina despues: nunca mujer.

En aquella noche comenzaba á serlo.

Quizá en aquella hora bendijo la desobediencia del príncipe que habia alejado de la corte al padre Nitardo.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III.

De como andaban espantados en la corte de Dª María Ana de Austria, todos los nobles por un duende que servia á la reina.

POCAS cosas acontecian en palacio y fuera de él que no llegasen al conocimiento de la reina. Las conversaciones de los consejeros y ministros, los lances de honor y amorosos, los escándalos mas ó menos graves que ocurrian en la ciudad, todo, todo lo sabia Dª María Ana de Austria; pero con tal prontitud, con detalles tan ciertos y tan minuciosos como si ella misma lo hubiera presenciado.

Y lo mas estraño de aquellas noticias, era que ninguna persona de cuantas rodeaban á la reina alcanzaba á conocer el misterioso conducto por donde las recibia, y todas aquellas personas eran á su turno sorprendidas por revelaciones que les hacia la reina de sus acciones mas insignificantes y m s ocultas.

Durante los primeros dias los cortesanos comenzaron por culparse unos á los otros y por desconfiarse mútuamente.

Despues, casi todos de acuerdo se propusieron establecer la mayor vijilancia para descubrir al portador de aquellas noticias, en cuya empresa tomó parte Dª Inés, y casi todas las otras damas de la reina.



Y por último, convencidos de que no podian descubrir nada, se lanzaron á las teorías de lo maravilloso, y declararon que la reina tenia un *duende, un familiar*, como se llamaban ciertas clases de espíritus, que segun las creencias de aquellos tiempos, (y aun de estos) acampañan siempre á ciertas personas.

Aquel rumor tomó, por decirlo así, cuerpo, y se convirtió en una verdad fuera de toda duda, y no se hablaba ya mas que del duende de palacio, y aquel duende se convirtió en una especie de policía secreta y misteriosa, mas terrible aún que la del Santo Oficio.

Apenas habia ya quien se atreviera á decir una sola palabra de la reina; cada conversacion les parecia que iba á repetirse con una fidelidad desesperante á la cámara misma de S. M., y los partidarios de D. Juan de Austria llegaron á tener miedo aún de sus mismos pensamientos.

Decididamente Dª María Ana de Austria habia encontrado un apoyo prodijioso en aquel fantástico y misterioso duende que la servia.

La corte se llenó de consejas y de leyendas.

Ya se referia de una dama que en medio de una tertulia habia lanzado un grito y habia caido sin sentido repentinamente, porque habia visto sentado en su regazo al duende.

Ya un caballero, en las altas horas de la noche al atravesar una calle, habia visto cruzar á su lado un jinete sobre un potro que no ponia los piés sobre la tierra; al espíritu familiar de la reina, que desaparecia con la rapidez de un torbellino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya era un viejo soldado, encanecido en los campos de batalla, y de quien se contaban mil proezas de valor, á quien habian encontrado al irlo á relevar en su puesto de centinela, privado, sin sentido; y por toda esplicacion de aquel accidente, referia que el duende con sus ojos brillantes como dos estrellas le habia mirado y se le habia encaramado por la alabarda, como un mono que trepa en una palmera, y todos disculpaban el pánico del veterano, porque aquella prueba de valor ni el Cid la hubiera soportado.

Todos convenian en las señas individuales del duende.

Era un hombrecito que apenas de la planta á la coronilla media unas cuantas pulgadas castellanas; su cabello era azul como el cielo, sus ojos eran luz de color indefinible; blanco y sonrosado como una hermosa doncella; vestia á la moda de aquellos tiempos, pero con estraordinaria elegancia.

Era, segun todos, una criatura preciosa, pero que el verla infundia pavor.

Nadie por supuesto le atribuyó cola ni cuernos, ni mucho menos hedor de azufre, aunque habia sus dudas sobre si todo esto lo tendria oculto.

Lo notable era que todas esas consejas se referian á terceras personas, y ninguno decia que el lance le hubiera pasado, y los mas audaces referian que tenian amistad con la víctima.

Los que mas avanzaban en el conocimiento del duende, lo habian sentido cruzar á su lado, habian oido su sardónica risa al atravesar solos y de noche un corredor ó un salon de palacio; y nada mas.

Cada uno esplicaba la existencia de los duendes á su modo, pero de estas esplicaciones la que alcanzaba mas popularidad era la que contaba á los duendes en el número de los ángeles rebeldes que cayeron del cielo con Luzbel, pero que no siendo de los mas culpables, purgaban su delito en la tierra, como espatriados *de la gloria*, pero sin colocacion en el infierno y con esperanzas de indulto.



Esto que ahora causara risa, era sin embargo, grave y séria cuestion que preocupaba los cerebros mas bien organizados en aquellos tiempos.

El mundo, ó mejor dicho, los hombres, se han materializado mucho, y mas se desvelan hoy para inventar un medio de disminuir el combustible que consume la máquina de un buque de vapor, que para averiguar si hay ó no duendes sobre la tierra.

Dejan esta cuestion para resolverla con conocimiento de causa, para cuando estén realmente imposibilitados de ocuparse de las cosas del mundo visible, es decir, para despues de la muerte.

Bien visto es un sesgo prudente, y con un plazo que, por desgracia de unos y fortuna de otros, no deja de ser bien corto y muy seguro en su vencimiento.

Pero como ciertamente no pensaban así en la corte de Dª María Ana de Austria, la cosa ocupaba mucho los ánimos.

El marqués de Rio-florido, entre otros, quizá porque tenia mucho que ocultar, tomó el negocio con tanto calor como lo que verdaderamente era, esto es, como negocio de Estado. Aquel duende habia venido á introducir un cambio en la política.

Pocas personas estaban como el marqués en disposicion de averiguar lo que pasaba en la cámara de S. M.

Dª Inés seguia al lado de la reina y gozando de mucho valimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La reina habia cambiado notablemente de carácter; era mas espansiva, gustaba ya mas de las conversaciones de sus damas; el ceño adusto de su semblante habia casi desaparecido, y se advertia que á la acostumbrada severidad de sus trages de luto y de sus tocas de viuda, sustituia una especie de cuidado y de elegancia, que en nuestros tiempos se podria calificar de coquetería.

La reina volvia á ser mujer, y la mujer volvia á ser jóven.

Las damas estaban encantadas por esta feliz variacion.

Así pasaban los dias, y al influjo benéfico de aquel duende, las conspiraciones cesaban, y la paz comenzaba á reinar entre aquella revuelta nobleza.

Dª Inés de Medina notaba que el amor de Valenzuela disminuia mas y mas cada dia, por mas que se empeñaba ella en conservarlo y en encenderlo.

D. Fernando estaba pensativo, distraido, gustaba ya poco de las diversiones y apenas salia de palacio, en donde le visitaban algunos amigos y entre ellos D. Antonio de Benavides, que habia continuado al servicio de la reina.

En vano procuró Dª Inés sondear la causa de aquella conducta de Valenzuela.

Algunas veces pensó que D. Fernando amaba á otra y sintió celos; pero esos celos se disipaban inmediatamente, porque no tenian fundamento alguno.

En efecto, ¿de quién podia encelarse Dª Inés? D. Fernando no trataba á ninguna mujer que pudiera inspirarle amor.

Podia decirse que sus relaciones todas se reducian á Dª Inés, y ésta sabia perfectamente que D. Fernando jamás salia en las noches de palacio.



Este era otro motivo, además del duende, que traia inquieta á Dª Inés de Medina.

Alguna vez creyó encontrar cierta relacion, por el tiempo en que ambas cosas habia notado, entre las visitas del duende y la tristeza de Valenzuela, y así se lo dijo á éste, no pudiendo ya contenerse.

—Valenzuela—le dijo—¿por qué noto esa variacion tan grande en tu carácter? tú, tan alegre, tan jovial, tan apasionado conmigo; ahora te miro melancólico, taciturno; huyes de mí, cuando antes me buscabas; mis palabras de amor te cansan, cuando antes formaban tu delicia. Valenzuela, dime la verdad, ¿ya no me amas?

—Inés, tú te engañas; te amo como siempre; como siempre, tu amor es mi felicidad; como siempre, gozo escuchando tu voz y recibiendo tus caricias.

—Oh! Valenzuela, yo no me engaño: aun cuando crea yo en tu amor, ¿puedo dudar de tu tristeza? ¿dejaré de pensar que algun motivo oculto causa en tí esa estraña y repentina melancolía?

—Quizá mi carácter haya cambiado, Inés, pero te aseguro que yo mismo no sé á qué atribuir este cambio; siento el deseo del silencio y del aislamiento; quizá, Inés, la leccion que he recibido con la caida de mi protector, el padre Nitardo, me ha hecho aborrecer al mundo.

—Puede ser, Valenzuela; pero escúchame, porque quiero decirte una cosa que me atormenta; esa tristeza que te oprime ha comenzado en tí desde que en palacio se habla del duende; dime, Valenzuela, ¿ese duende tiene alguna parte en tus secretos pesares? ¿te ha dicho, te ha descubierto algo que cause tu desazon y tu tristeza?

—¿Cómo, Inés? ¿posible será que tú tambien creas en esa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conseja? ¿tú creer en el duende? ¿tú? no, Inés, ni yo creo en él, ni tengo secretos pesares; si los tuviera, ¿á quién si no á tí los habria comunicado?

—¡Ay! tú te empeñas en engañarme, pero tan cierta estoy de que me ocultas un terrible secreto que te hace padecer, como de que hay un duende en palacio.

D. Fernando por toda contestacion lanzó una alegre carcajada, y procurando cambiar el tono y el jiro de la conversacion hizo una caricia á Dª Inés y comenzó á prodigarla galantes frases y protestas de amor.

---

## IV.

En donde el lector ve al duende, y escucha una de sus conversaciones con la reina Dª María Ana.

SONABAN las doce de la noche en el reloj de palacio, y casi al mismo tiempo se abria una de las puertas de la habitacion de D. Fernando de Valenzuela.

Dª Eujenia acompañaba á su marido hasta el umbral, D. Fernando salia, y Dª Eujenia se quedaba volviendo á cerrar aquella puerta.

D. Fernando tomó el mismo camino que le hemos visto llevar en la noche en que su esposa le presentó á la reina.

Pero esta vez D. Fernando se encaminaba por aquellos aposentos oscuros y por aquellos angostos pasillos con estraordinaria confianza; no vacilaba ni se detenia para nada.

A la misma hora, la reina, que estaba sola en su cámara leyendo, cerraba el libro y dirijia una mirada inquieta á uno de los ángulos de su cámara, esclamando:

—No tardará.

Casi en el mismo instante se oyó el ruido de una llave que entró en la cerradura, y en el ángulo á donde miraba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conseja? ¿tú creer en el duende? ¿tú? no, Inés, ni yo creo en él, ni tengo secretos pesares; si los tuviera, ¿á quién si no á tí los habria comunicado?

—¡Ay! tú te empeñas en engañarme, pero tan cierta estoy de que me ocultas un terrible secreto que te hace padecer, como de que hay un duende en palacio.

D. Fernando por toda contestacion lanzó una alegre carcajada, y procurando cambiar el tono y el jiro de la conversacion hizo una caricia á Dª Inés y comenzó á prodigarla galantes frases y protestas de amor.

---

## IV.

En donde el lector ve al duende, y escucha una de sus conversaciones con la reina Dª María Ana.

SONABAN las doce de la noche en el reloj de palacio, y casi al mismo tiempo se abria una de las puertas de la habitacion de D. Fernando de Valenzuela.

Dª Eujenia acompañaba á su marido hasta el umbral, D. Fernando salia, y Dª Eujenia se quedaba volviendo á cerrar aquella puerta.

D. Fernando tomó el mismo camino que le hemos visto llevar en la noche en que su esposa le presentó á la reina.

Pero esta vez D. Fernando se encaminaba por aquellos aposentos oscuros y por aquellos angostos pasillos con estraordinaria confianza; no vacilaba ni se detenia para nada.

A la misma hora, la reina, que estaba sola en su cámara leyendo, cerraba el libro y dirijia una mirada inquieta á uno de los ángulos de su cámara, esclamando:

—No tardará.

Casi en el mismo instante se oyó el ruido de una llave que entró en la cerradura, y en el ángulo á donde miraba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Ana de Austria se abrió una puertecilla que estaba oculta por el tapiz, y se presentó Valenzuela.

La reina se ajitó de placer, y D. Fernando entró precipitadamente; se arrojó de rodillas á sus piés, y tomando con sus manos la mano que le tendia la reina, la llevó con ardor á sus labios y la tuvo así por largo tiempo.

—Alzate, Valenzuela—le dijo Dª María Ana de Austria con una voz dulce y armoniosa—álzate y toma asiento aquí, á mi lado.

—Señora, permítame V. M. que la contemple, que la sirva así de rodillas, como se mira á un ánjel, como se habla con Dios.

—No, Valenzuela, no; para tí no quiero ser la reina, para tí no quiero ser la soberana, para tí, Valenzuela, no soy mas que María Ana de Austria, la mujer que piensa en tí, que te ama, que es feliz con tu amor.

—¡Señora! ¡señora!—esclamó Valenzuela casi postrándose para besar la orla del vestido de la reina—por piedad, tanta ventura me hace morir de felicidad.

—Valenzuela—contestó Dª María Ana levantándole con ternura, obligándole á sentarse á su lado y mirándole cariñosamente—¿por qué te empeñas en turbar mi dicha? ¿por qué te empeñas siempre en no ver en mí mas que á tu reina? quiero que me ames como amarias á cualquiera de mis damas, quiero que dejes á un lado ese respeto, ese ceremonial que es mi martirio cuando estoy á tu lado; quiero ser amada por tí, como son amadas todas las mujeres: Valenzuela, ¿acaso porque soy reina he de ser tan desgraciada que no consiga oir de tus labios esas frases que embriagan al alma; esas frases que oyen todas las mujeres y que no he oido yo nunca? Valenzuela, dime que me amas, pero no



como á reina: por Dios, hazme feliz, ¿me amas, Valenzuela? ¿me amas, amor mio?

—Te adoro, señora, te adoro—esclamó D. Fernando arrebatado por el ardiente entusiasmo de la reina—te adoro; tu amor es para mí la suprema felicidad; te amo, señora, no porque eres reina, no porque dos mundos te obedecen; te amo por tí, por tí sola, porque eres bella, como deben serlo los arcánjeles, porque tu voz es armoniosa como el trinar de las aves, porque tu corazon es tan puro como el aliento de la aurora; te amo, porque me has dado tu primer amor, porque me has consagrado los perfumes virjinales de tu corazon, porque siendo tan alta y tan poderosa, has fijado en mí tus ojos, señora; porque eres el sol cuya luz admiran todos, pero que solo alumbra por mí y para mí.

—Así, así quiero verte, Valenzuela; así quiero que me ames, así quiero que me hables, bien mio; qué dichosa me haces así con tu amor, mi dueño, mi encanto! óyeme, yo no he sido dichosa hasta hoy, porque yo no he amado nunca, porque yo nunca he sido amada; el rey era un hombre que por su edad podia haber sido mi padre; me casaron con él por razon de Estado; ¡ah! tu no comprendes lo que se siente en el corazon cuando se comprende que se entra al matrimonio así como por conservar una raza! yo quise á mi esposo como á un padre, pero jamas tuve por él una ilusion. Murió y quedé viuda, pero mi corazon era vírjen y yo tenia necesidad de amar, y ningun hombre de cuantos me rodean me inspiraba la menor ilusion; Eujenia me suplicó que asistiese á su matrimonio, condescencí de mala gana; llegué á la capilla; te ví, Valenzuela, y no sé lo que sentí; aquel momento decidió de mi porvenir, y cuando supe que tú eras el que iba á casarse con Eujenia; cuando os ví que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os dábais las manos, entonces sentí los celos, antes de haber gozado del amor; desde aquel dia tu imájen iba siempre conmigo á todas partes; procuraba furtivamente verte, oir tu voz, porque te amaba, Valenzuela, porque te amaba. En vano pedia á Dios que apartase de mí este pensamiento; en vano pretendí ahogar este amor que era para mí una locura; ni mis oraciones, ni mis esfuerzos, ni nada, nada bastó para apagar el fuego de mi corazon, y cada dia te amaba mas y mas, y esta pasion ahogó los gritos de mi conciencia y dominó mi virtud, y si Dios no la ha arrancado de mi seno, Valenzuela, es porque Dios no quiere que deje de amarte, es porque quiere que yo sea tuya, y lo seré.

—Aliento de mi alma, luz de mi espíritu; cuando yo te ví por la primera vez, tambien sentí que mi corazon se estremecia; pero ese pensamiento de amor que cruzó como un relámpago en la negra noche de mi desgracia, procuré ocultármelo á mí mismo; porque ese pensamiento solo era para mí la profanacion, el sacrilejio: ¿cómo osaria mi corazon alzarse, ánjel mio, hasta tu grandeza y hermosura? Pobre gusano, vil polvo que arrastra el soplo de la tormenta, ¿podia ambicionar no solo subir hasta tu altura, sino merecer siquiera una sola de tus brillantes miradas? Cuando pasaba, señora, cerca de tí ó á tu vista, mis ojos se nublaban, mi sangre se encendia, vacilaba mi cuerpo como queriendo caer; me sentia delante de tí avergonzado, temeroso, porque creia, amada mia, que ibas á leer en mi frente el pensamiento que calcinaba mi cerebro, que ibas á conocer que yo abrigaba la osadía de amarte, porque te amaba, señora: ah! si pudiera encontrar palabras para decirte lo que siente mi corazon! Amor de mis amores, dime que me amas, dímelo, porque tanta felicidad me parece mentira,



porque estoy creyendo que sueño, y esta idea es capaz de volverme loco.

—Te amo, Valenzuela, ¿aún lo dudas? estás á mi lado, mis brazos rodean tu cuello, mi aliento se confunde con el tuyo, mis labios reposan en tus labios y en tus ojos y en tu frente; tus miradas queman mi rostro, ¿y aún dudas que te ame? ¿y aun dudas que nuestra dicha sea una realidad? ¿y aún crees que sueñas, Valenzuela? Estréchame contra tu seno, siente el latir de mi corazon y dime, ¿crees que te amo? ¿crees que hay sobre la tierra quien ame como yo?

—No, señora mia; tú amas, como tú sola sabes amar.

—Yo no he oido dulzuras y ternezas, dueño mio, sino es de tu boca, y por eso no sé yo como amarán los demas hombres; pero el corazon me dice que nadie como tú es dulce y ardiente; nadie como tú sabe dar á su voz esa armonía de pasion y de encanto; nadie como tú tiene en sus ojos esa luz que fascina, en su aliento ese perfume que embriaga: yo quiero servirte aquí de rodillas, Valenzuela; estoy contenta, feliz con ser reina de los otros para ser tu sierva; orgullosa estoy con ser tu esclava; quiero consagrarme á tí, no mas que á tí; quiero reconcentrar mi alma y mi vida en tí: dime, Valenzuela, tú que andas en el mundo, tú que sabes mas que yo lo que es el amor, ¿todas las mujeres que tienen un amante, sienten esta suprema felicidad? ¿todas las almas enamoradas flotan en este piélago de inmensa ventura, que me hace á mí olvidarme de cuanto me rodea, que me hace sentir el paraíso en medio de la tierra? dime, ¿todas sienten lo mismo? ¿todas aman así? porque así no comprendo como hay tantas que se llaman desventuradas cuando hay tantas que tienen amor.

—No, María Ana mia.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Así, así quiero que me llames, "María Ana mia:" en tu boca ¡cuán dulce suenan estas palabras! ¡qué nuevas son para mí! Al oírtelas me siento lo que nunca he creido ser, jóven, hermosa, y sobre todo, amada.

—Amada, sí, amada como quizá ninguna lo será sobre la tierra; pero todo eso que sientes, toda esa felicidad que te embriaga, que se apodera de todo tu sér; todo eso te hace superior á las demas mujeres: María Ana mia, no todas las mujeres aman como amas tú: ese es el don de las almas privilejiadas como la tuya; esa dicha infinita solo se siente cuando se encuentran sobre la tierra dos almas como las nuestras, formada la una para la otra, y desde el primer momento se adivinan, se aman, se buscan y se confunden luego, la una en la otra, como en un éxtasis perpetuo, como en una pasion que solo puede inspirar el cielo.

Dª María Ana enlazó con sus brazos blancos y mórvidos el cuello de Valenzuela y contempló apasionadamente por largo rato y en silencio el rostro de su amante: aquello era ya una locura, una idolatría.

Las horas pasaron para aquellos corazones felices con la rapidez del relámpago.

—Amanece ya, amor mio—esclamó de repente Valenzuela.

—¿Tan pronto?—dijo Dª María Ana con tristeza.

—Pronto viene el sol, porque no puede brillar sin verte.

—Quizá cuando él sale empieza para mí la noche porque no te miro.

—Pronto volverá mi dicha, que si largo es el tiempo, amada de mi alma, que paso sin estar á tu lado, corto se me hace para pensar en tí.

—No me olvides un solo instante y no tardes en venir.



—A las doce en punto, amor mio.

D. Fernando se levantó, y la reina, llevándole abrazado, le condujo hasta la puerta.

—Adios, alma de mi alma—dijo Valenzuela.

—Todavía no; aún quiero acompañarte.

—¿Y si alguien te viera?

—Nadie hay que pueda verme, y si me ven, qué importa? estoy orgullosa con tu amor, y quisiera que todo el mundo supiera que me amas.

Así llegaron hasta la puerta de una estancia.

—Hasta aquí—dijo la reina—adios, mi amor.

—Adios, María Ana mia.

Se escuchó el ruido de un beso, y como si aquel ruido hubiera despertado un eco dormido, se sintió entre las sombras un estremecimiento que los amantes no sintieron.

La reina entró á su cámara y D. Fernando volvióse á su aposento. Dª Eujenia dormia ya profunda y tranquilamente.

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

De como hubo una dama que se encargara de referir á la corte quién era el duende, y de cómo la reina se encargó tambien de probar que esa dama tenia razon.

VALENZUELA cerraba apenas la puerta de su habitacion, cuando de uno de los salones por donde él habia atravesado, y que precisamente era aquel en que la reina se habia despedido, salió misteriosamente una sombra.

A la incierta y pálida claridad de la mañana que comenzaba á penetrar por algunas ventanas, se pudo descubrir que aquella sombra que con estremada precaucion tomó un camino distinto del que habia seguido Valenzuela, no era otra que Dª Inés de Medina.

La jóven, bien por el tinte pálido que la claridad de la aurora da á todas las fisonomías, ó bien porque hubiese esperimentado alguna emocion muy violenta, llevaba el semblante lívido y descompuesto, hablaba consigo misma, y de cuando en cuando se detenia y como por una crispatura nerviosa cerraba los puños.

—Imposible—esclamaba—imposible, no lo puedo creer.



pero si yo, yo misma los he visto.... ¡oh! ese beso que aún resuena en mis oidos.... ¿quién lo hubiera creido? él, que juraba amor.... él, á quien por desgracia amo.... no.... no le amo ya; le amé, le amé con toda mi alma; hoy le detesto, le aborrezco con todo mi corazon.... con razon estaba triste, preocupado.... me vengaré de él, que me engaña.... de ella, que me robó su amor.... sí, de ella, de ella, ¿qué me importa que sea la reina? me vengaré aunque tenga que vender mi alma al demonio..... está en mis manos, tengo su secreto, tengo su honra en mi poder, la haré pedazos, referiré á todos cuanto sé, cuanto he visto, y hoy mismo esa mujer orgullosa que se llama la reina, será la fábula de toda la corte.... ¡Ah! Valenzuela, tú no conoces cómo yo sé vengarme, porque tú ignoras la historia de D. José de Mallades.... tú, D. Fernando, eres mi perdicion, por tí he hecho morir á un hombre.... y sin embargo, aún me burlas.... te odio, y tú sufriras las consecuencias de tu falsía.

.....

.....

Eran las once de la mañana de aquel dia y en toda la corte no se hablaba sino de un escándalo que se habia descubierto en la madrugada.

Damas y caballeros, jóvenes y viejos, se comunicaban bajo mucha reserva los detalles que á su alcance habian llegado de aquel suceso.

—¿Sabe ya vuesa merced, señor marqués, la nueva que corre en la corte?—decia D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, al marqués de Valparaiso que se acercaba á un grupo de jóvenes caballeros que hablaban en una de las antecámaras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No á fé—contestó el de Valparaiso— y holgárame de saberlo por tan noble conducto como el de vuesa merced.

—Pues quizá valga el pediros las albricias, que se trata nada menos que de unos reales amores.

—¿Nuestro jóven soberano D. Cárlos II tiene ya amores en tan temprana edad, y cuando aún no empuña las riendas del gobierno?

—¿Y quién á dicho á vuesa merced que se trata de nuestro jóven soberano, que Dios guarde?

—Creí haber escuchado que de reales amores me hablaba vuesa merced.

—Reales en efecto he dicho, que reales amores son los de nuestra señora y reina Dª María Ana de Austria.

—Dios ponga tiento en los labios de vuesas mercedes, y les dé memoria para no olvidarse del duende....

Los jóvenes soltaron una alegre carcajada.

—¿De qué rien con tantas ganas vuesas mercedes?—preguntó como cortado de aquella hilaridad el marqués de Valparaiso.

—No lo tome vuesa merced á lo sério—dijo otro de los jóvenes—D. Antonio de Toledo le referirá el lance, y aseguro á vuesa merced que reirá del duende como nosotros.

—Veamos, veamos—dijo el marqués.

—Es el caso—dijo el de Toledo—que segun lo averiguado anoche, ó mejor dicho, hoy á la madrugada, no hay tal duende, porque el duende es un hombre como vuesa merced y como yo, que vive y anda entre nosotros, y juzgando piadosamente no es ni ánjel caido ni cosa que se le parezca, sino un cristiano viejo, y español de nacimiento.

—¿Y quién es él?

—Aquí está lo curioso del lance, que me han referido en



secreto, y que yo cuento á vuesas mercedes por la gran confianza que me merecen: el duende es.... pero señores.... secreto.... es el amante de S. M.

—¡El amante de S. M!—esclamó el de Valparaiso—¿Y quién es el amante de S. M?

—El duende—contestó con burlesca solemnidad D. Antonio de Toledo.

—¿Y el duende es?

—El amante de S. M., porque el amante y el duende son una misma y sola persona.

—Pero vamos, esplíquenos vuestra merced mas, si mas sabe como yo lo creo: el nombre, el nombre de ese mortal felicísimo, porque la reina nuestra señora, es además de reina, y perdóneme mi falta de respeto, la mas hermosa y linda dama de toda la estensa monarquía española.

—Amen—dijo el de Toledo—soy de la misma opinion que vuesa merced, por mas que la envidia saque los cuernos en todos nuestros razonamientos, que si á deciros voy la verdad, holgárame de hallarme en el lugar del feliz duende, ó cuando menos de encontrarme una mujer como la reina aunque no pisara las gradas del trono.

—Ciertamente; ¿pero cuál es el hecho?

—Escuchadme, que voy á decíroslo en secreto.

Todas aquellas cabezas se acercaron y el grupo se unió completamente, y en el mayor silencio todos se dispusieron á escuchar.

—Es el caso—dijo D. Antonio de Toledo—que una de las damas de palacio, que estaba despierta y levantada á deshoras de la noche, quizá pensando en alguno de vosotros, ó en otro, que eso no importa, creyó oir ruido en uno de los pasillos que conducen á la cámara de S. M.: la curiosidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es el valor de las mujeres, y á riesgo de encontrarse con el duende, la dama salió de su aposento y se puso en acecho. El ruido habia cesado, pero la curiosidad no estaba satisfecha, y un paso ahora y otro dentro de un minuto; avanzando, retrocediendo, deteniéndose, procurando no hacer ruido, temblando y conteniendo hasta la respiracion, nuestra heroina, siguiendo la direccion que creyó prudente, llegó hasta la puerta de la cámara de la reina....

—¿Y las puertas?

—Ahí está el prodijio; todas estaban abiertas; la dama se dutuvo, habia llegado hasta el sagrario, no pudo avanzar mas, no podia ver, pero podia oir, y escuchó.... supongo que no la culparán vuesas mercedes, porque habrian hecho lo mismo en su caso.

—En efecto.

—Podia ser aquello una asechanza contra S. M., y era preciso vijilarla, cuidarla.

—¡Muy bien hecho!

—En la real cámara se escuchaba murmullo de voces, diálogo animado; la dama acercó el oido.... precaucion no solo disculpable, sino digna de elojio, ¿es cierto?

—Cierto.

—La dama conoció la voz de S. M. pero la del jóven, (porque es un jóven) no pudo conocerla: se hablaba, señores.... de amor.....

—¿De amor?

—Sí, de amor: aquel era un nido de palomas. La dama, como era justo, se retiró por discrecion: esto la abona ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pasó un largo rato, y la dama no quiso alejarse de allí, porque sabiendo de lo que se trataba creyó de su deber no abandonar á su soberana dejándola espuesta á ser sorprendida en su real secreto por un imprudente: creo que obró con lealtad.



—Eso es, eso es muy leal.

—Por fin quiso escuhar para conocer si ya debia retirarse y no verse sorprendida allí, á lo que le hubiera dado S. M. una interpretacion muy desfavorable.

—Podia suceder.

—Escuchó, y ya se hablaba de la corte, y S. M. decia al jóven: "en esta noche se ha portado como siempre mi amado duende."

—Está claro, el duende....

—Era el amante mismo: la mañana avanzaba y el jóven se despidió de su augusta amada: nuestra heroina, para no ser vista se refugió en uno de los ángulos oscuros del aposento, y S. M. salió hasta la puerta á dejar á su amante, dándole por despedida el beso mas sonoro y amoroso que rejistra la historia.

—¡Cómo no fué á mí!—dijo uno de los jóvenes saboreándose.

—O á mí—contestó D. Antonio de Toledo—la dama oculta miró todo esto á la luz de las bujías de la estancia real, que salia por la puerta en donde estaban los amantes.

—Y por supuesto—interrumpió el de Valparaiso—esa dama, que á lo que decís es jóven, sentia antojos y tentaciones de muerte.

—Tal no me refirió, pero supongo cristianamente que así pasaria, que eso, de contado solo, se antoja, cuanto mas oido y visto; pero entonces la dama reconoció al galan á quien pudo ver muy á su sabor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y quién era él?

—D. Fernando de Valenzuela.

—¡Valenzuela! ¡Valenzuela! dijo uno.

—Un hidalguillo de Ronda—esclamó otro.

—Un hijo de las malvas—agregó el marqués.

—El mismo, señores, el mismo—dijo D. Antonio de Toledo.

—Me parece imposible.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Eso tiene que ser una fábula, una invencion, para burlarse de D. Fernando y volverle loco.

—Os aseguro que como os lo he dicho, lo oí contar á la dama que lo presenció.

—Estaria soñando.

D. Antonio iba á replicar, cuando llegó el viejo marqués de Castel-Rodrigo, caballerizo mayor.

El marqués de Castel-Rodrigo iba sumamente ajitado, y como todos los hombres á quienes preocupa una idea, se dirijió inmediatamente al grupo de jóvenes.

—¿Han visto vuesas mercedes mayor escándalo¿—les dijo sacudiendo con ira la cabeza.

—No señor—contestó el de Valparaiso—y de eso hablábamos.

—¿Pues quién dijo algo á vuesas mercedes?

—Por ahí: voces sueltas....pero no lo creemos.

—Pues es cierto: ¡caballerizo primero! ¡caballerizo primero!

—¿Pero quién, señor?—preguntó el de Valparaiso....

—¿Pues quién? él, él, D. Fernando de Valenzuela.

—El amante?....



—Yo no me mezcló en eso de amores, ni me importan—dijo el de Castel-Rodrigo—pero ese hombre no podia ser caballerizo primero porque no tiene título de nobleza.

—Diga eso vuesa merced á la reina nuestra señora.

—Ya se lo dije.

—¿Y qué contestó S. M.?

—¿Qué? que D. Fernando de Valenzuela es ya marqués de S. Bartolomé de los Pinales....¡esto es inaudito!

El marqués de Castel-Rodrigo se alejó furioso, y los jóvenes, como asombrados, se miraron entre sí.

—Tenia razon D. Antonio de Toledo—dijo el de Valparaiso—viento nuevo en la corte; cayó el jesuita, subió el poeta, "el rey ha muerto, viva el rey."

———



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

De cuán acertadamente dijo el que dijo que *cuando Dios dá, dá á manos llenas*.

Si la privanza de D. Fernando era ya un misterio, ni el amor de la reina un secreto.

En el sistema de gobierno despótico, que si es sistema, llamarse puede *de favoritos*, el cambio de uno de estos validos, equivale al cambio casi completo del gobierno.

Uno dijo, que tratándose de absolutismo era preferible el gobierno de una reina al de un rey, porque conforme á la regla general, en el gobierno de un rey los que gobiernan son las mujeres que los dominan, y en el gobierno de una reina el gobierno está en las manos de los hombres.

Si esta reflexion se hubiera hecho en otro tiempo, quizá no existiria la ley Sálica.

Dª María Ana de Austria se dejaba dirijir y gobernar completamente por D. Fernando de Valenzuela.

El miedo del duende habia desaparecido, pero en cambio Valenzuela habia heredado el nombre, y todos, en su ausencia por supuesto, le llamaban el duende, lo cual no impedia



que D. Fernando se viese rodeado de una inmensa turba de cortesanos que le adulaban; y los mismos que en la víspera no se hubieran dignado ni saludarle, á porfía le asediaban para obtener de él un apreton de mano, una palabra, una sonrisa siquiera.

D. Fernando era ya en la corte, no solo el favorito de la reina, sino verdaderamente el hombre á la moda.

Jóven, gallardo y apuesto hombre; de gran talento, poeta de agudo injenio, D. Fernando no tenia necesidad sino de un gran teatro donde lucir, y el amor de la reina le habia abierto las puertas de la corte, y Valenzuela encantaba á las damas con su bizarría y arrojo en una lid de toros, y las fascinaba con su conversacion ó con sus poesías.

Los hombres mas sensatos respetaban sus sentencias, y los mas bravos espadachines procuraban evitar con él un encuentro.

Tan brillantes cualidades, alumbradas por los reflejos del poder, tornaron á D. Fernando en muy poco tiempo en una especie de sér privilejiado que no podia contemplarse sino al través de la atmósfera de prestijio que le rodeaba.

Las damas envidiaban á la reina su galan, y solo Dª Inés de Medina devoraba en secreto sus rabiosos celos, y trabajaba incesante y sordamente para llevar adelante sus planes de venganza.

Apenas pasaba la impresion que habia causado en la corte el nombramiento de caballerizo primero que la reina concedió á D. Fernando, cuando el marqués de Castel-Rodrigo dejó de existir y Valenzuela fué promovido en su lugar á la vacante plaza de caballerizo mayor.

El dia en que Valenzuela recibió este nuevo nombramiento, le anunciaron que D. Antonio de Benavides desea-

ba hablarle. D. Fernando le hizo entrar, y Benavides se presentó casi con timidez.

—Grande fortuna es la mia—dijo Valenzuela—cuando puedo verte por mi casa.

—Temia, D. Fernando—contestó Benavides—que la altura á que has llegado te impidiese reconocerme.

—Mal me juzgas, Antonio, si tal piensas: tú eras mi único amigo en los dias en que era yo el hombre mas desvalido de la corte.

—Creia no serlo hoy que eres sin duda el mas poderoso.

—Burlando mi buena fé, Benavides, cuando te creí un sabio astrólogo, me auguraste que llegaria yo á ser grande, y ya casi lo soy: tu prediccion se ha cumplido.

—Espero que me hayas perdonado completamente aquella burla: llegaste á pedirme tu horóscopo: tú eras mi amigo, nada podia yo darte mas que ilusiones, ilusiones te dí, pues, y Dios ha querido convertirlas en realidad; yo, aunque te quiero, no te adulo, y puedes creerme: tú mereces tantos favores de la fortuna.

—Gracias, Benavides; el cariño te hace faltar á la justicia; ¿y qué piensas tú que me guardará el porvenir?

—¡Te burlas, Valenzuela! ¿qué puedo yo decirte del porvenir? tentado estoy á creer que aún recuerdas al astrólogo.

—Confesarte quiero la verdad, Benavides, aún lo recuerdo: dos predicciones escuché de tu boca; quizá las dos las pronunciaste sin conciencia de lo que decias, pero ambas se han cumplido.

—Tú has hecho fortuna en la corte....

—Y D. José de Mallades murió en el garrote.

—Es verdad—contestó melancólicamente Benavides.

—¿Y la desgraciada Laura?



—Hoy puedo ya confiarte este secreto, por si tú puedes alcanzar algo de la reina en su favor; Dª Laura ha sido aprehendida por mí, de órden del padre Nitardo, nuestro protector, y remitida á México con encargo al virey de ponerla reclusa en un convento.

—¿Pero por qué causa?

—La ignoro completamente.

—¡Pobre Laura! yo la salvaré.

—Bien lo merece, es muy desgraciada.

—¿Y tú, Benavides, no quisieras algo para tí? no te he ofrecido que si el viento soplaba mi bajel en la corte, tú serias por lo menos piloto? ¿deseas algo?

—Sí.

—Pues habla, dime.

—Una sola cosa, que bien poco te costará concedérmela.

—Te juro que lo haré.

—Pues bien, tu amistad, y nada mas tu amistad, como siempre.

D. Fernando, con los ojos nublados por el llanto, tendió los brazos: Benavides se arrojó en ellos conmovido.

Valenzuela se sintió feliz al encontrar en medio de la corte aquel corazon tan noble y tan desinteresado.

—Bueno—dijo Benavides—¡qué demonio! ya sabes cómo soy yo con las personas que me quieren; tú lo has visto, les sirvo hasta de astrólogo: por S. M. y por tí la vida: mira, yo soy discreto y silencioso como un sepulcro....y no mas.

—Te comprendo—contestó Valenzuela.

Y porque no podia ya contenerse, Benavides salió precipitadamente de la estancia.

Los que lo vieron salir tan emocionado dijeron:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ese ha llevado ya un desengaño cruel con el duende.

Benavides decia en su interior:

—Será porque quiero de corazon á D. Fernando, y porque aún no olvido la suerte del padre Nitardo, pero me parece que esto vá á tener un fin desastroso, ¡Dios no lo permita, porque tiene un corazon de ánjel!

Valenzuela decia para sí:

—Me alegro de que Benavides no me haya dicho lo que presiente acerca de mi porvenir, porque tiemblo ya de sus predicciones, y sin embargo, quizá este es el único amigo verdadero que tengo en la corte.

---

---

Dª Inés de Medina no cesaba de conspirar, y era todo su empeño reanimar á los partidarios de D. Juan de Austria para volver á los tiempos borrascosos de la lucha entre *austriacos* y *nitardinos*.

La rápida fortuna de Valenzuela fascinó al principio á todos los nobles, en tales términos que nadie se atrevió á combatirle: mucho se esperaba de él, y mucho se le temia, y por otra parte, no era lo mismo provocar el enojo de un anciano que no tenia mas armas que su breviario, que habérselas con un jóven que sabia como el mejor, dar una estocada ó manejar la lanza y el corcel de batalla.

Pero aún el orgullo de la nobleza debia sufrir otro golpe.

D. Fernando de Valenzuela, marqués de S. Bartolomé de los Pinales y caballerizo mayor, fué declarado por la reina, grande de España de primera clase.

Dª Inés seguia alimentando un odio terrible.

Cuando una mujer se mira abandonada de su amante por una rival que vale menos, espera la venganza en la comparacion que la sociedad haga entre ella y su rival, espera el dia en que el amante desengañado confiese á su pesar, que perdió en el cambio: en fin, su misma superioridad le da el consuelo.



Pero cuando esa rival es una mujer superior, cuando ante ella la mujer abandonada tiene que bajar los ojos, entonces el sufrimiento es espantoso, porque no hay compensacion de ninguna especie, porque no solo hieren el corazon los celos y el desprecio, sino tambien la envidia, el amor propio ultrajado, el conocimiento de su propia impotencia, la desesperacion.

Dª Inés se veia despreciada por la reina; por una mujer que ademas de ser una gran belleza, estaba rodeada de esa aureola brillante del poder; por la reina, es decir, por la primera mujer de la monarquía, y una mujer de tan delicado tacto, que no bajaba hasta la humilde esfera de D. Fernando para entregársele así entre el misterio como una mujer vulgar, sino que lo elevaba, lo ennoblecia para ponerlo en situacion de que fuera su dueño.

Para hacer rodar á Valenzuela era preciso que cayera primero Dª Ana de Austria.

Dª Inés comprendia que este era el camino de su venganza; conspirar contra la reina, herirla á ella, y despues D. Fernando seria una víctima fácil de sacrificar.

Felizmente para los planes de Dª Inés de Medina, las circunstancias eran las mas á propósito.

Al niño rey Cárlos II acababa de ponérsele casa separada de la reina.

Cárlos era la terrible palanca para derrocar á la reina.

Dª Inés necesitaba apoderarse del corazon de Cárlos II.

D. Fernando de Valenzuela era el galan de la reina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por qué Dª Inés no podria dominar al rey hijo?

Poner en pugna á la rejenta con el rey menor de edad, era el gran problema.

Conseguir el cariño de Cárlos II era el medio.

Cárlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á Dª Inés? Ella sabria despertar en aquel jóven corazon ignoradas pasiones y desconocidos sentimientos.

Si él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era irrealizable, y Dª Inés estaba decidida á todo.

---

## VII.

Como Dª Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazon de un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

En el año de 1675 se le habia puesto ya su casa al rey. Valenzuela, como árbrito de todos los destinos, habia hecho los nombramientos á su gusto; procurando y creyendo con esto, atraerse amigos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayordomo mayor; el Almirante de Castilla, caballerizo mayor y el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian naturalmente poseer su confianza; meditó unirse Dª Inés para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores amigos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la casa de éste.

Dª Inés, que no tenia ya interés en permanecer en palacio, solicitó separarse del lado de S. M. pretestando una enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó para que le fuese concedido sin dificultad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por qué Dª Inés no podria dominar al rey hijo?

Poner en pugna á la rejenta con el rey menor de edad, era el gran problema.

Conseguir el cariño de Cárlos II era el medio.

Cárlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á Dª Inés? Ella sabria despertar en aquel jóven corazon ignoradas pasiones y desconocidos sentimientos.

Si él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era irrealizable, y Dª Inés estaba decidida á todo.

---

## VII.

Como Dª Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazon de un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

En el año de 1675 se le habia puesto ya su casa al rey. Valenzuela, como árbrito de todos los destinos, habia hecho los nombramientos á su gusto; procurando y creyendo con esto, atraerse amigos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayordomo mayor; el Almirante de Castilla, caballerizo mayor y el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian naturalmente poseer su confianza; meditó unirse Dª Inés para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores amigos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la casa de éste.

Dª Inés, que no tenia ya interés en permanecer en palacio, solicitó separarse del lado de S. M. pretestando una enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó para que le fuese concedido sin dificultad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Inés, en la casa de su padre, procuró una oportunidad para encontrarse á solas con el duque, y lo consiguió.

El duque no era un jóven, pero aún estaba en la fuerza de la edad; esto era tanto como estar todavía en estado de ser bloqueado y aún rendido por los dos lindos ojos de Dª Inés.

La jóven lo comprendia: ¿qué mujer no conoce al primer golpe de vista la combustibilidad de un hombre? ¿qué mujer no comprende en qué corazon es capaz de abrir una brecha?

Hay hombres de los cuales puede una mujer asegurar sin vacilacion que están libres solo por la misericordia ó por la indiferencia de ella, y la hija del marqués de Medina no era de las mas torpes en este conocimiento, ni el duque de Alburquerque le parecia á ella una plaza tan inespugnable, como Sagunto ó Numancia.

Aprovechó la primera oportunidad y comenzó las operaciones de la campaña: para llegar al niño necesitaba rendir al hombre: era preciso hacer del duque un aliado para tener en el jóven rey un instrumento.

—Contento debe estar vuesa merced—dijo al duque—al lado de S. M. el rey, que segun me dicen tiene un natural amable y bondadoso.

—Lo estoy en efecto—contestó el duque—que S. M., aún siendo como es un niño, en su temprana edad manifiesta tanta discrecion que envidiarle podria un anciano esperimentado; pero á propósito, si no temiera pasar por indiscreto, me atreveria á preguntar á vuesa merced, señora, ¿por qué motivo se ha separado del lado de la reina? decíanme que vuesa merced era una de las damas á quien mas distinguia.



—Así era en verdad, pero hay ocasiones en que no es posible hacer lo que se desea; de buen grado hubiera seguido al lado de S. M.

—¿Pues qué le ha impedido hacerlo á vuesa merced?

—Quizá sea hoy la primera vez que lo confiese, y eso merced á la gran confianza que me inspira la caballerosidad de vuesa merced y el cariño con que siempre me ha distinguido....—Dª Inés lanzó al duque una mirada tan dulce, que él tuvo necesidad de contenerse para no hacer una locura.

—En palacio—continuó Dª Inés—las cosas van muy mal; perdóneme vuesa merced esta confianza, pero la verdad es que ya D. Fernando de Valenzuela manda en el reino tan á su sabor como no lo hizo en sus tiempos el padre Nitardo, y S. M. le escucha y le atiende como ni escuchó ni atendió nunca á su confesor.

El duque, como todo hombre que habla con una mujer que le alucina, aprovechó la oportunidad para tratar de puntos amorosos.

—¿Y cree vuesa merced—dijo á Dª Inés—que sea cierto eso que el vulgo refiere acerca de los amores de Su Majestad?

—Para contestar necesito antes hacer á vuesa merced otra pregunta, ¿estuvo vuesa merced en la última lid de toros?

—Sí, ciertamente.

—Entonces no sé cómo me pregunta de los amores de S. M.

—¿Por qué?

—¿Recuerda vuesa merced lo que allí pasó el primer dia? Valenzuela se presentó en la arena con plumero blanco y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

negro, que por la viudedad, son los colores de la reina nuestra señora.

—En efecto.

—En el pecho llevaba atravesada una ancha banda, negra tambien, y en bordado de plata, una águila que miraba al sol; ¿y recordará vuesa merced el mote?

—No recuerdo.

—Este, que harto significativo es en verdad, en derredor del águila decia: *solo yo tengo licencia.*

—Soberbio mote.

—Y el mismo que tenia en los juegos de cañas en derredor de un Júpiter tonante.

—Esto tanto quiere decir.....

—Como que *él solo tiene licencia.*

—Pluguiese á Dios que yo pudiera decir lo mismo—dijo intencionalmente el duque.

—¿Por S. M?—preguntó maliciosamente Dª Inés.

—Si por jerarquía no es majestad, la dama en quien pensaba al decir eso, reina y señora es por su belleza y discreto injenio.

El duque queria aprovechar la oportunidad, porque Dª Inés le seducia, y Dª Inés estaba muy dispuesta á sucumbir porque necesitaba del duque, pero él no lo sabia y estaba tímido.

—¿Y quién es ese portento de belleza?—preguntó la jóven finjiendo inocencia....

—Es una tan modesta belleza que oye mis palabras y cree que se dirijen á otra, que se oye proclamar la reina de las hermosas y aún busca quién es la reina.

—¡Ay!—dijo Dª Inés—¿pero está aquí con nosotros alguna dama? y volvió el rostro como buscando si estaba allí otra mujer á quien pudiesen convenir las galanterías del duque.



—¿Lo ha visto vuesa merced, señora? ¿quién busca en este momento otra dama á quien aplicar el justo homenaje que se la tributa?

—Entonces yo!.....

—Sí, vos, señora: ¿qué tendria de estraño que yo tuviera honra y grandeza en servir á vuesa merced?

—De estraño nada, señor duque.... pero.... quizá no lo creeria yo tan fácilmente.

—Sí lo creeria vuesa merced, porque el amor no necesita pruebas, sino que al punto se adivina, se palpa si es cierto ó finjido.

—Al menos algo de constancia en el pretender.

—Eso no lo haria por cierto mejor, que el oro es oro, probado ó no.

—¿Pero y si no lo fuera?

—Os respondo de que lo es.

—¿Quién sabe? ¿Se sujetaria vuesa merced á la prueba?

—Es decir, señora, al tormento.

—Por ser como dice vuesa merced tan gran bien el que ha apetecido....

—Me sujeto, si al fin viene el premio.....

—Vencida la prueba, vendrá.....

Prolongóse así un poco la conversacion con esas frases triviales de los amantes que no entran aún de frente en materia, y el duque se retiró lleno de ilusiones y Dª Inés quedó llena de esperanzas.

Uno al otro creian haberse engañado, pero en aquella partida la dama debia triunfar; ella sabia el objeto que guiaba al duque, y él ignoraba el plan de su enemiga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde aquel dia las visitas del duque á la casa del marqués de Rio-florido fueron diarias; el marqués, siguiendo sus costumbres, se preocupaba muy poco de lo que hacia su hija, y ésta no perdia ocasion de hablar con el nuevo galan, avanzando cada vez mas y mas en la conquista de su voluntad.

Llegaron al fin á tratarse con la confianza del amor correspondido. Dª Inés, que nada sentia en su corazon, acechaba el momento de indicar al duque sus proyectos, segura ya de que nada esponia.

—Contaban en la corte—decia el duque á Dª Inés—que habias en un tiempo amado á Valenzuela.

—¿Yo?

—O al menos que él buscaba tus amores.

—Puede eso haber sido, pero no se gloriará de haberme visto blanda á sus requiebros.

—Eso mismo habia yo dicho, aunque se dice que hombre de gran fortuna es para con las damas Valenzuela, como lo podrá asegurar S. M.

—Y á propósito de S. M. y de Valenzuela, ¿será posible que al padre Nitardo haya sucedido este hombre, y que se burle así de toda la nobleza y del príncipe?

—¿Qué remedio queda? S. M. no prescindirá de este como de su confesor, que con éste la ligan otros vínculos mas tiernos y mas estrechos, y paréceme á mí que éste no se espantará del príncipe D. Juan aunque le mirara llegar con triple número de gente de la que trajo para derribar al otro.

—Triste suerte la nuestra, que de sufrir tenemos siempre en la corte el dominio de un hombre que no es el rey.

—Eso cesará tan pronto como S. M. el rey Cárlos empuñe por sí las riendas de la monarquía.



—¿Y eso estará lejos?

—Creo que sí, por desgracia.

—Y si alguien quisiera, podria acortar el plazo.

—¿Y quién será ese?

—¿Quién? el duque de Alburquerque.

—¿Yo, Dª Inés?

—Sí.

—¿Pero cómo?

—¿Quiénes rodean al jóven rey? tú, el almirante de Castilla y el duque de Medina-Cæli. Si todos tres, quisiérais, el rey se decidiria á gobernar por sí, y llamaria á su lado al príncipe D. Juan, y acabaria esa tutela en que á la España y á él tiene D. Fernando de Valenzuela: ¿el rey, aunque jóven, tiene intelijencia suficiente para hacerle comprender el mal y el remedio?

—Sí que la tiene.

—Pues bien, unios los tres; convencedle, y salvais la monarquía.

El duque se puso pensativo, y quedaron ambos en silencio.

—Tienes razon, Inés mia—dijo al fin el duque—tienes razon; tú has pensado mejor que nosotros; hablaré al duque y al almirante; creo que no tendrán inconveniente en ayudarme y conseguiremos del rey que se emancipe de esa tutela, que llame al príncipe: es un pensamiento feliz.

—Pues Dios te conceda, duque, la enerjía suficiente para llevarla á cabo.

—Pensando en que mi amor me la ha inspirado, no desmayaré

—Y entonces seré enteramente tuya, te lo prometo.

—¿Me lo juras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Te lo juro.

¿Y si sucumbo en la empresa? ¿y si el valido de la reina triunfa? ¿y si yo tengo que huir á ocultar mi desgracia y mi derrota?

—Entonces tambien seré tuya.

—¿Es decir que tú no exijes de mí, Inés, mas que el combate, la lucha, cualquiera que sea el éxito?

—Sí, con tal que luches con fé y con enerjía.

—Lo verás, porque voy á luchar, porque tú lo quieres y porque la causa es noble y justa.

El duque, verdaderamente entusiasmado, salió de la casa de Dª Inés, decidido á todo.

---

## VIII.

Como Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna.

RAPIDA ha marchado nuestra narracion, pero no por eso debe creerse que el valimiento de D. Fernando y sus amores pasaron pronto y duraron poco.

Los acontecimientos referidos se comprenden y se saben en un instante, aunque para verificarse hayan necesitado medio siglo.

Y es porque el espíritu del hombre fué hecho á semejanza de Dios: con un solo pensamiento lo abarca todo, menos el infinito: lo comprende todo, menos la eternidad; la eternidad y el infinito son las frutas vedadas al entendimiento en el paraíso del espíritu; están reservadas para la divinidad.

Algunos, como Adan, han pretendido tocar el árbol vedado: la serpiente del orgullo les ha seducido; han llegado á tocar los umbrales del misterio, y al volver el rostro escuchando la risa de los demás hombres, han comprendido que estaban locos, que habian perdido la razon, es decir, el Eden.

Pero en las cosas del mundo no sucede lo mismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Te lo juro.

¿Y si sucumbo en la empresa? ¿y si el valido de la reina triunfa? ¿y si yo tengo que huir á ocultar mi desgracia y mi derrota?

—Entonces tambien seré tuya.

—¿Es decir que tú no exijes de mí, Inés, mas que el combate, la lucha, cualquiera que sea el éxito?

—Sí, con tal que luches con fé y con enerjía.

—Lo verás, porque voy á luchar, porque tú lo quieres y porque la causa es noble y justa.

El duque, verdaderamente entusiasmado, salió de la casa de Dª Inés, decidido á todo.

---

## VIII.

Como Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna.

RAPIDA ha marchado nuestra narracion, pero no por eso debe creerse que el valimiento de D. Fernando y sus amores pasaron pronto y duraron poco.

Los acontecimientos referidos se comprenden y se saben en un instante, aunque para verificarse hayan necesitado medio siglo.

Y es porque el espíritu del hombre fué hecho á semejanza de Dios: con un solo pensamiento lo abarca todo, menos el infinito: lo comprende todo, menos la eternidad; la eternidad y el infinito son las frutas vedadas al entendimiento en el paraíso del espíritu; están reservadas para la divinidad.

Algunos, como Adan, han pretendido tocar el árbol vedado: la serpiente del orgullo les ha seducido; han llegado á tocar los umbrales del misterio, y al volver el rostro escuchando la risa de los demás hombres, han comprendido que estaban locos, que habian perdido la razon, es decir, el Eden.

Pero en las cosas del mundo no sucede lo mismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La historia de un siglo la puede conocer un hombre en una semana, la de un reinado en un dia, la de un hombre en una hora.

En el tiempo necesario para decirlo, el hombre ve cien años en esta palabra "siglo."

¿Y le alcanzaria toda su vida para verlos pasar realmente?

Es porque el alma, menos la eternidad, el infinito, todo lo vé pequeño.

El cuerpo todo lo siente grande, porque no tiene mas que sentidos, y los sentidos son en sus facultades muy limitados.

Así sin querer casi hemos encerrado en unas cuantas hojas, largos años de fortuna y de felicidad para el amante de Dª María Ana de Austria.

D. Fernando de Valenzuela habia llegado en valimiento á donde nunca llegó el padre Nitardo.

Pero Valenzuela procuraba hacerse amar, buscaba instintivamente apoyo, deseaba conseguir eso que hoy se llama popularidad.

Tan luego como sintió en sus manos el poder, secretamente dando fuertes cantidades de su caja particular construyó varios edificios, hizo reponer las fachadas del palacio, hizo abastecer abundantemente á Madrid para que todo estuviese barato.

Hacia representar comedias hechas por él, en las que el pueblo tenia entrada gratis.

Daba frecuentes corridas de toros para tener entretenida á la gente, y mandó fabricar el puente de Toledo sobre el Manzanares.

Los pobres tenian alimentos baratos, trabajo y diversiones, y el pueblo estaba contento con Valenzuela.



Pero el pueblo suponia muy poco: la nobleza era la que contaba con la influencia, y la nobleza no podia querer á Valenzuela.

Para la nobleza, aquel hidalgo era casi un plebeyo, y quizá le perdonaban su elevacion y sus riquezas y sus honores y el amor de la reina, á pesar de que cualquiera se soñaba mas merecedor de todo eso que él; pero lo que de seguro ninguno de ellos podia sufrir era su talento, la superioridad de su injenio.

No hay cosa que irrite mas á las medianías que el triunfo de la intelijencia, porque nunca se convencen de que les falta, y la envidia, que es el peor de los vicios, es el mas dilijente de los consejeros del mal.

Valenzuela, como hombre superior, vivia rodeado de enemigos.

Sin embargo, ocupado constantemente en sus trabajos, dedicando sus horas de descanso á las tiernas y amantes pláticas de la reina, y no pensando sino en un porvenir de felicidad, D. Fernando no presentia siquiera que la tempestad misma que habia hundido al padre Nitardo se estaba formando sobre su cabeza.

Una mañana muy temprano, D. Antonio de Benavides entró á ver á D. Fernando.

—Buenos dias—le dijo Valenzuela al verlo—qué temprano andas por aquí.

—Quizá sea tarde ya—contestó Benavides.

—¿Tarde? vamos, á tí te ha pasado algo; tienes el rostro demudado y tomas un aire tan trájico.

—Es que hay cosas que me indignan.

—¿Te he hecho yo algo por desgracia?

—Tú no, D. Fernando, porque eres incapaz de ofender

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á nadie deliberadamente, pero por eso mismo es mayor mi indignacion.

—Esplícate.

—Quisiera yo callar porque temo causarte un profundo disgusto.

—No temas, siempre es bueno oir la verdad, aunque amargue.

—Pues bien, mira este papel que he arrancado de uno de los muros de palacio.

D. Fernando tomó el papel y le leyó. Era un pasquin con grandes letras escrito y que decia entre otras cosas:

"Sermones que han de predicarse en esta cuaresma del año del Señor de 1677."

"*Feria* 4ª Predican Valenzuela y el vice-canciller: *memento homo quia pulvis es et in pulvere reverteris.*

*Dominica* 1ª Valenzuela al príncipe D. Juan: *Hæc omnia tivi dabo si adoraveris me.—Vade retro Satanas.*

*Feria* 6ª Valenzuela: *Homo quidam erat dives Induevatur purpura.*

*Dominica* 3ª La monarquía predica el mudo, y el señor D. Juan echando á Valenzuela."

D. Fernando se puso tambien pálido al ver aquel pasquin, que no contenia sino insultos para él y que no indicaba sino mala voluntad y amenazas completamente desembozadas.

—¿Lo ves, D. Fernando, lo ves?—esclamó Benavides rechinando los dientes y apretando los puños—son unos infames, unos ingratos.

—Sí—dijo melancólicamente Valenzuela—son unos ingratos, ¿yo qué les he hecho sino beneficios? es verdad que podrán decir que yo no merecia este lugar y esta fortuna,



bien! pero desde que Dios me trajo aquí, ¿he usado yo de este poder para perjudicar á alguien?

—Pero no te apenes....

—¿Que no me apene, Benavides? sabes tú lo que es sentir el dardo de la ingratitud? ah! la ingratitud es un crímen horrible que no solo hiere al alma, sino que la envenena; la ingratitud es el lazo que tiende el infierno á las almas nobles para perderlas; sí, Benavides, porque el corazon que ha hecho bien y sufre la ingratitud, está mas próximo á caer en el vicio por este dolor, que si con halagos y dulzuras le llamaran al mal; porque la ingratitud produce el despecho.

La primera nube habia pasado por el cielo de la fortuna de D. Fernando.

No creia él que todo el mundo le amaba, pero sí estaba seguro de no haber hecho mal á nadie, y esperaba que nadie le aborreciera.

Aquel pasquin le alumbraba un cuadro en que él no habia pensado.

Se consideró entonces en la misma situacion que el padre Nitardo: aborrecido, despreciado.

Benavides adivinó todo lo que pasaba en el corazon de su amigo y se retiró.

Entretanto el proyecto de Dª Inés habia tenido eco, y el rey Cárlos II sentia ya por todas partes el odio que se respiraba en su casa contra el valido.

Ninguno de cuantos le rodeaban dejó de tomar su parte en la conspiracion.

Los unos porque no habian recibido favor de Valenzuela, y los mas encarnizados porque lo habian recibido.

En el mundo, y sobre todo, en política no hay mejor modo de hacerse de enemigos que hacer favores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando un hombre llega á una posicion brillante y encumbrada, puede asegurar sin temor de equivocarse, que cuantos ha elevado se tornarán en enemigos suyos el dia en que su poder vacile, en que su astro se eclipse.

Y de estos enemigos serán los mas fieros los que con menos méritos hayan recibido mas grandes servicios.

Es que con esto se forman ellos un paracaida.

Es que con sus gritos, sus calumnias y sus dicterios al que cae, quieren hacer olvidar que por él subieron.

Así sucede, y nadie toma esperiencia en la historia, necesita adquirirla á costa de sí mismo.

No mas que esta esperiencia cede en perjuicio del corazon, lo endurece, lo pierde.

Y los hombres se vuelven malos y si llegan á subir al poder despues de una de estas lecciones, no son ya los mismos que antes eran, y no habrá que culparlos, porque lo que entonces hagan no será venganza, sino justicia.

Solo una reflexion puede consolar.

Que el hombre se asemeja mas á Dios, á medida que ha hecho mas ingratos. Feliz el que ha sufrido mil ingratitudes porque es la prueba de que ha hecho mil beneficios.

D. Fernando de Valenzuela habia procurado el bien de muchos; por eso muchos procuraban la caida de Valenzuela.

El rey Cárlos II habia llegado á odiarle tambien instintivamente, y él era hombre de rencores bastante profundos.

Por su parte; el almirante de Castilla y el duque de Medina-Cæli, escitados por el duque de Alburquerque, fomentaban ese odio.

Dª Inés era el alma de todo.



Se disponia una rejia partida de caza y Dª Inés tuvo deseos de asistir.

El jóven rey debia encontrarse en la partida, y allí estaria tambien D. Fernando de Valenzuela.

Dª Inés de Medina queria ver aquel encuentro.

Por parte de su padre el marqués de Rio-florido, la dama no encontró absolutamente obstáculo; el marqués tenia gusto en esa clase de reuniones que son siempre en la corte motivos de intrigar, y vasto campo de domésticas conspiraciones.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

De lo que el Rey Cárlos II hizo con D. Fernando de Valenzuela en una cacería

PREPARATIVOS muy grandes se hacian en la corte para asistir á una cacería, en la que por primera vez iba á presentarse el rey.

Damas y caballeros debian ser de la partida, y toda la nobleza se daba el parabien y se disponia para aquella fiesta.

Amaneció por fin el deseado dia: la reina no concurria, pero sí Valenzuela.

Apenas la luz triste de la mañana comenzaba á blanquear los horizontes y ya en palacio se sentia un grande y estraño rumor.

Los patios estaban llenos de arrogantes caballos enjaezados con riquísimos arneses, en los que brillaban el oro, la plata y la seda.

Las damas con graciosos sombrerillos, sobre los que se ajitaban pintadas plumas, esperaban el momento de la partida, recojiendo con una mano las largas caudas de sus vestidos y llevando en la otra un latiguillo con puño de oro ó de piedras preciosas.



Aquella no era la comitiva del rey: era la que debia marchar á encontrarle acompañando á D. Fernando de Valenzuela.

Todos comenzaban ya á impacientarse porque el favorito les hacia esperar y por lo bajo se decia que estaba en la cámara de la reina.

En efecto, D. Fernando hablaba en aquellos momentos con Dª María Ana.

El favorito vestia un rico traje negro bordado de plata, y en su sombrero ondeaban plumas negras y blancas; esto era como se decia en la corte la librea con los colores de la reina.

La reina vestia un amplio peinador de seda blanca, y sus cabellos, escapándose de una redecilla que los aprisionaba, caian sobre su blanco cuello y sobre sus hombros mal cubiertos por el peinador.

—Valenzuela—decia la reina—no sé por qué estoy triste, he pasado una noche horrible; he soñado cosas espantosas, mi dueño.

—¿Soñabas, amor de mis amores, que ya no me amabas?

—¡Oh! hay cosas que ni en sueños se pueden ver, y si hubiera soñado tal cosa, bien mio, el mismo sueño me habria ahogado.

—¡Qué buena eres, señora; y cuánto te amo!

—Pues mira, soñaba que te veia..... no..... era un bosque: allí cruzaban hombres desconocidos para mí, y entre ellos uno que yo no conocia, pero que sentia yo por él cierto cariño que no puedo esplicarte.... yo no estaba allí, pero no sé cómo le pregunté á uno de los que pasaban quién era aquel hombre, y él me dijo: ¡es la sombra del rey Felipe II!.... Luego; aquella sombra pasó á tu lado, diste un grito



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y te ví caer cubierto de sangre..... aquel que te habia herido estaba fuera del alcance de mi furor..... ¡Por Dios! Valenzuela; tú que tienes tan claro talento esplícame ese sueño, porque me ha preocupado mucho: ¿qué significa?

—Señora mia, no hagas caso de esos sueños que nada significan.

—Es verdad, y nunca habia yo pensado en ellos, pero te amo tanto, Valenzuela, que cualquiera cosa que tiene relacion contigo, me afecta, me preocupa.... y ese sueño.... ese sueño.... no sé por qué no puedo olvidarle un instante.

—Cálmate, amor mio; tú no sufrirás ninguna desgracia, porque no la mereces y Dios es justo.

—Espero y confio en El, Valenzuela.

D. Fernando tomó de un sitial su sombrero que habia dejado allí, y se levantó.

—¿Te vas, mi bien?—dijo la reina.

—Sí, el dia avanza; me esperan muchas personas, y quizá el rey estará ya impaciente por mi tardanza.

—Me quedo muy triste, muy triste.

—¿Todavía el sueño?

—El sueño ó no sé qué siniestro presentimiento ¡ojalá no fueras tú á esa cacería!

—Imposible, señora; seria dar en la corte un escándalo; el rey lo atribuiria á una gran falta á su persona, y esto te traeria á tí, señora, tristes consecuencias.

—Entonces anda, mi bien, pero cuídate mucho, si algo te sucediera, moriria yo de pena.

—Adios, señora y reina mia.

—No tu reina; tu amada, tu amada.

Valenzuela salió garbosamente de la estancia y la reina



le siguió amorosamente con la mirada, luego con el oido; y cuando ya se perdió el eco de sus pisadas en los entablonados salones, le acompañó con el alma.

Cada dia amaba mas Dª María Ana de Austria á Valenzuela, y cada dia Valenzuela estaba mas apasionado de la reina.

Apenas el favorito se presentó en los salones, cuando se sintió un rumor estraordinario: damas y caballeros se levantaron de sus asientos con respeto, pero no miraban para donde venia D. Fernando; algo les llamaba la atencion por el estremo opuesto.

Valenzuela, estrañando aquello, avanzó con rapidez: á pocos pasos se encontró repentinamente con el mismo Cárlos II en persona, que llegaba seguido de una gran comitava.

Cárlos II, como todos los hijos de Felipe IV, tenia una naturaleza débil y enfermiza; su rostro era pálido y anunciaba un mal oculto que debia hacerle padecer durante toda su vida.

D. Fernando se adelantó al encuentro del rey, quitándose cortesmente el sombrero.

—Valenzuela—dijo el rey con ese aire impertinente de los niños aristócratas—creí que yo era el que debia pasar por tí.

—Perdóneme V. M.—contestó Valenzuela turbado—pero mis ocupaciones....

—No hay ocupaciones cuando se trata de mi servicio.

Y dando la vuelta sin esperar respuesta, bajó las escaleras y montó á caballo, seguido de toda la nobleza.

Toda aquella lucida comitiva se dirijió para el Escorial, en donde iba á verificarse á otro dia la batida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Fernando iba preocupado, procuraba disimular, sin embargo, y caminaba al lado del rey, el cual por su parte, parecia tener el mejor humor, y el acontecimiento de la mañana se habia casi olvidado.

Sin embargo, aquel acontecimiento, referido por varios testigos, llegó hasta los oidos de la reina por conducto de Dª Eujenia.

—¿Sabe ya V. M. que el rey nuestro señor ha estrañado á Valenzuela?—dijo Dª Eujenia.

—No le he sabido—contestó la reina comenzando á sentir cierta inquietud—refiéreme lo que sepas.

—Es muy poco lo que yo sé, pero con ello creo que es bastante para que Valenzuela pase un dia horriblemente penoso.

—Refiéreme, refiéreme cuanto sepas—repitió la reina, no disimulando ya su turbacion.

—S. M. el rey, advirtiendo que Valenzuela no salia de palacio esta mañana, y que él aguardaba ya, vino en su busca, diciéndole indignado, y delante de toda la corte, algunas frases muy duras.

—¡Dios mio! ¿y qué hizo Valenzuela?

—Avergonzado, calló, señora, y siguió á S. M.

—Debe estar en una posicion muy embarazosa y es preciso sacarle de ella. Eujenia, al Escorial.

Y la reina sin esperar mas, comenzó á dictar sus órdenes.

Una hora despues, Dª María Ana salia de Madrid en una carroza acompañada de Dª Eujenia y escoltada por cien jinetes, y se dirijia tambien al Escorial.

La llegada de Dª María Ana al real sitio fué motivo de gran novedad entre la nobleza, y dió lugar á que se desatara la murmuracion; pero sobre todo, el caprichoso Cárlos II lo sintió sobre manera, porque en aquella fiesta queria ser el solo rey, y la presencia de la reina madre venia, por decirlo así, á eclipsarlo.



Al ver á su madre, el jóven rey salió á su encuentro, y la recibió con muestras del mayor afecto y respeto.

Cárlos II era desde su mas tierna edad disimulado y malicioso.

Amaneció el dia siguiente, y se dispuso la salida á la cacería.

El rey andaba ya en esos dias cumpliendo diez y seis años, y aunque en otro jóven, edad era para ser un mancebo robusto, Cárlos conservaba por su misma debilidad algo de la niñez.

Sin embargo, sus miradas indicaban que comenzaba á sentir en su corazon la sangre de la juventud.

Entre todas aquellas damas quizá no habia una que pudiera competir en hermosura y garbo con Dª Inés de Medina.

Vestia con estraordinaria elegancia, y una amazona no hubiera rejido con mas vigor y entereza el soberbio potro cordovés que montaba en la mañana de la batida.

Sus ojos despedian fuego y entre sus labios rojos y frescos asomaban sus dientes blancos y brillantes.

Cárlos II fijó en ella sus miradas, y procuró vencer su natural timidez acercándose á ella como por casualidad.

Casi podemos decir que Dª Inés era maestra en amores y que no la faltaban reglas para cada caso especial: ella, ademas, habia calculado que debia llegar aquel momento y estaba preparada.

El rey llegó por fin á colocarse junto á la dama, que ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

regló el paso de su caballo al del corcel que montaba Su Majestad.

Cárlos no hablaba, y se conformó largo rato con mirar á Dª Inés, que puso en juego silenciosamente todos sus encantos.

Algunos cortesanos caminaban cerca de ellos, y Cárlos parecia impacientarse, porque dirijiéndose á la jóven, la dijo como si ya estuvieran de acuerdo:

—¿Al galope?

Mucho indicaba ya eso; y Dª Inés y el rey pusieron á galope sus caballos, separándose así un tanto de la comitiva.

—¿Señora, sois casada?—preguntó tímidamente el rey.

—Principiante es en amores el rey—pensó Dª Inés—pero promete esperanzas—y luego contestó en voz alta—no señor.

—Hermosa sois, ¿y vuestro nombre?

—Atrasado anda en noticias Su Majestad—pensó Dª Inés—Inés de Medina—dijo en voz alta—hija del marqués de Rio-florido.

—Hermosa sois—volvió á decir Cárlos, sin saber por dónde comenzar—¿y teneis amante?

—Hasta ahora, no señor.

—¿Y desearíais tenerlo?

—Si no fuera rey y novel amante, esta pregunta era para no perdonársela—dijo entre sí Dª Inés—pero en fin, viene por buen camino, y pronto.

—Contestadme—insistió Cárlos—¿desearíais tener un amante?

—Señor—contestó Dª Inés haciendo un dengue encantador—segun quien fuese.



—Por ejemplo....yo—dijo Cárlos haciendo un esfuerzo sublime de valor.

—No se anda con rodeos en su primera empresa; así me gusta y así debe contestarse: el todo por el todo—pensó Dª Inés.

—Vamos, ¿callais?—dijo Cárlos.

—¿Me permite V. M. hablarle la verdad?

—Sí—dijo con timidez Cárlos esperando una repulsa.

—Señor, para mí seria una ventura inmensa ser amada por Vuestra Majestad, y yo seria capaz de adorarle; pero...

—¿Qué os lo impide?—esclamó el rey con vehemencia.

—Tengo miedo á la reina mi señora y á Valenzuela.

Cárlos II se puso lívido de la cólera, y sus ojos arrojaron llamas: Dª Inés habia tocado en la llaga y casi se espantó de su audacia.

—¿Temeis eso? pues haceis mal; aquí yo soy el rey, y yo no consentiré que nadie se atreva á tocaros; mi corazon se ha inflamado al veros, y yo quiero amar y ser amado; lo quiero; soy el rey, y queriendo vos nadie podrá oponerse.

—V. M. tiene razon, es el rey, pero V. M. aún está bajo de tutela.

—¿Señora, me amais? respondedme.

—Pero y....

—Respondedme, que lo demás corre de mi cuenta: quiero ser el rey, y vereis como sé serlo.

—Ojalá, señor.

—¿Me amais, señora?

—Así sí, señor; pero por Dios que V. M. guarde el secreto.

—Soy rey y caballero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este momento la cabalgata llegó cerca de ellos, y la conversacion se suspendió.

Cárlos II se sintió desde aquel momento poseido de esa fatuidad que se apodera de un jóven cuando ha hecho su primera conquista.

Cárlos se creyó ya un hombre.

Por una de las encrucijadas del bosque apareció un ciervo perseguido por cazadores y perros.

El pobre animal caminaba fatigado, y el espanto era lo único que le daba fuerzas; el montero mas torpe podia haberle muerto.

Ese momento se aguardaba para que el rey tomara parte activa en su persecucion.

El montero mayor entregó á Cárlos una primorosa escopeta incrustada de oro y de nácar, cargada y lista para hacer fuego.

El rey la tomó: un relampágo de alegría infernal pasó por sus ojos y se lanzó en pos del fujitivo ciervo, diciendo á Dª Inés:

—No os separeis de mí; venid.

Aquella frese era mas bien la espresion de un niño en caprichado con un juguete que el arranque de una alma enamorada.

Dª Inés aguijó á su caballo y se lanzó tambien en seguimiento del ciervo.

El animal rendido corria penosamente, y apenas podia con su ajitado pecho romper la maleza que se oponia á su marcha.

El rey estaba muy cerca cuando el ciervo se detuvo un instante: el rey paró su caballo, y Dª Inés hizo lo mismo; pero D. Fernando de Valenzuela que iba distraido no lo



advirtió y dejando pasar á su caballo avanzó algunos pasos delante del rey.

Cárlos con un movimiento rapidísimo bajó su escopeta, brilló un fogonazo, se oyó el estallido y D. Fernando de Valenzuela vaciló en la silla y se puso estraordinariamente pálido.

—¿Te he hecho mal, Valenzuela?—esclamó Cárlos tirando la escopeta y adelantándose como espantado á donde estaba D. Fernando.

—No ha sido esto nada, señor: V. M. puede seguir al ciervo, que está ya muy fatigado.

A pesar de aquella finjida sang re fria, todos notaron que D. Fernando estaba lívido, y muchos cortesanos se bajaron de sus caballos para acercarse á él.

Aún era D. Fernando en aquellos momentos el primer ministro y el favorito de la reina.

—¡Sangre!—esclamó imprudentemente un caballero.

Por uno de los estribos de la silla de Valenzuela se desprendia un hilo constante de sangre.

Entonces sí pareció demudarse el rey, y dando la vuelta se separó de allí seguido de Dª Inés y de algunos cortesanos.

Una multitud de personas quedaron rodeando á Valenzuela.

—¿Qué quereis?—dijo Cárlos á Dª Inés—vos lo habeis visto; no depende del hombre dar perfectamente en el objeto á que apunta.

Para los cortesanos tenian aquellas palabras el sentido de una disculpa por haber herido á Valenzuela.

Dirijidas á Dª Inés se interpretaban como una disculpa por no haber dado suficientemente bien á Valenzuela.

Un montero pálido llegó á dar la noticia á la reina, que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traia segun le parecia á él, una mision importante, no habia cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mio!....mi sueño....mi sueño....dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

---

## X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

EL desmayo de la reina, que ciertamente no habia estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaracion oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel dia en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debian tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Cárlos.

El marqués de Rio-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenia por ganarse la confianza de Cárlos, aborrecia á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creia con esto darle una muestra de desprecio.

Dª Inés conoció la intencion de Cárlos: el jóven rey era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traia segun le parecia á él, una mision importante, no habia cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mio!....mi sueño....mi sueño....dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

---

## X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

EL desmayo de la reina, que ciertamente no habia estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaracion oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel dia en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debian tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Cárlos.

El marqués de Rio-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenia por ganarse la confianza de Cárlos, aborrecia á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creia con esto darle una muestra de desprecio.

Dª Inés conoció la intencion de Cárlos: el jóven rey era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

novicio y tímido en asuntos amorosos, pero ella supliria lo que á él le faltaba.

Por su parte el duque de Alburquerque nada sospechó, y por el contrario, se alegró infinito de aquel acontecimiento que le proporcionaba la dicha de tener á Inés mas cerca de sí.

En la tarde Dª Inés y el duque se encontraron.

—Duque—le dijo Dª Inés—tengo que darte muy grandes noticias.

—¿Cuáles son ellas, vida mia?—preguntó el duque.

—He hablado al rey.

—¿Y qué le has dicho?

—Héle hablado de tí, de tu lealtad, de tu acierto en los consejos, de Valenzuela, de su orgullo, y ¿querrás creerlo?

—¿Qué? alma mia, todo cuanto me digas lo creo.

—Me atreví á indicarle la necesidad de que él empuñara el cetro y llamara al príncipe D. Juan.

—¡Es imposible!

—Sí, duque.

—¿Y qué te contestó S. M?

—Está su real ánimo mejor dispuesto de lo que yo me esperaba: S. M. se esplayó conmigo, le inspiré confianza sin duda porque le hablaba de tí con tanto entusiasmo, y me dijo que muy pronto daria un paso que sonaria en el mundo, y que rodeado de tan fieles apoyos del trono como el duque de Alburquerque, la monarquía seria feliz.

—¡Oh! ¡esto está muy bueno!—dijo el duque con orgullo.

—Más habria avanzado, pero un grupo de jinetes, entre los que iba Valenzuela, nos impidió seguir nuestra conversacion; sin embargo, estoy segura de alcanzar mucho si vuelvo á hablarle.



—¿Y por qué no le hablas? aún tienes tiempo.

—No sé cómo conseguir el acercarme á él.....

—Fácilmente, si quieres seguir un consejo.

—Cuanto me digas.

—Oyeme: él no debe tardar un instante en salir á pié por los jardines; yo le acompañaré é iremos por el estanque de los peces: si tú llegares por allí con el marqués de Rio-florido, es seguro que S. M. se dirijiria á hablaros, porque yo se lo indicaria, y entonces tú podrias conversar con el rey y yo me apartaria con tu padre, ¿te parece bien?

—Perfectamente, voy á disponerme y á ir en busca de mi padre.

—Y yo voy en busca de S. M.

El engañado duque se retiró creyendo cercano el triunfo, y Dª Inés con el mismo pensamiento se reunió con su padre.

Poco rato despues, por el jardin paseaban dos personas departiendo tranquilamente. El jóven rey y el duque de Alburquerque.

—¿Qué opinion has formado, duque—decia el rey—de los acontecimientos que han tenido lugar esta mañana?

—Son casualidades, señor, que en nada deben afectar á V. M.; aunque su gran corazon sienta la desgracia del marqués de los Pinales, casi puede creer V. M. que Dios dirijió la bala para castigar el orgullo de ese hombre; ya sabe V. M. que no hay una sola de las acciones de los reyes que no sea dirijida por Dios para bien de sus súbditos; aun cuando esta accion parezca insignificante á los ojos del vulgo.

—Me consuelas, duque, porque mi conciencia no estaba

tranquila; casi me arrepentia hasta de la mala voluntad que tengo á Valenzuela.

—Los corazones de los soberanos, señor, son como el espejo en donde viene á reflejar la voluntad de Dios, y si Vuestra Majestad tiene esos sentimientos respecto de Valenzuela, Dios lo quiere así, no lo dude V. M.

En aquel instante se vieron aparecer en una de las calles al marqués de Rio-florido y á su hija.

—Alguien viene allí—dijo el rey—vámonos por otro lado, que quiero estar solo.

—Son el marqués de Rio-florido y su hija—contestó el duque—personas muy adictas á la causa de Vuestra Majestad.

—¡Ah! ¿son ellos?—dijo el rey casi turbado—en tal caso si lo crees prudente les hablaremos.

—Creo que haria bien V. M. en hablarles.

Cárlos no deseaba mas que esto; así es que siguió adelante y muy pronto se encontró con Dª Inés y con su padre.

El marqués de Rio-florido no esperando que el rey le hablara, se colocó de un lado de la calle para dejarle pasar, pero Cárlos se detuvo y les dirijió la palabra.

Dª Inés le contestó, y conforme al ceremonial para no detener á Su Majestad, comenzó á andar á su lado.

El duque tomó el brazo del marqués, y como se lo habia prometido á Inés, comenzó y distraerlo.

A poco el rey y la jóven se encontraron solos.

—¿Qué habeis pensado, señora, respecto de lo que acaeció esta mañana?—dijo el rey.

—Señor, que en poco ha estado que V. M. liberte al reino y se liberte así mismo de la tutela....



—Decia yo, señora, respecto á lo que os habia yo dicho antes.

—No recuerdo—contestó Dª Inés fingiendo que habia olvidado la declaracion que le habia hecho Cárlos.

—Haced un esfuerzo por recordar.

—Aseguro á V. M. que no sé á qué alude.

—¿Será preciso que vuelva yo á recordaros mi amor?

—Ah!—esclamó sonriéndose Dª Inés—creia yo que V. M. no habia vuelto á pensar en eso.

—Por el contrario, pienso mas á cada momento, y debíais. comprender que esta ha sido la razon porque no quise que vuestro padre volviese hoy á la corte.

—Agradezco tanto á V. M....

—Quisiera mas contar con vuestro amor que con vuestra gratitud.

—Por algo se comienza, señor.

—Es decir que estais ya en camino de amarme, que casi me amais.

—Poco á poco, señor; V. M. olvida lo que hablamos esta mañana.

—No lo olvido.... y la prueba es que como habia dicho poco faltó para que me quitase para siempre del frente á ese Valenzuela.

—Es verdad, señor, pero permítame V. M. que le diga que eso fué providencial, porque quizá no hubiera sido ese el medio mas á propósito.

—¿Por qué?

—Aún cuando Valenzuela hubiera muerto, V. M. quedaba sujeto á la reina mi señora, y despues de Valenzuela vendria otro como él vino tras del padre Nitardo, y era lo mismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Entonces qué hay que hacer?

—¿Quién reina en lugar de V. M?

—La reina mi madre.

—¿Y el reino de quién es?

—Mio.

—¿Y cree V. M. que la relijion manda á ningun hijo ceder el reino á sus padres por mas que los ame, cuando le viene al hijo la corona por derecho divino?

—Ciertamente no.

—¿Pues entonces por qué no empuña V. M. el cetro? ¿por qué no se desprende de esa tutela? V. M. me dice que me ama y yo quizá le ame tambien; yo, señor, por una pasion puedo romper con el mundo, despreciar mi decoro y caer en los brazos del rey. ¿Pero V. M. cree que yo ó cualquiera otra mujer de condicion tenga valor para sacrificarse por ser la dama de un niño sin poder y sin voluntad; del tuto reado del marqués de San Bartolomé de los Pinales?

—¡Señora! ¡eso es demasiado!

—Perdóneme V. M.; no he querido ofenderle, no he querido mas que darle una idea de su situacion, decirle, mostrándole la realidad: "señor, un paso y sereis verdadero rey," y entonces, señor, seré vuestra dama y mi amor será el menor de todas las dichas que alcanzareis. Entonces todo será vuestro, al paso que hoy estais como preso en una cárcel de oro y os divierten con un juguete mientras os usurpan una corona.

—Teneis razon, señora, teneis razon, ¿pero qué hago? de quién voy á valerme? todos los que me rodean son hechuras y amigos de Valenzuela y de mi madre.

—Menos yo, señor.

—Vos.... pero es que aún apenas os conozco.....



—Sin embargo, por lo que he dicho á V. M. puede comprender que merezco la confianza, si no el amor de V. M., como me habia dicho.

—Es verdad.... ¿y me amais?

—¿Si no os amara, señor, desearia veros en el trono, brillando como un sol sin nubes?

—¿Y qué creeis que debo hacer?

—Señor, llame V. M. al príncipe D. Juan de Austria su hermano, y en él tendrá V. M. un ministro fiel, un consejero sabio y un gran guerrero.

—¿Y de quién podré valerme para llamarle? ¿quién le escribirá?

—Yo, señor.

—¿Vos, tambien eso?

—Sí señor, y yo me encargaré de que llegue á su poder la carta de V. M.

—Me admirais.

—Es porque V. M. no sabe todo lo que capaz de hacer una mujer enamorada.

—¿Y vos lo estais? preguntó el rey acariciando á Dª Inés.

—Casi lo estoy, señor....

—¿Pues qué esperais para estarlo verdaderamente?

—Espero que el hombre á quien amo llegue tambien á ser verdaderamente hombre.

—Pronto lo será.

—Plegue á Dios, señor; que si he de decir la verdad, anhelo por caer en sus brazos.

—Adelantad el dia.

—Temo que entonces él se olvide por la dama, de la España, y no quisiera yo ser causante de ese mal.

—Os prometo que no sucederá.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Para qué quiere V. M. adelantar el tiempo? ese mismo ánimo hará que V. M. se empeñe en destruir á sus enemigos, y el dia de su triunfo será completo.

—Quisiera yo que fuese hoy—dijo Cárlos mirando espresivamente á Dª Inés.

—Será el dia que V. M. quiera, porque en su mano tiene la fortuna.

—¿Cuándo escribiremos esa carta para mi hermano el príncipe?

—Cuando V. M. lo ordene.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Bien, ¿quereis que salga á buscaros, ó preferís llegar á mi cámara?

—Como V. M. lo quiera; nada mas procurando, señor, que nadie lo advierta.

—Bien, en tal caso á la media noche estaré en el estanque de los peces, y si quereis seguirme, os llevaré á mi cámara.

—Estaré en el estanque de los peces.

—Perfectamente; ahora busquemos á vuestro padre y al duque, porque es tarde y me aguardan en mi cámara.

El rey y Dª Inés no tardaron en reunirse al duque y al marqués.

El duque dirijió una mirada de intelijencia á Dª Inés, que la dama le contestó, y tomada del brazo de su padre se retiró á sus habitaciones.

---

## X.

De como Dª Inés preparó un gran cambió en la monarquía española, y de como el duque de Alburquerque conoció que habia perdido la partida y jugado para otro.

LA noche habia tendido sus negras sombras, y en el real palacio y monasterio del Escorial reinaba el mas profundo silencio.

Parecia que todo el mundo estaba entregado al descanso y al sueño.

Sin embargo, el rey velaba en su cámara y Dª Inés de Medina en la suya.

Al rey acompañaba el duque de Alburquerque y á Dª Inés su padre el marqués de Rio-florido, y tanto el rey como la dama habian tenido necesidad aquella noche de confiar el secreto del dia.

—Precisamente á las doce tengo que estar en el estanque de los peces—decia Dª Inés á su padre—el rey me aguardará allí.

—Pero á esas horas ¿una jóven, una dama, una doncella recatada, una mujer principal? ¿crees que voy á consentirlo?

—Pues ved, señor, cómo ha de ser, porque de ser tiene;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Para qué quiere V. M. adelantar el tiempo? ese mismo ánimo hará que V. M. se empeñe en destruir á sus enemigos, y el dia de su triunfo será completo.

—Quisiera yo que fuese hoy—dijo Cárlos mirando espresivamente á Dª Inés.

—Será el dia que V. M. quiera, porque en su mano tiene la fortuna.

—¿Cuándo escribiremos esa carta para mi hermano el príncipe?

—Cuando V. M. lo ordene.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Bien, ¿quereis que salga á buscaros, ó preferís llegar á mi cámara?

—Como V. M. lo quiera; nada mas procurando, señor, que nadie lo advierta.

—Bien, en tal caso á la media noche estaré en el estanque de los peces, y si quereis seguirme, os llevaré á mi cámara.

—Estaré en el estanque de los peces.

—Perfectamente; ahora busquemos á vuestro padre y al duque, porque es tarde y me aguardan en mi cámara.

El rey y Dª Inés no tardaron en reunirse al duque y al marqués.

El duque dirijió una mirada de intelijencia á Dª Inés, que la dama le contestó, y tomada del brazo de su padre se retiró á sus habitaciones.

---

## X.

De como Dª Inés preparó un gran cambió en la monarquía española, y de como el duque de Alburquerque conoció que habia perdido la partida y jugado para otro.

LA noche habia tendido sus negras sombras, y en el real palacio y monasterio del Escorial reinaba el mas profundo silencio.

Parecia que todo el mundo estaba entregado al descanso y al sueño.

Sin embargo, el rey velaba en su cámara y Dª Inés de Medina en la suya.

Al rey acompañaba el duque de Alburquerque y á Dª Inés su padre el marqués de Rio-florido, y tanto el rey como la dama habian tenido necesidad aquella noche de confiar el secreto del dia.

—Precisamente á las doce tengo que estar en el estanque de los peces—decia Dª Inés á su padre—el rey me aguardará allí.

—Pero á esas horas ¿una jóven, una dama, una doncella recatada, una mujer principal? ¿crees que voy á consentirlo?

—Pues ved, señor, cómo ha de ser, porque de ser tiene;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el rey me espera y no creo que pueda ser cosa de hacer al rey una burla.

—¿Y crees que tu padre pueda á sabiendas dejarte asistir á la cita de un hombre en un jardin y en medio de la noche?

—Con una regla así tan general creo que tendríais razon, pero cuando ese hombre es el rey, y cuando precisamente no vá á tratarse de amores, aunque amores hay de por medio, la escepcion es clara.

—Y sin embargo, es peligrosa.

—En ese peligro estará la fortuna de nuestra casa, porque hariamos entrar al rey en nuestra casa misma.

A pesar de la indolencia que en materias de amor tenia el marqués, tratándose de su hija, todavía quiso hacer una objecion; quizá solo porque ella no comprendiese que cejaba tan fácilmente á la presencia de un gran interés.

—Pero, ¿y el honor?

—¿El honor?—contestó Inés conociendo el carácter de su padre y comprendiendo que no buscaba mas sino salir vencido—el honor no está siempre en eso que todos le llaman "honor," que quizá esto no sea sino una palabra vana: ¿si llegase yo á ser la dama del rey, habria alguien en la corte que no tuviese á mucha honra obtener uno solo de vuestros saludos, una sola palabra mia? mirad señor á Valenzuela, ¿quién habla de honor cuando todo el mundo sabe que es el galan de la reina? ¿qué cabeza queda cubierta en su presencia, á escepcion de la de S. M.? ¿Del poderoso ha sido siempre el honor, como del desvalido la desgracia?

El marqués calló era un modo de consentir sin decir nada; Dª Inés lanzó una mirada á un gran reloj de bolsa que habia encima de la mesa.



—Las doce van á dar—dijo levantándose—¿quereis acompañarme?

—¿Esto mas?

—Pero ¿cómo atravieso el jardin sola? ¿cómo me volveré despues?

—¿Qué dirá el rey mismo?

—No seré yo quien le cuente que vos me acompañais; creerá que es algun escudero, y no mas.

—Vamos—dijo el marqués.

Y tomando un sombrero y una capa salió siguiendo á Dª Inés, que se cubria cuidadosamente con un manto negro.

La noche era en estremo fria; un vientecillo helado moviendo las flores y los arbustos, levantaba un rumor lijero, y el agua que caia de los surtidores formaba un concierto monótono y triste.

El marqués y su hija se deslizaban como dos fantasmas.

El rey habia esperado con impaciencia la hora de la cita hablando con el duque de Alburquerque.

—Esta noche—habia dicho el rey Cárlos al duque—quiero que me acompañes; tengo un negocio, y solo tú me inspiras confianza.

—Estoy á las órdenes de V. M.: ¿á qué hora?

—Esta noche á las doce en el estanque de los peces una dama ha de estar allí, es preciso que nadie se encuentre por los corredores y habitaciones que desde aquí conducen al jardin, porque es seguro que ella vendrá aquí, y conviene que nadie la vea.

—Es prudente evitar que se conozca esa visita; yo arreglaré todo de manera que nadie la vea.

En aquellos tiempos ser el confidente de un monarca era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un gran honor para todos los nobles; esto los hacia poderosos, porque entonces jeneralmente la posicion de un hombre estaba fundada en el cariño de su rey y no en sus propios méritos.

Si esto no fuera una verdad, Colon no hubiera sufrido la desgracia, Cervantes no hubiera vivido en una bohardilla, Camouens no hubiera muerto en un hospital, mientras muchos nobles que apenas sabian poner sus nombres vivian en la opulencia y en el valimiento.

Ningun hombre vivia entonces de su pluma, mientras esa pluma no era un incensario en sus manos ó un soberano no tenia el capricho de mantener poetas y literatos, como un lord inglés tiene el de mantener en sus parques loros y monos como objetos de lujo.

El duque se compuso de manera que el rey pudiera entrar y salir á su habitacion sin ser visto, y á las doce de la noche salia acompañando al monarca silenciosamente.

Mil conjeturas hacia el duque sobre quién podia ser aquella dama, y aunque algunas veces el nombre de Dª Inés se presentó á su imajinacion, desechó aquella idea como un mal pensamiento.

En fin, poco tardaria en reconocerla, porque llegaban al lugar de la cita en el momento en que una dama y un caballero que la acompañaba se presentaron allí.

El rey al ver á la dama se separó del duque y avanzó á su encuentro; por su parte la dama hizo lo mismo, y los dos se reunieron.

—Oh!—pensó el duque—ya no me es posible reconocerla, pero con el hombre que la acompañaba saldré de dudas: secreto por secreto, me dirá el suyo por el mio.

Y se lanzó en seguimiento del marqués de Rio-florido



que se alejaba mientras el rey y la dama se volvian al palacio.

El marqués de Rio-florido caminaba pensativo, cuando creyó oir detrás de sí el ruido de alguien que le seguia; volvió el rostro y el duque estaba ya á pocos pasos.

El marqués le conoció, y como en la mañana le habia visto con el rey le creyó completamente en el secreto, y así le esperó tendiéndole la mano con toda la confianza de la complicidad.

—Señor duque—le dijo al llegar.

—¡Cómo!—esclamó el duque espantado reconociéndole —¿el marqués de Rio-florido?

—Servidor de vuesa merced; creia que ya vuesa merced me habia reconocido, porque si no me engaño, cuando vuesa merced llegaba con Su Majestad, llegaba yo con mi hija.

El duque se quedó espantado como si le hubiera hablado un muerto.

Dª Inés era la que caminaba con el rey; la misma que le habia jurado amor departia amorosamente con S. M., y él mismo era el que habia arreglado aquella entrevista.

El duque estaba por enfurecerse; le parecia que era lo natural en aquellos momentos.

Pero además de que hubiera sido inútil, el rival se encontraba á tanta elevacion que no se podia hacer otra cosa que evitar el ridículo de aquella aventura con el silencio y el secreto.

Todas estas reflexiones hizo instantáneamente y pudo contestar al marqués con la mayor calma:

—No, señor marqués; no habia tenido el honor de reconocer á vuesa merced hasta este momento, y por mi fé que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me alegro de encontrarle, porque departiendo será menos penoso para ambos el tiempo que tenemos que esperar tomando el fresco.

Y enlazando su brazo con el del marqués comenzaron una conversacion que no referiremos porque nada tenia de interesante.

El rey condujo á Dª Inés hasta su aposento y la ofreció un sitial: Dª Inés se sentó, y el rey se colocó á su lado, pasando uno de sus brazos al derredor del cuello de la dama.

—No puedo aún creer en mi dicha, Dª Inés; me parece imposible veros aquí, á mi lado: ¿me amais Dª Inés?

—Ya he dicho á V. M. que sí, pero es preciso que V. M. no olvide lo pactado; estoy aquí bajo la salvaguardia de su honor; esta cita, señor, recuérdelo V. M., no es amorosa, sino de negocios.

—Siempre los negocios, Inés; me fastidio: aún no he comenzado á reinar, y ya comienza á pesarme la corona; yo soy jóven y os amo; vos jóven y me amais; ¿creeis, Inés, que debemos perder el tiempo hablando de negocios, cuando nada deseo en el mundo sino veros en mis brazos?

—Pero, señor, ya sabeis el plazo que os he puesto, la condicion á que os habeis sujetado: cada uno tiene sus ideas; yo quiero que mi amante acabe de ser hombre para poder pertenecerle sin temor.

—¿Y qué ganará con eso nuestro amor?

—Seguridad, señor: suponga V. M. que alguien me ha visto entrar á la cámara.

—Eso es imposible: todas las medidas han sido tomadas.

—Bien, por esta noche, pero como supongo que no será esta mi última visita á V. M.....



Dª Inés lanzó al rey una mirada verdaderamente provocativa.

Cárlos estrechó con pasion sobre su pecho la cabeza de la jóven.

—Como creo—continuó Dª Inés—que estas visitas se repetirán á menudo, si llegara alguien á saberlo, darian parte á la reina mi señora, y nada le seria más fácil á Valenzuela que desterrarme de la España inmediatamente.

—¡Oh! se cuidaria muy bien; yo soy el rey.

—Todavía no, señor; todavía no; V. M. es aún el pupilo de Valenzuela y los pupilos no pueden tener una dama si á ello se opone su tutor.....

—Pero, Inés.

—Y yo quiero que V. M. sea el rey y por eso le he aconsejado que llame á su hermano el príncipe D. Juan.

—Bien, escribid—dijo violentamente escitado el rey—escribid.

Dª Inés, sin hacerse esperar queriendo aprovechar el momento, se acercó á la mesa tomó un papel y se puso á escribir al príncipe la carta que debia firmar el rey.

Entretanto, el duque casi tiritando de frio se paseaba en el jardin can el marqués hablando de una cosa y pensando en otra.

La escena que el duque se figuraba, era tan diversa de la que realmente tenia lugar en el aposento del rey, que si hubiera podido observar por la cerradura se habria reido de sus temores.

Pero como nada sabia, el duque estaba como loco.

———



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XI.

De lo que Valenzuela y D. Antonio de Benavides meditaron y ejecutaron con el marqués de Rio-florido y con su hija.

LA herida de D. Fernando apenas le obligó pocos dias á guardar cama: regresó á entregarse al despacho de los negocios; el rey volvió á Madrid, y aunque todos interpretaron aquel acontecimiento como una señal de la próxima caida del valido, no se observó variacion alguna en la corte.

Una noche D. Antonio de Benavides se acercó á Valenzuela, que hablaba con varias personas, y le dijo en secreto:

—Necesito hablarte esta misma noche.

—Bien—contestó D. Fernando—espérame en mi cámara

Poco despues Valenzuela, pretestando cansancio, se retiró á su estancia; D. Antonio le esperaba ya.

—Aquí me tienes—dijo D. Fernando.

Benavides se levantó, cerró cuidadosamente la puerta y volvió al lado de Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—conspiran contra tí.

—¡Gran noticia! hace ya muchos dias que la sé, y quizá tú fuiste el primero en dármela....



—Es que la conspiracion de que ahora te hablo es temible.

—¡Temible!

—Sí, por las personas que toman parte en ella.

—Supongo que serán los principales señores de la corte.

—Mas alto personaje.

—¿El príncipe D. Juan de Austria?

—Mas arriba aún....

—¿Mas arriba? solo el rey.....

—Pues él mismo, S. M. conspira contra tí....

—¿Pero yo qué le he hecho? cuidar sus dominios, enriquecer el tesoro, aumentar las rentas de la corona, abastecer al pueblo, hermosear la villa de Madrid.

—Todo eso será un hecho, pero S. M. te aborrece y conspira contra tí.

—¿Y la reina?

—Lo ignora todo, y contra ella es tambien la conspiracion.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—Esta es toda una historia. Hace algun tiempo me encontré con una muchacha bella, intelijente, en fin, una moza de esas que se encuentran pocas veces y por mera fortuna; pero era pobre y ganaba su vida sirviendo en la casa del marqués de Rio-florido, de camarera ó de doncella de Dª Inés: la declaré mi amor y para decírtelo de una vez, quedamos arreglados.

—¿Cómo se llama?

—Isabel; pero su nombre no hace al caso: para no alarmar á sus padres, que aún padres tiene, convenimos en que

no abandonaria la casa del marqués de Rio-florido, pero sí me proporcionó un medio de entrar á visitarla dos ó tres veces por semana: anoche me recibió con mayores precauciones que las de costumbre y me rogó que me retirase cuanto antes: como debes suponerte me estrañó aquella conducta y la reconvine amargamente acusándola de que me engañaba; la muchacha vale un Perú, lloró y sollozó, y viendo que yo no me calmaba me dijo: "Mira, voy á confiarte un secreto para probarte que soy inocente y que tú me ofendes con pensar mal de mí; ha habido en esta casa un gran cambio, mi señora Dª Inés es ahora la dama de S. M. el rey."

—¡Imposible! esclamó Valenzuela.

—Eso mismo dije yo á Isabel, pero ella me contestó: "No lo dudes, desde que mi señora estuvo en el Escorial parece que la conoció S. M. y que allí se arreglaron los negocios: esta noche debe venir S. M., y tengo precision de estar cerca de la cámara de mi señora."

—¿Pero será verdad?

—A pesar de que yo no tenia motivo de duda, porque Isabel jamás me ha engañado, finjí no creerla con el objeto de procurarme una prueba, y por fin conseguí que Isabel para convencerme me ocultara en un aposento inmediato desde donde podia observar lo que hablaban el rey y Dª Inés.

—¿Y te ocultó?

—Sí, me ocultó cuando aún faltaba una hora para que el rey llegase. Aquella hora, encerrado, solo en un aposento oscuro, sin conocer la salida y temiendo á cada instante ser sorprendido, me pareció un siglo; por fin, por el agujero de la cerradura ví que Dª Inés entraba á la cámara contigua



pocos momentos despues oí sonar otra puerta, y el rey mismo se presentó á mi vista.

—¿El rey? ¿estás seguro?

—Tan seguro, Valenzuela, como de que estoy hablando contigo; me preparé á escuchar uno de los mas ardientes coloquios de amor, y figúrate cuál seria mi sorpresa cuando oí que aquella conversacion tenia mas de negocio que de amor.

—¿De negocio?

—Sí, el rey instó con su amor y Dª Inés le contestó que aún no le cumplia una condicion que le habia puesto, y despues siguieron tratando de asuntos de Estado; pero todo era contra tí y contra la reina nuestra señora. El rey está en comunicacion con el príncipe D. Juan, por conducto y aún creo por consejo de Dª Inés de Medina.

—¿A tanto se atreve esa mujer?

—Sí, y el principe ofrece venir de un dia á otro para "dar el último golpe al insolente valido;" mira como te tratan, Valenzuela, y agregaba que era ya preciso que D. Cárlos gobernara la monarquía por sí mismo. Todo me hizo comprender que el peligro está próximo y que es preciso dar un golpe que desconcierte estas maquinaciones.

—En efecto, si solo se tratara de mí, despreciaria yo esas asechanzas, porque estoy dispuesto á sufrir la suerte que el cielo me depare, pero tratándose ya de la reina mi señora, creo que es necesario proceder de otra manera, y antes que todo destruir esa influencia que Dª Inés ejerce sobre el rey, y alejarla de su corte.

—Eso me parece muy fácil.

—¿De qué manera?

—Escúchame, que todo eso entra en la relacion de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aventura. Permanecí encerrado hasta que el rey y Dª Inés se retiraron: entonces Isabel llegó á donde yo estaba y me dijo:—¿Estás satisfecho?—Sí—la contesté—y en verdad que tu señora debe estar orgullosa con el amor de un rey.—Pues has de ver—me dijo Isabel—que tiene otro amante.—¿Otro?—la dije—Sí, otro, cuyo nombre no conozco, pero que la habla y la escribe y entra á la casa cuando el rey no viene.—Esta nueva aclaracion me pareció muy importante, porque en aquel momento conocí que habia yo encontrado una arma contra Dª Inés.—¿Y sabes á dónde guarda tu señora las cartas que la escribe ese su amante?—Sí—me contestó—hoy al medio dia recibió una y la guardó en un armario que yo conozco.—¿Y será fácil de sacarse?—Sí, yo la sacaré si quieres; mañana cuando mi señora salga á la misa procuraré abrir el armario y sacar la carta si deseas tenerla.—Lo deseo de todo corazon.—¿Y para qué?—me preguntó.—Ya lo verás, pero te ruego por nuestro amor que me la entregues.—Mañana á las doce de la noche ven y la tendrás.—De manera que esta noche tendremos esa carta

—A pesar de que la accion que haces cometer á esa pobre muchacha es verdaderamente infame, porque equivale á un robo, es necesario ver esa carta; ¿vas por ella?

—A las doce.

Benavides miró su muestra.

—Las once—dijo—dentro de una hora esa carta estará en mi poder.

—En tal caso te esperaré.

Benavides salió y Valenzuela quedó pensativo.

Pasaron tres horas, durante las cuales D. Fernando consultó con grandes muestras de impaciencia su reloj.

Por fin llamaron á la puerta y Benavides se presentó.



—Creí que no volvias esta noche—dijo Valenzuela.

—Contra todos mis deseos, he tardado.

—¿Y la carta?

Debo traerla en medio de estos papeles que me entregó Isabel; aún no he tenido tiempo de leerlos, pero debe estar aquí.

—Veamos.

D. Antonio se acercó á una mesa, y colocó sobre ella un paquetito de papeles.

D. Fernando acercó una bujía, y cada uno por su lado comenzó á tomar cartas de aquellas y á leerlas apresuradamente.

—Billetes de amor sin firma—dijo Valenzuela.

—Lo mismo que estos—contestó Benavides, y siguieron ceyendo otros.

—Lo mismo....lo mismo....

—Ah!....

—¿Qué?

—He aquí unos, escritos con tu letra.

—Ellos deben ser, que en un tiempo serví á esa dama.

—Los apartaremos para quemarlos.

—¡Aquí está la de ayer! por la fecha....no hay duda.

—¿Cómo dice?

"Amada señora Inés mia:

"Esto noche no podré tener la dicha de mirarte, porque es noche que le toca á Su Majestad ir, pero aguardaré con paciencia.

"A pesar de tus constantes protestas y juramentos, temo que al fin, el rey consiga tu amor y que llegues á quererle de veras.

"Negocios de la corte y asuntos de la monarquía, que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

"No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

"Tuyo hasta la muerte,

I."

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que Dª Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

—Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

---

## XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de Dª Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

DON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podia satisfacerse por sus ojos de que Dª Inés tenia otro amante.

D. Cárlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encelarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenia mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama.... la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, Dª Inés de Medina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

"No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

"Tuyo hasta la muerte,

I."

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que Dª Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

—Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

---

## XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de Dª Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

DON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podia satisfacerse por sus ojos de que Dª Inés tenia otro amante.

D. Cárlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encelarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenia mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama.... la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, Dª Inés de Medina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La misma; como tú debes suponer, mi amor ha ido en aumento de dia en dia.

—Lo creo, señor.

—Pues bien, esa dama me engaña, duque; me engaña.

—¿Será posible, señor?—preguntó el duque alegremente, porque creia que esto era la confirmacion de las protestas de fidelidad que le habia hecho la jóven—¿será posible? ¿esa dama no corresponde como debiera al cariño de V. M?

—No, duque, no es eso; ella me ama y bastantes pruebas tengo de ello; me ha concedido cuanto una dama puede conceder á su amante.

El duque sintió una especie de nudo en la garganta.

—¿Pues en ese caso, señor—dijo haciendo un esfuerzo—por qué V. M. no se cree feliz?

—Porque esa mujer tiene un amante, que entra á su casa en las noches y cuando yo no voy.

Al duque le pareció que se le hundia la estancia; conocia el carácter hipócrita y disimulado de Cárlos, y comprendió que aquello era una celada, y que habia descubierto sus amores con Inés.

—Señor—tartamudeó—me parece increible.

—Y sin embargo, nada hay mas cierto, y segun me informan es un señor muy principal de la corte.

—¿Sabe V. M. el nombre?

—¡Ojalá!—esclamó el rey—cara habria pagado su temeridad.

El duque estaba pálido, y no se atrevia ni á levantar los ojos.

—¡Ay de ellos!—continuó el rey—si llegó á descubrirles! y les descubriré.

—¿Y cómo señor?



—Mira, sé que esta noche debe ir ese hombre á la casa de la dama á las doce; antes de todo necesito ver si es cierto que ella le recibe esta noche á las doce; tú y yo, duque, nos apostaremos frente á la casa y veremos si entra ese galan.

—Como lo disponga V. M.

—Esta noche á las once y media te espero bien armado.

—Sí, señor.

El duque sentia que se ahogaba: precisamente era la hora en que debia entrar á la casa de la jóven.

Habian vendido su secreto, pero se les habia escapado su nombre.

Pero bien podia Cárlos II esperar toda la noche porque yendo el duque en su compañía era seguro que el misterioso amante no entraria á la casa de Dª Inés.

Confiando en esto, el duque salió á la hora convenida acompañando al rey y caminaron hasta colocarse misteriosamente en frente de la casa de la dama.

—Aquí—dijo el rey—ocultos en la sombra de este muro podremos ver quién entra: ¿no te parece duque?

—Sí, señor—contestó el duque, y pensó luego—de fijo que no verá S. M. entrar á nadie porque el que debiera entrar está á su lado y no lo hará.

Pasó así algun tiempo; ya las doce habian sonado y nadie aparecia por la calle.

El rey se impacientaba y decia:

—¿Si será este un engaño?

—Puede suceder, señor—contestaba el duque, agregando en su interior—es seguro que nadie vendrá.

Derepente en medio del silencio se escuchó el ruido de los pasos de un hombre que avanzaba con precipitacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Allí viene—dijo el rey.

—No lo crea V. M.—contestó el duque seguro como lo estaba de que nadie vendria.

El eco de aquellos pasos se escuchó mas y mas cerca y por fin un hombre embozado hasta los ojos, á lo que podia descubrirse á la escasa claridad de las estrellas, se detuvo delante de la casa de Dª Inés y llamó con mucha precaucion.

—Tenia yo razon—dijo el rey conteniéndose apenas.

—En efecto—contestó el duque limpiándose los ojos porque creia estar soñando.

Entonces vieron abrirse la puerta de la casa, y á la luz que habia en el interior pudieron descubrir á Isabel que venia á abrir; el hombre entró y la puerta volvió á cerrarse.

Como el rey y el duque habian llegado muchas veces á la misma puerta, y la misma Isabel les habia abierto y les habia conducido hasta la cámara de Dª Inés, los dos creyeron que aquel era otro amante y los dos tenian motivo para creerlo porque todas las apariencias condenaban á Dª Inés.

Y sin embargo, como nuestros lectores habrán conocido, aquel misterioso embozado no era otro que D. Antonio de Benavides.

—Vámonos—dijo el rey cuando la puerta se cerró—he visto lo bastante y estoy satisfecho; mañana castigaré á esa mujer.

—Hará muy bien V. M., porque lo merece.

Y embozándose los dos en sus capas, se dirijieron otra vez al palacio.

El duque repasaba en su memoria los nombres de todos los jóvenes de la corte para fijar en alguno sus sospechas.

LAS DOS EMPAREDADAS.

Tenia yo razon-dijo el rey conteniéndose apenas. Pag. 236.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Así en vacilacion caminó largo rato hasta que creyó haber dado con el hilo y poco faltó para que hubiera esclamado:

—Le encontré.

En efecto, habia pensado que aquel hombre no era otro que D. Fernando de Valenzuela, de quien ya la corte murmuraba que tenia amores con Dª Inés.

El rey por su parte no se preocupó en adivinar quién seria aquel amante misterioso; bastábale saber que Dª Inés le engañaba y en aquellos tiempos engañar al rey aunque fuera en materias de amor era el mayor de los delitos.

Benavides, que iba ya prevenido y suponiendo que estaba en acecho el rey ó por lo menos algun enviado suyo, procuró hacer de manera que su llegada á la casa se hiciese muy notable, y ya hemos visto cómo lo consiguió.

Dª Inés esperaba aquella noche al duque de Alburquerque y permanecia en vela; oyó sonar la puerta y creyó que él seria, pero pasó mucho tiempo; Isabel no la anunció su llegada y ella supuso que se habia equivocado tomando un cualquier rumor por el ruido de la puerta de su casa.

Dª Inés habia conservado sus relaciones con el duque á pesar de ser ya casi la dama del rey.

El duque, crédulo hasta la puerilidad, como todos los hombres enamorados habia creido que el engañado en aquel juego era el rey, que Dª Inés le amaba á él, y que á Cárlos II solo le halagaba para conseguir un fin político, la caida de Valenzuela y la entrada de D. Juan de Austria al gobierno.

Dª Inés esperó aún mas de una hora y mirando que el duque no venia determinó no aguardarle mas y se levantó

casi sin intencion para ir en busca de Isabel á quien suponia en espera del galan.

Se dirijió así por algunas habitaciones, y cerca ya de la escalera oyó el murmullo de dos voces.

Eran á no dudarlo un hombre y una mujer que hablaban.

Al principio creyó que seria el duque que por algun accidente imprevisto llegaba mas tarde de lo de costumbre, pero las voces se alejaban en vez de acercarse.

Entonces salió: el corredor estaba oscuro, y apenas pudo distinguir á lo lejos dos sombras que se perdian en aquella misma oscuridad.

Procuró escuchar, y al momento conoció la voz de Isabel.

En cuanto á la del hombre que hablaba con ella, su misma preocupacion la hizo creer que tenia semejanza con la del duque.

Acercóse mas procurando no ser sentida: el galan se habia despedido y decia en voz baja á Isabel:

—Mucho secreto, vida mia: que tu señora no vaya á descubrir nada.

—No temas—contestaba Isabel—nadie mas que yo está interesada en que no lo conozca.

—¿Mañana vendré?

—No, porque es dia que tiene que venir el rey.

—Adios.

—Adios.

Dª Inés no tuvo ya duda ninguna, el duque la engañaba, la engañaba por una mujer como Isabel.

El orgullo pudo en su corazon mas que los celos; creyó ridículo que Isabel conociera que ella sabia el secreto de sus amores, se sintió humillada con aquella rivalidad, y



antes que Isabel se apercibiera de su presencia se retiró furiosa á su cámara y se encerró en ella.

Isabel acompañó á su amante hasta el portal de la casa, y volvió á subir tranquilamente.

Llegó hasta el aposento de su señora encontróle cerrado, y entonces ella á la vez sin sospechar nada se retiró á descansar.

D. Antonio de Benavides salió de la casa mirando con curiosidad en su derredor.

—Vamos—esclamó—es natural que á esta hora haya surtido su efecto la tramoya, y el rey esté convencido de lo que vale su Dª Inés.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIII.

De como el dia en que Doña Inés esperaba el triunfo, fué el mismo en que recibió la derrota.

EL rey se retiró á palacio desesperado: el primer desengaño amoroso de su corazon coincidia naturalmente con su primer golpe de esperiencia.

El duque de Alburquerque no tenia ni de qué hablar á S. M. porque él se encontraba poco mas ó menos en la misma condicion.

Al primer albor de la mañana el rey se levantó; queria pensar algo para vengarse de Dª Inés, para castigarla.

Pero hubo un acontecimiento que le hizo olvidar todo aquello como por encanto.

El príncipe D. Juan de Austria llegó á la corte.

El príncipe se introdujo de incógnito y llegó á la casa del marqués de Rio-florido.

Desde allí comenzó á enviar recados al rey para animarle á que diese el golpe de gracia á la reina y á Valenzuela.

Dª Inés, que ignoraba todo lo que sentia D. Cárlos con-



tra ella, por lo mismo que ignoraba lo que habia acaecido la noche anterior, estaba enteramente satisfecha.

A cada momento aparecia mas clara y mas decidida la voluntad del rey, y Dª Inés soñaba ya en su triunfo considerando que todo aquello se debia á su injenio.

Por fin, en la tarde el rey mandó aviso al príncipe de que estaba resuelto y que esperase sus órdenes.

Nada de esto se habia traslucido en palacio; D. Fernando de Valenzuela seguia gobernando tranquilamente, la reina le amaba cada dia mas, y nada turbaba la tranquila felicidad de que gozaban.

D. Antonio de Benavides entró á dar cuenta á D. Fernando de Valenzuela del éxito de la empresa.

—Todo ha salido perfectamente—dijo Benavides—el rey recibió la carta y en la noche salió á rondar la casa de Dª Inés.

—¿Y bien?

—A la hora citada llegué, y entre las sombras creí percibir un ruido, y estoy seguro de que era S. M. el que estaba en acecho.

—¿Y te veria entrar?

—Creo que sí, porque procuré detenerme en la puerta, y me dejé bañar por la luz que traia Isabel en la mano cuando salió á recibirme.

—¿Y no te conoceria?

—No, porque el embozo y el sombrero me cubrian, y procuré cambiar el modo de andar.

—¿Y el rey iria solo?

—No; segun lo que he podido averiguar le acompañaba el duque de Alburquerque.

—El otro amante de Dª Inés, segun se dice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Exactamente.

—Muy bien, ¿y no has sabido si el rey ha hecho ó dicho algo respecto de esto?

—Todavía no, pero lo sabré.

—Bien, de todos modos esto no puede menos de dar un buen resultado, y Dª Inés caerá de la gracia del rey; Benavides, procura estar al tanto de lo que pase y avísame.

—Lo haré.

.....

.....

Eran las once de la noche y por una de las puertas de palacio salieron misteriosamente dos hombres y comenzaron á caminar con mucha precipitacion.

Por la conversacion que entre ellos llevaban podia conocerse inmediatamente quienes eran ellos.

—Duque—decia el uno—la importancia del paso que voy á dar me ha impedido todo el dia pensar en esa mujer.

—Como que este paso, señor, va á salvar á la monarquía.

—Temo aún que mi madre y Valenzuela procuren oponerse y tengamos grandes dificultades.

—Eso segun el modo con que se obre; si V. M. tiene la suficiente enerjía, mañana al asomar la luz todo habrá cambiado y Valenzuela no será sino lo que siempre debiera haber sido, un hidalgo sin prestigio ni valimiento.

—Estoy decidido y no será enerjía lo que me falte.

—Considere V. M. que nos pierde á todos sus amigos, porque si el apoyo de V. M. nos falta en este lance, y despues de lo acontecido, Valenzuela se vengará cruelmente de nosotros.

—No temas, duque, yo te prometo que todo saldrá bien,



te he dicho que estoy decidido, y no me detendré ante ningun obstáculo.

A la mañana siguiente una noticia grave circuló por la corte y por la ciudad.

Muy temprano se supo que el rey se habia salido ocultamente de palacio con un caballero, y que se habia instalado en el Buen Retiro, desde donde habia enviado una órden á la reina Dª María Ana de Austria para que no saliese de palacio.

El escándalo era completo, todo el mundo se daba el parabien, no tenian realmente por qué alegrarse, porque ademas de que apenas conocian la índole de Cárlos II y sus talentos para gobernar, la administracion de D. Fernando de Valenzuela habia sido una de las mas benéficas en aquellos tiempos.

La salida del rey de palacio y la órden enviada por él á la reina, venian á constituir una verdadera revolucion.

Empezaba un nuevo reinado.

Todos los nobles y todos los cortesanos se dirijieron en romería al Buen Retiro á presentar sus homenajes á Cárlos.

Se trataba nada menos que de granjearse la voluntad del nuevo soberano y esta cuestion era de la mas alta importancia.

La historia dice que pocas veces se han visto mayor número de regalos ni mas valiosos que los que recibió en aquel dia Cárlos II, y hubo señores en la corte que le hicieran presentes por valor de mas de cien mil pesos cada uno.

D. Juan de Austria esperaba estos momentos, y no tardó en llegar al Buen Rentiro, llamado por el rey y sus amigos, y su presencia fué celebrada en Madrid como el pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mero de los beneficios que le traian á España la separacion de la reina y la caida de Valenzuela.

Dª Inés supo como era natural que el rey debia salirse de palacio y estacionarse en el Buen Retiro y toda la noche estuvo en vela, al principio esperando la noticia de la salida del rey, y despues que supo que ya S. M. estaba en el Buen Retiro, soñando en el triunfo que la esperaba al siguiente dia, cuando el rey la dijera, como debia decirla:

—Señora, todo esto se os debe á vos.

Al dia siguiente vió partir al príncipe D. Juan de Austria que iba á unirse con el rey y supo que la reina estaba impedida por órden de Cárlos II de salir de palacio.

Valenzuela habia caido arrastrando á la reina en su desgracia: Dª Inés estaba vengada.

La hija del marqués de Rio-florido se sintió orgullosa con aquel triunfo.

Habia conseguido vengarse, la faltaba ahora cimentar su poder.

Todos los señores de la corte se apresuraban á felicitar á Cárlos, y el marqués y su hija no quisieron ser de los últimos, tanto mas cuanto que se consideraban ya de la casa real.

El marqués y su hija salieron en una soberbia carroza y se dirijieron al Buen Retiro.

Dª Inés iba radiante de felicidad y de orgullo.

Entraron á palacio con toda la firmeza del que penetra en un país que ha conquistado.

Los corredores, los patios, los salones estaban llenos de damas y de caballeros, y con mucho trabajo Medina y Dª Inés llegaron á atravesar entre la muchedumbre.

Estaban cerca de la cámara de S. M.: los acontecimientos habian relajado un tanto la etiqueta, y como todos deseaban ver al rey, él habia dado órden de que se anunciara á todo el mundo.



—El marqués de Rio-florido y su hija—dijo el marqués al jentil-hombre de cámara que estaba de guardia con el rey.

El jentil-hombre entró para hacer anunciar al marqués.

Tardó mucho en salir y el marqués comenzaba á inquietarse y Dª Inés le calmaba.

Por fin el jentil-hombre salió, pero no dijo al marqués que pasase sino que le entregó un pliego cerrado.

Dª Inés pensó luego que seria algun nombramiento.

El marqués abrió el pliego, leyó y se puso pálido como un cadáver.

—¿Qué es, padre mio?—dijo.

—Lee—dijo trémulo el marqués.

Inés leyó y se puso pálida tambien.

—Una órden—dijo—para que vos y yo salgamos inmediatamente para la Nueva-España.

—¿Por qué causa?

—No lo alcanzo: pero allí llega el duque de Alburquerque: él nos dirá y sabrá salvarnos.

Dª Inés se dirijió al duque que precipitadamente se acercaba, pero el duque al verla ir á su encuentro, dió la vuelta y se retiró sin saludarla.

Dª Inés comprendió cuánto queria decir aquello y volviéndose á su padre, esclamó:

—No hay esperanza.

—No la hay, vámonos—dijo el marqués.

Y dando el brazo á su hija salieron violentamente y subieron en la carroza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los que les habian visto llegar tan orgullosos rompiendo por medio de la muchedumbre, y despues les veian salir pálidos y silenciosos, comprendieron lo que habia pasado, y mas de una sonrisa burlona asomó á los labios de los que con mas envidia les habian visto entrar.

Dª Inés y su padre no hablaron en todo el camino una sola palabra, pero al encontrarse dentro ya de su casa, Dª Inés dijo:

—Padre, es preciso partir cuanto antes á México.

—Para cumplir la órden—contestó tristemente el marqués.

—Para ocultar nuestra vergüenza—esclamó la jóven.

Y llorando de rábia se encerró en su aposento.

## XIV.

De lo que aconteció á la reina Doña María Ana de Austria y á D. Fernando de Valenzuela.

LA reina pasó todo el dia llorando en su cámara, encerrada y sin mas compañía que la de Dª Eujenia.

En aquellos momentos de desgracia, como sucede siempre en el mundo, todos la habian abandonado y el aislamiento en el infortunio es tan completo cuanta mayor es la altura de donde se ha caido.

Pero en medio de su dolor, Dª María Ana sentia mas que el paso dado por el rey, la separacion de D. Fernando de Valenzuela que calculaba como una necesaria consecuencia.

No se ocultaba á la reina el odio que el rey, el príncipe D. Juan y toda la nobleza profesaban á Valenzuela.

D. Juan de Austria habia llegado al palacio del Buen Retiro, y Madrid celebraba su llegada con grandes muestras de regocijo.

Y mientras en el Buen Retiro se reia y se gozaba y se recibian los plácemes y los regalos de la nobleza, la reina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jemia en la soledad, y Valenzuela esperaba el destierro ó la muerte.

Así se pasó otra noche.

A la mañana siguiente, la reina recibió una órden del rey en la que se la prevenia que saliese inmediatamente para Toledo.

Habia llegado el momento terrible para ella, el momento de la separacion de D. Fernando: la reina le envió á llamar y se encerró con él.

Al principio Dª María Ana no pudo ni articular una palabra, se arrojó al cuello de Valenzuela y lloró como se llora en presencia de una desgracia inmensa, irremediable.

—Cálmate, señora—la decia Valenzuela—cálmate; Dios ha querido probar la fortaleza de nuestras almas; nuestro amor va á recibir la prueba del dolor y del martirio: señora, estoy resignado, porque Dios lo dispone así; estoy contento porque puedo probarte ahora que aún te amo mas, perseguida, abandonada de todos, retirada á un convento, que sobre el trono, rodeada de una corte aduladora y disponiendo de la suerte de una estensa monarquía. ¡Cuán hermosa! cuán amada eres para mí en tu desgracia, señora! siento que esas lágrimas que viertes purifican nuestro amor....

—Valenzuela, cuánto me consuelan tus palabras! ¿no me olvidarás? ¿no me abandonarás?

—¿Olvidarte, señora? ¿abandonarte? ¿acaso te amé porque eras reina? ¿acaso otro móvil que el cariño ha guiado mi corazon para adorarte? Dª María Ana, te amo mas en estos momentos, porque comprendo la grandeza de tu alma que en medio de la desgracia no se ocupa mas que de mí.

—Sí, Valenzuela, por tí, no mas por tí, siento dejar el



trono; por tí, porque tú merecias sentarte en él, porque soy tan infeliz mujer que no puedo retirarme á una cabaña á pasar mi vida á tu lado; porque pierdo la corona pero no alcanzo mi libertad; porque dejo de ser reina sin dejar de ser prisionera, y consuela no mas á mi corazon que al bajar del trono no pierdo tu amor, Valenzuela, y que mientras fuí reina hice cuanto pude para probarte lo grande y lo intenso de mi cariño.

—Señora, tu amor y tus beneficios vivirán siempre en mi alma y ni la muerte misma podrá arrancarlos, porque si el espíritu sobrevive, si hay otra mansion mas allá de la tumba para las almas, la mia guardará esta memoria.

—Valenzuela—dijo la reina llorando.

—Oyeme, señora; yo pobre hombre, indigno de fijar una sola de tus miradas, fuí levantado hasta tu altura; me amaste, señora, hiciste por mí lo que solo Dios podria haber hecho; todo el caudal inmenso de mi gratitud no basta para pagar uno solo de tus favores. Llegó el supremo instante de la separacion, señora; tus enemigos y los mios han triunfado, pero llevo mi conciencia tranquila, nada he hecho que pueda afrentar, señora, tu nombre ó la memoria de tu gobierno; por los mios no he torcido nunca la justicia; el dinero de tus arcas, señora, no ha servido para vanos caprichos ni para satisfacer personales ambiciones. Dª María Ana, ante tí de hinojos en estos instantes terribles te juro, señora, que como reina jamás abusó de tu confianza el vasallo escojido; que como amante no has dejado de ser el norte y la guía de todos mis pensamientos, de todas mis acciones.

La reina no pudo ni contestar y abrazada del cuello de D. Fernando, lloraba y jemia sin consuelo.

—Adios, señora—esclamó Valenzuela—adios, quiera el cielo concederte la resignacion que necesitas; adios, el corazon me dice que será una despedida eterna; adios, no me olvides.... no me culpes.... te amo y te amaré siempre: adios, adios.... hasta la eternidad.

D. Fernando como un loco se desprendió de los brazos de Dª María Ana y salió corriendo de la estancia.

—Fernando.... Fernando.... amor mio.... no te vayas que quiero morir á tu lado—esclamó la reina.

Y luego con los brazos tendidos hácia la puerta por donde acababa de salir Valenzuela, dió algunos pasos vacilando y cayó desmayada.

En aquel instante se abrió otra puerta y Dª Eujenia, pálida, conmovida y con los ojos encendidos por el llanto, entró precipitadamente, y levantando la hermosa cabeza de Dª María Ana de Austria, la colocó cuidadosamente en su regazo, esclamando:

—Dios mio!.... Dios mio!.... la desgracia ha caido sobre nosotros.

.....

.....

Aquella noche una carroza conducia á la reina Dª María Ana de Austria á Toledo.

Dª Eujenia acompañaba á Su Majestad.

Las jentes de justicia, comisionadas por el señor príncipe D. Juan de Austria, buscaban por todas parte á Valenzuela.

Pero nadie sabia el paradero de D. Fernando.

El príncipe D. Juan y sus partidarios habian conseguido sus deseos.

El príncipe, con el carácter de primer ministro de su hermano el rey Cárlos II, mandaba ya en la monarquía sin obstáculo de ninguna clase.



Pero habia sido tan grande el poder de D. Fernando de Valenzuela, y se habian acostumbrado tanto todos á temerle y á respetarle, que así fujitivo y oculto, todavía imponia á sus enemigos, todavía creian verlo aparecer á cada momento.

Por eso el príncipe tenia tan gran empeño en su aprehension.

Hasta entonces ninguno se creia seguro.

Solo el marqués de Rio-florido y su hija habian perdido la partida y estaban á la hora del triunfo en momentos de salir desterrados para la Nueva-España.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

De como hubo un doctor que en vez de curar á su enfermo agravó su mal

POCO tardó en saberse en la corte que D. Fernando de Valenzuela estaba retraido en el convento del Escorial.

Todos eran enemigos suyos en aquella hora, no porque realmente le aborrecieran, sino por hacerse agradables á los ojos del rey y de D. Juan de Austria, cuyo odio hácia D. Fernando era muy conocido.

D. Fernando habia encontrado en el Escorial á un fraile que habia sido para él una providencia.

Fray Anjelo era un hombre evanjélico: él consolaba á D. Fernando; él le animaba á sufrir con resignacion su destino; él en aquel mar de tribulacion, le mostraba el cielo como la suprema esperanza, con el descanso apetecible.

Fray Anjelo refirió á D. Fernando que él habia sido el que asistió en el último trance á D. José de Mallades.

La amistad entre el sacerdote de Jesucristo y el valido de la infortunada Dª María Ana de Austria nació en medio de la desgracia, se nutrió con el infortunio, se afirmó en el evanjelio.



Porque Fray Anjelo tomaba su biblia, y leia á D. Fernando las palabras llenas de uncion del hijo de Dios, y Valenzuela sentia remontar su espíritu, y entonces las desgracias de la tierra le parecian pequeñas, y un rocío consolador caia sobre su corazon y estaba tranquilo.

Porque nunca está el alma dispuesta á sentir el aliento benéfico de la religion como un medio de la amargura.

Porque el llanto de la desgracia hace retoñar y florecer el árbol de la fé.

Y la fé es el olvido de los dolores y de las penas; porque la fé es la realizacion en el presente de lo que solo está en las nubes del porvenir; porque la fé es mas que la esperanza convertida en realidad, porque la fé nos muestra como presentes las cosas que deben suceder, pero con colores tan vivos, con luces tan claras, que si estuvieran ante nuestros ojos no serian tan bellas.

D. Fernando y fray Anjelo salian algunas veces á pasear en los jardines del monasterio.

Una tarde conversaban tranquilamente; el padre fray Anjelo hablaba de la vanidad de las glorias humanas cuando un jardinero llegó corriendo, sofocado y pálido.

Apenas podia hablar, y desde lejos hacia señas que ni fray Anjelo ni Valenzuela pudieron comprender.

—¿Qué hay, hijo mio? ¿qué tienes? dijo adelantándose á su encuentro fray Anjelo.

—¡Ay! señor—contestó el hombre—oculte vuesa paternidad al señor D. Fernando, que vienen á prenderle.

—¿Vienen á prenderle? ¿pero quién?

—Mucha tropa, muchas jentes; están muy cerca; yo se los he oido decir: á mi madre le han preguntado en el camino si estaba aquí D. Fernando de Valenzuela.

—¿Y qué dijo tu madre?

—Que no sabia....¡ah! señor, mire vuesa paternidad entre los árboles; se ven venir, brillan las armas....

—En efecto por allí les veo....se acercan.... venid, D. Fernando; venid, yo os salvaré.

Y fray Anjelo, seguido de D. Fernando, se entró precipitadamente al convento.

Atravesaron varios claustros hasta llegar á la celda de fray Anjelo.

—Entrad—dijo el padre.

D. Fernando entró y fray Anjelo cerró por dentro la puerta.

—Ahora—continuó—voy á mostraros un escondite incómodo por cierto, pero que nadie conoce sino yo, y donde nadie podrá encontraros: no hay que perder tiempo.

Y diciendo esto abrió un armario en donde habia algunos libros y una poca de ropa; hizo jugar el tablero del fondo que se abrió, dejando ver una entrada oscura y estrecha.

—Entrad ahí—dijo fray Anjelo.

—D. Fernando vacilaba.

—Entrad, no desconfieis; esa entrada conduce á una pequeña escalerilla que os permitirá llegar hasta el vacío que deja el arteson con la bóveda; allí os podreis acomodar; molesto será os repito ese alojamiento, pero seguro; entrad que oigo ya los pasos de los soldados.

D. Fernando se decidió y entró. Fray Anjelo volvió á colocar el tablero; puso en órden los libros y la ropa, y cerró el armario.

En este momento llamaron fuertemente á la puerta de la celda.



—Voy, hermano, voy—dijo con una voz perfectamente tranquila fray Anjelo—voy, no hay que impacientarse que estoy rezando el oficio divino.

Y tomando un breviario que sobre una mesa habia, le abrió como si estuviera rezando y se adelantó á abrir, en tanto que los golpes de fuera se rodoblaban.

—Vamos, ¿qué se ofrece?—dijo abriendo por fin la puerta—¿qué obliga á los señores soldados á venir á llamar con tal urjencia á la celda de un pobre fraile jerónimo?

Los oficiales que iban con aquellos soldados no se dignaron ni contestar, entraron á la celda y comenzaron un verdadero y escrupuloso rejistro.

Todo lo abrian, todo lo examinaban. Fray Anjelo les seguia en sus pesquisas esclamando de cuando en cuando con un aire verdaderamente candoroso:

—Válgame Dios, y qué cosas que andais haciendo en esta celda: supongo que todo lo volvereis á poner en órden.

Los soldados nada contestaron, pero despues de haberse convencido de que no estaba allí lo que buscaban, uno de ellos preguntó á fray Anjelo:

—¿Tiene alguna salida esta celda?

—Sí—contestó con admirable inocencia fray Anjelo—tiene.

—¿Y adónde está?

—Allí mismo, por donde habeis entrado por ahí es la salida.

—Este fraile es un bendito—dijo un soldado.

—O un tonto—agregó otro.

Y todos salieron de la celda diciendo cual mas cual menos alguna cosa picante á fray Anjelo que lo escuchaba todo sin dar una sola muestra de impaciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fray Anjelo luego que salieron de su celda los soldados cerró la puerta y siguió detras de ellos.

El rejistro del convento siguió y podia asegurarse que no quedó un rincon que no fuera cuidadosamente examinado.

Cerca del anochecer fray Anjelo entró á su celda llevando debajo de su hábito una cestilla.

Cerró por dentro la puerta y se dirijió al armario.

Abrió, sacó la ropa y los libros, movió el tablero y penetró por la puertecilla secreta.

—D. Fernando, D. Fernando, tomad—dijo—tomad.

—Gracias—esclamó D. Fernando—cuánto os agradezco este trabajo, ¿qué ha sucedido con mis perseguidores?

—Hánse instalado en el convento y han tomado todas las avenidas; están seguros, segun dicen, de que estais aquí.

—Casi casi estoy por dejarme cojer prisionero.

—Dios nos ampare.

—Sí, mejor quisiera morir; me siento aquí muy mal; quizá la falta de aire, la incomodidad, pero la cabeza me duele horriblemente, los oidos me zumban de una manera triste; en medio de la oscuridad veo como llamas que pasan ante mis ojos, y yo conozco que me he desmayado varias veces.

—Oh! qué malo está eso; haber, alargadme la mano; algo entiendo yo de achaques de medicina.

D. Fernando estendió el brazo y el fraile que estaba en la escalera con la canastilla le tomó el pulso.

—Oh! calentura, fiebre muy fuerte, muy fuerte; ya no os dejo la cesta, que seríais capaz de comer y esto os haria morir.

—Tengo sed.



—Sí, el agua se os quedará, pero los manjares no.

Y alargó á D. Fernando un garrafon de agua que el desgraciado llevó á sus labios.

—Ahora os dejo, pero mañana temprano volveré con un médico, porque vuestra situacion es delicada.

Fray Anjelo volvió á bajar á su celda, pero toda la noche permaneció abierta la puertecilla secreta y fray Anjelo en vela.

A cada momento se llegaba al armario y subia dos ó tres escalones para preguntar á Valenzuela por su salud.

—Mal sigo, mal sigo—contestaba D. Fernando, y fray Anjelo hacia un jesto de tristeza.

Amaneció al fin, y el fraile habló á Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—voy á dejaros; mi ausencia acaso será larga porque voy en busca de un cirujano de toda mi confianza; tened paciencia, quizá muy pronto se irá esa tropa y podreis salir.

—Haced lo que os plazca—dijo débilmente D. Fernando.

Fray Anjelo volvió á cerrar cuidadosamente el armario, y tomando un baston, salió con tranquilidad del monasterio.

Aquella mañana fué horrible para D. Fernando; enfermo, sin ausilios, sin cuidados de ninguna especie, no le era posible sentir ninguna clase de alivio.

Por otra parte, estaba por decirlo así, prisionero entre la bóveda y el artesonado; no tenia libertad en sus movimientos ni podia tomar una postura cómoda.

Todo aquello reunido era un tormento espantoso.

Fray Anjelo no volvió en toda la mañana, y la enfermedad de Valenzuela era grave; tenia perdido el conocimiento y el delirio se habia apoderado de su cerebro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En aquella horrible oscuridad, su imajinacion estraviada le hacia ver los cuadros mas deliciosos de su vida pasada.

Ya era la cámara de Dª María Ana de Austria, las bujías perfumadas iluminaban aquella estancia; la reina estaba allí delante de él, bella, amante, con su mirada dulce, con su sonrisa seductora; le llamaba, le tendia los brazos. Valenzuela hacia un esfuerzo, levantaba la cabeza, pero en aquel momento sentia un golpe y un dolor agudo en la frente, era que habia chocado contra la bóveda.

Un rayo de intelijencia brillaba por un momento en su cerebro, recordaba su situacion, lanzaba un jemido y volvia á caer en el delirio.

Algunas veces le parecia estar en el bosque del Escorial: los perros ladraban, los monteros les animaban con sus voces; sonaban las trompas; el rey aparecia armado de una escopeta, y entonces él, Valenzuela, se figuraba que era el ciervo y el rey le perseguia; le perseguia y era aquella una carrera fantástica, era como si la tierra se deslizara rápidamente debajo de sus piés, y volvia el rostro y siempre el rey, el rey.

Derepente sonaba un tiro; Valenzuela llevaba la mano á su pecho, y á su queja de angustia respondia una carcajada estridente, y esta carcajada se repetia por todos los ángulos del bosque y por todas partes veia Valenzuela el rostro de Dª Inés que reia de una manera infernal.

Pero todo aquello parecia que le pasaba al medio dia, bajo un sol abrasador, porque sentia una sed horriblemente espantosa.

Bebia sin cesar del agua que le habia dejado fray Anjelo, pero el agua se agotó y entonces creció el martirio; era ya casi la desesperacion.



En la tarde volvió fray Anjelo y le acompañaba un hombre, que segun lo que el relijioso le decia era el médico que venia á curar á D. Fernando.

—Hemos llegado—dijo fray Anjelo cerrando la puertª por dentro—aquí es donde vuesa merced tiene que ejercer su benéfico ministerio.

—¿Está su paternidad enfermo? porque aquí no veo....

—Espere vuesa merced, que á confiar voy á su discrecion un secreto de grande importancia.

El médico hizo un jesto que no advirtió fray Anjelo.

—Veamos qué me dice su paternidad.

Fray Anjelo sin contestar comenzó á sacar todo lo que contenia el armario.

—¿Y bien?—dijo el médico.

—Paciencia, paciencia, con paciencia se gana el cielo, ya verá vuesa merced.

Por fin el tablero cayó y quedó descubierta la entrada.

—Por aquí—dijo fray Anjelo mostrándola.

—¿Y qué tengo yo de hacer por allí?

—El enfermo.....

—¿El enfermo?

—Sí.... pase vuesa merced y ya verá.

—No, antes su paternidad que conoce el camino.

—Tal es el camino que ni vuesa merced podrá estraviarse si entra por delante, ni ver al enfermo si va detrás de mí; ¿tendrá vuesa merced desconfianza?

—No, imposible.

—Pues pase.

El médico haciendo un jesto entró y subió las escaleras hasta llegar á donde estaba Valenzuela.

—Necesítase luz—dijo el médico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tráigola aquí—contestó fray Anjelo presentándole una bujía.

El médico acercó la luz al rostro de Valenzuela y le reconoció inmediatamente.

—¡Ave María!—esclamó.

—¿Qué hay?

—Nada, sino que la fiebre es muy grave y necesito grandes medicinas.

—Quizá las haya en el convento.

—No, necesito ir por ellas á Madrid: esto es muy grave; este hombre está enteramente fuera de sí.

—En ese caso.....

—Abajo hablaremos.

Fray Anjelo bajó y el médico en pos de él; D. Fernando como un tronco muerto, apenas hablaba delirando, y nada comprendia de cuanto pasaba en su derredor.

—¿Qué opina vuesa merced?

—Opino que de no asistirse ese hombre con cuidado y en otro lugar que no sea ese, de morir tiene muy pronto.

—¿Pero por ahora qué se necesita?

—Un medicamento que voy á traer; tengo abajo mi mula y voy....

—Como le parezca mejor á vuesa merced.

El médico tomó su sombrero y fray Anjelo hizo ademan de seguirle.

—No acompañe vuesa paternidad, que sé el camino y no hay para qué se moleste.

Fray Anjelo quedó en la puerta de la celda y el médico se alejó por los claustros.

El príncipe D. Juan de Austria habia encargado de la prision de Valenzuela á D Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, y le acompañaron el duque de Medina-Sidonia, el marqués de Valparaiso, D. Fernando de Toledo y otros con cosa de doscientos jinetes.



D. Fernando era muy querido en el convento, de tal manera que el prior habia dispuesto ya de antemano con fray Anjelo el lugar en que debia ocultarse Valenzuela en caso de que viniesen á prenderle.

D. Antonio de Toledo y sus compañeros sabian á no dudarlo que Valenzuela estaba en el Escorial y por eso buscaron con una especie de rabia, sin perdonar lugar, ni aun de los mas sagrados; pero como hemos visto, todo fué inútil.

Sin embargo, determinaron permanecer en el Escorial.

D. Antonio de Toledo mostraba un vehemente deseo de aprehender á D. Fernando y una verdadera desesperacion por no haberlo conseguido.

El marqués de Valparaiso no era menos celoso en la comision.

A pesar de todo, comenzaban ya á perder la esperanza cuando una tarde presentóse ante D. Antonio de Toledo un hombre que queria hablarle en secreto.

Encerróse con él D. Antonio en un aposento, y el hombre dijo:

—Si vuestra merced me promete darme ó conseguirme una buena remuneracion por el servicio, ofrezco á vuestra merced descubrirle el lugar en que está oculto D. Fernando de Valenzuela.

—Y qué recompensa quiere el buen hombre?

—Un destino, señor.

—Respondo de conseguírselo.

—No mas que deseara no fuese en España sino en las Indias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y por qué?

—Porque tarde ó temprano llegaria á descubrirse este secreto y mi vida correria peligro con los amigos de Valenzuela ó de la reina nuestra señora.

—El príncipe D. Juan os protejerá.

—Quizá él mismo no alcance á protejerse.

—¿Qué decís?

—Nada que importe, pero quisiera el destino en Indias.

—Respondo de él.

—En tal caso, tenga vuesa mereed la bondad de seguirme.

El de Toledo, se hizo acompañar por algunos soldados y siguió al médico.

Cuando llegaron cerca de la celda de fray Anjelo, el médico les hizo señal de que caminasen en silencio, y así lo verificaron hasta llegar á la puerta.

El médico llamó.

—¿Quién va?—dijo fray Anjelo.

—Yo, padre; el médico, que está de vuelta.

—¿Tan pronto?

—Felizmente encontré aquí mismo la medicina.

Se oyeron los pasos de fray Anjelo que se acercaba á la puerta y el ruido de la llave que entraba en la cerradura.

El médico hizo señal á D. Antonio de Toledo y á los suyos de que se retirasen de la puerta y esperasen.

Fray Anjelo abrió y el médico procuró cerrar inmediatamente para impedir que viese á los que le acompañaban.

—¿Qué tal sigue el enfermo?—dijo el médico.

—Aún no le he visto: ¿qué piensa vuesa merced hacer?

—Sangrarle ante todo.

—Bien, abramos.



Fray Anjelo comenzó á separar la ropa hasta abrir el tablero movible de la alacena.

—Ya puede entrar vuesa merced—dijo.

—Ahora.... nada mas voy á tomar una vasija que olvidé en la puerta.

—Pero es una imprudencia abrir la puerta cuando está descubierta esa entrada.... —dijo fray Anjelo tratando de impedir al médico que abriera.

—No tengais cuidado, todo está previsto—contestó el médico lanzándose á la puerta y abriendo violentamente.

En el momento la celda se llenó de soldados: fray Anjelo retrocedió espantado, miró al médico que hablaba con D. Antonio de Toledo, y comprendiendo que aquel infame le habia vendido, esclamó sin poder contenerse:

—Miserable, Dios te castigará terriblemente.

—Llevad preso á ese fraile—dijo D. Antonio.

Dos soldados llevaron á fray Anjelo que no opuso la menor resistencia.

—Ahora por allí—dijo el denunciante mostrando la entrada.

Unos soldados penetraron al escondite de Valenzuela y pocos momentos despues volvieron á salir con él.

D. Fernando estaba incapaz de conocer su situacion; se dejó prender sin manifestar siquiera estrañeza.

—He cumplido—dijo el médico cuando vió seguro ya á D. Fernando de Valenzuela.

—Y cómo se llama?—preguntó con desprecio D. Antonio.

—Yo, me llamo, señor, el doctor Rodrigo de Dávila.

—Bien, tendreis el destino en Indias, pero hacedme la gracia de retiraros.

---

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por órden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni Dª Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adios, á su patria.

.....

.....

Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

# LIBRO III.

## EL TAPADO.

### I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltelolco, en el mes de Mayo de 1683.

ERA la noche de uno de los últimos dias del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por órden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni Dª Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adios, á su patria.

.....

.....

Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

# LIBRO III.

## EL TAPADO.

### I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltelolco, en el mes de Mayo de 1683.

ERA la noche de uno de los últimos dias del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al norte de la ciudad de México, por el antiguo barrio de Tlaltelolco, y separada de todos los demás edificios, se levantaba una pequeña casa en medio de un campo sin vejetacion, sembrado de escombros y cruzado por zanjas y por canales casi secos de diversa profundidad.

Aquella casa debia haber sido en otros tiempos una gran casa, pero abandonada seguramente por sus propietarios durante muchos años, se habia ido destruyendo hasta haber quedado casi inhabitable.

La mayor parte de los techos habian caido; los pavimentos estaban cubiertos de tierra en la que crecian malvas y otras yerbas silvestres; las paredes que no estaban derribadas tenian un color sepia, y cruzadas por grietas inmensas, en donde brotaba tambien la yerba y se albergaban las sabandijas.

Aquella casa tenia dos pisos, y en el patio principal se conservaba todavía la escalera cubierta de musgo que conducia á las habitaciones superiores.

Apenas se veian batientes en algunas ventanas, y la puerta principal estaba casi tapiada con adobes, no dejando para entrar sino una especie de postiguillo, que se cerraba con unos trozos de madera que eran seguramente fragmentos de las vigas de las habitaciones.

El viento, penetrando en las piezas desiertas y en los ámbitos del patio y de los corredores, producia un rumor triste y pavoroso.

Sin embargo, aquella casa estaba habitada, y en uno de los aposentos interiores brillaba una luz, que ajitada constantemente por el viento, formaba una especie de relámpagos y arrojaba de cuando en cuando un vacilante resplandor sobre las ennegrecidas paredes del patio.



Aquella estancia iluminada estaba en el piso alto y al término de la escalera.

Era un aposento largo y no muy estrecho, sin arteson ninguno; las paredes sucias y en algunas partes cubiertas tambien de musgo, indicaban que penetraban allí la lluvia y el viento.

En medio de aquel aposento ardia una hoguera en derredor de la cual cinco ó seis hombres sentados en adobes y piedras arrancadas de la pared, mas bien que conversar parecian entretenerse en contemplar la caprichosa figura de las llamas.

Aquellos hombres estaban no pobre, sino miserablemente vestidos.

Ninguno de ellos hablaba, y solo de cuando en cuando se escuchaba el golpe de una raja de leña que alguno arrojaba á la hoguera para alimentarla, ó la esclamacion que alguno lanzaba cuando una bocanada de viento entrando por la ventana hacia arremolinar las llamas, y llenaba el aposento de un humo denso y sofocante, y entre el cual caminaban algunas chispas brillantes.

Así permanecieron largo tiempo, hasta que se oyó el ruido de la lluvia que comenzaba á desprenderse con grande abundancia.

El resplandor de un relámpago, seguido casi inmediatamente de un gran trueno, vino á sacarles de su meditacion.

—Cerca ha caido el rayo—dijo uno de ellos con negligencia y como preocupándose muy poco de la tormenta.

—Los truenos de Mayo—contestó otro en el mismo tono: la tempestad está encima.

—Lo siento, porque quizá no pueda venir el Señorito, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos perdido aquí la noche, pero el Camaleon dijo que vendria.....

—Así me lo aseguró—dijo un hombre rubio de ojos claros, cargado de hombros, y que no habia hablado aún—y cuando el Señorito dice una cosa la cumple.

—Menos cuando no—dijo un negro atezado, removiendo el fuego.

—Miren con lo que sale el Pinacate—contestó el Camaleon—¿y qué cosa no te ha cumplido?

—Prometió sacarnos de pobreza—dijo el Pinacate.

—Y lo cumplirá—contestó el Camaleon.

—Sí, eso sucederá algun dia, pero será cuando ya *chifle mi calavera.*

—Ya veremos, lo que es por esta noche me ha dicho que viene y vendrá.

—Santas noches, señor Camaleon y *compaña*—dijo á ese tiempo una voz dulce y melodiosa detrás de aquellos hombres.

Todos volvieron el rostro y vieron avanzar á una muchachilla como de diez y seis años, pobremente vestida, sin zapatos, con un pedazo de lienzo azul por todo abrigo, y completamente empapada.

Aquella muchacha, que era casi una niña, tenia dos hermosísimos ojos pardos; su cabello castaño estaba recojido dentro de una sucia y vieja redecilla; mostraba la palidez de la miseria, y sin embargo, era lo que puede llamarse una muchacha bonita y graciosa.

—¡Ah! ¡la Apipizca!—esclamó el Camaleon.

—La misma, buen mozo, y vengo mojada hasta los huesos

—Tú tienes la culpa por haber venido tan tarde—dijo el Pinacate—no te hubiera caido el agua.



—Cierto que no; porque no debia yo haber emprendido la marcha mirando que venia la tempestad, pero esta maldita costumbre de buscar á los amigos, y que mi madre se durmió tarde.

—¿Ya se durmió?

—Sí, la dije que venia á veros, y me contestó: "hasta que yo me duerma, que no me agrada estar sola;" la compré su aguardiente, y á poco se durmió.

—Vaya en paz, ¡ojalá y no despierte nunca!—dijo el Camaleon.

—Deslenguado, calla, que es mi madre—contestó la muchacha dando graciosamente un golpe con su manita en la boca de aquel hombre.

—Vamos siéntate cerca de las llamas para secarte.

—Yo aquí—dijo la muchacha, y se sentó al lado del Camaleon.

—Vamos, ya estoy aquí: ¿y para qué me quereis? á ver.

—Para esto—dijo uno de aquellos hombres haciéndola una caricia tan pesada que la hizo gritar.

—¡Oh! no hay que ser tan pesados, porque me incomodo·

—Para *gustar* contigo, para que nos distraigas y nos cantes—dijo el Camaleon ¿trajiste tu vihuela?

—¿Vihuela? bonita está; empeñóla mi madre ayer para comprar pulque.

—¡Vieja maldita! esclamó el Pinacate.

—Cállate, negro feo—dijo la muchacha—siempre vosotros hablando mal de mi madre detrás de ella, pero apenas la miran, la tienen mas miedo que al diablo.

—Porque es bruja.

—¿Bruja? porque sabe dar unas cortadas que no se borran nunca, si no que lo diga el Cupido, que un dia porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me quiso llevar á fuerza le hizo mi madre dos caras del primer viaje.

—Es verdad—contestó un hombre que mostraba una horrible cicatriz que le atrevesaba toda la cara—*esa me debe* la vieja.

—Pues cobrásela, y te la pagaré yo—dijo la muchacha tendiéndole la mano como para recibir un golpe.

—Pues tú así me pagas—contestó el Cupido tomando aquella mano y mordiéndola suavemente.

En este momento se oyeron los pasos de un hombre que subia la escalera.

—El Señorito—dijo Camaleon.

Todos se levantaron y penetró á la estancia un hombre sacudiendo violentamente su sombrero.

El recien venido era un jóven como de veinticinco años, moreno, de grandes ojos negros, bigote corto y atusado, labios delgados, y dientes blancos, pero que por la configuracion de la boca siempre se descubrian aunque el individuo no se sonriese.

Vestia de negro segun la costumbre de aquellos tiempos. y ostentaba en el talabarte espada, daga y pistola.

—¡Maldita noche!—dijo—negra como el alma de Satanás: á ver, Pinacate, un asiento cómodo de cerca de la lumbre:

El Pinacate obedeció sin replicar.

—Vamos, Camaleon, sacude mi ferreruelo y mi sombrero.

El Camaleon recibió el sombrero y el ferreruelo.

El jóven se sentó cerca de la lumbre, y descubriendo entonces á la muchacha, esclamó:

—¡Ah! ¿tú tambien aquí, buena moza? ven á sentarte aquí conmigo; ya estás perdida, pero no le hace; siéntate



aquí, te haremos cariños, no se me olvida nunca que fuiste mi amorcito.

La muchacha con gran desparpajo tomó asiento junto al Señorito, el jóven la pasó el brazo al derredor del cuello la hizo una caricia, y luego dirijiéndose á los demas, les dijo:

—¡Ea! á sus lugares, y hablemos.

Todos volvieron á sentarse al derredor de la hoguera pendientes del jóven que se entretenia en acariciar á la Apipizca.

La muchacha recibia aquellas caricias con una desenvoltura repugnante.

---

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

De quien era el señorito y de lo que trataba con la mala jente en la casa de Tlaltelolco.

La lluvia seguia cayendo en abundancia y produciendo un rumor triste sobre los techos inválidos de la arruinada casa.

El viento habia cesado, pero los relámpagos, los rayos y los truenos eran á cada momento mas frecuentes.

El Señorito, como le habian llamado aquellas jentes, tomó la palabra con todo el aplomo de un gran orador, y sin separar su brazo del cuello de la Apipizca, comenzó su discurso.

—Hace ya muchos dias—dijo—que estamos en espera de una oportunidad para hacer cambiar nuestra suerte: vosotros debeis estar pobres, y á mí comienzan ya á escasearme los recursos.

Todos movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero hé aquí—continuó el Señorito—que se nos viene á las manos uno de esos buenos negocios, uno de esos lances que nos puede sacar de apuros por muchos años: ¿es tais listos para ayudar?



—Sí—dijo el Camaleon.

—Se trata de dar un golpe al rico marqués de Rio-florido que tiene en sus cajas muchos pesos, muchas onzas, muchas alhajas y una soberbia vajilla de plata. ¿Qué tal bocado?

Los ojos de aquellos hombres despidieron un relámpago como si hubieran tenido delante todo aquel tesoro.

La muchacha acarició con ternura el rostro del Señorito: aquella noticia la habia vuelto amorosa.

—Pero el negocio tiene sus dificultades; el marqués es hombre muy precavido, y á lo que se dice, valiente; la servidumbre no es numerosa pero sí fiel, y seria preciso dar una batalla si quisiéramos tomar la plaza por fuerza.

—¿Entonces?.... dijo uno.

—Oid, que llevo ya andada la mitad del camino, porque soy como el jefe de esta empresa, y tengo de hacer lo mas.

Los hombres se movieron como para escuchar mejor, la Apipizca se acercó mas al Señorito y el Pinacate arrojó á la hoguera otra raja de leña.

El ruido de la lluvia continuaba, y dentro de la estancia sonaba monótono el golpe del agua que filtrándose por el viejo techo caia acompasadamente sobre el pavimento.

—Como sabeis, nadie conoce en México mis relaciones con vosotros, y yo paso en la ciudad por D. Guillen de Pereyra, que vive de sus réditos y de sus haciendas: esto me abre las puertas de la sociedad y tambien me ha facilitado entrada á la casa de D. Manuel de Medina, marqués de Rio-florido. El viejo es rico, avaro, y casi misántropo: su hija Dª Inés tiene otro carácter; no es ya jóven, ni vieja todavía,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero es bella, bien formada, y sobre todo, una de las mujeres mas ardientes que he conocido; por su edad no está ya en estado de tener galanes, á pesar de que como os he dicho, es fresca y hermosa, pero de seguro que nadie la apetece para su mujer, sobre todo, por las historias que se cuentan aquí de España: yo entré á su casa; por no dejar la dije una galantería, que me gusta, aunque no para esposa; oyóla con agrado, y hé aquí que de la noche á la mañana me encuentro en la mas ardiente correspondencia con ella, que á decir verdad, tiene lo menos diez años mas que yo de vida.

—Seductor—dijo la Apipizca tomando con sus deditos uno de los labios del jóven—así te burlaste de mí cuando era yo inocente.

—Calla, Marta, no hables de eso, que yo tambien lo era y tanto perdiste tú como yo.

La jóven se sonrió de una manera maliciosa y el Señorito continuó:

—Dª Inés está loca por mí, y se lo creo, porque como yo nada siento, puedo juzgar imparcialmente de su amor; pues bien, en ese amor está fundado mi plan; dentro de muy poco tiempo seré dueño enteramente de su voluntad, y entonces la pediré que me abra la puerta de su casa á la media noche, y cuando todos esten durmiendo; ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—En ese caso entraré dejando como por descuido abierta la entrada por donde vosotros os colais bonitamente y sujetais al viejo y á la servidumbre; si Dª Inés nada advierte, que esto dependerá de la situacion de las piezas de la casa, bien, adelante: si algo siente, salgo, os batís conmigo, me desarmais, me atais y punto concluido; ella nada sospechará de mí, y por cuidar de su honra, cuidará muy



bien de no descubrir á nadie que estaba yo á esas horas en su cámara; ¿qué tal?

—Perfectamente, ¿y cuándo se dará el golpe?—dijo el Camaleon.

—Yo os lo avisaré, ya diciéndolo á alguno de vosotros, ya por medio de Marta que me ayudará en esto; ¿es verdad, jitanilla linda?

—En cuanto quieras, buen mozo; que me gustas como siempre.

—Porque he pensado—continuó Pereyra—que Marta entre á servir á Dª Inés para tener allí un aliado mas.

—Pero si nunca he servido—dijo Marta haciendo un dengue que indicaba contrariedad—no sé.

—No le hace, aprenderás.

—¿Y así me podrán recibir? tan pobre, sin zapatos, sin...

—¿No tienes mas ropa?—preguntó Pereyra.

—¿Mas ropa? mira como están ahora mis galanes y mi querido y dime si podré tener otra ropa.

Y Marta con un cinismo impropio de su edad, señalaba á todos aquellos truhanes.

—No importa, mañana mismo te planto como una duquesa y te alecciono en el papel que vas á desempeñar y en el modo con que debes entrar á la casa del marqués.

—¿Y mi madre?

—Déjala en paz.

—No, ¿por qué la he de abandonar? ¿quién la mantiene?

—Corre de mi cuenta, te prometo enviarla tanto pulque y tanto aguardiente que no alcance á tomárselo en los años que le falten de vida.

—Entonces estoy conforme, ¿tú la hablas, buen mozo?

—Yo la hablo, ya sabes, no mas le digo: necesito llevar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me á Marta á que pase unos dias á mi lado, y nada replicará.

—Muy bien.

—Mañana espérame en tu casa, muy limpia y muy bien peinada, porque yo enviaré la ropa muy temprano y luego iré á verte para que tomes la leccion.

—Perfectamente.

—Vaya, hemos concluido, ¿no tienen por ahí un trago de algo? porque la noche está fria y húmeda.

—Solo aguardiente—dijo el Pinacate—que lo tenia oculto por si veníais, pues sé que os gusta echar un trago.

—Venga.

El Pinacate se levantó seguido de las codiciosas miradas de todos aquellos hombres y dirijiéndose á un rincon sacó de debajo de una vieja manta una botella.

—Aquí teneis—dijo presentándola á Pereyra.

El jóven la recibió, quitó el tapon y en vez de tomar, acercó la boca de la botella á la boca de Marta.

—Endúlzamela—dijo.

La jóven quiso tomar la botella.

—Por mi mano—dijo Pereyra, y la jóven aplicó los labios á la botella y dió tres ó cuatro grandes tragos.

D. Guillen la llevó luego á la boca y bebió.

—Magnífico—esclamó—sabe á labios de muchacha bonita.

La lluvia parecia haber cesado, y apenas se escuchaba como un murmullo lijerísimo.

—Me voy—dijo el Señorito levantándose—ya no llueve, y todos vosotros estais ya advertidos.

—Sí, contestaron todos.

—¿Y yo me quedo?—preguntó Marta, cuyos ojos comenzaban ya á tener el brillo de la exaltacion que le producia el licor, y cuyas mejillas se teñian de un suave carmin.



El Señorito la miró sonriéndose, y luego contestó:

—No.... no.... te has puesto muy animada y muy bonita con ese trago, y seria lástima que te quedaras entre estos hombres: vámonos, te llevaré á tu casa.

La muchacha, medio vacilante, tomó su manto mientras el Señorito se ponia su sombrero y el ferreruelo, y luego pasando uno de sus brazos al derredor de la cintura del jóven, salió apoyándose en él.

Los hombres les vieron salir, despues se asomaron por una de las ventanas, y cuando estuvieron seguros de que ya estaban fuera de la casa volvieron á sentarse como estaban antes.

—Pues mal nos trata el Señorito—dijo el Camaleon.

—Toma, y tú que siempre *sales* por él—contestó el Pinacate.

—Sí, es cierto, pero esta noche me ha podido que así, no mas por bien plantado, se llevó á la Apipizca cuando yo la habia hecho venir.

—Por eso se la llevó, por no dejarla en tus manos.

—Sí, porque dice que le parecia bonita; esta noche, cuando él ya la habia abandonado hace mucho tiempo.

—¡Bah! mañana lo verás.

—Eso es, cuando esta noche estoy pensando que él se la lleva.

—¿Sabes, Camaleon, que me parece que tienes celos por la Apipizca?—dijo riéndose el Cupido.

—Puede ser, porque hace algunos dias que la estoy queriendo, y ya me habia yo acostumbrado á que no mas fuera mia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Eres un loco!

—Otras le he pasado al Señorito, pero esta me la paga.

—Como no le *claves* al torcer una esquina, no creo que tú ni ninguno de nosotros se le pare de frente.

—Ya se vé, pero yo sabré lo que hago.

—¿Qué?

—¿Me juran todos seguir un plan muy bueno que me ha ocurrido para salir de pobres y quitarnos al Señorito?

—Sí.

—Pues júrenmelo.

Todos aquellos bandidos se quitaron respetuosamente el sombrero y besaron la cruz que habian formado con los dedos de la mano derecha.

—Maldita sea el alma del que falte ó *cante*—dijo Camaleon.

—Maldita—repitieron todos.

—Pues oigan—continuó Camaleon—¿recuerdan lo que nos dijo el Señorito? entramos á la casa del marqués, sacamos lo necesario y luego nos repartimos; aquí esta lo mejor; él sin esponer nada porque hasta la salida busca de que le hemos de desarmar, toma como siempre la mejor parte, ¿por qué hemos de ser tan tontos? una vez desarmado, le matamos, y todo el botin para nosotros.

—¿Pero y si se resiste? dijo el Cupido.

—No se resistirá, porque él mismo nos ha dicho que le desarmemos, y en la creencia de que le vamos á obedecer, se deja, y despues.... en *un decir Jesus* le dejo mas muerto que está mi padre.

—Bueno, bueno—dijeron todos.

—Ahora silencio—y cada uno se *larga* á su casa.

Y todos aquellos hombres se deslizaron como unas sombras en la oscuridad y solo quedó allí el Camaleon, porque allí tenia su guarida.



Entonces, tomando un gran cántaro lleno de agua lo vertió sobre la lumbre para apagarla.

Procuró cerrar los viejos batientes de las ventanas y de la puerta y arrebujado en una manta se acostó en uno de los rincones, despues de haberse santiguado devotamente.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III.

En el que vuelven á aparecer el marqués de Rio-florido y su hija Dª Inés de Medina.

La gran acequia que conduce de las guas de la laguna de Chalco á la de Texcoco, pasaba á la espalda de la casa que ocupaba en México el marqués de Rio-florido.

Aquella casa era un inmenso edificio, pero casi deshabitado.

El marqués se habia vuelto avaro, de manera que tenia muy poca servidumbre, comparativamente con la que sostenian los hombres ricos en aquellos tiempos.

Una sola carroza quedaba para que saliera en ella Dª Inés, y en el patio de la casa no se veian ni lacayos, ni palafreneros, ni nada que indicara las grandes riquezas del propietario.

Un tronco de mulas para tirar la carroza y dos ó tres criados: este era todo el aparato.

En cuanto á las habitaciones superiores, que eran las que ocupaban el marqués y su hija, recuerdos no más de un lujo pasado. La estancia del marqués separada enteramente de la de su hija.



Grandes y fuertes rejas de hierro por todas partes, hasta el estremo de la escalera que desembocaba al corredor.

Y todo cerrado siempre, y tantas precauciones para recibir y dejar entrar á cualquiera persona como si fuese aquella una plaza sitiada.

Pocas visitas: Dª Inés salia algunas veces; el marqués casi nunca.

La vida de aquellas jentes era triste; mucho rezar, comer, dormir siesta.

En las noches una tertulia compuesta de un fraile de la merced, un inquisidor, dos beatas descubiertas de la vecindad, y á última hora nuestro conocido el Señorito.

Pero el Señorito, *habia puesto*, como se decia en aquellos tiempos, *una pica en Flandes*, logrando ser admitido en la casa. El padre mercedario fué su salvador.

Dª Inés aún era jóven, y sus pasiones estaban más exaltadas con el aislamiento. El triunfo de D. Guillen no fué difícil.

Dª Inés creyó haber encontrado una distraccion en la triste monotonía de su vida.

D. Guillen creyó ver en aquellos amores el principio de una gran fortuna.

Poco á poco fueron encendiéndose aquellos amores hasta llegar al estado en que los ha dejado entrever D. Guillen al hablar con los tunos en la casa del Camaleon.

La noche que siguió á aquella, Dª Inés y su padre conversaban con sus tertulianos.

En una gran estancia amueblada con camapés y sitiales de caoba, tapizados de viejo damasco amarillo, tenia lugar aquella reunion.

Dos velones de cebo colocados en los albortantes de dos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pantallas esparcian su incierta y escasa claridad, dejando envueltos en sombras los dos estremos de la estancia.

La conversacion no era jeneral.

El inquisidor y el mercedario departian con el marqués por un lado, y por el otro, Dª Inés cortejaba á D. Guillen y á una beata vieja, magra, pálida, con grandes y aguzadas narices y ojos verdes, redondos y saltones. La beata vestia el hábito de San Francisco, y era conocida en el barrio con el nombre de madre Salomé.

El Señorito tomaba allí delante de todos el aire compunjido de un *ejercitante*, aunque á solas con Dª Inés era otra cosa.

—Crea vuesa merced, mi señora Dª Inés—decia la beata Salomé—que no hay mejor devocion que la del Santo Anjel de la guarda, eficacísimo en todo trance ó necesidad.

—Yo tengo particular devocion á mi Anjel—dijo el D. Guillen lanzando á Dª Inés una mirada de intelijencia tan rápida como ardiente, en la que la dama leyó:—ese ánjel eres tú.

—Pues bien hace vuestra merced—le contestó Inés con otra mirada tambien muy significativa—porque así estará seguro de que el ánjel no le abandonará nunca.

—Como que eso sí—continuó la beata—una oracion fervorosa al Santo Anjel es un verdadero deliquio.

—Tanto es verdad eso—dijo D. Guillen mirando á Inés—que si mi ánjel me dijera que era la hora de morir diciéndolo él, moriria con verdadero placer.

—Pero tenga vuesa merced seguro—contestó Dª Inés que amando así á su Anjel, su Anjel deseará que viva vuesa merced muchos años, pues que tan bien y tan amorosamente le sirve.



—Es cosa—continuó con fervor la beata—que un solo dia no se me pasa sin rezarle y hablar con él.

—Gracias á Dios que á mí me pasa lo mismo—agregó D. Guillen—y no salgo nunca de aquí sin decirle algo, porque andando voy y rezando; esta noche tengo pensado hablarle largamente de mis cuitas.

El jóven miró á la dama como interrogándola si comprendia.

Dª Inés le miró tambien y como para darle á entender que habia entendido, le contestó:

—Pues él os escuchará con gusto, ¿es verdad señora Salomé?

—De seguro—contestó la vieja—que ese es el único amor correspondido; el de Dios y el de sus santos.

—Por eso me encuentro tan feliz—dijo con mucha uncion el jóven—porque creo que este amor es el amor correspondido. ¡Bendito sea mi Dios y Señor!

—Y correspondido quizá con usura—agregó Dª Inés.

—Lo confieso—replicó D. Guillen—conozco tanto mi poco mérito, que solo el favor de servir á tan divino dueño, seria compensacion, pues ahora saber que hay correspondencia, ¿qué será? por eso con el alma entera me entrego á tan divino amor.

—Y yo tambien—dijo con exaltacion Dª Inés interpretando como debia aquellas amorosas confesiones.

—Bendito sea mi Dios y Señor que me ha hecho venir entre tan buenos cristianos!—esclamó la beata.

Y la conversacion siguió con todas las apariencias de relijiosa, pero interpretada por los amantes conforme á su pasion.

Por el otro lado, el marqués, el inquisidor y el merceda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, hablaban de las depredaciones de los piratas; sostenian que todos ellos eran unos herejes calvinistas, y echaban la culpa de todo, no á lo mal guardado de las costas, ni al poco celo del almirante y jenerales encargados de perseguir á los piratas, sino á Martin Lutero que habia venido al mundo á crear aquella secta de herejes cismáticos.

Porque para la jente de aquellos tiempos, y sobre todo, para los que vivian en las colonias españolas, los protestantes eran una especie de raza nueva, raza de ogros ó de vampiros que habia brotado sin saberse cómo al calor de las palabras del reformador.

Aquellas jentes no podian figurarse que los protestantes de quienes oian hablar y de quienes hablaban sienpre con tanto horror, fuesen hombres como todos, sino que algo de diabólicamente fantástico les atribuian siempre; por lo menos el olor de la excomunion.

Las conversaciones se animaban algunas veces en la tertulia del marqués, y entonces el inquisidor y el mercedario declamaban y citaban latines.

El marqués les oia con calma, y el otro grupo suspendia su coloquio por algun tiempo para escuchar.

Volvia la calma y volvian las conversaciones á reanudarse.

De cuando en cuando el mercedario, que era el de mayor estatura, se levantaba de su asiento, tomaba unas tijeras y una charolita y cortaba el largo pábilo de los velones de cebo.

Dieron las diez de la noche y todos se pusieron en pié, y comenzaron á despedirse cortesmente.

El mercedario se retiró primero, solo; siguióle el inquisidor, á quien esperaba un lacayo con un farolillo, y luego la



beata á quien por ser persona de tanto aprecio, dos criados de la casa iban á llevar en una silla de manos.

D. Guillen salió el último de todos, El marqués se despidió de Dª Inés que le besó la mano y se fué á su aposento.

Pero D. Guillen no se dirijió á la escalera, sino que protejido por la oscuridad, se ocultó tras una de las columnas del corredor y permaneció allí sin moverse.

Pasó largo rato, hasta que una de las puertas se abrió suavemente, y oyó que le llamaban.

Entonces se deslizó procurando no hácer ruido y llegó hasta aquella puerta en donde le esperaba Dª Inés.

—Amor mio—dijo el jóven—qué largo y qué triste se me hace el tiempo que trascurre sin poderte hablar!

—Mi dueño—contestó la dama—para mí tambien es horrible, ¿pero qué quieres? mi padre tiene ahora un jenio tan violento y tan susceptible, que he llegado á tenerle miedo; en España me dejaba tanta libertad, y aquí.....

—Qué felices deben haber sido los que te amaban en España!

—Nunca amé allí á nadie como te amo á tí.

—¡Quién sabe!

—Ingrato, ¿eres capaz de dudarlo?

—Por supuesto.

—¿Por qué, mi bien?

—Mira, si tú me amaras tanto como dices, querrias estar siempre á mi lado.

—Y quiero, quiero, dueño mio.

—No se te conoce aún.

—¿Pero qué quieres que yo haga, mi vida?

—De tí depende que nos veamos mas continuamente, con mas libertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podria entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

---

## IV.

De lo que pasó en México el viérnes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

EN una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acaudalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podria entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

---

## IV.

De lo que pasó en México el viérnes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

EN una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acaudalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se creyó que alguna pasion oculta motivaba aquel cambio, pero como no se pudo averiguar nada; pronto los ociosos dejaron de ocuparse de su persona.

En la mañana del dia 21 de Mayo de 1683, D. Lope conversaba en uno de los aposentos de su casa con un eclesiástico.

Era éste un hombre ya de avanzada edad, y desde luego se conocia que era un amigo de mucha confianza en aquella casa.

—Creo que no debe hacerse nada por ahora—decia D. Lope—hasta que llegue á esta corte el marqués de San Vicente.

—No estoy conforme con vuesa merced—contestó el padre—la llegada del marqués puede infundir sérias alarmas en la audiencia y ponernos muy grandes dificultades; los oidores no son de nuestro partido y quizá trastornen nuestros planes.

—Desearia oir en esto la importante opinion de D. Gonzalo de Casaus, que debe llegar dentro de un momento.

—Y verá vuesa merced como es de mi misma opinion.

En este instante llamaron á la puerta y D. Lope se adelantó á abrir.

Un viejo, vestido de terciopelo negro, con espadin al cinto y capa corta, se presentó en la estancia haciendo un saludo halagüeño.

—Bienvenido sea el señor D. Gonzalo de Casaus, caballero y familiar del Santo Oficio—dijo el padre—que en estos momentos le necesitamos con urjencia.

—Mandarme puede el reverendo padre Lozada: ¿en qué puedo servir?

—Trátase solo de nombrar á vuesa merced—dijo el padre Lozada—juez en una cuestion, en la que la juventud aconsejaba la calma, y la vejez predicaba el arrojo.



—Escucharé á vuesas mercedes para fallar—dijo D. Gonzalo sentándose.

—Es el caso—continuó el padre—que como vuesa merced sabe, nuestros trabajos están muy adelantados; contamos con dinero, con armas, con muchos y buenos partidarios; los navíos franceses y holandeses con buena jente de desembarco están ya á inmediaciones de la Veracruz; D. Lope ha recibido carta de la reina nuestra señora Dª Ana de Austria, en que culpa nuestra neglijencia; creo que es llegado el momento de dar el grito, sin esperar la llegada del señor marqués de San Vicente, que segun sabe vuesa merced viene en comision de Su Majestad la reina.

—Y yo opino—dijo D. Lope—que preciso se hace esperar al marqués, porque él debe decirnos si la nao de Filipinas debe traer á Nueva-España á D. Fernando de Valenzuela ó si él viene en algun otro navío.

—En efecto—replicó D. Gonzalo—prudente seria esperar la llegada del marqués, para ver lo que dice S. M. Dª María Ana de Austria.

—Y entre tanto—contestó D. Lope—puede descubrirse algo.

—¿No está de acuerdo, el virey?—preguntó D. Gonzalo.

—Sí que lo está, segun me escribe el marqués de San Vicente—contestó el padre—pero la audiencia pudiera muy bien causar un trastorno y dar con el mismo virey en tierra, que desde el tumulto contra el virey marqués de Gelves, la audiencia se cree mas que el virey mismo.

—Tiene razon vuestra merced, y opino—dijo D. Gon-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zalo—que si es posible esta misma noche se haga todo: ¿está todo listo?

—Sí—dijo D. Lope—y si lo creeis prudente se hará, que solo falta avisar el dia y hablar á D. Guillen, que cuenta con mucha jente de armas.

—Pues no perdais el tiempo, porque un accidente cualquiera puede causar un trastorno—replicó D. Gonzalo.

—Previendo eso he enviado á decir á D. Guillen que le aguardo aquí—contestó el padre Lozada—y no tardará: esta noche debe darse el golpe, procediéndose ante todo á la prision de los oidores: en las provincias nos secundarán luego, porque tenemos por todas partes amigos y partidarios: el virey, segun lo que S. M. Dª María Ana de Austria nos dice, debe ayudarnos y continuar en el gobierno mientras llega el Sr. D. Fernando de Valenzuela, que tomará la rejencia del reino hasta que venga S. M.

—Entretanto mi único temor es que lleguen tropas de España—dijo D. Gonzalo.

—Ese caso está previsto, porque las naves francesas enviadas por la reina custodiarán la entrada del puerto y no entrarán las de España.

—Perfectamente: yo fundo mi esperanza en que los ajentes de S. M. han trabajado con tezon, y que el dinero no falta hasta hoy—dijo D. Gonzalo.

—Ni faltará—agregó D. Lope.

Un lacayo anunció á este tiempo que un caballero deseaba hablar con el padre Lozada.

—Voy con permiso de vuesas mercedes—dijo el padre, y salió de la estancia.

En la antesala esperaba un personaje conocido ya, era el Señorito.



El padre Lozada saludó, y el recien llegado contestó ceremoniosamente.

—Supongo—le dijo el padre—que sabreis el objeto con que os he hecho llamar.

—Sí, señor.

—Bien, pues se trata de dar esta noche el grito, "México por Dª María Ana de Austria."

—De todo estoy informado.

—Y para eso se hace necesario contar con el mayor número posible de jente, y tengo noticia de que vos teneis mucho ascendiente en la plebe.

—Un tanto, padre.

—¿Y podemos contar con vos?

—Creo que habrán dicho á vuesa merced que sí, que puede contarse conmigo á vida y muerte.

—¿Entonces, estais listo?

—Listo.

—¿Qué os falta?

—Dinero.

—Esta tarde le tendreis; ocurrid al Colejio de San Gregorio y preguntad por el padre procurador.

—¿Es vuesa merced?

—Sí

—Pues no faltaré: adios.

Separóse D. Guillen y el padre Lozada volvió á entrar á donde le esperaban D. Lope y su compañero.

—La suerte está echada—esclamó luego que estuvo dentro—esta noche.

—Si Dios lo permite—interrumpió D. Lope.

En este momento subió de la calle un rumor sordo como el que produce el mar encrespado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Algo estraño pasa en la calle—esclamó el padre lanzándose al balcon.

—En efecto—dijo D. Lope siguiéndole.

La calle del Reloj presentaba un aspecto estraño.

De la plaza mayor venia una gran multitud de jente, que hablaba, que gritaba, que corria, que se detenia, que ondulaba.

Hombres, mujeres, muchachos, todos parecian ajitados, todos se daban, al parecer, noticias unos á los otros de algun grave acontecimiento: solo vagamente se podia apercibir en medio de aquella confusion, que la multitud repetia:

—Los franceses! los franceses!

—Esto es grave—dijo D. Lope—preciso será salir para averiguar lo que todo esto significa.

—Mala idea me da; que me ha parecido que hablaban de franceses.

—Quizá háyase descubierto alguna cosa.

—No hay que perder tiempo.

—Vamos á ver.

Y sin ninguna clase de ceremonia, los tres tomaron sus sombreros y se salieron á la calle.

He aquí la causa de aquel repentino tumulto.

D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marqués de la Laguna y virey entonces de la Nueva España, acababa de recibir tres correos que le anunciaban que los corsarios franceses é ingleses habian desembarcado en Veracruz la Vieja y se dirijian á la Nueva Veracruz.

La noticia de aquel acontecimiento se difundió en la ciudad como por encanto, y el terror se apoderó de todos sus habitantes.



El solo nombre de los piratas infundia pavor á muy largas distancias.

Las hazañas de aquellos hombres resonaban por todas partes, y hacia ya algunos años que ni la España ni las Indias, como se llamaban entonces las colonias españolas, tenian seguro su comercio en el golfo de México.

Lelonois, Pierre le Grand, Mansvelt, Juan Morgan, Juan Darien, y en aquellos momentos el inglés Nicolás Agramont, y el mulato Lorencillo, como jefes de los piratas habian sembrado el horror y la desolacion en todas las costas.

La historia de la toma de la Isla de la Tortuga, Puerto-Principe, de Porto-Belo, de Maracaibo y de otra multitud de ciudades y plazas de las islas y tierra firme, era sabida ya por todos.

Los piratas se consideraban como demonios para quienes la distancia, el tiempo y la resistencia eran inútiles.

De aquí aquel grande alboroto: todos creian que en pos de los correos llegaban los enemigos: la alarma cundió en el mercado, y todos los que allí estaban echaron á huir figurándose ya que los piratas entraban por las garitas de la ciudad.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

En el que D. Lope de Montemayor confiesa que es imposible vencer á un hombre muerto y muy posible quedar vencido por una mujer viva.

Frente por frente de la casa de D. Lope habia una casa pequeña que permanecia cerrada casi todo el dia.

Al aspecto alegre y risueño de la casa de D. Lope correspondia la de enfrente con un cierto aire de tristeza y de misterio.

De luego á luego se conocia que esta última casa estaba habitada, porque de noche se advertia luz al través de sus balcones, pero solo de noche se abrian y se notaba que alguien se asomaba.

En las noches de luna podia distinguirse que era una mujer vestida de negro.

Siempre sola, aquella dama no tenia ni un galan que paseara su calle, ni se escuchó nunca la música de una serenata al pié de sus balcones.

El dia de la gran alarma de la ciudad nadie hubo que se asomara en aquella casa para ver lo que acontecia, á pesar de que todos los vecinos estaban en sus ventanas.



La dama misteriosa parecia afectarse muy poco de cuanto pasaba en el mundo.

Sin embargo, aquella misma noche, poco despues del toque de ánimas, un hombre llamaba á la puerta de la casa, le abrian y penetraba en ella con gran confianza.

Aquel hombre que así entraba era D. Lope de Montemayor.

D. Lope subió la escalera y se dirijió á una estancia que estaba frente á la entrada.

En aquella estancia, sencillamente amueblada con sitiales tapizados de damasco azul, esperaba ya su visita una mujer.

Era una dama como de treinta años, escesivamente pálida, con los ojos brillantes pero hundidos y rodeados de un círculo azulado: podia decirse de aquella mujer que era el tipo de una matrona, pero tan bella y tan interesante que difícilmente podria un hombre verla sin sentirse fascinado.

Sus negras tocas hacian resaltar lo pálido de su rostro y el brillo ardiente de sus ojos.

—Señora—dijo D. Lope besando respetuosamente la mano que le tendia la dama—¡cuán inquieto estaba por venir á preguntaros si os habíais asustado con el tumulto de esta mañana!

—Gracias D. Lope—contestó la dama—no hay ya nada en la tierra que pueda asustarme, porque hace ya muchos años que espero la muerte como un consuelo, como un consuelo que me ha negado el único que puede dármelo....

—¡Siempre tan triste, Dª Laura....!

—Siempre, D. Lope: paso mi vida como la sombra de una nube sobre la tierra; soy como un recuerdo escrito en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una roca; nada para el presente, nada para el porvenir; el recuerdo, el ayer, el pasado; vivo como vive un nombre, solo en la memoria. Nada deseo, nada temo; como una flor de mármol, sin aroma, sin color; porque para mí ni es alegría el sol, ni tristeza la sombra, ni el viento de la ilusion me agita, ni el rocío de la esperanza me baña. Dios es mi consuelo, la muerte mi descanso. A fuerza de sufrir he llegado á ser indiferente al dolor; á fuerza de llorar, mis ojos estan enjutos. Soy la sombra de la que fué, soy una alma perdida sobre la tierra.

—Razon teneis, señora. El cielo ha sido muy cruel con vos, y con migo tambien.

—D. Lope, no insulteis á la Providencia; ¿desgraciado vos? ¿vos que apenas habeis probado de la copa de la amargura? podeis llamaros infeliz delante de mí que he regado el camino de mi existencia con llanto de sangre?

—Dª Laura, conozco vuestra historia, porque mil veces con las lágrimas en los ojos la he escuchado, mientras vos me la referíais con la serenidad de vuestra alma grande; pero decidme señora, ¿vos amais un imposible, vos amais el recuerdo de D. José de Mallades? y yo que os amo á vos, señora, ¿no amo tambien otro imposible? ¿no soy tan desgraciado como vos? decidme, señora.

—Hay entre esos dos amores una distancia inmensa, D. Lope: si me amais como decís, vos no tendreis nunca mi amor, pero teneis siquiera mi amistad.

—¿Vuestra amistad, Dª Laura? ¿vuestra amistad? ¿y creeis, señora, que eso sea bastante para satisfacer este amor inmenso que me abrasa, que me consume? ¿vuestra amistad? ¿acaso no es este un nuevo y mayor tormento, una gota de agua para apagar un incendio que necesita un océano, un instante de dicha en medio de una eternidad de tormentos....



—Sí, es un consuelo inmenso, D. Lope, porque vos no conoceis aún lo que es el verdadero amor: ¿decidme qué pensaríais vos si os separara de mí la eternidad? ¡oh! mil vidas diera yo por ver un solo instante á Mallades; mil vidas por oir una sola palabra de su boca, aunque me aborreciera, aunque me despreciara, aunque amara á otra mujer, ¿lo oís? aunque de lejos siquiera alcanzara á ver, no á él, D. Lope, no á él, á su sombra que se dibujara sobre una de las paredes de mi estancia; á oir siquiera el ruido de sus pisadas; pero que yo supiera que vivia, que yo pudiera adorarle vivo, aunque no fuera yo tan dichosa que me concediera su amistad.... D. Lope, ¿qué es vuestra desgracia junto á mi desgracia? qué es vuestro dolor junto á mi dolor? qué es vuestro amor junto al amor de mi corazon? decid....

—Decís bien, señora, decís bien. ¡Oh! soy un ingrato con Dios, porque es verdad que amo un imposible, pero en cambio, Dª Laura, os veo, os oigo; vivo enfrente de vos; vengo á respirar el aire que respirais; puedo tocar vuestra mano; puedo besar la tierra que vais hollando; puedo en fin amaros, adoraros; y lo que es mas, confesaros y repetiros este amor, y esto es para mí una felicidad suprema: soy un loco, un insensato, porque yo no os amo porque vos me ameis; porque este amor ha llegado á ser tan grande, tan inmenso que cuando lo considero á mis solas, conozco que me llena el alma, que me la embarga, y siento que es un amor que se basta á sí solo, sin necesidad de buscar la correspondencia.

—Os compadezco, D. Lope: tambien vos debeis sufrir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, Dª Laura, no me compadezcais, porque este amor es mi dicha, porque sin él moriria; si sufro por él, este sufrimiento es mi gloria, pero en cambio de ese sufrimiento, él me alienta, me vivifica, me rejenera: ¿creeis, señora, que las flores aman al sol? y acaso nunca el sol comprende ese amor; ¿y sin embargo, por el sol viven las flores, por él perfuman el ambiente, por él abren su cáliz, y cuando él falta languidecen y mueren..... no me ameis, Dª Laura, porque así os puedo probar mejor lo ardiente y lo desinteresado de mi cariño: solo el pensar que podríais amarme, me daria la muerte; seria un placer que haria estallar mi corazon, que no resistiria mi alma.....

Reinó el silencio por un momento; Dª Laura con la vista clavada en el suelo y D. Lope contemplándola con ternura.

—Señora—dijo al fin—hay una especie de placer en ese sufrimiento del corazon que ama sin esperanza y sin consuelo; hay un goce punzante en ese martirio que viene á constituirse como una parte de nuestro sér; amor escento de tempestades, ó mas bien, tempestad eterna; amor que ni aún en lontananza contempla el hastío, que se llega á tornar en relijion, que purifica el afecto hasta el idealismo.....

—Os comprendo, D. Lope, porque yo tambien conozco que no podria vivir sin este dolor que despedaza mi pecho, porque siento ya que soy un espíritu que ama y que existe en otro espíritu.

Dª Laura y D. Lope volvieron á quedar en silencio por un largo rato.

—¿Sabeis qué he hecho esta tarde?—dijo repentinamente la dama cambiando de tono.

—¿Qué, señora?



—Leer los versos que me envió D. Fernando de Valenzuela desde Acapulco.

—¿Tanto os agradan?

—Sí; D. Fernando de Valenzuela era íntimo amigo de D. José de Mallades, como yo lo era de Dª Eujenia; creo haberos contado ya esa historia.

—Sí, señora.

—D. Fernando y aun la misma reina, estoy segura de que no tuvieron parte en la desgracia de D. José; hoy D. Fernando es muy desgraciado; la desgracia es un vínculo que estrecha las viejas amistades y que forma las nuevas. En los versos de D. Fernando hay tánta resignacion, tánta ternura! ¿quereis oirlos?

—¿Cómo no?

Dª Laura se levantó, abrió una pequeña gaveta y sacó un papel.

Las personas que han sufrido mucho tienen á veces consuelo en cosas en que los que no están en esa situacion apenas hallarian motivo de distraerse.

Debe ser porque la desgracia purifica el corazon y le vuelve la inocencia de los primeros años.

El Hijo de Dios contó entre los bienaventurados á los que sufren.

Contó entre las venturas de la vida el llanto.

Sublime y divina paradoja que necesita sentirse y no reflexionarse.

Porque esa dulzura infinita del consuelo solo puede sentirla el que padece, porque, como el agua de la fuente purísima, solo puede deleitar al que llega abrasado por la sed y el que no la sufre pasa con indiferencia á su lado sin comprender ni sentir el placer de acercar á ella sus labios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Laura se llegó á una bujía, y comenzó á leer. D. Lope la contemplaba extasiado.

—No os leeré todas las endechas para no fatigaros, pero oid....

Peregrinando tierras, *
Surcando mares negros;
Vientos examinando,
De ardientes climas rejistrando el fuego;
Del uno al otro polo
Camino, y solo puedo
Estrañar los rigores
Del polo que me mira en este puerto.
Mas ni aquesto me turba,
Porque el noble, á despecho
De villanas injurias,
No se deja vencer de lo grosero.
¿Quién se pudo librar
De las manos del tiempo?
Ejemplos tuve muchos
Y para muchos serviré de ejemplo.
¡De todo cuanto pude
Qué poco agora puedo!
Que se deshace fácil
Poder fundado en el poder ajeno.
Si escándalo juzgaron
Mis lúcidos empleos
Apagadas mis luces
Hoy estudian en mí los escarmientos.
Pero nada aprovecha
A la ambicion, pues vemos
Que en las ruinas mesmas
Al corazon levantan mas soberbio.
Pirámides de Ejipto,
Del Líbano los cedros,
Los unos y los otros
Cenizas y ruinas perecieron.
La inconstante fortuna
En no ser fija ha puesto

* Pongo estas endechas por ser orijinales de D. Fernando de Valenzuela. (*Nota del autor*).



Su grandeza, librando
En las mudanzas su mayor trofeo.
Yo no la espero nunca,
Porque constante espero
Triunfar de lo caduco
Y vivir inmortal para lo eterno.

—¡Pobre Valenzuela!—esclamó tristemente D. Lope cuando Dª Laura concluyó la lectnra.

—Es muy desgraciado tambien, y tiene ese vínculo con nosotros.

—Pero siquiera él, señora, tiene alguna esperanza en el porvenir.....

—¿Pensais que se logre vuestro plan?

—Estoy casi seguro, Dª Laura; esta noche debió haberse dado el golpe, pero las noticias de los piratas llegaron al virey y trastornaron nuestra combinacion, porque S. E. mandó esta tarde que en el término de dos horas se reuniesen todos los hombres capaces de llevar las armas, desde los que tienen quince años hasta los que tienen sesenta; esto hizo imposible todo intento.

—Pero, ¿no desistís?

—No, señora.

—Dios os ayude, D. Lope; aunque no puedo corresponder vuestro amor, os tengo el cariño de una hermana, y todos los dias pido á Nuestro Señor que os ampare y os proteja.

—¿Pedís á Dios por mí, Dª Laura?

—Todas las mañanas y todas las noches.

—¿Y si muriera yo en esta noche?

—Lloraria por vos y rezaria por vuestra alma.

—Ah! señora, qué suprema felicidad, ¡ojalá y muriera yo hoy mismo!

—Y no sentiríais dejarme sola sobre la tierra, cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sois mi único amigo, cuando sois mi hermano?—dijo con un acento de profunda ternura y de melancolía Dª Laura.

—Señora, procuraré vivir por vos y para vos.

—Así os quiero, bueno y resignado.

La jóven tendió su pálida mano á D. Lope y él la llevó á sus labios con una especie de veneracion.

Pocos momentos despues se despidió y salió de la casa meditabundo.

—Es imposible que pueda yo amarla mas—decia D. Lope en la calle.

Y Dª Laura pensaba en su aposento:

—Si yo fuera capaz de amar, le amaria....

---

## VI.

De lo que respecto al marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco, pensaban y decian en México.

ANUNCIOSE en México por principios del mes de Mayo, que habia llegado á Veracruz el señor marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco.

Atribuyéronle algunos, cargo de visitador del reino de Nueva-España, y á pesar de que todos los ánimos estaban inquietos con la aparicion de los piratas en las costas, la nueva de la llegada del marqués de San Vicente preocupó altamente al virey marqués de la Laguna, á la audiencia, á los principales señores y á la multitud en jeneral.

Desde que á tratar se comenzó de la venida de aquel personaje, observarse pudo que por parte de muchos señores se ponia particular empeño en enzalsarle; que por parte de la audiencia se desconfiaba estraordinariamente de él, y que el virey permanecia en una especie de neutralidad misteriosa, procurando no tomar parte en pró ni en contra del marqués de San Vicente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sois mi único amigo, cuando sois mi hermano?—dijo con un acento de profunda ternura y de melancolía Dª Laura.

—Señora, procuraré vivir por vos y para vos.

—Así os quiero, bueno y resignado.

La jóven tendió su pálida mano á D. Lope y él la llevó á sus labios con una especie de veneracion.

Pocos momentos despues se despidió y salió de la casa meditabundo.

—Es imposible que pueda yo amarla mas—decia D. Lope en la calle.

Y Dª Laura pensaba en su aposento:

—Si yo fuera capaz de amar, le amaria....

---

## VI.

De lo que respecto al marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco, pensaban y decian en México.

ANUNCIOSE en México por principios del mes de Mayo, que habia llegado á Veracruz el señor marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco.

Atribuyéronle algunos, cargo de visitador del reino de Nueva-España, y á pesar de que todos los ánimos estaban inquietos con la aparicion de los piratas en las costas, la nueva de la llegada del marqués de San Vicente preocupó altamente al virey marqués de la Laguna, á la audiencia, á los principales señores y á la multitud en jeneral.

Desde que á tratar se comenzó de la venida de aquel personaje, observarse pudo que por parte de muchos señores se ponia particular empeño en enzalsarle; que por parte de la audiencia se desconfiaba estraordinariamente de él, y que el virey permanecia en una especie de neutralidad misteriosa, procurando no tomar parte en pró ni en contra del marqués de San Vicente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esta incertidumbre, el marqués salió de Veracruz y se dirijió á México.

Como si aquel solo hombre constituyera por sí solo un ejército enemigo capaz de trastornar el reino, y como si de su sola voluntad estuviesen pendientes los destinos de las colonias, así se produjo en la ciudad una estraordinaria ajitacion con motivo de su viaje.

Los oidores y todos los de su partido pretendian que supuesto que el marqués de San Vicente no habia enviado sus papeles, debia procederse inmediatamente á su aprehension para impedir que se fuese á causar un trastorno en los dominios de S. M.

Los pardidarios y defensores del de San Vicente, por el contrario, sostenian que pues con tanta franqueza se internaba el marqués, en órden debia traer sus papeles y nombramientos, que de no ser así, recatado se habria, y concluian diciendo que el de San Vicente necesitaba ser tratado con todas las consideraciones y respetos dignos de su elevado carácter.

Naturalmente el centro á donde venian á chocar todas las exijencias y todas las fuerzas puestas en juego, era el virey, que procuraba en vano dejar desapercibidas estas voces, porque unos y otros acudian á palacio diariamente y á todas horas á suplicarle, á urjirle y hasta amenazarle con Su Majestad.

Contábanse entre los mas exaltados perseguidores del marqués de San Vicente, los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís.

Los dos se presentaron al virey una mañana, la víspera de la llegada de los correos que anunciaron el desembarque de los piratas en Veracruz.



El virey se encerró con ellos en una estancia.

—Quizá—dijo D. Frutos—molestará ya á S. E. nuestra constante solicitud en el asunto del tan mentado marqués de San Vicente, pero séanos suficiente disculpa el celo que nos guía por el buen servicio de S. M. y por la paz y tranquilidad de estos reinos.

—De ninguna manera puede su señoría.—contestó el virey—molestar atencion que merece y muy cumplida, siempre y principalmente en los negocios que atañen al real servicio; ¿qué tiene que decirme vuesa señoría?

—Mi compañero el Lic. D. Martin de Solís y yo—continuó D. Frutos—hemos sabido que avanza en su camino para la ciudad el susodicho marqués de San Vicente, y veniamos á suplicar á V. E. que se tomara en tan grave negocio, una como se requiere grave providencia.

—Supuesto que lo exijen así—agregó D. Martin—el sagrado deber en que está vuecencia de velar por la paz de los dominios del rey nuestro señor (Q. D. G.) y el que á nosotros nos impone nuestro oficio de ayudar á V. E. en tan delicada mision.

—A fé mia, señores—contestó el virey—que en este negocio pienso lo mismo que ya otras veces he manifestado á sus señorías, esto es, que no veo razon para tener como negocio de gran importancia la venida de un hombre desconocido á estos reinos; que si mision le asiste de S. M., manifestará sus papeles que serán acatados y obedecidos como merecen, y si por el contrario, es un impostor, nada podrá hacer porque la justicia vela sobre él.

—¿Pero no cree V. E.—dijo D. Frutos—que es temeridad dejarle comunicarse con todas sus jentes y preparar así algun mal proyecto que indudablemente debe traer?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Fia su señoría—contestó el virey—tan poco de la lealtad de los súbditos de S. M. en Nueva-España, que piense que un desconocido pueda causar un trastorno en tan pocos dias?

—Realmente—dijo D. Martin—es porque examinando las circunstancias todas de la llegada de ese personaje misterioso á Veracruz, llegado hemos hasta suponer que el tal mariscal de campo y castellano de Acapulco, es ó será emisario ó enviado de los piratas que infestan el Golfo, y trae, ó encargo de esplorar el interior de la tierra firme y los medios de defensa con que contamos, ó mision de buscar cómplices y ponerse de acuerdo con algunos mal-querientes del gobierno de S. M. para intentar algo mas sério sobre las costas.

—No veo, en el caso de que tal sospecha tuviera fnndamento—contestó el virey—el motivo por el cual ese hombre viniera llamando sobre sí la atencion y escitando la pública curiosidad con sus títulos y nombres supuestos, esponiéndose mas y mas á las miradas de la justicia, que si tal intencion que supone S. S., trajera, procurara venir oculto y sin hacer un vano alarde de su persona.

—A pesar de todo—dijo D. Frutos—creo que V. E. debiera proceder á la aprehension, siquiera para precaver un escándalo.

—El escándalo se daria—replicó el virey—aprehendiendo á un noble sin tener una prueba suficiente.

—Es que no hay razon para creer que el tal sea noble—contestó con exaltacion D. Martin.

—Ni tampoco—replicó con calma el virey—para decir que no lo sea.

—Vuecencia ha oido las presunciones que hay contra él.



—Mejor que presunciones diga S. S. las hablillas.

—Puede V. E. estar seguro de que es emisario de los piratas.

—De lo que debe estar seguro su señoría, es de que nada cierto se sabe respecto de esa persona.

—V. E. tiene la sagrada obligacion de castigar y de evitar los crímenes—dijo con vehemencia D. Martin.

—Es verdad—replicó el virey—pero no de inventarlos.

—Es que el de ese hombre no es una invencion, y mas tarde ó mas temprano quedará V. E. convencido de ello.

—Y entonces mas tarde ó mas temprano castigaráse el crímen, si mas tarde ó mas temprano le hay.

—V. E. hará en esto lo que mejor le parezca—dijo D. Frutos—pero nuestra conciencia queda tranquila con este paso.

—Pueden descansar sus señorías tranquilos en su conciencia, porque escucho el consejo, y tomaré la resolucion que crea oportuna llegado el caso.

Aquella conferencia no podia prolongarse mas por el punto á que habia llegado, y los oidores creyeron prudente retirarse.

El virey les acompañó hasta la puerta y allí se despidieron con muestras de mucha satisfaccion.

Pero en el fondo los oidores iban rabiosos.

Apenas los oidores salian de la cámara del virey cuando anunciaron á éste que deseaba hablarle D. Lope de Montemayor.

El virey pareció vacilar un momento, y despues de reflexionar un poco dió órden para que le dejasen entrar.

—¿Está solo V. E?—preguntó D. Lope.

—Solo—contestó el virey.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿En tal caso puedo hablar con confianza?

—Entera.

—Pues bien, señor, sabe ya V. E. que el marqués de San Vicente ha emprendido su marcha para esta ciudad.

—Lo sé, que ha poco salieron de aquí dos oidores que venian á pedirme le mandara aprehender.

—¿Y V. E. no accedió á su peticion?

—Por supuesto, apesar de que con tal imprudencia camina el marqués que temo mucho me cause un conflicto con la audiencia.

—S. M. Dª María Ana de Austria escribe que tiene recomendado al marqués muy particularmente con V. E.

—Si por eso no fuera, la conducta que observa el marqués le tendria ya en la cárcel.

—¿Qué desea V. E. que haga para evitarle un compromiso?

—Por ahora ya nada, que la prudencia debiera haberse buscado en el principio; hoy no haria mas que reagravar la situacion.

—Es verdad, señor.

—Pero temo que llegando á México sea necesario exijirle sus papeles.

—Estoy seguro de que los tiene en órden.

—¿Los tiene?

—Sí, señor.

—Pues por qué no los manifiesta?

—Quizá no conviene á la mision que trae, que como V. E. sabe, es doble.

El virey pareció turbarse.

—Tal no sé—contestó visiblemente contrariado.

—Pues la reina nos dice.....



—Dejad que S. M. diga lo que quiera, y obrad como ella os ordene ó como á vosotros os convenga, porque cuando digo que no sé, es deciros que no quiero saber.

—La voluntad de V. E. debe ser muy respetable, pero en casos como el presente desearíamos conocerla.

—O sois muy niño para el papel que quereis representar, ó pretendeis disgustarme; que no sé nada os he dicho, y cuando estais cierto de que lo sé, creo haberos dicho ya mas de lo suficiente.

—Perdone V. E.

—Obrad, obrad con actividad, con discrecion y con sijilo: nada sabré nunca, pero haced de manera que no me pongais en un conflicto porque en ese caso tendré que arrostrar por todo: yo no quiero oponerme á lo que vosotros meditais pero tampoco consentiré en ser la víctima de vuestra imprudencia ó de vuestra torpeza: nada más teneis que preguntarme ¿entendeis?

—Demasiado, señor.

Aquello equivalia á una despedida: D. Lope se levantó, se despidió del virey y salió de la estancia.

—Por vida mia—esclamó el virey cuando se encontró solo—este es un juego peligroso; lo que me importa es no perder la cabeza, para no perder la partida y triunfar con el que triunfe; ni tengo fuerza para oponerme, ni voluntad para ayudar: Dios dispondrá lo que fuere de su agrado.

Y tocando una campanilla de plata que habia sobre la mesa, hizo llamar á su secretario y comenzó su despacho del dia.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

De como el Señorito entró á la casa de Dª Inés, y de lo que allí concertó con ella.

NO faltó Dª Inés á su promesa, y D. Guillen recibió de sus manos una plancha de cera en la que la dama habia estampado la figura de la llave, que necesitaba el Señorito para entrar á la casa.

Aquella llave no era por cierto de una forma muy particular, y en aquel mismo dia, sin necesidad de mandar hacer una á propósito, D. Guillen encontró entre los muchos truhanes con quienes cultivaba buenas relaciones, una *ganzúa* á propósito.

En la noche la entregó á Dª Inés, y como ni el uno ni la otra querian perder el tiempo, acordaron verse en la misma noche, para lo cual Dª Inés abriria la puerta á las doce y el galan llegaria á la misma hora.

En aquella primera cita pensaba D. Guillen acabar de ganarse la confianza de la dama y averiguar por medio de ella indirectamente cuál era la situacion de la casa en el interior, cuál el número de los sirvientes; adónde dormian, y en fin, todo lo necesario para consumar su obra.



Dª Inés, por su parte, tenia ya deseos de una aventura amorosa: desde su vuelta de España habia visto pasar sus años entregada solo á los dulces recuerdos de su vida en Madrid y mirando llegar la vejez, que debia apartarla para siempre de los placeres.

Por eso con tanta facilidad acojió los amores de D. Guillen. Las mujeres que corren el último período de la juventud, y sobre todo, cuando han sido muy galanteadas en la primavera de su vida, son como el hombre á quien arrebatan las aguas de un rio; se aferran á la primera mano que se les tiende, con tanta avidez como gratitud. En ese estado las mujeres aman con todas las fuerzas de su alma; porque piensan que es el último amor de su vida, se entregan completamente á él y no quieren perder ni un instante en el tiempo, ni un pensamiento en la pasion.

Esto era lo que sucedia á Dª Inés, y por eso se habia apasionado del Señorito, no realmente porque este lo mereciese, sino porque lo mismo habria hecho ella con cualquiera otro que la hubiera declarado sus amorosos deseos.

Es casi seguro que las mujeres cuando no son casadas pasan por dos épocas en las que sienten una irresistible necesidad de amor; en los dos crepúsculos de la juventud, al comenzar y al terminar esa feliz edad.

Una niña que comienza á ser jóven, y una jóven que comienza á ser vieja, ven amor, ilusion y deseo en cuantos hombres encuentran, con tal que los consideren capaces de amar.

Por eso vemos jovencitas que se apasionan de hombres que pudieran ser sus padres y jamonas enamoradas de adolescentes que pueden ser sus hijos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Inés esperaba la media noche con una inquietud como la que sintió en su primer amor.

El marqués de Rio-florido se encerró en su aposento: toda la servidumbre dormia tranquila: la casa estaba en el mayor silencio y en la mas completa oscuridad; solo Dª Inés velaba en su aposento mirando con impaciencia las agujas del reloj.

.....

.....

Las aguas del canal que cruzaba á la espalda de la casa de Dª Inés se deslizaban tranquilas y mansas en la oscuridad, sin producir el mas lijero murmullo: en las márjenes de aquel canal no se veia ni una luz, todo estaba perfectamente tranquilo.

De repente un rumor apenas perceptible se sintió en las aguas y como una fantasma negra apareció en el canal una de esas canoas pequeñas que los indíjenas llaman *chalupas*.

Dos hombres iban dentro de ella; los dos de pié: era el uno un remero, vestido con un ancho calzon y una camisa blanca, y con un pequeño sombrero de palma: el otro era un hombre embozado en una capa negra y con un ancho sombrero negro tambien.

Los dos parecian muy acostumbrados á navegar en *chalupa*, porque conservaban con estraordinaria facilidad el equilibrio en aquella peligrosa embarcacion en que hay tanta facilidad de perderlo.

La chalupa seguia la marcha de la corriente, y el remero no tenia mas que hacerle conservar la buena direccion introduciendo de cuando en cuando al agua la pala que le servia de remo, sin producir el mas leve rumor.



Aquella canoa misteriosa tenia algo de fantástico; de seguro que si algun vecino hubiera estado en su ventana y la hubiera visto pasar, se habria retirado inmediatamente haciendo la señal de la cruz y teniendo la conviccion de que habia visto una *alma en pena*.

Daban las doce de la noche, y el eco lejano y triste de la campana del reloj de palacio, venia como un jemido deslizándose sobre los techos de la dormida ciudad.

—Aquí—dijo el embozado de la chalupa.

El remero imprimió un movimiento de costado á la pequeña embarcacion que obedeció lijera, y como una abeja que se clava rápidamente en el cáliz de una rosa la chalupa llegó hasta el pié de una pequeña escalinata que habia delante de una ancha y vieja puerta.

En aquel mismo instante se escuchó el ruido de una llave que jugaba con precaucion dentro de la chapa de aquella puerta.

El embozado saltó lijeranente de la chalupa y subió los tres escalones que le separaban de la puerta, á tiempo que esta se abria.

—D. Guillen—dijo una voz de mujer.

—¡Amor mio!—contestó el hombre.

D. Guillen entró y la puerta volvió á cerrarse; el remero saltó á tierra, sacó del agua la pequeña canoa, la puso cuidadosamente en la rivera, y seguro como estaba de que nadie vendria á molestarle porque por allí nadie podia pasar, se acostó tranquilamente dentro de ella, se cubrió el rostro con el sombrero y comenzó á dormir.

D. Guillen habia entrado á uno de esos grandes patios que hasta hoy dia vemos en las márjenes de ese canal.

Elevadas tapias lo rodeaban; en uno de los lados habia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un gran depósito de leña; espuesto á la intemperie; en el otro un gran portal, debajo del cual se colocaba carbon, paja ó cualquiera otra cosa que pretendia tenerse á cubierto.

Estos patios eran y aun son una especie de puertos de depósito particulares.

El piso estaba lleno de fango, y en algunas partes de agua en la que cantaban alegremente los sapos y las ranas.

Dª Inés condujo cuidadosamente á D. Guillen hasta debajo del cobertizo, y se sentó á su lado sobre unas grandes planchas de madera que estaban allí depositadas.

—Por fin, Inés mia—dijo D. Guillen—puedo verte á mi lado, y libre de testigos importunos estrecharte feliz entre mis brazos y decirte que te amo.

—Sí, Guillen, ya estoy á tu lado; ya no puedes dudar de mi amor, ya no puedes echarme en cara que otros en España han sido mas felices que tú.

—Perdóname, mi vida, pero tenia celos del pasado.

—¡Celos! ay, Guillen, todo eso que fué se ha perdido ya hasta en mi memoria, ¿cómo amándote á tí podia recordarlo?

—No, Inés, no temia que tú lo recordaras, sentia en mi corazon celos, envidia, porque creia que á otros habias amado mas que á mí; que á otros habias concedido mas favor.

—Nadie ha sido dueño de mi corazon como tú, nadie como tú ha dominado mi alma.

—¿Es verdad?

—Te lo juro.

—Es decir que á nadie has amado en el mundo?

—Guillen á tí no te quiero engañar, para tí no quiero tener secretos, y por eso voy á confesarte la verdad; he amado á otro hombre antes que á tí: le amé con delirio, pero él me engañó, no supo corresponder á mi pasion, y aquel amor se trocó en odio, y juré vengarme, y me vengué, Guillen, me vengué.....



—¿Y quién era ese hombre?—preguntó D. Guillen fingiendo que aquella revelacion le conmovia—¿su nombre será para mi un secreto, Laura?

—Para tí no tengo, no quiero tener secretos, ese hombre se llama D. Fernando de Valenzuela.

—¡Valenzuela!—esclamó entonces verdaderamente admirado el Señorito—¿Valenzuela, el amante ó favorito de la reina?

—El mismo.

—¿Ese que ahora está desterrado en Filipinas?

—Sí.

—¿Ese en cuyo favor conspiran aquí.....

—¿Conspiran?—esclamó Dª Inés irguiéndose violentamente.

—Es decir, cuentan que conspiran—contestó D. Guillen conociendo que habia cometido una lijereza imperdonable tratando de disimular.

Pero Dª Inés tenia una admirable penetracion, y no se le escapó que su amante se habia turbado.

Una idea luminosa habia cruzado por su cerebro, y con su fácil y rápida concepcion, culculó inmediatamente que en Méjico habia una conspiracion en favor de Valenzuela; que esta conspiracion debia estar fomentada y protejida por la reina madre: que descubrirla seria un gran servicio hecho á Cárlos II y que tal vez esto la volveria á abrir las puertas de la corte.

En aquel momento su dormida ambicion y sus sueños

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de poder volvieron á presentarse ante sus ojos, y D. Guillen le pareció el primer instrumento de aquella nueva obra.

Tan pronto concibió la dama esta idea, como empezó á poner en ejecucion aquel proyecto aun no desarrollado.

—Guillen—dijo con dulzura—tú me engañas en este momento.

—¿Por qué, bien mio?

—Porque tú estás mezclado en esa conspiracion, tú estás en un peligro, en un peligro muy grande, y yo no quiero que te vaya á suceder algo: ¿qué seria de mí?

Y Dª Inés comenzó á llorar amargamente.

Aquella escena de falso amor, entre dos séres tan corrompidos, era una cosa que indignaba; cada uno de ellos desde aquel momento no pensaba ya sino en hacer del otro un instrumento y cada uno se creia engañador siendo engañado.

—Cálmate, bien mio—decia D. Guillen acariciando á Dª Inés—cálmate; yo te juro que ningun peligro me amenaza.

—Eso lo dices por consolarme: ¿cómo podré vivir tranquila?

—Te aseguro que no te digo mas que la verdad.

—Pues cuéntame qué parte tienes en todo eso de la conspiracion—dijo la dama tomando graciosamente el aire caprichoso de una niña mimada y acariciando coquetamente á D. Guillen—cuéntamelo, mi dueño, no tengas secretos para mí, como yo para tí no tengo.

—Pues es nada, mira: hay aquí una gran conspiracion para alzarse con el reino y traer de virey ó no sé de qué á D. Fernando de Valenzuela.

—¿Y quiénes dirijen esa conspiracion?

—No los conozco bien; si apenas hoy me hablaron de ella.



—¿Y tú estás comprometido?

—Te aseguro que no.

—Bendito sea Dios! nada tendré que temer por tu vida; pero óyeme, Guillen, si tú lograras sorprender sus secretos, y contármelos, te aseguro que serias noble, rico, poderoso.

Dijo esto Dª Inés con tal entonacion, que el Señorito la miró asombrado.

—Sí—repitió Laura—noble, rico, poderoso.

—¿Y cómo? preguntó D. Guillen con interés.

—Eso corre de mi cuenta; con esos secretos yo te respondo de todo.

D. Guillen reflexionó.

Esta era una veta en la que él no habia pensado: ¿cumpliria Dª Inés? En todo caso él nada esponia, y esto no era obstáculo para llevar adelante el concertado robo del marqués, porque aún verificado el robo, él no perdia la confianza de la dama y quedaba en pié el recurso de que ella le hablaba.

Pero quiso llevar su engaño hasta el estremo, y darle el carácter de servicio amoroso y no de complicidad á todo aquello.

—Alma mia—le contestó—para probarte cuanto te amo, me iniciaré en todos los secretos de esa conspiracion, y todos los sabrás.

—Y tú, Guillen mio, verás como mi amor sabe hacer de esos secretos un tesoro para ofrecerlo á tus piés; á mí ¿qué me importan los disturbios del reino? pero yo he vivido en la corte, yo conozco sus misterios, yo sé cuánto vale un servicio semejante, y quiero, dueño mio, que ese servicio sea el primer escalon de tu fortuna, y sea yo quien pone ese escalon para mi amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Inés ¡eres un ánjel!

—Y tú, Guillen, eres mi Dios.

Los dos amantes se unieron con efusion en un estrecho abrazo.

—Mi amor—dijo Inés—el tiempo ha pasado rápido, la mañana se acerca, y mi padre se levanta á la madrugada; vete; no por una imprudencia perdamos nuestra felicidad.

—Tan pronto?

—Es preciso; tener prudencia.

—Dices bien! me voy: adios, luz de mi corazon—¿puedo venir mañana?

—Sí, ven.

—Adios.

Dª Inés acompañó á D. Guillen hasta la puerta, cerró inmediatamente y se retiró á su aposento.

El Señorito despertó al remero que dormia, volvieron á botar su chalupa al agua, saltaron en ella y se alejaron.

—Quizá sea esto el principio de mi fortuna—pensaba D. Guillen—de lo otro nada se adelantó, pero veremos mañana: no se ganó Zamora en una hora.

La dama se habia encerrado en su recámara, y no pensaba siquiera en dormir. Como por encanto, habian vuelto á reaparecer ante sus ojos todos los cuadros que en un tiempo habian formado sus mas gratas ilusiones.

Descubrir una gran conspiracion próxima á estallar, salvar al rey uno de sus mas ricos dominios, hacer á su monarquía servicio de tal importancia, era volver á la gracia de Carlos II, era figurar nuevamente en la corte, era revivir, rejuvenecer.

Y en todo esto, la venganza completamente satisfecha, el golpe de gracia á la reina y á Valenzuela.



¿Y el de Albulquerque que la habia abandonado?

Aquella empresa tenia para el fogoso corazon de Dª Inés mil alicientes.

—El porvenir me abre sus puertas—pensaba D. Guillen—será mi ángel salvador, y yo le haré poderoso. En España reina un hombre, no una mujer: ese hombre ha sido mi amante, yo quiero ser para él lo que fuí en un tiempo, y lo seré aunque nos separe el océano, porque haré llegar mi nombre hasta su trono. ¿Por qué no he de ser para Carlos II lo que Valenzuela para Dª María Ana? ya lo veremos.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

Como la Apipizca dijo á D. Guillen lo que contra él tramaba la canalla.

MARTA la Apizpica, habia obedecido ciegamente á D. Guillen y estaba al servicio de Dª Inés.

El aspecto simpático de la muchacha, el aire de inocencia que tan bien sabia tomar y el aseo con que iba vestida, interesaron vivamente á Dª Inés, y la admitió en su casa.

En esto hubo mucho de fortuna para la Apizpica, pero fortuna que nada tenia de estraña, supuestas las perversas intenciones que abrigaba, porque realmente sucede en el mundo que el hombre que procura entrar al servicio de alguna persona, si no lleva mas objeto que el de ganar honradamente su pan, encuentra mil y mil tropiezos, al paso que el que con torcidas miras pretende lo mismo, halla todo á medida de su deseo.

La noche que siguió á la primera cita de D. Guillen y Dª Inés, el jóven entró como de costumbre á la tertulia del marqués de Rio-florido.



Aquel era el primer dia que Marta estaba en la casa, y D. Guillen se la encontró al subir la escalera.

—Necesito hablaros—dijo la jóven cuando el Señorito pasó á su lado.

—Mañana al medio dia en mi casa—contestó el Señorito sin volver siquiera la cabeza.

Aquella noche la tertulia estuvo como siempre, fria. Desanimadas conversaciones, sábiamente insulsas, entre el inquisidor y el mercedario; alabanzas de algunos santos milagrosos por la beata; miradas incendiarias y de intelijencia entre los amantes; frases de doble sentido que ellos solos comprendian.

Sonó la hora y cada cual á su casa.

Dª Inés esperó á D. Guillen como de costumbre á la hora en que salia.

—No vengas esta noche—le dijo.

—¿Por qué?—preguntó el jóven.

—Porque hay alarma en la ciudad y temo que te suceda algo.

—No importa.

—Yo te lo ruego; no vengas; mañana nos veremos.

—Como tú lo mandes.

—¿Has avanzado algo en lo de la conspiracion?

—Nada.

—Pues procura mañana traerme buenas noticias.

—Las tendrás; adios, mi vida.

—Adios, mi dueño.

D. Guillen salió y en la escalera encontró á Marta.

—No dejeis de esperarme—le dijo la muchacha—importa mucho lo que tengo que deciros.

—¿De qué se trata?



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es negocio largo, esperadme mañana.

El Señorito bajó pensando:

—¿Qué misterio será este?

Habian pasado dos horas de esto cuando la puerta de la casa del marqués, que caia al canal, se abrió y apareció en el dintel una mujer enteramente cubierta.

Dos hombres en una canoa esperaban afuera.

—Luis—dijo la tapada.

—Aquí estoy—dijo uno de aquellos hombres.

—Vamos.

La tapada cerró por fuera y con llave la puerta, se entró á la canoa y los hombres comenzaron á remar en direccion al palacio.

.....

Al dia siguiente hubo en México lo que en aquellos tiempos se podia llamar una gran novedad.

Las noticias de los piratas eran muy poco satisfactorias; se habian apoderado de Veracruz la Nueva, y se referia en México que traian un fabuloso número de tropas de desembarco.

El nombre de Lorencillo andaba de boca en boca, y el virey y la audiencia estaban verdaderamente alarmados.

En consecuencia de esto, habíase llevado *á puro y debido efecto* la provision del vircy, y todos los varones de quince á sesenta años se habian acuartelado para armarse, formándose rejimientos de españoles, de mulatos, de indios y de negros.

Porque en aquel tiempo la distincion de las castas era una cosa muy importante.

Casi no se tenia idea de la igualdad, á pesar de lo mucho que se finjia seguir las doctrinas del Evanjelio.



Los hombres eran clasificados para todo, como animales, por la raza, y estas clasificaciones eran verdaderamente ridículas.

Habia *españoles europeos*; los nacidos en España. Estos se llamaban *gachupines*.

*Españoles americanos*, esto es, los hijos de españoles. Estos eran los *criollos*.

*Indios*, á quienes llamaban los españoles *macuaches, cuatro orejas*.

*Y negros* que ó eran esclavos ó *libres y mansos ó cimarrones*, que eran los que vivian sin ley en los montes.

Estas eran las razas consideradas como primitivas, y de aquí se formaban *las castas*. Decia una antigua clasificacion:

Español con india sale *mestizo*.

Mestizo con española sale *castizo*.

Castizo con española sale *español*.

Español con negra sale *mulato*.

Mulato con española sale *morisco*.

Morisco con española sale *salta-atrás*.

Salta-atrás con india sale *chino*.

Chino con mulata sale *lobo*.

Lobo con mulata sale *Gibaro*.

Gibaro con india sale *albarrazado*.

Albarrazado con negra sale *cambujo*.

Cambujo con india sale *sambaygo*.

Sambaygo con mulata sale *calpan-mulata*.

Calpan-mulata con sambaygo sale *tente-en-el-aire*.

Tente-en-el-aire con mulata sale *no-te-entiendo*.

No-te-entiendo con india sale *ahí-te-estás*.

Tal era la multitud de razas y de castas que habia en México, y que obligaba á los gobernantes, segun el espirítu de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellos tiempos, á dictar disposiciones diversas para cada una de ellas.

Por esto tambien se formaban los batallones por colores y por razas.

Todos los hombres de la ciudad de México estaban acuartelados como consecuencia de las circunstancias. Los que no querian prestar sus servicios se habian ocultado ó salido fuera de la ciudad, y resultó que hubo un dia en que no aparecieron en la calle mas que mujeres.

Aquello era una cosa divertida y curiosa.

Mujeres despachaban en las tiendas, mujeres compraban y vendian en los mercados, mujeres cargaban y conducian muebles y objetos que tenian que trasportarse de un punto á otro, mujeres remaban en las canoas, y se vieron algunas dirijiendo las mulas y bestias de carga ó de tiro.

En aquel dia cualquiera se hubiera creido encontrar en uno de esos fabulosos paises de amazonas que describen los viajeros de fantasía.

Marta aprovechó aquella oportunidad para salir de la casa del marqués de Rio-florido y dirijirse en busca del Señorito, á quien habia citado.

D. Guillen de Pereyra la esperaba con impaciencia.

—Por fin llegas—la dijo al verla entrar—¿qué se te ocurre con tanto misterio?

—Un negocio grande para vos.

—Cuéntame.

—Es historia: ayer antes de ir á la casa del marqués, por la mañana, quise despedirme del Camaleon, y seguro de encontrarle en la pulquería del Morisco, pasé por allí, y le ví; referíle que iba ya en camino para la casa adonde vos me enviábais; como estaba en el secreto, no dudé con-



tarle que queríais saber sus entradas y salidas, el número de criados y esclavos, y si habia ó no armas en la casa, y todo lo demas. El Camaleon me escuchó con paciencia, y luego comenzó á hablarme: "Que él me queria mucho, que yo debia ser su mujer, y mil cosas, como si yo estuviera para pasiones y esos cuentos." Díjele á todo que sí, pero que ahora no teniamos dinero para ese casamiento, y que era preciso esperar hasta que vos nos le proporcionáseis.

—No necesitamos de él—me contestó—yo quiero que ese golpe lo demos por nuestra cuenta; te voy á confiar un secreto. Entonces me hizo jurar que nada diria, por dos ó tres veces, y él me dijo el secreto; que consiste nada menos que en penetrar á la casa segun les dijísteis y mataros allí, y aprovecharse de todo.

—¡Es posible!—esclamó D. Guillen—y piensan que me dejaré matar como un corderillo! Diez como ellos no me tocarán un pelo, mientras que yo....

—Pero os acordareis que segun el plan, debeis dejaros desarmar para que la dama no entre en sospechas.

—Es verdad.

—Y entonces.... decid si no será facil.....

—Como hay Dios que sí.

—Yo le juré que nada diria, pero ese juramento, aunque me cueste diez años de purgatorio, no lo cumplo.

—Haces bien.....

—Me dijo que yo debia abandonaros, porque vos sois la causa de que yo sea una mujer perdida, porque abusásteis de mi edad para arrancarme mi inocencia: ¡qué tonto! ¿y para qué queria yo la inocencia? ¿para qué me servia? y luego que vos me dejásteis; como si yo fuera de esas mujeres que se contentan con pasar toda su vida con un hombre no mas:

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

vaya, así estoy mejor libre, sin tener compromiso con nadie; hoy con un amigo, mañana con otro, donde me vaya mejor, sin que ningun hombre, ni mi madre, me anden celando ni cuidando, porque soy niña recatada y fina.

La Apipizca lanzó una carcajada como si lo que habia dicho fuera una cosa muy graciosa.

El Señorito habia quedado meditabundo: la noticia de la muchacha parecia haberle impresionado profundamente.

—Y bien—esclamó la jóven despues de haberle contemplado un largo rato en silencio—¿qué hacemos? yo ya me comprometo dando el soplo, ya veremos cómo me libertais de esos que si lo descubren han de querer por lo menos matarme.

—No temas, bien se cuidarán ellos de tocarte, aun cuando lo supieran; pero no lo sabrán.

—Todo eso está muy bien, ¿pero qué pensais hacer?

—Eso lo meditaré; por ahora, tú no digas nada á nadie.

—Dios me libre.

—Y continúa en la casa del marqués con el mismo encargo; mañana á esta hora espero todas las noticias que te he pedido.

—¿Y no más?

—Nada mas.

—Entonces he concluido aquí mi negocio y me retiro, porque no suceda que me estrañen en la casa del marqués.

La Apipizca salió y se volvió á la casa de Dª Inés.

Entretanto el Señorito se quedó meditando un medio de conseguir su objeto; es decir, el robo de las riquezas del marqués, jugando á sus aliados la misma burla que ellos le preparaban.

Era un duelo á muerte entre aquellos hombres: D. Guillen tenia en su contra que no contaba con mas aliado que la Apipizca, pero en cambio conocia las intenciones de sus enemigos.



Ellos eran muchos, pero ignoraban que el Señorito estuviese prevenido.

El Señorito no podia ni buscar nuevos cómplices para deshacerse de los primeros, porque esto era dar publicidad al lance, ni llevar á efecto el pensamiento con los comprometidos, ni hacer resistencia en el acto de la ejecucion del plan.

Todo esto era descubrir sus proyectos, dejarlos sin objeto ó esponerse á que cualquiera de los cómplices le denunciara.

El Señorito estaba en una situacion verdaderamente comprometida y terrible.

Pero no era hombre de amilanarse por tan poco, y en todo caso, aun perdido el lance, le quedaba el de la conspiracion, del que Dª Inés le habia prometido sacar muchas ventajas.

Decididamente la fortuna estaba de su lado.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

De quién era la dama misteriosa de la canoa y del objeto que la llevaba.

LA dama que misteriosamente cubierta salido habia de la casa del marqués de Rio-florido y embarcádose en una canoa, llegó hasta cerca de palacio; allí mandó á los remeros que se acercasen á la márjen derecha del canal, y salto á tierra Uno de los hombres que la conducian quedó al cuidado de la embarcacion, y el otro, ajustándose el talabarte, siguió á la dama.

Atravesaron uno en pos de otro lijeramente el espacio que los separaba de la puerta del palacio y llamaron allí.

Como en aquellos dias habia en la ciudad tan gran movimiento y se habian levantado las milicias, entraban y salian del palacio tantas jentes que la puerta se abrió, y la dama, seguida siempre de su escudero, penetró en el interior, sin detenerse ni llamar la atencion.

La dama subió las escaleras y se dirijió á la secretaría del virey.

En la antesala habia una multitud de personas esperando, á pesar de ser una hora tan avanzada de la noche, en



razon de los acontecimientos de Veracruz. Se trabajaba en la secretaría del vireinato y en la audiencia como si fuera de dia.

Habian comenzado ya á salir tropas para la Veracruz, y los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís habian conducido al camino las primeras columnas.

El marqués de la Laguna, virey de México, se habia convertido en un jeneral en jefe, y la ciudad en un campamento; pero habia tanta animacion y tantos preparativos marciales como si se estuviera en víspera de dar una gran batalla.

Sin embargo, todo aquello no era mas que aparato, y el mismo D. Frutos Delgado volvia aquella noche á dormir á la ciudad y en su casa; y estaba, en los momentos en que la dama llegó á palacio, hablando con el virey en su cámara cuando entró un empleado de la secretaría y dijo al marqués de la Laguna:

—Señor, una dama encubierta desea hablar á V. E.

—Sí—contestó el virey—será la misma que por medio de una esquela me ha pedido una audiencia para esta noche.

—Creo que ella debe ser.

—Que pase—contestó el virey.

—Me retiro—dijo el oidor poniéndose en pié.

—No, su señoría puede quedarse, que no creo que el asunto que á esa dama le obliga á venir sea tan reservado que no pueda oirle su señoría; y en todo caso, ella nos dirá si la presencia aquí de su señoría le impide hablar ó si el negocio que trae puede ser escuchado por su señoría.

D. Frutos iba á contestar, pero se abrió la puerta y la dama penetró en la estancia.

—Permítame V. E.—dijo despues de saludar—que me



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descubra, porque no tengo razon de ocultarme ante la discrecion de V. E. y del señor oidor.

La dama se descubrió y el oidor y el virey pudieron ver á Dª Inés de Medina, á quien conocian los dos con anticipacion.

—Tome asiento vuesa merced, señora—la dijo el virey cortesmente—y dígame ante todo si será obstáculo la presencia aquí del señor oidor para que diga el negocio que la trae aquí.

—No solo no es obstáculo—contestó Dª Inés—sino que me será muy agradable que su señoría se entere tambien de ese negocio.

—Agradezco—contestó el oidor saludando.

—Hable vuesa merced, señora—dijo el virey.

—Sí, señor, que tengo poco tiempo de que disponer, y el de V. E. es muy limitado para sus grandes ocupaciones. Es el caso, señor, que á mi noticia ha llegado un asunto, que como importante á los intereses del rey nuestro señor (Q. D. G.), me veo en la necesidad de denunciar á V. E.

—Y de qué se trata?—preguntó el marqués.

—Trátase—dijo la dama—de una conspiracion.

El oidor fijó toda su atencion, y el virey palideció ligeramente.

—Una conspiracion!—dijo procurando dominar su emocion—¿y quién se atreverá á tanto en los reinos de S. M?

—Se trama, señor, una conspiracion—continuó la dama—una conspiracion para arrebatar á la corona de España uno de sus mas ricos dominios.

—Pero quiénes conspiran?

—Señor, y opuedo descubrir los secretos y los nombres



de esos malos vasallos, porque tengo modo de hacerlo, pero para esponerme á tanto riesgo, necesito saber si cuento con el apoyo de V. E.

—Por supuesto—contestó el virey mirando al oidor que le contemplaba con cierto aire de malicia.

—Pues eso me basta, señor, y que V. E. me reciba cada vez que desee hablarle.

—¿Y nada mas me dirá por hoy vuesa merced, señora? —dijo el virey.

—¿Y qué mas, señor, que noticiar á V. E. que hay en México una gran conspiracion y ofrecerle todas las pruebas? ¿acaso ya sabia esto V. E? porque en tal caso ya será inútil mi ofrecimiento, supuesto que entonces á esta hora estará ya deshecha.

Aquella respuesta de Dª Inés, dada al virey delante del oidor, que le acechaba como un gato á un raton, fué un golpe que completamente le desconcertó.

—No, señora—dijo—nada sabia en verdad, y no quiero decir que era poco importante lo que comunicaba vuesa merced, sino que yo tenia deseos de saber mas.

—Y lo sabrá muy pronto V. E.

—Así lo espero.

—Por ahora, señor, me retiro, pero antes me atreveré á suplicar á V. E., que supuesto que nada sabia me dé un papel en que conste que yo he sido la que ha dado esta noticia á V. E. y lo que he prometido.

—Yo daré ese papel á vuesa merced.

—Deseara tenerlo ahora que el señor oidor puede poner en él su firma como testigo.

—Pero.....

—Ah! si V. E. ya lo sabia.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El virey miró al oidor como con angustia, y luego rápidamente tomó un papel y una pluma; escribió y firmó.

—¿Le agrada á vuesa merced?—dijo mostrando lo escrito á Dª Inés.

—Sí—contestó la dama— es siquiera la única recompensa que busco: ahora el señor oidor querrá firmar?

—Con mucho gusto—dijo el oidor alegremente, comprendiendo que habia caido el virey bajo su vijilancia.

Dª Inés tomó el papel, y cuando vió que habia secado la tinta, lo dobló cuidadosamente, lo guardó y salió de la estancia.

El virey miró al oidor y el oidor al virey; en cada una de aquellas miradas podia leerse una pregunta.

—¿Qué pensará ahora el virey?—decia la del oidor.

—¿Qué pensará el oidor?—decia la del virey.

Los dos se contemplaron un largo rato, porque entre ellos habia una profunda enemistad: los dos se acechaban, y cada uno de ellos no esperaba sino la oportunidad de perder al otro, y todo esto en medio de las más atentas consideraciones y muestras de respeto.

—¿Cree S. E.—dijo por fin D. Frutos—que aun no es llegado el momento de proceder contra el marqués de San Vicente?

El virey vaciló para contestar.

—Es indudable ya que se conspira en México—continuó el oidor—porque sin estar yo de acuerdo con esa dama, acababa de decir á V. E. poco mas ó menos lo mismo que ella le ha dicho, y tal noticia me ha hecho regresar á México esta tarde para dar parte á V. E.

—En efecto, la coincidencia es singular—contestó con una especie de desconfianza el virey.



—Pues aunque parezca singular á V. E.—dijo el oidor comprendiendo lo que daba á entender el virey—ninguna relacion tengo con esa dama, ni aun sabia que esta noche habia de venir.

—Es igual; pero aun suponiendo que tal conspiracion existe ¿qué tiene que ver en eso el marqués de San Vicente?

—Señor, ha llegado el momento de hablar con franqueza: entiendo que V. E. no quiera proceder á la prision de ese hombre misterioso, y yo en nombre de S. M. pido á V. E. que proceda contra él bajo mi responsabilidad y bajo la responsabilidad de toda la Audiencia.

—Es decir ¿lo exijís?

—Casi, señor virey, de lo contrario, nosotros protestaremos ante Su Majestad, salvándonos así de cualquier cargo que pudiera hacersenos, si esto tiene un mal resultado.

—¿Y si el marqués es inocente?

—En ese caso nada perderia por haber estado en prision unos dias.

—Pero seria para nosotros un enemigo terrible.

—Señor, cuando se cumple con un deber, nada importa la enemistad de algunas personas.

El virey meditó.

—Sea—dijo derepente—pues la Audiencia lo quiere. Daré la órden de prision contra el marqués.

El virey llamó á su secretario, le dijo algo en voz baja y poco despues le trajeron á firmar la órden que pedia la Audiencia.

—Tome su señoría esa órden—dijo el virey—y Dios quiera que este paso no sea de tristes consecuencias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con esta órden la Audiencia responde de la tranquilidad del reino y del buen servicio de S. M.

D. Frutos se retiró triunfante llevándose la órden, y el virey quedó enteramente contrariado.

Hubiera querido protejer mas al marqués de San Vicente, que no era para él un personaje tan misterioso como para todos; pero le fué imposible. El virey estaba en una posicion delicada.

---

## X.

De como fué llevado á México el marqués de San Vicente, y de como fué conocido allí inmediatamente por una dama.

CURIOSAS estaban las jentes esperando de un dia á otro la llegada del *Tapado*, como le llamaban ya todos al marqués de San Vicente, por tanto empeño que manifestaba para ocultar sus papeles.

Repentinamente se esparció la noticia de que el virey le habia mandado prender, y creció mas y mas con esto la curiosidad pública; no siendo bastante á distraerla las noticias que de Veracruz habian llegado.

Segun estas noticias, el pirata Lorencillo se habia llevado prisioneros á todos los habitantes de Veracruz, despues de haber saqueado á su gusto la ciudad; y exijia un crecido rescate para poner en libertad á sus cautivos.

Todos hablaban de esto, y concluian por preguntar:

—¿Cuándo llega el Tapado?

Pero el Tapado estaba ya cerca; en la misma noche que recibió D. Frutos Delgado la órden para su aprehension, despachó correos y encargó que se procediese inmediata-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, sin pérdida de tiempo, y se le condujera á México.

La Audiencia presentia cierto vínculo tan misterioso como todo lo que tenia relacion con el marqués de San Vicente, entre éste y el virey, temia la audiencia que se le arrebatara su presa ó que algun accidente imprevisto le colocara fuera del alcance de su poder.

Por eso con toda dilijencia le hizo llegar á la capital.

Era la noche del viérnes 4 de Junio de 1683, y un inmenso concurso esperaba en las calles del Reloj algo que debia llegar por la calzada del Santuario de Guadalupe, porque hácia ese rumbo se dirijian todas las miradas, y hácia ese rumbo se encaminaban los mas impacientes.

Desde la tarde se habia reunido allí la jente y hacia ya muchas horas que esperaban impacientándose sin retirarse.

Era que aquel dia ó aquella noche debia llegar á México el Tapado.

Los curiosos se preguntaban unos á otros; los que estaban parados interrogaban á los que venian del lado del Santuario, y los que llegaban de la plaza mayor á los que estaban parados en espera.

Se entablaban diálogos entre las personas que andaban en la calle y las que estaban asomadas á los balcones, y la conversacion comenzaba así siempre:

—¿Aun no parece?

Al fin se escuchó una voz que dijo:

—Ahí viene, y ahí viene repitió la muchedumbre y los de atrás se pararon sobre la punta de los piés y alargaron el cuello, y los de adelante se inclinaron de un lado para distinguir lo mas lejos posible, y se llenaron de cabezas los balcones y las ventanas.

La noche estaba hermosa; brillaba la luna en todo su esplendor, y sin embargo, en el grupo que avanzaba conduciendo al *Tapado* venian muchos hombres trayendo hachas encendidas.



Este era un lujo de la Audiencia.

El grupo avanzaba en medio de las curiosas miradas de aquella multitud, que deseaba conocer al *mentado* marqués de San Vicente.

Así llegaron hasta la calle del Reloj.

D. Lope habia entrado á la casa de Dª Laura un poco antes de que llegara el marqués de San Vicente.

—Señora—dijo D. Lope—¿no deseais ver al marqués de quien tanto se habla en México?

—D. Guillen—contestó la dama—bien sabeis que pocas cosas mueven ya mi curiosidad.

—Sin embargo, Dª Laura, el marqués de San Vicente para vos que conoceis ya todos nuestros secretos, es un personaje importante.

—Es cierto, pero como yo no le conozco.

—Tal vez le conoceis: vos, señora, habeis nacido en España, os habeis criado en la corte, teneis familia, parientes.

—Es verdad, pero todos ellos me han abandonado.

—Dª Laura, yo insisto: os suplico que procureis ver á ese hombre, y me digais, si acaso le conoceis, lo que debe pensarse de él.

—Bien, D. Lope, por daros gusto procuraré verle; ¿tardará mucho en llegar?

—No, señora, tengo noticia de que estaba ya en la garita.

—Entonces vámonos—dijo la dama, tomando un manto para encubrirse.

—¿Qué haceis?—preguntó D. Lope.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me preparo á salir; ¿no deseais que procure ver á ese hombre?

—Sí, señora, pero yo creia que desde uno de vuestros balcones.

—Oh! eso ademas de llamar mucho la atencion, seria completamente inútil, porque á pesar de la claridad de la noche, no podria yo conocerle á esa distancia; por eso espero que me acompañeis á la calle.

—Será para mí un verdadero placer.

—Pues vamos, D. Lope.

—Vamos, señora.

Dª Laura se cubrió perfectamente con su manto, se apoyó en el brazo de D. Lope y salieron ambos á la calle.

D. Lope sintió que sus nervios se estremecian al contacto del brazo de Dª Laura, y que un fuego terrible corria por todo su cuerpo.

Aquel hombre estaba ciegamente apasionado; miraba á la dama y sentia vehementes deseos de estrechar aquella mano que se apoyaba en su brazo, contra su corazon.

Pero no se atrevió.

Hendiendo verdaderamente la multitud apiñada delante de la casa, D. Lope y su hermosa compañera llegaron hasta los que formaban la primera fila de de los curiosos.

Era el momento en que el preso llegaba allí precisamente.

—Ese á quien llevan en medio de todos.—dijo D. Lope á Dª Laura—ese que viene caballero en una mula, ese es el marqués de San Vicente.

La dama fijó su atencion en la persona designada.

Era este un hombre rica y elegantemente vestido, no traia armas, ni mas abrigo que una capa corta que flotaba



en su espalda y que sin duda por causa de la estacion el marqués no cuidaba de embozarse.

Tenia un ancho sombrero que no le cubria su frente porque lo traia levantado.

En el momento en que Dª Laura llegó, el marqués de San Vicente le daba la espalda porque hablaba con una persona que estaba á su derecha.

La dama esperaba con impaciencia que volviera el rostro, segura de conocerle porque la luz de unos hachones le bañaba enteramente.

Por fin el marqués hizo un movimiento y presentó su rostro á Dª Laura.

La dama lanzó una esclamacion que escuchó el Tapado, porque dió muestras de buscar con inquietud el lugar de donde habia salido aquella esclamacion, pero la dama habia vuelto á perderse entre la jente, y se entraba á su casa arrastrando en pos de sí á D. Lope de Montemayor.

—Le habeis visto, señora?—dijo D. Lope.

—Sí—contestó la dama.

—Y le conoceis?

—Demasiado.

—Y quién es él? señora.

—D. Antonio de Benavides, el hombre de las confianzas del padre Nitardo, del asesino de D. José de Mallades.

—Es decir que pensais que no debemos fiar en él?

—No, D. Lope, no digo tal; este hombre me causa una impresion horriblemente desagradable, porque creo que ha sido el brazo del padre Nitardo en la ejecucion sangrienta de D. José, pero ese es el hombre de la lealtad para la reina, y para el padre Nitardo era un perro fiel.

—¿Así pensais?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, A D. Antonio de Benavides, quizá nunca me atreveria yo á hablarle, porque se me figuraria ver en sus manos la sangre de Mallades, porque la sombra de mi amante me pareceria que se levantaba entre los dos; pero yo conozco á Benavides; podeis fiaros de él, y antes moriria que descubrir un secreto.

—Os creo, señora.

—Por ahora, á pesar de que no conozco todos los secretos de vuestros planes, y que ignoro las intenciones del virey y de la Audiencia, temo que D. Antonio de Benavides, no salga vivo de esa prision.

—Pero si nada tienen de qué culparle.

—Sin embargo, los reyes y sus representantes no perdonan ni aun la simple sospecha.

—El virey está de nuestra parte.

—Mientras no vea por vuestra parte peligro: el dia en que la suerte os sea adversa, os sacrificará á todos.

La dama calló, y D. Lope se habia puesto sombrío: aquella mujer acababa de decirle lo que él mismo pensaba, pero lo que temia pensar siquiera.

---

## XI.

De lo que pasaba con el marqués de San Vicente despues de su prision.

Puesto el marqués de San Vicente encerrado en un oscuro calabozo de la cárcel de la Audiencia.

A pesar de que la órden del virey no era mas que una medida de precaucion, ó al menos así se le habia pedido por los oidores; apenas estos la tuvieron en su poder comenzaron á molestarle.

En la misma noche en que le llevaron á México, el oidor D. Frutos Delgado entró á visitar al virey.

—Ahora sí—dijo éste—su señoría estará contento.

—Contento no—contestó D. Frutos—porque jamas puede dar contento á un corazon bien formado, el padecimiento que sufre un semejante aun cuando este padecimiento le venga por justicia, pero sí puedo decir á V. E. que estoy tranquilo.

—¿Y habeis hablado con el marqués.

—No, señor; esta noche quiero verle?

—Yo tambien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, A D. Antonio de Benavides, quizá nunca me atreveria yo á hablarle, porque se me figuraria ver en sus manos la sangre de Mallades, porque la sombra de mi amante me pareceria que se levantaba entre los dos; pero yo conozco á Benavides; podeis fiaros de él, y antes moriria que descubrir un secreto.

—Os creo, señora.

—Por ahora, á pesar de que no conozco todos los secretos de vuestros planes, y que ignoro las intenciones del virey y de la Audiencia, temo que D. Antonio de Benavides, no salga vivo de esa prision.

—Pero si nada tienen de qué culparle.

—Sin embargo, los reyes y sus representantes no perdonan ni aun la simple sospecha.

—El virey está de nuestra parte.

—Mientras no vea por vuestra parte peligro: el dia en que la suerte os sea adversa, os sacrificará á todos.

La dama calló, y D. Lope se habia puesto sombrío: aquella mujer acababa de decirle lo que él mismo pensaba, pero lo que temia pensar siquiera.

---

## XI.

De lo que pasaba con el marqués de San Vicente despues de su prision.

Puesto el marqués de San Vicente encerrado en un oscuro calabozo de la cárcel de la Audiencia.

A pesar de que la órden del virey no era mas que una medida de precaucion, ó al menos así se le habia pedido por los oidores; apenas estos la tuvieron en su poder comenzaron á molestarle.

En la misma noche en que le llevaron á México, el oidor D. Frutos Delgado entró á visitar al virey.

—Ahora sí—dijo éste—su señoría estará contento.

—Contento no—contestó D. Frutos—porque jamas puede dar contento á un corazon bien formado, el padecimiento que sufre un semejante aun cuando este padecimiento le venga por justicia, pero sí puedo decir á V. E. que estoy tranquilo.

—¿Y habeis hablado con el marqués.

—No, señor; esta noche quiero verle?

—Yo tambien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es muy justo: en tal caso iré dentro de un momento á saber en dónde quedó alojado y avisaré á V. E.

—Fácil es saber en dónde quedó alojado, que no puede ser en otra parte que en las reales cárceles; de manera que acompañaré á su señoría.

El oidor comprendió que el virey trataba de hablar el primero al marqués de San Vicente y procuró impedirlo, porque estaba en sus planes ser él quien hablase antes.

—Será como lo mande V. E., pero quisiera yo que V. E. me permitiera ir siquiera á saber si el dicho marqués esta ya en su prision y si ha despejado la jente.

—Eso lo puede hacer un empleado de mi secretaría sin que su señoría se tome tal molestia, que sabida la razon podemos ir juntos.

El oidor calló, y pensó un medio de desprenderse del virey, pero no le ocurrió, porque era indudable que el virey tenia las mismas intenciones.

Era, pues, preciso esperar, pero esperar sin separarse de allí, porque si el oidor se alejaba, sin duda el marqués de la Laguna aprovecharia el momento para entrar á la cárcel y al calabozo de D. Antonio de Benavides, que como se sabe era el marqués de San Vicente.

Prolongóse la conversacion, porque tambien el virey queria detener á D. Frutos y quién sabe en qué hubiera terminado aquello si el secretario del marqués de la Laguna no hubiera entrado con una esquela que entregó ceremoniosamente.

—Con el permiso de su señoría—dijo el virey y levantándose se acercó á una bujía, rompió el nema de la carta y leyó para sí.

Era una esquela de D. Lope de Montemayor en que le



suplicaba le diese una audiencia secreta en el momento para un negocio muy importante, y agregaba que en aquel instante estaba en espera en la antesala.

La conciencia del virey no estaba muy tranquila en el negocio de la conspiracion; temia que alguna circunstancia le hiciera aparecer como comprometido ante la Audiencia, y el virey conocia muy bien que los oidores eran muy capaces de hacer una revolucion, desconocerlo y apresarle, dando aviso á la corte.

—¿Tendrá su señoría—dijo á D. Frutos—inconveniente para esperarme aquí un momento? que un asunto del gobierno me llama á otra parte.

—No, puede V. E. retirarse con entera libertad, que antes que todo está el real servicio.

—Entonces vuelvo dentro de pocos instantes.

El virey saludó y salió de la estancia.

Apenas la puerta se habia vuelto á cerrar, D. Frutos tomó su sombrero y salió precipitadamente por otro lado, diciendo para sí:

—Si el virey pretende llegar á la prision antes que yo, trabajos le mando.

Pero el virey en lo que menos pensaba era en ir á la prision de D. Antonio de Benavides, y quizá D. Frutos no llegaria aun á la puerta de la cárcel que estaba en el mismo edificio, cuando el virey hablaba con D. Lope.

—Señor—decia éste—es indispensable que V. E. me dé una órden para hablar con el marqués de San Vicente en su prision.

—Difícil cosa pretende vuesa merced—contestó el virey—porque los oidores vijilan esa prision y seria una imprudencia que v. md. penetrase allí y menos con órden mia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero es necesario, señor.

—Lo creo, y sin embargo no puedo dar esa órden.

—Es, señor, que el marqués trae pliegos que comprometen altamente á V. E. y á muchas personas de la corte y de esta ciudad.

—¿Qué dice vuesa merced?

—La verdad, señor, la verdad: aprovechando un lijero descuido de sus conductores, el marqués de San Vicente ha hablado con uno de los de su servidumbre, encargándole que me dijese esto, y que importaba mucho que yo le viese.

—¡Qué imprudencia! ¿es decir que ese hombre, ese criado ó lo que sea, sabe que yo estoy comprometido con esos pliegos que conduce el marqués?

—¿Qué remedio, señor? era imposible comunicar la noticia de otro modo, y además el hombre es de toda confianza.

—¿Y cómo se llama ese hombre que tiene mi suerte en su mano?

—Diego de Pineda.

El virey escribió aquel nombre para no olvidarle.

—¿Y qué piensa hacer vuesa merced?—preguntó.

—No encuentro aquí otro camino que hablar con el marqués, lo cual se conseguirá con una órden de V. E. para que me permitan la entrada.

—¿Pero no comprende vuesa merced que la Audiencia desconfia de mí, que vijila todos mis movimientos, que esa órden no hará sino comprometernos mas y mas.

—Es cierto, ¿entonces, qué remedio, señor?

El virey pareció reflexionar.

—Escuche vuesa merced—dijo de pronto—yo debo hablar con ese hombre, es decir, con el marqués; vuesa merced irá conmigo y aprovechará la primera oportunidad....



—Con tal de que eso sea muy pronto.

—En esta misma noche; no espero mas sino que se retire el oidor Delgado, que es sin duda el mas temible de toda la Audiencia, porque es muy desconfiado y muy audaz.

—Es decir que aquí espero á V. E.

—Espéreme vuesa merced, que de ir tenemos esta noche al calabozo del marqués, aunque sea á las doce.

—No me separaré de aquí.

El virey dejó allí á D. Lope y entró en busca del oidor, á quien habia dejado en la cámara.

Pero el oidor habia desaparecido, y el virey supo que hacia largo rato que faltaba de aquel lugar.

Volvióse inmediatamente á donde estaba D. Lope.

—Vames al instante—dijo—el oidor Delgado quiere sin duda adelantarse para hablar con el marqués y es necesario impedirlo, porque preciso es que nosotros le veamos primero.

El virey se preparaba ya á salir cuando se presentaron D. Martin de Solís y otros dos oidores.

—Maldita suerte—dijo entre dientes el virey.

—Señor—dijo D. Martin de Solís adelantándose—los señores oidores, mis compañeros, y yo, deseamos hablar con V. E. un instante, sobre negocios que interesan al real servicio.

—¿Tan urjentes que es necesario tratarlos esta noche?—dijo el virey con muestras de impaciencia.

—Tan urjentes, que de perderse un instante peligra la tranquilidad del reino.

—Pues tomen asiento sus señorías.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El virey dirijió una mirada significativa á D. Lope; éste tomó su sombrero y salió á esperar á la antesala.

Aquella visita y aquella instancia para hablar con el virey, eran naturalmente de mala fé.

Hé aquí lo que habia pasado.

D. Frutos al salir de la cámara del virey se dirijió, con objeto de ganar tiempo, precipitadamente hácia la cárcel, y cerca del calabozo en que habian encerrado al marqués, encontró á D. Martin de Solís y á otros dos oidores.

—¿Han hablado sus señorías con el preso?—les dijo.

—No, porque esperábamos á su señoría.

—El virey tiene empeño en hablarle él antes que ninguno de nosotros.

—Pues preciso será que no suceda así.

—Apenas he logrado desprenderme de él, aprovechando un momento en que fué llamado, pero no dudo que notando mi desaparicion y creyendo que yo puedo haber venido á la cárcel venga tras de mí, y me impida hablar á solas con el preso.

—Es muy probable.

—Para evitarlo importa que sin perder un momento vayan sus señorías y con cualquier pretesto le visiten, y le entretengan hasta que yo vuelva.

—Iremos—dijo D. Martin.

—Pues no hay que perder tiempo.

D. Frutos siguió para el calabozo, y D. Martin y sus compañeros se dirijieron al despacho del virey.

Ya hemos visto que llegaron oportunamente.

En un pequeño calabozo en el piso bajo de la cárcel de la Audiencia yacia el desgraciado marqués de San Vicente, D. Antonio de Benavides, víctima de la rabiosa lealtad de



la Audiencia, cuando se abrió la puerta y se presentó D. Frutos llevando en una mano el farol de uno de los carceleros.

Apenas penetró el oidor, la puerta volvió á cerrarse.

—Señor marqués—díjole políticamente D. Frutos.

—Mándeme su señoría—contestó D. Antonio.

—He aprovechado un momento en que el virey y los oidores estan en pláticas, para venir á ofrecer á vuesa merced mis débiles pero amistosos servicios; la suerte que ha sufrido vuesa merced me conmueve porque le considero en tierra estraña, víctima de injustas prevenciones y calumniado.....

—Ciertamente—contestó Benavides con dignidad—mi situacion no puede ser peor; porque aún ignoro quiénes son mis acusadores, y cuál el delito que se me imputa.

—Realmente hay en todo esto un misterio que yo no alcanzo á comprender, pero que aclararemos si vuesa merced viene en mi auxilio.

—Lo agradeceria en el alma.

—Probaremos, ¿vuesa merced tiene en órden sus papeles?

—En órden.

—¿Y en dónde están ellos?

—Existen en las cajas que me han sido embargadas al tomarme preso.

—¿Y no hay allí nada que pueda comprometer á vuesa merced?

—Nada hay mas que los papeles que me pueden salvar.

—¿Y aquí en México no tiene vuesa merced relaciones ni amistad con S. E. el virey ó con algunos caballeros?

D. Antonio comprendió, con esa malicia instintiva de to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos los reos, que aquel hombre no le hablaba de buena fé, y con la mayor naturalidad le contestó:

—¡Ojalá! que si tal tuviese, quizá no habria pasado por esta amargura.

—Pues desde hoy cuenta vuesa merced conmigo, pero guarde en esto mucho secreto, y sobre todo, con el virey; las cosas están muy delicadas, me perderia sin salvarse: yo volveré: por ahora adios.

El oidor volvió á salir finjiendo que se recataba.

---

## XII.

Como D. Lope logró hablar con el preso y lo que arregló en la cárcel.

AUN hablaba el virey con los oidores cuando se presentó D. Frutos.

—Perdóneme V. E.—dijo—le esperaba cuando recordé que un negocio grave me llamaba en mi casa y quise ir en un momento, esperando volver al punto.

—Creia yo que su señoría no habia salido de palacio—contestó el virey intencionalmente.

—Sí, señor—dijo algo turbado el oidor—fuí á mi casa.

—Pues ya nos retiramos—dijeron D. Martin Delgado y sus compañeros levantándose.

—En tal caso, yo tambien, que la noche está muy avanzada y S. E. querrá descansar—agregó D. Frutos.

El virey calló, los oidores se despidieron y el virey les acompañó hasta la puerta.

—Vamos, por fin—dijo entrando donde le esperaba D. Lope.

—Cuando quiera V. E.—contestó el caballero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Frutos entretanto salia á la calle restregándose alegremente las manos.

—¿Qué hubo, señor oidor? preguntó D. Martin.

—Que ya supe adónde tiene ese hombre los papeles que le acreditan.

—Entonces nada se ha avanzado, supuesto que sus papeles vienen en regla.

—¿Eso piensa su señoría? pues mire cuánto se ha ganado; pudiendo el marqués presentar sus papeles habria necesidad de ponerle libre y todo estaba terminado, y él y el virey se reirian de nosotros; ahora es imposible, porque yo me apodero de esos papeles y los oculto, el marqués no puede presentarlos, sigue la causa y aun cuando se obstine en negar, llegará la cuestion del tormento y de seguro que declarará todo.

—¿Y si avisan á España?

—Cuando llegue la contestacion de S. M. ya nosotros tendremos las pruebas, y quizá hayamos hecho algo mas.

—Bien pensado ¿y en dónde están los papeles?

—Vienen en el equipaje del marqués.

—Cuyo equipaje no llegará hasta mañana: será necesario enviar un propio para que lo haga venir á dobles jornadas.

—Está seguro y lo mismo es hoy que mañana, todo lo que es preciso hacer es no tomar declaracion al marqués hasta tener esos papeles en poder nuestro, porque si el virey sabe adonde vienen, los toma él, y ya nada podemos hacer.

—Pero exijir que llegue cuanto antes el equipaje.

—Eso seria infundir sospechas, y corroborar el dicho del marqués cuando se queje, como lo hará sin duda, de que han sido estraidos de sus cajas esos papeles.



—Tiene su señoría una prevision admirable.

—Favor que me hace su señoría—contestó hipócritamente D. Frutos—es que he pensado mucho en este negocio.

Los oidores habian llegado hasta la esquina de la calle de Tacuba, allí se despidieron y cada uno de ellos tomó el rumbo de su casa.

D. Frutos siguió adelante por la misma calle de Tacuba, porque vivia en aquella misma calle.

Los demás tomaron el rumbo del monasterio de Santo Domingo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIII.

De lo que concertaron D. Lope y D. Antonio de Benavides.

CUANDO el virey, seguido de D. Lope de Montemayor, llegó á la prision, todo el mundo se habia ya retirado.

Los presos encerrados estaban ya en sus respectivos calabozos y reinaba allí el mas profundo silencio.

El virey no tuvo sino que darse á conocer y penetró hasta el *separo* en que habian puesto á D. Antonio; D. Lope quedó á la puerta con el carcelero.

—¿Conocéisme?—le dijo el virey.

—Sí, señor—contestó el *Tapado*—S. E. el señor marqués de la Laguna, virey de la Nueva-España.

—El mismo; podeis hablar con entera confianza, que solos estamos: debeis traer para mí unos pliegos.

—Sí, señor, para S. E. los recibí en Toledo de manos de la reina nuestra señora.

—¿Y los habeis perdido?

—No, señor, los tengo aquí; felizmente no me han rejistrado al aprehenderme.



—Dádmeles—dijo con febril impaciencia el virey.

El Tapado se desabrochó el justillo y sacó de su pecho un papel cuidadosamente doblado.

—Aquí le tiene V. E.—dijo presentándolo al virey.

El virey arrebató aquel papel con tanta violencia, como si temiera que D. Antonio se arrepintiera de entregársele y le ocultó con tanta precipitacion como si alguien le observara.

—¿Y este es el único pliego que hay para mí?—preguntó.

—El único.

—Guardad el mas profundo secreto; sobre todo, con los oidores.

—Eso mismo me han dicho ellos respecto de V. E.

—¿Es decir que alguno de ellos os ha hablado antes que yo?

—Sí, señor.

—¿Y quién?

—D. Frutos Delgado.

—Ya me lo suponia—esclamó el virey—¡Miserable! pero nada consiguió.

—Preguntóme por mis papeles.

—¿Y qué le dijísteis.

—Que estaban en mis cajas.

—Dios quiera que esa confesion no os perjudique.

—No tuve inconveniente en hacerla, porque sin que yo nada les dijera, habian de encontrar esos papeles en el rejistro que hicieran de mis baules.

—Es verdad: ¿quereis hablar á D. Lope de Montemayor?

—Me seria muy útil.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—D. Lope—gritó el virey.

D. Lope entró inmediatamente.

—D. Lope, hablad un momento con el marqués de San Vicente, mientras lo hago yo con el carcelero.

El virey salió y D. Lope dijo al marqués:

—¿En dónde están los papeles que acreditan vuestra mision?

—En el equipaje que tomaron las jentes de la justicia.

—¿Vinieron con vos?

—No, creo que llegarán dentro de tres dias.

—¿Saben los oidores que allí vienen esos papeles?

—Sin duda.

—Pues si llegan á sus manos, sois perdido; ellos los harán desaparecer y os ahorcarán como á un impostor.

—Pero yo no puedo impedirlo.

—Yo lo impediré.

—¿Cómo?

—Ya lo vereis, pero os salvaré; esto es lo primero, despues veremos lo demas.

—D. Lope—dijo el virey desde afuera.

—Voy, señor—contestó D. Lope, y dijo luego á Benavides—fiad del carcelero, es todo nuestro.

—Una súplica.

—Decid.

—Quisiera hablar con una dama que debe estar en México, y se llama Dª Laura.

—¡Dª Laura!

—Sí, ¿la conoceis?

—Mucho.

—Deseo hablarla.

—D. Lope—volvió á decir el virey.



—La vereis—dijo D. Lope, y salió del calabozo.

El virey estaba impaciente; el papel que le habia dado D. Antonio parecia quemarle el pecho, deseaba llegar cuanto antes á su cámara y reducirle á cenizas.

El carcelero les acompañó hasta la entrada de la prision, y allí hizo una profunda reverencia al virey y volvió á cerrar, no sin haber correspondido una señal de intelijencia que D. Lope le hizo con los ojos.

El virey se despidió de D. Lope y se encerró en su aposento y el caballero salió de palacio.

Apenas se vió solo en su estancia el virey, se acercó á una bujía, sacó los papeles, y sin ver siquiera lo que contenian, los acercó á las llamas y cuidó de que ni un solo fragmento dejara de reducirse á cenizas.

—Ahora—esclamó—bien pueden los oidores hacer con ese hombre lo que mejor les agrade, por mi parte ya estoy tranquilo.

.....

.....

Al siguiente dia por la mañana, D. Lope habló en su casa con D. Gonzalo y con el padre Lozada, y éste mandó en busca de D. Guillen de Pereyra.

El Señorito se presentó á poco; el padre le recibió en una antecámara.

—Tengo necesidad de encargaros un negocio importante—dijo el padre Lozada.

—Mándeme su señoría—contestó el Señorito.

—¿Sabeis que ha sido preso D. Antonio de Benavides, marqués de San Vicente?

—Sí, señor.

—En los equipajes del marqués vienen unos papeles que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

importa no lleguen á poder de la Audiencia sino al nuestro.

—¿Y en dónde se encuentra ese equipaje?

—Mañana debe entrar á México: le custodian algunos soldados, y es preciso quitárseles en el camino.

—Comprendo.

—Cuanto encierren las cajas es para los que acometan la empresa.

—¿Y quiere su reverencia que yo me encargue de esto?

—Sí.

—Y en caso de que el golpe se logre, ¿entrego á su reverencia esos papeles?

—No, á D. Lope de Montemayor, en cuya presencia indispensablemente se han de abrir esas cajas.

—Perfectamente; ¿y qué parte me toca del botin?

—A vos se os darán mil pesos.

—Tendrá D. Lope esos papeles—dijo sentenciosamente el Señorito—y aquí mismo le daré aviso para que pueda ir á donde estén las cajas, á fin de que en su presencia sean abiertas.

El padre Lozada despidió á D. Guillen y entró á dar parte de lo concertado á D. Lope y á D. Gonzalo.

Aquella noche, al sonar la plegaria de las ocho, D. Lope llamó á la puerta de Dª Laura y entró como de costumbre.

La dama sintió que un lijero carmin teñia su rostro al ver á D. Lope, pero se serenó inmediatamente.

Aquella mujer sentia despertar algo parecido al amor en su corazon, pero habria muerto antes que sucumbir.

Al menos así lo pensaba ella.

—Señora—dijo D. Lope—tengo para vos un encargo.

—Decid; D. Lope—contestó con dulzura la dama.



—D. Antonio de Benavides desea hablaros.

—¿A mí? ¿acaso le habeis dicho que le conocí al pasar?

—No, señora, aun ignoraba que yo tuviera la felicidad de conoceros, pero algo grave quizá pretende deciros, porque me ha preguntado con empeño por vos.

—Es estraño.

—¿Quereis verle?

Dª Laura reflexionó, y luego dijo:

—¿Será posible hablarle?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche á las doce.

—Pero, ¿no está preso?

—Sí que lo está, y sin embargo, yo os acompañaré si lo permitís.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIV.

De como un pordiosero supo mas que un señor oficial de los ejércitos de D. Carlos II rey de España.

POR el camino real de Veracruz, y á corta distancia del pueblo de San Juan Teotihuacan caminaba con direccion á México un oficial con ocho soldados, custodiando seis mulas de carga.

A la madrugada habian salido de Teotihuacan; el camino estaba fangoso, y las mulas de carga que no mostraban ser de las mejores, se resbalaban á cada paso, y á cada paso se *echaban* con la carga.

Los soldados y el oficial juraban como unos condenados, y se detenian á cada instante para levantar aquellas cansadas mulas.

En el camino por donde debian atravesar, habia una venta desierta y arruinada, y debajo del miserable porta[1] que aun estaba en pié, un hombre cubierto de harapos y sentado en una piedra miraba con ansiedad para el rumbo de San Juan Teotihuacan.

Por fin alcanzó á descubrir á lo lejos los soldados que conducian las mulas.



El hombre se levantó, y apoyándose en un grueso baston, se adelantó perezosamente cojeando al encuentro del oficial.

—Una bendita caridad, por el santo que se celebra hoy —esclamó con tono plañidero

—Perdone, hermano—contestó el oficial que se habia detenido mientras levantaban una mula.

—Por el amor de Dios—insistió el mendigo.

—Ya le dije que perdone.

—Por María Santísima de Guadalupe.

—Y dále.....

—Por las misas que hoy se dicen; por la hostia consagrada.

—No hay, hombre.....

—Mire, señor caballero, que Dios da ciento por uno, y que la limosna que aquí diere, en el cielo la hallará.

El oficial miró al mendigo entre molesto y compadecido, y luego sacando una moneda se la tiró en el suelo.

—Dios premie la caridad, y aumente la devocion—dijo el mendigo levantando la moneda, santiguándose con ella y besándola—mire su señoría, señor oficial, que Dios puede premiarle: ¿sabe su señoría lo que pasa en México?

—¿Qué hay?

—Que se ha fugado un preso que metieron la otra noche, y dizque es marqués.

—¿El marqués de San Vicente?

—El mismo, y su escelencia el virey y la real Audiencia, han ofrecido muy grandes premios al que lo aprehenda. Si su señoría quiere, en menos de una hora le aprehendemos, que yo sé donde está, y solo porque soy desvalido no lo he hecho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los ojos del oficial brillaron de codicia.

—Pero estas mulas?—dijo mirando las que traia.

—Si su señoría quiere, porque el negocio es muy bueno, en esa venta vieja pueden quedar mientras las mulas con dos soldados, y su señoría con seis hombres me sigue, que le llevaré hasta donde está oculto el marqués, que yo le he visto hoy en la madrugada.

El oficial reflexionó un momento, y luego dijo:

—Así como así, estas bestias necesitan descansar un rato, porque están muy maltratadas: Muchachos, dos de vosotros entrad en esa venta con las mulas mientras vuelvo, y los demas seguidme.

Dos soldados comenzaron á dirijir á las mulas para la venta, y el oficial con los restantes se puso en camino siguiendo al mendigo.

A pocos pasos del lugar en que se encontraban, habia un sendero estrecho que se apartaba del camino, entrando en un bosquecillo: por allí penetró el mendigo y los soldados, de uno en uno, le siguieron.

El mendigo caminaba con una precipitacion que no se hubiera podido esperar de él, y en poco tiempo perdieron de vista el camino y la venta.

Los otros dos soldados llegaron bajo el portal con las mulas, las dejaron allí, echaron pié á tierra, y atando á una columna sus caballos, se sentaron en los escombros á descansar.

Entonces se pudo ver la cabeza de un hombre, que casi al nivel de la tierra asomaba detras de una de las paredes, y luego otra cabeza un poco mas arriba.

Los soldados estaban muy distraidos.

Un hombre, y otro, y otro se destacaron de detras de la pared, y sin hacer el mas mínimo rumor, se avanzaron con precaucion hasta quedar detras de los soldados.



Repentinamente, como tigres que se lanzan sobre una presa, aquellos tres hombres, con un puñal en la mano, cayeron sobre los soldados que no pensaron en resistir, y antes que ninguno de los dos pudiera lanzar un solo grito, los dos eran ya cadáveres cubiertos de sangre y acribillados á puñaladas.

Sin perder un solo instante, aquellos tres asesinos se apoderaron de los caballos de sus víctimas; dos montaron en ellos, y el tercero á pié, comenzaron á arrear á las mulas, y dejando el camino real se perdieron en un sendero que seguia la direccion opuesta á la que habia tomado el mendigo conduciendo al oficial y á los soldados.

El camino que seguian estos últimos, se hacia cada vez mas y mas intransitable; por fin llegaron á una barranca que tenia por puente un tronco de árbol.

El mendigo atravesó el abismo sobre el tronco, con entera firmeza, pero el oficial no pudo seguirle á caballo y se detuvo.

—¡Eh!—gritó—¿adónde vas? no miras que por aquí no podemos pasar?

—Es cierto—dijo el mendigo del otro lado.

—¿Pues qué hacemos?

—No hay cuidado; siga su señoría la barranca arriba y un poco adelante está el paso para los de á caballo; este es para la jente de á pié.

—Bien—dijo el oficial, y comenzó á caminar hácia arriba en busca del paso.

A poco andar comprendió que el paso no estaba por ahí, y volvió con intencion de preguntar á su guía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegó al lugar en que le habia dejado, pero el guía no estaba ya, y lo que era peor, el tronco que servia de puente habia sido precipitado al fondo del barranco.

El oficial conoció que el mendigo le habia engañado y que habia puesto un abismo entre los dos.

Entonces le vino la idea de que tal vez la carga corria peligro y determinó volver al camino real.

Pero por mas que queria caminar de prisa, el terreno no se lo permitia: ademas, se habia alejado demasiado.

Mas de una hora tardó en encontrar el camino real.

Por fin divisó la venta, y desde lejos le pareció que los dos soldados dormian tranquilamente: esta era prueba de que no habia allí novedad.

Entonces se fué acercando mas tranquilo; sin duda el plan del mendigo no era contra la carga sino contra él.

El oficial llegó á la venta, miró sus soldados y lanzó un grito de espanto que repitieron los demas.

No habia allí mas que dos cadáveres acribillados á puñaladas y cubiertos de sangre.

Ni las mulas, ni los caballos: nada.

Comenzaron las conjeturas; quisieron guiarse por el rastro; pero imposible.

El camino estaba lleno de agua, y en todas direcciones habia huellas de bestias y de hombres.

Entonces aun no habia esa generacion de guerrilleros que nuestras guerras civiles y estranjeras han educado, y que conoce por las huellas los secretos de los caminos.

El oficial sin saber qué hacer, se llegó á la ruinosa venta, y quedó sombríamente meditabundo.

Si en aquel momento hubiera encontrado al mendigo le habria ahorcado con sus manos.



Pero el mendigo y los que llevaban las mulas estaban ya muy lejos de allí.

Entonces comprendió el pobre oficial que el mendigo le habia engañado como á un niño, que le esperaba en México algo muy desagradable con la Audiencia, y que era preciso que él á su turno engañara tambien á la Audiencia.

Esto era muy peligroso porque habia que contar con el secreto de los soldados.

Pero siempre mayor peligro habia en no probar aquel medio.

El oficial se decidió á engañar á los oidores, como el mendigo le habia engañado á él.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

En el que se refiere una conversacion que tuvieron D. Frutos Delgado y Doña Inés de Medina.

LA Audiencia esperó en vano la llegada del equipaje de D. Antonio de Benavides, en el que debian venir los papeles que se necesitaban para comenzar el proceso.

Los oidores querian tener aquellos papeles en su poder, con objeto de quitar al marqués de San Vicente todos los medios de defensa y al virey todo pretesto de proteccion.

El dia trascurrió sin que el equipaje llegara, y ya cayendo la tarde entró por la calzada de Guadalupe un piquete de soldados, que sobre dos mulas aparejadas de carga traian dos cadáveres.

D. Frutos tuvo la noticia del acontecimiento, y estuvo á punto de enfermar de la cólera; aquel robo á su parecer habia sido dirijido por el virey y ejecutado por sus ajentes.

Reuniéronse inmediatamente los oidores y determinaron dictar providencias para averiguar quiénes habian sido los culpables de aquel atentado, pero sin descubrir sus sospechas al virey.



D. Frutos en medio de la grande ajitacion de su espíritu tuvo una idea luminosa; recordó que Dª Inés de Medina habia dicho al virey que á ella le era fácil descubrir la conspiracion que se tramaba; ella, pues, debia saber algo; y á ella era prudente dirijirse.

D. Frutos subió en su carroza y se hizo conducir á la casa del marqués de Rio-florido.

El marqués estaba como siempre retirado en su aposento, porque no habia llegado aún la hora de la tertulia, y Dª Inés recibió al oidor.

—¿Y á qué debemos la honra—dijo—de ver á su señoría en esta su casa?

—La honra recíbola yo, señora, al ponerme á las plantas de vuesa merced, y aprovechar esta oportunidad para hablarla á solas, si me concede para ello su vénia.

—Puede mandar su señoría.

—Mandar nunca podria á quien me honrara en obedecer.

—Gracias.

—Pues es el caso, señora, que vuesa merced ha dicho al señor virey que podria presentarle datos seguros acerca de la conspiracion que aquí se trama contra los sagrados derechos de S. M. (Q. D. G. )

El oidor saludó.

—Sí, señor oidor.

—Y supongo que en esto guía á vuesa merced el amor á su rey y el deseo de hacer un buen servicio.

—Ciertamente, señor.

—Pues vista esa buena voluntad, y en atencion á que vuesa merced es una dama discreta y noble; considerando que se la puede fiar un secreto, considerando que conviene

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fiársele para que esté preparada, y finalmente, en urjencia del caso determiné venir, y vine á ver á vuesa merced para decirla que á mi juicio el virey es el principal apoyo con que cuentan en México los conspiradores.

—Tal habia yo entendido, y por lo mismo no habia vuelto á palacio, que comprendo que solo en la real Audiencia puede tenerse confianza en estos momentos.

—Efectivamente, señora, y pues estamos conformes de toda conformidad, quiero referir á vuesa merced lo últimamente acontecido para ver si vuesa merced, que con tales noticias cuenta y tan buen deseo tiene de servir á S. M., puede averiguar algo en este punto.

—¿Qué ha pasado?

—Señora, la Audiencia esperaba las cajas del equipaje del marqués de San Vicente, en las cuales debian venir unos papeles importantes para la prosecucion de su causa; pero esas cajas conducidas por soldados de S. M., han sido robadas en el camino.

—¿Robadas? y ¿cómo, señor?

—Hé aquí lo que me ha referido el oficial: á poca distancia de San Juan Teotihuacan caminaba al amanecer la escolta conduciendo las cargas, cuando repentinamente de un recodo del camino salió una partida de hombres enmascarados, caballeros en soberbios corceles, y se arrojaron sobre la escolta. El oficial y los soldados se defendieron bizarramente; el combate fué largo y sangriento; pero el número triunfó de la lealtad, y los soldados tuvieron que abandonar las mulas y retirarse á México, pudiendo conseguir á penas traer los cadáveres de dos de sus compañeros muertos gloriosamente en el combate.

—Pero eso es escandaloso.



—Lo es á tanto grado que me sospecho que el virey tiene parte en todo ello.

—Prometo á su señoría averiguarlo.

—¿Y cuándo, señora? porque hará en esto vuesa merced un distinguido servicio á S. M.

—Pasado mañana en la noche espero dar una puntual noticia á su señoría.

—¿Pasado mañana? es mucho tiempo.

—No es posible hacerlo antes.

—Bien; será como vuesa merced quiera, señora, con tal que sea el resultado satisfactorio.

—Lo procuraré; por ahora ruego á su señoría que se retire, porque mi padre no debe tardar en salir, y deseo que su merced ignore absolutamente que yo estoy mezclada en estos asuntos.

—Comprendo, señora: ¿y á qué hora podré hablar con vuesa merced pasado mañana?

—A esta misma hora; yo estaré pendiente para recibir á su señoría.

—Beso los piés de vuesa merced, mi señora—dijo el oidor despidiéndose.

—Beso la mano de su señoría—contestó Dª Inés.

El oidor se retiró y una hora despues la dama conversaba en la tertulia de su padre con la mayor tranquilidad.

El Señorito no faltó; y Dª Inés le indicó por medio de frases ambiguas, que la beata tertuliana no comprendia, la necesidad en que estaba de hablarle aquella noche á las doce.

El Señorito la contestó del mismo modo que no faltaria, y la tertulia se disolvió á la hora de costumbre.

Nuestros abuelos sufrian con gusto la tiranía del *método*:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el supremo dictador era el reloj, y el calendario era una especie de primer ministro.

A la una habian de comer, aunque no tuvieran hambre, y hasta la una se servia la comida, aunque desde las once sintieran necesidad de tomar alimento.

Lo mismo era en el sueño, y en todo lo demás: el reloj, el método.

Dias de la semana habia en que *les tocaba* rasurarse, y no adelantaban aquella operacion, veinticuatro horas por ningun motivo; de aquí la costumbre de hacer casi dias de fiesta los juéves en aquellos tiempos; porque jeneralmente los saraos y los convites se fijaban para los juéves y los domingos, por ser dias en que les *tocaba* rasurarse.

Habia sus escepciones entre los jóvenes, pero eran escepciones.

La tertulia del marqués de Rio-florido se retiró á la hora de costumbre, y D. Manuel de Medina y su hija se encerraron en sus habitaciones.

Cerca ya de las doce de la noche, Dª Inés salió de su aposento y deslizándose sin ruido, como una sombra; llegó hasta la puerta que caia al canal y esperó allí de pié aplicando el oido á los batientes para percibir mejor cualquiera ruido que hubiese por la parte del canal.

Sonaron las doce, y á la primer campanada Dª Inés introdujo la llave en la cerradura con mucho cuidado; pero no la hizo jirar, y sin apartar de ella la mano volvió á ponerse en observacion.

Así pasaron dos ó tres minutos; por fin, el ruido del agua azotada por unos remos y el lijero choque de una canoa contra la escalinata de la puerta se escuchó entre el profundo silencio que reinaba.



Dª Inés, haciendo un esfuerzo para impedir que sonara la cerradura, dió vuelta á la llave y abrió.

En el mismo instante el Señorito llegaba á la puerta.

Todo aquello estaba tan bien calculado y combinado, que todo habia pasado en un momento.

La puerta volvió á entornarse; Dª Inés volvió á cerrar con llave, y enlazando con sus torneados brazos el cuello del Señorito que casi la llevaba en el aire levantándola por la cintura, llegaron á sentarse bajo el cobertizo del patio.

—Quiero que me cuentes una cosa, dueño mio—dijo Dª Inés al Señorito, despues que habian pasado un largo rato en caricias y requiebros.

—Habla, vida de mi vida—contestó el jóven—¿qué puedes desear que no sea para mí una ley suprema?

—Dime, bien mio: ¿sabes quién quitó á la escolta, el equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí, mi bien: algunos de los comprometidos.

—¿Y qué hicieron de unos papeles que allí venian?

—Escúchame, los papeles los tomó uno de los jefes.

—¿Y qué hizo de ellos? ¿adónde los tendrá?

—Yo supongo que los dejó depositados en la casa de una dama que vive en la calle del Reloj, enfrente de la casa de D. Lope de Montemayor, porque yo le acompañé hasta esa casa y le esperé hasta que volvió á salir de ella; no sé lo que allí hizo, pero cuando salió advertí que no llevaba ya los papeles, por lo que infiero que esa dama los guarda.

—¿Y sabes cómo se llama esa dama?

—Solo sé que se llama Dª Laura: es una mujer misteriosa que jamás sale á la calle, y viste siempre de luto.

—La conozco: y dime, Guillen, ¿podriamos contar con cinco ó seis hombres resueltos para una empresa?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cuantos quieras, mi bien.

—Pero es preciso que sean leales, valientes, capaces de guardar el mas profundo secreto, y capaces de aventurarse en cualquiera empresa, por difícil que parezca.

—Tengo hombres á propósito y como tú los deseas.

—Pues oye mi plan.

Dª Inés acercó su rostro al del Señorito y comenzó á hablarle con mucho misterio.

---

## XVI.

De como D. Lope llevó á Doña Laura al calabozo en que tenian preso á D. Antonio de Benavides, y de lo que con éste habló la dama.

PUNTUAL llegó D. Lope á la cita que dado le habia Dª Laura: cubrióse la dama cuidadosamente con su velo, embozóse el galan hasta los ojos, calóse el ancho sombrero y salieron ambos con direccion á palacio.

Las calles estaban desiertas y oscuras; cerca quedaba el palacio de la casa de la dama; pero mas cerca pareció á D. Lope, que hubiera deseado atravesar así el mundo llevando suspendida casi de su brazo á aquella mujer á quien él adoraba, que se entregaba tan confiada á su lealtad de caballero y á quien por eso mismo apenas se atrevía á decir una sola palabra de amor.

El cielo estaba entoldado de negras nubes; era la estacion de las aguas en México, y de un momento á otro amenazaba desprenderse la lluvia.

Dª Laura caminaba silenciosa, D. Lope no cesaba de contemplar aquella cabeza inclinada bajo el peso de tristes meditaciones; adivinaba D. Lope al través de los negros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pliegues del manto la hermosura de la dama; le parecia que aquellos pliegues se diafanizaban, y que veia la frente pálida y serena de la dama, sus ojos lánguidos, sus labios rojos y entreabiertos.

De cuando en cuando Dª Laura levantaba la cabeza y miraba á su compañero al través del velo; D. Lope entonces sonreia melancólicamente, y estrechaba con suavidad la mano de la dama contra su seno....

Así llegaron hasta la puerta de palacio.

—Pero esta no es la cárcel—dijo Dª Laura.

—Es cierto, señora; es que por aquí podemos penetrar con seguridad hasta el lugar en que está preso D. Antonio.

Dª Laura miró á D. Lope, y leyó tanta lealtad en aquel rostro medio oculto entre la sombra que no replicó y penetró con él en el edificio.

D. Lope conocia perfectamente el camino y condujo á su compañera al través de algunos patios y corredores desiertos hasta una puertecilla, á la que llamó suavemente.

Inmediatamente se abrió en la puerta un pequeño postigo guarnecido por una gruesa reja de hierro, y la luz de un farol bañó el rostro del caballero.

Sin hacer ninguna pregunta abrió la puerta un hombre que por las llaves que traia colgadas á la cintura al lado de un ancho puñal; daba indicios de ser un carcelero.

D. Lope y la dama entraron; el hombre cerró la puerta y echó á caminar delante de ellos que le seguian tambien en silencio, y procurando instintivamente ahogar el eco de sus pisadas.

El carcelero se detuvo delante de una maciza puerta, y tomó una llave de las que traia; abrió y corrió los cerrojos, empujó la puerta y dando á D. Lope su farol, quedó por l



parte de afuera mientras que la dama y el caballero penetraron.

D. Antonio de Benavides, deslumbrado por la repentina claridad del farol que llevaba D. Lope, no pudo conocerle ni distinguir á la dama que le acompañaba: sin embargo, se puso de pié, y saludó diciendo:

—Buenas noches: ¿qué se ofrece?

—Soy yo, marqués—dijo D. Lope.

—Ah! D. Lope de Mantemayor; perdonadme, que no os habia conocido.

—Viene conmigo una dama, á quien deseábais bablar.

—¡Dª Laura!—esclamó D. Antonio.

—La misma—contestó la dama—D. Lope me ha dicho que deseábais hablarme..... y héme aquí.

—Señora, tanto favor á un hombre tan desgraciado.

—Porque estais en desgracia he venido, que de no ser así.....

—Comprendo, señora, comprendo, y si fuera cosa que me atañera directamente, apenas me hubiera atrevido á molestaros; pero es un encargo, un mandato de la reina Dª María Ana de Austria, y S. M. me ordenó que cualesquiera que fueran mis circunstancias en México os buscase y os hablase de su parte, y esto me lo dijo con grande insistencia mas de diez veces.

—¿Y qué me ordena la reina mi señroa?

—¿Mandaros? ordenar nada, Dª Laura, nada pediros, suplicaros es lo que me encargó.

—¿Pero qué puede querer de mí? en qué podre servirla? qué puedo darla?

—Vuestro perdon, señora, vuestro perdon. La reina me ordenó ponerme de hinojos delante de vos, para pediros en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre el perdon por la muerte de D. José de Mallades, porque esa muerte es para S. M. un eterno remordimiento enmedio de su gran desgracia.

D. Antonio se arrodilló delante de la dama y tomó una de sus manos.

Dª Laura tenia en aquellos momentos la palidez de un cadáver, y sus ojos no se apartaban del rostro de D. Antonio.

D. Lope, inmóvil, contemplaba admirado aquella escena solemne, alumbrada por el farol que tenia él en su mano.

—Dª Laura—continuó sin levantarse D. Antonio—la reina y el padre Nitardo han sido precipitados por la denuncia de una mujer sin corazon, de una víbora: Dª Inés de Medina la hija del marqués de Rio-florido, ha causado verdaderamente su desgracia; ella delató á D. José, ella indicó el medio seguro para aprehenderle con tanto misterio que yo mismo no supe á quién habia aprehendido hasta que no le ví dentro de la cárcel.

—Nada mas digais—dijo Dª Laura con una voz vibrante.—Dios quiera perdonar mis culpas, como yo perdono á S. M. y como os perdono á vos.

—Gracias, señora, gracias, y creed siempre que yo no he tenido mas parte en aquella terrible historia que haber aprehendido á D. José, y eso sin saber quién era él, os lo juro.

—Aun eso—contestó la dama solemnemente—os lo perdono en su nombre y en el mio; vámonos, D. Lope.

—¿Tan pronto, señora?

—Sí, no seria prudente permanecer mas tiempo; D. Antonio, en cuanto pueda ayudaros esta pobre mujer, contad con ella.



—Sois un ánjel, señora.

—D. Antonio—dijo D. Lope—quizá mañana mismo estarán en mi poder vuestros papeles; ¿qué hago de ellos?

—Seria peligroso que los tuviérais en vuestro poder, depositadlos en manos de este ánjel de bondad, que á ella me dirijiré en caso necesario para presentarlos; ¿admitís el depósito, señora?

—Sí, D. Antonio, y estad seguro de que no los entregaré aunque me cueste la vida, sino á la persona que vaya en vuestro nombre y me diga una palabra que vos me indicareis.

—Dª Laura, solo al que os diga esta palabra: "*Perdon*,, que recordará vuestra noble jenerosidad.

—No olvidaré esa palabra—contestó la dama—adios.

—Adios, señora.

D. Lope y Dª Laura salieron, y con las mismas precauciones y siguiendo el mismo camino, volvieron á encontrarse en la calle.

—Señora—dijo D. Lope—esta es la noche mas venturosa de mi vida.

—¿Por qué, D. Lope?

—Porque os he visto, señora, tan grande como sueño siempre veros, porque he visto á un hombre pidiéndoos perdon en nombre de Su Majestad.

—Vanidad de vanidades—contestó tristemente la dama.

—Cuánto os amo!—esclamó sin poderse contener por mas tiempo el jóven.

—Haceis bien, D. Lope, porque debeis estar seguro de que si yo no fuera la esposa de un muerto, os amaria como yo sé amar.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Lope, como petrificado de aquella confesion de la dama, se detuvo repentinamente.

Aquello era mas de lo que él habia esperado nunca, la alegría le sofocaba, llevó sus dos manos á su pecho y aspiró el aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Para otro amante las palabras de la dama hubieran sido casi insignificantes; para D. Lope encerraban un tesoro infinito de felicidad.

Dª Laura le contempló un instante con ternura, y luego atrayéndole suavemente le obligó á caminar.

Estaban ya á la puerta de la casa y D. Lope aun no habia hablado una palabra.

—Ahora sí—dijo Dª Laura—ahora sí le pido á Dios la muerte, la muerte pronta.

—¿Por qué, señora?—dijo D. Lope.

—Porque temo que voy amaros y este pensamiento me espanta....

—¡Dª Laura!—esclamó D. Lope.

Pero la puerta se habia abierto y la dama sin escucharle entró precipitadamente y cerró tras sí.

D. Lope quedó largo tiempo sin moverse y en la misma postura; por fin, como saliendo repentinamente de aquella meditacion, se arrodilló, se quitó el sombrero y besó respetuosamente la piedra del umbral en que habia estado parada la dama.

Despues se levantó, se cubrió, y con la cabeza inclinada se dirijió á su casa.

Dª Laura habia contemplado todo aquello desde su balcon y cuando D. Lope entró á su casa la dama se entró á su aposento, y se arrodilló delante de un crucifijo esclamando:



—¡Dios mio! ¡Dios mio! ya le amo! ya le amo! ¿cómo lo permitís? ¿por qué no me mandais mejor la muerte?

Dª Laura habia contado demasiado con sus propias fuerzas, habia permitido á D. Lope que la hablara de su amor, le habia dejado acercarse.

Porque creia que su corazon habia muerto para siempre, que nada seria ya capaz de moverle.

Pero el corazon nunca muere verdaderamente, nunca cesa el peligro.

Solo el sepulcro es una garantía, y quién sabe lo que nos espera en ese mas allá!

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVII.

Donde se da razon por qué queria Dª Inés de Medina que el Señorito le buscara cuatro ó seis hombres de confianza.

En un cuarto bajo de la calle de Santa Teresa, cuya puerta estaba perfectamente cerrada, conversaban cuatro hombres que ya son conocidos para nosotros, pues que les hemos visto en la casa de Tlaltelolco.

Estaban sentados al derredor de una mesa en viejas sillas de madera, y se alegraban de cuando en cuando con una redoma llena de aguardiente que llevaban á sus labios.

—¿Qué empresa será esta?—decia el Camaleon.

—Quizá resultará como el *mentado* plan de la casa del marqués, que dias van y dias vienen y nunca llega....

—Mira, Pinacate—interrumpió el Camaleon—de eso del marqués yo estoy seguro de que se logra; pero el Señorito quiere macizar el golpe; ya tú sabes que no le quiero bien pero, sin embargo, creo en que no nos engaña.

—¿Y si le ocurre casarse con la marquesita?

—Entonces te juro por el santo de mi nombre que le *despacho* yo.



—Por ahora estamos aquí perdiendo el tiempo y son ya las doce.

—No hay por qué quejarse: todavía á mí no se me acaba lo que conseguí en las cajas de D. Antonio de Benavides.

—Ni á mí—dijo el Pinacate—pero *aseguramos* bien á los dos soldados.

—El pobre oficial—dijo el camaleon—que se fué siguiéndome para prender al *Tapado*, y en todo el camino me preguntaba:—¿Estamos cerca? ¿estamos cerca?—Ayer le encontré.

—¿Y te conoció?

—Imposible.

—Llaman á la puerta—dijo otro de los bandidos.

—El Camaleon se levantó y abrió.

El Señorito se presentó seguido de una dama: todos los hombres se pusieron en pié y se quitaron respetuosamente los sombreros.

—Cerrad—dijo imperativamente la dama.

El Camaleon obedeció.

—Tomad ese candil y seguidme todos—dijo.

El Camaleon tomó el candil que estaba sobre la mesa y todos se dispusieron á seguir á la dama.

Se dirijió ésta á una puerta que habia en el fondo de aquella estancia, la abrió y se encontraron todos á poco andar en el patio de una gran casa.

Aquella casa venia, por decirlo así, á formar ángulo con la que habitaba Dª Laura en la calle del Reloj, y aquella casa estaba desierta.

Subieron la escalera, atravesaron varias habitaciones y llegaron hasta una azotehuela.

Allí se detuvo la dama.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Escuchad—dijo—lo que vais á hacer; aquí teneis una escalera que colocada junto á ese muro os dará la subida para la azotea; subireis todos: una vez arriba, tirareis de la escalera, porque os servirá para bajar á la casa contigua; en esa casa hay una dama hermosa, sola; os apoderareis de ella y la conducireis hasta aquí: en cuanto á los criados, atadlos ó matadlos, como mejor os parezca: sobre todo, nada de robar, yo pago el servicio y pago bien, ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—Hacedme la gracia, D. Guillen, de acompañarles—dijo la dama—vos que conocereis mejor á la dama, y que comprendeis mejor mis intenciones.

—Y vos, señora; ¿cómo os quedais?

—No os dé pena, que no tengo miedo.

Los hombres comenzaron á subir con gran precaucion. El Señorito subió el último.

La dama les contempló hasta que levantaron la escalera y desaparecieron: entonces con la mayor tranquilidad se apoyó en la barda de la azotehuela y se puso á mirar para el patio que estaba enteramente sumido en la mas negra oscuridad.

Sin duda sus meditaciones la preocupaban completamente porque mas de media hora no se movió, hasta que un lijero ruido por la azotea vino á llamar su atencion.

La escalera volvió á ser colocada; bajó primero un hombre que se puso luego á sujetarla, y despues otros dos, que con gran trabajo y peligro traian cargando un cuerpo que parecia ser una mujer.

—Hemos llegado—dijo el Señorito.

—Veré si es ella—esclamó la dama entrando por el can-



dil que habia dejado en el aposento contiguo é iluminando el rostro de la otra dama.

—Es Dª Laura—dijo—¿se ha desmayado?

—Sí, señora.

—Mejor.

—Sin embargo, tiene mordaza—dijo el camaleon.

—Vámonos—dijo la dama.

El Pinacate, por precaucion quitó la escalera, y la arrojó al patio.

Aquella comitiva fantástica, llevando en hombros á Dª Laura, atravesó de nuevo la casa hasta llegar á la puerta de la calle.

—De aquí en adelante, solo dos para llevar la carga—dijo la dama—los otros á su casa, y D. Guillen pagará.

Nadie respondió: el Camaleon y el Pinacate tomaron á Dª Laura, el Señorito apagó el candil y cerró la casa con llave.

La dama comenzó á caminar rápidamente seguida de los hombres que llevaban á Dª Laura, y de D. Guillen.

Caminaban en línea recta hácia el Oriente, y no se detuvieron hasta llegar al canal.

Allí esperaba una canoa con dos remeros.

—Poned adentro de la canoa á esa mujer y retiraos—dijo la dama.

Los dos hombres obedecieron, y Dª Laura quedó acostada en el fondo de la canoa.

El Señorito se embarcó, ofreció su mano á la dama para ayudarla á entrar, y la canoa se desprendió suavemente de la orilla.

El Camaleon y el Pinacate la vieron partir, y se retiraron tranquilamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La canoa se dirijia hácia el Sur, y bogó por mas de un cuarto de hora, hasta que se detuvo frente á la casa del marqués de Rio-florido.

La dama desembarcó la primera; siguióle el Señorito que ató la canoa á una argolla de hierro que habia con ese objeto en la escalera y luego los dos remeros salieron conduciendo á Dª Laura que comenzaba á volver en sí.

La dama abrió la puerta y se descubrió: era Dª Inés de Medina.

Penetraron todos en la casa, y en el gran patio en que tenian sus citas amorosas Dª Inés y el Señorito, abrió aquella una puerta que daba entrada á una gran troje, que era una larga galería de bóveda.

Dª Inés tomó un farol que habia dentro, encendió una pajuela y prendió la mecha.

—Tomad—dijo entregando el farol á D. Guillen—y oidme, ¿veis esto?—y le mostraba una especie de nicho labrado en el espesor del muro.

—Sí—dijo D. Guillen.

—Aquí mandad poner á esa mujer, y que fabriquen inmediatamente la pared que debe cubrir esa entrada, pero teniendo cuidado de no cerrar enteramente hasta que yo no hable con ella; quédele el rostro descubierto; y esperadme, que pronto vuelvo.

Dª Inés salió y D. Guillen hizo conducir allí á Dª Laura, teniendo antes la precaucion de cubrir su rostro con un antifaz de terciopelo, como estaban los de los dos remeros.

El nicho que habia en el muro era una especie de alacena profunda, pero de la altura de un hombre: cerca de ella se veian piedras y mezcla, todo dispuesto para levantar rápidamente una pared.



D. Guillen hizo una seña á los dos remeros, y ellos entonces pusieron á Dª Laura de pié dentro del nicho.

La infeliz no podia hablar porque tenia una mordaza, y miraba casi sin comprender todo aquello.

Permaneció en pié y sin moverse hasta que los hombres comenzaron á levantar la pared: entonces ella quiso huir de allí, pero D. Guillen la sujetó por los hombros, y la tuvo así como clavada contra la pared, á pesar de los esfuerzos de la desgraciada, hasta que el nuevo muro llegó á la altura de su pecho.

Entonces la dejó, pero Dª Laura no podia ya defenderse ni salir, y el muro seguia subiendo con una rapidez desesperante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVIII.

De lo que pretendia Dª Inés de Dª Laura, y de lo que consiguió.

SUBIA rápidamente el muro que fabricaban los criados de Dª Inés de Medina, y llegó por fin á no dejar descubierto mas que el rostro de Dª Laura. Entonces D. Guillen, que presenciaba silenciosamente la operacion, hízoles señal de que se retirasen, y quedó solo con la emparedada.

Dª Laura no jemia; miraba solo con asombro al Señorito, que permanecia en pié delante de ella, cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo y teniendo en la mano el farol que habia alumbrado la operacion.

Pocos momentos despues se escuchó el rumor de unos pasos y el crujir de una falda de seda, y Dª Inés penetró en el espacio iluminado que bañaban los rayos de la luz del farol.

Traia el rostro cubierto tambien con una mascarilla.

Dª Laura la miró con cierta curiosidad mezclada de asombro; creia estar soñando.

Dª Inés llevaba descubierto el cuello y mostraba parte



de su bellísimo seno; vestia un rico traje de brocado azul y blanco, y á pesar del antifaz, cualquiera habria podido adivinar que era una mujer hermosa.

—¿Quedó bien así?—dijo el Señorito alumbrando el muro y el rostro de Dª Laura.

—Sí, amor mio—contestó Dª Inés, y como si se hubiera preocupado muy poco de que Dª Laura la miraba, acarició coquetamente y como para dar las gracias al Señorito.

Dª Laura seguia observando sin lanzar una sola queja.

—Quítale la mordaza—dijo Dª Inés.

El Señorito metió los brazos por el agujero del muro y desató la mordaza que tenia aun Dª Laura.

La pobre dama aspiró con delicia el aire que penetraba entonces mas libremente á sus pulmones.

—Ahora, podemos hablar—dijo Dª Inés—y si os conviene contestarme, podeis hacerlo con entera confianza, pero os advierto que si os negais á lo que tengo que pediros, en un momento el muro acabará por cerrarse enteramente, y ya sabeis lo que eso quiere decir; al paso que si sois dócil, yo os pondré libre y en estado de volver á ser feliz.

Dª Laura calló.

—Escuchadme, señora, habeis recibido de manos de uno de vuestros amigos, unos papeles que pertenecian, ó mejor dicho, que pertenecen al marqués de San Vicente; entregadme esos papeles, decidme al menos en dónde están y quedareis libre.

Dª Laura sintió en su corazon un dolor horrible, porque su primera idea fué que D. Lope la habia traicionado, que él tenia parte en aquella trama infernal.

—Hablad, señora; ¿en dónde están esos papeles?

—No lo sé, ni sé quién sois vos para exijírmelos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dª Laura—continuó fingiendo una gran dulzura Dª Inés—mirad que nada conseguiríais con negármelos, yo tengo seguridad de que una persona os ha entregado esos papeles.

—¿Y quién es esa persona?—dijo Dª Laura.

—Nada tengo yo que contestaros, que aquí solo á mí corresponde el papel de juez. ¿En dónde teneis esos papeles?.

—No sé.

—¿No sabeis, ó no quereis decir?

—No quiero decir. ¿Quién sois vos, mujer infame, para exijirme de esa manera semejante confesion?

—¿Quién soy yo?—esclamó Dª Inés dejándose arrastrar de su carácter violento—¿quién soy yo? ya me lo habeis preguntado dos veces, y no quiero dejaros ya en la duda porque estoy resuelta á obtener de vos esos papeles, ó á dejaros morir de hambre entre esas paredes; ¡mirad quién soy! ¡recordadme, Dª Laura!

Dª Inés arrancó violentamente con una de sus manos el antifaz que encubria su rostro, al mismo tiempo que con la otra quitó el farol al Señorito, y le alzó hasta la altura de la cabeza.

Dª Laura la reconoció en el momento y lanzó un grito de horror esclamando:

—¡Dª Inés! Dª Inés!

—Sí, Dª Laura; Dª Inés soy, y ya podeis comprender si me dejaré burlar por vuestra resistencia.

—Oh! ya comprendo, ya comprendo de todo lo que sois capaz; vos, la mujer infame que denunció á D. José de Mallades; vos, la causa de su ejecucion; apartaos, monstruo, que aun miro en vuestra frente y en vuestras manos la sangre de la víctima....



Dª Inés, ante aquel recuerdo, evocado así repentinamente por Dª Laura, á quien creia ignorante de todo, se puso pálida y vaciló.

—Infame, cien veces infame—continuó Dª Laura con terrible exaltacion—te desprecio: mátame, cierra de una vez este muro; la pared misma que me separará para siempre del mundo y me cause la mas horrorosa de las muertes, será bendita para mí porque me librará para siempre tambien de tu odiosa presencia....

—¿Conque es decir—esclamó Dª Inés sintiendo una especie de reaccion de odio y de furor—es decir que tú conoces ese secreto? pues bien, despídete para siempre de toda esperanza; morirás, morirás, desgraciada, pero no como tú crees, no, ese muro no se cerrará: así, así procuraré prolongar tu vida y tu agonía; porque no sé la razon, pero te he odiado siempre instintivamente con toda la fuerza de mi alma, y temblaba ante la idea de que tú pudieras declarar en dónde estaban los papeles del marqués; esto me habria obligado á ponerte en libertad, cuando lo único que yo anhelaba era tu muerte.

—Esos papeles, ¡jamas llegarán á tu poder!

—Aun cuando perdiera toda mi fortuna no me importaria como tú estuvieras en mi poder; pero así como te tengo, para poder martirizarte á mi entera satisfaccion, para poder gozarme en tu agonía: porque instintivamente, te lo repito, tú has sido siempre el grande odio de mi vida.

—Y yo te desprecio; desprecio tu odio y tus amenazas, y tus tormentos y la muerte misma que me venga de tu mano, y reiré siempre de tí como ahora rio, y como reia cuando no alcanzaste en premio de tus artificios vulgares, mas que el desprecio de D. Fernando de Valenzuela.

Dª Laura, como una loca, lanzó una carcajada sardónica, que repitió lúgubremente el eco sordo de la bóveda.

Dª Inés, con los ojos inyectados, y como queriendo salírsele de sus órbitas, con los dientes apretados, con los brazos tendidos hácia adelante y las manos crispadas, se lanzó sobre Dª Laura, de la que solo podia descubrir el rostro.

El Señorito comprendió que iba á pasar allí algo mas horrible de lo que él estaba acostumbrado á ver, y sujetó á Dª Inés de la cintura para separarla de allí.

Pero Dª Inés habia alcanzado ya con su mano derecha la pared que cubria la puerta del nicho en que estaba encerrada Dª Laura, y se aferró con toda su fuerza de aquella pared para que el Señorito no la apartase.

Sin duda D. Guillen no habria logrado arrancarla de allí, porque aquella mano parecia un garfio de acero; pero repentinamente Dª Inés lanzó un grito agudísimo; era que Dª Laura habia logrado alcanzar con sus dientes uno de los dedos de aquella mano y apretaba y mordia con una especie de rabia.

El dolor que sufria Dª Inés era tan agudo que vacilaba y estaba próxima á desmayarse.

El Señorito procuró arrancar la presa á Dª Laura, pero Dª Laura no era ya la mujer dulce y resignada; no, era una fiera. Su respiracion salia ajitada por sus narices, cuyos poros se habian dilatado estraordinariamente; sus ojos arrojaban llamas, apretaba los dientes con una especie de convulsion nerviosa que maceraba la carne, que rompia el hueso, y de sus labios corria mezclada con la espuma de la cólera la sangre que vertia la mano de Dª Inés.

—Soltad—soltad—gritaba espantado el Señorito.



—Me muero—decia Dª Inés retorciéndose con la fuerza del dolor, y llorando ya—me muero.

—Suelta, suelta—repetia D. Guillen golpeando la hermosa frente de Dª Laura y sus ojos.

Pero Dª Laura apretaba mas y mas y no contestaba sino por medio de un rujido.

Entonces D. Guillen tuvo una inspiracion y cubrió con su mano rápidamente la nariz de Dª Laura, para impedirla que respirara.

El remedio era infalible, porque la emparedada no podia hacer uso de sus brazos, resistió por un momento la sofocacion. Poco á poco sus dientes se abrieron y Dª Inés retiró la mano; pero era ya tarde, el dedo de la dama estaba completamente despedazado.

Dª Inés lanzó un débil jemido, dió dos pasos vacilando y cayó desmayada en los brazos de D. Guillen que se habia apresurado á socorrerla.

Dª Laura la miró con una alegría feroz; luego como un tigre harto de sangre lamió la de Dª Inés que habia quedado en sus labios, y lanzó una estridente carcajada que hizo helar de espanto al Señorito.

Dª Laura habia perdido la razon.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIX.

De lo que pasó en la casa de Dª Laura entre D. Lope y la justicia.

DON Lope llegó, como lo tenia de costumbre en las noches, á visitar á Dª Laura.

Durante el dia nada advirtió que le hiciese sospechar lo acontecido en la casa de la dama, porque como hemos dicho de esa casa nadie salia; nadie se asomaba.

D. Lope no miró á los balcones al llegar al zaguan y por lo mismo, tampoco notó que la casa permanecia oscura.

Llamó á la puerta, y contra todo lo que esperaba, nadie contestó: esperó un poco y volvió á llamar y sucedió lo mismo.

Entonces le asaltó un terrible presentimiento: algo estraño habia pasado indudablemente en aquella casa.

Redobló los golpes á la puerta y aplicó el oido contra ella luego; y allá en el fondo de la casa, como saliendo de la profundidad de la tierra, oyó un jemido.

Creyó al principio que era una ilusion de su acalorada fantasía y repitió la prueba, y entonces se convenció que alguien gritaba ó se quejaba.



Su imajinacion le presentó en aquel momento el cuadro mas espantoso; le pareció que Dª Laura se arrastraba herida por los pavimentos deseándole como su última esperanza.

Volvió á oir el jemido y creyó hasta reconocer la voz de la dama.

Regresó entonces rápidamente para su casa, llamó á todos los criados y les hizo armar y proveerse de hachas y de luces, y luego como si tratara de dar un asalto en forma, se dirijió á la casa de Dª Laura.

Los golpes que D. Lope habia dado á la puerta para llamar, el bullicio de los criados, las luces que llevaban, todo atrajó la atencion del vecindario, que se agrupaba á las ventanas y balcones, y no tardó en presentarse allí una ronda capitaneada por un respetable alcalde.

—¿De qué se trata aquí, señor caballero?—preguntó el alcalde.

—Trátase—contestó D. Lope sin detenerse—de que en esa casa se ha cometido un crímen.

—¡Crímen! pues téngase vuesa merced, que si crímen es, incumbe á la justicia que represento su averiguacion y castigo.

—Pues sígame vuesa merced, señor alcalde, y vamos abriendo la casa.

—¡Ah! señor caballero, ¡alto! que necesita procederse en órden para que en órden salga todo, y sentaremos como auto cabeza de proceso, la denuncia ó declaracion de vuesa merced, segun quiera ó no constituirse parte quejosa ó acusadora, ó á menos que vuesa merced prefiera que se siga el negocio de oficio, sin previo libelo.

—Mire vuesa merced, señor alcalde—contestó impa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cientemente D. Lope—que antes que todo es socorrer á esas jentes desgraciadas.....

—Con arreglo á lo actuado....

—Voy á abrir—esclamó D. Lope arrebatando una hacha de la mano de uno de sus criados, y descargando sobre la puerta un terrible golpe que hizo saltar mil astillas antes de que el alcalde se hubiera podido oponer.

—Téngase á la justicia, señor caballero—esclamó el alcalde con cólera y golpeando el suelo con su vara—que preciso se hace que el escribano dé fé del estado en que se encuentra esta puerta.

—¿En qué estado se ha de encontrar si no cerrada?—esclamó D. Lope redoblando sus golpes en lo que le imitaron perfectamente sus criados.

—Téngase á la justicia—gritó el alcalde furioso por ver que nadie le hacia caso—señor escribano, dé vuesa merced fé de este atentado.

Y viendo que los golpes de las hachas seguian sin intermision y que la puerta vacilaba, comenzó á gritar:

—¡Favor á la justicia! ¡favor á la justicia!

Pero la curiosidad y la impaciencia dominaban á los alguaciles y á todos los curiosos que presenciaban aquella escena, que no estaban para perder el tiempo en fórmulas.

Las voces del alcalde se perdieron sin que el eco siquiera se tomase el trabajo de repetirlas.

El alcalde comprendió la impopularidad de la escena, y calló avergonzado.

La curiosidad habia triunfado de la ley.

La puerta saltó al fin hecha pedazos; se oyeron entonces distintamente los gritos de una mujer que pedia socorro, y toda la multitud que se agrupaba en la puerta se lanzó dentro de la casa siguiendo á D. Lope y alumbrada por las torcidas que llevaban ardiendo los criados y por el vacilante farolillo de la ronda.



El alcalde fué arrollado lo mismo que los alguaciles en aquella carga, y nadie pensó en dejarle pasar por delante ni en detenerse para no atropellarle.

El alcalde comprendia su debilidad y se dejó conducir por la multitud.

Entonces la fuerza bruta triunfaba de la autoridad.

D. Lope, con una hacha en la mano, se dirijió á la escalera.

De repente dió un grito, y se detuvo; habia tropezado con un cadáver.

D. Lope visitaba todos los dias á Dª Laura y sabia que tenia tres esclavas: acercó una luz y reconoció el cadáver de una de ellas.

Tenia una puñalada en el pecho y el cráneo roto; indudablemente aquella infeliz habia sido muerta en el corredor y precipitada desde allí al patio.

D. Lope se apartó con disgusto y se dispuso á subir, pero el alcalde habia llegado ya con el escribano y algunos alguaciles y se detuvo para impedirle el paso.

—Téngase á la justicia, señor caballero, que no se puede pasar de aquí sin dar fé del cuerpo, y....

—Señor alcalde—esclamó furiosamente D. Lope levantando el hacha—si vuesa merced sigue estorbándome en estos momentos, por el santo de mi nombre que voy á hendirle el cráneo.

El alcalde se apartó de un salto, pálido y demudado, y aun quiso hacer otra tentativa gritando:

—Favor á la justicia....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero D. Lope pasó adelante y tras él la jente con tanta rapidez que el alcalde sin concluir su frase tuvo que seguir el movimiento, so pena de ser derribado y pisoteado!

Llegaron á los corredores y allí estaba otra esclava. Esta no tenia herida ninguna; algunos golpes no mas en la cara, pero estaba fuertemente atada contra una de las columnas que sostenian el techo.

De ella eran los gritos que habia escuchado D. Lope.

—¿En dónde está la señora? ¿qué ha sucedido? ¿qué es esto?—preguntó D. Lope rápidamente.

—Nada sé—contestó la infeliz sin salir aún de su asombro.

D. Lope comenzó á desatarla.

—Alto, señor caballero—esclamó el alcalde—eso lo hará la justicia.

—Por Dios, señor alcalde del demonio—dijo D. Lope volviéndose furioso y alzando el hacha.

El alcalde se eclipsó entre la multitud, pero no pidió ya favor á la justicia.

—Sígueme, guíame, vamos á buscar á Dª Laura—dijo D. Lope arrastrando casi á la esclava que apenas podia andar.

Rejistraron toda la casa; en la cocina estaba la otra esclava tirada en el suelo y atada de piés y manos.

De Dª Laura nadie sabia; en la cámara de la dama los muebles por tierra, rotos algunos; indicios de una lucha violenta; abierto uno de los armarios y vacío.

Aquello era un robo, pero ¿y Dª Laura? qué habia sido de ella? si la habian asesinado, ¿en dónde estaba su cadáver? ¿en dónde su sangre? ¿por dónde habia salido si el zaguan estaba cerrado?



Todas estas preguntas dirijia D. Lope á las esclavas que nada podian contestar y que no hacian sino temblar y llorar.

D. Lope se dejó caer en un sitial como un loco y tiró el hacha que llevaba en la mano y se puso á llorar sin reflexionar que una multitud de curiosos le contemplaba con estrañeza.

—Referidme lo que sepais—dijo á las esclavas.

—Señor—dijo una—esta y yo estábamos en la cocina, cuando repentinamente entraron unos hombres, se arrojaron sobre nosotras y nos ataron como nos habeis encontrado: oimos gritos, golpes, ruido y luego nada; silencio: esto fué anoche; todo el dia lo hemos pasado así, muertas de sed y de hambre.....

—Esa declaracion que toma vuesa merced, es ilegal—esclamó el alcalde presentándose delante de D. Lope.

D. Lope se levantó furioso y buscando cerca de sí algo que arrojar á la cabeza del alcalde: afortunadamente su mirada no se posó en el hacha, sino en un gran cojin que tenia cerca; le levantó y antes que el alcalde pudiera evitar el golpe, le lanzó el cojin con tanta furia, y le acertó tan bien en medio de la frente, que el alcalde, atarantado, dejó escapar la vara, vaciló y cayó sentado en medio de las risas de la jente que le rodeaba.

—Favor á la justicia! favor al rey!—gritó levantándose furioso y buscando la insignia de su autoridad—prendan á ese.

Pero D. Lope habia desaparecido, y como un demente corria en direccion á palacio.

—Vaya, comencemos el proceso en forma, señor escribano—dijo calmándose el alcalde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y el escribano se adelantó sacando un inmenso tintero de cuerno.

Entonces la justicia comenzó á cumplir con su deber y las esclavas sufrieron una larga série de preguntas, y todas ellas á cual mas impertinentes.

Resultó que las esclavas nada sabian ni nada pudieron decir, pero que fueron á la cárcel para continuar el proceso.

Y la casa de Dª Laura fué cerrada, y sus puertas selladas de órden de la justicia.

---

## XX.

De lo que el virey dijo á D. Lope y de lo que éste pensó respecto de la desaparicion de Dª Laura

URIOSO salió D. Lope de la casa de la dama, y sin reflexionar casi lo que hacia, se entró á palacio.

Aun no era tan avanzada la noche que el virey se hubiese ya retirado, y el jóven consiguió hablarle sin dificultad.

—Perdone V. E. que á horas tan inoportunas llegue á molestarle, pero háme ocurrido un lance que es para mí peor que si hubiera perdido la vida.

—¿Qué ha ocurido?—preguntó el virey temiendo que fuese algo de la conspiracion que le tenia tan sin sosiego.

—Es el caso, señor, que han asaltado una casa en donde vivia una dama á quien honestamente yo servia, y esa dama ha sido robada.

—¿Robada? aun creeis que hay mujeres robadas?

—Oh! sí, señor, porque quien conocia como yo á ésta, no podrá culparla jamas de liviandad: ademas, tres esclavas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la servian; una ha sido muerta de una puñalada y las otras dos se han encontrado en la casa atadas.

—Eso ya es mas grave; ¿conque estais seguro de que la dama no se ha ido por su voluntad?

—Seguro, señor: Dª Laura era incapaz de semejante cosa.

—¡Dª Laura habeis dicho!

—Sí, ¿la conoce por ventura V. E?

—Vive en la calle del Reloj?

—Sí, señor.

—Gasta siempre tocas de luto?

—Sí, señor, sí, señor, la misma.

—¡Que Dios nos ayude! eso es para mí muy grave....

D. Lope miraba espantado al virey, que paracia haber tomado el negocio con mucho calor despues que supo de quien se trataba.

—¿Sabeis la historia de esa dama?—preguntó.

—Sí, señor—contestó D. Lope.

—Pues siendo así, no ignorareis que vino por encargo especial de la reina nuestra señora, para que se la pusiera reclusa en un convento de monjas. Despues Su Majestad el rey, ordenó que saliese de la reclusion y viviese siempre en México y de las cajas realcs se le ministren recursos suficientes; pero hay dos damas especialmente recomendadas por el rey, y á las cuales tengo de cuidar y vijilar, avisando á Su Majestad de cuanto hagan; es una, D. Laura, y la otra, Dª Inés de Medina; ved por qué este asunto es tan grave para mí, porque tendria yo que avisar á S. M. que Dª Laura habia sido robada, y esto cederia en mengua, del buen nombre de mi administracion. ¿Quereis ayudarme á buscar á esa dama?



—No deseo, señor, otra cosa.

—¿Y por dónde creeis que debemos comenzar?

D. Lope reflexionó; al principio nada le ocurria, perdido en un laberinto de conjeturas no encontraba en qué fijarse; pero de repente sintió que una luz repentina le iluminaba; recordó la conversacion que D. Antonio de Benavides habia tenido con Dª Laura delante de él, recordó que Dª Inés era enemiga de Dª Laura, pensó que Dª Inés era capaz de todo y que era la única persona capaz de atentar contra ella.

—Me ocurre una idea, señor—esclamó.

—Decid.

—Creo que Dª Laura ha sido robada y quizá asesinada por Dª Ines de Medina.

—¿Pero qué relacion....?

—No sé cómo esplicar esto á V. E. pero estoy seguro de que Dª Inés odiaba de muerte á Dª Laura, y que Dª Inés es capaz de todo lo malo.

—Pudiera suceder, porque como tal me la recomienda S. M. Y además, Dª Inés, cosa que hasta hoy nunca habia dicho, ha estado á verme ofreciéndome descubrir una conspiracion, cuyas pruebas ofreció traer aún cuando no ha cumplido. ¿De dónde puede ella saber algo?

—No lo sé, señor; aquí hay un misterio terrible que es necesario aclarar cuanto antes.

—Sí, reflexionadlo esta noche, y mañana temprano nos veremos.

—Me resigno, señor, á esperar hasta mañana, pero si algo descubro en esta noche....

—A cualquiera hora venid, porque es asunto de importancia para mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me retiro, y voy sin descanso á inquirir hasta traer noticia á V. E.

D. Lope salió decidido á no descansar un momento como lo habia prometido al virey hasta encontrar á Dª Laura.

Al llegar á la casa observó que un hombre estaba parado en la puerta, puso la mano en la empuñadura de su estoque y avanzó resueltamente preguntando:

—¿Quién va?

—¿D. Lope?—preguntó el que esperaba.

—El mismo—dijo D. Lope—¿y vos?

—D. Gonzalo de Casaus.

—D. Lope se acercó, al principio con desconfianza, pero reconoció á su amigo y le tendió la mano.

—Gran novedad me trae—dijo D. Gonzalo.

—¿Qué hay?

—Uno de nuestros amigos acaba de decirme que el oidor D. Frutos ha contado á sus compañeros que una dama le ha participado que sabe ya donde están los papeles que venian en las cajas del marqués de San Vicente, y que esa dama ha ofrecido entregarlos muy pronto á la Audiencia: ¿podeis imajinar quién será esa dama y si será posible que entregue esos papeles?

—Oh sí!—esclamó D. Lope relacionando esta noticia con sus sospechas—ya me figuro quién es esa dama y quién es el que nos ha vendido.

—¿Quién?

—No me pregunteis, yo me encargaré de todo: adios.

Y D. Lope sin esperar respuesta ni decir mas á D. Gonzalo, volvió á tomar la direccion de palacio.

D. Gonzalo le vió alejarse y dijo para sí:

—Con muchos hombres de tanto celo y actividad podria



cambiarse en un dia la faz de una nacion.... pero hay tan pocos.

Y embozándose en su capa se dirijió tranquilamente para su casa; una vez que D. Lope tomaba el negocio por su cuenta no habia ya que desconfiar.

Caminaba D. Lope, no ya fiado en vagas conjeturas, sino sobre un principio cierto.

Podia culpar á Dª Laura de ser la dama que habia ofrecido los papeles del marqués á la Audiencia, pero Dª Laura era incapaz de todo lo que no era bueno y jeneroso.

Habia una dama, luego esta debia ser Dª Inés: ¿quién la habia dicho dónde estaban esos papeles? indudablemente D. Guillen que le habia acompañado la noche que los recibió, y que le habia visto entrar en casa de Dª Laura.

Las relaciones que existian entre D. Guillen y Dª Inés no las conocia D. Lope, pero la dama habia ofrecido al virey descubrir la conspiracion, y debia ser porque contaba con aquel hombre, ó por lo menos con alguno de sus compañeros.

Pensando en esto, volvió D. Lope á presentarse al virey.

—¿Tan pronto de vuelta?—dijo éste.

—Sí, señor; tengo ya completa seguridad de que Dª Inés ha hecho robar á Dª Laura.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Un amigo acaba de indicármelo—contestó D. Lope mintiendo con proyecto.

—¿Y qué pensais?

—Que V. E. me dé una órden para entrar esta misma noche en la casa de Dª Inés.

—Pero....

—Creo que con una mujer así, es el único medio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Teneis razon: ¿ireis vos al cateo?

—Y llevaré jente de mi confianza.

—Bien.

El virey escribió rápidamente algunas líneas y dando á D. Lope un papel le dijo:

—Aquí esta la órden.

—Pues con el permiso de V. E. voy para no perder tiempo.

D. Lope se retiró precipitadamente para su casa.

Media hora despues salia de allí acompañado de tres hombres perfectamente armados y llevando todos faroles.

En ese momento sonaron las doce de la noche.

---

## XXI.

De como el Señorito probó que era hombre que sabia cumplir sus promesas.

DOÑA Inés de Medina se retiró á su aposento dejando cerrada la bodega en que tenia á Dª Laura.

Pero llevaba en la mano la profunda m ordedura de la emparedada, y esto era verdaderam ente una enfermedad que nada tenia de lijera; al dia siguiente tuvo calentura y la fué necesario ocurrir á un médico.

Dª Inés dijo que un perro la habia mordido, y así pasó; el médico ordenó algunos remedios, y la vigorosa naturaleza de la jóven hizo lo demás.

Como en aquellos tiempos la medicina no estaba tan adelantada, las amputaciones eran menos frecuentes, y Dª Inés salvó la integridad de su persona merced á eso.

Dª Inés hizo llamar á Luis el criado que la acompañaba á todas sus espediciones y se encerró con él el dia que sucedió á los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

—Luis—le dijo—es preciso que te encargues de llevar la comida á esa mujer todos los dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Teneis razon: ¿ireis vos al cateo?

—Y llevaré jente de mi confianza.

—Bien.

El virey escribió rápidamente algunas líneas y dando á D. Lope un papel le dijo:

—Aquí esta la órden.

—Pues con el permiso de V. E. voy para no perder tiempo.

D. Lope se retiró precipitadamente para su casa.

Media hora despues salia de allí acompañado de tres hombres perfectamente armados y llevando todos faroles.

En ese momento sonaron las doce de la noche.

---

## XXI.

De como el Señorito probó que era hombre que sabia cumplir sus promesas.

DOÑA Inés de Medina se retiró á su aposento dejando cerrada la bodega en que tenia á Dª Laura.

Pero llevaba en la mano la profunda m ordedura de la emparedada, y esto era verdaderam ente una enfermedad que nada tenia de lijera; al dia siguiente tuvo calentura y la fué necesario ocurrir á un médico.

Dª Inés dijo que un perro la habia mordido, y así pasó; el médico ordenó algunos remedios, y la vigorosa naturaleza de la jóven hizo lo demás.

Como en aquellos tiempos la medicina no estaba tan adelantada, las amputaciones eran menos frecuentes, y Dª Inés salvó la integridad de su persona merced á eso.

Dª Inés hizo llamar á Luis el criado que la acompañaba á todas sus espediciones y se encerró con él el dia que sucedió á los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

—Luis—le dijo—es preciso que te encargues de llevar la comida á esa mujer todos los dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y qué ordena su merced que la lleve?

—Agua y pan: con eso tiene para vivir.

—¿Cuántas veces al dia?

—Tres: en la madrugada, al medio dia y en la noche, procurando que nadie observe nada.

—No tenga cuidado su merced.

—¿Y ese hombre que te acompañó.....?

—Es seguro, es un conocido mio.

—¿Nada dirá?

—Estoy seguro de él.

—Sin embargo, seria mejor....

Dª Inés pasó significativamente su mano abierta por delante de su cuello.

—Si su merced quiere.... —contestó Luis.

—Depende de que tú puedas.

—Fácil es.

—Pues por mi cuenta.

—Dª Inés abrió una gabeta y sacó un puñado de monedas de oro que entregó á Luis.

—Será su merced muy bien servida.

—Sí, Luis, los muertos no hablan, y á mí y á tí nos conviene que ese hombre calle para siempre: vete y procura que todo se haga cuanto antes.

Luis se retiró haciendo una reverencia.

—En cuanto á D. Guillen—pensó Dª Laura—nada dirá porque tambien es cómplice; pero es para mí mas conveniente tenerle seguro: esta noche le obligaré; ó se casa conmigo, ó muere: un marido sabe guardar el secreto de su mujer; un muerto el secreto de todos.

.....

.....



Aquella tarde D. Guillen entró á la casa de Tlaltelolco; los hombres de la gavilla le esperaban.

—He arreglado todo perfectamente; esta noche debemos dar el golpe en la casa del marqués de Rio-florido.

Los bandidos se miraron entre sí; el Señorito lo advirtió, pero finjió no haber visto nada.

—A las doce de la noche—continuó—llegaré en una canoa, y como Dª Inés no puede bajar á abrirme porque está enferma, lo hará la Apipizca, que tiene ya toda su confianza, y me conducirá á la habitacion de la dama; una vez que llegue yo allí, la Apipizca volverá á bajar y os abrirá á vosotros; ella os conducirá al aposento en que duermen los criados, para que podais atarles; despues os conducirá ella misma á la cámara del marqués, y allí podeis sacar cuanto necesitamos; porque allí se depositan las alhajas, el dinero, la plata labrada, todo, todo: yo procuraré distraer á Dª Inés para que nada advierta y en caso de que algo llegue á notar, ya sabeis.... sobre todo, asegurar primero á la servidumbre y luego al marqués: ¿habeis comprendido?

—Perfectamente—contestó el Camaleon.

—Así, os debo advertir que no salgais todos reunidos, sino uno primero, éste avisa al segundo que no hay riesgo; despues de que examine bien si alguien observa, y así sucesivamente: la contraseña que debeis dar á la Apipizca, y luego unos á los otros para ir saliendo y evitar una sorpresa, es esta: *al agua* ¿Quedais enterados?

—Sí.

—Pues hasta la madrugada: aquí nos veremos para repartir el botin.

El Señorito sin mas ceremonias salió de la casa y se dirijió para el centro de la ciudad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Negocio hecho—dijo el Camaleon.

—Arreglado—contestaron alegremente los otros, y se disolvió la *honrada* reunion.

El Señorito volvió á su casa al pardear la tarde: la Apipizca le esperaba ya en el portal.

—¿Y bien, Marta, qué dice Dª Inés?—preguntó el Señorito.

—Díla vuestro recado y contestóme que está conforme en que vayais á verla esta noche; que mucho tiene que hablaros; que yo bajaré á abrir como vos deseais, y os conduciré á su habitacion.

—Bien, Marta; todo sale á medida del deseo: escucha ahora lo que vas á hacer: esta noche, como te dije, irán los amigos; yo me entraré al aposento de Dª Inés, y entonces bajas á abrirles y les llevas al aposento de los criados, y luego al del marqués: cuando ellos hayan hecho su botin le dices al Camaleon que le llevarás á la cámara de Dª Inés en donde estoy yo; pero procura hacer ruido para que yo conozca que os acercais. Encontrarán cerrada la puerta de esa cámara; impides que procuren echarla abajo so pretesto de que podrian despertar al vecindario: yo saldré de la cámara de Dª Inés por otra puerta con disculpa de ir en busca de auxilio. Tú habrás dejado abierto el zaguan que cae para el canal, allí les esperaré, y como deben salir de uno en uno, en lo que tú tambien te empeñarás, de uno en uno les iré despachando. ¿Me entiendes?

—¿Y si Dª Inés pregunta por dónde entraron?

—Contestas que no sabiendo cerrar, por casualidad dejaste abierta la entrada, que buen cuidado tendrá ella de no decir que tú fuiste á abrir y para qué.

—Muy bien.



—Vete, y á las doce en punto me esperas.

Aquella noche, por razon de la enfermedad de Dª Inés, no hubo tertulia en la casa del marqués de Rio-florido, y muy temprano estaban todos recojidos.

A las doce de la noche llegó como de costumbre el Señorito en la pequeña chalupa, pero al salir de ella dijo al remero:

—Regresa, porque ya no te necesito.

El remero, contento de evitarse una mala noche, se retiró.

El Señorito llamó con precaucion, y le abrieron inmediatamente.

—Buenas noches, linda moza—dijo á Marta, que era la que le esperaba—¿no hay novedad por aquí?

—No, señor.

—Cierra y vamos.

La Apipizca cerró y comenzó á guiar á D. Guillen, que procuraba no hacer ruido con sus pisadas.

Llegaron hasta la cámara de Dª Inés, y la Apipizca llamó.

—Adentro—dijo Dª Inés.

La Apipizca entró.

—Aquí está—dijo en voz baja.

—Que pase, y retírate.

D. Guillen entró, cerrando tras sí la puerta, y la Apipizca volvió á bajar.

—Cierra con la llave, amor mio—dijo Dª Inés.

El Señorito dió dos vueltas á la llave y se acercó á Dª Inés.

La dama estaba recostada en una soberbia cama de ébano, cubierta con colgaduras de seda rojas y blancas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dª Inés habia estudiado para recibir á su amante la actitud mas seductora, y su traje de enferma dejaba adivinar con facilidad sus formas mórbidas. D. Inés estaba verdaderamente encantadora.

—Ven, mi bien—dijo—siéntate aquí á mi lado.

—Inés, cuán feliz me haces—contestó el Señorito—permitiéndome entrar hasta tu cámara!

—¿Qué hay en eso de particular? ¿no debes ser mi esposo?

—¡Tu esposo, Inés, tu esposo! te atreverias á casarte conmigo; tú tan noble y tan rica.

—Por qué no, Guillen? y seremos muy felices. Mira, bien mio, yo soy muy rica porque soy la única heredera de mi padre, y mi padre puede morir pronto; no soy vieja: en cuanto á hermosura.....

—Eres un ánjel—esclamó con exaltacion D. Guillen.

—Pues si quieres, Guillen, en esta semana misma seré tuya.

—Si, Inés, serás mia.

D. Guillen comprendió en el momento que este matrimonio seria su felicidad, pero repentinamente le ocurrió la idea de los hombres que debian robar al marqués aquella misma noche.

Aquel robo iba á ser á él, porque aquellas riquezas debian ser suyas, y no habia ya modo de impedirlo: quizá estaban ya dentro de la casa, quizá en aquel momento comenzaban á efectuar su obra.

El Señorito sintió un vértigo.

¿Qué aconteció en la casa del marqués de Rio-florido?

La Apipizca dejó apenas al señorito en la cámara de Dª Inés, y volvió luego á la puerta que caia para el canal.

Poco tiempo tuvo que esperar, porque se escucharon tres



golpecitos dados con precaucion por la parte de afuera: debia ser el Camaleon.

—¿Quién va?—dijo Marta.

—Yo—contestó una voz.

—¿Qué se ofrece?

—*Al agua*—contestó la voz.

—¿Sois vosotros?

—Sí—contestaron los de afuera.

La Apipizca se apresuró á abrir y entraron el Camaleon y otros tres de sus compañeros; el quinto quedó á la orilla de la acequia cuidando la canoa que les habia conducido.

Marta volvió á cerrar; pero se podia haber advertido que no corrió el pasador; ni el Camaleon ni sus compañeros pararon en esto la atencion.

—¿Ha llegado ya, por supuesto, el Señorito?—preguntó el Camaleon.

—Está en el aposento de Dª Inés—contestó la Apipizca—no perdamos tiempo.

—Guíanos allá.

—No, primero sigan sus instrucciones; asegurad vosotros á los criados y al marqués.

—¿Pero no estás de acuerdo en que es bueno *despachar* antes al Señorito? así está arreglado.

—Despachadle vosotros despues, pero antes no, porque seria fácil que despertaran los criados.... al fin, que él está seguro.....

—Dices bien; vamos á lo demas.

Los cuatro bandidos, siguiendo á Marta, fueron recorriendo la casa y atando á cuantos sirvientes y esclavos encontraban.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nadie hizo resistencia, porque todos estaban perfectamente dormidos.

—Y los porteros?—dijo el Camaleon.

—Creo que no es necesario perder en eso el tiempo—contestó la Apipizca—están lejos de aquí y aun cuando hubiera algun rumor, no lo percibirian.... vamos al aposento del marqués.

—Bien, bien: vamos.

D. Manuel de Medina dormia profundamente con esa tranquilidad del que no ha pensado en ningun peligro al acostarse; la puerta de su aposento estaba solamente entornada.

—Allí—dijo la Apipizca mostrando aquella puerta.

El Camaleon, como todos sus compañeros, andaba descalzo para no hacer ruido, se adelantó cuidadosamente y aplicó el oido á la puerta durante largo rato. Dentro de aquella pieza no se escuchaba mas que la acompasada respiracion de un hombre que dormia.

El Camaleon empujó aquella puerta con mucha precaucion y metió la cabeza.

Nada indicó que el marqués hubiera despertado: su sueño era profundo.

El Camaleon hizo una seña á sus compañeros para que se acercasen, y entró caminando sobre las puntas de los piés hasta llegar cerca del lecho del marqués; los otros estuvieron á poco á su lado, rodeando el lecho con los puñales en las manos; la Apipizca habia quedado en la puerta procurando ocultarse.

La estancia estaba débilmente iluminada por un pequeño candil de aceite que ardia sobre una mesita delante de un crucifijo.



El marqués despertó al sentir las miradas de los bandidos fijas en su rostro y abrió los ojos espantado, porque es un fenómeno que los sabios esplican con el magnetismo, ese que se verifica tan continuamente, que basta fijar la vista en un hombre dormido para que éste se despierte luego aunque no le haya abandonado el sueño antes por algun ruido.

Y siempre el que así despierta abre los ojos buscando instintivamente la mirada que le ha vuelto en sí.

—Silencio ó sois muerto!—esclamó el Camaleon á media voz y levantando el puñal.

El marqués hizo un movimiento como retirándose del Camaleon, y el Pinacate, que estaba del otro lado del lecho, le dijo tambien á media voz:

—No hay que moverse.

El marqués miró con angustia aquellos cuatro puñales levantados contra él, y aquellos rostros espantosos y aquellos ojos amenazadores; su frente se inundó de sudor y comenzó á temblar.

—¿A dónde están las llaves?—dijo el Camaleon.

—¿Qué llaves, señor?—contestó con voz suplicante el marqués.

—Las llaves de las cajas en donde está el dinero, las alhajas; pronto.

—Pero, señores, por Dios, no tengo nada.

—¿Cómo nada? las llaves....

—¡Señores!

—Las llaves!—repitió con una calma infernal el Pinacate, clavando lijeramente la punta de su puñal en uno de los brazos del marqués.

—¡Jesus me ampare!—esclamó éste.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sin gritar, ó sois muerto!—agregó el Camaleon picándole con su daga el otro brazo.

El marqués calló, porque el temblor convulsivo de su cuerpo era espantoso.

—¡Las llaves!—dijo el Pinacate volviendo á picarle mas profundamente con el puñal.

—¡Las llaves!—repitió el Camaleon haciendo lo mismo.

El marqués llevó la vista hácia donde habia sentido aquellos golpes; su sangre manchaba ya el blanco lienzo de las sábanas.

El miedo del marqués se convirtió en terror espantoso.

—Señores, no me maten, no me maten, que estoy en pecado mortal.

—Pues las llaves—dijo picándole el Camaleon.

—¡Jesus! ¡Jesus! señores, ahí están las llaves en esa gabeta.

El Camaleon se dirijió á la gabeta.

—Está cerrada—esclamó.

—Rompedla, señor, porque no sé dónde está esa llave—dijo con angustia el marqués.

El Camaleon introdujo en la cerradura la punta de su daga y la hizo saltar: adentro habia algunas piezas de oro, que el Camaleon se embolsó precipitadamente, y un manojo de llaves.

El marqués se habia incorporado en su lecho y seguia todos los movimientos del ladron con ojos inquietos.

—Bueno, aquí están las llaves—dijo el Camaleon—ahora el Pinacate se queda aquí haciéndole la corte al señor marqués; entendido, señor marqués, que á la menor palabra, al menor movimiento que haga, se os degüella como un borrego.



El marqués dió un salto de espanto.

El Camaleon y sus dos cómplices comenzaron á rejistrar todas las cajas y las gabetas; formando con el despojo cuatro partes de las cuales á cada uno de ellos les tocaba cargar una.

Aquello duró cerca de media hora.

—Ya no hay mas—dijo el Camaleon—vámonos.

—Pero es preciso dejar asegurado al señor marqués—replicó el Pinacate.

El marqués le miró con ojos como de loco.

—Dices bien—contestó el Camaleon—á la obra.

Y los dos se lanzaron rápidamente sobre el infeliz marqués y le ataron en un momento con las sábanas de su lecho y le pusieron de mordaza un gran pañuelo.

—Cada uno tome su carga—dijo el Camaleon.

Los cuatro bandidos levantaron el botin y volvieron á salir conducidos por la Apipizca.

—Ahora es necesario arreglarnos con el Señorito—dijo el Camaleon—porque no es bueno tener nada pendiente: llévanos allá, Apipizca.

—Vamos—contestó Marta, y comenzó á caminar por delante, pero en cierto lugar finjió tropezarse con una mesa, y la derribó.

—Cuidado—esclamó el Camaleon—no hagas ruido.

—Qué importa!—contestó la Apipizca—todos están ya asegurados.

—Tienes razon.

—Aquí—dijo Marta—deteniéndose delante de una puerta.

El Camaleon empujó, pero estaba cerrado.

—Está cerrado—dijo el Camaleon—¿sospechará algo acaso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Fuerza es que se encierre, que está con la dama—contestó con una sonrisa maliciosa la jóven.

—Entonces echaremos abajo la puerta.

—No ves que el ruido puede llamar la atencion?—objetó Marta.

—Qué importa—contestó el Camaleon—tú misma dices que todos están asegurados.

—Pero....

—Calla. Amigos, es preciso romper esta puerta, y cumplir lo prometido; ¿estais conformes?

—Sí—dijeron los otros á media voz.

El Camaleon, ayudado del Pinacate, comenzó entonces á forzar la cerradura.

D. Guillen, en medio de su amoroso coloquio con Dª Inés, habia escuchado el ruido que hizo Marta para prevenirle.

—Alguien viene—dijo D. Guillen.

—Creo que no—contestó la dama.

—Será tu padre.

—No es posible.

En este momento empujaron la puerta, y se oyó la voz de un hombre que hablaba.

—Es tu padre, el marqués—dijo D. Guillen.

—Pues huye, sal por esa puerta, y retírate: mañana con Marta te mandaré á decir lo que haya, pero importa que no te encuentre en mi cámara.

D. Guillen, que no deseaba sino salir, tomó su sombrero y se retiró precipitadamente por la otra puerta.

Dª Inés, preocupada con la idea de que los que trataban de penetrar eran su padre y algunos de los criados, procuró tomar un aire de indiferencia, esperando que de una



vez se abriese la puerta para poder convencer al marqués de que era inocente.

El Camaleon y sus compañeros hicieron por fin saltar la chapa, y la puerta se abrió con violencia.

Dª Inés se volvió creyendo ver entrar á su padre, y al encontrarse con aquellos hombres de rostro fiero, y que penetraron allí puñal en mano, lanzó un grito y quedó desmayada.

El Camaleon y sus compañeros rodearon inmediatamente el lecho de Dª Inés.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el que se sigue tratando la misma materia que en el anterior.

## XXII.

En el mismo momento en que Dª Inés espantada con la presencia de los bandidos lanzó un grito, y cayó desmayada, en la puerta de la estancia se escuchó otro grito semejante.

Era la Apipizca que arrojó el candil con que habia alumbrado al Cameleon y á sus compañeros, y que desapareció rápidamente.

Unos hombres armados, á la cabeza de los cuales apareció el viejo marqués de Rio-florido, se presentaron en la puerta de la estancia de Dª Inés.

Los bandidos no pensaron en el primer momento sino en huir, pero aquellos hombres habian cortado la única salida que ellos conocian, y no les quedaba mas recurso que defenderse y abrirse paso con el puñal.

Antes que á todos le ocurrió al Camaleon tomar la iniciativa en la lucha y se lanzó sobre el grupo que acompañaba al marqués.

Sus compañeros le imitaron y se trabó dentro de la estancia un combate encarnizado en el que los de la banda



del marqués llevaban la peor parte, porque todos los ladrones se defendian y atacaban con desesperacion: los muebles rodaban, y una despues de otra se apagaron las luces que llevaban los del marqués, y la lucha continuó en la oscuridad, en medio de un silencio que no turbaba mas que la jadeante respiracion de los combatientes y el ruido sordo y siniestro de algunos golpes.

El Camaleon habia perdido á dos de sus compañeros que yacian muertos; y él con el Pinacate se habia replegado á uno de los ángulos de la habitacion.

Pero casualmente era allí adonde estaba la puerta por donde habia escapado el Señorito.

El Camaleon sintió que habia una puerta, probó á abrirla; la puerta cedió sin ruido, y atrayendo en pos de sí al Pinacate, saltó por allí volviendo á cerrar, mientras el marqués de Rio-florido gritaba:

—Traigan luces, traigan luces.

El Camaleon y su compañero no conocian la salida, y siguieron adelante hasta encontrar una ventana que no tenia reja.

El Camaleon se asomó por allí. Daba á un terreno eriazo: la altura era considerable, pero el peligro que les seguia estaba próximo. El Camaleon subió á la ventana y se dejó caer del otro lado; el Pinacate le siguió.

Ninguno de los dos se resintió del golpe: levantáronse violentamente y echaron á huir.

Media hora despues estaban sanos y salvos en la casa de Tlaltelolco.

—El Señorito nos ha vendido—esclamó el Camaleon—me la pagará

—El Señorito y la Apipizca—agregó el Pinacate—los dos.

—Pues nos vengaremos; ¡pobres de ellos!

Entretanto, cosas terribles habian acontecido en la casa de Dª Inés.

Cuando llegaron las luces que el marqués habia pedido, se pudo ver una escena espantosa.

Dos bandidos y cuatro criados estaban tendidos en el suelo, muertos, é inundando con su sangre todo el pavimento: Dª Inés se habia vuelto á desmayar durante el combate, y hasta en su mismo lecho se veian unas manos pintadas con sangre, seguramente de algun moribundo que se habia apoyado allí antes de caer.

Entre los muertos se encontraba el botin que debian haberse llevado los ladrones.

—Señor D. Lope—dijo el marqués á una de las personas que le acompañaban—sin el milagroso auxilio de vuesa merced, yo hubiera sido robado y á mi hija quién sabe lo que la hubiera acontecido.

—Una casualidad ha hecho todo, y vuesa merced nada tiene que agradecerme, porque comision bastante desagradable me trae á su casa.

—¿Qué mandaba vuesa merced, señor D. Lope?

—Despues lo diré; por ahora preciso es atender á la salud de Dª Inés y seguir en pos de los ladrones, que deben estar quizá dentro de la misma casa.

—Razon le sobra á vuesa merced: dos criados quedarán aquí con mi hija y nosotros seguiremos en busca de esos hombres.

El marqués encargó á dos criados que atendieran á Dª Inés, y él, con D. Lope y los demas, siguió rejistrando la casa.

D. Lope se alegraba interiormente de todo esto porque



le proporcionaba oportunidad de inquirir algo respecto á Dª Laura sin dar á sospechar su objeto.

Porque en efecto, si D. Laura estaba allí, aquellos momentos eran á propósito para encontrarla, supuesto que nadie pensaria en ocultarla.

Rejistraron así escrupulosamente toda la casa, y D. Lope no pudo encontrar ni un solo vestijio.

La Apipizca fué hallada en una de las piezas interiores, pálida y temblorosa.

—Pobre muchacha—dijo el marqués—¿y cómo escapaste?

—Ocultéme aquí, señor—respondió Marta—nadie vino. y el miedo me impidió moverme.

—Vé á servir de compañía á Inés, y no temas, porque todo pasó.

—La Apipizca, finjiéndose víctima, volvió al aposento de su ama.

Allí reconoció con terror los cadáveres de los dos bandidos, pero vió tambien que ni el Camaleon ni el Pinacate habian muerto.

Dª Inés volvió de su desmayo, y lo primero que exijió fué salir de aquella estancia en donde estaban los muertos, y sentada en un sitial la sacaron de allí los criados.

D. Lope y el marqués llegaron hasta el patio en que se veian los amantes, y comenzaron á buscar entre la leña y madera reunida allí, porque temieron que en ese lugar pudieran ocultarse los ladrones.

El marqués observó casualmente que la puerta que caia para el corral estaba abierta.

—Sin duda—pensó—por aquí se entraron esos hombres: voy á ver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y se dirijió á la puerta, y salió con objeto de esplorar lo que pasaba fuera.

El Señorito, cuando escapó de la cámara de Dª Inés, salió conforme lo habia dicho á la Apipizca á esperar á sus cómplices fuera de la casa para deshacerse de ellos.

Pero lo primero que observó al salir fué al hombre que habia quedado en la cueva.

El hombre aquel dormia; la noche estaba clara y el Señorito pudo reconocerle por uno de los compañeros del Camaleon.

El Señoritó sacó su daga y fué acercándose con precaucion hasta tenerle al alcance de su mano, levantó el brazo y le hundió la daga hasta el corazon.

El desgraciado se estremeció, lanzó un jemido y quedó muerto.

—Pícaro menos—esclamó D. Guillen con una horrorosa sangre fria—vamos á quitarme esto, y luego seguiremos con los otros.

Tomó entonces los remos, desató la canoa y embarcándose en ella la dió un lijero impulso hasta llegar á donde la corriente del canal era mas rápida.

Allí dejó los remos, tomó con gran cuidado el cadáver procurando no mancharse con la sangre y le arrojó al agua.

El cadáver se hundió por un instante y luego volvió á reaparecer en la superficie, llevado por la corriente que le hacia ir volteando á cada paso.

El Señorito le contempló hasta perderle de vista, y luego volvió á conducir la canoa á la puerta de la casa de Dª Inés, la ató á la escalinata y saltó á tierra.

—Vamos á ver si llegan—dijo—ya no deben tardar, y con la daga desnuda se puso al lado de la puerta.



Pasó así largo tiempo esperando; por fin oyó rumor y voces dentro de la casa.

—Como nada temen—pensó—no toman ya precauciones.

La puerta se abrió, y el Señorito vió salir por ella un bulto que se detuvo como mirando los alrededores.

Era sin duda el primero de los ladrones que salia á ver si se podia retirar sin peligro.

Así lo pensó el Señorito, y se lanzo sobre aquel hombre, rápido como un relámpago, y le hundió muchas veces su daga en el pecho.

Aquel hombre no pudo ni gritar.

—Otro pícaro menos- dijo el Señorito—estos querian asesinarme; ya la pagarán todos; se olvidaron de quien era yo: apartaré este cuerpo para que no le vean.

Y el Señorito tomó por los piés el cadáver y le arrastró para alejarle de allí, pero entonces salió de la sombra del muro, y la luz de la luna bañó el rostro del cadáver.

—¡Qué es esto!—esclamó espantado D. Guillen—este es el marqués de Rio-florido!

Acercóse á examinarle y reconoció á D. Manuel de Medina.

Entonces oyó dentro del patio que decian:

—¡Señor marqués! señor marqués!

El Señorito se supuso algo semejante á lo que habia pasado; saltó lijeramente en la canoa; y haciendo un supremo esfuerzo se alejó en direccion de la corriente en el momento en que la puerta se abria y se presentaban varios hombres con luces.

D. Lope buscó al marqués y tropezó á poco con su cadáver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Horror!—esclamó retrocediendo—el señor marqués asesinado!

—¡Asesinado!—repitieron todos agrupándose alrededor del cadáver.

—¿Pero quién puede haber sido? y cómo tan rápidamente?—dijo D. Lope.

—Señor—contestó uno de los criados—allá vá una canoa con un hombre.

—Ese debe ser, ese—gritó D. Lope—¿pero cómo detenerla?

—Solo así—dijo un criado, y levantando una carabina hizo fuego sobre la canoa.

Todos los que llevaban armas de fuego le imitaron.

El Señorito vaciló un momento, y despues, haciendo un esfuerzo supremo, se alejó perdiéndose entre la incierta claridad de la luna y las sombras de la noche.

---

¡Horror! esclamó retrocediendo el Sr marqués asesinado! Pag. 422.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

## XXIII.

De lo que siguió á la muerte del marqués de Rio-florido.

DLOPE, que habia intervenido tan casualmente en aquel sangriento drama, tuvo ya necesidad de permanecer en la casa.

No podia dejar abandonada á Dª Inés por mas que contra ella abrigase la mas violenta sospecha.

Hizo conducir el cuerpo del marqués á su aposento, y pasó luego á ver á la hija, y calcular si estaba ó no en estado de recibir la noticia de la catástrofe.

Pero cuando D. Lope llegó, ya los criados habian referido todo á la Apipizca, y ésta no lo habia ocultado á su ama.

Dª Inés estaba sombría; el amor que profesaba á su padre no era muy exaltado, pero las terribles circunstancias que habian acompañado á su muerte, las escenas que ella habia presenciado, y sobre todo, la profunda ignorancia en que estaba de la suerte que habia corrido D. Guillen, impresionaban fuertemente su alma.

Por otra parte, Dª Inés aun no estaba restablecida, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por el contrario, aquellas emociones parecian haber agravado su enfermedad.

D. Lope se presentó ante ella triste y silencioso.

—Caballero—dijo Dª Inés—sé cuánto tenemos, ó mejor dicho cuánto tengo que agradecer á vuestra merced; sin su presencia en esta casa, quizá á esta hora yo seria la víctima; mi mismo padre estaba ya salvado, y si ha muerto, tal vez una imprudencia por parte suya ha sido la causa.

—Señora—contestó D. Lope—no piense vuesa merced por ahora sino en su salud; parece que Dios me envió para salvar al señor marqués, y no fué sino para hacerme testigo de su desgracia....

—Caballero, vuesa merced hizo cuanto pudo, y Dios dispuso lo demas. ¿Va ya á retirarse vuesa merced?

—No, señora; he enviado en busca de la justicia para que comience la correspondiente averiguacion....

—¡La justicia! ¿en mi casa?

—Sí, señora, es preciso.

—Bien, señor.

—Y yo permaneceré aquí toda la noche esperando que vuesa merced, señora, tenga á bien decirme si la puedo ser útil en algo.

—Gracias, señor, gracias; quisiera nada mas saber el nombre de caballero tan cumplido.

—D. Lope de Montemayor—contestó D. Lope saludando.

—Por muchos años—replicó Dª Inés.

—Pues, señora, no quisiera molestar á vuesa merced, y me retiro para dejarla descansar, y en cuanto vuesa merced ordene, aquí estoy para servirla.

D. Lope hizo una reverencia y salió.



—Marta—gritó Dª Inés.

Marta apareció.

—Llama á Luis inmediatamente—la dijo Dª Inés, y la Apipizca salió luego de la estancia.

Poco despues Luis se presentó.

Luis, el hombre de las confianzas de Dª Inés, tambien habia sido atacado por los bandidos; pero la casual llegada de D. Lope, que con sus criados iba á catear de órden del virey la casa del marqués, le salvó como á los demas.

—Cierra la puerta, Luis—dijo Dª Inés.

El criado obedeció.

—Acércate ahora, y escúchame; dentro de una hora creo que llegará la justicia; es urjente que cubras la entrada de la bodega, en la que se encuentra la emparedada, no vayan á descubrir algo.

—¿Y cómo, señora?

—Muy fácilmente, colocando delante una gran cantidad de leña de la que hay tanta en el patio.

—Buscaré quien me ayude, y lo haré.

—Pero inmediatamente.

—Sí, señora.

—¿Y quién te ayudará?

—El mismo hombre que me acompañó la noche que trajimos á esa dama.

—Perfectamente, y ademas, esta oportunidad..... un muerto mas entre tantos que ha habido aquí esta noche, á nadie llamará la atencion....¿te parece?

—Dice su merced muy bien.

Luis salió, y poco despues con el mayor misterio levantaba una muralla de leña delante de la puerta de la bodega en que estaba presa Dª Laura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No mas que Luis, que era astuto, disponia las cosas de manera que podia fácilmente quitando algunos trozos de madera, llegar hasta la puerta que á la vista permanecia oculta.

En menos de media hora el trabajo estaba concluido.

—Oye—dijo Luis al hombre que le habia ayudado llevándole hasta el zaguan que caia para el canal y que habia quedado abierto—la justicia debe llegar por aquí: saca la cabeza y escucha con atencion, pero no descubras tu cuerpo.

El hombre abrió un poco la puerta, sacó solo la cabeza y estiró el cuello lo mas que pudo.

Entonces Luis empujo aquella puerta y la contuvo con el pié, para impedir que el desgraciado aquel saliese de aquella especie de trampa en que habia quedado preso por el cuello.

El hombre luchaba, pero le era imposible escapar. Luis con toda serenidad sacó un puñal y le hundió mas de diez veces en la espalda de aquel hombre, que no podia ni huir ni oponer resistencia.

Conoció al fin que ya habia espirado, y que solo permanecia en pié por la presion de la puerta, pero aun le tuvo así algun tiempo.

Despues abrió, y el cuerpo de la víctima cayó hácia adelante, rodó la escalera de piedra y se sumerjió en las aguas del canal.

Luis volvió á dar parte de su comision á Dª Inés.

La justicia se presentó en la casa del marqués y comenzaron las averiguaciones.

Ninguno de los criados podia decir por dónde habian entrado aqnellos hombres; Dª Inés supuso por lo que le refirió la Apipizca que tal vez la puerta del corral habia



quedado abierta, pero se guardó muy bien de conafir á nadie y menos á la justicia sus sospechas.

Se habian encontrado á mas del del marqués, los cadáveres de tres criados y de dos bandidos.

El del hombre asesinado por órden de Dª Inés, no apareció.

—Aquí hay sangre—dijo el alcalde al llegar á la puerta del patio.

—Sí, señor—contestó engañado D. Lope—por allí fué asesinado el marqués y sin duda al conducir el cadáver su sangre manchó la tierra.

—Puede ser—dijo el alcalde.

Y continuó en sus pesquisas.

Pero nada se pudo descubrir, ni tampoco D. Lope advirtió nada que le indicase algo de la suerte de Dª Laura, y él mismo comenzaba ya á dudar de que realmente Dª Inés tuviera parte en su desaparicion.

La justicia habia tenido el suficiente talento para poner presos á todos los criados de la casa, y no hacerse acompañar en sus pesquisas mas que por D. Lope y los que le acompañaban; por eso no hubo ni quien indicase la existencia de la bodega en que estaba presa Dª Laura.

El alcalde escribió mucho, hizo firmar con él á todos los que sabian escribir, y ordenó al escribano que pusiese la señal de la cruz por los que no sabian, y ya en la mañana salió de la casa en medio de un numeroso jentío que llenaba la calle seguido de sus corchetes, y llevando como trofeos cinco cadáveres tendidos en escaleras, que los alguaciles se habian proporcionado en la vecindad.

El cadáver del marqués quedó en la casa, y Dª Inés dispuso inmediatamente todo lo necesario para el entierro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En aquella casa nada indicaba ya en las primeras horas de la mañana los horribles sucesos que habian tenido lugar allí: Dª Inés estaba tranquila, y los criados limpiaban la sangre y arreglaban las habitaciones.

Solo en la calle algunos grupos de curiosos parados delante de la casa contaban maravillas y pretendian adivinar lo que pasaba en el interior.

La Apipizca se atrevió á hablar á Dª Inés de D. Guillen.

—Es un cobarde—contestó la dama con indignacion—huyó abandonándome en el peligro.

—Quién sabe, señora—dijo Marta.

—Solo que le viera yo herido creeria que habria hecho algo.

—¿Y si vuelve?

—Le oiré para condenarle á mi desprecio, ó para volver le mi amor.

Cuando D. Lope vió salir á la justicia, se dirijió á hablar con Dª Inés: el jóven creia ya haber cumplido con aquella dama, y necesitaba dar cuenta de todo al virey, y de dirijirse á buscar á Dª Laura.

—Señora—dijo á Dª Inés—si vuesa merced me lo permite, y no necesita de mi servicio, me retiro ofreciéndola siempre que si en algo fuere útil puede disponer de mi persona.

—D. Lope—contestó Dª Inés—agradezco y admito el ofrecimiento; he quedado sola en el mundo; quizá necesite de un apoyo y le buscaré siempre en vuesa merced.

—Será una dicha para mí que vuesa merced, señora, me ocupe.

D. Lope hizo aún algunos cumplimientos á Dª Inés, y se retiró, casi arrepentido de haber abrigado sospechas contra una mujer tan hermosa, tan amable, tan discreta, y sobre todo, que en aquellos momentos era tan desgraciada.



Pero apenas salió D. Lope á la calle, sus penas adormecidas por acontecimientos tan estraordinarios volvieron á oprimir su corazon; el recuerdo de Dª Laura volvió á alzarse mas vivo y no pensó sino en combatirle.

Antes que todo se dirijió á contar al virey lo que habia presenciado y á pedirle consejo para buscar á la dama.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXIV.

En donde se cuenta lo que hizo la Audiencia con el marqués de San Vicente *el Tapado* como le llamaba el vulgo.

COMENZADO se habia el proceso criminal contra D. Antonio de Benavides, llamado el marqués de San Vicente por sus partidarios y *el Tapado* por la generalidad de las gentes.

El delito de que se le acusaba era el de haberse falsamente supuesto castellano de Acapulco, y haber por eso llegado á Veracruz con tal fausto.

Ciertamente, aunque D. Antonio de Benavides hubiera sido un impostor, la severidad desplegada contra él por la Audiencia, era injusta, que crímen como el que se imputaba á Benavides, ni tenia gran pena por la ley, ni era capaz de trastornar un reino, porque hasta el dia de su prision no habia hecho el Tapado otra cosa que referir á sus amigos en lo particular que venia despachado con mision del rey, pero nada mas.

Habíasele ya tomado su declaracion y exijídosele que presentara y entregara sus papeles, y á todas estas requisiciones habia contestado que sus papeles existian en las



cargas que se le habian embargado el dia de su prision y debian estar ya en poder de la Audiencia.

Nada se inferia de las declaraciones de los testigos, y D. Frutos Delgado propuso á los demas oidores, que se sujetara á D. Antonio á la prueba del tormento.

En aquellos tiempos el tormento era una prueba usual en los tribunales civiles y ordinarios, y aquella resolucion tomada con el Tapado, nada tenia que saliera del órden comun.

El fuego, la garrucha y el potro, eran auxiliares de la justicia para ayudarla á obtener del reo una confesion.

En la Edad Media se inventaron torturas infernales que se aplicaban á los infelices que caian en poder de ese monstruo que se llamaba entonces la justicia.

Estos tormentos los conocian vagamente los que no habian vivido en las cárceles, pero los pintores de retablos los esponian al público atribuyendo á los ánjeles rebeldes invenciones que eran propias de los que se aplicaban nombres sabios y honrados, y presentaban cuadros del infierno, en los que no hacian sino retratar lo que pasaba en las cárceles.

Atravesar la lengua del soldado blasfemo, como lo mandaba la ordenanza, con un hierro caliente, ¿podía ocurrírsele mas que al demonio?

Consumir á fuego lento la mano del que atentaba á las personas reales, ¿podia practicarse sino en el infierno?

Colgar á un hombre ó á una mujer en la garrucha, tenderlos en un potro, llenarlos de agua como si fueran un tonel vacío, calzarles el infernal borceguí de hierro que se estrechaba triturando los huesos y haciendo del pié una masa informe y asquerosa, atarles una contra otra las piernas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entre dos planchas, y luego hincar con un mazo una cuña de acero entre las dos rodillas haciendo estallar los huesos como si fueran de cristal, arrancarles las uñas, ¿eran estos procedimientos que podian esperarse entre los hombres?

Quizá haya quien crea de buena fé que la civilizacion y el progreso no son sino vanas palabras, pero ese no necesitará sino leer los códigos de todas las naciones en la Edad Media y encontrará sembrados por todas partes cargos de bárbara ferocidad y de estudiada tiranía.

Las cuestiones de tormento se tratan por los autores de aquellos tiempos con tanta sangre fria como pudiera hoy una cuestion literaria, y lo que hoy no se oye contar sin estremecerse, entonces se escuchaba como cosa de poca importancia.

Era un procedimiento aquel, estaba en los códigos y en los autores.

Pero es necesario estudiar esa lejislacion olvidada; es necesario conocerla, porque aun hay quienes prediquen "los buenos tiempos de antes;" aun hay quien suspire por la luz rojiza de aquellos dias.

Felizmente la humanidad no da un paso atras, y si lo diera, las primeras víctimas serian los apóstoles del retroceso, porque la historia del toro de Falaris, es en el mundo una de las lecciones mas sabias y mas profundamente ciertas.

Y las revoluciones que devoran como Saturno á sus hijos, no son nada mas las que tienden al progreso de una nacion del mundo, sino tambien las que tienen por bandera el retroceso, ó el *estatu quo*.

Porque los partidos políticos son como Tántalo; siempre



tienen al alcance de su mano el término de sus aspiraciones, y los siglos pasan y nunca pueden llegar á aquel término, los unos caminando hácia adelante y los otros hácia atrás.

Y siempre sacrifican á sus caudillos porque siempre piensan que no les dan cuanto debieran darles.

Pero la humanidad como un niño que comienza á andar, avanza, retrocede, cae, levanta, y sin embargo, gana siempre terreno; y apenas alcanza á contemplar con la mirada de su historia el punto de donde ha partido, aunque tambien es cierto que apenas puede con la luz de la filosofía descubrir mas que un corto trecho del camino que tiene delante.

Las jeneraciones, que vivas ríen de las que ya pasaron, pero no escuchan en el porvenir las sardónicas carcajadas de las jeneraciones que deben succederlas; si esto no sucediera, ningun siglo hubiera tenido el orgullo necio de llamarse *el siglo de las luces*, y este orgullo lo han tenido muchos.

Quizá dentro de doscientos años nuestra lejislacion será considerada tan bárbara, como consideramos ahora á la que buscaba la prueba por medio del tormento.

Pero en el año de 1683, la Audiencia determinó dar tormento á D. Antonio de Benavides para que *declarase sus intenciones y mostrase sus papeles.*

D. Antonio fué despojado de sus vestiduras, y se le colocó en la garrucha; sus manos atadas con delgadas cuerdas sostenian todo el peso de su cuerpo, con las puntas de los piés tocaba apenas el suelo y esto es lo que hacia mas horroroso aquel tormento.

La víctima en aquella posicion sentia la tierra tan cerca de sus piés, que instintivamente se esforzaba para alcan-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zarla, para descansar de los atroces dolores que sentia en las manos; en donde se introducian entre las carnes las cuerdas, y en los hombros, que parecian desarticularse.

Pero el tormento no parecia bastante agudo, y se suspendian á los reos de los dedos pulgares.

El sufrimiento era espantoso; la lucha para llegar á poner en tierra los piés, hacia mas agudos los dolores, y por una especie de fascinacion casi siempre aquellos infelices sentian crecer sus brazos, y pensaban alcanzar apoyo en el suelo y hacian otro esfuerzo, y era no mas que un medio para sentir mayor martirio.

Aquellas cuerdas de donde pendia el reo pasaban por una garrucha, á la que debia su nombre el infernal suplicio, y esa garrucha permitia levantar el cuerpo suspendido en la estremidad de las cuerdas, y se le daban de cuando en cuando lijeras sacudidas, levantándolo un poco y volviéndolo á dejar caer de golpe, á fin de que sus manos y sus brazos sufrieran aquel rudo sacudimiento.

Benavides fué suspendido en la garrucha, y se comenzó con él á ejecutar toda aquella horrorosa maniobra.

D. Antonio estaba densamente pálido, un sudor copioso bañaba su frente, en la que se pegaban algunos mechones de cabellos. No habia proferido una sola queja, y solo de cuando en cuando dejaba escapar una especie de ronquido apenas preceptible.

D. Frutos presenciaba la ejecucion.

—Decid la verdad, si no quereis que siga el tormento—decia este—ó á vuestro cargo será si quedais lisiado gravemente.

—Qué quereis que diga?—contestó con voz ronca D. Antonio.



—Adónde están vuestros papeles y qué intenciones os guiaban á la Nueva-España.

—Mis papeles vos sabreis de ellos, mis intenciones en ellos las leereis—ya os lo he dicho.

D. Frutos hizo una señal; las garruchas crujieron, el cuerpo de Benavides se elevó un poco y volvió á descender, sin tocar á tierra, y resistiendo sobre los dedos pulgares que tenia atados al cordel todo el peso de su cuerpo.

—¡Jesus!—esclamó á media voz, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y se mordió el labio inferior como para contener un grito.

—Decid lo que se os pregunta—dijo D. Frutos.

Benavides calló y las garruchas volvieron á crujir; pero entonces Benavides estaba prevenido, y no se quejó siquiera; apretó convulsivamente los labios y los párpados, y se puso aún mas pálido.

—¿Insistís en no decir nada?

Benavides calló tambien.

Entonces las garruchas crujieron de nuevo, pero Benavides se elevó mas que las veces anteriores—y el golpe del cuerpo fué mas fuerte.

—¡Jesus me ampare!—gritó el infeliz, y quedó como desmayado; sin embargo, no le quitaron del tormento.

—Aun no dices nada?—preguntó el oidor cuando lo miró volver en sí.—Benavides lo miró con ira y calló.

—Pues callamos los dos—dijo D. Frutos.

Y se puso tranquilamente á hojear un libro que llevaba bajo el brazo.

Entretanto Benavides sufria espantosamente.

Así pasaron algunos minutos, que fueron siglos para la víctima.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Al potro—dijo derrepente el oidor.

Los verdugos aflojaron repentinamente las cuerdas, y Benavides cayó á tierra de golpe como un cuerpo muerto.

Tan espantoso era el tormento, que Benavides se sintió consolado al pensar que iba á variar de especie; seria terrible el que le esperaba, pero era diferente, y esto para él era descanso.

En un momento lo tendieron y lo ataron en el potro; cuerdas que ligándose al derredor de los muslos y de las pantorrillas se apretaban por medio de ruedas que hacian jirar sucesiva ó simultáneamente los verdugos, segun queria el juez—este era el tormento.

—Decid la verdad—dijo D. Frutos

Benavides calló, y una de las ruedas jiró lentamente.

—Hablad—repitió el oidor, y Benavides calló, y jiró la otra rueda.

—Hablad.

—¿Quereis que os diga la verdad? vosotros habeis robado mis papeles para quitarme la defensa: quereis que mienta, y por eso me atormentais—seguid, seguid, matadme; no mentiré, no denunciaré á nadie, no, mil veces no.

Entonces las cuatro ruedas jiraron á un tiempo, y Benavides dió un grito ronco. Y sus ojos brillaron estraordinariamente por un instante y se apagaron luego.

—Hablad.

—No—gritó rabioso Benavides—no, infame—no.

Volvieron á jirar las ruedas—y entonces Benavides, como un furioso, lanzó horrorosas injurias al oidor.

Y jiraron las ruedas, y aquella exaltacion cambió repentinamente en languidez, y Benavides quedó completamente desmayado.



La última vuelta de las ruedas no hizo ya estremecer aquel cuerpo maltratado.

Lo quitaron del potro y lo volvieron á su calabozo.

El infeliz tenia quebradas las dos piernas.

Los oidores conferenciaron entre sí: nada habian logrado obtener de Benavides, pero en cambio estaban ya seguros de que nada obtendrian en lo sucesivo.

Benavides habia resistido el tormento con una fuerza de espíritu increible.

Su silencio habia salvado al virey: en cambio el virey le habia perdido abandonándole.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXV.

De lo que D. Guillen habló con Doña Inés, y de lo que habia pasado con Doña Laura.

MARTA quedó exenta de toda sospecha, y continuó gozando de la confianza de Dª Inés.

Al siguiente dia de la muerte del marqués de Rio-florido pidióla permiso para salir, con pretesto de ir á calmar á su familia, inquieta por lo que se contaba en México respecto á los acontecimientos de la noche anterior: concedióle Dª Inés la licencia, y la Apipizca se fué directamente á la casa del Señorito.

—¿Qué hay por la casa?—preguntóle éste—¿qué dice de mí Dª Inés?

—Os culpa de haberla abandonado en el peligro.

—¿Y no mas?

—Nada mas.

—Entonces no hay cuidado; pero refiéreme, cómo es que el marqués apareció por allí?

—A lo que he podido comprender, la desgracia hizo que jentes estrañas llegasen á la casa, no sé bien con qué objeto; y ya el marqués en libertad, se presentó en el momento



en que nosotros penetrábamos á la estancia de Dª Inés. ¿Sabeis ya que dos de los nuestros murieron?

—He oido decir.

—El Camaleon y el Pinacate salvaron.

—¿Por dónde?

—Lo ignoro yo misma.

—Sabeis que el marqués murió sin saberse cómo?

—Tambien lo sé.

—Pues eso es todo, y menos que eso sabe por supuesto la justicia.

—Por supuesto.

—¿Y la emparedada?

—¿La emparedada? ¿Cuál?

—Nada: fué una locura mia, estaba yo pensando en otra cosa: vete, y esta noche iré á ver á Dª Inés.

—Ya no por la puerta del canal.

—No hay ya necesidad de ello.

—¿Y qué hago ahora?

—Pues ya viste que el golpe se malogró; ahora sufre allí unos dias, y no tengas cuidado; tú serás rica.

—Dios lo haga—adios:

La Apipizca salió lijera y volvió á la casa deDª Inés, procurando no dará conocer en nada que habia visto al Señorito.

Todo el dia la dama preguntó á Marta, si no sabia algo de D. Guillen.

—Nada señora—contestaba la Apipizca.

—Me habrá olvidado.

—Imposible, señora.

—Mira Marta, anoche estaba yo incómoda con él, porque se habia ido: ¡qué injusticia! yo misma se lo ordené—¿qué no volverá?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es seguro que vuelve.

—Pero tarda tanto.....

Llegó la noche, y se redobló la impaciencia de Dª Inés, que á nadie quiso recibir, y á cada momento preguntaba:

—Marta, ¿aun no viene?

—No señora—contestaba la Apipizca, segura de que no tardaria D. Guillen.

Por fin, cerca ya de las nueve, la Apipizca anunció desde la puerta de la estancia:

—Señora, el Sr. D. Guillen de Pereira.

—Que pase—contestó inmediatamente Dª Inés.

La Apipizca abrió la puerta y dejó pasar al Señorito, que entró precipitadamente.

Dª Inés.—

D. Guillen—esclamaron los dos casi á un tiempo, y abrazándose estrechamente.

—La Apipizca cerró discretamente su puerta.

—Dª Inés—dijo el Señorito—cuán grande ha sido mi angustia, porque he sabido cosas que no me puedo esplicar: ¿tu padre muerto?

—Muerto!—contestó Dª Inés.—

—¿Pero cómo ha sido esto? Al salir de tu estancia, he alcanzado á verle á la cabeza de algunos hombres armados: creí que iba en busca de mí, y como contra él no podia hacer armas, preferí huir, porque de otra manera me hubiera hecho víctima inerme de su furor.

—No, Guillen, mi padre venia con algunos hombres armados, pero no te buscaban á tí, sino á unos bandidos que habian penetrado en mi estancia, y allí mismo se trabó un combate horrible.

—Y murió allí el mayor?



—No, mi padre ha sido asesinado de una manera inesplicable; todo habia terminado; se separó un momento de los que le acompañaban, y á poco fué encontrado su cadáver.

—Pero eso es muy misterioso.

—Nada pudo averiguar la justicia.

—¡Ha venido aquí la justicia!

—Sí, y ha rejistrado hasta el último rincon de la casa.

—¿Y qué sucedió con la emparedada?

—Luis cubrió con leña la puerta de la bodega y nada advirtió la justicia.

—Supongo que esa dama habrá muerto.

—No; Luis me ha dicho que ha perdido enteramente el juicio y come y bebe cuanto le dan; cree que está oculta de los asesinos de D. José de Mallades, y no tiene confianza sino en Luis, á quien llama su amigo.

—¿Y nada dice de los papeles que deseaban tener?

—Nada absolutamente, y como está loca casi he perdido la esperanza, y deseos tengo algunas veces de ponerla en libertad.

—¡Qué imprudencia! esa locura puede ser finjida, y además aun cuando sea verdadera, si por una casualidad recobra el juicio puede muy bien denunciar cuanto ha pasado, y nos pierde.

—Tienes razon, pensaremos mas adelante lo que se ha de hacer con ella.

—Entretanto tú, mi vida, no puedes permanecer así sola en el mundo.....

—Lo conozco Guillen.

—¿Y qué piensas hacer?

—Casarme.

—¿Casarte?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿No te habia yo dicho que estaba resuelta á ser tu esposa?

—¿Y no te arrepientes, mi bien?

—No, y ahora menos; no hay obstáculo y necesito de tu apoyo.

—Pero tú no sabes aún quién soy yo.

—Es verdad; tú me lo dirás.

—¿Y si al saberlo te arrepientes?

—Mira Guillen, seas quien seas, y por negra que aparezca tu historia, no temas de ninguna manera que me arrepienta, cuando una vez te he dicho que seré tuya; pero entiendo que en caso de saber algo sombrío, prefiero que sea antes, porque si tú me engañaras, no responderia yo de mí misma despues, y sabes que soy terrible en mis venganzas; vamos á ser ya el uno del otro para siempre; cuéntame tu vida, y yo te referiré la mia, secreto por secreto, un velo despues sobre lo pasado, y no pensar en lo sucesivo sino en ser felices—¿admites, Guillen?

—Sí, Inés, y escucha la verdad: mi historia nada tiene de notable, ni de maravillosa, mi padre era un comerciante que murió dejándome heredero de una gran fortuna; mi madre tardó poco en seguirle al sepulcro. Libre, rico y jóven me entregué á los placeres y á la disolucion; el juego y las mujeres devoraron mi caudal, y desde entonces vivo de mi industria, es decir, del juego y de las malas amistades; nada tengo que ofrecerte mas que mi amor, porque es la primera ocasion de mi vida que he sentido lo que es una pasion. Hé aquí, Inés, dicho en cuatro palabras quién soy, lo que tengo, y lo que valgo. Franqueza quisiste, y con franqueza te he abierto mi pecho.

—Así te quiero, Guillen, franco y leal sin ocultarme uno solo de tus pensamientos, y la verdad, te diré, creo que has sido casi un malvado; pero no sé por qué yo tambien siento por tí un amor inmenso; tu misma vida tormentosa y cuyos pormenores alcanso á adivinar, me causan cierta ilusion, porque para esa vida necesitas haber tenido un corazon grande—seré tu esposa.



—Gracias, Inés, eres un ánjel.

—Y ahora ¿quiéres tú saber mi historia?

—No, Inés, no, para mí no tienes pasado, te amo como eres hoy y no me importa saber lo que eras ayer; ánjel ó demonio, tu pasado te pertenece á tí nada mas, y ni una palabra que lo recuerde oirás de mi boca jamás; para mí la dicha que me concedes siendo mia, es superior á cuanto hay sobre la tierra y por eso lo olvido todo.

—Bien, seré tuya, deja que pasen estos primeros dias del duelo de mi padre, y dispon lo necesario para nuestro matrimonio: comprendo que quizá puede faltarte dinero; pero yo tengo mucho, necesitamos mudar de habitacion; esta sombría casa no puede recibir á dos esposos felices, en la primavera de su amor; lejos de aquí, viviremos mas tranquilos sin que penosos recuerdos amarguen nuestros dias.

—Amor mio, todo será como tú lo deseas.

—Ahora, antes de retirarte, escúchame: cuando aun no estaba tan próximo, ó mas bien dicho, tan seguro nuestro enlace, te pedí noticias de cuanto pasaba en esa conspiracion, ahora mas que nunca necesitamos esas noticias.

Porque ahora quiero sacar mayores ventajas para tí, para mi marido; este servicio nos valdrá el favor de la corte de España; podremos pasar á Madrid; allí se vive, allí se goza; allí no serás el jóven truan que ha perdido su fortuna y que se ha arrastrado en el vicio; allí serás el hombre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha salvado á la Nueva-España de las manos de los enemigos, y por todas partes seremos considerados y respetados, y se te abrirán las puertas de un bello porvenir: ¿comprendes bien ahora, por qué me empeño en descubrir esa conspiracion?

—Sí, Inés, lo comprendo y todo lo sabrás.

—Es que así me lo habias prometido otras veces.

—Pero ahora verás cómo sé cumplirte mi palabra—dentro de tres dias lo sabrás todo.

—Fío en tu promesa.

D. Guillen y Dª Inés siguieron conversando despues amorosamente, y al fin D. Guillen se retiró pensando en que iba á ser rico, y noble y poderoso.

Dª Inés se soñaba ya en España del brazo del Señorito, y metida otra vez en todas las intrigas de la corte; reanudando sus relaciones con Cárlos II, y realizando lo que tantas veces habia pensado; ser la favorita del rey.

Desde aquel punto Dª Inés comenzó á hacer público su proyecto de boda con D. Guillen, contóselo á Marta, á la cual no le pareció estraño, y cuando Luis entró á darle cuenta de cómo seguia Dª Laura, se lo refirió tambien.

—Señora—díjola Luis—esa mujer come y bebe como si no estuviera en donde está.

—¿Pero nada dice?

—No señora, está enteramente fuera de su juicio; solo se queja de cansancio, pero cree algunas veces que es porque camina demasiado....

—Bien, síguele llevando el pan y el agua porque creo que debe vivir ya muy poco....

—Dios lo permita porque ya me fastidia, y solo por respeto á su merced no he tapiado ya enteramente.....



—No, déjala.... oye, Luis, ¿sabes que voy á casarme?

—Me alegro, su merced necesita un hombre que la defienda y la apoye.

—¿Y no te figuras con quién?

—No señora.

—Con D. Guillen de Pereyra.

—¡Ave María, señora!

—No te parece bien?—háblame la verdad.

—Señora, es un guapo mozo; pero su merced ignora quién es?

—Lo sé demasiado.

—Entonces, ¿cómo se atreve su merced?

—Mira, habíale yo correspondido, y ahora negarme á ser su esposa cuando conoce nuestros secretos....

—¡Ay señora! tanto miedo tiene su merced á que se sepa esto.

—Por supuesto, vé si tengo razon.

—En efecto: su merced hace bien y yo tengo mucho gusto.....

—Pues será muy pronto.

—Dios lo haga, señora, Dios lo haga.

Y Luis se retiró pensando:

Pues si por saber secretos como este la señora le concede su mano, pudiera muy bien suceder que hasta yo.... quién sabe.... veremos si me atrevo.... me quitaré de en medio al D. Guillen.... y tal vez.... ya veremos.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXVI.

Cuéntase cómo en el dia miércoles 14 de Julio de 1683, se administraron el sacramento del Bautismo y el de la Estrema-Uncion, á dos personas muy notables en México.

ERAN las once de la mañana del miércoles 14 de Julio de 1683, y una lucida procesion salia por la puerta principal del Palacio y se dirijia á la Catedral.

Las campanas de todos los templos de la ciudad, *repicaban á vuelo*, los cohetes poblaban el espacio, se escuchaban por todas partes las salvas y los disparos que se hacian con escopetas, mosquetes, pedreros y cámaras, y la multitud que se apiñaba en la Plaza, presentaba el aspecto mas halagüeño de animacion y de alegría.

Era que en aquellos momentos se iba á administrar el Sacramento del Bautismo, á un hijo del virey que habia nacido en aquella misma semana, el lúnes 5 á las ocho de la noche.

La ceremonia se celebró con estraordinaria solemnidad, el aya que llevaba en sus brazos á la criatura, fué conducida hasta la Catedral en silla de manos, marchando en la comitiva, la real Audiencia, el ayuntamiento, todas las comunidades relijiosas y todas las compañías de milicias, que entónces eran numerosas, por motivo del amago de los piratas sobre las costas.



En la Iglesia Catedral, en la nave del centro, y frente al altar que se llama del Perdon, esperaba al infante el Illmo. Sr. Arzobispo de México, D. Francisco de Aguiar y Seijas, y la fuente que debia servir allí era la misma en que habia recibido las aguas del Bautismo el Santo Felipe de Jesus, proto-mártir mexicano.

Llegó hasta allí la comitiva, recibió al infante en sus brazos como su padrino, Fray Juan de la Concepcion, donado de San Francisco, que habia sido traido á México por el virey.

El arzobispo bautizó al niño, poniéndole por nombre José María Francisco *omniam sanctorum:* cantáronse sus preses respectivas, y la comitiva volvió á salir á la plaza, en donde como maestro de campo caracoleaba en un soberbio caballo el conde de Santiago, y en medio de la algazara y de los cohetes, y las salvas y los repiques, terminó la ceremonia á la una en punto de la tarde.

Se preparaban para aquella noche unos vistosos fuegos artificiales y un gran baile en palacio.

Alegres como todos, estaban en la parroquia del Sagrario algunos clérigos, hablando sobre lo suntuoso del bautismo y celebrando su pompa que en él se habia desplegado, cuando vieron acercarse á un sacerdote que caminaba con la cabeza inclinada y con aire meditabundo.

—Es Fray Anjelo—dijo uno de los clérigos con cierto respeto, y los demas callaron esperando la llegada del fraile.

—Buenas tardes dé Dios á vuesas mercedes—dijo Fray Anjelo, con un acento de dulzura y de humildad que rebe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

laban un corazon limpio y una conciencia verdaderamente tranquila.

—Buenas tardes—contestaron cariñosamente los demas.

—¿De dónde viene su reverencia que no le vimos en la ceremonia?

—De una confesion—contestó Fray Anjelo—héme estado en el calabozo de D. Antonio de Benavides.

—*¿Del Tapado?* ¿tan grave está?

—En peligro de muerte, y sin otra esperanza que en su Divina Majestad.

—Dios le asista.

—En esta noche deben aplicársele los Santos oleos.

—Pobre hombre.

—Rueguen por él á Dios Nuestro Señor vuesas mercedes, que es un desgraciado que bien lo necesita.

—Lo haré, aunque indigno sacerdote—dijo uno.

—Y yo—agregaron cada uno de los otros.

Fray Anjelo siguió su camino, y los clérigos volvieron á reanudar su conversacion; pero ya no reinaba entre ellos la misma alegría; el recuerdo de un hombre que llegaba en aquellos momentos al borde del sepulcro, habia turbado su sencillo gusto.

La idea de su muerte es mas sombría en medio de una fiesta, porque es como la voz misteriosa de la Divinidad, que nos recuerda lo efímero de la vida que nos repite á cada paso las terribles palabras del Eclesiastes:

*Vanidad de vanidades, vanidad de vanidades, y todo vanidad.*

La tarde de aquel dia se pasó en fiestas y en paseos; vuéltose el sol, tendió la noche sus crespones de duelo, y brillaron sus estrellas en el firmamento y las luces en la ciudad.



Por todas las calles habia farolillos y luminarias, y por todas partes se veian grandes grupos de gentes, que cantando y ríendo se dirijian á la plaza mayor con objeto de ver los fuegos.

Una inmensa muchedumbre estaba ya reunida allí esperando el momento en que debian *prenderse los castillos.*

Aquella multitud formaba una especie de mar mas negro que la noche; se advertia en la oscuridad, que á disipar no alcanzaban ni los faroles ni las luminarias, el continuo movimiento de aquellos millares de cabezas, y se levantaba de allí un murmullo sordo y constante.

De cuando en cuando un gran cohete se desprendia de la plaza y subia dejando tras sí una cauda luminosa de rojas chispas, y reventaba arrojando algunas luces de colores.

Entonces aquella multitud lanzaba una especie de esclamacion inmensa compuesta de otras mil que se confundian en una sola: la plaza se iluminaba momentáneamente; se veian destacarse sobre un fondo negro los severos contornos de la catedral, y despues las luces del cohete se apagaban y la oscuridad volvia mas densa como para vengar su pasajera derrota.

Se oian á lo lejos y como al pié de los balcones de palacio los ecos de algunas músicas, y al través de esos mismos balcones se descubrian las bujías de la sala del baile, y se adivinaban casi las sombras de las damas y de los caballeros que habian asistido al sarao.

En uno de los calabozos de la cárcel que estaba en el edificio del mismo palacio, yacia sobre un viejo banco de cama, y en un mal jergon, espirante ya el marqués de San Vicente, D. Antonio de Benavides.

Ademas de aquel miserable lecho no se veia en el cala-

bozo sino un modesto altar que los otros presos habian compuesto para que se administrara á Benavides el sacramento de la Extremauncion.

Una pequeña mesa con un cajon encima que fijuraba una grada, cubierto todo esto con lienzos blancos, unas velas de cera y algunas amapolas, este era el altar.

Pero delante de aquel altar oraba fervorosamente un fraile, era Fray Anjelo.

Reinaba en aquel calabozo el silencio mas profundo, porque la oracion de Fray Anjelo ajitaba apenas sus labios sin producir un solo murmullo, y la respiracion del enfermo era tan débil, que apenas se escuchaba.

Solo de cuando en cuando el desgraciado marqués de S. Vicente lanzaba un tristísimo jemido invocando á Dios. Fray Anjelo volvia el rostro para mirarlo sin interrumpir su oracion, el enfermo volvia á callar y el fraile á inclinar la cabeza.

Algunas veces, sin embargo, llegaban hasta allí el rumor de la plaza, el estallido de un cohete ó algunas perdidas notas de las músicas; pero aquellos ecos profanos morian allí como avergonzados ante aquella tristísima escena.

Por fin, se oyó ruido en el corredor, la puerta del calabozo se abrió y se presentó el cura que iba á administrar el sacramento á D. Antonio: detrás de él venian los acólitos, los carceleros y algunos presos con cirios encendidos y con faroles.

Aquel estrecho calabozo se llenó pronto de jente y de luces, y hubo necesidad de dejar abierta la puerta.

Entonces hubo un contraste dolorosísimo: el devoto murmullo del sacerdote y de los concurrentes al calabozo que rezaban en voz baja, era frecuentemente contestado é interrumpido por el confuso vocerío de la plaza y por el ruido de los fuegos artificiales.



Las alegres sonatas de las músicas llegaban hasta el calabozo del moribundo, y muchas veces los cohetes que reventaban en el aire enviaban su claridad, semejante á la de un relámpago, hasta bañar las inclinadas cabezas de los asistentes.

Doce *castillos de fuego* debian quemarse aquella noche, y en palacio cenaban los de la audiencia y los principales señores de la corte; todo, fuera del calabozo de D. Antonio de Benavides, era festejo y alegría, todo era placer.

D. Antonio, moribundo de resultas del bárbaro tormento que le habian dado para obligarle á confesar, respondia al sacerdote con una mansedumbre y una resignacion verdaderamente evanjélicas.

Fray Anjelo, arrodillado á los piés de la cama, lloraba como un niño, y todo el mundo estaba allí conmovido.

---

Reinaba en la fiesta de palacio la mayor animacion y la mas completa alegría, los bríndis se sucedian entre aplausos y músicas, y todos deseaban casi un reino para el recien nacido.

El virey contestaba con afecto, y todos parecian haber olvidado completamente á los conspiradores y á los piratas, que en aquellos momentos atacaban las costas de Yucatan.

D. Frutos el oidor y el vírey departian alegre y amigablemente en uno de los mas animados grupos, cuando derrepente en el intervalo de una á otra de las piezas que ejecutaban las músicas, llegó el sonido lejano de una campanilla, y los ecos de un canto relijioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué será esto?—preguntó el virey.

—Es sin duda—contestó un caballero—la campanilla del Viático—todos se inclinaron—y los cantos de los hermanos de nuestro amo.

—¿Pues quién se sacramenta esta noche?—preguntó D. Frutos.

—Es estraño que su señoría no recuerde—dijo el que habia hablado antes—son los sacramentos del *Tapado*.

El virey se puso lijeramente pálido.

—Pues que su Divina Majestad le perdone—dijo D. Frutos—y sea servido Dios de llevárselo de esta enfermedad, porque si no, trazas tiene el tal de morir en una horca para escarmiento de impostores.

El virey podia apenas disimular su emocion; la campanilla del Viático que volvia al Sagrario se percibia ya mas distintamente, y todos los concurrentes al sarao quedaron en el mas profundo silencio y se arrodillaron devotamente.

Sin duda en la plaza acontecia lo mismo, porque la multitud habia entrado tambien en silencio.

El lúgubre sonido de aquella campanilla enmudeció todas las voces, é hizo inclinar todas las cabezas.

Era el recuerdo de la miseria humana, el *memento-homo* en medio de las alegrías de la tierra.

Las voces del placer habian llegado hasta el calabozo del moribundo sin turbar un instante el fervor relijioso de los asistentes.

La voz de la relijion y el recuerdo del moribundo, habian penetrado en medio del festin y de la alegría, y la alegría y el festin habian cesado como por encanto.

El virey y D. Frutos, arrodillado el uno al lado del otro, murmuraban en voz baja algunas oraciones.



Sonaron los últimos campanillazos, y se perdieron las últimas notas del *alavado* que cantaban los *hermanos*, y casi en el mismo momento volvieron la algazara y el bullicio, y sonaron las músicas, y se dispusieron á bailar damas y caballeros.

Y la alegría volvió derrepente, como un arroyo detenido al cual se quita el obstáculo que contenia el curso de sus aguas.

Nadie habló ya de *los sacramentos;* tan pronto así se olvidan los anuncios de la muerte ajena.

Solo el virey habia quedado profundamente preocupado.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO IV.

## LA VIBORA Y LA PALOMA.

### I.

De cómo se preparaba el matrimonio de Dª Inés, y de lo que con este motivo pasó en la casa de ésta.

EN aquellos dias no se hablaba en México de otra cosa que del matrimonio de la rica hija del marqués de Rio-florido, con D. Guillen de Pereyra. El baile y las fiestas del bautismo del hijo de la vireina eran ya una cosa pasada; pero el matrimonio de Dª Inés daba pábulo á todas las conversaciones.

Los unos criticaban á la dama el que pensase en boda cuando apenas hacia pocos dias habia muerto su padre de una manera tan trájica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los otros la echaban en cara su eleccion, porque D. Guillen era conocido en la sociedad de México por un hombre sin bienes, sin carrera y sin recomendacion alguna.

Quién la disculpaba atendiendo al aislamiento en que estaba, quién hacia por la precipitacion de aquella boda comentarios muy desfavorables al honor de la dama.

En cuanto al Señorito, quizá algunos en su interior le envidiaban la buena suerte; pero nadie se atrevia á hablar bien de él en público, y lo mas que llegaban á concederle era una regular figura.

Pero en medio de todo esto, D. Guillen seguia haciendo los preparativos para el matrimonio, y Dª Inés casi estaba impaciente porque llegara aquel dia.

La Apipizca y Luis eran los dos confidentes de la dama, y le referian cuanto acerca de ella y de su boda se decia en la ciudad.

Una noche, Luis estaba sombrío y entró á hablar con Dª Inés que estaba sola.

—¿Qué dicen de mí las jentes?—preguntó ella.

—Señora—contestó Luis—dicen tanto mal de este matrimonio, y lo declaran tan desigual, ó mas, que si su merced se casara conmigo.

—Casi tienen razon, esclamó Dª Inés, pensando en que ella habia sido la dama de un rey tan poderoso como Cárlos II.

—¿Y por qué no lo desbarata su merced?

—Es imposible: ese hombre conoce algunos secretos que podrian perderme; pero no sé por qué al acercarse el dia de la boda siento un horror.....

—Sabe su merced lo que he pensado?—dijo derrepente Luis irguiéndose y cambiando de tono.

—¿Qué cosa?—preguntó con estrañeza Dª Inés.



—Que no se case su merced con D. Guillen, sino conmigo.

—Contigo.... contestó la dama lanzando una carcajada.

—Sí—dijo sombríamente Luis—conmigo; tengo ya esa idea y será.

Entonces Dª Inés miró á Luis con asombro, creyó que habia perdido el juicio, que estaba loco, y tuvo miedo.

—¿Estás loco?—esclamó por fin Dª Inés.

—Loco, loco—repitió Luis, irguiéndose mas—¿loco, porque quiero ser vuestro marido?

Dª Inés notó con espanto que ya Luis no le decia "su merced" como antes.

—¿Tú mi marido? ¿y puedes pensar eso? ¿tú mi marido?

—Sí, yo, yo: ¿pues qué diferencia encontrais entre un Guillen de Pereyra y un Luis de Cabrera? Vos sabeis bien, señora, que tanto vale el uno como el otro, y en caso de haber alguna diferencia, la ventaja está de mi lado.

—Luis, y te atreves á decir eso y á pensarlo siquiera?

—No solo lo pienso, sino que formalmente os propongo que digais á D. Guillen que no vuelva mas á esta casa, y que fijeis el dia de nuestro matrimonio.

—¡Desgraciado!—contestó Dª Inés riéndose—seria capaz de mandarte arrojar á palos de mi casa, si no conociera que tu razon está estraviada.

—Os cuidariais muy bien de semejante cosa, señora; porque entonces iria yo directamente á la justicia y le contaria quién habia dirijido el negocio de la calle del Relox, y quién habia robado á la dama de esa casa, y adónde estaba esa dama.....

—¡Silencio, miserable!

—Dejadme concluir, señora, porque yo contaria tambien por qué murió José, el hombre que fabricó el muro....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Que calles te digo!—esclamó levantándose Dª Inés.

—Y yo diria qué dama recatada recibia en su cámara á un perdido como D. Guillen....

—Infame!....

—Y haria saber tambien quién era la dama que entraba en las altas horas de la noche al palacio á negocios de denuncia con el virey.

—Luis, Luis!

—Sí, porque yo sé todo eso, y de todo eso tengo pruebas.

—Oh, sí, pero á tí te costaria tambien la cabeza—¿lo entiendes?

—Y qué me importa: qué tengo yo que perder, pobre, miserable, agoviado por los remordimientos: ¿qué importaba que ahorcaran á un llamado Luis de Cabrera? Y vos; ¡ah! eso era otra cosa: en un asno os llevarian á la horca á vos, á la hija del marqués de Rio-florido en un asno; iriais desnuda de la cintura arriba....

—Calla, por Dios! dijo Inés espantada y en tono de súplica.

—Y con voz de pregonero se anunciarian en cada esquina vuestras gracias....

—Por María Santísima....!

—Y por mano de verdugo recibiriais algunas *arrobas* de azotes, que darian mucho que reir á los muchachos y á los ociosos.

—Luis, tienes alma de demonio.....!

—Y luego al son de la campanilla del Señor de la Misericordia os harian llegar pié á tierra y descalza hasta la horca.... ¿entendeis?

—Luis!—decia con angustia la dama, representándose en su imajinacion aquella escena espantosa—Luis! no te creia tan perverso.



—Ahí al pié de la horca entre los gritos lastimeros de los sacerdotes que os ayudaran en el último trance, recibiriais un crucifijo de bronce....

—Jesus me acompañe!—esclamó Dª Inés aterrorizada y cubriéndose el rostro con sus manos.

—¡Jesus me acompañe! ¡Jesus me ayude!—Así, así esclamareis aunque con mas fervor, con mas fervor, porque no se tratará como ahora de una relacion; no; entonces será la espantosa realidad, y sentireis el áspero dogal que rodeará vuestro delicado cuello, y os estremecereis de terror, como os estremeceis en este momento solo de pensarlo.

En efecto, Dª Inés no hablaba, pero se estremecia de horror, se presentaba á su vista un cuadro en el que jamás habia pensado; pero que podia realizarse con la sola voluntad de Luis; la dama lloraba. Pero Luis siguió implacable, y dando á su voz un tono fatídico y misterioso continuó:

—En ese momento los gritos de los sacerdotes serán mas fuertes, como para anunciaros que llegó el momento supremo; os faltará el apoyo que os sostenia, y quedareis suspendida en el aire, luchando en una agonía espantosa.

—¡Jesus!—dijo Dª Inés dejando caer como desvanecida su cabeza sobre uno de sus brazos que se apoyaba en una rinconera.

—Despues de eso, permanecerá colgado en la horca para escarmiento y ejemplo de malvados, el cuerpo de Dª Inés de Medina, y luego á una sepultura sobre la que nadie rezará nunca, y cuando mas será señalada por las madres que dirán á sus hijitos: "no se acerquen aquí, es el sepulcro de la mujer mala, de la ajusticiada."

Luis calló, y Dª Inés lloraba en silencio; así se pasó algun tiempo. Por fin él dijo con dulzura:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo eso es espantoso ¿es verdad? pero todo eso se evitará muy fácilmente; consentid en ser mi esposa, callo entonces, nos casamos y nos vamos á donde nadie conozca nuestra historia.

—Luis, no te creia yo tan malo, tan malo!

—Decid mas bien, señora, que me creias un imbécil, un hombre cuya conciencia se podia comprar y corromper con un puñado de dinero. ¿Esto era lo que creiais, es verdad? Que yo habia de ser eternamente vuestro instrumento que matara, que robara, que cometiera toda especie de crímenes por órden vuestra, como lo he hecho sin mas recompensa que un sueldo un poco mas alto que el de un lacayo cualquiera; no, señora, no: vos habeis perdido mi alma: por vos siento en mi corazon espantosos remordimientos; mi sueño es corto y ajitado, temo á todas horas del dia, no la mano de la justicia, porque hay momentos de desesperacion en que yo mismo quisiera denunciarme; no, la mano de Dios; los crímenes en que os he acompañado, los que por órden vuestra he cometido, están siempre fijos en mi memoria: esa dama infeliz, con su locura, con sus delirios, me parte el alma, y si no hubiera perdido su razon, os juro que yo mismo la habria puesto en libertad; y todo esto me pasa por vos, por vos, señora: cuando entré á serviros yo era un hombre pobre, pero honrado; vos me habeis precipitado, y de condescendencia en condescendencia, y de debilidad en debilidad, me habeis convertido, sin saber yo cómo, en un criminal, en un monstruo; pero yo, señora, no soy tonto, y al enseñarme el camino del crímen, habeis abierto mis ojos á ideas que no tenia: estoy perdido por vos; pero vos me dareis una recompensa digna.... sereis mi mujer ú os llevaré al patíbulo; elejid, señora, elejid, porque estoy resuelto á todo: ó pagais mis crímenes dejandoos conducir por mí al altar, ó pagais los vuestros, acompañándome al patíbulo: ó la suprema felicidad para mí, ó la muerte y la deshonra para vos; elejid.



—Luis, Luis, ¡por Dios!

—Elejid, señora, elejid; estoy resuelto.

—¿No tendrás compasion de mí?

—¿Y la habeis tenido vos de mi conciencia? ¿y la habeis tenido vos de vuestras víctimas, de esa dama infeliz que jime emparedada y loca?

—Yo pondré libre á esa mujer.

—De nada le servirá ya á la desgraciada.

—Yo te haré rico.

—Es que no solo quiero dinero, os quiero á vos, porque he llegado á tener por vos, señora, una pasion infernal, que no os quise confesar nunca porque me hubiérais mandado arrojar á palos de vuestra casa.

—Pero si me amas—esclamó Dª Inés mirando una esperanza—si me amas ¿cómo te complaces en atormentarme? el amor es el sacrificio de nosotros mismos en bien de la persona amada.

—Cada cual entiende á su modo el amor, y yo lo comprendo queriendo que seais mia: ¿creis, Dª Inés, que sin este amor os hubiera obedecido tan ciegamente?

—Luis, yo te amaré, pero mas adelante.

—¡Oh señora! yo no soy un niño á quien se engaña de esa manera: quizá os perdonara otras cosas; pero oid lo que no os perdonaré nunca, porque habeis herido mi dignidad de hombre, Dª Inés; vos no podiais dejar de conocer que yo era hombre y era jóven, y sin embargo, como si fuera yo un perro, delante de mí haciais lo que solo os seria permi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tido hacer delante de otra mujer, y era tal el desprecio que sentiais por mí, que para vos no era yo siquiera hombre, ni siquiera merecia yo vuestro recato y vuestro pudor.

—Luis, te comprendo, perdóname.

—Ya no es tiempo, señora, elejid, os digo; ó el matrimonio ó el patíbulo.

—Luis—dijo Dª Inés arrodillándose delante de él—¿qué dirá la sociedad? ¿qué se dirá de mí?

—Dirán menos que si os veu ahorcar.

—Por Dios, Luis, ¿qué hago entonces con D. Guillen?

—Ese corre de mi cuenta: resolveos á ser mi esposa.

En este momento se oyó ruido á la entrada y llamaron á la puerta.

Dª Inés se levantó precipitadamente y limpió sus lágrimas.

—Adentro—esclamó, procurando reportarse.

—D. Guillen de Pereyra—anunció la Apipizca.

—Que pase—contestó Dª Inés.

—Ni una sola palabra de lo que ha pasado direis á ese hombre, ó sois perdida—dijo Luis.

—No—esclamó Dª Inés.

El Señorito entró, Inés le recibió con una amable sonrisa y Luis se retiró tomando un aire de respeto.

---

## II.

**De lo que Doña Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto a Luis, y de lo que aconteció despues.**

INES—dijo D. Guillen—¿qué tienes? te encuentro triste, preocupada.

—Luis, me acontece una cosa estraordinaria.

—Dímela, mi bien.

—Oh! es una cosa verdaderamente horrible, horrible!

—Qué hay pues? habla, dime, me haces estremecer.

—Guillen: Luis ha tenido el atrevimiento de proponerme que te despida, que corte relaciones contigo y que me case con él.

—¡Luis! ¿quién es Luis, amor mio? no le conozco.

—Luis es el criado de confianza que emparedó á esa mujer.

—¡Un criado! ¡un lacayo! un miserable ha tenido osadía para decirte semejante cosa? ¿y tú lo has tolerado con paciencia? ese hombre está loco, loco de atar.

—Ay Guillen! lo mismo pensé yo y se lo dije al principio; pero ha tenido el atrevimiento de amenazarme....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tido hacer delante de otra mujer, y era tal el desprecio que sentiais por mí, que para vos no era yo siquiera hombre, ni siquiera merecia yo vuestro recato y vuestro pudor.

—Luis, te comprendo, perdóname.

—Ya no es tiempo, señora, elejid, os digo; ó el matrimonio ó el patíbulo.

—Luis—dijo Dª Inés arrodillándose delante de él—¿qué dirá la sociedad? ¿qué se dirá de mí?

—Dirán menos que si os veu ahorcar.

—Por Dios, Luis, ¿qué hago entonces con D. Guillen?

—Ese corre de mi cuenta: resolveos á ser mi esposa.

En este momento se oyó ruido á la entrada y llamaron á la puerta.

Dª Inés se levantó precipitadamente y limpió sus lágrimas.

—Adentro—esclamó, procurando reportarse.

—D. Guillen de Pereyra—anunció la Apipizca.

—Que pase—contestó Dª Inés.

—Ni una sola palabra de lo que ha pasado direis á ese hombre, ó sois perdida—dijo Luis.

—No—esclamó Dª Inés.

El Señorito entró, Inés le recibió con una amable sonrisa y Luis se retiró tomando un aire de respeto.

---

## II.

**De lo que Doña Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto a Luis, y de lo que aconteció despues.**

INES—dijo D. Guillen—¿qué tienes? te encuentro triste, preocupada.

—Luis, me acontece una cosa estraordinaria.

—Dímela, mi bien.

—Oh! es una cosa verdaderamente horrible, horrible!

—Qué hay pues? habla, dime, me haces estremecer.

—Guillen: Luis ha tenido el atrevimiento de proponerme que te despida, que corte relaciones contigo y que me case con él.

—¡Luis! ¿quién es Luis, amor mio? no le conozco.

—Luis es el criado de confianza que emparedó á esa mujer.

—¡Un criado! ¡un lacayo! un miserable ha tenido osadía para decirte semejante cosa? ¿y tú lo has tolerado con paciencia? ese hombre está loco, loco de atar.

—Ay Guillen! lo mismo pensé yo y se lo dije al principio; pero ha tenido el atrevimiento de amenazarme....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Amenazarte á tí, amor mio: ¡infame! ¿y con qué te amenazó? yo le arrancaré la lengua—decia furioso el Señorito.

—Me ha amenazado con descubrir á la justicia todo lo que sabe, todo lo que ha visto, y quizá otras cosas que él es muy capaz de inventar.

—Malvado, villano! oh Inés! no temas el dicho de ese miserable; no será creido; se disipará con un soplo y nadie le considerará sino como un vil calumniador.

—No, Guillen, no te alucines; ese hombre dará pruebas á la justicia, sabrá encontrarlas, la justicia es torpe algunas veces, pero es mejor no fiarse en eso.

—Pero tanto así te ha aterrorizado el dicho y la amenaza de ese hombre?

—Sí, Guillen, no puedo negártelo, estoy preocupada; quizá porque no es la voz de Luis, sino la de mi conciencia la que me acusa; pero tengo miedo y es preciso pensar algo para quitárnosle de nuestro camino.

—Le mataré!—dijo sombriamente el Señorito.

—No creo que sea tan fácil el que lo consigas, porque él debe haber tomado sus precauciones para impedir cuanto se medite contra su persona, y he llegado á descubrir que es un hombre muy astuto.

—¿Pues entonces?

—Preciso será engañarle nosotros, escúchame; yo le prometí no decirte nada, así me lo exijió.

—Infame!

—Ahora es necesario que yo le haga creer que todo lo ignoras; además, tú debes retirarte por algun tiempo de mi casa, con objeto de que él entienda que es verdad lo que voy á decirle.

—¿Pues qué vas á decirle?



—Que he roto el casamiento que tenia arreglado contigo, que sucumbo, y que seré su mujer.

—Pero es horrible eso de tener que finjir con un lacayo.....

—Horrible, pero necesario; en cambio nada alcanzará, pero la venganza será espantosa; ya lo verás Guillen, ya lo verás—y Dª Inés se sonreia como saboreando aquella venganza, de una manera que hizo temblar al mismo Señorito.

—Haré lo que quieras, Inés—dijo D. Guillen.

—Ante todas cosas, no te des por entendido; por el contrario, llama al salir á la muchacha Marta y pregúntale si no sabe por qué causa habré dejado de quererte, y encárgale que haga á Luis la misma pregunta, y no vuelvas hasta que envíe á llamarte: Guillen, de esto depende nuestra salvacion y nuestra felicidad; obedéceme y no te pesará.

—Te obedeceré.

—Bien; retírate, Guillen; adios, y hasta que estemos libres de ese infame!

—Adios—dijo D. Guillen, y salió de la estancia con un aire de disgusto que mas era verdadero que finjido.

En la ante-cámara encontró á la Apipizca.

—Marta,—la dijo—sabes tú por ventura qué le ha pasado á tu señora? ¿qué le he hecho yo que se niega ya á casarse conmigo y me despide?

—¡Os despide!—esclamó la Apipizca.

—Sí, me despide, y lo peor es que yo no sé lo que pasa aquí; esplícamelo tú que quizá lo comprenderás.

—Lo ignoro tambien: Dª Inés se encerró con Luis, y hablaron largo rato.

—Bien, díle á Luis que si me esplica lo que hay le prometo una buena gratificacion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Se lo diré, aunque os advierto, que yo no sigo ya aquí, porque yo no soy para servir y bastante he hecho ya por vos; con que hasta aquí paramos.

—No hija, ¡por Dios, un poco mas!

—¿Un poco mas? ¿y por qué? se perdió el tiro al marqués (que en paz descanse), ya no os casais con Dª Inés: ¿qué hago yo? me voy, me voy.

—Espérate ocho dias mas.

—Ni uno, ya no aguanto.

—¡Por tú vida! buena moza.

—Pero....

—Yo te lo ruego.

—Bien, ocho dias nada mas; pero ni Cristo pasó de la cruz, ni yo de los ocho dias.

—Conformes, adios:

—Adios, ya veis cómo os quiero siempre.

—Gracias, algun dia sabré pagarte.

D. Guillen salió de la casa pensando:

—Si Dª Inés no puede hacer nada con ese miserable, la Apipizca me servirá muy bien para quitármele de enmedio, sin que lo sienta ni la tierra. ¡Con quién quiere luchar ese gusano!

Dª Inés permaneció encerrada todo el dia; Luis rondaba su cámara y se encontró con la Apipizca.

—Está durmiendo la señora?—preguntó Luis con admirable sencillez.

—Creo que no, Luis; ¿querias hablarla?—contestó la Apipizca.

—Sí.

—Entra, pero antes óyeme, tengo un recado para tí.

—¿Para mí? y de quién?



—De D. Guillen.

—¿De D. Guillen?—preguntó Luis con inquietud—¿qué me quiere?

—Ofrecerte una buena propina en cambio de un servicio.

—¿Y qué servicio es ese?

—Muy sencillo; D. Guillen desea saber por qué la señora le ha despedido y ya no quiere casarse con él.

—¿Le ha despedido? ¿ya no quiere casarse?—esclamó Luis con los ojos radiantes de alegría.

—Vaya, parece que te alegras, Luis; ¿qué te importa que el ama se case ó no con D. Guillen?

—Toma! pues á mí nada: ¿pero es cierto que le ha despedido?

—Como que el mismo D. Guillen me lo ha dicho, y me ha ofrecido darte una gala si averiguas la razon.

—Pues muy pronto se lo diré yo mismo—contestó Luis, con un aire tan irónico, que la Apipizca lo miró con estrañeza.

—Sabes, Luis,—dijo—que noto en tí alguna cosa que no es natural?

—Ya verás, ya verás lo que pasa—dijo Luis tomando un cierto tono de fatuidad, que provenia de que le era imposible disimular su alegría y su orgullo al figurarse ya casado con Dª Inés, y dueño de grandes riquezas.

—Cada vez me parece que hay aquí algun gran misterio—pensó la Apipizca.

—Entro á ver á Dª Inés—dijo Luis, abriendo la puerta sin ceremonia, y entrando.

—¿Qué habrá?—pensó Marta—yo lo averiguaré.

Y acercándose cuidadosamente á la puerta se puso á escuchar; pero solo pudo percibir estas palabras que Dª Inés decia á Luis:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ha sido para mí un sacrificio inmenso, pero creo que estarás satisfecho.....

Lo que Luis contestó y lo demas de su conversacion, no lo pudo percibir ya la muchacha; pero aquella conferencia se prolongó por mas de dos horas.

Al fin, la puerta se abrió y Luis salió radiante de alegría y tan preocupado, que no miró siquiera á la Apipizca, y pasó á su lado diciendo á media vos:

—Despues de esto no puede ya engañarme.....

Dª Inés llamó y la Apipizca entró á verla, la dama estaba sumamente preocupada.

Marta la ayudó á desnudarse, y Dª Inés sin hablarle una sola palabra se metió en la cama.

—Retírate ya—dijo.

La Apipizca salió: á su turno ella estaba tambien preocupada; mil ideas á cual mas absurdas cruzaban por su cerebro; retiróse á su aposento que estaba al lado del de Dª Inés, y despues de mucho pensar, esclamó:

—Vamos, ya veo claro. Dª Inés ha gustado mas de Luis que de D. Guillen; todas las mujeres somos caprichosas, pero las ricas y las nobles sobre todo.... hace bien, para eso es rica y tiene dinero.... yo haria lo mismo: lo que importa es avisar á D. Guillen y largarme de aquí.

---

## III.

Cómo D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Doña Laura.

EL *Tapado* seguia moribundo en su calabozo; la Audiencia considerándolo ya como una presa segura, habia cesado de hostilizarlo, esperando que su Divina Majestad fuera servida de llamarle á sí, ó que le diese su completa salud para poder ahorcarle descansadamente y con toda la pompa necesaria, á fin de hacer un ejemplar saludable para todos los que en lo sucesivo pudieran pensar algo contra los reales derechos de su rey y señor.

Sin embargo de esto, D. Frutos no dejaba de seguir la pista á la conspiracion que tanto le habia desvelado, y en la que creia indudablemente encontrar complicado al virey.

La audiencia debia gobernar el reino si el virey faltaba. D. Frutos gobernaba la audiencia, luego D. Frutos seria el verdadero virey en el caso de que se lograra la caida del marqués de la Laguna.

No dejaba este pensamiento de atormentar al oidor, y era por eso que se fatigaba por descubrir algo.

Dª Inés no habia podido revelarle grandes cosas; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ha sido para mí un sacrificio inmenso, pero creo que estarás satisfecho.....

Lo que Luis contestó y lo demas de su conversacion, no lo pudo percibir ya la muchacha; pero aquella conferencia se prolongó por mas de dos horas.

Al fin, la puerta se abrió y Luis salió radiante de alegría y tan preocupado, que no miró siquiera á la Apipizca, y pasó á su lado diciendo á media vos:

—Despues de esto no puede ya engañarme.....

Dª Inés llamó y la Apipizca entró á verla, la dama estaba sumamente preocupada.

Marta la ayudó á desnudarse, y Dª Inés sin hablarle una sola palabra se metió en la cama.

—Retírate ya—dijo.

La Apipizca salió: á su turno ella estaba tambien preocupada; mil ideas á cual mas absurdas cruzaban por su cerebro; retiróse á su aposento que estaba al lado del de Dª Inés, y despues de mucho pensar, esclamó:

—Vamos, ya veo claro. Dª Inés ha gustado mas de Luis que de D. Guillen; todas las mujeres somos caprichosas, pero las ricas y las nobles sobre todo.... hace bien, para eso es rica y tiene dinero.... yo haria lo mismo: lo que importa es avisar á D. Guillen y largarme de aquí.

---

## III.

Cómo D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Doña Laura.

EL *Tapado* seguia moribundo en su calabozo; la Audiencia considerándolo ya como una presa segura, habia cesado de hostilizarlo, esperando que su Divina Majestad fuera servida de llamarle á sí, ó que le diese su completa salud para poder ahorcarle descansadamente y con toda la pompa necesaria, á fin de hacer un ejemplar saludable para todos los que en lo sucesivo pudieran pensar algo contra los reales derechos de su rey y señor.

Sin embargo de esto, D. Frutos no dejaba de seguir la pista á la conspiracion que tanto le habia desvelado, y en la que creia indudablemente encontrar complicado al virey.

La audiencia debia gobernar el reino si el virey faltaba. D. Frutos gobernaba la audiencia, luego D. Frutos seria el verdadero virey en el caso de que se lograra la caida del marqués de la Laguna.

No dejaba este pensamiento de atormentar al oidor, y era por eso que se fatigaba por descubrir algo.

Dª Inés no habia podido revelarle grandes cosas; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Frutos confiaba mucho en ella, ó al menos así lo aparentaba, para conservar el interes de los demas oidores, suponiéndose ante ellos el hombre mas sagaz y mas activo de toda la Audiencia.

Tan poca prudencia hubo en esto, que ya en algunos corrillos se zuzurraba que una dama principal hacia graves revelaciones á la Audiencia. Y tales voces llegaron á los oidos del virey.

El virey estaba seguro de que el *Tapado* nada habia dicho, que por ese lado nada tenia ya que temer; pero su conciencia no estaba enteramente tranquila.

Un pensador profundo ha dicho: *Dios perdona siempre: los hombres algunas veces, la conciencia nunca;* y por eso el marqués de la Laguna no las tenia, como dice el vulgo, todas consigo: él oyó el cuento de la dama que hacia revelaciones á la Audiencia, y como él tenia ya antecedentes en esto, no vaciló un instante en creer que era verdad, y que la tal dama no era otra que Dª Inés de Medina.

Preocupado con esta idea, ocurriósele llamar á D. Lope, con quien habia tratado ya de estos negocios; hízole venir á su presencia y se encerró con él en su cámara.

Pero no quiso el marqués descubrir luego sus intenciones al jóven, sino irse poco á poco indicando.

—He hecho venir á vuesa merced—le dijo—porque los dias pasan y estoy inquieto por saber qué ha avanzado en sus pesquisas respecto á la dama robada.

—Nada he podido saber hasta hoy—contestó tristemente D. Lope.—V. E. sabe que en el cateo de la casa del marqués de Rio-florido no conseguí otra cosa sino ser testigo de un crímen horrible y misterioso, y acerca del cual nada se ha aclarado aún.



—Todo eso me llena de tristeza y veo que mis enemigos harán de ello una arma para herirme como siempre.

—Es verdad, señor.

—¿Ya sabe vuesa merced que hay una dama que ha ofrecido á la Audiencia descubrir algo de esa mentada conspiracion?

—He oido decir eso, señor.

—Pues no lo dude vuesa merced, porque yo me supongo, ó mas bien dicho, sé con certeza quién es esa dama, y á fé que la considero muy peligrosa.

—¿Y quién es, señor? perdóneme V. E. si la pregunta es indiscreta.

—Indiscreta, no, y menos tratándose de un asunto que interesa saber á vuesa merced: la dama es la misma sobre quien recayeron las sospechas del robo de Dª Laura.

—¿Dª Inés de Medina?

—Sí, porque á mí mismo me ha dicho que me pondria al tanto de cuanto ocurriese, y no ha vuelto; lo cuál prueba que está ya de acuerdo con la Audiencia, y en contra mia.

—Pero ella de dónde puede saber algo? jamás sale de su casa.

—No lo sé, pero mire vuesa merced, por el hilo se saca el obillo; vuesa merced es jóven y anda por todas partes, y de lo que voy á referirle puede sacar partido. Esa dama me ha sido encargada por la corte de España, y la vijilo en cuanto es posible: ahora hace pocos dias que he sabido que trata ya de casarse con un D..... D..... Guillen de.... no recuerdo.

—De Pereyra—esclamó D. Lope.

—El mismo: ¿lo sabia vuesa merced?

—No señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo no le conozco; pero segun me dicen es un perdido.

—Efectivamente.

—Pues bien, quizá por ese conducto sepa ella algo.

—Indudablemente, señor, y puesto que debo hablar á V. E. con franqueza, le diré, que ese D. Guillen fué el que robó las cajas del marqués de San Vicente, en las que venian sus papeles, y los cuales quisimos escapar de las manos de la Audiencia.

—Pero ese robo ha costado al rey dos soldados.

—En cambio, señor, nosotros nos decidimos, por temor de que entre esos papeles viniera alguno que pudiera comprometer á S. E el señor virey.

—¿Y habia algo?—preguntó inquieto el virey.

—No señor, pero yo he depositado esos papeles en poder de Dª Laura: D. Guillen, lo recuerdo ahora, me los entregó y me acompañó hasta la puerta de la casa de la dama, y me esperó allí; es claro que advirtió que allí dejé esos papeles, porque á pocas noches la casa ha sido asaltada, Dª Laura ha desaparecido, y ese hombre se casa con Dª Inés, y ella promete hacer grandes revelaciones; señor, no hay duda, Dª Inés ha dirijido el robo de esa casa, y ella sabe adónde está Dª Laura.

—Indudablemente.

—Es preciso que V. E. mande aprehender á esa mujer.

—No hare tal, que seria una locura; cualquiera cosa que intentara yo hoy sobre esa dama, causaria vehementes sospechas á la Audiencia y precipitaria un desenlaze desagradable. ¿Es verdad?

—Es verdad, señor, ¿pero qué hacer?

—Piense vuesa merced, en lo que ha de ser; pero en nada me mezcle á mí, porque me perderia, y se perderia vuesa merced con la falta de mi apoyo que puede serle de mucha utilidad.



—Es verdad, señor.

—Como particular tiene aún vuesa merced mil medios de conseguir lo que desea; yo cumplo con advertirle lo que hay.

—Y yo lo agradezco á V. E. en el fondo de mi corazon.

D. Lope permaneció aún algun tiempo hablando con el virey y despues salió meditando el partido que debia tomar.

Llegó á su casa, se encerró en su aposento y no quiso ver á ninguno de los que fueron en la tarde á buscarle, á pesar de que entre ellos, llegaron el padre Lozada y D. Gonzalo de Casau, solicitando hablarle para un negocio grave.

Cuando cerró la noche, D. Lope se ciñó una espada, una daga y dos pistoletes, se embozó en una gran capa, se caló un ancho sombrero y salió á la calle.

Tomó el rumbo del norte de la ciudad y comenzó á caminar apresuradamente.

Llegó por fin al barrio de Tlaltelolco, y vacilando algunas veces sobre la direccion que debia seguir, deteniéndose y avanzando luego, llegó por fin á la casa arruinada en que vivia el Camaleon.

—Aquí es—dijo D. Lope deteniéndose delante del edificio y examinándolo con cuidado—sí, aquí es; solo una noche he venido, la noche en que me entregaron los papeles....pero sí....esa puerta á medio tapiar, esos maderos cerrando la entrada....aquí es....y en todo caso qué pierdo con entrar?

Acercóse á la entrada, que estaba completamente cerrada aquella noche con algunas vigas; tomó una piedra del suelo y llamó decididamente con tres golpes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Lope era un hombre resuelto y ademas estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supo qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; despues oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

---

## IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

DON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de Dª Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quizo aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Lope era un hombre resuelto y ademas estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supo qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; despues oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

---

## IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

DON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de Dª Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quizo aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Teneos, mal nacidos—les decia—¿por qué me atacais así, cuando apenas me conoceis?

—Bástanos saber de la parte de quién vienes, para tenerte mala voluntad—dijo el Camaleon retirándose.

—Y desconfianza—agregó el Pinacate imitándole.

—Culpa mia es—contestó D. Lope sin acometer, pero permaneciendo en guardia—que creia deciros el nombre de un amigo vuestro.

—Dios nos ampare que ese hombre fuera nuestro amigo—dijo el Camaleon.

—Pues él me ha traido una noche á hablar con vosotros....

—Puede ser muy bien; pero ya las cosas no están como estaban.

—Será como vosotros querais, por ahora solo os aseguro á fé de caballero que si vuestra desconfianza nace de que venga yo de la parte de D. Guillen, podeis estar tranquilos que no es verdad.

—¿Y qué garantía tenemos de que no nos engañais ahora?

—El asunto que tengo que comunicaros, si quereis hablar.

—Hablemos, pero guardad el estoque.

—Antes vosotros los puñales.

—Al mismo tiempo todos, y por la fé de cristianos que no haya felonía.

—Por la salud de nuestras almas—dijo D. Lope envainando su espada.

—Amen—contestaron á un tiempo el Camaleon y el Pinacate guardando sus puñales.

—Ahora hablemos—dijo D. Lope acercándose á ellos.

—Aquí, ó allá dentro ?preguntó el Camaleon.



—Como os convenga.

—En donde su merced disponga—replicó el Camaleon, tomando un aire de respeto—allá estaremos solos, y al abrigo del aire y de los curiosos.... no desconfíe vuesa merced; *somos de palabra.*

—Iria yo con vosotros á cualquiera parte, y sin armas—contestó D. Lope marcialmente—vamos adentro.

—Pues sígame vuesa merced—dijo el Camaleon entrando por delante.

D. Lope le siguió, y el Pinacate cerró la entrada de la casa.

Subieron la escalera y llegaron á la estancia en que vivia el Camaleon.

Sobre una piedra ardia un velon de cebo iluminando débilmente aquel estenso aposento.

—Puede sentarse vuesa merced y hablar—dijo el Camaleon, señalando á D. Lope un grueso madero que servia de silla.

D. Lope se sentó, y el Camaleon y su compañero hicieron lo mismo.

—¿Recordais haberme visto otra vez?—preguntó D. Lope.

—Sí señor, recuerdo—contestó el Camaleon—la noche que entregamos los papeles del *Tapado* que vino vuesa merced con ese Señorito á quien Dios confunda.

—Quién es el Señorito?

—El mismo á quien vuesa merced llama D. Guillen.

—Ah!....pues bien; esos papeles los he llevado yo á depositar á una casa, á la casa de una dama; el Señorito, como vosotros le llamais, pudo advertirlo, y esa casa ha sido asaltada pocas noches despues.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues no debe ni dudar vuesa merced, él ha hecho todo; encontraria quien le comprase el secreto y lo vendió: esa, esa es la costumbre, *jugar con dos barajas.*

—Mi objeto, pues, al venir aquí, ha sido preguntaros, si podriais decirme quién asaltaria esa casa?....

El Camaleon y el Pinacate se miraron entre sí, como consultándose mútuamente, si contestarian por la afirmativa; D. Lope lo advirtió y quiso remover sus escrúpulos.

—Debo advertiros—dijo—que empeño mi palabra de que no perseguiré ni intentaré nada contra los asaltantes; por conducto vuestro me entenderé con ellos para que me den nada mas una noticia que necesito.

—En tal caso estamos conformes; diga vuesa merced su casa, y denos unos dias de plazo para averiguar, y es negocio hecho.

—Muy bien: la casa asaltada es de la calle del Reloj.

—De la calle del Reloj?—esclamaron á un tiempo los ladrones.

—Sí: sabeis algo?

—Perfectamente; pero de esa casa no ha sacado el Señorito ningunos papeles, ni fué negocio suyo.

—Pues qué hubo?

—Una dama nos llevó allí, por supuesto por conducto del Señorito, y todo parece haber sido cuestion de celos, porque de allí no se sacó mas que á otra dama....

—Esa dama, esa dama es lo único que á mí me importa; adónde está? adónde la llevásteis? qué fué de ella?

—Eso sí no podremos deciros: la condujimos hasta la acequia; allí habia una canoa con dos hombres, la embarcamos y se fueron con ella esos dos hombres, el Señorito y la otra dama que la acompañaba.



—Pero esa otra dama, quién era?

—No lo sabemos: tanto enredo de mujeres trae el Señorito....

—Pero vosotros no la vísteis el rostro?

—Y tanto, que podriamos reconocerla al momento.

—¿Teneis inconveniente en venir mañana temprano para que os muestre una, y me digais si es ella?

—Ninguno.

—Bien: entonces mañana á las ocho de la mañana os espero en Catedral, en la puerta de en medio, de las que miran á la plaza.

—No faltaremos.

—Tomad—dijo D. Lope dando una bolsa llena de dinero al Camaleon.

—Gracias, señor; por supuesto nada diga vuesa merced al Señorito.

—¡Dios me libre!

—Muy bien, pues no faltaremos.

—Adios—dijo D. Lope levantándose.

El Camaleon tomó el velon de sebo y salió por delante alumbrando ceremoniosamente á D. Lope.

Así, llegaron hasta la puerta.

—Con que adios, y no olvidarse de la cita—dijo el jóven embozándose en su larga capa.

—Pierda vuesa merced cuidado—contestó el Camaleon.

D. Lope se alejó, y el Pinacate volvió á cerrar.

—Perfectamente—esclamó con alegría el Camaleon—de un *avío dos mandados;* ganamos aquí una buena propina y nos vengamos del Señorito.

—Que para mí es lo principal—contestó el Pinacate.

—Sabes lo que me ocurre?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué?

—Que no me parece difícil, que la dama que nos llevó á la calle del Reloj, sea la misma con quien tenia amores el Señorito, en la casa adonde nos puso el plan.

—¿En la casa del marqués?

—Sí.

—Es verdad, y esa direccion tomó la canoa.

—Ni duda.

—¿Pero qué seria capaz de ser tan *felon?*

—Parece que no le conoces.

—Entónces, ha hecho *viaje redondo* con nosotros.

—¿Cómo?

—Así, nos llevó á quitar los papeles del *Tapado*, y nos vendió; supo adónde estaban, y nos llevó á robarlos al mismo á quien se los habia vendido; luego nos llevó á asaltar la casa de la misma dama á quien habiamos ayudado la víspera, y por último allí nos quiso robar y matar á nosotros para quedarse con todo él solo; de modo que por un dia ayudaba á uno en una empresa, para asaltarlo al siguiente.

—De veras que este hombre sí es malo, y descreido.

—Preciso será matarle.

—Ya le llega, porque este caballero me parece que está resuelto.

—Y le ayudaremos....

—Sí, aunque no sea sino para que acabe con ese *excomulgado.*

—Pues vamos á dormir un rato, porque mañana á las ocho hemos de estar en Catedral.

—Me parece bien.

Los dos bandidos se acostaron en el suelo, el Camaleon



apagó la vela, y poco despues ambos dormian con una tranquilidad envidiable á despecho de los filósofos que dicen: que la conciencia manchada aleja el sueño: quizá esos filósofos debieran haber dicho mejor, que lo que suele alejar el sueño no es la conciencia manchada, sino la bolsa limpia.

En fin, en esto como en todo, hay diversas opiniones.

El Camaleon soñó que ahorcaba al Señorito, y el Pinacate que D. Lope le daba mucho dinero.

Entretanto D. Lope, caminaba en la oscuridad precipitadamente.

Llegó á su casa cuando ya se acercaba la mañana, y allí supo que el padre Lozada y D. Gonzalo le habian buscado repetidas veces.

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

En el que se cuenta lo que descubrió D. Lope, al ir en busca de Dª Inés de Medina.

IMPOSIBLE le fué á D. Lope dormir en aquella noche: apenas rayó la luz de la mañana, estaba ya en la calle impaciente porque llegara la hora de la cita.

Sonaron por fin las ocho y D. Lope se colocó en el lugar indicado: un minuto habia pasado, y á él le habia parecido ya una hora y comenzaba á desesperar de que los bandidos cumpliesen su palabra, cuando vió acercarse dos caballeros elegantemente vestidos, con ropilla, gregüescos y ferreruelos de terciopelo negro, y con sombreros adornados con plumas y toquillas.

—Aquí estamos á las órdenes de vuesa merced—dijo uno de ellos.

—¡Cómo!—esclamó D. Lope, dudando aún—¡sois vosotros!

—Los mismos pájaros con distintas plumas—contestó con desfachatez el Camaleon.

—El mismo mono, no mas que se rasuró—agregó alegremente el Pinacate.

—Pues por mi fé no os hubiera conocido.



—No lo estrañe vuesa merced, que eso es lo que hemos pretendido, porque tenemos cuentas pendientes con algunas golillas, y esos son como los perros, mudando traje se les engaña, porque se guian por el olfato: el equipaje del amigo de vuesa merced, del *Tapado*, nos ha permitido este lujo.

—Pero esa es una imprudencia....

—No tenga vuesa merced cuidado, que el único que conoce estas prendas, es el que menos las puede ver.

—Vamos?

—Como lo disponga vuesa merced.

D. Lope echó á andar y los dos pícaros se pusieron á sus lados con todo el aire de unos marqueses.

—Puede decir vuesa merced que va como Cristo—dijo descaradamente el Camaleon.

—En todo caso—replicó el Pinacate—yo soy San Dímas.

—No disputaremos el nombre—contestó el Camaleon—ya que el oficio es igual, y si te parece te diré yo para que seas San Dímas, *Dí mas, pronto estarás conmigo en galeras*.

D. Lope no pudo menos de sonreirse: aquel era para él un mundo enteramente nuevo, y jamás se habia imajinado que hubiera hombres que se connaturalizaran con el delito, y que se chancearan con el destino, teniendo por único porvenir la horca ó las galeras.

—¿Y podremos saber—dijo el Camaleon—adónde nos lleva vuesa merced? porque hay puntos en esta ciudad peligrosillos para nosotros.

—No temais: vamos nada mas que á colocarnos frente á la casa de la dama, porque á esta hora sale á misa: me detendré á hablarle y á preguntarle por su salud, y tendreis tiempo y oportunidad para mirarla; obra será todo de un momento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Perfectamente.

Siguieron avanzando, y al torcer la esquina de la calle en que vivia Dª Inés, advirtieron en frente de la casa de ésta gran número de personas que hablaban con calor y miraban á la puerta y á las ventanas.

—Alguna cosa estraña pasa aquí—dijo D. Lope—¿quereis seguir adelante ó esperais á que yo vaya á reconocer?

—Iremos todos, que yo creo—contestó el Camaleon—que no les será fácil á los alguaciles el reconocernos.

Los tres llegaron hasta donde estaba la jente procurando oir sus conversaciones, y descubrir algo de lo que todos miraban.

Pero las puertas de la casa estaban cerradas lo mismo que los balcones, y de esto nada inferia D. Lope; procuró pues escuchar lo que decian las jentes.

—¡Ave María purísima!—esclamaba una vieja que hablaba con un beato—¿y cómo consentirá Dios semejantes cosas?

—Dios no lo consiente—contestaba el beato.

—¿Pues qué, se hacen sin su consentimiento?—replicaba la vieja.

—No, pero hay que distinguir entre consentimiento y permision, que no todo va á decir lo mismo; escúcheme vuesa merced, señora.

El beato se engolfó en una disertacion teolójica, y D. Lope viendo que de allí nada sacaba siguió adelante.

—¿Conque judíos?—decia una muchachilla no mal parecida á un fraile de la merced.

—No judíos hija, judaisantes.

—¿No es lo propio?

—No, mira, judíos son los nacidos en Judea.



—Entonces Jesucristo era judío.

—Por supuesto.

—¡Jesus nos asista! no diga vuesa merced eso, padrecito, que lo puede oir alguno del Santo Oficio.....

—Adelante—pensó D. Lope.

—¿Quién lo hubiera creido?—decia una vendedora de juiles á otra mujer—tan bonita la señora.

—¿Quiéres darme razon qué ha pasado aquí?—la preguntó D. Lope.

—¿Pues qué no lo sabe su merced?

—No, acabo de llegar y nada sé.

—Pues tiene su merced, que aquí vivia una niña huérfana, que le mataron á su padre hace poco, y todos los vecinos por eso la teniamos lástima y la queriamos porque era bonita, ¿y lo pasa á creer su merced? ella iba todos los dias á misa, y anoche sin decir, *agua vá*, se llegó el Santo Oficio y se llevó á todos los de la casa, porque dicen que eran judíos.

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que oye su merced.

—Parece increible.

—Eso mismo dije yo, pero el Santo Oficio lo hizo, razon tendrá, y *con el rey y la Inquisicion chiton.*

—Bien dicho: ¿y nadie quedó dentro de la casa?

—Vaya, nadie: ¿no alcanza su merced á ver desde aquí los sellos que pusieron los escribanos en las puertas?

—Sí, ya veo: ¿y cómo, á qué hora seria eso?

—A todo el peso de la noche, porque ninguno de los vecinos sentimos nada, y que yo vivo aquí cerca en la otra esquina; pero al amanecer ya todo nos lo contaron.

—¡Qué cosa! muchas gracias—dijo D. Lope alejándose

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A Dios sean dadas—contestó la mujer.

—Pues retirémonos, porque toda averiguacion es ya imposible—dijo D. Lope.

—Como vuesa merced lo ordene—contestó el Camaleon.

Y los tres dieron la vuelta y se dirijieron para la casa de D. Lope.

Caminaba el jóven pensativo, y los dos truanes le observaban cuidadosamente.

—Veo—le dijo de pronto el Camaleon—que á vuesa merced le puede mucho el que no encontremos á esa dama.

—Sí—contestó D. Lope.

—¿Y todo el interés de vuesa merced al buscarla, era para saber de la otra?

—Todo mi interés es ese.

—Pues nada se ha perdido entonces.

—Cómo?

—Sí, porque nos queda un modo de averiguarlo: el Señorito lo sabe tan bien como la dama.

—Y si no lo quiere decir?

—Le obligaremos.

—Pero puede resistirse.

El Camaleon y el Pinacate se sonrieron desdeñosamente.

—Por qué os reís?—preguntó con estrañeza D. Lope.

—Porque parece—contestó el Pinacate—que aún no le ha salido el colmillo á vuesa merced: nosotros tenemos medios de hacer *cantar* á cualquiera, y mejor que la Inquisicion.

—Pero qué medios son esos?

—Tanto así, no diremos: que se nos entregue al Señorito; que se nos pague bien, y le sacaremos del *buche* cuanto sea necesario.



—Pagaré bien; pero no entrego al Señorito; vosotros le buscareis.

—Es igual para nosotros: qué desea saber vuesa merced?

—Nada mas el paradero de la dama robada en la calle del Reloj.

—Y cómo se llama vuesa merced?

—Os lo he dicho, D. Lope de Montemayor.

—Y conoce á vuesa merced el Señorito?

—Me conoce.

—Desconfia de vuesa merced?

—Creo que no.

—Bueno, entonces vamos á probar fortuna: ¿puede vuesa merced ir esta noche á nuestra casa de Tlaltelolco?

—A qué hora?

—A las once.

—Sí.

—Pues le esperamos, y quizá tengamos ya para darle una buena razon.

—Dios lo haga.

—Nos retiramos y hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los dos camaradas se alejaron, y como habian llegado á la calle del Reloj, D. Lope se entró á la casa procurando adivinar la causa de la prision de Dª Inés.

Una hora habia trascurrido de su llegada, cuando se presentó en la casa D. Gonzalo de Casaus.

D. Lope le recibió con gusto, porque esperaba que él le daria noticia de lo ocurrido: sentáronse ambos, y D. Gonzalo, despues de descanzar un momento, dijo á su amigo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

De la plática que hubo entre D. Lope y D. Gonzalo y otras cosas que se verán.

BENDITO sea Dios—dijo D. Gonzalo—que se encuentra á vuesa merced en su casa; que ayer tarde y aun anoche repetidas veces le hemos buscado.

—Tanto le interesaba á vuesa merced el encontrarme?

—Mucho, y por mi relato podrá conocerlo vuesa merced fácilmente; hace ya algunos dias que se zuzurraba en la ciudad, que una dama principal hacia denuncias á la Audiencia, acerca de todo cuanto nosotros teniamos dispuesto y arreglado: tales voces llegaron hasta nosotros haciéndonos formar mil y mil conjeturas; como sabeis tenemos amigos en la Audiencia misma, y ayer en la mañana uno de estos amigos nuestros llegó á avisarme que D. Frutos Delgado habia confesado á sus compañeros que la dama en cuestion era Dª Inés de Medina.....

—Lo sé ya.



—Cómo! ¿lo sabia vuesa merced, y nada habia dicho, cuando el peligro era tan inmediato?

—Hasta anoche lo supe, y por esa razon no me encontraron aquí vuesas mercedes anoche, porque andaba en averiguacion de ese y otros crímenes cometidos por esa dama.

—Pues nosotros tuvimos certeza del negocio, y ademas el oidor D. Frutos prometió, que anoche precisamente daria noticias importantes que le iban á ser comunicadas respecto del robo de los equipajes del marqués de San Vicente.

—Fácil le hubiera sido.

—Y demasiado, porque Dª Inés debia casarse próximamente con D. Guillen de Pereyra, el mismo hombre que entregó los papeles á vuesa merced.

—Exactamente.

—La situacion era grave, y necesario de todo punto deshacernos de esa mujer que podia de un momento á otro precipitarnos y perdernos; matarla habria sido una mala accion, y además hubiera podido escitar las sospechas....

—¿Qué se hizo pues?

—Ocurriósenos un arbitrio; buscar un apoyo contra el cual no pudiera luchar la Audiencia, y pensamos en el Santo Oficio.

—¿En el Santo Oficio?

—Sí: su jurisdiccion es tan respetada y tan temida que nadie se atreve á oponérsele, ni á pensar siquiera en arrancarle un reo, y Dª Inés está ya en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Pero cómo?

—Sabeis que soy uno de los comisarios, y recibí denun-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias de que Dª Inés de Medina era sectaria de la ley muerta de Moyses; la he aprehendido, y anoche ha entrado á la Inquisicion.

—¿Es decir....?

—Que ya no podrá decir nada á los oidores, y que cuando ella salga, si á salir llega, hasta los vestijios se habrán perdido de cuanto ha pasado en este triste negocio del marqués de San Vicente.

D. Lope quedó pensativo: aquel paso repugnaba á su natural franco y leal, por una parte, y por otra, le imposibilitaban de informarse con Dª Inés del paradero de Dª Laura.

—Qué preocupa á vuesa merced?—preguntó D. Gonzalo.

—Pienso que Dª Inés podria decirme qué hizo de una dama que fué robada de órden suya.

—Y qué dama es esa?

—La dama que vivia en frente.

—Ya recuerdo.

—Creo que la tendria oculta en la casa; pero cerrada como está, y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio, es imposible rejistrar.

—No me parece á mí imposible; y si tal empeño tiene vuesa merced, puedo proporcionar la llave de una puerta que conduce al canal y acompañar si gusta á vuesa merced.

—Admito el favor solo en lo relativo á la llave: ¿cuándo podré tenerla?

—Dentro de dos horas, si tanto empeño toma vuesa merced.

—La impaciencia me devora.

—En tal caso voy á enviarla, y esta noche podrá vuesa merced ir, seguro de que nadie interrumpirá sus pesquisas:



cofres y gavetas hay selladas; pero supongo que dentro de ellas no será necesario rejistrar.

—De ninguna manera.

—Pues me voy para enviar esa llave.

D. Gonzalo se despidió, y dos horas despues D. Lope recibia la llave.

Sonaban las once de la noche, y una canoa en la que iban tres hombres, se detuvo á la puerta falsa de la casa que habia sido del marqués de Rio-florido.

Los tres hombres saltaron á tierra y amarraron la canoa: uno de ellos se dirijió á la puerta, introdujo en la cerradura una llave que traia, abrió y entró á la casa, seguido de sus dos acompañantes.

La puerta volvió á cerrarse, y uno de aquellos hombres sacó un eslabon y una piedra: brillaron las chispas, prendió la yesca y en ella, otro de los hombres, encendió una pajuela de azufre cuya luz comunicó á una gruesa bujía de cera.

Un momento despues cada uno de aquellos hombres tenia en la mano una bujía encendida: eran D. Lope y dos de sus criados.

Entonces comenzaron un rejistro escrupuloso en la casa, comenzando por el gran patio, en el que tenian sus entrevistas Inés y D. Guillen.

Pero en aquel patio nada encontraron que les llamara la atencion: inmensas pilas de leña, vigas y maderas de construccion amontonadas en desórden, y nada mas.

—Entremos—dijo D. Lope.

Y penetraron en las habitaciones.

Por mas valor que tuvieran aquellos hombres, sintieron una especie de pavor supersticioso; al atravesar aquellos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aposentos desiertos, en donde recientemente habian acontecido escenas tan sangrientas como las del asalto de los ladrones.

Aquellas habitaciones, de las que tan repentinamente habian sido arrancados los dueños, conservaban por decirlo así algo de vida en sus recuerdos.

Los cofres y las gavetas estaban cerradas y selladas; pero en los objetos de poco valor, y de uso comun, no se habia puesto seguramente el menor cuidado, porque aun se encontraban por todas partes esas que pueden llamarse cosas insignificantes, pero son la señal de vida en una casa.

Aun habia agua en algunas artesas; aun se encontraban intactos los preparativos de la comida del dia.

D. Lope consideraba todo aquello con cierta especie de respeto: le parecia como que estaba en la casa de un muerto, sorprendiendo los secretos de la vida doméstica de una familia á quien jamás habia tratado.

Sin embargo, rejistró escrupulosamente toda la casa; pero nada, ni el mas leve vestijio habia allí que le indicara la suerte que habia corrido Dª Inés. Ella debia de haber entrado á aquella casa; pero, ¿qué habia sido de ella?

D. Lope se perdia en un laberinto de conjeturas.

Por fin llegó á desesperar y determinó retirarse: descendió de las habitaciones de la familia al gran patio y se dirijió á la puerta falsa, resuelto á esperar noticias del Señorito, que era ya su última esperanza.

D. Lope salió el primero y dijo á uno de los criados entregándole la llave:

—Cierra esa puerta.

El criado acercó la luz á la cerradura é introdujo en ella la llave, y despues entró un poco al patio con objeto de tomar la otra hoja de la puerta que el viento habia abierto al salir ellos.



D. Lope contemplaba distraidamente aquella operacion.

Derrepente el criado lanzó un grito y retrocedió pálido y convulso.

—Qué pasa?—preguntó D. Lope.

—¡Ave María, señor! ¡el demonio! ¡el demonio anda en esta casa!

—Cómo! el demonio?

—Sí, señor, se ha reido de nosotros, seguramente porque no hemos encontrado nada.

—Estás loco?

—Le juro á su merced que lo he oido reirse.

—Será ilusion.

—Oh! no señor....escuche su merced.

En efecto: una carcajada satánica se escuchó entónces, como viniendo del interior de la casa ó del fondo de la tierra.

Los criados se pusieron á temblar, y D. Lope se sintió conmovido: aquella risa nada tenia de humano, y ademas todos estaban seguros de que en la casa no habia nadie.

Reinó por un momento el silencio, y nadie se atrevia á moverse; derrepente se oyeron unos gritos semejantes al aullido de una fiera.

A la luz de las antorchas se habria podido ver cómo palidecieron los rostros de aquellos tres hombres; aquellos gritos tenian algo de los gemidos que deben lanzar los condenados.

Si los criados hubieran estado solos habrian echado á huir; pero la presencia de D. Lope los contenia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y D. Lope mismo sentia helarse su sangre de terror aquellas carcajadas, aquellos alaridos que salian como del fondo de la tierra, en aquella casa desierta y teatro de tantos crímenes, eran para herir el corazon mas bien templado.

—Vámonos, señor—dijo un criado.

—No—contestó D. Lope—aquí hay un misterio espantoso que es preciso descubrir; sobreponeos al terror, cobrad ánimo; si es cosa de los hombres somos fuertes, valientes y venimos armados; si es cosa del infierno, Dios nos protejerá; tened fé en él.

Y D. Lope, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se adelantó resueltamente hasta la mitad del patio.

Los criados vacilaron entre el miedo de quedarse lejos de su amo, ó seguir, y como el peor miedo, es el miedo á la soledad, le siguieron temblando.

Volvióse á escuchar la carcajada; entonces conoció D. Lope que salia de detrás de una gran pila de leña.

Sin vacilar se dirijió allí, y comenzó á examinar el terreno.

Los criados no se apartaban de él ni tres pasos.

D. Lope encontró detrás de aquella leña una especie de callejon y se entró por él resueltamente; á poco andar habia una puerta que estaba abierta, y al llegar á ella escuchó tan cerca un aullido, que se creyó casi en la presencia del demonio. Los criados temblando hicieron la señal de la cruz, D. Lope desnudó instintivamente su daga, pero no se detuvo y penetró en una gran bodega.

A la rojiza luz de las bujías tardó poco D. Lope en comprenderlo todo.

Allí habia una mujer emparedada.



El rostro de aquella desgraciada bañado por la luz, daba espanto; su pelo en confuso desórden hacia aparecer inmensa su cabeza, y muy pequeño su pálido y desencajado rostro.

D. Lope examinó con espanto aquella víctima sin poderla reconocer.

—Mallades....D. Lope....la reina—dijo la mujer volviendo á reír.

—¡Dª Laura!—gritó de una manera horrible D. Lope dejando caer la bujía, y llevando las manos á la frente como si quisiera contener su razon que huia á la vista de aquel espectáculo.

Los criados acudieron al socorro de su señor, y entretanto Dª Laura cantaba en voz baja los versos de Valenzuela:

—Peregrinando tierras,
Surcando mares negros,
Vientos examinando,
De ardientes climas rejistrando el fuego....

¡Qué cansada estoy.....! qué cansada!..... ¿cuándo llegaré?

—Dª Laura, señora, amor mio—esclamaba D. Lope como loco, arrancando con las manos las piedras de la pared que encerraba á la dama—Dª Laura, mi bien: ¿estoy soñando? ¡Dios mio, Dios mio! ¡esto es espantoso, espantoso! ¡infame mujer, infame! el cielo te maldiga!

—Peregrinando tierras—continuaba Dª Laura indiferentemente—surcando mares negros.....ay!....ay!....qué cansada estoy, Dios mio!....ay!....cuándo llegaré?

—Laura! Laura mia!—esclamaba D. Lope, y el llanto le impedia seguir trabajando.

Pero los criados, con una actividad asombrosa, derribaban aquel muro, cuya *mezcla* apenas habia comenzado á secar.

Dª Laura de nada parecia apercibirse.

Por fin cayó un gran trozo de la pared: faltó el apoyo á la emparedada, y ella tambien se desplomó repentinamente para adelante.

D. Lope, como fuera de sí, la recibió en sus brazos.

Es imposible describir el estado de aquella mujer, obligada por las paredes á estar en pié tanto tiempo. D. Lope la retiró violentamente de aquel sepulcro, y gritó y la acarició, pero la dama estaba desmayada.

—Agua, buscad agua—decia D. Lope—se muere.

Uno de los criados encontró allí mismo un gran jarro de agua y se lo dió á D. Lope.

Rociaron con ella el rostro de Dª Laura, que dió indicio de volver en sí, lanzando un suspiro.

—Vuelve—dijo un criado.

—Bien, ahora á nuestra casa violentamente—dijo D. Lope—quizá aun sea tiempo de salvarla.

Y levantando á Dª Laura entre sus brazos se dirijió á la puerta.

—Alumbrad—dijo.

Los criados alumbrando y seguidos del jóven que llevaba á la dama como hubiera podido hacerlo con un niño dormido, llegaron hasta la canoa.

Cerróse la puerta, embarcáronse todos, y la canoa comenzó á deslizarse sobre las aguas.

Los criados remaban y D. Lope continuaba llevando á Dª Laura entre sus brazos.

Cuando aquella embarcacion se perdió bajo uno de los puentes y no se escuchó ni el ruido de los remos, destacóse



misteriosamente una sombra cerca de la casa del marqués y se paró en la orilla del canal.

Era Luis.

—Oh!—esclamó—ese hombre no puede ser otro que D. Guillen de Pereyra, porque era el único que sabia este secreto....¿pero qué pensará hacer con esa loca?....¿para qué habrá venido á sacarla?....yo le vijilaré; es seguro que la lleva á su casa....¿estará loco tambien él....?

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

De cómo Fray Anjelo tuvo ocasion de prestar un servicio muy distinguido al Señorito.

El marqués de San Vicente continuaba enfermo, y Fray Anjelo no se separaba de él en casi todo el dia; por las noches á las once y media ó las doce salia del calabozo y se retiraba á descansar para volver muy temprano á la mañana siguiente.

Una noche de aquellas, Fray Anjelo caminaba contento, porque habia creido notar que el enfermo se mejoraba visiblemente, cuando oyó que le llamaban por detrás, volvió el rostro y se encontró con un hombre embozado hasta los ojos.

—Padre—le dijo el embozado— ¿quisiera ir vuesa merced á confesar á un hombre que está espirando?

—Iremos—contestó Fray Anjelo— ¿á dónde?

—Yo guiaré á vuesa merced: ¿no se incomodará porque está léjos de aquí la casa?



—Mi ministerio me manda no pensar nunca en las distancias ni en las penalidades, cuando se trata de llevar el consuelo á un moribundo.

—Dios bendiga á su merced..... Por aquí.

El embozado echó á andar, y el fraile á seguirle: de prisa iban los dos, y no se hablaban una sola palabra; parecian dos sombras que se deslizaban sin hacer ruido.

Llegaron á las orillas de la ciudad, y allí encontraron á otro hombre que los esperaba.

—Aquí está el padre—dijo el primer embozado.

—Buenas noches, padre—dijo entonces el hombre que esperaba—¿vuesa merced viene á confesar al enfermo?

—Sí, hijo—contestó Fray Anjelo.

—Entonces nos permitirá su merced que le vendemos los ojos.

—¿Vendarme los ojos? y para qué?

—Es preciso.

—Pero.....

—No tenga recelo vuesa merced que nada malo le pasará; nosotros sabemos el respeto que se merece....ahora si vuesa merced no quiere, no habrá nada, y el enfermo tendrá que conformarse con un acto de contricion.

La idea de que un hombre podia morir sin confesion, de que una alma podia perderse solo por su falta de valor, hizo estremecer á Fray Anjelo y le obligó á dicidirse.

—Bien!—esclamó—por mí no se queda un hombre sin confesion: haced lo que os parezca; vendadme los ojos, me confío en vosotros; si algun mal me hiciéreis que Dios os lo perdone, porque yo soy un pobre sacerdote que me entrego á vosotros.

—Padre—contestó el embozado—no tendrá vuesa mer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ced de qué arrepentirse; mi compañero y yo sabemos lo que es relijion.

Y diciendo esto los dos se acercaron á Fray Angelo y le ataron un gran pañuelo en los ojos, luego lo colocaron entre los dos y cada uno le tomó un brazo.

—Ahora vamos, padrecito: nosotros cuidaremos á vuesa merced é irá mas seguro que si mirase, porque la noche está oscura y vuesa merced no conoce el terreno.

Fray Angelo obedeció y comenzó á caminar.

Al principio quiso contar los pasos con el objeto de tener alguna idea siquiera, de la distancia á que se alejaba de la ciudad; pero le fué imposible.

Seguramente no habia contado cien pasos cuando uno de los hombres le dijo:

—Padre, levante vuesa merced los piés, porque hay aquí mucha agua y vamos á llevarle en peso para que no se moje.

Fray Anjelo quiso replicar, perdió la cuenta de los pasos y aquellos hombres como si hubieran sido dos hércules lo levantaron por debajo de los brazos y lo llevaron así largo tiempo.

En efecto, debia haber allí un gran charco, porque el fraile oyó en el agua el ruido de los piés de sus conductores.

—Ahora sí ya puede andar vuesa merced—le dijeron, y Fran Anjelo volvió á caminar por su pié.

A poco volvió á ofrecerse otro mal paso y volvió á suceder lo mismo.

De repente se detuvieron, y Fray Anjelo por las precauciones que tomaban conoció que entraban á una casa.

Resonaban ya los pasos como dentro de un edificio.

Y comenzaron á subir. Llegaron al último escalon.



—Ya se acabó la escalera—le advirtieron y siguió caminando, pero fué ya solo unos cuantos pasos.

—Ahora se puede descubrir su merced—dijo uno de los hombres.

Fray Anjelo se descubrió y quedó espantado de lo que veia.

Era una estensa galera alumbrada por una hoguera; en uno de los muros habia apoyada una gran viga, en la que estaba atado de piés y manos un hombre desnudo que tenia puesta una mordaza.

Fray Anjelo buscó admirado á sus conductores; los dos estaban á su lado con los rostros cubiertos con negras caretas, al través de las cuales brillaban sus ojos como dos tizones.

—Pero ¿á dónde está el enfermo?—preguntó Fray Anjelo.

—Allí—le contestó uno, mostrándole al que estaba atado.

—Ese hombre no tiene señal de enfermedad, sino por el contrario, de buena salud.

—Es igual, porque dentro de dos horas debe morir.

—Si está sano.

—Absuélvalo vuestra merced, que yo le digo que no le faltará *de qué*—dijo uno de los enmascarados, mostrando un puñal.

El hombre que estaba atado se estremeció y dirijió una mirada de angustia á Fray Anjelo.

—Yo no puedo absolver á un hombre para que le asesinen!—esclamó resueltamente Fray Anjelo.

—Haga vuesa merced lo que quiera; de todos modos ha de morir ese hombre; con que á la conciencia de vuesa merced queda si se va del mundo como un perro; ya nosotros cumplimos con traerle un padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pero qué vais á hacer, desgraciados? mirad que tambien teneis alma que salvar.....

—Padre, pocos sermones que el tiempo vuela, y no trajimos á vuesa merced para eso, sino para absolver á ese hombre, y se acabó.

—Pero.....

—Vamos, señor, ó absolver á ese hombre, ó vendarse de nuevo los ojos para que le llevemos por donde ha venido; no hay mas.

—Sea, pues; sálvese siquiera el alma de este infeliz....

Fray Anjelo se acercó al hombre que estaba atado en la viga.

—Retiraos—dijo á los otros—para que pueda yo confesar á este desgraciado, pero antes quitadle esa mordaza.

—¿Cómo quitarle la mordaza?

—De otra manera no podré confesarle.

—Padre, esos son muchos requisitos, con absolverle basta.

—Pero ¿cómo se confesará sin hablar?

—Mire vuesa merced como se arregla, porque en eso de quitarle la mordaza no hay ni qué pensar.

Aquel hombre habia hablado con tanta firmeza, que Fray Anjelo comprendió que nada conseguiria.

Entonces pensó absolverlo, como si se tratara de un hombre mudo.

—¿Tiene intencion de confesarse de sus pecados, hijo mio?—dijo Fray Anjelo.

El hombre atado, le miró con angustia, é hizo señal con la cabeza de que sí.

—Entonces—continuó Fray Anjelo—haga intencion de confesar sus pecados ya que no los puede decir.



El hombre cerró por algun tiempo los ojos, y luego los abrió haciendo un movimiento de afirmacion con la cabeza.

—¿Se arrepiente de todo corazon de haber ofendido á su Dios y Señor, que por su infinita bondad le ha dado vida hasta el dia de hoy?

—Sí—dijo el hombre con la cabeza.

—¿Espera en su misericordia que todos sus pecados le serán perdonados?

—Sí—volvió á hacer el desgraciado.

—Haga interiormente y con toda la fuerza de su alma un acto de contricion, y ofrezca á Dios su sacrificio, en remision de sus grandes culpas.

El hombre cerró de nuevo los ojos como para recojerse en su espíritu, y Fray Anjelo comenzó devotamente á murmurar en voz baja la fórmula de la absolucion.

Los dos que le habian conducido le contemplaban sin perder ninguno de sus movimientos: así se pasó como media hora.

—Creo que se han dormido—dijo uno—porque el padre, no *echa* la bendicion.

—Ni creas que la *eche*—contestó el otro—porque he oido decir que en estos casos no se echa bendicion, porque era como hacer señal de que ya se podia.....

—Entonces lo quitaremos.

—Sí, porque ya acabó.

Y los dos se acercaron al padre.

—Vamos—dijo uno tomándole de un brazo y apartándole de allí.

El hombre atado volvió el rostro, miró alejarse á Fray Anjelo y lloró.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Ahora me conducireis hasta el lugar en que me encontrasteis? dijo Fray Anjelo.

—Dentro de un momento, porque no podemos perder el tiempo con ese.

—Es que yo no puedo presenciar un crímen tan horrible.

—Nada presenciará vuesa merced, y sobre todo el hombre no es un inocente: merecia la horca como nadie.

—Pero vosotros no sois la justicia.

—Es verdad, no somos la justicia, pero nos la sabemos hacer por nosotros mismos.

—Reflexionad.

—Ya basta de sermones.

—*El que á hierro mata á hierro muere*: no lo olvideis.

—Porque no lo olvidamos va á morir así ese infame.

En esta conversacion habian llegado al pié de la escalera. Fray Angelo estrañaba que no le vendaran los ojos á pesar de que aquello estaba sumamente oscuro.

—Aquí—dijo uno de aquellos hombres, abriendo una puerta: pase vuesa merced, padrecito, no mas que por un rato.

Fray Angelo comprendia que no habia mas que obedecer, y entró humildemente.

La puerta volvió á cerrarse, y conoció que por fuera la aseguraban.

En los primeros momentos Fray Anjelo se quedó sin moverse; no conocia el lugar en que estaba, y no se atrevia ni á dar un paso; tenia delante de sí el rostro pálido y angustiado del hombre que iba á morir.

El aposento en que estaba correspondia en el piso bajo al que acababa de dejar en el alto y oyó las pisadas de sus conductores que andaban por arriba.



—Quizá ya le habrán muerto—esclamó—pero como el infeliz tenia mordaza, no habrá podido ni quejarse. Dios haya recibido su alma.

Y se puso devotamente á rezar.

De repente un grito agudo y lastimero, un jemido arrancado por un dolor inmenso, se escuchó en el aposento de arriba.

Fray Anjelo se estremecia de horror.

—Bárbaros! bárbaros!—gritó—le habeis matado.

Pero el jemido se repitió una, dos, y varias veces, y entónces ya no tenia nada de voz humana, era una especie de berrido de animal, era la espresion de un espantoso martirio.

—Le están martirizando! le están martirizando!—decia Fray Anjelo, y sin recordar ni dónde estaba, se paseaba agitado por su prision, como buscando una salida.

Los jemidos y las quejas, mezcladas con horribles maldiciones, seguian.

Fray Anjelo se lanzó sobre la puerta, quiso abrirla, pero le fué imposible; volvió buscando entre la oscuridad un palo, una piedra, algo con qué golpear, y entonces notó que en uno de los ángulos del aposento y cerca del piso habia en el muro un agujero.

El tiempo ó algun animal lo habia hecho. Fray Anjelo conoció que podia ensancharlo y salir por allí; en efecto, con poco esfuerzo cedieron algunas piedras, pasó la cabeza y arrastrándose, salió.

Estaba en el campo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

Concluye la materia del anterior.

El primer pensamiento de Fray Anjelo fué volver á la casa para dar auxilio al infeliz, á quien asesinaban; pero inmediatamente cambió de parecer.

Aquellos hombres podian encerrarle otra vez, asesinarle quizá y nada conseguiria sino ser él mismo víctima sin valerle al otro en nada.

Importaba pedir auxilio: ¿á quién, si por allí no habia vecinos? Dios le ayudaria.

Con esta idea echó á correr á la ventana, escuchando aún los jemidos que salian de la casa.

Varias veces cayó y volvia á levantarse, y siguió corriendo; afortunadamente á poca distancia ya de él descubrió la sombría masa de algunos edificios: entonces comenzó á pedir socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Una puerta se abrió en una de aquellas casas y á la luz que salia del interior se pudo ver un hombre que se asomaba.

—¡Socorro, cristianos! ¡socorro!—gritó Fray Anjelo.



El hombre salió mas, y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Socorro! asesinan á un hombre—dijo allí llegando Fray Anjelo.

—¿Un padre?—esclamó el hombre—¿qué hace su merced á esta hora?

—Despues se lo referiré, hijo mio; pero ahora vamos á salvar á un hombre á quien están matando.

—En dónde?

—En esa casa, en esa casa!—contestó Fray Anjelo, señalando el rumbo que traia.

—¡Ave María Purísima! si esa casa es una cueva de malvados.

—Pues allí mismo.

—Solo, no me atrevo.

—¿Qué haremos entónces?—esclamaba Fray Anjelo, levantando las manos al cielo.

—Dios nos ayuda!—esclamó el hombre de repente: allí va una ronda, voy á llamarla.

En efecto, á lo lejos, por el interior de la ciudad se veian pasar unos farolillos.

—Dios os bendiga, corred!—dijo Fray Anjelo—yo no puedo, no—y se dejó caer en el suelo casi sin poder respirar, miéntras el otro corria en direccion á la ronda.

—Dios mio! Dios mio!—decia el pobre fraile—dále fuerza á ese buen cristiano para que llegue pronto; el tiempo vuela; quizá en estos momentos el crímen esté ya consumado.

La ronda parecia alejarse, y Fray Anjelo contemplaba con angustia la vacilante luz de los farolillos, que á cada momento se hacia mas y mas pequeña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dios mio!—esclamaba—Dios mio, no nos abandones! no nos abandones!

.....

.....

.....

Los dos enmascarados dejaron asegurado á Fray Anjelo y tornaron á subir.

El hombre atado volvió el rostro: entonces fué el terror lo que se pintó en él.

—Vamos, *ropa limpia*—dijo uno quitándose la careta. Era el Camaleon.

—Conformes—contestó el otro imitándole, y era el Pinacate.

Ya sin caretas se llegaron ambos al hombre atado y le quitaron la mordaza.

—Señor D. Guillen de Pereyra—dijo el Camaleon con una sonrisa burlesca.

—Muy señor nuestro—agregó el Pinacate, haciendo una horrible mueca.

—Habeis caido en nuestro poder, y ya no sois nuestro *Señorito* como os deciamos, sino que ahora vais á pagar aquí todas juntas.

El Señorito no se dignó ni contestar.

—Callad, callad—dijo el Camaleon—ahora hablareis, en primer lugar perdonad la burla: os hicimos llamar con un recado falso de D. Lope de Montemayor, porque si hubiera sido al nuestro no hubiérais venido: ardid de la guerra.

—Y vos—agregó el Pinacate—veniais confiado en que nosotros nada teniamos contra vos, porque somos como los burros, *ni agradecen beneficio ni sienten agravio:* ¿es verdad?



—Bien—dijo con voz ronca el Señorito—qué quereis de mí? matadme de una vez, antes que sufrir vuestras odiosas chanzonetas.

—Con calma, con calma, no se impaciente vuesencia, señor conde: vamos al caso. Antes que todo decidnos, ¿en dónde está la dama que sacamos de la calle del Reloj?

—¿Y quiénes sois vosotros para preguntármelo? ¿qué os importa.

—Algo nos importa cuando hacemos esa pregunta: contestad

—Nada tengo que deciros, miserables; matadme.

—Os conviene confesar.....

—Matadme, que no quiero oiros.

—¿No direis nada?

—No.

—¿No?

—No y mil veces no.

—Pues á vuestra cuenta—dijo el Camaleon levantándose.

El Señorito quiso ver lo que el Camaleon iba á hacer; pero estaba atado de tal manera, que no le fué posible.

El Camaleon puso en la hoguera una especie de tarro grande lleno de brea, de cera y de aceite.

—Nos permitireis que os desnudemos—dijo volviendo á donde estaba el Señorito.

—¿Y para qué?—preguntó éste con espanto.

—Eso ya lo vereis. Pinacate, ayúdame á desnudar á su Escelencia.

Y el Pinacate y su compañero, con una habilidad increible desnudaron en poco tiempo al Señorito sin desatarle, rompiendo con sus puñales algunas piezas de la ropa.

D. Guillen quedó enteramente desnudo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con que no qucreis declarar?—volvió á preguntar el Pinacate entretanto el Camaleon apartaba de la hoguera el trasto que se habia calentado.

—No pregunteis mas, matadme—dijo el Señorito.

—Pues comienzo—dijo detrás de él el Camaleon, vertiendo sobre el desnudo cuello del Señorito parte del hirviente contenido en la vasija.

D. Guillen lanzó un grito espantoso al sentir aquella horrible quemada: el líquido corrió por su cuerpo abrasando su pecho y sus espaldas.

—Confesareis ahora?—dijo Camaleon.

—No, malvados, infames!—gritó el Señorito.

—Adelante—dijo el Pinacate.

Y el Camaleon fué derramando hasta el fin el líquido hirviente sobre el desnudo cuerpo del Señorito; pero con una calma espantosa y sin preocuparse de los gritos ni de las convulsiones del miserable.

—Agotóse—dijo el Camaleon—ahora qué decís, D. Guillen?

Pero D. Guillen no podia ya ni contestar, y gritaba como un desesperado. Sobre su cuerpo, en varias partes, se habia formado una especie de corteza, por el enfriamiento del pez y la cera.

El Camaleon sacó su daga y con mucha calma, como si se tratara solo de quitar la corteza de un árbol, comenzó á arrancar aquella costra del cuerpo del Señorito: la piel y algunas veces la carne le arrancaban tambien, y comenzaba ya á correr la sangre.

En estas operaciones habia trascurrido como una hora.

—¿Confesais algo?—dijo el Camaleon.

El Señorito no hacia ya mas que llorar y jemir.



—Es inútil todo—dijo el Pinacate—acabemos con él.

—Pero que sienta lo que recibe: vamos á cortarle en dos mitades por la cintura, con una espada caliente.

—Mejor el *pescuezo*, porque así lo podremos enterrar mejor y no ensuciará nuestro aposento.

—Dices bien, y lo enterraremos allá abajo.

—Con el fraile.

—Por supuesto, el fraile no debe salir vivo: nos denunciaria porque ha oido los gritos del Señorito.

—Pues á la obra.

—Calienta la hoja de una espada vieja.

El Pinacate se dirijió á un ángulo del aposento, trajo de allí una gran espada completamente oxidada y la puso al fuego.

A pesar de sus atroces dolores, el Señorito veia con pavor aquellos preparativos.

Pasaron diez ó doce minutos.

—Ya está—dijo el Pinacate.

—Pues tómala con un trapo para no quemarte y traela, yo le alzaré la cabeza y tú le pasas la hoja por la garganta, pero poco á poco.

El Camaleon tomó de los cabellos al Señorito y le alzó la cabeza para que su cuello quedara enteramente descubierto; el Señorito rezaba.

El Pinacate se acercó con la espada: estaba completamente roja.

En este momento se oyó ruido en la escalera, y casi instantáneamente se llenó de alguaciles la estancia.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

Cómo se libertó el Señorito de la muerte, y otras cosas que verá el que leyere este capítulo.

FRAY Anjelo quedó en espera de la ronda, temeroso de que el paisano no la alcanzase, con los ojos fijos en los farolillos que se distinguian á lo léjos y al mismo tiempo procurando recojer el menor rumor del viento por el lado de la casa de donde habia escapado.

Por fin, le pareció distinguir que la ronda se ponia en marcha y se acercaba: á cada momento aumentaba el tamaño de los faroles hasta que llegaron á donde Fray Anjelo estaba.

Como de costumbre, un alcalde vestido de negro, que llevaba ceremoniosamente la vara de su oficio, un escribano y varios alguaciles, componian aquella belicosa reunion que venia como un poderoso refuerzo en auxilio de Fray Anjelo.

El pobre fraile creyó que con aquellos hombres la justicia era invencible, porque los hombres de paz se figuran



que todo el que por su ejercicio porta armas es un Cid, capaz de acometer los doce trabajos de Hércules.

—¿Qué hay de un hombre asesinado?—preguntó el alcalde.

—Yo no denuncio—contestó Fray Anjelo, cuyo limpio corazon se avergonzaba de una denuncia—yo digo que creo que en esa casa que está hácia la mitad del llano quieren asesinar á un hombre, y que es necesario ir en su auxilio.

—¿El hecho le consta á su merced?

—Sí, señor alcalde.

—Pues vamos.

—Mi profesion y mi ministerio me lo prohiben.

—No digo que vayais á aprehender á nadie, sino nada mas á indicarnos la casa.

—Vamos pues, y Dios me lo perdone, porque mi intencion es buena; quizá no pueda yo dar otra vez con la casa.

—Yo sé el camino bien—dijo el paisano—soy del barrio.

Y todos siguiéndole echaron á caminar. Fray Anjelo candorosamente contaba al alcalde todo lo que le habia ocurrido, y á cada cosa que él contaba el alcalde apresuraba mas el paso.

Llegaron cerca de la casa y aun se escuchaban gritos de D. Guillen.

—Todavía no le matan—dijo Fray Anjelo—podemos salvarle.

—Por dónde entramos?—preguntó el alcalde.

—Si vuesa merced quiere—dijo Fray Anjelo—le mostraré por donde salí yo.

—Sí, me parece bien.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fray Anjelo buscó en el muro hasta encontrar el agujero por donde él habia escapado y le mostró al alcalde.

—Por allí hemos de entrar—dijo éste; y dando el ejemplo se deslizó por allí como un raton, y todos incluso Fray Anjelo le siguieron.

Con la luz de los faroles reconocieron la puerta que no estaba cerrada mas que con una cuerda, suficiente obstáculo para Fray Anjelo, pero no para un alguacil y menos para una ronda.

Cortóse la cuerda, y el alcalde seguido de los suyos, trepó la escalera y se apareció como un espectro en el momento en que iban á ejecutar al Señorito.

Al ver á los alguaciles, el Camaleon dió un grito y se apartó violentamente de D. Guillen; el Pinacate dejó caer la espada que traia en la mano y se refujió al lado de su compañero.

Entonces los alguaciles llegaron á donde estaba el Señorito, unos se detuvieron para desatarle y los otros siguieron avanzando hácia los dos bandidos.

El Camaleon y el Pinacate habian desnudado los puñales, y con los ojos chispeantes contemplaban á los alguaciles, como unas fieras rodeadas por los cazadores, que no se atreven á acometer, pero que están decididos á rechazar el ataque.

—Dénse á prision—dijo el alcalde.

Los dos bandidos no contestaron ni dieron muestras de obedecer; permanecieron como si nada hubieran escuchado.

—Prendedles en nombre del rey—dijo el alcalde á los que le acompañaban.

Dos alguaciles, con ese valor que podia llamarse *de oficio*, se arrojaron sobre el Camaleon y su compañero.



Pero aquella acometida les fué funesta: uno de los alguaciles rodó por tierra herido de una puñalada, y el otro retrocedió espantado.

—¡Favor á la justicia!—gritó el alcalde—favor á la justicia!

Los demas alguaciles comprendieron lo que pasaba; desenvainó el alcalde su tizona, y los de la ronda pusieron en ristre sus chuzos, y comenzó el combate.

Los vecinos, que por curiosidad se habian agregado á la ronda para ver el fin de la escena y que habian llegado hasta allí con ella, no se mantuvieron de frios espectadores, sino que quisieron tambien auxiliar á la justicia, y por no ser menos que los alguaciles, hicieron llover sobre los asaltados cuantas piedras y trozos de madera habia en la estancia.

Esta clase de hostilidad surtió mejor efecto que la arremetida de los alguaciles, y cuando aun ningun chuzo habia tocado á los bandidos, el Camaleon habia caido privado de sentido, al recibir el choque de una vigueta lanzada por el robusto brazo de un paisano, la que le abrió el cráneo.

Despues de esto, el triunfo fué completo; preso y atado el moribundo Camaleon, el Pinacate dejó de resistirse, y varios chuzos le clavaron en su cuerpo.

La victoria quedó por el alcalde, que salió de aquella casa cuando ya alumbraba la luz de la mañana, conduciendo entre filas cuatro camillas hechas provisionalmente allí.

En la primera iba el alguacil herido, en la segunda el Señorito, que apenas podia moverse por las horribles quemaduras que tenia en su cuerpo, y en las otras dos el Camaleon, que espiró al salir de su casa, y el Pinacate

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuertemente apaleado y con cuatro ó cinco heridas de chuzo.

Fray Anjelo, por "el qué dirán," se apartó de aquella triste comitiva; pero fué siguiéndola, sin embargo, á lo léjos, hasta que la miró llegar á la cárcel de la audiencia.

Entonces se acercó al alcalde, y dándole las gracias por el servicio, se despidió de él cortesmente.

—Y á dónde se encontrará á vuesa merced, señor, en caso de necesitársele?—preguntó el alcalde.

—Todos los dias en el calabozo del marqués de San Vicente.

—Del *Tapado?*

—Sí, señor alcalde.

—El nombre de vuesa merced?

—Fray Anjelo!

—¡Ah! es vuesa merced el que vino de España, como confesor de D. Fernando de Valenzuela?

—El mismo.

—Es decir: desterrado por su Majestad, llegó aquí vuesa merced?

—Sí señor.

—¿Y por qué desterraron á vuesa merced?

—Con mucho gusto se lo referiria yo al señor alcalde, pero en otro dia porque hoy el cansancio y las emociones que he sufrido anoche, casi casi, me han enfermado.

—Tiene razon vuesa merced; retírese, al fin que no será el último dia en que nos veamos.

—Espero en Dios.

El alcalde se entró á la cárcel, y Fray Anjelo se retiró á descansar.

Por primera providencia, el alguacil herido fué enviado



á su casa para curarse, se mandó enterrar al Camaleon, y el Señorito y el Pinacate quedaron en la cárcel mientras se proveia algo y daban sus declaraciones.

Los curiosos que habian acompañado hasta allí á la ronda y á los heridos, mirando que no podian pasar adelante, ni averiguar mas, se disolvieron, haciendo absurdos comentarios, pero sin decir una palabra de verdad.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## X.

En que se dá razon de Doña Laura, de Doña Inés y de D. Lope de Montemayor.

ENTRO en la mañana D. Gonzalo de Casaus, á la casa de D. Lope de Montemayor—y sin preguntar al portero, tal era la seguridad que tenia de encontrar al jóven, subió la escalera, penetró en la antesala que encontró abierta y llegó á la sala en que acostumbraba recibirle D. Lope, creyendo hallarle allí.

No se engañó, D. Lope se paseaba con la cabeza inclinada, estaba sumamente pálido y sus ojos rodeados de un círculo azulado, indicaban que habia pasado una mala noche.

—Santos y buenos dias dé Dios á vuesa merced—dijo D. Gonzalo.

—Buenos dias—contestó D. Lope deteniéndose y mirando al recien llegado.

—Perdonará vuesa merced si tan temprano llegó á su casa, pero ha sido muy grande mi inquietud pensando en el éxito que habria tenido vuesa merced en su espedicion.



—Completo pero bien triste—dijo D. Lope suspirando.

—¿Triste, por qué?—preguntó con interés D. Gonzalo.

—Escuche vuesa merced—dijo D. Lope.

D. Gonzalo puso toda su atencion, y oyó en la estancia que estaba cerca de la sala una cancion triste y monótona, que terminó con una risa convulsiva.

—¿Y qué es eso?—preguntó estremeciéndose—¿quién canta, quién ríe de esa manera que dá miedo?

—Ella.

—¿Ella? ¿y quién es ella?

—La dama que iba yo á buscar.

—¿Es decir....?

—Que está loca.

—¡Loca! ¡loca! ¿pero cómo: esplíquese vuesa merced?

—Yo mismo no lo comprendo: merced á la llave que me proporcionó vuesa merced, pude penetrar en la casa de Dª Inés, y allí en una bodega encontré á esa desgraciada.

—¿Presa....?

—Emparedada.

—¡Qué horror!

—Sí, horror, y si por ventura no llego tan á buen tiempo, quizá la infeliz hubiera muerto de hambre.

—Dios inspiró la idea de ir á vuesa merced.

—¡Sí, Dios, Dios!

—Pero esa Dª Inés es un monstruo abominable....

—¿Y qué ha sido de esa víbora?

—Como no habia mas datos que la simple denuncia, el fiscal del Santo Oficio nada pudo pedir contra ella; sin embargo, sus bienes han sido confiscados y puede no salir de las cárceles en mucho tiempo.

—Quisiera alcanzar un favor de vuesa merced.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Si está en mi mano.

—Creo que sí.

—Desearia comprar la casa en que vivia Dª Inés.

—¿Y qué ganaria con eso vuesa merced? es una casa vieja, ruinosa y triste.

—La conozco, pero tiene para mí recuerdos que desearia conservar.

—Comprendo, comprendo.

—Cree vuesa merced que se podrá conseguir?

—Fácilmente respondo de ello, y téngala ya por suya vuesa merced.

—Lo agradezco en el alma: ¿y cree vuesa merced que tardará mucho tiempo en salir de las cárceles Dª Inés?

—Un año, poco menos.

—Cuando sea puesta en libertad, me avisará vuesa merced?

—Tambien delo por hecho vuesa merced.

—En cuanto al marqués de San Vicente, qué se dice?

—Sigue de alivio; pero está sentenciado ya, y casi es seguro que le ahorcarán.

—¿No habrá remedio?

—Háse ocurrido á España en busca del indulto; pero se supone que su Majestad no lo concederá.

—Pobre marqués! Dios le tenga de su mano!

D. Gonzalo se despidió y D. Lope volvió á quedar solo.

Entonces se dirigió á la puerta que cerraba la estancia en que se oia la voz de Dª Laura, y entró.

La dama vestia un traje negro completamente suelto de la cintura, lo que la hacia aparecer mas alta; su palidez era espantosa y sus ojos tenian el brillo siniestro de los ojos de un gato rabioso. Flotaba su hermoso pelo sobre sus hombros, y su boca se contraia con una sonrisa nerviosa.



Al ruido de la puerta por donde entró D. Lope, Dª Laura volvió el rostro y lo miró con estrañeza.

—¿Sigue mejor?—preguntó el jóven á una de las dos esclavas que estaban allí acompañando á la dama.

—Lo mismo, mi señor—contestó la esclava—ya ve su merced que no hemos conseguido que se deje peinar.

—No hay que impacientarla; por bien, con dulzura.... pobre señora!

D. Lope miró apasionadamente á la dama y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Dª Laura le miró con atencion, vió que lloraba y se acercó á él poniéndole cariñosamente un brazo sobre su hombro, y le dijo con una voz muy dulce:

—¿Por qué lloras? ¿lloras por mí? porque ya he muerto? pero si yo no te conozco, no te conozco.... ¿quién eres? tú no eres D. José de Mallades..... tú..... ah! el espíritu que viene por mí.... ya no quiero caminar.... estoy muy cansada, muy cansada.... si vieras lo que he caminado....

Peregrinando tierras,
Surcando mares negros,
Vientos examinando
De estraños climas rejistrando el fuego.
Del uno al otro polo
Camino.... camino, camino, sí, porque á tí te lo voy á confesar en secreto..... porque no me escuchen esas.... yo soy el alma de D. Fernando de Valenzuela... ¿lo crees?

Y Dª Laura lanzó una carcajada y rechazó bruscamente de su lado á D. Lope.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El jóven se enjugó las lágrimas, y sin decir una sola palabra salió tristemente de la estancia.

Solo Dios podia volver la razon á la pobre mujer que la habia perdido á fuerza de sufrimientos.

Y sin embargo, D. Lope esperaba aquel milagro, y no pensaba mas que en castigar el crímen de Dª Inés, á quien creia culpable de todo.

---

## XI.

En donde vuelven á encontrarse Luis y la Apipizca, y tienen relaciones con Fray Anjelo.

LA Apipizca no entraba en el número de las personas denunciadas al Santo Oficio como judaisantes; y no tardó mucho en salir de la prision lo mismo que los demas criados de Dª Inés

El dia en que la Apipizca consiguió su libertad, la primera idea fué averiguar qué habia sido del Señorito, á quien consideraba como su único protector, y con tal objeto se encaminó á la casa de éste.

El Señorito estaba ya preso; pero esto, como era natural, no se sabia en toda la ciudad; porque el estado en que la ronda le habia encontrado no le dejó decir ni su nombre.

D. Guillen de Pereyra habitaba una casa, en la que no se echaba de menos ninguna de las comodidades que tenian los hombres adinerados de aquellos tiempos, y la ausencia por algunos dias del amo de la casa, aun no habia introducido variedad notable en ella.

La Apipizca llegó al portal de la casa y se informó con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El jóven se enjugó las lágrimas, y sin decir una sola palabra salió tristemente de la estancia.

Solo Dios podia volver la razon á la pobre mujer que la habia perdido á fuerza de sufrimientos.

Y sin embargo, D. Lope esperaba aquel milagro, y no pensaba mas que en castigar el crímen de Dª Inés, á quien creia culpable de todo.

---

## XI.

En donde vuelven á encontrarse Luis y la Apipizca, y tienen relaciones con Fray Anjelo.

LA Apipizca no entraba en el número de las personas denunciadas al Santo Oficio como judaisantes; y no tardó mucho en salir de la prision lo mismo que los demas criados de Dª Inés

El dia en que la Apipizca consiguió su libertad, la primera idea fué averiguar qué habia sido del Señorito, á quien consideraba como su único protector, y con tal objeto se encaminó á la casa de éste.

El Señorito estaba ya preso; pero esto, como era natural, no se sabia en toda la ciudad; porque el estado en que la ronda le habia encontrado no le dejó decir ni su nombre.

D. Guillen de Pereyra habitaba una casa, en la que no se echaba de menos ninguna de las comodidades que tenian los hombres adinerados de aquellos tiempos, y la ausencia por algunos dias del amo de la casa, aun no habia introducido variedad notable en ella.

La Apipizca llegó al portal de la casa y se informó con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

uno de los criados; pero no pudo obtener noticia alguna. D. Guillen, por razon de sus costumbres, de sus relaciones y de su vida, habia enseñado á todos sus sirvientes á no dar nunca noticias acerca de su persona.

La Apipizca se retiró resuelta á volver en busca del Señorito mas tarde.

Salió á la calle, y en la acera de en frente observó un hombre cuyo rostro no le pareció desconocido, se acercó mas, el hombre se sonrió con ella, y entonces pudo reconocer á Luis.

—Marta—dijo este alegremente—cuánto me alegro de verte en libertad: ¿qué ha pasado con nuestra pobre ama?

—Lo ignoro, pero creo que seguirá en cautiverio por muchos dias si es que á salir llega.

—¿Y tú cómo has salido? por qué?

—Lo ignoro, me llevaron hasta la puerta de las cárceles, y me dijeron: "puedes irte, estás libre;" y me fuí.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hoy en la mañana.

—¿Y venias en busca del Sr. D. Guillen?

—Es mi único protector ahora.

—¿Le encontraste?

—No.

—Es muy estraño, muy estraño.

—Qué hay, ¿que te parece estraño?

—Oyeme Marta—dijo Luis despues de un momento de reflexion—¿eres *mujer de pecho?*

—Sí que lo soy—contestó la Apipizca con resolucion.

—¿Capaz de guardar un gran secreto y de ayudarme en una grande empresa que tengo entre manos?

—De todo eso soy capaz.



—Bueno, pues óyeme—¿Sabias tú que Dª Inés tenia á una dama emparedada en la casa?

—¿Emparedada? no: ¿y en qué parte de la casa? ¿y por qué?

—El por qué yo mismo no sabré darte razon, pero ella estaba en una bodega.

—Cuéntame, cuéntame.

—Voy á contarte pero cuidado: si algo se llega á saber sé que eres tú la que haces la denuncia, y yo.... te mato; te mato Marta, y te lo juro por el santo de mi nombre.

—Nada de amenazas, que ni las necesito, ni me espantan.

—No te amenazo, Marta, te advierto nada mas; pues escucha: Dª Inés trajo á esa dama no sé de dónde, y la hizo emparedar, encargándome que le llevara todos los dias su alimento; pan y agua.

—Pobrecita! cómo no lo supe, siquiera para ir á consolarla!....

—Buena era esa: ¿qué consuelo? si estaba loca.

—¿Loca? ¿entonces para qué.....?

—Es decir, se volvió loca al verse emparedada.

—Con razon.

—D. Guillen acompañó á Dª Inés en todo el negocio, y luego se supo que Dª Inés casaba con D. Guillen.

—¿Entónces fué?

—Sí, por aquí vá otra cosa mejor: el ama me confesó que ella se casaba con D. Guillen por miedo de que como sabia la historia ¿entiendes?

—Sí, bien.

—Yo dije: primero mis dientes, y le cante el amor á Dª Inés y le propuse que se casara conmigo.

—¡Tú!

—Sí, y ella condescendió, y por eso despidió á D. Guillen

—Vamos ¿pero tú tienes sin duda *chupamirto* ó polvos de enhechizar?

—No tanto; pero sí secretos de Dª Inés que *cantar* si me decia que no.

—Te luciste.

—Pasó lo que sabes: os llevaron á todos á la Inquisicion, de la que me escapé por la casualidad de no haber estado en la casa; ahora llega el misterio; creo que la denuncia la hizo D. Guillen *de picado* porque le habian despedido.

—Puede.

—La casa quedó sola y cerrada, y como nada se sacaron, yo rondaba para ver si habia por donde entrar, porque adentro estaba el dinero, *y si se lo han de llevar los moros que lo lleven los cristianos*, dije: y me puse en acecho, cuando hé aquí que veo una noche luces por dentro, me recato, y veo salir á un hombre, que nadie me quita de la cabeza que era D. Guillen, con otros dos, y que se sacaron á la loca.

—Vaya un misterio!

—Al dia siguiente vine á rondar esta casa por ver si podia colarme adentro y averiguar algo; pero lo estraño es que el tal D. Guillen para nada ha vuelto á aportar por aquí: ¿qué te parece de esto?

—Estoy pensando que quizá el Señorito.....

—¿Qué Señorito?

—Digo: D. Guillen estaba enamorado de esa dama loca?.....

—Es fácil, porque era muy bella, ó tal vez seria su mujer y le estorbaba para casarse con Dª Inés.

—No era casado.

—¿Cómo vas á saber?

—Muy bien, y ya que tú me cuentas esa historia, yo te contaré otras cosas curiosas....



Y la Apipizca refirió á Luis cuanto sabia del Señorito, sin ocultarle ni el plan de robar al marqués.

Luis la escuchó con atencion hasta el fin.

—Valiente pícaro es el tal D. Guillen; pero nadie sabe para quién trabaja: oye mi plan, vamos á ser muy ricos; ante todo, hasta hoy nada han sacado de la casa del marqués, y yo sé á dónde está el dinero escondido; entraremos por él como se pueda, y luego por lástima averiguamos qué hizo D. Guillen ó el Señorito, como tú le llamas con la loca; damos el soplo á la justicia y se acabó el único que pueda perseguirnos ya.

—Yo creo que antes debemos buscar al Señorito y dar el soplo, porque no haga el diablo que nos estorbe el plan.

—Así lo creia yo; pero sabiendo tus relaciones con D. Guillen, no quise proponértelo, porque creo que lo quieres....

—Lo queria, pero ya no; se ha cansado de que yo le sirva de todo, y me enredó en el negocio de Dª Inés, y por eso fuí á dar á la Inquisicion, de donde escapé por milagro: ya que iba á denunciar, me debia de haber dicho siquiera, sálvate ó cuídate.

—Es un infame!

—Sí lo es: con que primero es dar con él y quitárnosle de encima.

—¿Pero quién nos dará razon?

—Yo sé: unos amigos que viven en Tlaltelolco: ¿vamos allá?

—Vamos, pero sin perder tiempo.

Luis y la Apipizca se dirijieron á Tlaltelolco, y llegaron á la casa del Camaleon.

Como estaba tan reciente la aventura, al entrar á la casa

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

se encontraron con muchos desconocidos hombres y mujeres; eran vecinos que iban allí, atraidos por el deseo de conocer el lugar en que habia acontecido tantas catástrofes, y tanto mayor era este deseo, cuanto que aquella casa tenia una fama negra en todos los alrededores.

Los que allí andaban, tomaron á Luis y á Marta por curiosos, y no faltó á poco quien les contara una gran historia de lo ocurrido; inventando por supuesto mil fantásticos pormenores, y asegurando que á la cárcel habian pasado su domicilio los dueños honrados de aquella casa.

Marta y Luis se hicieron de las nuevas.

—No sé por qué me parece que esto que ha pasado aquí tiene alguna relacion con la historia de Dª Inés—dijo la Apipizca.

—Necesario se hace ir á la cárcel á ver si puedes hablar con tus conocidos; esto es si tienes bastante confianza de ellos.

—Como de mí misma.

—Pues iremos.

—No, hasta la tarde es mejor; por ahora vamos á descansar y á comer.

—Vamos á donde quieras; te acompañaré, porque no debemos ya separarnos hasta ser ricos, y eso si á tí te parece....

—Ya veremos entonces.

Marta y Luis se entraron á un pequeño y sucio figon, en donde comieron y se entretuvieron hasta la tarde.

A las cinco se dirijieron á la cárcel con ánimo de buscar al Camaleon; pero llegando allí les ocurrió una dificultad que no dejaba de ser grave y en la que no habian pensado.

Marta no conocia á su amigo mas que bajo el nombre de el Camaleon; y preguntar por el Camaleon, era una necedad; quizá él no seria conocido con aquel nombre por la justicia: esto mismo le impedia finjirse de la familia de él, porque nadie se lo hubiera creido ignorando su nombre.



Por otra parte, preguntar solo por señas y por lo ocurrido en Tlaltelolco, era esponerse á las sospechas de los golillas, y caer quizá en un lazo.

Vacilaron, pues, y no se atrevieron á entrar ni á preguntar absolutamente nada, sino que resolvieron esperar una oportunidad, encontrar allí un amigo, ó ver un rostro que no les inspirase desconfianza.

En esa espectativa permanecieron algun tiempo, hasta que Marta dijo á Luis:

—Mira á aquel padre que habla, despidiéndose del alcaide.

—Ya le veo.

—Pues á ese seria bien preguntarle; tiene buena cara.

—¿Pero cómo le preguntó? mejor tú: al fin como mujer!

—Mejor los dos, por si uno se ataranta....

—Esto es....

En este momento, del interior de la cárcel salia un fraile, que no era otro que Fray Anjelo.

—Dispense su merced, señor—dijo Marta.

—Qué quieres, hija?—contestó Fray Anjelo.

—Quisiéramos pedir á su merced un favor.

—Habla.

—Pero no aquí, si su merced lo permite.

—Pues á dónde?

—Allá á fuera.

—Vamos á fuera.

Y Fray Anjelo, seguido de Luis y de Marta, salió á la calle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Caminaron un poco y se detuvieron cerca de una esquina, á donde le pareció á la Apipizca mas á propósito para hablar con Fray Anjelo.

La jente pasaba, pero no paraba la atencion en ellos, porque en aquel tiempo nada de lo que hacian los clérigos era mal visto, por mas que lo pareciera.

La Apipizca verdaderamente no sabia por dónde comenzar; pero Fray Anjelo le inspiraba confianza y se resolvió á hablar.

---

## XII.

De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta, y de lo que resultó de esta conversacion.

—SEÑOR, dispénseme vuesa merced—dijo Marta—pero es el caso que nosotros andamos aquí en busca de un pariente nuestro, que dicen que está en la cárcel; y como no conocemos á nadie, y tenemos miedo á la jente de justicia, queremos ver si su merced, que de adentro sale, podrá darnos razon de él.

—Difícil será—contestó Fray Anjelo—porque casi á nadie conozco; que llego solo al calabozo en que está el señor marqués de San Vicente; pero digan cómo se llama ese hombre, por si le he oido mentar, ó por si acaso puedo averiguar algo cuando vuelva á entrar.

—Conocíanle y mentábanle solo con el apodo de el Camaleon.

—Pues así menos sé quién es.

—Dígame su merced, unos hombres que hicieron presos por Tlaltelolco.

—Entre ellos está?

—Sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Caminaron un poco y se detuvieron cerca de una esquina, á donde le pareció á la Apipizca mas á propósito para hablar con Fray Anjelo.

La jente pasaba, pero no paraba la atencion en ellos, porque en aquel tiempo nada de lo que hacian los clérigos era mal visto, por mas que lo pareciera.

La Apipizca verdaderamente no sabia por dónde comenzar; pero Fray Anjelo le inspiraba confianza y se resolvió á hablar.

---

## XII.

De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta, y de lo que resultó de esta conversacion.

—SEÑOR, dispénseme vuesa merced—dijo Marta—pero es el caso que nosotros andamos aquí en busca de un pariente nuestro, que dicen que está en la cárcel; y como no conocemos á nadie, y tenemos miedo á la jente de justicia, queremos ver si su merced, que de adentro sale, podrá darnos razon de él.

—Difícil será—contestó Fray Anjelo—porque casi á nadie conozco; que llego solo al calabozo en que está el señor marqués de San Vicente; pero digan cómo se llama ese hombre, por si le he oido mentar, ó por si acaso puedo averiguar algo cuando vuelva á entrar.

—Conocíanle y mentábanle solo con el apodo de el Camaleon.

—Pues así menos sé quién es.

—Dígame su merced, unos hombres que hicieron presos por Tlaltelolco.

—Entre ellos está?

—Sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues tres son, ó por mejor decir eran, que el uno murió, y los otros dos están moribundos.

—¡Ave María!

—Quizá por el que preguntais esté vivo, aunque solo el nombre de uno conozco, el que iba á ser allí la víctima; dicen llamarse Guillen de Pereyra, hombre acomodado.

—D. Guillen de Pereyra!

—El mismo; que dice el médico que puede conseguir la salud.

—Y está preso?

—Sí; pero hoy tal vez será puesto en libertad, porque nada hay contra él.

Marta calló y miró á Luis.

—Señor—dijo éste—¿sabe vuesa merced de una dama que robaron en la ciudad, y nunca mas se supo de ella?

—He oido decir.....

—Pues señor: esa dama fué robada por ese D. Guillen, y la emparedó....

—¿Es posible?

—Sí señor, lo juro por Dios; la dama se volvió loca, y entónces D. Guillen la sacó y quién sabe qué habrá hecho de ella.

—¿Pero esa dama quién era? ¿cómo se llamaba?

—No lo supe; en su delirio, hablaba siempre de un D. José de Mallades y de un Valenzuela.

—Mallades! Valenzuela!

—Sí señor; solia mentar á un padre.....

—Nitardo?....

—Eso es, eso es, y decia siempre, como cantando unos versos que empezaban: surcando mares negros....

—Oh! los versos que nos envió D. Fernando cuando es-



tuvo en Acapulco..... no hay duda, esa dama es Dª Laura.....

—No sé; solo aseguro á su merced que llevaba tocas negras....

—La misma, la misma, ¿y porqué no avisas á la justicia....?

—Porque me querrian hacer cómplice, y no quiero yo tener que ver con esa señora justicia.

—Pero esa pobre dama ¿qué habrá sido de ella?

—El debe decirlo....

—Avisa á la justicia.

—Avise su merced que ya lo sabe, y que no tendrá que sufrir nada; nosotros somos pobres, y nos prenden luego....

—Es decir, me dais licencia para que cuente yo esto á ver qué remedio se pone....

—No solo doy licencia, sino que se lo ruego á su merced que lo haga, para descanso de mi conciencia.

—Pues sí lo haré, lo haré: ¿y en dónde estaba emparedada esa mujer?

—Eso ya no importa porque ya la sacaron de allí; ahora se necesita saber á dónde está.

—¿Cómo os llamais?

—No lo dirémos, que ya lo bastante sabe vuesa merced, dijo la Apipizca.

Y sin esperar mas, Marta y Luis dieron la vuelta y echaron á andar, volteando la esquina y perdiéndose antes de que Fray Anjelo volviera en sí de su asombro.

—Comprometido lance es este—dijo para sí Fray Anjelo—denunciar este crímen que puede costar la vida á un hombre me es prohibido; dejar perecer á esa dama, seria un pecado pudiéndolo yo impedir.... ¿qué haré?.... ¿qué haré?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y sin moverse del lugar en que le habian dejado Luis y la Apipizca, inclinó la cabeza y se puso á reflexionar, sin cuidarse de la jente que le miraba con estrañeza al pasar.

De repente se dió una palmada en la frente esclamando.

—¡Muy bueno! ¡muy bueno!.... de este modo consigo.....

Y volvió á entrar precipitadamente á la cárcel.

Como Fray Anjelo iba todos los dias á visitar al marqués de San Vicente, la mayor parte de los empleados de la cárcel le conocian, y le apreciaban por su virtud.

Fray Anjelo, fiado en esto se dirijió inmediatamente á ver al alcaide.

—¿Qué ordena su merced, padre?—dijo este.

—Podria yo visitar á D. Guillen.....?

—No hay inconveniente, porque ya no está en calidad de preso y muy pronto debe irse para su casa, en cuanto el médico diga que ya puede.....

—Pues vamos.

El alcaide guió á Fray Anjelo hasta el aposento en que estaba el Señorito.

D. Guillen se quejaba de una manera bien triste: casi todo su cuerpo era una llaga, y las medicinas que se le aplicaban no calmaban sus intensos dolores; el médico temia por su vida.

Al ver que llegaba Fray Anjelo, el Señorito se estremeció, y dijo dirijiéndose á uno de los que estaban á su lado:

—¿Estoy de muerte? ¿y me van ya á confesar?

Los que le asistian no supieron qué contestar, y se miraron entre sí, pero Fray Anjelo se adelantó.



—No tema vuesa merced, vengo solo á consolarle! yo soy el sacerdote que fué llevado para que le confesara la noche.....

—¡Ah señor!—esclamó incorporándose un poco D. Guillen—debo á vuesa merced la vida: ¡oh! me hubieran matado de un modo horrible. ¡Perdóneme vuesa merced que no le hubiera conocido! que es mi padre, mi salvador.

Y D. Guillen tomaba la mano del fraile y la besaba con efusion.

—Vamos, calma—decia Fray Anjelo—calma, que el estado de vuesa merced no es para emociones violentas: vengo á hablarle á solas.....

D. Guillen hizo una señal y todos salieron dejándole con Fray Anjelo.

—Ya estamos solos—dijo el Señorito entre los quejidos que le arrancaban sus dolores.

—Si tan agradecido me está vuesa merced, quiero que me diga una cosa, en la intelijencia que la reservaré como si me la confiara bajo el sijilo sacramental.

—Estoy dispuesto á contestar.

—Se trata de una dama.

—¿De una dama?

—Sí, emparedada por vuesa merced.

El Señorito se estremeció en su lecho, y miró asombrado á Fray Anjelo.

—La verdad—dijo éste—la verdad; el arrepentimiento logra el perdon ante Dios, y yo nada diré á la justicia; quiero salvar á esa mujer y libertar la conciencia de vuesa merced de ese crímen; eso es si vuesa merced quiere que esto no es confesion, sino en cuanto al sijilo que ofrezco.

—Sí padre, diré, diré, porque este es un peso que oprime

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi corazon; no he sido yo culpable de ese crímen, aunque fuí cómplice; otro es el autor de él, que no le denunciaré; pero esa dama está emparedada en la casa del marqués de Rio-florido....

—Dios mio! ¿á caso su hija Dª Inés?....

—Padre, nada diré de un secreto que no es mio; pero la emparedada está allí y es preciso salvarla: me arrepiento! me arrepiento!.....

—Entonces voy inmediatamente á la casa.

—Y no entrará vuesa merced, porque Dª Inés ha sido aprehendida por el Santo Oficio, y la casa está cerrada y selladas las puertas.

—Pero dicen que vuesa merced la sacó de allí y que estaba loca.

—Loca estaba; pero no la he sacado, lo juro por mi salvacion, y mas valiera, porque quizá habrá muerto de hambre la desgraciada.

—Jesus nos asista! ¿qué haremos?

—Mire vuesa merced lo que hace para salvarla; pero pronto, porque si no ha muerto, morirá de hamrbe.

—¿Con que decís qué está?....

—En la casa del marqués de Rio-florido, en una bodega que hay en el gran patio que sirve de embarcadero: la puerta de la bodega está cubierta con leña; por Dios, padre, no cargue sobre mí este crímen mas.

—¿Pero á quién veré para esto?

—Conozco una persona que puede servir á vuesa merced.

—¿Quién es ella?

—D. Gonzalo de Casaus, comisario del Santo Oficio.

—Le conozco y corro en su busca; volveré, adios!

Y Fray Anjelo salió corriendo de la cárcel.



Marta y Luis se resolvieron á no perder el tiempo, y como estaban seguros de que las pesquisas respecto al paradero de Dª Laura se dirijirian por otra parte, puesto que ya sabian que la dama no estaba en la casa del marqués, se arreglaron para entrar aquella misma noche á esa casa para sacar de ella lo que mejor les conviniera.

Luis se proveyó de una ganzúa y Marta de un farol.

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIII.

De cómo Fray Anjelo no encontró á Dª Laura como pensaba, y de lo que hicieron Luis y Marta.

SIN perder un instante, Fray Anjelo se dirijió á la casa de D. Gonzalo de Casaus, para informarse del estraño acontecimiento que de saber acababa; pero fué vana su dilijencia, porque no le pudo encontrar.

Entonces su afliccion llegó al colmo, y se figuró que Dª Laura espiraba de hambre.

Comenzó á averiguar en dónde podia encontrarle, y le dijeron que por encargo del Santo Oficio y en desempeño de una comision habia ido á la calle de la Merced.

—Hace ya mucho tiempo?—preguntó Fray Anjelo.

—No—le respondió el que la noticia le habia dado.

Y Fray Anjelo echó á caminar apresuradamente para la calle de la Merced, seguro de que D. Gonzalo de Casaus iba á la casa del marqués de Rio-florido, y que la cosa no podia estar mejor para él.

Ya cerca de la casa del marqués alcanzó á ver un grupo de personas, que por su aspecto parecian jentes de justicia.



Fray Anjelo apretó el paso y les alcanzó; miró á todos con cuidado y no encontró entre ellos á D. Gonzalo.

—Puede que esté ya en la casa—pensó,—y siguió hasta la puerta; pero aun la encontró cerrada.

—No debe tardar—reflexionó.

En esto, los hombres llegaron á la casa, y uno de ellos, que parecia el jefe, sacó un manojo de llaves y comenzó á probar algunas en la cerradura.

Entonces Fray Anjelo creyó que era tiempo de hablar.

—Dispénseme vuesa merced, señor comisario—preguntó —no vendrá por acá mi Sr. D. Gonzalo de Casaus?

—No padre—contestó ceremoniosamente el comisario.

—Entonces, dispense vuesa merced la impertinencia: ¿vuesa merced va á entrar á la casa en nombre del Santo Oficio?

—Sí.

—Pues tengo antes que hacer una revelacion á vuesa merced.

El comisario dejó la llave pegada á la puerta y se apartó con Fray Anjelo.

Comenzaba ya á oscurecer, y Fray Anjelo habló tan largo tiempo con el comisario, que la noche cerró completamente.

—Entonces, ante todo, preciso es buscar á esa dama y salvarla—dijo el comisario.

—Indudablemente, y las señales que para encontrarla he dado á vuesa merced, son infalibles.

—Pues vamos.

El comisario hizo encender unos faroles que llevaba á prevencion, y abrió la puerta.

Entró Fray Anjelo con todos los familiares y se cerró la casa por dentro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes de que toda otra dilijencia, Fray Anjelo se encaminó seguido del comisario, en busca del gran patio que le habia indicado D. Guillen y tardaron poco en encontrarle.

Comenzaron á buscar detrás de todas las pilas de leña.

Imposible era que la puerta se escapara de la astuta sagacidad de los familiares y uno de ellos la descubrió y avisó á Fray Anjelo: este llamó al comisario, y en un instante todos estaban reunidos en la galera en que habia estado emparedada Dª Laura.

—Aquí debe ser—dijo Fray Anjelo.

—Rejistraremos—dijo el comisario, y casi en el momento agregó—¡aquí!

Llegóse Fray Anjelo y todos se detuvieron ante el lugar de donde habia sido sacada la dama.

—Aquí estuvo en efecto—dijo el comisario—todas las señales lo comprueban, pero ha sido sacada de aquí recientemente.

—Sí, contestó Fray Anjelo, la han sacado á esa desgraciada, pero la prueba es innegable.

—Innegable—repitió el comisario—¿pero quién la habrá sacado de aquí?

—Alguien que ha entrado—dijo Fray Anjelo.

—¿Pero por dónde? la casa está cerrada y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio.

—Sin embargo, álguien ha entrado aquí: mire vuesa merced en la tierra humeda señales de pisadas de un hombre.

—¡Una bujía de cera!—dijo un familiar levantando la que D. Lope habia dejado caer cuando reconoció á Dª Laura.

—Aquí se han burlado del Santo Oficio.

—¿Pero por dónde habrán entrado?



—Ahora se averiguará en el rejistro de la casa. Vámonos de aquí, que nada se hace ya.

Y diciendo esto, el comisario salió de la bodega, comenzó á deslizarse por el callejoncillo que habia detrás de la leña; pero al llegar al patio se detuvo repentinamente.

—¿Qué hay?—preguntó Fray Anjelo que le seguia, y que por eso no podia aun salir.

—He oido rumor en aquella puerta—contestó el comisario mostrando la que caia por el canal.

—En efecto.

—Decid que se oculten todos en la bodega con las luces y que guardan el mayor silencio, hasta que yo les mande salir; aquí vamos á descubrir el misterio.

Fray Anjelo comunicó la órden del comisario á los familiares; todos volvieron á entrar á la galera, cerrando las puertas, y el comisario oculto tras de la leña quedó en silencio, observando lo que pasaba en la puerta que caia al canal.

Se escuchaba en ella un ruido como si trataran de forzar la cerradura ó abrir con una llave que no era la de la chapa.

Aquel ruido duró algun tiempo, hasta que por fin, se oyó crujir el pasador que cedia, y poco á poco los batientes fueron separándose hasta dar paso á un hombre, despues del cual entró una mujer.

Aunque la noche no estaba muy clara, á la distancia en que se encontraba el comisario del Santo Oficio, pudo muy bien distinguir todo esto, lo mismo que Fray Anjelo que detrás de él miraba con ojos asombrados.

El hombre y la mujer volvieron á cerrar, y pusieron una vigueta para impedir que se pudiera abrir; despues encen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dieron un farolillo, y sin detenerse se dirijieron al interior de la casa, pasando cerca del lugar en que estaban escondidos el comisario, Fray Anjelo y los familiares.

—Mira—dijo el hombre á la mujer, creyendo que nadie los escuchaba y en voz alta—detrás de esa leña está la bodega de la emparedada.

—Vamos á ver—contestó la mujer.

—¿Para qué? perdemos el tiempo;—ya sabes que no está.

—Ahora nos toca salir—dijo el comisario cuando la luz del farol que llevaban el hombre y la mujer se perdió en el interior de la casa—esta es la llave de todo el misterio.

Llamó á los familiares, y se puso en seguimiento de los misteriosos visitadores.

—Marta—decia el hombre—la fortuna nos proteje, nada absolutamente se ha variado en la casa, todo está como el dia en que salimos.

—Pero óyeme Luis—contestaba la mujer—yo no tengo miedo á nada, y sin embargo, me da pavor andar sola de noche aquí en donde hubo tantas muertes.

—Tonta, los muertos no vuelven.

—¿Pues no hay almas *en pena?*

—Yo no he visto ninguna, y hasta que no lo vea no lo creo.

—Vaya, llegamos al aposento de Dª Inés; ¡ojalá que no se hayan sacado de aquí una caja!..... no.... aquí está, mira.

—Pero tiene el sello del Santo Oficio.

—Se lo quitamos.

—Tengo miedo..... mucho miedo.....

—¿Pero á qué le tienes miedo?



—No sé.... al alma del marqués.... á los muertos.... de pensar que estamos solos en esta casa tan oscura.... se me figura que se me aparecen..... á cada momento creo oir ruido.... siento como que me soplan en la espalda.

—Anda, ayúdame, y deja de tonteras—contestó Luis rompiendo con la punta de su daga el sello de la Inquisicion.

—¡Jesus!—esclamó de repente Marta.

—¿Qué te sucede....?

—He oído un rumor en el pasillo.

—Aprensiones, miedo.

—No, escucha, escucha—contestó Marta con un temblor convulsivo, y acercándose á Luis como para buscar amparo.

—Vamos, déjame trabajar—contestó Luis, tratando de romper la cerradura del cofre.

—¡Oye, oye!—decia la muchacha con angustia.

Luis se enderezó un poco y escuchó. En efecto, se oia un lijero rumor por fuera del aposento; pero á poco cesó.

—Será el viento—dijo con desdén, y volvió á su trabajo.

—¡Luis!—gritó con angustia la Apipizca arrojándose como para abrazar á su compañero: esa puerta se abre.

—En efecto, se abre—dijo Luis perdiendo su sangre fria, porque la puerta del aposento en que estaban se iba abriendo poco á poco, y se veia en ella una mano que la empujaba.

Ni Marta ni Luis creyeron ya que aquello era una cosa natural. Su imajinacion exaltada por el lugar en que estaban, por los recuerdos que tenian y por la hora que era, su conciencia intranquila, y sobre todo, la seguridad de que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ningun sér humano mas que ellos habia en la casa, les hizo creer que aquello era aparicion de un muerto.

La Apipizca lanzó un grito de agonía y se desmayó dejando caer el farol que se estinguió.

Luis dejó caer tambien el puñal y se santiguó temblando como una mujer.

La educacion que ellos habian recibido, les hacia mas á propósito para recibir una impresion semejante, porque entonces á los niños no se les contaban mas que consejas con el nombre *de ejemplos*, en los que siempre habia aparecidos y almas en pena, y no se les decia mas para hacerles callar, que *allí viene el muerto! te coje el muerto!* y cosas por el estilo, y estas preocupaciones de la niñez no se quitan fácilmente.

Luis sintió que álguien entraba en el aposento, y creyó firmemente que era un muerto.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, reunió todo el valor que le quedaba, y tomando una entonacion grave, pronunció con acento de exorcista aquella solemne frase que habia oido decir que se usaba de rigor en casos semejantes, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—*De parte de Dios te digo, que me digas si eres de esta vida ó de la otra.*

—Dése preso á la Inquisicion—contestó una voz en el aposento, á tiempo que se iluminó todo por la llegada de algunos familiares con faroles.

Quizá Luis hubiera preferido que aquellos hubieran sido muertos, porque los muertos le hubieran exijido cuando mas, segun las costumbres de las *almas en pena* de aquellos tiempos, algunas misas, algunas limosnas y algunas oraciones, y le habrian dicho quizá á dónde habia dinero enterrado; pero hombres de carne hueso y ademas familiares del Santo Oficio, de seguro que no se habian de contentar con tan poca cosa.



Así sucedió: Luis no supo ni qué contestar, y antes que volviera en sí de su asombro, y antes de que tuviera tiempo de reflexionar estaba ya maniatado.

La Apipizca creyó volverse loca, cuando al salir de su desmayo se encontró rodeada de los familiares, á quienes conocia perfectamente, porque hacia apenas veinticuatro horas que aun estaba en su poder.

Se dió fé de que los sellos del Santo Oficio estaban rotos, y este era el mas grave de los delitos de Luis, y el que menos podia negar.

El comisario escribió su informe ó cabeza de proceso, y cuatro familiares se llevaron á los culpables para las cárceles secretas del Santo Oficio.

De seguro que Marta no creia volver á andar tan pronto aquelcamino.

---



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIV.

De cómo salió de la Inquisicion Doña Inés de Medina.

EL Santo Oficio tomó cartas en el negocio de la emparedada, que se aclaró por la prision de Luis y Marta; pero esto correspondia á los tribunales del fuero comun, y el Santo Oficio declaró que no siendo esta causa de fé, no podia intervenir.

Ademas, como nada se habia aclarado de la acusacion que se hizo contra Dª Inés por judaisante, la dama fué remitida á los tribunales de fuero ordinario.

Luis y Marta quedaron presos por la fractura de los sellos.

Luego que Dª Inés fué remitida á las cárceles de la audiencia, comenzaron á ponerse en juego mil intrigas por parte de los oidores para salvarla.

D. Frutos Delgado fué el primero que se presentó en la prision de la dama para saludarla, y mas bien como á una víctima de la desgracia y de la calumnia, que como á una mujer criminal.



—Creame vuesa merced, señora—decia D. Frutos—que todos estos padecimientos que sufre por amor de su Majestad, serán largamente premiados.

—Sin embargo—contestó Dª Inés—el secuestro de mis bienes no se ha levantado, y segun es la cuenta de gastos del proceso, gran parte de ellos entraron á las cajas del Santo Oficio.

—Aclarada ya la verdad de los hechos y muy pronto vuesa merced libre, podia presentar sus reclamaciones, y no dudo que se la hará justicia y será indemnizada.

—Felizmente no tengo en México mas propiedad que una casa en la calle de la Merced, que su señoría ya conoce, y cuya casa me causa horror porque en ella tuvo lugar la desgracia de mi padre.

—Esa casa, señora, ha sido vendida ya de órden del Santo Oficio.

—¿Y quién la ha comprado?

—Un desconocido, y á vil precio, porque con motivo de los acontecimientos y por el cuento ese de la emparedada, nadie hizo ni siquiera una regular postura.

—Hágase la voluntad de Dios!

—Y digo, señora; á propósito de la emparedada, y vea vuesa merced que no le habla el oidor, sino el amigo: ¿qué hay en toda esa leyenda? porque yo estoy resuelto á salvar á vuesa merced, y necesito saber la verdad.

—La verdad no la ocultaré á su señoría, porque demasiada confianza tengo en su lealtad, y es negocio este que á todos nos atañe; escuche su señoría:

—Escucho, señora.

—¿Recuerda su señoría que le prometí descubrirle el plan de la conspiracion, el nombre de los conjurados y en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tregar los papeles que fueron estraidos del equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí señora.

—¿Y recuerda su señoría cuándo fué esto?

—Sí señora, pocos dias antes de que vuesa merced fuese presa por el Santo Oficio.

—Precisamente, y este es el hilo del negocio; seguramente los contrarios supieron esto, y por eso me denunciaron al Santo Oficio; pero esa mujer emparedada era la que me iba á decir todo.

—¿Cómo?

—Esa mujer tenia amorosas relaciones con uno de los conjurados, sin duda con el de mas confianza, porque á él se le entregaron los papeles del marqués de San Vicente.

—¿Quién se los entregó?

—Permítame su señoría que esto lo calle, porque es el mismo que me dió á mí el aviso, y creo que se le puede dispensar muy bien la falta por el servicio.

—Ciertamente, señora.

—Pues como decia: el hombre que recibió los papeles los trajo á depositar á la casa de esa Dª Laura, que es la dama emparedada.

—¡Dª Laura!

—Sí señor; súpelo en la misma noche ó á la siguiente, no lo recuerdo bien; pero juzgué que no sabiendo á dónde ella ocultaba esos papeles, era necesario que ella misma lo declarase.

—Muy bien pensado.

—Pero ella no podia declarar, estando en la casa, y era necesario, ante todo, sacarla de allí, y luego obligarla á confesar lo que sabia; ¿es verdad?



—Sí señora, veo que vuesa merced comprendió lo que habia que hacer.

—Por tanto, determiné sacar á esa mujer valiéndome del único arbitrio que tenia: robarla! Conozco que esto no era bueno; pero en fin, se trataba del servicio de su Majestad, y el servicio de su Majestad, es antes que todo.

—Ciertamente.

—Si se hubiera tratado de un asunto que me interesara á mí nada mas, quizá nunca me hubiera atrevido á dar este paso; pero por el rey no vacilé y robé á Dª Laura.

—Esa es mucha lealtad!....

—Llevéla á mi casa, y allí tuve necesidad de pensar en una medida de rigor, que sin causar la muerte de esa mujer, la obligara por la fuerza á declarar lo que sabia, y á decir en dónde tenia los papeles.

—¿Y entónces?.....

—Entonces, pensé primero en el tormento; pero el tormento deja siempre huellas indelebles, que pueden servir de testigos á la acusacion; y además, el tormento acaba con las fuerzas del cuerpo y del espíritu; puede causar la muerte, y no es posible prolongarle por mucho tiempo, ni hacerle tan lento como se necesita.

—Es cierto—dijo el oidor como reflexionando profundamente en lo que decia Dª Laura.

—Por eso pensé en emparedarla; el terror debia ser el tormento, mas que la incomodidad de la prision, y sin peligro, pues no le faltaban los alimentos; aquella mujer debia permanecer allí hasta que confesase.

—¿Y confesó?

—Desgraciadamente cuando comenzaba la prueba, cuando aun en ella el rencor y la cólera hacian las veces del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

valor y no podia apreciar realmente su situacion, sus amigos, ignorando ó sabiendo que ella estaba presa, pero sí conociendo que yo tenia el hilo de todo, me denunciaron ante el Santo Oficio.

—Infames!

—¡Pero lograron su objeto!

—Y qué fué de esa dama?

—Lo ignoro; cuando fuí presa ella quedó allí.

—Pero cuando el comisario del Santo Oficio ha ido allá, la dama habia desaparecido?

—Ese es un misterio que no alcanzo á comprender; solo tres personas lo sabiamos: yo, Luis y el otro hombre, cuyo nombre no he querido decir á su señoría; pero ninguno de estos dos ha podido sacarla, porque no tenian en ello intereses de ninguna clase.

—En todo caso, esa mujer ha desaparecido, y vuesa merced para salvarse debe negar todo resueltamente, y decir que son calumnias de sus enemigos que la acusaron falsamente á la Inquisicion como judaisante, y luego, viendo que esto no la aprovechaba, le inventaron este nuevo crímen.

—Y el negar será bastante?

—Yo respondo de todo!

El oidor salió de la prision de Dª Inés, resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para salvarla, porque aquella mujer lo habia hecho todo por el buen servicio de su Majestad.

En efecto, se siguió un proceso, durante el cual nada se supo del paradero de Dª Laura; D. Frutos y los demas oidores hicieron cuanto estuvo de su parte para salvar á la acusada, y Dª Inés fué absuelta y se le puso en libertad á muy poco tiempo.



Entretanto, el Señorito seguia enfermo de bastante gravedad, y Luis y Marta presos en la Inquisicion por el negocio de los sellos.

El *Tapado* se habia restablecido, y aunque no se habia aclarado nada, porque él insistia tenazmente en su negativa, y su proceso seguia adelante.

D. Lope de Montemayor se habia retirado de la sociedad, y casi nunca se le veia en las calles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

De lo que pasaba en México el mártes 11 de Julio de 1684.

UN año casi habia trascurrido desde los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior.

En el palacio del virey tenia lugar una fúnebre ceremonia.

El arzobispo y todas las comunidades relijiosas ocurrian á dar el pésame al virey, por la muerte del Sr. D. Fray Payo Enriquez de Rivera, arzobispo y virey que fué de México.

El virey recibia el pésame y contestaba los discursos que con este motivo se le dirijian.

Terminada la ceremonia, el secretario del virey se acercó y le dijo en voz baja:

—Señor, me envía á llamar D. Antonio de Benavides.

—¿Y qué quiere?—preguntó el virey.

—Dice que tiene necesidad de hablarme: deseo saber si V. E. no tiene que disponer....

—No; vaya vuesa merced en buena hora.



El secretario se separó del virey y se dirijió á la cárcel de la Audiencia.

D. Antonio de Benavides, sentenciado á la horca, habia sido *encapillado* desde el dia anterior; es decir, desde el lúnes 10 de Julio.

El secretario del virey se dirijió pues á la capilla.

En una estancia no muy amplia, que tenia en el fondo un altar con una imájen de Jesucristo crucifijado y delante de la cual ardian cuatro velas de cera, estaba D. Antonio de Benavides sentado en un sitial, y rodeado de sacerdotes.

D. Antonio estaba sumamente pálido, pero aquella palidez era mas bien de resultas de la penosa enfermedad que habia sufrido, que de la emocion que le causaba su próxima muerte; porque su mirada era serena, y su voz firme y segura.

Vestia ropilla y calzones negros, y colgaban de su cuello multitud de escapularios, rosarios y reliquias de santos.

D. Antonio escuchaba devotamente, pero con serenidad, las oraciones de los sacerdotes que le acompañaban, y entre los cuales por su fervor se distinguia á Fray Anjelo.

—Señor Castillo—dijo Benavides, al ver al secretario del virey—dispénseme vuesa merced, si me he atrevido á llamarle, pero deseaba hablar con vuesa merced á solas, antes de que llegue mi última hora.

Benavides pronunció estas últimas palabras con tanta calma, como si no se hubiera tratado de su propia muerte.

Los sacerdotes que le asistian se miraron entre sí, y comprendieron que aquella era una indicacion para que se retirasen, y con prudencia fueron uno en pos de otro saliendo de la capilla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El último de ellos fué Fray Anjelo, y estaba cerca ya de la puerta cuando *el Tapado* le dijo:

—Desearia que vuesa merced oyese lo que tengo que decir.

Fray Anjelo se detuvo, y volvió á donde estaban Benavides y el secretario del virey; la puerta de la capilla habia sido cerrada.

—Pocas horas me quedan ya de vida!—dijo con solemnidad el *Tapado*—casi estoy en la presencia de Dios, y como si oyera vuesa merced hablar á una alma de la otra vida, así deseo que mis palabras las conserve en su memoria para repetírselas á S. E. cuando ya yo no exista.

El acento de Benavides, era tan tierno como solemne, su voz vibrante pero firme, se apagaba al terminar cada palabra como si aquella estancia no hubiera tenido un solo eco, ó como si el eco hubiera callado por no turbar aquella escena conmovedora.

Castillo, pálido por la emocion, escuchaba sin pestañear casi, y Fray Anjelo con el rostro inclinado lloraba silenciosamente. El alma de aquel fraile, era nno de esos espíritus privilejiados que no dejan nunca de sufrir con los sufrimientos de los demás, que no se connaturalizan con la desgracia de la humanidad: que miran y sienten cada ajeno dolor como si fuera el primero que conocen; su corazon era uno de esos corazones que no se endurecen á fuerza de ver penas, que no pierden la sensibilidad á fuerza de sentir.

—Diga vuesa merced á S. E.—continuó D. Antonio—que voy á morir, pero que no soy impostor; que soy marqués de San Vicente y castellano de Acapulco; que mis papeles venian en regla; que por un misterio que no puedo esplicar esos papeles han desaparecido, pero que no soy un impostor; sin embargo, voy á morir, y á morir en una horca. Dios lo disponé así; quizá alguna de las acciones de mi vida me hagan acreedor al suplicio: Dios que me juzga lo sabe; y acato su infinita justicia, á nadie culpo, á nadie denuncio, perdono á todos los que causa son de mi muerte.... y decidle tambien á su Escelencia..... que le perdono, que le perdono con todo mi corazon.



D. Antonio pronunció estas palabras con verdadera uncion, como si hubieran salido del fondo de su alma, y con toda la fuerza de su espíritu.

El secretario Castillo nada contestó; calló Benavides y todos quedaron en profundo recojimiento. Así trascurrió un largo tiempo.

—¿Nada mas tiene que decirme el señor marqués?—preguntó con respeto Castillo.

—Nada mas; qué no olvide vuesa merced nada de lo que le he dicho, y que así lo repita al señor virey cuado haya yo espirado.

El secretario se levantó, tendiendo los brazos á D. Antonio que se arrojó en ellos.

—Adios—dijo el seeretario.

—Adios—contestó Benavides—y luego señalando al cielo agregó—allá espero á vuesa merced.

El secretario salió profundamente conmovido. Benavides se arrodilló delante del altar, y Fray Anjelo conteniendo apenas sus sollozos, esclamó:

—Hijo mio! hijo mio! Dios te abrirá las puertas de su eterna morada.

Despues se levantó mas tranquilo y se dirijió á Fray Anjelo.

—¿Creeis, padre mio—le dijo—que me salvaré?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ten fé en Jesucristo—contestó el relijioso—por él se abren las puertas del cielo: en estos momentos supremos y tristes para el mísero é ignorante mortal, la sangre del justo que purificó un mundo lleno de corrupcion y de maldad, cae como una lluvia de redencion sobre el espíritu; no temas á la muerte, hijo mio: la muerte no es mas que el llamamiento del padre á los hijos. Allá, en otra vida, en otro mundo, te esperan sonriendo los espíritus de tus padres y de tus hermanos y de tus amigos; allí los que fueron tus enemigos sobre la tierra, no tienen para tí mas que amor; allí cesa la lucha en que se ajita el alma entre esos dos verdugos que se llaman el temor y la esperanza, porque Dios es tu padre y te pide amor y confianza.

—Oh! sí, mi padre! mi padre!

—Nuestro padre, hijo mio; nuestro padre, padre nuestro.

—Padre nuestro que estás en los cielos—dijo con fervor D. Antonio, arrodillándose y recitando con devocion infantil la oracion dominical, que Fray Anjelo repetia en voz baja para no distraerle.

Benavides terminó su oracion, y quedó un momento pensativo; pero de repente esclamó:

—¡Y la horca! ¡el patíbulo! ¡la deshonra!

—¿La horca, el patíbulo, la deshonra? piensas en eso, hijo mio? y qué es todo eso? un modo de morir como otro cualquiera; un modo de morir para el cristiano mejor que cualquiera otro, porque le da tiempo para prepararse al viaje: ¿qué te importa eso que llamas honra, si tienes seguro el perdon de Dios? La horca y el sufrimiento son dolores y padecimientos de redencion, que si los ofreces á tu Dios serán la palma del martirio con que te presentes radiante en el cielo; deja el cuerpo, déjale, despréciale; el cuerpo es



como la vieja nave en que se ha atravesado por un mar proceloso durante una tormenta; llegas sano y salvo al puerto: ¿á qué mirar el viejo casco que ya para nada te sirve? ¡Navegante en los mares del mundo, si sientes ya sobre tu rostro el viento dulce de la eternidad y la luz indeficiente de la mirada de tu Dios! ¿por qué te apenas de abandonar el bajel que te ha conducido y en el que has estado á pique de zozobrar? ¡Mariposa que dejas el capullo en que has soñado la vida, tiende tus alas y mira el sol! Dios te llama, escúchale, y vuela feliz á su presencia! cree en él!

—Creo en Dios padre—esclamó D. Antonio, volviendo á caer de rodillas—Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.

Y Fray Anjelo repetia el Credo con el mismo fervor que el encapillado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVI.

De lo que por fin aconteció á D. Antonio de Benavides.

ERA el miércoles 11 de Julio de 1684.

La luz de la mañana apareció triste, y la jente comenzó á tener tambien tristes presentimientos.

Cerca de San Gerónimo, las jentes de justicia encontraron el cadáver de un negro ahorcado que apareció allí sin saber quién le habia dado la muerte

En la plaza principal habia preparativos para ejecucion de justicia.

La infantería estaba fuera de palacio, los curiosos comenzaban á llegar de todos los estremos de la ciudad, y muy temprano se vió el Cristo de los hermanos de *la misericordia* entrar á la cárcel de la Audiencia.

Poco á poco fué aumentando la concurrencia de la plaza, y á pesar del sol ardiente de la estacion, nadie se separaba de allí, y por el contrario, á cada momento llegaban nuevos grupos.

Esperaban la ejecucion, y aquellas ejecuciones no eran á una hora fija, y los caritativos cristianos que deseaban



gozar de tan agradable espectáculo tenian que permanecer espuestos á los rayos del sol cuatro ó seis horas.

Y esto era ya una cosa tan comun, que cuando de algun hombre se queria indicar que moria en un patíbulo, se decia:

*Este nos ha de dar un dia de sol.*

En efecto, aquel dia el sol estaba *tomado por entero* por la muchedumbre, porque ni una sola nube cruzaba por el azul espacio de los cielos.

Oyóse por fin un sordo murmullo entre los que estaban mas cerca de la cárcel, y el murmullo fué recorriendo todas las bocas, hasta llegar á las estremidades de aquella masa de jentes.

—Allí viene! ya viene, ya le traen!

Repetian todos, procurando alcanzar á ver alguna cosa sobre aquel piélago de cabezas.

La triste comitiva salia ya de las puertas de la cárcel para recorrer con el reo, como era de costumbre, algunas calles antes de llevarle al patíbulo.

Aquello era como una ostentacion de crueldad, era como esos paseos que hacen los maromeros y saltimbanquis en los pueblos, que atraviesan las calles lujosamente vestidos, y al son de una música, antes de comenzar la funcion, con objeto de escitar la curiosidad pública y atraer mayor concurrencia.

A esto, los maromeros le llaman *el convite.*

La justicia en aquellos tiempos era como los maromeros, sacaba tambien *su convite,* salia á mostrar al pueblo la víctima, á recordarle que habia una diversion, que no cedia en crueldad, si bien era inferior en mérito, á los de los circos paganos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero aquello era con la buena y humanitaria intencion de moralizar al pueblo, escarmentándole y acostumbrándole á presenciar la agonía de un hombre en la horca ó en el garrote.

Y las damas nobles y las señoras aristócratas asistian á tan repugnante espectáculo, y este era el objeto de las conversaciones en las casas mas aristócratas, y cada uno se complacia en esplicar la escena, teniendo orgullo en recordar los menores movimientos y los mas insignificantes gestos de la víctima.

Con razon hay quien crea que la moral, la virtud y la caridad han perdido mucho con la moderada civilizacion.

Hoy los padres honrados son tan ignorantes, que piensan que es mejor leccion para un jóven un buen drama, que el espectáculo de un hombre á quien van á decapitar por sus crímenes.

Esta moderna generacion tiene la locura de querer abolir la pena de muerte, y esto es prostituir el clasisismo de las doctrinas del tiempo del maestro *Antonio Gomez y Carleval.*

D. Antonio de Benavides salió de la prision montado en un asno aparejado: se añadia la burla á la crueldad, y se pretendia que el vulgo riera del hombre que iba á espirar.

Un auxiliar del verdugo tiraba el ronzal del asno en que iba el sentenciado, y otro le daba golpes con un palo para obligarle á andar.

Benavides llevaba los ojos vendados y un crucifijo en la mano, y los escapularios y las reliquias que tenia en el cuello desde el dia en que se le encapilló, habian aumentado considerablemente.



Al rededor de él caminaban una multitud de sacerdotes regulares y seculares, que á voz en cuello gritaban á cada paso:

—¡Jesus te ayude!

—¡Jesus te acompañe!

Y delante de tan triste procesion el Cristo de la Misericordia y un muchachillo con una campana, que sonaba de cuando en cuando, causando tristeza y pavor en todos los que á oirle llegaban.

Un pregonero á cierta distancia gritaba: la justicia que se manda hacer contra Antonio Benavides, llamado marqués de San Vicente, por falsario, impostor y usurpador de títulos.....

Fray Anjelo caminaba al lado de Benavides, animándole y exhortándole en voz baja, sin abandonarle un solo momento.

Benavides iba densamente pálido, vestido con elegancia, pero descubierto de la cabeza.

Sobre su frente pálida se pegaban algunos rizos de su cabello negro, debajo de los cuales corria algunas veces una gota de sudor, que caia sobre la venda que cubria sus ojos.

La tribulacion y la angustia de aquella alma debian de ser muy grandes, pero D. Antonio iba tan firme sobre el aparejo del asno, como pudiera ir sobre la silla de un brioso corcel de batalla.

Aquel paseo duró lo menos una hora, y Benavides conoció que llegaba al lugar del suplicio por el rumor inmenso de la muchedumbre que le esperaba.

Abrióse entre el apretado jentío una calle por la que atravesó, al son de la fúnebre campana del Señor de la Misericordia, la comitiva que conducia á D. Antonio de Benavides.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegaron hasta el pié de la horca; *se apellidó*, como se decia en aquellos tiempos, la pena de muerte para el que alzare la voz y en favor del reo, y se hizo bajar á este de su humilde cabalgadura.

Indudablemente aquel fué el momento terrible, para el *Tapado*, al despedirse de los sacerdotes que hasta allí le acompañaban.

Abrazólos á todos con gran serenidad, aunque muchos de ellos lloraban.

—¡Adios, adios!—dijo Fray Anjelo.

—¡Hasta el cielo, padre mio!—contestó el *Tapado* con verdadera fé; y entregándose en manos de los verdugos, comenzó á subir con paso firme la escalera de la horca.

Desde ese instante, separado ya de Fray Anjelo, se encontró enteramente solo, y aunque aquello no debia durar ni un minuto, aquel vacío le pareció horrible.

D. Antonio llegó hasta el fin de la escalera, á donde habia una pequeña plataforma, y allí se irguió, alzó su rostro al cielo como si pudiera mirar al través de la venda que cubria sus ojos, y esclamó:

—¡Dios mio! recíbeme en tu seno.

Entretanto el verdugo pasó por el cuello de D. Antonio el nudo corredizo y se retiró; bajó repentinamente la plataforma de la escalera y el *Tapado* quedó suspendido del dogal.

Aquel cuerpo se estremeció por un instante convulsivamente, y despues.... nada. D. Antonio de Benavides habia espirado.

Al pié de la horca Fray Anjelo oraba postrado en tierra.

La multitud guardaba un pavoroso silencio.



Así pasaron dos horas, y sin embargo, ninguno de los asistentes se retiraba, y todo el mundo permanecia estacionado en la plaza.

Era que aun faltaba algo que hacer en aquel drama horrible; aun la justicia humana no estaba satisfecha con la muerte de aquel hombre.

Y la jente ávida de emociones no queria perder un solo de los actos de la justicia.

Y se iba á ajusticiar á un cadáver, lo cual sin duda no era contra el que habia sido un hombre, sino contra los que presenciaban la ejecucion, porque lo que se iba á seguir no tenia el carácter de un castigo, sino de una advertencia, de una amenaza.

Era decir á los hombres, que la venganza de los reyes y de sus representantes no perdona ni á los muertos.

Volvió á colocarse la escalera y á subir la plataforma encima de la cual aparecieron los verdugos con los rostros cubiertos con una máscara negra.

Silenciosamente descolgaron el cadáver de Benavides, y lo tendieron en la plataforma.

Aquello que iban á ejecutar era lo que aun faltaba que ver á los curiosos.

Sin ceremonia de ninguna especie, uno de los verdugos levantó una pesada hacha, y cortó de un solo golpe la mano derecha del cadáver; despues hizo lo mismo con la izquierda, y se preparó á dividir la cabeza del tronco.

Pero entonces pasó una cosa siniestra; el sol, que habia comenzado á dar una luz rojiza y vacilante, que dibujaba informes las sombras, se fué oscureciendo como si una nube densa cubriera su brillante disco.

Todos alzaron los ojos para ver el sol, y en todo el firma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento no habia ni una sola nube. El cielo estaba puro y el sol eclipsaba (1).

Un estraño sentimiento de pavor se apoderó de cuantos estaban en la plaza.

Conmovidos por las escenas que acababan de presenciar, y con lo poco estendidos que estaban entonces los conocimientos científicos en México, el vulgo encontró una misteriosa relacion entre aquel hombre que acababa de morir, y aquel astro que velaba sus rayos.

Todos pensaron que la muerte de un inocente indignaba á Dios, y que aquel eclipse era la prueba del desagrado con que la Divinidad habia visto el sacrificio.

En un momento la gran plaza quedó desierta porque las jentes temerosas se retiraron á sus casas, y solo la tropa, los verdugos y Fray Anjelo permanecieron en sus puestos.

Cuando la cabeza de Benavides fué separada completamente del tronco, ningun curioso habia ya que la viese.

Una de sus manos fué clavada en la horca, la otra y la cabeza depositadas en una caja para ser enviadas á Puebla, á donde Benavides habia sido muy obsequiado, y el cuerpo en un miserable ataúd, conducido por unos presos al cementerio.

Soldados y verdugos habian desaparecido, y solo quedaba en la plaza, un fraile orando al pié de la horca.

Era Fray Anjelo!

(1) En el mismo dia miércoles 12 de Julio de 1684, en que ahorcaron á D. Antonio de Benavides el *Tapado*, y le cortaron las manos y la cabeza, hubo un eclipse de sol segun refiere el Lic. D. Antonio de Robles, en *su diario de sucesos notables*. (Nota del autor.)

## XVII.

En donde se vuelve á hablar de D. Lope y de Doña Laura.

ASI al mismo tiempo que acontecia esto en la plaza, tenia lugar otra escena triste en la casa de D. Lope de Montemayor.

En una estancia, cuyas puertas casi cerradas dejaban apenas penetrar un débil rayo de luz, una mujer agonizaba.

Era Dª Laura: de un lado de su lecho estaban dos esclavas y del otro contemplándola sombríamente D. Lope de Montemayor.

La respiracion de aquella mujer era fatigosa, y grande la inquietud que mostraba ajitándose en la cama á cada momento, y pronunciando palabras cortadas é incoherentes

Dª Laura estaba horriblemente pálida y estenuada, era casi un esqueleto; sus ojos hundidos brillaban con un ardor febril, y dentro de su boca parecia pegarse su lengua á las fauses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento no habia ni una sola nube. El cielo estaba puro y el sol eclipsaba (1).

Un estraño sentimiento de pavor se apoderó de cuantos estaban en la plaza.

Conmovidos por las escenas que acababan de presenciar, y con lo poco estendidos que estaban entonces los conocimientos científicos en México, el vulgo encontró una misteriosa relacion entre aquel hombre que acababa de morir, y aquel astro que velaba sus rayos.

Todos pensaron que la muerte de un inocente indignaba á Dios, y que aquel eclipse era la prueba del desagrado con que la Divinidad habia visto el sacrificio.

En un momento la gran plaza quedó desierta porque las jentes temerosas se retiraron á sus casas, y solo la tropa, los verdugos y Fray Anjelo permanecieron en sus puestos.

Cuando la cabeza de Benavides fué separada completamente del tronco, ningun curioso habia ya que la viese.

Una de sus manos fué clavada en la horca, la otra y la cabeza depositadas en una caja para ser enviadas á Puebla, á donde Benavides habia sido muy obsequiado, y el cuerpo en un miserable ataúd, conducido por unos presos al cementerio.

Soldados y verdugos habian desaparecido, y solo quedaba en la plaza, un fraile orando al pié de la horca.

Era Fray Anjelo!

(1) En el mismo dia miércoles 12 de Julio de 1684, en que ahorcaron á D. Antonio de Benavides el *Tapado*, y le cortaron las manos y la cabeza, hubo un eclipse de sol segun refiere el Lic. D. Antonio de Robles, en *su diario de sucesos notables*. (Nota del autor.)

## XVII.

En donde se vuelve á hablar de D. Lope y de Doña Laura.

ASI al mismo tiempo que acontecia esto en la plaza, tenia lugar otra escena triste en la casa de D. Lope de Montemayor.

En una estancia, cuyas puertas casi cerradas dejaban apenas penetrar un débil rayo de luz, una mujer agonizaba.

Era Dª Laura: de un lado de su lecho estaban dos esclavas y del otro contemplándola sombríamente D. Lope de Montemayor.

La respiracion de aquella mujer era fatigosa, y grande la inquietud que mostraba ajitándose en la cama á cada momento, y pronunciando palabras cortadas é incoherentes

Dª Laura estaba horriblemente pálida y estenuada, era casi un esqueleto; sus ojos hundidos brillaban con un ardor febril, y dentro de su boca parecia pegarse su lengua á las fauses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las esclavas procuraban á cada momento componer las ropas de la cama, que la enferma arrojaba en su ajitacion.

De pronto pareció entrar en un profundo sueño, y quedó tranquila como un niño dormido.

D. Lope, sin apartar la vista de aquel rostro demacrado, permaneció inmóbil mucho tiempo.

De repente se escuchó en la calle el sonido de la campanilla del Señor de la Misericordia.

Era que sacaban de la prision á Benavides para llevarlo al suplicio.

El sonido de aquella campana, que se acercaba, se fué haciendo cada vez mas perceptible en medio del silencio que reinaba en la habitacion.

Entonces Dª Laura, como despertando, abrió sus grandes ojos y paseó su mirada con estrañeza por toda la estancia.

Pero aquella mirada no era ya la mirada hosca ó vaga de un demente, era la mirada lánguida y triste de un enfermo.

D. Lope lo advirtió, y se levantó instintivamente de su asiento.

—D. Lope—dijo con ternura Dª Laura.

—Yo soy, señora, yo soy—contestó el jóven arrodillándose profundamente conmovido al pié del lecho, y tomando una de las manos de la dama.

—D. Lope ¿en dónde estoy?.....

—En vuestra casa, señora, en vuestra casa.

—¿Pues qué es esto?.... ¿qué ha sido de mí....? he soñado cosas horribles....! pero no sé.... no puedo recordar....!



—Dejad eso señora, reposad, que bien lo necesitais....

—¡Ah....! ¿qué es eso?—esclamó Dª Laura oyendo con esa delicadeza de oido que tienen los moribundos, la campanilla del Señor de la Misericordia—..... ¿qué campana es esa?

—Es una procesion—contestó D. Lope tratando de distraerla.

—No.... esa.... esa.... no es procesion.... esa.... es la.... campana..... de los..... ajusticiados..... ¿á quién.....?

Dª Laura apenas podia continuar, y con su mano delgada y pálida procuraba hacer señas á D. Lope para concluir la frase.

Bien comprendia el jóven de lo que se trataba; pero no queria contestar directamente.

—Dejad eso, señora—decia—cuidad solo de vos, de vuestra salud. ¿Os sentís mejor?

—Sí, me siento bien: muy débil..... pero mis recuerdos..... ¿en dónde estaba yo?..... en mi casa.... luego unos hombres.... me sacaron..... una mujer.... Dª Inés, eso es.... Dª Inés....

—Señora, no recordeis eso, que son solo delirios de una fiebre y que tomais por cosas reales.

—Puede ser.... puede ser..... pero esa campana.... todavía la escucho.... ¿quién?.... habia un hombre en peligro.... de muerte.... ¿quién era?.... ¿quién....?

D. Lope miraba con ternura á la dama, como siguiendo el hilo de aquellos muertos pensamientos.

DªLaura quedó pensativa, y luego esclamó:

—Ah!.... ya recuerdo..... D. Antonio..... de Benavides..... ¿ya lo van á.... matar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Lope calló y la dama calló tambien, y duró el silencio por mucho tiempo.

El sol comenzaba ya á eclipsarse, y las sombras iban envolviendo el aposento.

—Anochese?..... preguntó la dama.

D. Lope, estrañando aquella oscuridad, consultó su muestra.

—Es estraño—dijo—son apenas las tres.

Y levantándose, se dirijió al balcon; en la calle reinaba la misma oscuridad, y se veia pasar á la jente que volvia espantada de la ejecucion de Benavides y del eclipse.

—D. Lope—dijo Dª Laura.

—Señora—contestó el jóven, volviendo á su lado.

—Venid cerca de mí; siento un estraño vigor en mi cuerpo y en mi espíritu.

—Será que os aliviais.

—No, D. Lope, no; este será el último resplandor de una lámpara que se estingue: D. Lope, yo me muero!

—No digais eso!—esclamó espantado el jóven.

—Sí, yo me muero, no sé de qué! no lo sé! pero yo me muero.

—¡Señora!

—No me interrumpais, oidme: yo amé con delirio á un hombre, y ese hombre murió de una manera trágica. Le lloré toda mi vida; pero os conocí, me amásteis, y casi estaba á punto de corresponder vuestro amor; Dios no lo permitió y me hizo perder la memoria, y el espíritu de Mallades viene por mí; soy su esposa ante Dios, y no podia permitir que amara yo á otro hombre, tiene razon.... ¿comprendeis? tiene razon; perdonadme, si pude alentar vuestras esperanzas, yo misma me engañaba.... pero él me llama.... adios.... D. Lope.... no me olvideis....rezad por mí.



Y Dª Laura, como fatigada de aquel supremo esfuerzo, dejóse caer en el almohadon de la cama y cerró los ojos.

D. Lope tomó una de las manos de la dama y la llevó á sus labios.

Pasó un rato, y D. Lope miró el rostro de la dama, y se estremeció; tocó su frente, y estaba helada.

El jóven lanzó un grito: Dª Laura habia dejado de existir.

En este momento cortaban el cuello en la plaza al cadáver de D. Antonio de Benavides.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVIII.

De cómo pasaba la vida en México Doña Inés de Medina.

DOÑA Inés, merced á la influencia de D. Frutos Delgado y á su especial proteccion, habia logrado salir en libertad y conseguido la devolucion de una gran parte de los bienes que la Inquisicion le habia embargado.

La audiencia toda tomó parte en favor de la dama, y los inquisidores, que al fin eran hombres como todos, cedieron á sus exijencias.

Solo la casa de la calle de la Merced quedó vendida, y su precio se aplicó á las costas del litijio.

Dª Inés seguia viviendo en paz, rica y considerada, porque los oidores frecuentaban su casa.

Vagamente oyó contar la aventura del Señorito en la casa de Tlaltelolco, y supo que habia estado de gravedad; pero Dª Inés consideraba rotas completamente todas sus relaciones con él, y no queria ni recordar lo que con él habia concertado respecto de su boda.



En cuanto á Luis, si en otro tiempo le temia por los secretos que podia revelar, la causa que se le habia seguido en la audiencia y por la cual fué absuelta, le daba una garantía contra él.

Dª Inés no pensaba ya, ni en Luis ni el Señorito, cuando una noche le anunciaron que un hombre preguntaba por ella.

—¿Qué clase de hombre es ese?—preguntó.

—Señora—contestó la esclava—es un pobre; pero parece que es todo un caballero.

—Quizá querrá alguna limosna—pensó Dª Inés, y salió á una antesala en donde aquel hombre la esperaba.

—Señora—dijo el desconocido—deseo hablar á solas con vuesa merced.

—¿Para qué?—preguntó Dª Inés con estrañeza.

—Tengo que decir á vuesa merced algo que le importa

—¿A mí?

—Sí, á vuesa merced.

Dª Inés reflexionó un instante, y luego dijo:

—Vamos á la sala.

Entraron á la sala de la casa, que era una gran estancia lujosamente tapizada y con elegantes muebles de caoba.

—Ya estamos solos—dijo Dª Inés.

—Inés!—esclamó entónces el desconocido—¿es posible que no hayas adivinado quién soy?

La dama lo miró con asombro por un instante.

—¿D. Guillen?—dijo.

—El mismo, Inés; el mismo: ¿será posible que me hayas olvidado? qué no me quieres conocer?

—No, no te he olvidado, Guillen; ¡pero has cambiado mucho!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mucho, mucho; en un año de sufrimientos he envejecido por veinte, y ahora pobre y apenas convalesciente salgo como de la tumba, y mis primeros pasos me guian á esta casa para buscarte, y para encontrarte tan bella y tan jóven como siempre.

—Deja esas cosas que se queden para los jóvenes, porque ya nosotros no lo somos; yo no me olvido de tí, Guillen: ¿estás muy pobre?

—Mucho; tanto tiempo postrado en el lecho, sin atender á mis negocios, abandonado de mis amigos, mis criados me robaron y quedé casi en la miseria, y en esta época de prueba y de aislamiento, solo pensaba en tí, como en mi única esperanza, como en mi Providencia.

—Tienes razon, Guillen—dijo Dª Inés mostrando que se conmovia—tienes razon; yo no puedo olvidarte, yo no puedo abandonarte, yo seré siempre la misma para tí.

D. Guillen escuchó enternecido aquellas palabras, y se arrojó á los piés de la dama, tomándole una mano y esclamando:

—¡Eres un ánjel, Inés! eres un ánjel!

Dª Inés, entónces enternecida, abrió una rica limosnera que pendia de su cintura, y sacando de allí algunas monedas de oro las alargó á D. Guillen, que seguia todos sus movimientos con asombro.

—¿Qué es esto, Inés? qué es esto?—preguntó el Señorito.

—Tómalas Guillen, tómalas, y cree que no tengo mas, y por eso nada mas te doy; pero tú sabes que no te olvido y no dejes de venir á verme.....

—¡Una limosna! ¡una limosna!—esclamó espantado D. Guillen, tomando las monedas y levantándose con un temblor convulsivo—¡una limosna! ¿y piensas que por eso he venido? ¿para pedirte un puñado de oro? miserable! miserable! ahí tienes el caso que hago yo de tu limosna!



Y el Señorito arrojó con furor las monedas, que fueron rodando hasta perderse debajo de los muebles.

Dª Inés lo miraba con estrañeza, de buena fé no comprendia aquel corazon endurecido, lo que podia sentir el de D. Guillen.

—¿Pero qué es esto, Guillen? ¿por qué me insultas?

—Aquí quien insulta—contestó el Señorito con energía—sois vos, señora; vos, que os atreveis á dar una limosna á quien debia haber sido vuestro esposo; vos, señora, que tomais á un caballero por un mendigo; vos que pensais que el sentimiento que me arrastró á buscaros fué el interes; señora, sois indigna de que un hombre os ame....

Dª Inés contestó con una carcajada.

—¿Os reís, señora? os reís? haceis bien; ahora lloro, lloro este desengaño horrible para mí; pero mañana, ¡ay de vos! yo seré el que ría y vos derramareis inútil llanto.

—Guillen, río, porque no puedo menos que reír al pensar en tu ridículo furor y en tus necias pretensiones, y río mas cuando escucho tus inofensivas amenazas: ¿pudiste pensar, pobre loco, que el dia de ayer era igual al de hoy? tú debias de haber sido mi esposo, eso pasó; ahora dime: ¿qué puede haber ya de comun entre nosotros?

—Inés!—esclamó el Señorito—tú fuiste mia, ¿puedes olvidarlo?

—Quizá habia yo sido de otro antes que tuya y lo olvidé, quizá mañana seré de alguno, y lo olvidaré despues como he olvidado tus amores.

—Víbora, miserable!....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ea! basta de insultos, que no estoy dispuesta á sufrir; bastante ha sido ya mi paciencia, te lo he dicho, nada hay de comun entre nosotros, y mucho hago en reconocerte y darte un socorro; si no te moderas y callas, Guillen, te haré arrojar de mi casa por mis lacayos.

—¿Esto mas? esto mas? me vengaré, tiembla!

—Escusa amenazarme, y reflexiona que el tiempo en que vives es otro; que tú pobre y desvalido no tienes contra mí arma de ninguna clase.

—Recuerda á Dª Laura.

—¿Dª Laura? y qué me importa? la Audiencia ha conocido en esa causa y he sido absuelta.

—¡Quizá la Audiencia no conocia toda tu maldad!

—Te engañas, porque lo que no conoció fué tu nombre y tus delitos, que por jenerosidad, y porque aun te apreciaba no quise decir, por lo demás, todo lo supo, todo, y procura ir si te parece á darle algunos datos, y te contestarán que es negocio concluido, y quizá premien tu denuncia enviándote á galeras, para que no mueras de hambre ni te falte ocupacion: ¿te conviene?

D. Guillen miró á Dª Inés de una manera terrible, y luego sin contestarle, tomó su viejo sombrero y salió precipitadamente de la habitacion, murmurando entre dientes:

—¡Me vengaré, me vengaré!

D. Guillen se dirijió inmediatamente de allí á la calle del Reloj, á la casa de D. Lope de Montemayor.

El zaguan de aquella casa estaba cerrado.

La víspera de aquel dia habian enterrado á Dª Laura, y D. Lope no queria ver á nadie absolutamente.

La muerte de Dª Laura, cuya desaparicion habia dado mucho que hablar en la ciudad en el año anterior, pero que



se olvidó despues completamente, no fué sabida sino por el virey á quien D. Lope avisó.

El virey dió parte al rey, por cuanto Dª Laura le habia sido encargada, y se le pagaba una pension por las Cajas Reales, pero no refirió ninguno de los pormenores de la muerte de la dama.

D. Lope hizo á Dª Laura los últimos honores, y se encerró despues en su casa.

Por eso D. Guillen tuvo que llamar fuertemente á la puerta para que le abriesen.

—¿A quién busca vuesa merced?—preguntó un portero.

Al señor D. Lope de Montemayor.

—No está visible.

—Sin embargo, anúnciale que D. Guillen de Pereyra desea hablarle.

—Voy á anunciar á vuesa merced.

D. Guillen esperó en la calle un largo rato, al fin oyó sonar el cerrojo, se abrió la puerta y un criado le dijo cortesmente.

—Que pase vuesa merced.

El Señorito, que ya conocia el camino, subió la escalera y se entró sin vacilar á la antesala.

—Dios guarde á vuesa merced—dijo el Señorito al ver á D. Lope.

—Sentaos D. Guillen—contestó secamente el jóven.

—Supongo que vuesa merced comprenderá que mi visita debe tener algun objeto de importancia.

—¡Tal creo!

—Pues bien, deseando ahorrar digresiones paso al asunto principal; vuesa merced conoce la suerte que tocó á Dª Laura.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Perfectamente—dijo D. Lope con estraordinaria calma.

—¿Sabe vuesa merced quién la redujo á ese estado?

—Estoy casi seguro de saberlo, y además, conozco á las personas que ayudaron á tan espantoso crímen.

—En tal caso escusemos hablar de todo eso; Dª Inés cometió el délito, y yo fuí su cómplice, su principal instrumento.

D. Lope al escuchar aquella confesion se puso encendido é hizo un movimiento como para levantarse, pero se contuvo.

—¡Sí, yo fuí el instrumento, el cómplice! puede vuesa merced vergarse en mí, castigarme, tendrá razon, yo lo conozco; pero antes vengo á proponerle una cosa: ¿quiere vuesa merced que le ayude para castigar á esa mujer? estoy dispuesto, luego hará de mí vuesa merced, lo que le perezca.

D. Lope no contestó, pero clavó su mirada en el Señorito como queriendo penetrar en su pensamiento.

D. Guillen no era ya aquel jóven altivo, elegante, audaz, que amó Dª Inés, era un hombre agobiado por la enfermedad y la miseria: sus ropas viejas y raidas, y su barba espesa, inculta y larga, le daban mas bien el aspecto de un mendigo.

En aquella situacion y á primera vista, el Señorito no podia menos de escitar un sentimiento compasivo, pero mirándolo detenidamente, se advertia en sus ojos algo de sombrío, de siniestro, que daba miedo.

Sin embargo, sostuvo la mirada de D. Lope con esa firmeza que tienen solo los que dicen la verdad.

D. Lope comprendió luego que aquel hombre no le engañaba.



—¿Y cómo podeis ayudarme—le dijo—para entregar á esa mujer?

—Yo no sé cómo podré ayudar á vuesa merced, porque no sé lo que vuesa merced querrá hacer con ella; pero en todo estoy á sus órdenes, con tal de que ella no se ría de nosotros.

—Necesito que salga esa mujer de su casa y tenerla en mi poder.

—La entregaré á vuesa merced; pero necesito algun apoyo.

—¿Y qué apoyo?

—Necesito que vuesa merced me preste á dos de sus esclavos ó criados de mas confianza.

—¿No teneis de quién valeros?

—Ya no; con mi enfermedad he perdido las relaciones útiles que tenia.

—Tendreis los criados.

—Ademas, algun dinero.

—¿Cuánto necesitais? pedídmele con tal de que me entregueis á esa mujer.

—Respondo de ello á vuesa merced.

—¿Qué necesitais por ahora de dinero?

—Doscientos pesos, y quizá no os pida ya mas.

D. Lope, sin replicar, entró á un aposento que estaba contiguo, abrió una gabeta y sacó de ella un puñado de onzas de oro.

—Aquí teneis—dijo al Señorito poniendo el oro sobre una mesa.

D. Guillen sin precipitacion se levantó, se dirijió á la mesa y comenzó á contar; aquello hacia mas de trescientos pesos.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sobra dinero—dijo.

—No importa, llevadle, que todo es para vos.

—Gracias—dijo secamente D. Guillen y comenzó á sepultar aquellas onzas en las bolsas de sus greguescos.

—Ahora con permiso de vuesa merced me retiro—dijo despues de haber terminado su operacion.

—¿Y cuándo volveré á veros?

—Muy pronto vendré á anunciar á vuesa merced que el pájaro está en nuestras manos, pero será esto de noche.

—Mejor, y á cualquiera hora llamad y haceos anunciar, porque yo no recibo á nadie.

—Pronto sabrá de mí vuesa merced.

—¡Ay de vos si me engañais!

—Confie vuesa merced en mí—contestó D. Guillen y salió alegremente de la casa de D. Lope.

El Señorito iba contento, porque tenia en planta su proyecto de venganza, y porque sus bolsillos estaban llenos de oro.

Aquel hombre no podia olvidar, ni el desprecio cruel de Dª Inés, ni la espantosa miseria que habia sufrido por tantos meses.

Como si ya tuviese dispuesto de antemano lo que habia de hacer, no se detuvo ni un momento á reflexionar, y se dirijió á la plaza de los estudiantes, en donde habia en aquellos tiempos algunas barberías en que se desollaban los rostros de los hombres de poco valer y de ninguna fortuna: allí por una cantidad insignificante, por cuatro, por seis tlacos, se echaba por tierra la mas tupida barba, y se *tusaba* al indio mas encopetado, dejándole como adorno dos largos mechones encima de las sienes, que se llamaban *balcarrias* ó *balcarrotas*.



D. Guillen entró en una de aquellas barberías, y en un cuarto de hora quedó sin un pelo en la cara.

Pagó y salió de allí en busca de ropa para reemplazar la que llevaba.

Entonces no habia almacenes de ropa hecha, ni sastres que confeccionaran un traje en pocas horas: la sastrería era en aquellos tiempos una ciencia llena de misterios y de dificultades.

Pero en cambio habia *los baratillos*, bazares á los cuatro vientos, en donde todo se compraba y todo se vendia, desde la ropilla y el ferreruelo de un conde, que el lacayo escamotaba para sacar provecho, hasta la llave mohosa del cuarto que se llevaba el inquilino, que no pagaba renta, y que se desaparecia.

Nada se podia buscar que no se encontrase allí, nada se podia llevar allí que no hubiese álguien que lo buscase. Las necesidades se daban cita en el *baratillo*, la necesidad de comprar buscaba á la necesidad de vender, y allí se encontraban, allí terminaban los objetos una carrera para comenzar otra; allí estaba el verdadero comercio en todas sus formas, y con todos sus arbitrios.

De allí sacó un traje completo D. Guillen de Pereyra.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIX.

En donde se refiere de qué manera consiguió el Señorito lo que deseaba.

DON Guillen de Pereyra, con un nuevo traje y enteramente razurado, parecia otro hombre. Habia rejuvenecido diez años, y su aspecto era mas bien el de uno de tantos *estudiantes perdularios*, que el de un hombre de sociedad; ademas, él procuró que los vestidos estuvieran en consonancia con el papel que queria representar.

Una vez equipado de esta manera, comenzó á rondar la casa de Dª Inés, sin temor de ser ya conocido por ella.

Su objeto era informarse de las costumbres de la dama, y ya con uno, ya con otro de los criados, logró averiguar que Dª Inés salia poco de su casa; pero que tenia por costumbre ir cada dos ó tres dias de visita á la casa del Sr. oidor D. Frutos Delgado.

Supo, ademas, que á esta visita se hacia llevar, como acostumbraban algunas damas, en silla de manos, y que la acompañaba un paje ó rodrigon con un farol.



Esto era mas de lo que necesitaba D. Guillen para convinar un plan que le diese el resultado que apetecia.

Poco trabajo le costó saber quién era el que acompañaba á la señora, y menos hacer amistades con él.

El Señorito fué muy pronto el amigo de confianza de Domingo, que así se llamaba aquel hombre, y era un moceton español candoroso y franco, incapaz de cometer una mala accion; pero tambien incapaz de ponerse á cubierto de las acechanzas de un truhan como D. Guillen.

—Si pudieras acompañarme mañana—le dijo un dia el Señorito—te llevaria á visitar á unas muchachas como unos soles.

—Toma!—contestó el otro—y bien que puedo, que mi perro vicio es visitar.

—Son tres, pero á cual mejor; tocan la vihuela, cantan y bailan, vaya que es una bendicion: qué salero y qué garbo de las currutacas.

—Bonitas, ¡eh!

—Lindas! cuando yo te digo que valen la plata....

—¿Y alegres?

—Como unas pascuas, y aquí en secreto te diré que tú como español vas á caer parado con ella.

—Toma! ¿con que les agradan los españoles?—dijo Domingo esponjándose como un pavo.

—Y bien, ¿qué no sabes que dicen aquí las muchachas: *camisa de Bretaña y marido de España*?

—Aguardo; yo no quiero nada de matrimonio.

—Tonto, si no se trata de matrimonio, sino de *gustar* allí un rato; son unas mulaticas que no hay qué pedir.

—Con que mulaticas, ¿eh?

—Sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues apuradamente que me muero por las mulaticas.

—Ya verás, ya verás.

—Y cuándo me llevas?

—Mañana, no te dije.

—Bueno, bueno; ¿y á qué hora?

—A las nueve de la noche.

—¡Demonio! aguardo!

—¿Qué te sucede?

—Demonio! que mañana no puede ser, hombre.

—¿Y por qué?

—Porque mañana le toca salir á la señora de visita.

—¿En la noche?

—En la noche, y yo la acompaño.

—Que vaya otro.

—¡Cá! si solo en mí tiene confianza.

—Hombre, ¡qué malo está eso!

—Para otro dia....

—Imposible! si ya les prometí que ibas mañana, y Juanita no hace sino preguntarme todo el dia: ¿cuándo viene D. Domingo? cuándo viene D. Domingo?

—Toma! ¿quién es Juanita?

—La mas jóven, la que no tiene cortejo, cuenta ahora diez y seis años, y es una real moza, tan alta, tan garbosa, ¡con unos piesitos y unas manos! ¡y qué ojos! ¡qué ojos, negros y grandes como los de un venado, y que alumbran, alumbran.

—¿Y la boca?—dijo Domingo lamiéndose los labios.

—Como un clavel; los labios como una amapola de rojos, y los dientes ¡como una sarta de perlas; aquella boca huele á rosa.



—¿Y dices que me espera?

—Y con ansia, porque yo la he dicho.... ya te podrás figurar lo que le he dicho.

—Hombre, ¿cómo haremos?

—Dime á qué hora sale la señora de su casa.

—Salimos á las ocho, en cuanto comienza la plegaria de las benditas ánimas.

—¿Y luego?

—La llevamos á casa de su señoría el oidor.

—¿Y luego?

—Luego, allí se está ella hasta las diez y media, y la traemos.

—Y mientras?

—Mientras, yo y los lacayos dormitando al pié de la escalera, da la hora, baja ella, y sin decir palabra se encaja en la silla, enciendo mi farol, y á casa.

—Entonces el negocio está arreglado.

—¿Cómo?

—Vas á dejar á la señora, te espero en la puerta de la casa, y mientras ella está en su visita, tú en la tuya; dan las diez y vuelves á esperarla.

—Pero hombre una hora es poco para mí.

—Mira; si estás contento, yo voy á acompañar á la señora en tu lugar, si te parece que ella no lo advertirá.

—Toma! no advertirá nada, que á esa hora ni me ve, mientras ella monta en la silla, yo voy á encender el farol al cuarto del portero.

—Entonces, arreglado.

—Bien, mañana á las nueve en la casa del señor oidor.

—No faltaré.

Como era natural no se le dificultó al Señorito entre sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocidas encontrar unas muchachas de alegre vida, que se comprometieran á pasar por sus recomendadas, y ni una trigueña buena moza que quisiera representar el papel de la mentada Juanita.

El oidor Delgado vivia por la calle de San Francisco, y por la Alameda las muchachas que el Señorito se habia proporcionado.

Llegó la noche; Dª Inés entró á la casa del oidor, y Domingo salió inmediatamente en busca de su amigo.

El buen hombre se habia acicalado como para hacer una conquista; D. Guillen le esperaba en la puerta.

—¿Vamos?—dijo Domingo.

—Vamos!—contestó el Señorito.

Y echaron á andar.

Durante el camino, siguieron las alabanzas de las damas, y sobre todo, de Juanita, á la cual pintaba D. Guillen como una conquista muy difícil, pero ya casi enamorada de Domingo.

Llegaron á la casa; las muchachas aleccionadas y pagadas por D. Guillen, recibieron perfectamente á su víctima y comenzaron como el boa, á fascinarlo.

Domingo cayó como un niño en el garlito, y media hora despues era hombre perdido, y ni pensaba siquiera en su ama.

Pero á medida que avanzaba él en su negocio, avanzaba la noche.

De repente le llamó el Señorito.

—¿Te vas?—le dijo—son las diez.

—Tóma! ¿y pierdo lo aventajado?

—Sí, veo que has conseguido lo que nadie; está ya *borracha* la Juanita.



—Casi, casi.

—Tienes gran fortuna con las mujeres.

Domingo sonrió con fatuidad.

—Entonces, voy á desempeñar tus veces, y sé feliz.

—Dios te lo pague; me quedo.

Domingo se volvió á entrar y el Señorito salió á la calle y se dirijió á la casa del oidor.

No era cierto que fuesen las diez, pero á D. Guillen le convenia que su amigo estubiera ya sin cuidado, porque las muchachas debian entretenerlo á cualquiera costa toda la noche.

El Señorito entró á casa del oidor y les dijo á los lacayos:

—Domingo no viene y voy yo á acompañaros en su lugar.

Como los lacayos sabian la amistad tan grande entre Domingo y D. Guillen no estrañaron esto.

—Como que ese pícaro está en una casa con unas muchachas como estrellas, ¡y buenos vinos! aquí le saqué de ventaja una botella: daremos un trago á su costa.

—Veamos—dijo un lacayo.

—Pero aquí no; no nos vean los amos, en la calle.

La invitacion se aceptó tácitamente, y los tres salieron fuera del zaguan.

Allí comenzaron á beber, y muy pronto se agotó la botella.

—Aun quedó mas—dijo D. Guillen sacando una segunda.

Los lacayos, que comenzaban á turbarse, dieron tras la segunda, y luego tras la tercera: D. Guillen iba prevenido

Entonces ya aquellos dos desgraciados estaban incapaces de moverse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Guillen les dió todavía mas, hasta que los dejó como dormidos.

—Arreglados—esclamó, y sacando un pequeño silbato, lo hizo sonar suavemente.

Como evocados por un conjuro, al oir aquel silbato, dos hombres aparecieron de entre las sombras.

D. Guillen habló en voz baja con ellos, y los tres entraron á la casa del oidor y se sentaron al pié de la escalera.

El portero, que en esta hora fiaba la custodia del zaguan á los criados de Dª Inés, descansaba sin pensar en ellos.

Sonaron las diez y media y á poco bajó por la escalera Dª Inés, enteramente cubierta con un manton.

Los dos hombres que habian llegado con D. Guillen ocuparon el lugar de los lacayos, y la dama sin verlos casi se entró á la silla, mientras D. Guillen encendia el farol en el cuarto del portero recatando su rostro con el sombrero.

Dª Inés se recostó en su asiento, corrió las cortinas de las ventanillas, y se dejó conducir indolentemente.

El Señorito con el farol en la mano salió de la casa del oidor seguido de los hombres que conducian la silla.

Al salir vió á los dos borrachos que yacian en el suelo como dos troncos.

Entretanto Domingo se estaba creyendo como á dos pulgadas de distancia de la puerta del paraiso.

---

## XX.

En que se llega al fin de esta verídica historia.

La silla de manos conducida por los hombres que seguian á D. Guillen marchó por las calles de San Francisco, hasta la plaza principal, allí pasó por el puente que se llamaba de Palacio, y se dirijió para la calle de la Merced.

Como Dª Inés vivia en una calle inmediata al Colejio de San Gregorio, no le pareció que habia caminado mucho; ademas, las cortinillas iban corridas, y ella no se ocupaba de ver para la calle en razon de que como entonces no habia alumbrado en México, todas las calles parecian iguales en la oscuridad.

Así llegaron hasta la casa en que habia vivido el marqués de Medina.

Un hombre embozado hasta los ojos en una gran capa negra esperaba en la puerta, y al ver llegar al Señorito preguntó:

—¿Viene?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Guillen les dió todavía mas, hasta que los dejó como dormidos.

—Arreglados—esclamó, y sacando un pequeño silbato, lo hizo sonar suavemente.

Como evocados por un conjuro, al oir aquel silbato, dos hombres aparecieron de entre las sombras.

D. Guillen habló en voz baja con ellos, y los tres entraron á la casa del oidor y se sentaron al pié de la escalera.

El portero, que en esta hora fiaba la custodia del zaguan á los criados de Dª Inés, descansaba sin pensar en ellos.

Sonaron las diez y media y á poco bajó por la escalera Dª Inés, enteramente cubierta con un manton.

Los dos hombres que habian llegado con D. Guillen ocuparon el lugar de los lacayos, y la dama sin verlos casi se entró á la silla, mientras D. Guillen encendia el farol en el cuarto del portero recatando su rostro con el sombrero.

Dª Inés se recostó en su asiento, corrió las cortinas de las ventanillas, y se dejó conducir indolentemente.

El Señorito con el farol en la mano salió de la casa del oidor seguido de los hombres que conducian la silla.

Al salir vió á los dos borrachos que yacian en el suelo como dos troncos.

Entretanto Domingo se estaba creyendo como á dos pulgadas de distancia de la puerta del paraiso.

---

## XX.

En que se llega al fin de esta verídica historia.

La silla de manos conducida por los hombres que seguian á D. Guillen marchó por las calles de San Francisco, hasta la plaza principal, allí pasó por el puente que se llamaba de Palacio, y se dirijió para la calle de la Merced.

Como Dª Inés vivia en una calle inmediata al Colejio de San Gregorio, no le pareció que habia caminado mucho; ademas, las cortinillas iban corridas, y ella no se ocupaba de ver para la calle en razon de que como entonces no habia alumbrado en México, todas las calles parecian iguales en la oscuridad.

Así llegaron hasta la casa en que habia vivido el marqués de Medina.

Un hombre embozado hasta los ojos en una gran capa negra esperaba en la puerta, y al ver llegar al Señorito preguntó:

—¿Viene?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí—contestó D. Guillen.

—Pues entrad—dijo el hombre abriendo la puerta por donde penetraron los que llevaban la silla.

El zaguan volvió á cerrarse inmediatamente.

Entonces sí, ya Dª Inés comprendió que pasaba algo estraño: al principio creyó que alguno de sus criados habia preguntado por ella y con objeto de saber quien era, antes que pensar en salir de la silla, levantó una de las cortinillas, precisamente por el lado en que veia la luz del farol.

Al momento desconoció la casa y el rostro de su conductor.

—¿Qué es esto?—esclamó con espanto.

—Salga su merced, señora—dijo el Señorito abriendo la puerta de la silla.

Dª Inés salió, paseando en derredor sus miradas, y procurando conocer el lugar en que estaba y las personas que le rodeaban.

Pero al principio le fué imposible.

—¿Pero qué es esto? ¿en dónde estoy? ¿quiénes sois vosotros?—decia.

—Señora—contestó el Señorito—veo que vuesa merced continúa con la mala memoria de siempre; yo ayudaré sus recuerdos; esta casa es la misma de vuesa merced.

—¡Mi casa!

—Sí, la casa en donde murió el señor marqués.

—¡Dios mio!—esclamó Dª Inés reconociendo la casa.

—Y yo soy su antiguo servidor, Guillen de Pereyra.

—¡D. Guillen! ¡D. Guillen! ¿pero qué objeto.....?

—Pronto lo sabrá vuesa merced, porque aquí hay un caballero que desea hablarla.

—¿Quién?



—Otro servidor de vuesa merced—dijo el Señorito mostrando á D. Lope que permanecia aún oculto entre las sombras.

—D. Lope de Montemayor—dijo éste adelantándose.

—¡D. Lope.....! pero si yo no tengo que hacer con ese caballero, apenas le conozco, y esto con motivo de la desgracia de mi padre.

—O mas bien, señora, con motivo de la desaparicion de Dª Laura—contestó gravemente D. Lope.

—Caballero, debeis saber que yo nada he tenido que hacer con esa dama, y la Audiencia me ha declarado absuelta.

—La Audiencia, señora, ha procedido como le ha parecido conveniente y no como era justo.

—Pero advertid, caballero, que la Audiencia era la única que tenia el derecho de juzgarme, y que me ha declarado inocente.

—Os engañais, señora; si la Audiencia torció el camino de la justicia, aun le quedan vengadores á Dª Laura.

—Es que yo soy inocente, y las pruebas de mi inocencia están en esos autos que podeis ver cuando os parezca mejor.

—Esos autos, señora, que no conozco, deben ser por fuerza un tejido infame de mentiras, supuesto que han dado vuestra inocencia por resultado.

—Ante un juez se prueba el crímen y se descubre la verdad.

—Ante un juez, señora, se cubre mejor el delito y se calumnia con mas facilidad á la inocencia.

—Quizá os convenceriais de lo contrario....

—Puede ser, señora; pero en este negocio tengo una seguridad completa; y sobre todo, perdemos el tiempo..... tened la bondad de seguirnos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

—¿A dónde?

—Puesto que estais segura de vuestra inocencia....

—Pero vos creis lo contrario.

—Tal vez logreis convencerme.

Dª Inés vaciló sobre lo que debia hacer; pero pensó que un rasgo de audacia podia salvarla; que quizá no pretendian aquellos hombres mas que aterrorizarla; y sobre todo, nada habia escuchado en lo que D. Lope le habia dicho que indicara que él estaba instruido de los pormenores del suplicio de Dª Laura.

Ademas, durante aquella conversacion, el Señorito habia callado, cuando con dos palabras podia confundirla.

—Tal vez—pensó ella—este sea un plan preparado por D. Guillen, para obligarme á entrar de nuevo en relaciones con él, y á darle mi mano..... sí, eso ha de ser.... infame! ya verá.....

Llegaron en esto al gran patio y á la puerta de la bodega que estaba ya visible, porque la leña habia sido quitada.

D. Lope abrió la puerta de la bodega y entró por delante llevando en la mano una bujía de cera; siguióle la dama y detrás de ellos el Señorito y los dos criados.

Dª Inés, al sentir el ambiente frio y húmedo de aquella galera, sintió un vago estremecimiento; pero se pudo sobreponer á su emocion.

—Señora—dijo D. Guillen con solemnidad—aquí tuvísteis emparedada á esa infeliz.....

Dª Inés retrocedió espantada; todo estaba allí preparado como el dia en que ella habia conducido allí á Dª Laura.

Entonces pudo comprender con horror la suerte que le esperaba; volvió el rostro con angustia, como buscando proteccion: cerca de ella estaba el Señorito.



—¡D. Guillen!—esclamó—¡D. Guillen! socórreme.....

—Ah!—contestó el Señorito con una sonrisa de burla, y metiendo la mano á una de las bolsas de sus greguescos—quieres una limosna, toma! y mira cómo no me he olvidado de tí.

Y diciendo esto, alargó á Dª Inés un puñado de onzas.

Dª Inés conoció lo que aquello queria decir; el Señorito se vengaba.

—¡Oh caballero!—dijo entonces dirijiéndose á D. Lope—¿qué pretendeis hacer conmigo? ¡oh aquí adivino una cosa horrible, espantosa, inhumana!

—Señora, no necesito decíroslo; vais á sufrir la suerte que preparásteis á Dª Laura: la pena del talion.... esa pena que la Audiencia de México no sabe, ó no quiere aplicar.

—¡Pero por Dios, caballero, si soy inocente, si esa dama jamás ha estado aquí.....

—Señora, aunque estoy seguro de lo que digo, quiero sin embargo confundiros, para que no tengais ni el consuelo de la queja; á ver vosotros, acercáos.

—Los dos lacayos se acercaron.

—¿De dónde hemos sacado nosotros á Dª Laura?

—De allí—contestaron los dos lacayos señalando el lugar en que estaba Dª Laura.

—¿Y en qué estado? preguntó D. Lope.

—Loca y moribunda—contestó uno.

—Loca y moribunda—repitió el otro.

—Y vos D. Guillen de Pereyra decid: ¿quién puso aquí esa dama?

—Yo, por órden de Dª Inés.

—¿Lo ois señora?

Pero Dª Inés no necesitaba oir nada de aquello, porque á gritos su misma conciencia se lo decia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues bien, señora, yo que recojí á esa víctima de vuestra furia infernal; yo que la he visto padecer y morir; yo que ni me dejo engañar como la Audiencia, ni quiero tampoco ser vuestro cómplice como los oidores, os condeno á ser emparedada como lo estaba Dª Laura....

—Señor!—esclamó cayendo de rodillas Dª Inés.

—No abrigueis esperanza, señora, porque he jurado por el alma de esa pobre mártir ejecutar esa sentencia; lo he jurado, y creo que debo cumplir ese juramento; mirad, señora, aquí hay tres hombres que conocen vuestro crímen tan bien como yo; ¿hay alguno que se atreva á levantar la voz en favor vuestro? miradles, señora.

Dª Inés de rodillas siempre, se volvió buscando entre aquellos hombres uno que quisiera interceder por ella. Pero todos los rostros estaban sombríos, y todas las miradas se apartaban de ella.

—¿Con que no hay esperanza?—esclamó —¡Dios mio! señores, soy una mujer infeliz; yo me arrepentiré, yo pasaré la vida en un convento llorando mi falta; yo repartiré mis bienes entre los pobres; yo haré que se hagan mil sufrajios por el alma de Dª Laura; por compasion no me deis esa muerte horrible.

D. Lope estaba silencioso como una estatua.

—D. Guillen, por Dios, mira, yo he sido tuya, yo te amé, no me abandones; si quieres seré tu esposa, tu esclava, te lo ruego; por esas noches de felicidad que aquí mismo pasastes á mi lado, te lo ruego.

—¡Quieres una limosna!—contestó D. Guillen volviendo á presentar á Dª Inés un puñado de onzas—mira como no me olvido de tí.....

Al escuchar aquellas palabras, Dª Inés retrocedió como



si hubiera pisado una víbora, el furor se pintó en su semblante pálido, con ambas manos levantó de su frente algunos rizos que se desprendian sobre su rostro, y por un instante clavó en el Señorito sus ojos que parecian querer salirse de sus órbitas.

Aquella mujer así, podia decirse que estaba sublime, ó espantosa.

El Señorito, á pesar de su sangre fria y de su cinismo habitual, no pudo resistir el fuego de aquella mirada, y retrocedió tambien como buscando apoyo.

D. Lope se cruzó de brazos esperando el fin de aquella escena, porque Dª Inés parecia haberle olvidado completamente.

—¡Miserable!—esclamó por fin la dama dando un paso hácia el Señorito—¡Miserable! ¿así te vengas de una mujer indefensa, porque la tienes en tu poder, cuando no te hubieras atrevido ni á mirarla? ¡cobarde! ¡villano! ¡con una mujer!

—Tú no eres una mujer—contestó el Señorito animándose al escuchar aquellos insultos—tú no eres una mujer, tú eres un mónstruo al que es preciso esterminar; una víbora á la que por bien de la humanidad es fuerza matar....

—¿Mónstruo? ¿víbora? Guillen, sí, seré lo que quieras, pero todavía así, mónstruo ó víbora, te he honrado con alzarte hasta mí; á tí, miserable; á tí, que no eres mas que la hez mas inmunda de la sociedad, te desprecio y óyeme bien: nada me importa lo que tengo que sufrir, nada me importa ya la horrible muerte que se me prepara, porque no eres tú el que me la das, porque tú no eres para el hombre que me mata mas que lo que eras en otro tiempo para mí, menos que un criado, menos que un esclavo, un perro, un miserable, digno del desprecio....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dª Inés, dí cuánto quieras que no lograrás hacerme enojar; perro y miserable, pero tú has sido mia, y por amor.

—¡Por amor! ah! Guillen! he sido tuya porque las mujeres de mi clase se entregan por orgullo á séres viles y abyectos á quienes convierten en instrumentos de placer ó de diversion, pero sin que esto pueda disminuir ni por un instante el desprecio que se tiene á esos miserables.

—Y esos miserables al fin se vengan.

—¿Se vengan? ¿y esta venganza es tuya, perro esclavo? ¿tuya? ¿qué podrias haber hecho tú, sino arrastrarte como un reptil á mis plantas para pedirme una limosna?—¿tuyos son esos criados? ¿tuya es esta casa? ¿tuya es siquiera la idea del tormento que me espera? ¿qué es tuyo aquí?

—Mio, Inés, es el placer de verte humillada y abatida pidiendo gracia y arrastrándote como una serpiente; mio es el placer de contemplar tu muerte; mio es el placer de mirar tu agonía y tu angustia, eso es mio.

—Pues bien, si eso es lo único que tienes y lo único que quieres, yo te lo quitaré, yo te impediré contemplar ese espectáculo.....

Y diciendo estas palabras, Dª Inés se lanzó rápidamente sobre D. Guillen, se vió brillar como un relámpago la pequeña lengua de acero de una daga, y D. Guillen lanzó un grito y llevó las manos á los ojos.

—Sujetadla!—gritó D. Lope.

Los criados se arrojaron sobre Dª Inés, y comenzó entonces una lucha terrible.

Aquella mujer se defendia como una leona, procuraba herir, morder, escaparse de las manos de los lacayos que la tenian sujeta, y gritaba y aullaba, y maldecia como un condenado.



Por fin, los criados lograron quitarle la daga y atarle los brazos por detrás.

Entonces D. Lope se dirijió al Señorito, que permanecia inmóvil cubriéndose los ojos con las manos.

Al través de sus dedos brotaba la sangre.

—Estais herido?—preguntó D. Lope.

—Sí, mal herido.

—Quitaos las manos, examinaré....

D. Guillen apartó sus manos; D. Lope acercó la luz y lanzó una esclamacion de espanto.

La daga de Dª Inés habia pasado sobre los dos ojos del Señorito, casi en línea recta, y los dos ojos habian sido divididos casi por mitad.

—Ah!—gritó Dª Inés que no habia perdido ni uno solo de los movimientos del Señorito—Guillen, ¿ahora verás mis tormentos? ¿ahora te gozarás en contemplar mis agonías?

El Señorito nada contestaba.

—Estás ciego, ciego para siempre, infame! mas te valiera haber muerto, como yo voy á morir, contenta, contenta porque me he vengado.

El Señorito dió como loco un paso hácia donde escuchaba la voz de Dª Inés, y batió el aire con sus brazos, esclamando:

—¡Víbora! ¡infame!

Y Dª Inés rió con una alegría infernal.

D. Lope no pudo ya contenerse; aquella risa le habia horrorizado.

—Llevadla!—esclamó con voz ronca.

Los criados tomaron de los brazos á Dª Inés, y la colocaron en el nicho que habia en la pared.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Uno de ellos la sujetó, y el otro comenzó á colocar los pesados cubos de cantería que debian formar el muro.

La operacion era tan rápida como sencilla.

Dª Inés al principio no tenia ojos sino para ver al Señorito, ni pensaba sino en insultarle.

—Ya estoy en el suplicio—esclamaba—mírame, Guillen; gózate en mis dolores y en mi muerte; abre los ojos, ¿no me ves? ó es que no hay luz; pero no la habrá ya nunca para tí, nunca, ¿lo oyes? nunca.

Y aullaba y reia como una loca.

Pero de repente el hombre que la tenia sujeta la abandonó; el muro estaba ya casi á la altura de su pecho.

Una reaccion espantosa se verificó en el ánimo de aquella mujer. A su ira sucedió el pavor, y á los insultos y á las amenazas, el llanto y las súplicas.

Los criados seguian alzando el muro sin hacer caso de lo que ella decia.

—Por piedad!—esclamó Dª Inés—no cerreis el muro, dejadme vivir: oh! no me mateis así, tenedme aquí una semana, un mes, un año, dos, si quereis; pero que no muera yo; mirad, D. Lope, que yo no hice morir á Dª Laura; mirad que aquí puedo quedar suficientemente castigada; pero no me dejeis morir: ah! por Dios! debe ser una muerte horrible, en la desesperacion mas espantosa; ¡por Dios! ¡por Dios! ¡ay! no quiero! no! no! no!

Y procuraba derribar el muro, que subia ya hasta la altura de su cuello.

—Dejadla—dijo D. Lope.

Los criados se retiraron. El muro no dejaba descubierto mas que el rostro de Dª Inés.

—Vámonos—dijo friamente D. Lope—D. Guillen, ve-

LAS DOS EMPAREDADAS.

¡Por Piedad! = dijo Dª Ynes.

nid conmigo, yo os haré curar; queria castigaros, pero Dios os ha castigado ya.

—Oh!—gritó con espanto Dª Inés—¿me vais á dejar? voy á quedar así, sepultada en vida? ¿aquí? ¿sola? oh! no tendreis ese corazon; por Dios, no me dejeis.

D. Lope tomó del brazo al Señorito, que caminaba con la cabeza inclinada y con paso trémulo é incierto.

Los criados les siguieron.

Entonces los gritos de Dª Inés fueron espantosos; tenian mas del aullido de una fiera que de la voz humana.

D. Lope, D. Guillen y los criados salieron de la bodega, y uno de estos cerró la puerta.

Poco despues estaban en la calle.

.....

.....

.....

Dos noches despues, un hombre que pasaba por el canal en una chalupa en las altas horas de la noche, oyó salir de la casa del marqués de Rio-florido tristísimos jemidos.

Se santiguó devotamente; aquella debia ser una alma en pena.

En aquella casa espantaban.

Al dia siguiente, contó la aventura á un amigo y vinieron ambos á escuchar á la misma hora.

Pero no oyeron absolutamente nada, y nadie volvió á ocuparse de semejante cosa.

Y nunca mas volvió á abrirse la casa del marqués de Rio-florido.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# EPILOGO.

## I.

Han pasado muchos años y estamos en el mes de Diciembre de 1691.

En la espalda de la calle de la Merced, una multitud de albañiles se ocupaban en la reconstruccion de una casa medio arruinada.

En el zaguan de una de las habitaciones que estaban cerca de aquella casa, una pobre mujer parecia esperar á alguno de los operarios. Era la hora del almuerzo entre aquellas jentes, y la mujer tenia delante una canasta cubierta con una blanquísima servilleta.

La mujer dirijia frecuentes miradas por el rumbo en que debia llegar el que ella esperaba.

De repente oyó cerca de sí una voz, que con acento de súplica decia:

—Caritativos cristianos, ¿quiéren dar una limosna á este pobre ciego?

—Perdone por Dios, señor—contestó la mujer con ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

respeto con que jeneralmente se contesta en México á los desgraciados.

—¡Por María Santísima de Guadalupe, no he probado bocado en toda la mañana!—insistió el ciego.

La mujer lo miró con ojos de compasion, y luego le dijo:

—Mire, si quiere almorzar, yo le daré algo en viniendo mi marido.

—Dios se lo pague á vuesa merced, señora, me esperaré.

—Pues no será mucho tiempo, porque aquí viene ya.

En efecto, en ese momento se presentó un hombre que tenia el aspecto de un albañil; era grueso y entre sus cabellos lucian ya algunos mechones de canas.

—¡Ave María, Luis!—dijo la mujer—¿qué tienes, te veo muy pálido?

—No es nada, nada.

—Tú te has caido, ¿estás enfermo?

—No, Marta.

—Pues díme.

—Es una cosa estraña; vamos almorzando y te lo contaré poco á poco.

La mujer, que ya sabemos que era Marta, comenzó á disponer allí mismo el almuerzo de su marido.

—Oyeme—dijo—convidé á este pobre cieguito á que almorzara contigo, porque tiene mucha hambre.

—¿Alcanza?

—Bien para tí y para él.

—¿Y tú?

—Yo allá en la casa comeré.

—Bueno, que se siente.

Sentóse el ciego en el suelo al lado de Marta y comenzaron á comer.



—Con que cuéntame—dijo Marta.

—Pues oye: ¿te acuerdas que esta casa era de aquel D. Lope de Montemayor, que murió estando nosotros en el Santo Oficio?

—Sí, que supimos despues que él la habia comprado cuando embargaron los bienes de Dª Inés.

—Sí: pues dicen que nunca la habitó, ni le puso mano, ni sus herederos tampoco; y así la casa se iba cayendo poco á poco.

El ciego comia sin poner atencion á lo que decian.

—Pues vas á saber, porque me lo dijo un sobrestante, que un particular denunció como ruinas esta casa al Cabildo.

—¿Y qué?

—Se la dieron á él y determinó hacer obra, y comenzamos á trabajar; yo solo por la necesidad venia á este trabajo, porque sabes que desde que cumplimos la condena en el Santo Oficio y nos casamos, me resolví á ser hombre de bien y trabajador.

—Y lo has cumplido.

—Bendito sea Dios, que me ha de haber perdonado mis culpas!

—Pero por qué estabas tan pálido?

—Oyeme: tuvimos que derribar la pared en que te conté que estuvo aquella loca encerrada por mi señora, y á mí me tocó estar por fuera de la bodega; de repente oigo gritos adentro y que nos llamaban á todos: ¿qué te parece que era?

—¿Qué?

—Pues habian descubierto una emparedada en el mismo lugar.

—Vaya, seria la loca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, no, porque yo ví sacar á la loca; la ví una noche, se la sacó aquel Señorito, como tú le decias.

—¡Pero tal vez te engañaste!

—No; ademas, la loca no tenia alhajas, y este esqueleto tiene en el cuello una gruesa cadena de oro.

—¿Pues qué seria?

—Dios lo sabe; yo la verdad me espanté.

—¿Y qué habrá sido del Señorito?

—Quién sabe.

—Quizá se haya muerto: Dios le haya perdonado!

El almuerzo se habia terminado, y el ciego dando las gracias, humildemente se retiraba, diciendo entre dientes:

—Oh! sí, Dios me perdone, porque he sido muy criminal en mi vida.....

Y luego agregaba:

—¿Es posible que ni Marta reconozca ya al Señorito en el pobre ciego?

## II.

Por el mes de Enero de 1690 habia llegado á México y presentádose al virey, D. Fernando de Valenzuela que estaba desterrado en Manila.

Ni la muerte de D. Juan de Austria, ni los empeños de Dª María Ana de Austria, habian valido para que Valenzuela volviese, antes de su destierro, y menos para que le permitiesen volver á España.

Llegó á salir un buque para llevarle á la Península; pero se revocó la órden, y D. Fernando se quedó á vivir en México.



Valenzuela ostentaba gran lujo en la ciudad; su casa era frecuentada por el virey y por las principales personas de la colonia, y de allí salian cabalgatas y mascaradas en los dias de regocijo público, como el santo del rey ó del virey, &c.

D. Fernando era muy considerado tambien del pueblo; y sin embargo, nadie le decia de otra manera, sino el *Duende*, á pesar de que muchos ignoraban el orígen de este nombre.

Una tarde, el 30 de Diciembre de 1691, se esparció por la ciudad la noticia de que D. Fernando de Valenzuela el Duende, estaba moribundo á consecuencia de una coz que habia recibido de un caballo.

La casa de D. Fernando se llenó de jente, y todos oyeron de los médicos la sentencia de que D. Fernando moriria.

El dia 5 de Enero de 1692, Valenzuela recibió los sacramentos, é hizo su disposicion testamentaria, nombrando su albacea, al Sr. D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, virey y capitan jeneral de la Nueva-España.

Amaneció el dia 8, y en la Catedral de México, y en todas las iglesias, parroquias y conventos, los tristres tañidos de las campanas anunciaron á la ciudad la muerte del *Duende*.

El cadáver fué embalsamado, y "tanta fué" dice un cronista, "la jente que ocurrió á verle, que no se le pudo enterrar hasta el dia 9 en que fué llevado el cuerpo á la sala de capítulo de San Agustin, y con asistencia del virey, Cabildo eclésiastico, Ayuntamiento, comunidades, nobleza y capilla de la Catedral, se depositó en la capilla de los Flo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res, en el claustro del convento, en una caja con cuatro llaves: dos dias y dos noches continuos se dobló en San Agustin."

Así acabó el célebre D. Fernando de Valenzuela.

La reina Dª María Ana de Austria murió en 17 de Abril de 1696.

El padre Nitardo, siendo ya cardenal por influjo de la reina, habia muerto en Roma el 1º de Febrero de 1681.

**FIN DE LA OBRA.**

# INDICE.

## Libro primero.—Austriacas y Nitardinas.


PAGS.

CAPITULO I.—Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo mas desvalido de la corte de España en el año de gracia de 1668..... 5
CAPITULO II.—Quiénes eran las austriacas y las nitardinas. 14
CAPITULO III.—En el que se veia que en el siglo XVII habia ya hombres que se burlaban de la astrología judiciaria.. 22
CAPITULO IV.—Quién era el astrólogo y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela..... 31
CAPITULO V.—De cómo la hija del marqués de Rio-florido se enamoró de Valenzuela..... 39
CAPITULO VI.—En donde se ve que de todo es capaz una mujer enamorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política..... 47
CAPITULO VII.—Cómo se venga una mujer ofendida..... 56
CAPITULO VIII.—Continúa el asunto del anterior..... 64
CAPITULO IX.—En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. Doña María Ana de Austria, cuando se trataba de su confesor..... 71
CAPITULO X.—De lo que pasaba á las seis de la mañana..... 79
CAPITULO XI.—Cómo supo D. Juan de Austria la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces..... 87
CAPITULO XII.—Lo que hizo D. Juan de Austria y lo que determinó la reina Doña María Ana..... 96
CAPITULO XIII.—Cómo supo D. Juan de Austria que le mandaba aprehender la reina, y lo que hizo..... 105
CAPITULO XIV.—En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos: *Con bien vengas mal si vienes solo*..... 111
CAPITULO XV.—Cómo al fin el padre Nitardo no pudo conjurar la tempestad que se formaba contra él..... 118
CAPITULO XVI.—Cómo se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte..... 125


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res, en el claustro del convento, en una caja con cuatro llaves: dos dias y dos noches continuos se dobló en San Agustin."

Así acabó el célebre D. Fernando de Valenzuela.

La reina Dª María Ana de Austria murió en 17 de Abril de 1696.

El padre Nitardo, siendo ya cardenal por influjo de la reina, habia muerto en Roma el 1º de Febrero de 1681.

**FIN DE LA OBRA.**

# INDICE.

## Libro primero.—Austriacas y Nitardinas.


PAGS.

CAPITULO I.—Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo mas desvalido de la corte de España en el año de gracia de 1668..... 5
CAPITULO II.—Quiénes eran las austriacas y las nitardinas. 14
CAPITULO III.—En el que se veia que en el siglo XVII habia ya hombres que se burlaban de la astrología judiciaria.. 22
CAPITULO IV.—Quién era el astrólogo y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela..... 31
CAPITULO V.—De cómo la hija del marqués de Rio-florido se enamoró de Valenzuela..... 39
CAPITULO VI.—En donde se ve que de todo es capaz una mujer enamorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política..... 47
CAPITULO VII.—Cómo se venga una mujer ofendida..... 56
CAPITULO VIII.—Continúa el asunto del anterior..... 64
CAPITULO IX.—En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. Doña María Ana de Austria, cuando se trataba de su confesor..... 71
CAPITULO X.—De lo que pasaba á las seis de la mañana..... 79
CAPITULO XI.—Cómo supo D. Juan de Austria la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces..... 87
CAPITULO XII.—Lo que hizo D. Juan de Austria y lo que determinó la reina Doña María Ana..... 96
CAPITULO XIII.—Cómo supo D. Juan de Austria que le mandaba aprehender la reina, y lo que hizo..... 105
CAPITULO XIV.—En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos: *Con bien vengas mal si vienes solo*..... 111
CAPITULO XV.—Cómo al fin el padre Nitardo no pudo conjurar la tempestad que se formaba contra él..... 118
CAPITULO XVI.—Cómo se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte..... 125


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.—De cómo salió desterrado de España el Exmo. Sr. D. Juan Everardo de Nitardo..... 131
CAPITULO XVIII.—En el que termina la materia de que se trata en el anterior..... 138

## Libro segundo.—El Duende en Palacio.

PAGS.

CAPITULO I.—En el que se ve lo que hizo la reina cuando se ausentó su confesor..... 143
CAPITULO II.—Refiérese lo que pasó en la cámara de S. M. á Valenzuela, y cómo este tuvo miedo de comprender lo que nadie le dijo..... 150
CAPITULO III.—De cómo andaban espantados en la corte todos los nobles por un duende, que servia á la reina..... 156
CAPITULO IV.—En donde el lector ve al duende, y escucha una de las conversaciones con la reina..... 163
CAPITULO V.—De cómo hubo una dama que se encargara de referir á la corte quién era el duende..... 170
CAPITULO VI.—De cuán acertadamente dijo el que dijo, que *cuando Dios dá, dá á manos llenas*..... 178
CAPITULO VII.—Cómo Dª Inés de Medina comenzó á ganarse el corazon de un niño, y lo que alcanzó en esta empresa. 185
CAPITULO VIII.—Cómo Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna..... 193
CAPITULO IX.—De lo que el Rey Cárlos II hizo con Valenzuela en una cacería..... 200
CAPITULO X.—De cómo Dª Inés consiguió lo que deseaba con el rey..... 211
CAPITULO XI.—De lo que Valenzuela y D. Antonio de Benavides meditaron y ejecutaron con el marqués de Rio-florido y con su hija..... 226
CAPITULO XII.—De cómo el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de Dª Inés..... 233
CAPITULO XIII.—De como el dia en que Dª Inés esperaba el triunfo fué el mismo en que recibió la derrota..... 240
CAPITULO XIV.—De lo que aconteció á la reina y á Valenzuela..... 247
CAPITULO XV.—De cómo hubo un doctor, que en vez de curar á un enfermo agravó su mal..... 252

## Libro tercero.—El Tapado.

PAGS.

CAPITULO I.—En que el lector conoce una casa en México en el barrio de Tlaltelolco, en el mes de Mayo de 1683..... 265



CAPITULO II.—Quién era el Señorito y lo que trataba con la mala jente en la casa de Tlaltelolco..... 272
CAPITULO III.—En el que vuelven á aparecer el marqués de Rio-florido y su hija Dª Inés..... 280
CAPITULO IV.—Lo que pasó en México el 21 de Mayo de 1683, y cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad..... 287
CAPITULO V.—En el que D. Lope de Montemayor confiesa que es imposible vencer á un hombre muerto, y muy posible quedar vencido por una mujer viva..... 294
CAPITULO VI.—De lo que respecto al marqués de San Vicente pensaban y decian en México..... 303
CAPITULO VII.—De cómo el Señorito entró á la casa de Dª Inés y lo que concertó con ella..... 310
CAPITULO VIII.—Cómo la Apipizca dijo á Guillen lo que contra él tramaba la canalla..... 320
CAPITULO IX.—Quién era la dama de la canoa..... 328
CAPITULO X.—Cómo fué llevado á México el marqués de San Vicente, y cómo fué conocido por una dama..... 335
CAPITULO XI.—Lo que pasaba con el marqués de San Vicente despues de su prision..... 341
CAPITULO XII.—Cómo D. Lope logró hablar con el preso, y lo que arregló en la cárcel..... 349
CAPITULO XIII.—De lo que concertaron D. Lope y Benavides..... 352
CAPITULO XIV.—Cómo un pordiosero supo mas que un señor oficial de los ejércitos de D. Cárlos II, rey de España..... 358
CAPITULO XV.—Se refiere una conversacion de D. Frutos Delgado y Dª Inés de Medina..... 364
CAPITULO XVI.—Cómo D. Lope llevó á Dª Laura al calabozo de Benavides..... 371
CAPITULO XVII.—Se da razon por qué queria Dª Inés que el Señorito buscara cuatro hombres de confianza..... 378
CAPITULO XVIII.—Lo que pretendia Doña Inés de Doña Laura..... 384
CAPITULO XIX.—Lo que pasó en la casa de Doña Laura, entre D. Lope y la justicia..... 390
CAPITULO XX.—Lo que el virey dijo á D. Lope, y lo que éste pensó de la desaparicion de Doña Laura..... 397
CAPITULO XXI.—Cómo el Señorito probó que sabia cumplir con sus promesas..... 403
CAPITULO XXII.—Se sigue tratando de la misma materia que en el anterior..... 416
CAPITULO XXIII.—Lo que siguió á la muerte del marqués de Rio-florido..... 423
CAPITULO XXIV.—Lo que hizo la Audiencia con el marqués de San Vicente *el Tapado*..... 430
CAPITULO XXV.—Lo que D. Guillen habló con Dª Inés, y lo que habia pasado con Dª Laura..... 438

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVI.—Cómo se administraron el sacramento del Bautismo y el de Estrema-Uncion á dos personas muy notables de México ..... 446

## Libro cuarto.—La Víbora y la Paloma.

PAGS.

CAPITULO I.—Cómo se preparaba el matrimonio de Dª Inés y lo que pasó en la casa de ésta ..... 455
CAPITULO II.—Lo que Dª Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto á Luis, y lo que sucedió ..... 463
CAPITULO III.—D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Dª Laura ..... 469
CAPITULO IV.—De lo que pasó con D. Lope y los bandidos. 475
CAPITULO V.—Lo que descubrió D. Lope ..... 482
CAPITULO VI.—De la plática que hubo entre D. Lope y D. Gonzalo ..... 488
CAPITULO VII.—Cómo Fray Anjelo tuvo ocasion de prestar un servicio muy distinguido al Señorito ..... 498
CAPITULO VIII.—Concluye la materia del anterior ..... 503
CAPITULO IX.—Cómo se libertó el Señorito de la muerte... 512
CAPITULO X.—Se dá razon de Dª Laura, de Dª Inés y de D. Lope de Montemayor ..... 518
CAPITULO XI.—Vuelven á encontrarse Luis y la Apipizca y tienen relaciones con Fray Anjelo ..... 524
CAPITULO XII.—De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta.. 531
CAPITULO XIII.—Cómo Fray Anjelo no encontró á Dª Laura como pensaba, y lo que hicieron Luis y Marta ..... 538
CAPITULO XIV.—Cómo salió de la Inquisicion Dª Inés de Medina ..... 546
CAPITULO XV.—Lo que pasaba en México el mártes 11 de Julio de 1684 ..... 552
CAPITULO XVI.—Lo que por fin aconteció á D. Antonio de Benavides ..... 558
CAPITULO XVII.—En donde se vuelve á hablar de D. Lope y de Dª Laura ..... 565
CAPITULO XVIII.—Cómo pasaba la vida en México Dª Inés, 570
CAPITULO XIX.—Cómo consiguió el Señorito lo que deseaba 580
CAPITULO XX.—En el que se llega al fin de esta verídica historia ..... 587
EPILOGO ..... 599

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UA
SIDAD AUTÓNOMA DE
CCIÓN GENERAL DE BIB